
TAYLOR INSTITUTION
DOMI NUS ILLU
MINA TIO MEA





COLECCION

DE LOS MEJORES

AUTORES ESPAÑOLES.

TOMO LVII.

OBRAS

POÉTICAS Y LITERARIAS

DE

DON J. HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.



París. — En la imprenta de E. Thunot y Cª, calle Racine, cerca del Odéon.





J. Heriberto Garcia de Quevedo.

OBRAS POÉTICAS

[illegible]

[illegible]

[illegible]ARCIA DE QUEVEDO

[illegible]



PARIS
BAUDRY, LIBRERIA EUROPEA,
DRAMARD-BAUDRY Y Cª, SUCESORES,
12, CALLE BONAPARTE.

1863



J. Heriberto García
de Quevedo.

OBRAS POÉTICAS

Y LITERARIAS

DE DON JOSÉ HERIBERTO

GARCIA DE QUEVEDO

TOMO PRIMERO.



PARIS
BAUDRY, LIBRERIA EUROPEA,
DRAMARD-BAUDRY Y C^e, SUCESORES,
12, CALLE BONAPARTE.

1863



ADVERTENCIA.

Por vez primera ve la pública luz una coleccion de mis pobres escritos poéticos y literarios.

Dos cosas me propongo al hacerla: la primera, reunir en un cuerpo la mayor parte de los publicados hasta hoy, pues con algunos no he podido hacerme, y casi todos los inéditos que tenia en mi poder, á fin de evitar en todo aquello que de mí dependa, el que la humilde reputacion que haya podido adquirir perezca acaso antes de que acabe mi vida: — la segunda, dejar á los futuros críticos, si por suerte creyeren dignos de su atencion mis débiles trabajos, una historia de mi vida literaria.

Considerando la presente edicion, en cierto modo como un prospecto de las que, mas adelante, hiciere yo mismo ú otros, no necesito escusarme del desórden que tal vez reine en la colocacion de las obras; así como, deseando, como antes dije, dejar á los críticos una especie de itinerario de mi, ahora penoso, ahora risueño viage á través de las vastas regiones del pensamiento, esplicado y aún disculpado está el que se encuentren en este, verdadero centon, muchas cosas indignas de imprimirse ó de reimprimirse; si ya no juzgaren los lectores imparciales que ninguna merecia los honores de la publicacion.

Fácilmente podria haber hallado algun escritor que tomase sobre sí la ingrata y aridísima taréa de escribir una introduccion cualquiera á estas mis obras; pero como el tal habia de ser amigo, y por tanto creerse obligado á elogiarlas, segun uso y costumbre general de nuestro tiempo,

hame parecido mas prudente para él y mas digno para el público y par mí, escribir yo mismo este preámbulo que mi editor juzga necesario.

Y como en todo trabajo, poético ó literario, desde el mas encumbrad poema hasta la plática mas humilde, la mas aparejada y eficaz disculpa lo malo, entiendo yo que sea lo breve; doy fin y punto aquí, deseando mis lectores, si por ventura los tuviere, que recorran las desaliñada páginas que siguen, con la mitad siquiera del honesto contentamiento apacible solaz que sentí yo al escribirlas; y que, mas de una vez mitig y aún hízome llevaderos los mas agudos pesares ó incómodos sinsabores con que la Providencia suele probar nuestra fortaleza cristiana, para ma encarecer las dádivas y favores que, á trechos, esmaltan el trabajoso sen dero de la vida humana.

J. Heriberto Garcia de Quevedo.

París, 1ro de marzo de 1862.

OBRAS

POÉTICAS Y LITERARIAS

DE

DON J. HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

DELIRIUM

LEYENDA FANTÁSTICA.

AL PÚBLICO.

Hé aquí, mi respetado y querido amigo, un parto de mi pobre ingenio que me atrevo á dedicarte, no confiado en la bondad suya, sino en tu benevolencia; no como un homenage de vil adulacion para captarme tu sufragio, sino como una muestra tan sincera como digna de mi agradecimiento, por la favorable acogida que á mis humildes obras has dado hasta aquí; que si bien mal nacidos odios, invencibles antipatías, ó tal vez solamente el encarnizamiento de mi contraria fortuna, hasta ahora han opuesto vallas insuperables mas de una vez entre tu opinion y mis escritos, impidiéndoles ver la luz; no he olvidado yo las muestras de aprobacion con que mas de una vez me animaste á seguir la estrecha y escabrosa senda de los trabajos literarios.

¿A quién, pues, mejor que á tí, que eres su padre natural, dedicaria mi obra? ¿A algun poderoso? no; que no le cumple á un hombre de bien nacido corazon esponerse al menosprecio de los poderosos de la tierra: ¿á algun amigo? — ¡son tan raros los amigos! — Responde, público amado, individualmente, por supuesto : — ¿tienes, has tenido, ó esperas tener, lo que se llama un verdadero amigo? — Creo que no. — Bien mirado, pues, á tí solo debo dedicar mi trabajo : á tí, público ilustrado y como tal tolerante y benévolo : á tí, público imparcial y por ello justo. Si tú me dieres á entender que te ha parecido bien el presente que ahora te envio,

prometo enviarte otro y otros muchos de asunto y estilo varios: si lo contrario fuere, perdona mi poco acierto en gracia de mi mucha voluntad y honestísimo deseo.

De esta tu casa á 15 de junio de 1850.

J. HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

PRÓLOGO.

No es nuevo que un autor encargue á un amigo el prólogo de su obra: no es nuevo tampoco ver desestimados los prólogos escritos por mano amigable. Dase por supuesto que si el prologuista juzga ó esplana la obra guiada por la amistad, su juicio no será imparcial, sus observaciones adolecerán de apasionadas, ó cuando menos llevarán el carácter de sobrado benignas. Enhorabuena que lo sean, por eso mismo estarán en su lugar: el prólogo debe dar idea de la obra, no hacer el análisis de ella; debe prevenir en su favor, no perjudicarla en el concepto de los lectores. Con dos fines han de leerse las obras de ingenio: con el de buscar un honesto deleite, ó con el de sujetarlas á un exámen artístico: esto es para los críticos, que son pocos; aquello para las personas aficionadas á los goces intelectuales, cuyo número es grande. De los críticos no hablemos, porque para ellos nadie, ni ellos mismos, escribe; los lectores no críticos lo mejor que pueden hacer es convertirse en amigos del escritor cuyo libro toman entre las manos: enemigos serian de su propio placer si emprendiesen una lectura prevenidos contra ella. Quien asiste á un espectáculo de diversion, persuadido de que va á tener un rato desagradable, se sale con la suya y se incomoda en efecto. Así pues, el prologuista y el lector deben ser dos amigos del autor del libro: el uno, que lo ha leido antes, informa favorablemente al otro, para que lo lea con gusto despues.

Inconvenientes hay, sin embargo, en dar el informe de que se trata, porque siendo la novedad lo que principalmente se busca en los escritos de pura invencion, se usurpa ese placer al lector cuando anticipadamente se le dice lo que va á encontrar en el libro. El remedio es muy fácil. Ya he declarado que soy amigo del autor, ya he dado á entender que me propongo elogiar la obra porque lo considero útil y necesario: añado ahora que tengo mis elogios por justos y merecidos, y hago punto redondo, suplicando al lector que deje aquí el prólogo y salte á la introduccion de la leyenda. Si acabada esta, quiere ver si su juicio conviene con el mio, vuelva el principio y reciba pacientemente, despues de aquellos hermosos versos, estos mal trazados renglones de prosa.

La leyenda DELIRIUM pertenece á los tiempos del Gran Capitan; pero ni an las historias generales ni en las privadas que traen los sucesos de aquella

época, hallará el lector noticias del conde Arturo, ni de Azelia, su padre ó su hermano. A pesar de esto, la historia de Arturo no es fabulosa, es verdaderísima en todas sus partes: aquellos lances han ocurrido y ocurrirán muchas, infinitas veces: la historia de Arturo es la del hombre, es la representacion de las pasiones humanas en el borrascoso período de la juventud. Arturo ha llegado á la edad en que trocándose ya el niño en varon, se desata de pronto en su alma un tropel de vehementes ideas, contra cuya fuerza lucha por largo tiempo, generalmente en vano. Su ignorancia, su completa inesperiencia de las cosas del mundo, no le deja conocer que precisamente entonces es cuando mas necesita de guia, porque se halla mas próximo á estraviarse: la paz doméstica fatiga y ofende á su corazon fogoso; el amor de una madre tierna no basta para el que sueña con otros amores; abandona su casa, huye de su madre, y parte á buscarlos. Tan grave culpa le pone en poder del comun enemigo: el Diablo (en quien el autor personifica la propension criminal que engendran en nosotros las pasiones malas ó mal dirigidas) acompaña al prófugo en su camino, para no separarse de él hasta que torne á la virtud y á los brazos maternos. Sin padres ni maestros y con el demonio al lado, ¿qué será de Arturo, jóven é inexperto, esclavo de sus apetitos, cada vez mas fuertes, y provisto de medios para saciarlos? Codiciará cuanto halague sus sentidos; empleará toda clase de arbitrios para conseguir lo que anhele; hastiado con el uso del goce, pasará de un objeto á otro sin hallarse contento nunca: ni entre las delicias del primer amor, ni en la algazara de los crapulosos banquetes, ni en medio de los alegres cánticos del ejército que triunfó en los campos de Cerinola. Su amor, inocente y noble al principio, se hará culpable y pérfido al fin: sacará á su amada de la miseria para hundirla luego en el deshonor: el que no pudo vivir con su madre, menos podrá morar con la que pretendió para esposa. El que llenó de amargura el corazon de una virtuosa doncella, no reparará en verter la sangre de un jugador insolente: perseguido por la justicia, podrá librarse de sus ministros; pero donde quiera que huya se hallará siempre con su conciencia, y en ella con acusador, juez y verdugo. Desesperado, insufrible á sí propio, querrá poner fin á sus remordimientos terminando su vida: las virtudes de una madre y una amante, cruelmente ofendidas ambas, obtendrán del cielo que aparte del precipicio al desventurado jóven, que ha llegado al último grado de infelicidad y despecho, precisamente por no haber padecido ninguna desgracia. Triunfos de toda especie le han acompañado en su carrera por el mundo; y no obstante ha llegado á mirar con odio al mundo y la vida, que no le han dado la felicidad, porque él la buscaba estraviado en la senda fatal del crímen. ¿Qué le toca hacer para llegar á la dicha? Volver piés atrás: desandar el camino andado hasta ponerse donde cometió los primeros errores: buscar á su madre, buscar á su amada, que le reciben con los brazos abiertos. Fué lejos á buscar su ventura, y solamente la pudo hallar en su casa: pasó siete años de inquietud y fatigas, y hubiera podido esos siete años haber gozado de las caricias de un hijo, las bendiciones de una madre y el cuidadoso regalo de una consorte: siete años ha perdido irreparablemente, desterrado

por sí del Eden de la vida, padeciendo en el orco el suplicio de Tántalo; ver desaparecer el bien al ir á tocarlo.

Tal es el pensamiento y el plan; tal es el fin de este poema; pensamiento filosófico y grave, plan sencillo y juicioso, fin loable y útil. No es nueva la idea, ni puede serlo; hace muchos años que existe el mundo, para que hasta hoy no se haya pintado el interesante cuadro de las borrascas de la juventud; pero el autor lo ha concebido y representado en forma distinta que sus predecesores. El Fausto, el Mefistófeles, la Margarita y el Valentin de Goethe son diferentísimos de nuestro Arturo y su madre, nuestra Azelia y su hermano: en el *Criticon* de Gracian se describen las cuatro estaciones de la vida del hombre: aquí solo la primavera: en la *Leccion de amor* de Mayer además de ser otro el plan, se ve á la muger, y no al hombre: fuera de que ni el autor de Delirium ha tenido presentes las dos últimas obras, ni las conocerá la mayor parte de los que leen por pasatiempo. Los caracteres principales están espresados con verdad notable. Arturo, fogoso, audaz, altanero y soberbio, como hombre, como jóven y rico; Azelia, dulce y resignada cual muger é infeliz. El uso frecuente del diálogo da estraordinaria viveza al poema, que es y debe ser narrativo cuando hay que pintar al hombre esterior ó la naturaleza: la parte lírica es verdaderamente cantable, y comprende cantos hermosos. Es, pues, en mi pobre opinion la leyenda que lleva por título Delirium, un poema en que acertadamente se mezclan el drama, la epopeya, y la oda, género no comun en España. Moral en la doctrina, verdadero en las imágenes de personas y cosas, agradable en el metro por ser vario y bien trabajado, reune las condiciones necesarias para la utilidad y el recreo de los lectores, á cuya benignidad se recomiendan, el autor y su amigo

Juan Eugenio Hartzenbusch.

INTRODUCCION.

. . . . Life is a tale
Told by an idiot, full of sound and fury
Signifying nothing. . . . . . .

SHAKSPEARE, *Macbeth.*

PERSONAGES.

EL CONDE ARTURO.
SU MADRE.
EL ANGEL CUSTODIO.
EL DIABLO DEL ERROR.

SILFOS, ONDINAS, DIABLOS, ETC., ETC.

Habitacion lujosamente amueblada al estilo del siglo XV. — ARTURO dormido. — EL DIABLO DEL ERROR. — SILFOS. — ONDINAS. — DIABLOS. — LA MADRE DE ARTURO. — EL ANGEL CUSTODIO.

Coro de Silfos.

Aliente el céfiro
Sobre su frente,
El aura plácida
Su sangre ardiente
Refrescará.

Coro de Diablos.

Luzca el relámpago,
Retumbe el trueno,
Implore el mísero
De susto lleno
Nuestro poder.

(*Relámpagos, truenos.*)

Coro de Ondinas.

Girémos rápidas
En torno al lecho,
La danza alígera
Mueva en su pecho
Insano ardor. (*Bailan.*)

Diablos. — Ondinas.

Y en el terrible vértigo
Dó la razon naufraga,
Dejad que sus indómitos
Deseos satisfaga;
Y altivo al par que necio
Consuma á infame precio
Su fuerza y juventud.

Coro de Silfos.

¿Y cederémos tímidos
Ante la impía turba?
Ved cual su frente pálida
Se agita y se conturba;
Corramos, sí, corramos,
Y un ángel le traigamos
De paz y de salud! (*Vanse.*)

Arturo. (*Dormido.*)

¡Oh, qué opresion!...

Diablos. — Ondinas.

Su esp'ritu
Ya es presa del encanto;
Ya en el oscuro vórtice
Fluctúa...

Arturo.

En tal quebranto
¡Ay mé! nadie me escucha!
En la tremenda lucha,
¡Oh madre, madre, acórreme,
Sálvame por piedad!

La Madre. (*Entrando.*)

Arturo! ¿me llamabas, hijo mio?
Hijo de mis entrañas, héme aquí...
Mas ¡ay! dormido está, y un sudor frío
Corre por su semblante juvenil...
Arturo!... Arturo!...

Arturo. (*Despertando.*)

¿Quién?... sois vos, señora?
¿Estábais vos aquí?...

La Madre.

No, por mi fe,
Atrájome tu voz encantadora
En sueños...

Arturo.

¡Fué un ensueño muy crüel!

La Madre.

En sueños me llamaste...

Arturo. (Como recordando.)

En mi agonía
Recuerdo, madre, que os llamó mi voz...
Pesadilla horrorosa...

La Madre.

Vida mia,
Cuéntame lo que el sueño te mostró.

Arturo.

Era la noche: — Su tupido velo
Daba color igual en las tinieblas,
Al verde campo y al azul del cielo,
Y al blanquecino manto de las nieblas.

De pié en la cima de un altivo monte,
Soñé que me encontraba, madre mia,
Siendo yo de mí mismo el horizonte,
Pues ni mis propias manos descubria.

Mas el lóbrego manto desgarrado
Por un lampo terrible, pude ver
Sobre mi frente el cielo encapotado,
Y un abismo sin fin bajo mis piés.

Y un lampo de otro lampo en pos seguia,
En derredor cayendo rayos mil,
Y el pedestal inmenso dó me erguia
Escuchaba temblando recrugir...

La Madre.

¡Qué horror!...

Arturo.

Del fondo del abismo oscuro
Un vapor ligerísimo se alzó,
Y fué formando un ondulante muro
De la altanera cima en derredor:

Y vaporosas cual la blanca espuma
Que se forma en el seno de la mar,
Mil vírgenes salieron de la bruma,
Y enmudeció la ronca tempestad.

¡O madre! ¡qué vision! leves cendales
Mas finos y mas diáfanos que el tul
Revestian las ninfas celestiales,
Matizados de blanco y puro azul:

Y al través de los pliegues ondulantes
De las cándidas túnicas, se vian
Los amorosos senos palpitantes
Que de rosado nácar parecian.

De ébano y oro puro los cabellos
Coronados de mágicas guirnaldas,
Dó brillaban con fúlgidos destellos
Diamantes y rubíes y esmeraldas;

Y, de su orígen celestial emblema,
Sobre las puras frentes relucia
Una estrella de luz, régia diadema
Mas brillante que el sol padre del dia.

Y como en la estacion de los amores
De clavel en clavel, de rosa en rosa,
Va inconstante libando sus olores
De oro y azul pintada mariposa;

Sobre el piso de nubes vacilante
Desplegando las alas purpurinas
En fantástica danza, fascinante,
Se agitaban las fúlgidas Ondinas.

Y un coro de seráfica armonía
En los aires unidas elevaron...

La Madre.

Es un delirio, Arturo...

Arturo.

Madre mia,
Escuchad... escuchad!... Así cantaron:

Coro de Ondinas.

Jóven dichoso,
De las mugeres
Fiel amador;
Pues jóven eres,
Tras los placeres
Vé con ardor.

Una Ondina.

Ve, si la trompa bélica
Da la señal temida
De la ardua lid, cuán rápido
Se lanza á toda brida
El alazan fogoso,
Un surco polvoroso
Dejando en pos de sí:

Ve el campeon intrépido
Que oprime sus hijares,
Cómo se lanza impávido
En medio á los azares,
Y así, nuevo centauro,
Va á conquistar un lauro
En la revuelta lid.

Coro de Ondinas.

Jóven, no temas;
Sigue el camino
Que hoy el destino
Te señaló:
Sigue animoso
Por el sendero
Que placentero
Te muestra amor.

Una Ondina.

Y el galardon que el ánimo
Enciende del soldado,
¿Qué es junto al premio altísimo
Que te promete el hado?
Presto en pos de él te lanzá,
Y eterna bienandanza
Podrás asi gozar.

¿Y qué, vacilas trémulo,
Hombre sin fé ni brio?
¿Al entusiasmo férvido
Que abrasa el pecho mio
Sigue tu pecho en calma,
Y no atormenta el alma
Necesidad de amar?

Coro de Ondinas.

Fragantes flores
De mil colores
El prado esmaltan;
Ve cómo saltan
Los arroyuelos:
Cómo, sin zelos,
Só la enramada,
En acordada
Dulce armonía,
Con alegría
Los ruiseñores
Cantan loores
Del niño dios.

La Madre.

Es un delirio, Arturo!...

Arturo.

Mis sentidos
Aquel canto suspensos escuchaban,
Y penetrar misterios escondidos
Mis instintos indómitos ansiaban;

Pero una voz del pecho en lo profundo
Clamaba sin cesar: «tente infeliz!...»

La Madre.

Era la voz del Salvador del mundo,
¡Ay, si la desoyeres, ay de ti!

Arturo.

Y entre el voraz deseo que incitaba,
Y la severa voz que reprimia,
De en medio á mis tormentos yo clamaba
Por mi Dios tutelar, la madre mia!

La Madre.

Y á tu lado me ves. — Desecha, Arturo,
Ese febril delirio de un ensueño.
Duerme, duerme, hijo mio, y que tu sueño
Sea cual tú, inocente, casto y puro.

Arturo. (En sueños.)

Jóven, no temas;
Sigue el camino
Que hoy el destino
Te señaló...

La Madre.

Delira...

Arturo.

Flores
De mil colores
El prado esmaltan;
Ve cómo saltan
Los arroyuelos:
Cómo, sin zelos,
Só la enramada,
En acordada
Dulce armonía,
Con alegría
Los ruiseñores
Cantan loores
Del niño dios.

La Madre. (Arrodillándose.)

¡Señor, Señor! del trono dó te asientas
Cercado de querubes;
Desde donde desatas las tormentas
Y das voz á las nubes;

Y luz al sol, y giro á las esferas,
Borrascas á los mares;
Inviernos á la tierra y primaveras,
Y ley á los azares;

Resplandores vivíficos al dia,
A la noche tinieblas;
Calor fecundizante al mediodía,
Al norte pardas nieblas;

Al hombre la razon, instinto al bruto,
Corriente al manso rio,
Nieve al invierno, y al otoño fruto,
Y ardores al estío;

Y al íris esplendente sus colores,
Verdura á los collados,
Plantas al bosque, y á las plantas flores,
Y césped á los prados:

Tú, Señor, cuya mano prepotente
Rige infinitos mundos;
Para cuya pupila incandescente
Misterios no hay profundos:

Ante quien es igual el soberano
Que acata un pueblo todo,
Al mísero reptil que en el pantano
Se apacienta de lodo:

Vuelve, Señor divino, á mí tus ojos
De la celeste altura;
Vuélvelos, y contempla sin enojos
Tu pobre criatura.

En la tribulacion busca consuelo,
Señor, en tu regazo;
Acórrala en su cuita desde el cielo
La fuerza de tu brazo.

¡Escúchame, Señor, y al hijo mio
Vuelve la paz del alma;
Calma en su pecho el huracan bravío,
Tuya será la palma!

El Angel Custodio. (Entrando.)

Madre, tierna madre,
Enjuga tu lloro;
Al celeste coro
Tu ruego subió:
No temas á genios
De estirpe bastarda,
Que el cielo en su guarda
Un ángel envió.

Coro de Silfos.

Enjuga
Tu llanto,
Nosotros
En tanto
Los genios
Fatales
De aquestos
Umbrales
Harémos
Salir.
La hueste
Maldita,
De raza
Precita,
Harémos
Hoy mismo
Al lóbrego
Abismo
Frenética
Huir.

(Arrojan á las Ondinas. — El Diablo del Error se oculta detrás de la cama.)

La Madre.

¿Qué voz tan celestial calmó en mi pecho
La turbia confusion, la inmensa angustia?
¿Qué aura la flor de mi esperanza mustia
Hizo reverdecer?

¿Es tu voz, o Señor, que desde el cielo
Responde favorable á mi plegaria?
¿Es la voz que en la noche solitaria
A veces escuché?

(Se acerca á Arturo.)

Duerme el hijo mio...

Coro de Silfos.

Enjuga tu lloro;
Al celeste coro
Tu ruego subió:
No temas á genios
De estirpe bastarda,
Que el cielo en su guarda
Un ángel envió.

La Madre.

Duerme tranquilo, duerme, Arturo amado,
Bajo el amparo del celeste escudo,
Huyan tu lecho el velador cuidado,
El cruel delirio, y el insomnio rudo. *(Váse.)*

El Diablo del Error. (Al oido de Arturo.)

Despierta, despierta,
Que corre veloz
El tiempo, y la luna
Al cénit llegó. —
Media noche suena,
¿No escuchas mi voz?

Arturo. (Despertando.)

¿Dejaré á mi madre,
Sin darla un adios?

El Diablo.

Vé que el tiempo vuela,
Media noche dió...

Arturo. (Levantándose.)

Sigamos el sino:
¡Protégeme, o Dios!

(Se pone unas botas de montar con espuelas, se ciñe la espada. — Toma la capa y el sombrero, y va á salir.)

Coro de Silfos.

¿Dó vas, hijo ingrato?
¿Dó vas insensato
De la muerte en pos?
Mira que en tu daño
Un pérfido engaño
El infierno urdió!

Arturo. (Vacilando.)

¿Marcharé?...

El Angel Custodio. (A los Silfos.)

Dejadle,
Yo le salvaré!

El Diablo. (A Arturo.)

¿Qué? ¿tiemblas, cobarde,
Y de brio alarde
Querias hacer?
— Quédate en buen hora...

Arturo.

¡No! la encantadora
Vision seguiré!

(Váse apresuradamente, y el Diablo le sigue.)

Coro de Silfos.

Partió decidido...
¡Dios vaya con él!

DELIRIUM

LEYENDA FANTASTICA.

PARTE PRIMERA.

PERSONAGES.

El Conde ARTURO.
Su MADRE.
El ANGEL CUSTODIO (bajo la figura de Gualtero).
El DIABLO DEL ERROR.
El BARON.
AZELIA.
El POSADERO.
Su MUGER.
MARIA.

Jugadores, mozas, un escribano, alguaciles, etc., etc.

CUADRO PRIMERO.

Una intrincada selva. — Ruge la tempestad. — Relámpagos,— truenos,— llueve á cántaros. — Arturo con las botas llenas de lodo y una fusta en la mano.

Arturo.

¡Rayo de Dios! perdido mi caballo,
Que en la selva al cansancio sucumbió;
Y en lo oscuro, ni sé donde me hallo
Ni dó un asilo encuentre protector.

La luz de los relámpagos aumenta
De la noche la negra oscuridad,
Y desmayado el corazon alienta
Afanoso en la horrible tempestad.

Pero... si no me engaña mi deseo,
Por la selva y en rudo galopar,
Oigo varios caballos... nada veo,
Mas se acercan... ya llegan... ¡Eh! ¿quién [va?

El Diablo del Error en trage de criado estrangero. Cabalga en un caballo negro, y lleva de la brida otro del mismo color, completamente enjaezado.

Diab. Gente de paz: — y por Pluto
Que respondo mal mi grado;
Hasta los huesos calado
Vengo...
Art. ¿Pues yo, estoy enjuto?
Pero vos ¿adónde bueno
Tan de prisa caminais?
Acercaos, ¿qué dudais?
Diab. Estoy de temor ageno.
Art. ¿Adonde vais?
Diab. No lo sé;
Que soy, señor, estrangero.
Art. ¿Tan de prisa y forastero?
Mal se conoce...
Diab. ¿Por qué?
Entré en el bosque ha un instante
Con un conde á quien servia;
Mi señor iba delante
Y yo detrás le seguia;
Mas apenas en lo oscuro
De la selva nos entramos,
Cuando súbito encontramos
Con un animado muro.
Por nuestros contrarios sinos
Era una banda temida
De esos que el vulgo apellida
Salteadores de caminos.
Mandáronnos detener
Con un ¿quién va? como el vuestro,
Y era en verdad lo mas diestro
Que pudiéramos hacer;
Mas mi señor ofendido
De su poca cortesía,
Al que mas cerca tenia
Dejó en el suelo tendido
De un mandoble, y riza hiciera
De toda aquella canalla,
Si al comenzar la batalla
Una bala no le hiriera.
Yo, que le ví malparado,
¡Rindámonos! le grité;
Mas él no me oyó, y á fe
Que mal no le hubiera estado;
Pues muy luego y dando un grito
Que me llegó al corazon,
Al suelo desde el arzon
Rodó diciendo: ¡Huye, Brito!
Apenas le ví caer
De espuelas al potro dí,
Y hasta no llegar aquí
No he cesado de correr.
Art. ¿Y cómo á esotro bridon
Pudistes echar la mano?
Diab. Él me siguió...
Art. Cual villano
Obraste...
Diab. No era ocasion
De echarla de caballero:
El peligro era inminente,
Él murió; no soy valiente,
Y escapar es lo primero.
Art. Dejar así abandonado
A tu señor...
Diab. Fué muy justo;
Él sucumbió por su gusto,
Le está muy bien empleado.
Mas ved si quereis montar
En este hermoso corcel,
Pocos habrá como él.
¿Quereis mi oferta aceptar?
Art. Pues no tengo otro camino,
Aceptar es lo mas cierto:
¡Vamos, caballo del muerto,
A donde quiera el destino!

(*Monta, y parten él y el Diablo á tod brida*).

. . . .
. . . .

Partieron... allá van... y en la carrera
Es la luz del relámpago su guia,
Y al rudo galopar de los bridones,
Brotan del suelo abrasadoras chispas.
Al paso de los brutos infernales
Los centenarios robles se desvian;
Con hondo recrugir, las duras peñas
De sus eternas bases se desquician,
Y las fieras del bosque soberanas,
Al hórrido fragor despavoridas,
Huyen hácia las hondas espesuras,
Dó jamás penetró la luz del dia.
Ya atrás la selva dejan; ya se lanzan
Galopando al través de la campiña:
Ya del hinchado mar ven á lo lejos
Las rebramantes olas que se agitan
Osadas levantando hasta las nubes
Titánicas montañas cristalinas;
Mas que el rayo veloces, el espacio
Cruzan; ya tocan la arenosa orilla.

Del húmedo márgen los negros bridones
A lo largo siguen y á todo correr,
Rugen en los aires truenos y aquilones,
Los revueltos mares rebraman tambien.

Las anchas narices los bélicos brutos
Frenéticos abren al turbio huracan;
Los flexibles cuerpos de sudor enjutos,
Mientras mas galopan mas rápidos van.

La lluvia abrasada, los hórridos vientos
Que silban á impulsos del recio aquilon,
Los rostros desnudos azotan violentos
De entrambos ginetes con rudo teson.

La arena que levantan los cascos acerados,
Las cándidas espumas
Que saltan de la mar, [blados
Se mezclan y confunden cual lóbregos nu-
Que impele el soplo túrbido
De horrible tempestad.

A veces mira el jóven brillar allá á lo lejos
Los ojos de su guia
Con turbio resplandor; [reflejos
Cual brilla para el náufrago con lúgubres
En enemiga playa
Un faro engañador.

Y como dos fantasmas, del horizonte oscuro,
El hombre y el espíritu
Deslízanse al través;
El Diablo va delante, detras le sigue Arturo,
Y al viento mismo esceden
En brio y rapidez.

Asi encadenado por fuerza invencible
El jóven se lanza sin frio temor,
Y mientras le arrastra su dueño invisible
El pobre insensato se juzga señor.

Alienta su pecho con brios de bravo,
Que tiene de sobra, vigor, juventud;
Y empero camina cual mísero esclavo
A odiosa, cobarde, vil esclavitud.

La esclavitud bestial de los sentidos,
El engañoso halago del placer;
Sentina dó se mezclan confundidos
El sér divino y el humano sér.

Fétido ambiente que la flor marchita
De la inocencia que nos diera Dios;
Fatal sentencia que dejara escrita
El que primero contra Dios pecó.

Del legado funesto reclama
Ambicioso su parte el mortal,
Y arde impuro en mortífera llama
Que alimentan los genios del mal.

¡Insensato! — Del limpio sendero
Sin saberlo se aparta del bien,
Y se ciñe del vicio embustero
Ponzoñosa guirnalda á la sien.

Traspasa los límites justos
Que al hombre fijó la razon;
Su Dios, su moral, son sus gustos,
Su ley, del infierno la voz.

La copa del mal fementida
Apura buscando salud,
Y encuentra la muerte en la vida,
Que allí sucumbió su virtud.

Y se afana el insensato
Por recobrar su alegría
En la embriaguez de la orgía,
En los goces del festin;
Mas á su vista anublada
Perdió el íris sus colores,
Y á su olfato no hay olores
En las reinas del jardin.

Ya para el miserable
Perdió naturaleza
Su encanto y su belleza,
La aurora su arrebol:
Sus flores primavera,
Los campos su verdura,
Las fuentes su frescura,
Y hasta su luz el sol.

De su triste vida
Forman los placeres,
Perdidas mugeres,
Brutal embriaguez;
Del juego ominoso
Las rudas mudanzas;
Las lúbricas danzas;
El crímen tal vez!...

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Y en la fantástica
Veloz carrera,
Siguen con fiera
Temeridad;

Mas ya la atmósfera
Se va aclarando,
Que va calmando
La tempestad.

Los trotones
No descansan,
Ni se cansan
De correr;
Ya la noche
Desparece,
Que amanece
Ya se ve.
De lejos
Al cielo
Remontan
Su vuelo
Las negras

Agujas
De altiva
Ciudad;
Los nobles
Viajeros
Galopan
Ligeros,
Se acercan,
Ya tocan
Al muro
Real. —
Llegan,
Entran,
Siguen,
Juntos
Van los
Dos:
Paran,
Llaman,
Abren...
¡Cielos!
¡Dulce
Voz!

«¿Es la voz de un arcángel la que suena?»
Arturo al posadero preguntó:
— «No, señor:» — ¿Es la voz de una sirena
Que un himno sacro entona al padre sol?

— «No, señor: es muger: una sencilla
Jóven, á quien la suerte trajo aquí.»
— ¿Debe ser de hermosura maravilla?
— «Es mas bella, señor, que un serafin.»

Diab. ¡Por Luzbel!... No es tiempo ahora
De esas cosas, amo mio;
Tengo un diabólico frio...
Art. ¿Habita aquí esa señora?

(*Al Posadero.*)

Diab. Ya os lo dijo...
Art. ¿En la posada
Nos podreis acomodar?
Pos. Sí, señor.
Diab. No hay mas que hablar.
Pos. ¿Necesitais algo?...
Art. Nada.
Diab. ¿Nada?... me gusta!... buen viejo,
Hay sed y tenemos hambre;
Enviadnos algun fiambre
Y una azumbre de lo añejo!

CUADRO SEGUNDO.

El cuarto de Arturo en la posada. — Arturo escribiendo: — El Diablo calentándose en la chimenea.

Arturo.

¡Amor, amor! lumbrera de mi vida!
¡Oh! ¡cuánto el alma en tu calor se inflama!
Centella del Olimpo desprendida
Que viene á iluminar solo al que ama;
Pequeña chispa que saltó encendida
Del foco inmenso de la eterna llama,
Cuyo principio perennal, fecundo,
Arde en el seno del Criador del mundo!

¡Amor! amor! — palabra incomparable
Que todo un mundo de placer encierra;
Manantial de delicia inagotable
Que fué dado al mortal sobre la tierra;
Consuelo en el dolor inconsolable,
Iris de paz en la mundana guerra,
Fragante flor en el Eden nacida
Que aun puro guarda el gérmen de la vida!

¡Amor......

Diablo.

¿Qué es el amor...?— febril delirio,
Infausto frenesí, pueril locura;
Perpetuo y agudísimo martirio
Tal vez por un instante de ventura.
Bello es al parecer: cándido lirio,
Bríndase al hombre con falaz dulzura;
Y al verle entre sus grillos aherrojado,
Duro cual es se muestra y despiadado.

Es bella flor, mas de letal perfume
Que envenena el ambiente que la halaga;
Fuego sí, mas un fuego que consume;
Es la caldera de la astuta maga
Esposa de Jason. — ¿Quereis que sume,
De ese voraz incendio que os amaga,
Los estragos que guarda la memoria?
Pues escuchad...: es peregrina historia.

Por amor perdió Adan el paraiso,
Que amor fué la ocasion de su pecado:
David, el santo rey, apenas quiso
A una muger, obró como un malvado:
Sin fuerzas, por amor, se vió sumiso
De Israël el varon mas esforzado,
Y fué el amor quien encendió la pira
Del esposo infeliz de Deyanira.

Por hacer de su amor injusto alarde
Perdió el jóven Tarquino la corona;
Antonio, por amor huyó cobarde,

Que contra el niño dios nadie blasona;
Por amor...

Arturo.

Basta, basta; vienen tarde
Esos rancios ejemplos que amontona
Tu vasta erudicion: ya no hay remedio,
Y tu largo sermon me causa tedio.

Mas al hablar de mi amor
Olvidas cuál es mi bien:
¿Hubo acaso en el Eden
Mas pura y fragante flor?
¿Viste en muger tal candor?
¿Oíste virtud igual?
De su pecho virginal
He sido el amor primero,
Y te juro que la quiero
Cual nunca quiso un mortal.

Diab. Está bien; mas no es razon
Que así por una querida,
Paseis aquí vuestra vida
En un oscuro rincon.
Dominad vuestra pasion;
Amad, sí, mas el placer;
Que no hay ninguna muger,
Ni aun vuestra Azelia, señor,
Que merezca tanto amor,
Tan insensato querer.
Hace un mes que aquí llegamos
Cuando del bosque vinimos;
Un mes há que vegetamos,
Porque no sé si vivimos;
Un mes que nos propusimos
Ir por el mundo á viajar;
Mas, segun llego á alcanzar,
Por la primera muger
Que aquí llegásteis á ver,
Os quereis aquí quedar.

Art. ¡Y bien! ¿qué harás si me quedo?

Diab. Irme sin vos, es muy llano:
Vos sois señor, yo villano,
Y violentaros no puedo.

Art. ¿Y si yo partir te vedo?

Diab. Será en vano. — Desde hoy,
Señor Conde, libre soy,
Que no quiero mas servir...

Art. Y adónde solo has de ir?

Diab. A donde se viva voy!

Art. (Habla de veras, por Dios,
Y si marcha soy perdido,
Que es mozo muy bien nacido
Y sirve y vale por dos.)
¿Partes?...

Diab. Decididlo vos.

Art. ¿Cómo yo?...

Diab. Si prometeis
Que siempre aquí no estareis
Soy vuestro humilde criado...

Art. A partir quedo obligado...

Diab. Bien está: — no lo olvideis.

(*Arturo sigue escribiendo. — El Diablo vuelve á sentarse al lado de la chimenea en actitud pensativa. — Habla consigo mismo.*)

Diablo.

Esa muger!... los ángeles del cielo
Menos cándidos son que su alma pura;
Vino á la tierra de virtud modelo
Y acabado modelo de hermosura:
Es para el mal su corazon de hielo,
Para el bien, infinita su ternura,
Angel, en fin, de carne revestido,
Mas en el seno del Señor, nacido.

El amor de esa niña encantadora
De la virtud le volverá á la senda;
Cada dia será mas seductora,
Y mas arduo que de ella se desprenda:
Arranquémosle, pues, mientras es hora,
Cerrémosle el camino de la enmienda,
Que inevitables son nuestros engaños,
Cuando se tienen solo veinte años.

Pero huir... siempre huir!... la soberana
Raza que contra Dios un tiempo alarde
Hizo de su poder, ante la humana
Virtud de una muger huirá cobarde?
¡Lejos de mí flaqueza tan villana!
Ya dentro al corazon indómito arde
El fuego del valor. — ¡A la pelea!
Y huya confuso el que vencido sea!

Arturo. (*Leyendo.*)

¿Por qué así de mi amor dudais, señora,
De este amor que es el alma de mi vida?
¿Por qué desconfiais del que os adora,
De aquel cuya existencia maldecida
Embellecísteis vos, cual de la aurora
Engalana la luz enrojecida
Los mares y los campos y las flores,
Con cambiantes de mil y mil colores?

No mas desea el ciego infortunado
Del dia contemplar la lumbre pura;
Ni el que vive entre grillos aherrojado
Libre aspirar del campo la frescura;
Ni en estrangera playa el desterrado
Ansía al patrio suelo en su amargura
Volver; ni en el desierto el peregrino
Hallar en su abandono algun camino:

Como yo vuestro amor! — En la mañana
De mi desierta vida, pura estrella
Aparecísteis vos, rosa temprana,
De las flores del mundo la mas bella:

No así me rechaceis tan inhumana,
No desoigais mi férvida querella;
Si no pagais mi amor, tomad mi vida,
Que sin él me es odiosa y maldecida!

Diablo. (Bajo.)

¿Qué tal? — Es una epístola excelente!
¡A fé de diablo, que me deja estático!
Habiendo amor, cualquier barbiponiente
Se muestra consumado diplomático:
Estilo, por Luzbel, sobresaliente,
Es á la vez lacedemonio y ático!
Voy viendo que en materia de vocablos
Los diablos somos unos pobres diablos.

El don de la elocuencia se ha perdido
De Luzbel en la estirpe soberana,
Desde que á Eva en el Eden florido
Sedujo la serpiente nuestra hermana:
Quitónoslo Jehová; mas lo ha cedido
A otra raza peor, la raza humana,
La cual usa del don en tal manera
Que es como si en nosotros existiera.

Esa misma beldad, ora tan pura,
De virtud fortaleza inespugnable,
Al rudo embate de la llama impura
Será como las otras inflamable:
Tal como Eva cayó desde su altura,
Caerá tambien, que todo es deleznable
Lo que cobija la azulada esfera,
Y en esto la muger es la primera.

Art. Lleva esa carta á mi bien

(Dándole la carta.)

Al punto...
Diab. Ya soy correo.
Art. Tan veloz como el deseo;
Aquí te aguardo.
Diab. Está bien. *(Sale.)*
Art. ¿Quién habrá en el mundo, quién
Cual yo feliz, si á mi amor
Es sensible su candor?
Mas si al contrario, insensible...
¡La duda sola es horrible!
¡Dáme, o suerte, tu favor!

CUADRO TERCERO.

Habitacion modestamente amueblada. — El anciano BARON reclinado en un antiguo sitial con ruedas, al lado de una chimenea apagada. — AZELIA apoyada en el respaldo del sillon. — En un rincon del cuarto un arpa. — Frente á la chimenea una ventana por la cual penetran los rayos del naciente sol. — Hace un hermoso dia de invierno.

Az. ¿Cómo os sentís, padre mio?
¿Aun os aqueja el dolor?
Baron. Así, tal cual... Voy mejor...
Pero, siento mucho frio.
¿Por qué está el fuego apagado?
Az. (¡Ay de mí!) Padre... no sé...
Creí... (Gran Dios... no podré...)
Baron. ¿Qué... lo habias olvidado?
Az. No señor... pero...
Baron. Ah! ya entiendo...
No podemos calentarnos...
Fuerza será resignarnos.
Az. (¡Madre, perdon!... Me desprendo
De esta memoria querida,
De mi mas caro tesoro;
Mas esta cruz es de oro
Y puede salvar su vida.)

(Se quita del cuello una cruz, y toca con fuerza la campanilla.)

Criado. ¿Qué manda usé?
Az. Vé volando
Por leña y súbela luego.

(Le da la cruz, recatándose de su padre.)

Baron. ¿Con que al fin tendremos fuego?
Az. Sí, señor.
Baron. ¿Estás llorando?
Az. ¡Perdonad!... Lágrimas son
Que vos no debísteis ver;
Mas no es dado contener
El llanto del corazon.
Baron. Fué repentina afliccion...
Az. Misterios del pecho humano.
Son,... un recuerdo lejano
De los tiempos que ya fueron:
Aquellos dias que huyeron
Por nuestro mal tan temprano.
Baron. Desecha ese pensamiento
Que así conturba tu alma:
Ten, hija mia, mas calma...
Imita mi sufrimiento.
Az. No es por mí por quien lamento, —
Sábelo el cielo, Señor, —
Aquel tiempo — mi dolor
Es por vos. — De vuestra dicha
Nada os dejó la desdicha...
Baron. ¿Por nada cuentas tu amor?
Mas ¿no ves cuán rutilante
Brilla el sol de la mañana?
Acércame á la ventana.

(Azelia impele el sillon hasta dejarle al lado de la ventana.)

Está bien...
Az. ¿Queréis que cante?

Baron. Sí, por Dios, que á los acentos
De tu voz sencilla y pura,
Olvido mi desventura
Y hasta mis padecimientos.

(*Azelia coge el arpa, y despues de un corto preludio, canta el siguiente himno.*)

HIMNO DE LA MAÑANA.

Divino espíritu,
Señor del mundo,
Del trono aurífero
Dó tu profundo
Saber se asienta,
Esta que alienta
Mi labio trémulo
Casta oracion;
Benigno acógela,
Que ofrenda es pura
De un alma tímida
Que en su amargura
Pide consuelo.
Tú, desde el cielo,
Escucha el cántico
Del corazon.

Al coro angélico
Suba mi llanto;
La humilde súplica
De mi quebranto,
Las arpas de oro
Cantar sonoro
Hagan dulcísimo
Llegar á tí.
Desde la espléndida
Mansion divina,
Brille una lágrima
Cual matutina,
Luciente aurora;
Para el que llora
De paz y júbilo
Nuncio feliz!

Baron. ¡Angel de paz! la bendicion del cielo
Descienda sobre tí, cual de la aurora
En gotas diamantinas, el rocío
De la flor en la fúlgida corola!
Ven, hija mia, al paternal regazo,
Que cuando tu cabeza en él reposa,
Ni siento males, ni dolores siento,
Y casi olvido mis desgracias todas.

(*Azelia se sienta en una banqueta á los piés del anciano y se reclina sobre sus rodillas.*)

¡Oh! ¡cuánto brilla el sol de la mañana
En las enhiestas puntas de las rocas,
Que de cándida nieve revestidas,
Gigantes de los aires se remontan,
Elevando al través de un cielo puro
A los montes espléndida corona!
¡Cuál riela su luz del manso rio
En las serenas, cristalinas ondas,
Mil mágicos cambiantes simulando
Del íris con las fajas luminosas!
¡Oh padre sol, espíritu de vida,
Tu aliento vivifica cuanto tocas;
A tu vista se alegran los collados,
Las nubes con tus rayos se coloran;
Los vientos y los mundos y los mares
Se pueblan con tu lumbre generosa;
Mas tu calor no infunde en estos miembros
El fluïdo vital que se evapora,
Al rudo ataque que les dan unidos
Vejez y enfermedad! — Las densas sombras
Ya siento de la muerte á mí cercanas:
Me quedan de vivir algunas horas.
¡Ay de mí!

Az. ¿Qué os aqueja, padre mio?
¿En qué se fija vuestra vista absorta?

Baron. Estoy mejor. Seguia allá á lo lejos
De cazadores á una alegre tropa
Que rápida trepaba por las breñas
De aquel espeso monte.

Az. La memoria
Os recuerda otros dias mas felices:
Cuando al sonido de estridente trompa
Cien ginetes bizarros os seguian
De la guerra á la imágen belicosa:
Cuando mi dulce hermano adolescente
Apenas, se avezaba á la victoria
Combatiendo animoso á vuestro lado
A los feroces brutos...

Baron. ¡Cuán hermosas
Las imágenes son de aquellos dias!
Mas demos al olvido esas historias...
¿Qué será de Gualtero? — Há mas de un año
Que no nos escribió.

Az. De aquellas zonas
Lejanas de la América, no es mucho
Que un año tarden en llegar á Europa
Las cartas de Gualtero. — Consolaos —
Otras horas vendrán tras estas horas:
Esperanza tened...

Baron. Sí: la esperanza
De otra vida mas larga y venturosa
Jamás me abandonó. — Mas en la tierra
Acabó ya todo para mí. — Las sombras
De la lóbrega noche de la muerte
Siento que se aproximan presurosas. —
Pronto á mis ojos del radiante dia
La luz ocultarán encantadora.

Az. ¡Oh! callad...

Baron. ¿Ves los árboles desnudos
Que el crudo soplo del invierno azota?
En breve la florida primavera
Sus ramas cubrirá de verdes hojas
Y de flores fragantes; mas la suerte

El ver me niega su festiva pompa.
Az. ¡Ay de mí!
Baron. Ten valor, hija del alma,
¿No ves cuánto me afliges cuando lloras?
(*Entra el criado con la leña.*)
¿Quién vá, qué se os ofrece?
Criado. Nada; vengo
A cumplir lo que manda la señora.
(*Enciende la chimenea y se marcha.*)
Baron. ¡Qué calor tan placentero!
¡Cuánto alegra el corazon!
(*Entra Arturo.*)
Art. ¡Guárdeos el cielo, Baron!
Baron. ¡Dios os guarde, caballero!
Si hubiérais antes venido
Habríais acompañado
A mi Azelia...
Art. La he escuchado,
Y por eso no he subido.
Debe ser muy presumido
El que la voz de un mortal
A ese canto angelical
Ose mezclar en mal hora.
Az. Caballero...
Art. Yo, señora,
Suene bien, ó suene mal,
Rindo á la verdad tal culto
Que á trueque de no mentir,
A veces suelo decir
Verdades de tanto bulto,
Que á desacato ó insulto
Se toman en sociedad...
Baron. El culto de la verdad
A tanto no nos obliga,
Y bien cumple aquel que diga
De lo cierto la mitad.
Mas á un lado eso dejemos...
¿Cuándo será la partida?
Art. Mucho ha variado mi vida
Desde que nos conocemos.
Baron. ¿Alguna parte tenemos
Acaso en la variacion?
Art. Témolo mucho, Baron.
Baron. ¿Porqué, Conde, lo temeis?
Art. Porque dudo que me deis
Lo que ansía el corazon.
Baron. No os entiendo...
Art. Perdonad
Si del todo no me esplico...
No insistais, os lo suplico...
Baron. Vuestro secreto guardad.
¡Ay de mí!
Az. ¿De ese dolor
Os vuelve el tormento ya?
Baron. Sí; conmigo acabará!
Az. ¡Oh padre!
Art. ¡Tened valor!
Az. ¡Padre mio!... Se desmaya!
¡Socorro! ¡ay Dios!... va á morir...
Art. ¡Brito!... Yo no puedo ir...
Diab. ¿Adónde quereis que vaya?
(*Apareciendo.*)
Art. Volando, por un doctor,
Por dos ó tres ó por ciento;
Pero, vuelve en el momento!
Diab. Voy como el rayo, señor.

CUADRO CUARTO.

La misma habitacion del tercero. — El cadáver del Baron en su atand con el uniforme de general. Azelia arrondillada al lado del féretro. — Luego el posadero seguido de un escribano y varios alguaciles. — Despues Arturo y el Diablo.

Azelia.

¡Ay del mísero que llora
En solitaria amargura!
¡Ay del huérfano que gime
A solas con sus angustias!

Lloro yo á mi padre muerto
Y á mi perdida ventura;
¿Mas qué importan mis dolores
A la indiferente turba?

¿Qué importa al mundo que un hombre
Mas, á la muerte sucumba?
¿Qué importa, si al muerto basta
Una estrecha sepultura?

Mas ¡ay de aquel que en la huesa,
Por odios de la fortuna,
Su amor á un tiempo y su dicha
Con el cadáver sepulta!

¡Ay de aquel que sobrevive
En la tierra á su ventura!
¡Ay del huérfano que yace
A solas con sus angustias!

¡Oh padre del alma mia!
Desde la mansion augusta
Dó en su trono esplendoroso
A la eterna luz columbras;

Vuelve un instante tus ojos
A este valle de amarguras,
Vuélvelos á la cuitada
A quien tu pérdida abruma.

Solo opongo mi flaqueza
De los hados á la furia;
Muy débil es el reparo,
Y sus ofensas muy rudas.

Mira, Señor, mi quebranto,
Muévate mi pena aguda,
No á la saña me abandones
De la contraria fortuna.

Mas ¡ay de aquel cuya vida
Mas allá de su ventura
Se prolonga! ¡ay del que yace
A solas con sus angustias!

(*Entra el Posadero, un escribano, y varios alguaciles.*)

Pos. Este es el cuarto, señores,
Ese, el cuerpo del difunto...
Hija, efectos, todo junto...
Inventariad los valores.
Escr. De todos los acreedores
Sois representante?
Pos. Sí!
Az. ¿Qué venís á hacer aquí?
Escr. Ya podeis haceros cargo...
A practicar un embargo
De todo cuanto...
Az. ¡Ay de mí!
Pos. La ley está terminante.
Cien escudos me debeis;
Pagadme, si no quereis
Que el auto siga adelante.
Az. Por el cielo, en tal instante...
Compadecedme, señor...
Pos. No puedo haceros favor,
Mi dinero he menester...
(¡Es un tigre mi muger!
No la mueve su dolor!)

(*Entra la muger del Posadero.*)

Muger. ¿Piensas estar todo el dia

(*Al Posadero.*)

Oyendo su gimotear?
Pos. ¿No puede uno respirar?
Ya se va... (¡maldita harpía!)
Az. ¡Por el hijo de María,
Tened, señor, compasion!
Pos. ¡Se me parte el corazon!
¡Muger!...
Muger. ¡Habrá dromedario! —
¿Habeis hecho el inventario?

(*A los alguaciles.*)

Un alg. Una arpa y algunos trages
Muy traidos, segun veo...
Muger. ¿Es eso todo?
Alg. Así creo...
Muger. Pues son bravos equipages!
Hemos sido muy salvages
En tener aquí á estos pillos...
(Mas tal vez los hidalguillos
Cuenten con algun recurso...)
Siga de la ley el curso...

(*A los alguaciles.*)

Poned al muerto los grillos!
Az. ¿Y qué? tendreis la impiedad?
¿A un cadáver insensible?... —
¡Ah! señor, es imposible (*Al Posadero.*)
Que consintais tal maldad!
Pos. Ley es la necesidad...
Yo no puedo resistir...
Az. ¡No! jamás! antes morir

(*Colocándose delante del féretro.*)

Que pasar por tal afrenta!
Muger. Pagad al punto la cuenta,
O la ley se ha de cumplir!

(*Se adelantan los alguaciles.*)

Az. ¡O padre, si yo esa espada
Tuya pudiera empuñar,
Nadie viniera á insultar
Así tu ceniza helada!
Pos. Pobre niña...
Muger. A esa menguada
Apartad del ataud...
Az. ¡Por vuestra eterna salud,

(*Empuñando la espada del Baron.*)

No al féretro os acerqueis...
Mirad antes lo que haceis!
Muger. ¿Os da miedo su actitud?
¡O esbirros, raza cobarde,
Podencos sois en traílla!
¿Os parais de una chiquilla
Ante el ridículo alarde?
Escr. Despachad, que es ya muy tarde,
Y obrar es lo mas seguro...
Az. ¡Teneos, ó por Dios juro
Que el que ose estender la mano
Morirá como un villano!

(*Abrese la puerta con estrépito y entra Arturo seguido del Diablo.*)

Art. ¿Qué rumor es este?
Az. ¡¡Arturo!!

(*Dejando caer la espada.*)

Arturo.

¿Por qué turbais del huérfano que llora
La sacra soledad?
¿Por qué á la triste que piedad implora
Negais vuestra piedad?

¿Por qué venís en insolente turba
A profanar del llanto la morada?

¿No vísteis el dolor que ora conturba
El corazon de aquesa infortunada?
¿A qué son esos grillos que en las manos
Feroces sustentais, y esas cadenas?
¿Para el que ya murió, qué los tiranos
Del mundo son ni las mundanas penas?

Quereis aprisionar á quien la muerte
Libertó de esta cárcel maldecida...
¡Estúpidos!... ¿No veis que ni la suerte
Tiene poder sobre el que está sin vida?

Por un puñado de oro, miserables,
Del huérfano el dolor escarnecísteis!
Tomad oro, reptiles despreciables,
Tomad oro, tomad; por él vinísteis!

(*Les tira un bolsillo.*)

Por él, cual otros Júdas, venderíais
Vuestro Dios, vuestra patria y vuestras leyes;
¡Por él á vuestros hijos mataríais!
¡Por él sois los esclavos de los reyes!

Sabuesos que olfateando tras la huella
Ansiosos vais de la viciosa grey;
Mas si algun oro os dan, no dais con ella,
Que el oro es vuestro Dios y vuestra ley!

Mas nunca errais, por Dios, vuestro camino,
Si vais tras la desgracia y la inocencia:
Sois aquí los verdugos del destino...
¡Marchad... lejos marchad de mi presencia!

Pos. Perdonad...
Escr. Yo, señor...
Alg. Somos mandados...
Art. Idos! no os detengais!
Alg. Marchamos luego...
Art. Y cuidad, si al vivir sois apegados,
De no volver!...
Escr. De cólera está ciego!... —
Vos teneis la culpa...

(*Al Posadero miéntras van saliendo.*)

Pos. Yo?
¿Qué culpa puedo tener?
¿Soy acaso mi muger?
Escr. Por Cristo! juzgo que no.
Diab. De esa bolsa que se os dió

(*Dando una palmada en el hombro al Escribano.*)

Podeis volver la mitad...
Pos. Señor... y mi cantidad?
Diab. Hay el doble en el bolsillo...
Art. Deja marchar á ese pillo!
Vamos! luego despejad!...

CUADRO QUINTO.

Habitacion alhajada con modesta decencia.

ARTURO. — AZELIA.

Az. No me mires así... De ese insensato
Frenético deseo,
El ímpetu modera; mi recato
Respeta por tu amor. — Mas ¡ay! ya veo
La cólera estallar en tu mirada.
¡Arturo! amado Arturo!
¿Qué pides á la huérfana cuitada?
Art. Necesito aspirar, beber tu aliento,
Como las auras matinales puro,
En tus rosados labios; de la vida
El deleite apurar; estoy sediento,
No me niegues la copa apetecida.
Véme á tus piés, Azelia: — los dolores
Mi frente juvenil crudos ajaron
Y la flor de mi vida marchitaron.
¡Ay! es la juventud como las flores
Que al blando soplo de amorosa brisa
Se mecen desparciendo sus olores;
Mas viene el huracan, y en un instante
Con su aliento voraz cubre la tierra
De sus mustios despojos,
Trofeo infausto de su injusta guerra;
Y aquel mismo las pisa
Que las regaba amante
Acaso con el llanto de sus ojos!
Az. ¡Cesa, Arturo, por Dios! — ¿No ves mi llanto?
¡Ah! muévate á piedad!...
Art. ¡Piedad!... ¿los cielos
Tuviéronla de mí? — lenta agonía
De mi lozana juventud hicieron:
Las flores de la edad, las ilusiones
De los felices, infantiles años,
En duros desengaños
Y punzantes espinas convirtieron;
Pero piedad de mí nunca tuvieron!
Az. Y tú... ¡o Arturo!... Arturo!
Art. Me estravia,
Como ves, el dolor. — Los eslabones
De esta mortal cadena
A que mi dura estrella me condena,
El corazon oprimen despiadados.
Juguete vil de los adversos hados,
Moderno Prometeo,
Siento que me desgarra las entrañas
El insaciable buitre del deseo...
— ¡O Azelia!... tú me engañas...
No me amaste jamás!...
Az. El cielo, Arturo,
Que ve mi corazon, del alma mia
Sabe el inmenso amor; cuando mi labio
Juró siempre adorarte, no mentia!
¡Ah! no fuera tan cierto, y al agravio

Que hoy haces á mi fé, secos los ojos,
El llanto del dolor no derramaran :
Los labios pronunciaran,
Y así de tus ofensas me vengaran!
¡Ah! — ¡soy muy infeliz!

Art. ¿Soy yo dichoso?
¡Véme á tus piés; escucha mi plegaria!
En esta oscura noche de mi vida,
Sé el faro luminoso
Que á la patria ribera apetecida
Conduzca mi barquilla solitaria!
¡Oh! no llores así! — tu amargo llanto
En torrentes de lluvia abrasadora
Cae sobre el corazon, y como el fuego
Que la mano del cielo vengadora
Sobre Nínive envió, voraz consume
El pecho que te adóra. —
No abandones al triste en su quebranto;
No dejes, o bien mio, que me abrume
Tan hondo padecer : — del pobre ciego
Escucha blanda el amoroso ruego;
La que perdió le vuelve dulce calma,
Luz á los ojos y contento al alma!

Az. ¡Ay misera de mí!... ¡gran Dios!

Art. ¿Vacilas
Aún, muger cobarde? — Tú provocas
Insensata la cólera divina,
Cuando al supremo Dios perjúra invocas.
¿Mas qué importan al Dios del firmamento
La dicha ó el dolor de la mezquina
Humanidad? — El noble sentimiento
Del mas ardiente amor que al débil hombre
Le fué dado sentir, ¿qué es á los ojos
De aquel sér infinito, cuyo nombre
Nunca supo el mortal; cuyos enojos
Pueden el ancho mundo
A un signo solo de su eterna mano
Precipitar de nuevo en el profundo?
¿Y quieres que se ocupe en su grandeza
De la dicha de un mísero gusano?
¡Oh!... no resistas mas, Azelia mia!
Cede á mi ardiente ruego!...

Az. ¡Arturo! Arturo!
¿No te basta mi afecto santo y puro?
De mi triste horfandad, de mi flaqueza,
Ten lástima!...

Art. Lo quiere así la suerte —
Está bien — me resigno — de la vida
Esta ominosa carga aborrecida
Detesto — ¡adios!...

Az. ¿Dó corres?

Art. ¡A la muerte!

Az. A la muerte? — ¡No! No ¡Detente,
[Arturo!
Heme aquí... soy tu esclava... que el deseo
De tu pecho se cumpla!

Art. ¡O suerte mia!
Ven, Azelia, á mis brazos,
Y en amorosos lazos
Nos sorprenda la luz del rey del dia!

Az. ¡Ay Dios!

Art. ¡Apenas mi ventura creo!

CUADRO SESTO.

Habitacion alumbrada lujosamente. — En el céntro una mesa dispuesta para un banquete. — En los ángulos, otras mas pequeñas, como para juego. — Alrededor de una de ellas, Arturo y varios jugadores. — Enfrente y sentado cerca de una de las mesas, un hombre embozado en una capa á la española, permanece estraño á cuanto le rodea.

Un Jug. Esta noche estoy fatal;
Ni una tan solo acerté...

Diab. Consiste en que su mercé...

Jug. ¿Qué?..

Diab. Las escoge muy mal.

Jug. 2°. Voto á Dios! si no dá juego!
Ahora se dá la mayor,
Y antes vino la menor...

Diab. ¿Y porque vos esteis ciego
Os quejais de la fortuna?
Si al juego quereis ganar,
No os debeis así arriesgar
Con ligereza importuna.
Si de las dos cartas, una
Ha de venir, no os pareis
Sino á aquella; si esto haceis,
Lejos de perder cual hoy,
Júroos, señor, por quien soy,
Que al contrario ganareis.

Jug. 3°. ¡Donoso chiste!

Jug. 1°. ¡Hechicero!

Jug. 2°. Siempre está de buen humor
El lacayo del señor...

Diab. Ved como hablais, caballero,
O de Jove por el rayo!...

Jug. 2°. ¿Qué decís?

Diab. No soy lacayo;
Del Conde soy escudero.

Art. Calla, bribon!...

Jug. 1°. Embustero
No le podemos llamar,
Pues cuando viene á jugar
Para dejarnos desnudos
El Conde, con los escudos
Siempre le vemos cargar.

Art. Otro talla, porque á fé
De Arturo, no me divierte
Jugar con tan buena suerte.

(*El embozado se levanta y se acerca al*

grupo anterior, hasta quedar en frente de Arturo.)

Emb. ¿El Conde Arturo escuché?
Art. El mismo soy: ¿qué mandais?
Emb. No pretendo incomodaros...
Quisiera á solas hablaros...
Art. Como gusteis...
Jug. 1°. No os vayais,
Que van á servir la cena.
Ya las señoras no tardan,
Y estas cosas poco aguardan.
Art. Me causa infinita pena
no poder complaceros.
Tomad...

(*Escribe en un papel y se lo dá.*)

Si algo me quereis,
Ir á mi casa podeis.
Emb. Mañana, Conde, iré á veros. (*Vâse.*)
Jug. 1° Alguna cosa el hidalgo
De vos, Conde, necesita.
Art. Si algo de mí solicita...
Diab. ¿Algo?... pienso que es mas que algo.
Art. ¿Pues qué imaginas que sea?
Diab. Nunca supe adivinar,
Mas puedo conjeturar...
Creo...
Art. Al diablo que te crea!...
¿Y esas ninfas?...
Jug. 2°. Aquel dicho
Que dice que luego asoma
Si es nombrado, el ruin de Roma...

(*Entran seis muchachas, las cinco disfrazadas de hombre con trages de varias épocas de la historia.*)

Art. No vi mas raro capricho...
¿Por qué así os vestísteis hoy?
La varonil apostura
Ofende vuestra hermosura.
Jug. 1°. A pedir la cena voy. (*Vâse.*)
Jug. 2°. Conde, si os parece bien,
Sentémonos entretanto...
Art. Que me place...
Jug. 3. Es muy prudente.

(*Se sientan á la mesa, cada jugador al lado de una de las jóvenes.— El Diablo se coloca detrás de la silla de Arturo.*)

Jug. 3°. Y por qué te has disfrazado

(*A su compañera.*)

Con este trage tan chusco?
Muger. Es un trage veneci no;
El trage de un paladin
Del siglo yo no sé cuántos,
Cuyo retrato conservo
Porque fué mi antepasado.
Jug. 3°. ¡Hola! con que de alta alcurnia
Procedes? — El del retrato
Fué Dux ó solo patricio?
Muger. Uno fué de aquellos bravos
Que á Oriente movieron guerra,
Cuando el Dux Enrique Dándolo,
Al frente de las cohortes
De los príncipes cruzados,
De la gran Constantinopla
Tomó el muro por asalto.
Jug. 3°. ¿Y á asaltarme tú has venido
Como tu abuelo á Bizancio?
Pues no es fácil resistir
A guerrero tan bizarro.
Jug. 2°. Y tú, Moraima, ese tuyo,
De algun célebre anticuario
Le habrás habido?...
Muger. No, á fé;
Es copia de otro retrato
Que conserva mi familia
Há mas de seiscientos años.
Jug. 2°. ¿De qué tiempo?...
Muger. Es el vestido
Que usó el famoso Pelayo,
Despues del famoso encuentro
En que cayó derrocado
El trono godo, ante el brio
De los tercios africanos.
Jug. 2°. ¿Luego, eres de raza goda?
Muger. Desciendo de los contrarios
De aquella gente...
Jug. 2°. A fé mia,
Soy un devoto cristiano;
Mas no importa, que las hembras
Aunque desciendan del diablo.
Art. Y tú, mi linda María,
¿Por qué no te has disfrazado?
Mar. No tuve humor...
Art. En efecto,
Desde que entraste he notado
En tus pálidas mejillas
Huellas de reciente llanto.
¿Qué tienes?...
Mar. Nada...
Art. No es cierto,
Tú ocultas algun arcano.
Mar. Nada oculto...
Art. Algun motivo
Debe tener tu quebranto.
Vamos ¿qué es ello?...
Mar. Yo propia
No acertaria á esplicármelo.
Vos sabeis que hay en la vida
Dias de sol, y nublados;
En los primeros, alegre
Es natural que esté el animo,
Así como en los segundos,

Sin saber por qué, lloramos,
Yo...
Art. No eres franca, María:
Dias de luz y nublados,
Los hay en la vida, es cierto;
Pero su influjo no es tanto
Que sin causa conocida
Y sin poder esplicárnoslo,
Produzcan así en nosotros
Ni alegría ni quebranto.
Es verdad que algunas veces
Padecemos ó gozamos
Sin discernir bien por qué;
Mas luego, si á examinarlo
Nos detenemos un poco,
Dentro del pecho encontramos
La causa que producía
Nuestro gozo ó nuestro llanto.
Ya es el plácido recuerdo
De un amigo idolatrado
Con quien pasamos alegres
Nuestros infantiles años,
Y luego en mas tristes dias
Habíamos olvidado,
Que nos asalta de pronto
Y hace asomar á los labios
De ternura una sonrisa
Y una lágrima á los párpados;
Ya la idea de un peligro
A que por dicha escapamos,
Eriza nuestros cabellos
Y de terror y de espanto
Hiela nuestros corazones;
Ya en fin, recuerdo lejano,
Del dulce bien que perdimos,
Hace correr nuestro llanto;
Mas nunca, María, nunca,
Con el corazon os hablo,
Sin causa gozan ni sufren
En el mundo los humanos.
Mar. Sin duda teneis razon;
Pero..
Jug. 2°. Con quinientos diablos,
¿Cuándo servirán la cena?
Jug. 1°. Aquí viene... (*Entrando.*)
Art. ¿En qué quedamos?
¿Me confias tu secreto?
Mar. ¿Lo ordenais?
Art. No; yo no mando;
Lo suplico...
Mar. Es este dia,
Señor Conde, aniversario
De la muerte de mi honra.
Art. ¿Cómo?
Mar. En mis primeros años,
Fuí la esperanza, el orgullo
De una familia...
Jug. 1°. ¿Cenamos,
O no?...
Art. Cenemos, señores...
María, de lo pasado
Te olvida ahora; despues
Me contarás tus fracasos.
Mar. Teneis razon; que los tristes
Compañeros son cansados
Y fastidiosos...
Diab. Señor, (*A Arturo.*)
Para empezar, de ese jarro
De Salerno, proponed
Un brindis en agasajo
De esta dama.
Art. Dices bien...
Diab. (Así á los dos los aparto
De aquesa conversacion,
Que me iba dando cuidado.)

(*Llena varias copas y las distribuye á los convidados.*)

Art. Brindo por esta hermosura!
¿Me haceis razon?
Todos. Bravo! bravo!
Jug. 3°. A mí, señores!... Yo brindo
Por el lindo veneciano!
¿Haceis la razon?
Todos. Sin duda!...
Jug. 2°. Descortés fuera y menguado
Si un brindis no propusiera
Por este morisco hidalgo.
¡A su salud!
Todos. ¡En buen hora!
Jug. 1°. ¿Y á nuestro anfitrion no damos
Una muestra de respeto,
Etcétera?...
Todos. De contado.
Jug. 1°. ¡Viva el generoso Conde!
Todos. ¡Viva, viva por mil años!
Art. ¿Qué tal, mi buena María?
¿Te vas un poco aliviando
De tus cuitas?
Mar. No recuerdo
Cuitas ni duelos humanos,
Cuando el Salerno chispea
En el cristal de mi vaso.
Todos. Bravo!... Que diga una copla!
Mar. No puedo cantar...
Todos. Nos damos
Por contentos con muy poco.
Mar. No, no...
Todos. Buen Conde, el senado
Os ruega...
Art. Ya lo oyes, María.
Mar. Las copas llenad. — Ya canto.

(*Pónese en pié y alargando su copa entona el siguiente himno.*)

A LA ORGÍA.

Coro.

¡Dadme vino! — Llenemos, hermanos,
Nuestras copas del rojo licor:
Mientra el vaso sostengan las manos,
¿Qué á nosotros del hado el rigor?

1°.

A burlar la fortuna traidora
Un remedio eficaz encontré:
¡Escanciad el olvido al que llora;
Al dichoso escanciad el placer!

¿Qué importa al que fuerte supo
Despedazar sus cadenas,
Las inquietudes, las penas,
Que le guarda el porvenir?

¿Qué, penetrar en lo oscuro
De su misterio escondido,
Cuando sabe que ha nacido
Y por ello ha de morir?

¿Veis, al posarse en la rosa,
Si la pintada y ligera
Mariposa,
Inquiere de la pradera
Si siempre habrá primavera
Que engalane cariñosa
Su confin?
¡No! — Pues entonce al olvido
Demos la suerte inhumana;
Y este coro repetido
Solo interrumpa el ruido
Del festin.

Coro.

¡Dadme vino! — Llenemos, hermanos,
Nuestras copas del rojo licor;
Mientra el vaso sostengan las manos,
¿Qué á nosotros del hado el rigor?

2°.

De la ciencia los hondos arcanos,
La belleza del arte inmortal,
Que idolatran los ciegos humanos
Cual si fuesen la eterna verdad:

¿Son la verdad por ventura?
¡No! que bajo el firmamento
Cuanto existe es fingimiento;
Cierto solo es el dolor.

Es mentira la hermosura,
Necio el afecto que inspira,
Gloria y grandeza, mentira,
Mentira insensato amor.

Y puesto que son engaños
Cuantos ofrece la vida,
Nuestros años,
Mientras el placer convida,
Gocemos, que la medida
De amargura y desengaños
Vendrá al fin.
Gocemos, pues, y bebamos,
Burlémonos del destino;
Que mientras así cantamos
Los placeres aumentamos
Del festin.

Coro.

¡Dadme vino! — Llenemos, hermanos,
Nuestras copas del rojo licor;
Mientra el vaso sostengan las manos,
¿Qué á nosotros del hado el rigor?

3°.

El que mira ambicioso en la historia
Indeleble su nombre esculpir,
Vuele rápido en pós de la gloria
Dó le arrastra un mortal frenesí.

¿Qué es la gloria y nombradía
Que nos trasmite la fama?
— Una fosfórica llama,
Vacío y oscuro son!

¿Qué, la honradez mas preciada?
¿Qué, la inocencia sencilla?
¿Qué, la virtud sin mancilla?
¡Verdades de convencion!

La verdad yace escondida
En los ámbitos oscuros
De otra vida!
Tienen hácia aquellos muros
Nuestros pasos inseguros
Una senda conocida...
¡Nuestro fin!
Siendo esto cierto, al olvido
Demos la vida y sus males;
Y este coro repetido
Solo interrumpa el ruido
Del festin!

Coro.

¡Dadme vino! — Llenemos, hermanos,
Nuestras copas del rojo licor!

Mientra el vaso sostengan las manos
¿Qué á nosotros del hado el rigor?

Todos. ¡Es admirable cancion!
Diab. ¡Admirable!
Mar. ¡Es infernal!
Art. Canto que oido hace mal...
Mar. ¡Que desgarra el corazon!
Jug. 1°. Vamos á cenar, señores...
Jug. 2°. Sí, que la cena está fria...
Art. Vamos, que empiezan del dia
A despuntar los albores.

CUADRO SÉPTIMO.

Habitacion de Arturo. — Está en la cama. — El Diablo acepillando unos vestidos. — Despues, el Angel Custodio bajo la figura de Gualtero.

Art. ¿Qué hora es? (*Incorporándose.*)
Diab. Serán las siete...
Hoy estais muy matinal.
Art. Dormí esta noche muy mal...
Soñé...
Diab. ¿Con el sacanete?
Art. Soñé con esa cuitada...
Diab. ¿Con vuestra antigua querida?
Art. Pesado estás, ¡por mi vida!
Diab. Pues, señor, no he dicho nada.
Art. ¡Me amaba tanto!
Diab. Es verdad:
Tambien la adorábais vos;
Pero amor no obró en los dos
Con igual tenacidad.
Art. Ella escuchó de un falso amor el ruego,
Y yo hollé despiadado su virtud;
Víctima fué del ardoroso fuego
De mi desenfrenada juventud:
Rindióse á una pasion que en humo luego
Convirtió mi cobarde ingratitud...
¡Oh! ¡Mal haya el que nunca supo amar,
Y tan ardiente amor pudo olvidar!
Diab. Os maldecís, señor, con sumo brío
É injusticia notoria á lo que veo;
Que culpa no teneis si el hado impío
Hizo inconstante el volador deseo:
El fuego abrasador hoy yace frio,
Plácida calma sucedió al mareo
De una ciega pasion, y hallo muy justo,
Ya que aquella varió, variar de gusto.
Art. Jamás al vicio en la tierra
(*Levantándose y vistiéndose.*)
Le faltaron abogados,
Disculpas á la malicia,
Defensores al agravio;
Mas la conciencia del hombre
Predica en tono mas alto,
Y aunque huelle las costumbres
Y de la ley haga escarnio,
Aunque le aplaudan los necios,
Aunque le absuelvan los sabios;
Aunque pródigo el destino,
De sus dones mas preciosos
Le colme; allá en lo profundo
Del alma oirá resonando
Incesantemente el grito
Que le acuerda su pecado.
Jamás...
Diab. Señor... deteneos...
Oigo el rumor de unos pasos...
(Visita muy oportuna,
Que, segun va predicando,
Hasta á mí me convirtiera
Si no fuese yo tan diablo.)
Art. ¿Quién será tan á deshora?
Diab. Es de anoche el embozado.

(*Entra el Angel Custodio bajo la figura de Gualtero.—El Diablo á su vista se intimida y sale por la puerta del fondo.*)

Ang. ¿Dais permiso, señor Conde?
Art. Entrad, caballero.
Ang. Acaso
En ocasion importuna...
Art. No señor; podeis sentaros.
¿Qué me mandais?
Ang. Seré breve...
Soy de Azelia único hermano,
Y sin duda comprendeis...
Diab. ¡Se vino la casa á bajo!
(*Entreabriendo la puertecilla.*)
Art. No por cierto...
Ang. ¿Estais en vos?
Art. Podeis mejor esplicaros,
Si os place...
Ang. Inútil lo creo;
Mas no quiero, temerario,
Cerrar tal vez el camino
De reparar mis agravios.
Cuando aquí os trajo la suerte,
Conocísteis á un anciano
De clara estirpe, animoso,
Igual á vos en el rango;
Mas superior en virtudes
Y sentimientos hidalgos!
Art. ¡Me insultais, señor Baron!
Ang. Digo la verdad: — calmaos.
Aquel hombre, de los dones
Con que al nacer le colmaron
Los cielos, y los que supo
Adquirirse con su brazo;
Tan solo, por los rencores

De sus enemigos hados
Tenia un bien y una dicha;
Su honor y un tierno pedazo
De sus entrañas, la víctima
Que habeis, señor, inmolado.
Murió y descendió al sepulcro
Aun poseyéndolos ambos;
Que quiso acortar fortuna
De su triste vida el plazo,
De lástima, por no verle
Vivir pobre y deshonrado.
Mas si él murió, yo respiro,
Yo, que soy su legatario,
Yo, que vengo á pedir cuenta
De nuestro honor mancillado.
¿Qué me respondeis?

Art. Que pronto
Estoy, Baron, á acordaros
Completa reparacion,
Cual cumple á pechos hidalgos.
Mas...

(*El Diablo se ha deslizado invisible hasta colocarse detrás del sillon de Arturo, y en este punto le dice al oido:*)

Diab. ¡Por Luzbel!... ¿teneis miedo?
Angel. ¿Dareis á Azelia la mano?
Art. Lo preguntais de manera...
Ang. Del modo, si no me engaño,
Que me cumple...
Diab. ¿No os aíra
Su insolencia?...
Art. Equivocado
Venís...
Ang. ¿Os negais?...
Art. No; — pronto
Me encuentro, Baron, á daros
Satisfaccion...
Ang. ¿De qué modo?
Art. ¡Con la espada, y en el campo!
Ang. ¿No hay remedio?
Art. No hay remedio.
Ang. Pues, Conde, al punto salgamos!

(*Toma Arturo la espada y sigue al Angel. —El Diablo los mira salir, dice los últimos versos, y los sigue.*)

Diab. Ese Gualtero no es hombre!
Yo ví en su mirar airado
Brillar el puro reflejo
De aquel fuego sacrosanto
Que Dios en los ojos puso
De sus ángeles amados:
Empero, fuerza es seguirlos.
— ¡Arcángel que allá en el Tártaro
Aun contra Dios mueves guerra
Seduciendo á los humanos;
Acórreme en tal peligro
Con el poder de tu brazo!

CUADRO OCTAVO.

Una intrincada selva. — En un espacio claro, el Angel y Arturo riñen encarnizadamente. — El Diablo arrimado á un árbol tiene clavados los ojos en el Angel, con espresion del mas cobarde espanto.

Art. Cansado estoy de reñir:
No puedo tener la espada.
Ang. ¿Estais herido?...
Art. No es nada.
Ang. Es cierto: — Vais á morir.
Art. Arrogante sois, á fé;
Mas os tengo de matar!...
Ang. Empezad por descansar.
Art. Ved que luego os mataré!

(*El Angel se aparta algunos pasos sin contestar.*)

Diab. Amo mio, ese no es hombre...
(*Acercándose á Arturo.*)
Su mirar infunde miedo...
¡Huyamos!...
Art. Estate quedo:
¿Qué hay en él que así te asombre?
Diab. ¿No vísteis al combatir
El fulgor de sus miradas?
Al cruzar vuestras espadas,
¿No vísteis su sonreir?
Art. Y bien: ¿por qué ese temor?
Aunque fuera el mismo diablo!
Diab. Es que el hombre de que os hablo
Es mas que un diablo, señor!
Art. ¡Bah! — ya verás: — Caballero!
Ang. ¿Habeis descansado ya?
Art. Cuando os llamo, así será.
Ang. Vuestras órdenes espero.
(*Acercándose.*)
Diab. ¡Cuál me tiembla el corazon!
Art. Vamos de nuevo á reñir!
Ang. Antes debeis convenir...
Art. ¿En qué?
Ang. En una condicion.
Art. Decidla luego!
Ang. La prisa
No es para hombres como yo.
Art. Calladla, pues!
Ang. Eso no:
Ved mi condicion precisa:
Al que quede desarmado
Podrá matar su enemigo...
Art. Caballero!
Ang. ¿Lo que os digo
Acaso os ha intimidado?
Art. Tened á raya la lengua,
Que hablais como un mal nacido.

¡Yo temer!
Ang. Lo he presumido.
Art. Cobarde me juzga ¡oh mengua!
Cuidad, que si no os maté
Ha un momento, seor villano,
Fué por ser de Azelia hermano.
Ang. ¿Y bien?...
Art. Ahora os mataré!
Ang. Cuidad vos que ora la espada
No se os caiga de la mano;
Que al fin soy de Azelia hermano,
Y ella está muy agraviada.
Si os desarmo, al negro abismo
Os lanzo: sois hombre muerto.
Art. Si soy feliz, estad cierto
Que os sucederá lo mismo!
Ang. Eso pronto se ha de ver.
Art. ¡Pugne Dios por el mejor! —
A un lado, Brito!... (*Al Diablo.*)
Diab. Señor,
Ved si os podeis componer!
Art. A un lado, dije!
Ang. Obedece!
Aléjate al punto, Brito!
Diab. ¡Por el arcángel precito,
Angel del cielo parece!

(*Riñen de nuevo el Angel y Arturo. — Este último queda desarmado.*)

Art. ¡Pese á mi suerte enemiga!
Ang. ¿Qué hay en esto que os alarme?
Es muy sencillo un desarme.
Art. Si no quereis que os maldiga,
Matadme y no me insulteis,
Que no es, por Dios, generoso...
Ang. Muy poco caballeroso
Nací al mundo: — ¿qué quereis?
Art. ¡Herid!
Ang. No; que en desagravio
De la inocencia ofendida,
Antes que perdais la vida...
Art. ¡Herid; mas sellad el labio!
Ang. ¿Y si no os quiero matar?
¿Si á satisfacer no alcanza
Vuestra muerte mi venganza?
Art. ¿Qué quereis de mí alcanzar?
Ang. Que repareis el borron
Que ha mancillado mi cuna.
Art. Es por demás importuna
Vuestra altiva peticion.
Traspasadme el corazon,
A salvo hacerlo podeis;
Mas, ¡por Cristo! no espereis
Que la muerte me acobarde.
¡Para ese arreglo ya es tarde!
¡Matadme; no vacileis!
Ang. No os mataré; que al morir,
Mi honor os llevais con vos:
No, Conde: que os mate Dios,
Que á ambos nos hizo vivir.
Si os llegais á arrepentir
En tiempo, os daré á mi hermana;
Si no, de esa accion villana
El continuo torcedor
Será nuestro vengador.
— ¡Adios! yo parto mañana! (*Vase.*)
Art. ¡Me han dejado confundido
Tanto valor é hidalguía!
¡Brito!
Diab. Señor... (á fé mia,
Me alegro que haya partido!)
Art. ¿Has visto?
Diab. ¿Pues no he de ver?
Art. ¡Es un noble caballero!
Diab. Es un hábil embustero
Que os quiere comprometer.
No pudo haceros temer
Con la punta de su espada,
Y ora os tiende una emboscada
Con su alarde generoso...
¡Oh! el Baron es muy mañoso:
Tiene prudencia sobrada.
Art. Pues ¡vive Dios! que es muy cierto
Lo que imaginas del lance.
Diab. En combate á todo trance,
Era el triunfo muy incierto.
Art. Por esta razon advierto
Que me quiso desarmar...
Diab. Luego os quiso perdonar,
Mas con segunda intencion...
¡Es muy astuto el Baron!
Art. Mas no me pudo engañar!
Diab. Y ya ¿qué hacemos aquí?
Volvamos á la ciudad.
Art. Tienes razon, en verdad...
Diab. (Si es un ángel ¡ay de mí!)

CUADRO NOVENO.

Habitacion de Azelia. — Está sentada en ademan de profunda tristeza. — Despues el Angel.

Azelia.

¡Ay infeliz del que llora
Sin esperanza ninguna!
¡Ay de la que halló traidora
La fé del hombre que adora,
Por su menguada fortuna!

Posible creí un momento
¡Necia de mí! ser amada;
Y por solo un pensamiento

Sufro ahora el cruel tormento
De verme así deshonrada!

¡Ay! yo le ví por mi mal,
Rodeado de una aureola
De hermosura celestial;
Y una mirada, una sola,
Produjo mi amor fatal!

¡Huye, ilusion fementida!
Vuélveme la dulce calma
Que arrebataste á mi vida;
Borra esa imágen querida
Que tengo impresa en el alma!

¿Por qué ¡ay Dios! le conocí?
¿Por qué no me envió la suerte,
¡Ay infelice de mí!
Mil veces ántes la muerte
Que este ciego frenesí?

Ocultar debo mi lloro:
Vano y ocioso seria
Que supiera que aun le adoro,
Y al cielo el olvido imploro
De mi loca fantasía!

Y que el cielo desatiende
Mi lastimosa plegaria,
Y en el pecho mas enciende
Este ardor que en él se estiende
Como una tea incendiaria!

Cesad, pues, lágrimas mias,
Testigos de mi locura;
Mas no ceseis, que en los dias
De perdidas alegrías,
Es el llorar gran ventura.

Tan grato es vuestro consuelo
Al que vive entre dolores,
Como á las aves el vuelo,
Como á los brutos el suelo,
Como el rocío á las flores.

Llorando me aliviaré...
Llora, huérfana cuitada,
Llora tu dicha que fué...
O muerte! de mí te apiada!
¿Hasta cuándo viviré?

(*Llora ocultando el rostro entre sus manos. — Entra el Angel.*)

Angel.

Llorar... siempre llorar... ¿sobre la tierra
La virtud siempre al llanto condenada
Ha de verse, Señor? — ¿La cruda guerra
De la estirpe de arcángeles malvada
Que el báratro en sus márgenes encierra,
No ha de cesar jamás? — ¿La infortunada
Humanidad, por siempre combatida
Ha de ser del infierno en esta vida?

Cual nave, que, perdido el rumbo cierto,
Fluctúa á la merced del mar bravío,
¿Vacilará el humano, siempre incierto
Entre el divino bien y el mal impío?
¿Por qué al cuitado, del seguro puerto
Le aleja así, Señor, tu poderío?
— ¡Ve que la rabia del infierno es mucha,
Y poco su vigor á tanta lucha!

Una voz de lo alto.

¡Obedece y no juzgues!

Angel.

Prosternado
Siempre adoré, Señor, tu omnipotencia;
Mas soy ante tu trono el abogado
De la flaca virtud é inesperiencia:
Mira, Señor, la mancha del pecado
Que el cristal empañó de su inocencia...

La voz.

¡Obedece y no juzgues!...

Angel.

Yo te adoro,
Y no juzgo, Señor, cuando te imploro!

(*Se adelanta hácia la jóven. — Esta levanta la cabeza y se arroja en sus brazos.*)

Az. ¡Volviste por fin, hermano!
¿Hablaste á Arturo? ¿le viste?
Ang. Le ví y le hablé...
Az. Le dijiste?...
Ang. Todo mi empeño fué vano!
Az. No creí tan inhumano
Su proceder...
Ang. De la suerte
Fué voluntad...
Az. Ya en la muerte
Tengo solo mi esperanza!...
Ang. Con morir nada se alcanza;
Sé en la desgracia mas fuerte.
Az. Hermano, si á nuestro amor
Hoy nuestro padre viviera,
Bien sé yo que no quisiera
Verme vivir sin honor:
Y pues su infausto rigor
No mitiga la fortuna,
La vida me es importuna....
¡Mátame, hermano, y así
Dejarás limpio ¡ay de mí!
El brillo de nuestra cuna!
Ang. ¡Pobre hermana! — Es un error

Enorme, absurdo, maldito,
Querer borrar un delito
Con un delito mayor.
Modera, pues, tu dolor,
Que mientras dura el vivir
Hay remedio, y preferir
Debe la que fué engañada,
Mejor vivir deshonrada,
Que deshonrada morir.
Az. ¡O Gualtero!...
Ang. Ahora es forzoso
Que pronta estés á seguirme.
Az. ¿Y á dó vas á conducirme?
Ang. Adonde encuentres reposo.
Az. ¡Ay! no lo espero!...
Ang. Orgulloso
Mas del que cumple al humano,
Es ese dudar insano...
Az. Es del dolor el delirio...
Ang. Pronto habrá fin tu martirio.
Az. ¡El cielo te escuche, hermano!

CUADRO DÉCIMO.

La selva del desafío. — Arturo y el Diablo encaminándose hácia la ciudad. — Luego, dos de los jugadores de la noche anterior.

Art. Un poco el paso apresura,
Que es tarde y el sol calienta;
Allí viene un hombre...
Diab. Cuenta,
Que entran dos en la espesura.
Hácia vos, en derechura
Dirigen ambos la planta.
Art. Yo no sé por qué me espanta
De esos hombres la venida.
Diab. Tal vez os vaya la vida...
Art. ¿Será mi desdicha tanta?
Diab. Ya llegan: — la faz airada
Ambos traen, de desafío.
Art. Son dos, mas me sobra brio
Y tengo una buena espada.

(*Llegan los jugadores y saludan á Arturo con altivez.*)

Jug. 1°. ¡Por Cristo! fué afortunada
Casualidad encontraros...
Jug. 2°. Tenemos, Conde, que hablaros...
Jug. 1°. Yo primero...
Jug. 2°. A mí me toca...
Art. ¿A qué esa contienda loca,
Si á entrambos puedo escucharos?
— Decid vos! (*Al primer jugador.*)
Jug. 1°. Y acabo luego,
Que el mucho hablar tengo en poco.
¡Conde, si no me equivoco,
Me habeis estafado al juego!
Art. ¡Villano!
Jug. 1°. Decidme, os ruego,
A cuál conviene el dictado
Que me dais: ¿al estafado
O al que estafa?...
Art. Esto os conviene,
Tomad! (*Le dá un bofeton.*)
Diab. Escusa no tiene
El lance que yo he tramado.
Jug. 1°. ¡Me daréis satisfaccion!
Art. Al instante: — no hallo nada
Mas justo: sacad la espada,
Que sobre ese bofeton,
En medio del corazon
Una estocada os daré!..
Diab. Si tiene gana usarcé...
(*Al otro jugador.*)
De batirse, no me escuso...
Jug. 2°. Con un criado no está en uso...
Diab. Entonces...
Jug. 2°. ¡Aguardaré!

(*Arturo y su contrario riñen furiosamente.*)

Jug. 2°. ¡Bien riñe el Conde!
Diab. De cierto,
Compadezco á vuestro amigo;
Luchar con tal enemigo
Es lo mismo que...
Jug. 1°. ¡Soy muerto! (*Cayendo.*)
Diab. Hélo ya cadáver yerto,
Ora os toca á vos...
Jug. 2°. ¿A mí?...
Diab. ¿No vinísteis, pues, aquí,
A batiros?
Jug. 2°. No señor!
Diab. ¿Con que?...
Jug. 2°. Estaba en un error;
Pero ya me convencí.

(*Hace un saludo á Arturo y se marcha apresuradamente. — Arturo contempla con emocion profunda el cadáver de su contrario.*)

Art. ¡Pobre jóven! ha un momento
Que estabas lleno de vida,
Y en tu mirada atrevida
Rebosaba el ardimiento;
Ora estás sin movimiento,
Contra la tierra el semblante,
Mudo tu labio arrogante,
La sangre hirviente ya fria,
Yerto el pecho en que latia
Tal vez corazon amante!
A los piés de tu enemigo
Postrado sin vida estás:

Por una ofensa no mas
Fué demasiado castigo.
¡Oh! mi fortuna maldigo,
Que causó tal desventura...
Diab. Mirad, señor, que es locura
Permanecer...
Art. Empuñada (*Sin oirle.*)
Tiene aun la fuerte espada...
¡Era grande su bravura!
Diab. Señor!... Señor!...
Art. Homicida,
Es hoy el que ayer traidor;
Fuí ayer perjuro á mi amor,
Hoy quité á un hombre la vida!
En la senda maldecida
Del vicio, apenas entré,
Cuando orgulloso, á mi pié,
Lleno de insano furor,
A una muger, sin honor,
Sin vida á un hombre, postré!

Me causo horror; me abomino;
Soy un monstruo aquí en la tierra:
Cuanto mal el mundo encierra
Puso el cielo en mi camino!
¡Mueve tus furias, destino,
Todas á un tiempo en mi mal;
Que tu poder infernal
Ya no tiene en mí poder,
Pues que por tí llego á ser
Hoy el mayor criminal!

(*Quédase pensativo.*)

Diablo.

¡Virtud, aciaga virtud,
Siempre me has de perseguir!
¿Hasta cuándo ha de seguir
Tan odiosa esclavitud?
Yo creí en su juventud
Muerto tu gérmen maldito,
Y ora, cuando mas me agito
Por hacer tu fuerza vana,
Mas vigorosa y lozana
Brotas de un nuevo delito!

No es tuya la fuerza, no,
Que así encadena mi brio;
Es del sumo poderío,
Que contra mí te creó.
Mas no he de rendirme yo
Mientras quede una esperanza;
Que acaso la prez alcanza
En la reñida palestra,
El que mas terco se muestra,
No el que tiene mas pujanza!

Vamos, pues, á combatir,
Pues el cielo lo dispone;
Si Dios contra mí se pone
Fuerza será sucumbir;
Mas antes que yo á rendir
Mis armas vaya á tus piés,
Aunque tan alta te ves,
Mira, virtud, por tu gloria,
Que puede ser la victoria
Del que hoy sufre este revés!

Mas ¿qué revés, si al instante
Puedo hacer que este me siga?
¡Por Luzbel! — ¡Fuísteme amiga
Por hoy, fortuna inconstante!
Si aún le veo vacilante
Entre el crímen y el deber,
Mañana, de esa muger
Lejos, mas fácil será
Que olvide...; mas tardo ya
En empezar á correr.

(*Coge por el brazo á Arturo, y le indica un objeto á la derecha.*)

Señor Conde, cuidadoso
Observad aquella nube...
Art. ¿Y bien?...
Diab. Es polvo que sube
De un escuadron numeroso.
Art. ¿Y bien?
Diab. ¡Y bien! — Si animoso
Lo esperais aquí, sois muerto!
Art. ¿Por qué?
Diab. Porque sé de cierto
Que buscan al homicida...
Art. ¿Y bien?
Diab. Pena de la vida
Teneis; por eso os lo advierto.
Art. Está bien: — aquí lo espero.
Diab. (No será así ¡por Luzbel!
¡A mí, Astaroth y Asraël!
¡Lo veremos, caballero!)

(*Aparecen los dos caballos negros del primer cuadro, completamente enjaezados.*)

Ya hasta aquí llega ligero
El belicoso escuadron...
De lidiar no es ocasion,
Señor!...
Art. No voy á lidiar.
Diab. ¿Y qué?
Art. Me voy á entregar.
Diab. ¡Qué placer para el Baron!...
Art. ¡Oh rabia!..

(*Salen varios alguaciles á caballo. — El gefe se dirige á Arturo con el sombrero en la mano. — El Diablo se acerca tambien con los caballos de la brida.*)

Gefe. Señor, venimos
A prenderos. — Malhadada
Ocasion...
Art. Tomad mi espada.
Gefe. Sabe Dios si lo sentimos.
Diab. Descuidados anduvimos;

(*Al oido de Arturo.*)

Pero montad, por favor...

(*Arturo va á montar y el alguacil lo detiene.*)

Gefe. ¿Me dais palabra de honor
De no intentar escapares?
Diab. Podeis todos colocaros
En torno, y será mejor.

(*Arturo monta maquinalmente á caballo. El Diablo se coloca á su lado, y echa á andar la cabalgata.*)

Diab. ¿Juzgais que así vamos bien?

(*Al gefe.*)

Gefe. Seguros al menos vais.
Diab. ¿Y si no?...
Gefe. Si os escapais,
Digo, por vida de quien,
Que estamos aquí en Belen.
Diab. Pues decidlo.— ¡Sús! cual lampo,
Genios del mal, abrid campo!

(*Suena un horroroso trueno.— Ruedan confundidos caballos y ginetes. — Arturo y el Diablo echan por medio del monte á escape.*)

Gefe. ¡Qué prodigio es el que miro!
Un alg. De miedo, apenas respiro!
Otro. Yo por escapar me alampo!

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Otra vez los fantásticos bridones
Hienden los aires con veloz carrera;
Otra vez, al infierno sigue Arturo,
Otra vez, triunfa el diablo en la pelea,
Otra vez mira el jóven con asombro
Los robles seculares que sustentan
Sobre el nudoso tronco las edades
Que el ancho mundo en sus anales cuenta,
Humillar á su paso temerosos
Hasta el suelo sus copas altaneras.
Con hondo recrugir que asombra el alma,
Se dividen en dos las duras peñas;
Húndense y desparecen los collados;
De los montes las altas eminencias,
Sin fragor de los aires se desploman
Y á la humilde llanura se nivelan;
Cólmanse los abismos, y al instante
En calzadas firmísimas se truecan;
Detienen sus corrientes los arroyos,
Los rios aproximan sus riberas,
Y el caudal de sus ondas cristalinas
En cauces estrechísimos encierran;
Marchítanse las flores, y las plantas
Al paso de los brutos, doblan yertas
Las verdes ramas, las erguidas copas,
Que gala de los campos antes fueran.
Y mientras mas galopan, mas terribles
Con los cascos metálicos golpean
En cadencia infernal los fieros brutos,
La mustia superficie de la tierra.

Empuña el jóven con crispadas manos
Las por su mal ineficaces riendas
Cuyo contacto abrasa : — en vano lucha
Y relucha espantado y forcejea,
Al ver que en su camino se trastornan
Las leyes que acató naturaleza
Desde el dia en que el mundo fué crëado,
Por detener del bruto la carrera :
Que indómito el corcel, cual si clavadas
Llevase en los hijares mil espuelas,
El freno muerde y al ginete arrastra
Al través de barrancos y de crestas.
Ya el sol tramonta en el remoto ocaso,
Y la noche su manto de tinieblas
Estiende presurosa sobre el mundo,
Desde un cielo nublado y sin estrellas.
Y en tanto, los bridones infernales
Mas veloces que el viento en la carrera
Prosiguen; que al infierno sigue Arturo,
Y otra vez triunfa el diablo en la pelea!

SEGUNDA PARTE.

PERSONAGES.

ARTURO.	PAREDES.
BRITO. (El diablo del Error.)	BAYARDO.
GONZALO de CORDOVA.	El Baron GUALTERO.

Capitanes y soldados españoles y franceses, etc., etc., etc.

CUADRO PRIMERO.

I

BARLETA.

Serena está la mar: — El rey del dia
Surge allá en la remota lontananza,
Y con su luz inunda esplendorosa
La tersa superficie de las aguas.
Serena está la mar: — sus ondas surca
Una altiva galera veneciana,
Dejando por señal de su camino
Una esplendente estela nacarada.
Serena está la mar: — Sus ondas riza
El leve cefirillo con sus alas
Al besarlas amante; — el marinero
Entona los cantares de su patria;
Reposa el capitan, duerme el piloto:
Y solo el timonel con vigilancia
De centinela militar, resiste
Al encanto suavísimo del aura,
Que con su aliento arrullador le invita
El reposo á gozar de la mañana.
De pié junto á la proa un caballero,
En la cercana costa las miradas
Fijas con avidez, parece estraño
A cuanto en derredor se mueve ó pasa;
Y en el puente tambien y de la prora
Ni á mucha ni á brevísima distancia
Un page se descubre, bravo el rostro,
Imponente ademan, torva mirada.
Viste un trage de guerra; de la brida
Sujeta dos corceles de batalla,
Negros como la noche, como el viento
Rápidos, atrevidos como el águila.
Contiénelos el page, y los bridones
Hirviendo de impaciencia el freno tascan,
Y resoplan briosos y relinchan
Y ya que no correr, airados piafan.
Y como el amo á la ribera mira
Que aparece de mas en mas cercana,
El escudero en su señor los ojos
Clavados tiene con tenaz constancia;
Y en vano los indómitos corceles
Se encabritan, y botan, y se ensañan
Contra el buen servidor; con la siniestra
Mano sus fieros ímpetus contrasta:
Como Scila y Caribdis cuando el noto
En sus cavernas cóncavas rebrama,
Oponen su invencible fortaleza
De aquel mar á las olas encrespadas.
La diestra apoya con marcial talante
Sobre la empuñadura de su espada,
Y en su inmobilidad cuasi semeja
De piedra ó bronce una perfecta estatua.

II

La nao sigue en tanto su carrera
El campo azul cortando de las olas. —
Ya se descubren las montañas verdes,
Los pinos seculares que coronan
Sus cimas; ya se ven las arboledas
Y hasta la blanca arena de la costa.
Da la galera su postrer bordada,
Y como por encanto, entre las rocas,
Surge una poblacion noble y altiva
Con sus torres y cúpulas vistosas.

En la playa, y del mar cabe la orilla,
Mil guerreros se ven de faz heróica;
Y los rayos del sol, las armaduras
Forjadas en Milan (ciudad famosa
En tales artefactos), con su lumbre
Hacen resplandecer en régia pompa.
Balánzanse en airoso movimiento
Las cimeras y plumas y garzotas
De los dorados cascos, que las frentes
De los guerreros ínclitos coronan;

Que todos héroes son los que allí juntos
Se divierten en plática amistosa:
Aquellos son los bravos de Castilla,
Las formidables lanzas españolas.
Paredes está allí; Diego de Vera,
Sotomayor, Navarro; — ¿mas qué gloria
Merece aparecer junto á Gonzalo,
Junto al gran Capitan, lumbre de Córdova?

— En tanto, la galera su velámen
Con lentitud recoge magestuosa,
Que entra ya por el puerto, y las cadenas
De las pesadas áncoras afloja.
Da fondo, y al instante las amarras
Descorren de la lancha; al mar la botan;
Entran en ella el amo y escudero
Que conoce el lector; la chusma toda
Saluda y victoréa, y al costado
Del buque velocísima se agolpa,
Y es justa admiracion:—los dos corceles,
Libres de aquella mano vigorosa
Que antes los sujetó, tras del esquife
Que lleva á su señor, al mar se arrojan,
Y es de ver la presteza y donosura
Con que á la par cortando van las olas;
Fuera del mar los abultados pechos,
Hinchadas las narices espaciosas,
Parecen aspirar con gran deleite
La brisa embalsamada de la costa.

Por fin toca la lancha á la ribera,
Y el principal viajero sin demora
A uno de aquellos grupos se aproxima,
Al gefe demandando de las tropas
Del católico rey; mientras el otro
Los caballos conduce con mañosa
Destreza tras su dueño. — Los del grupo
Do aquel se dirigió, la vencedora
Faz del Gran Capitan, en el cercano
Grupo le muestran, y risueños tornan
De nuevo á departir en las pasadas
Y las futuras lides y victorias.

III

Al acercarse el viajero
Con firme y airosa planta
A aquel grupo do se mira
Al Conquistador de Italia,
Por otro punto y á un tiempo
Llega con faz denodada
Un viajero, cuyo porte,
Cuya apostura gallarda,
A la vez nobles y altivos,
Van diciendo: — ¡soy de Francia!
Abren paso los del grupo,
Colocándose á la espalda
De su jefe, al cual saluda
Con finura cortesana
El incógnito, si bien
Sin bajeza ni arrogancia.
Luego de pié, respetuoso,
Espera que la palabra
Le dirija el noble gefe
De las falanges hispanas.
— « ¿Podeis decir, caballero,
Le dice aquel, « la embajada
« Que de Barleta á los muros
« Os trajo?...
Guer. Vuestra demanda
Es una órden para mí:
En nombre de Luis de Francia,
Duque de Nemours, virey
De todo el reino de Italia,
Intimo al Gran Capitan,
General del rey de España,
Que en el término preciso
De dos dias, sus escuadras
Retire del territorio
Nombrado Capitanata.
Y de no hacerlo, en el nombre
Del Duque virey de Francia,
Le declaro aquí la guerra
Como Dios y la ley mandan.
Gonz. ¿Habeis concluido?
Guer. ¡Sí á fé!
Gonz. Oid, pues, sin mas tardanza,
Bayardo, el buen caballero,
Dicho el sin miedo ni tacha,
Mi respuesta al que virey
De estas regiones se llama:
Decidle que, aunque le pese,
La disputada comarca
Pertenece á mi señor
Por derecho, y con las armas,
Dios mediante, lo haré bueno,
Aunque unidas me atacaran
Con las huestes del buen Duque,
Todas las fuerzas de Francia!
Ahora, señor caballero,
Si á merecer honra tanta
Alcanzo, á mi amiga tienda
Venid, que en ella os aguardan
La admiracion y el cariño
Que merece vuestra fama.
¿Qué?... ¿no venís? — de un soldado
Admitid la oferta franca...
Venid...
Bay. Señor, perdonadme,
Pues para mí es la desgracia.
Admitir no me es posible
Vuestra oferta hospitalaria,
Porque debo dar la vuelta
Hoy mismo...
Gonz. La dicha vaya
Con vos, señor caballero!

Bay. Ella quede en vuestra guarda!
Par. Esperad un punto solo...
Diz que dicen los de Francia
Que caballeros mejores
Son, que los que hay en mi patria.
Bay. Jamás, señor, me permito
Tan insolentes jactancias.
Par. Que allá lo dicen los vuestros,
Lo afirmo yo y esto basta.
Mas si se trata de pruebas...
Bay. Si de pruebas se tratara,
No hay en mi campo un francés
Que no sepa sus palabras
Sostener!...
Par. Ahí vá mi guante :
Recogedlo si os agrada.
Decidles que diez á diez,
O mil á mil, sin ventajas,
A probar me comprometo
Con la ayuda de mi espada,
Que somos los españoles
Tanto y mas que los de Francia!
Gran Capitan, dad la venia,
Para que esta mi embajada
Se respete...
Gonz. No me opongo;
Aun cuando mas me agradara
No entrar en tales contiendas.
Bay. Si empeñais vuestra palabra,
Recojo el guante, señor,
Y á los guerreros de Francia
Lo llevo...
Gonz. Palabra y fé
Quedan, señor, empeñadas,
Y hoy mismo haré que se pida
A la gente veneciana
Un campo neutral, do pueda
Ventilarse con las armas
Esta disputa...
Bay. Los diez
Contra diez?...
Gonz. Como á vos plazca.
Bay. En once, señor, quisiera
Que el número se fijara.
Gonz. ¿Por qué?
Bay. Porque así á Paredes
Mi enojo desde hoy aplaza
A lidiar conmigo solo.
Gonz. Serán once!
Bay. Os doy mil gracias.
¿Y dónde juzgais que sea
El combate?
Gonz. Promediada
Entre los dos campamentos,
Cual debe ser, la distancia,
De Trani junto á los muros.
Bay. ¿Cuándo?
Gonz. ¡Pasado mañana!
Bay. Está bien : — ahí va mi guante,
Señor Paredes : — las armas
Serán las que en casos tales
Están en uso : la lanza,
O bien, si mas os pluguiere,
Daga y tizona y el hacha.
Par. Como gusteis.
Bay. Mis respetos,
Gran Capitan, prez de España,
Os repito. — Mis señores,
A Dios quedad!
Todos. Con vos vaya!

(*Váse Bayardo.*)

Gonz. Es el francés muy buen mozo
Y de apostura gallarda.
Elige, mi buen Paredes,
De las mejores, diez lanzas
Para ese dia.
Par. Así harélo;
Que en vencer está empeñada
De nuestros tercios la gloria.
Gonz. Ora pues, amigo, marcha
A prepararte...

(*Váse Paredes. — Arturo se adelanta y presenta una carta al gran Capitan.*)

¿De quién
Es, caballero, esta carta?
Art. Desde Venecia os la envia
El embajador de España.
Gonz. ¿El buen Suárez de la Vega?
Dadme!... (*La lee.*)
En ella me declara
Vuestra clase y vuestro nombre.
Habeis tenido desgracias
Muy jóven...
Art. Nací á este mundo
Con estrella muy aciaga.
Gonz. ¿Y quereis tomar servicio
Con nosotros?
Art. Si esto alcanza
Con vuestro favor mi ruego,
Daré por bien empleadas
Las pasadas desventuras...
Gonz. Podeis contar con la plaza
De alférez en nuestros tercios,
Señor Conde...
Art. Aun otra gracia
Quisiera, señor, pediros...
Gonz. Decid...
Art. De las once lanzas
Que han de entrar en el torneo,
Si no encontrais demasiada
Mi osadía, una quisiera
Ser yo...
Gonz. De vuestra demanda
Hoy mismo hablaré á Paredes.

¿Teneis ya, Conde, posada
En Barleta?
Art. No, señor...
Gonz. Entonce ireis á mi casa.
Art. Perdonad; mas no soy solo
Y temo...
Gonz. Si no os agrada
No insisto: — valientes potros
Traéis; — ¿los hay de esa casta
En vuestra tierra?...
Art. Los dos
Son de la mas pura raza
Del Kurdistan...
Gonz. Son muy bellos. —
Señor Conde, hasta mañana.

CUADRO SEGUNDO.

Campamento español ante los muros de Barleta. — Acá y allí se ven aun ardiendo los restos de algunas fogatas. — Arturo se pasea delante de su tienda. — La luna se aproxima al fin de su carrera nocturna con lenta magestad.

Arturo.

Unico alivio en mi mortal desvelo,
Pálida reina de la noche umbría,
Tú, que recorres con pausado vuelo
La inmensidad de la region vacía;
Tú, que á la vez inundas tierra y cielo
Con mas plácida luz que la del dia,
O envuelta acaso entre parduzcas nieblas
Sigues tu blando curso entre tinieblas;

¿Eres lo que la escasa ciencia humana
Te juzga?... ¿Eres un átomo perdido
En la etérea region? — la soberana
Mano de Dios, allí te ha suspendido
Porque fueras del sol única hermana?
O acaso eres destello desprendido
Del eterno raudal de pura lumbre
Que arde sobre esa fúlgida techumbre?

O acaso algun arcángel poderoso
Te eligió entre los soles por morada,
Y desde allí vigila cariñoso
Sobre esta tierra en lágrimas bañada:
Y ese tu brillo blando y misterioso
Es acaso el fulgor de su mirada,
O como nuestro globo acaso vives
Y prestada tu luz del sol recibes.

¡Oh luna! incorruptible centinela
Del reposo del mundo protectora;
Compañera del mísero que vela,
De los que aman constante bienhechora:
No desoigas mi triste cantinela,
Apiádate benigna del que llora,
No me ocultes tu pura luz süave,
Bálsamo solo á mi tormento grave.

Desde el leve columpio de vapores
En que te ciernes sobre el ancho mundo,
Envia algun consuelo á los dolores
Deste mi padecer largo y profundo:
Mi dicha se agostó como las flores
Al alentar del ábrego iracundo,
Y ni en la mas remota lontananza
Puedo al alma fingir una esperanza.

¡O mi Azelia! — ¿por qué el feroz destino,
Contra mí en sus furores implacable,
Te puso ¡ay sin ventura! en mi camino,
É ingrato el corazon hizo y mudable?
Porque ora suspirando de contino,
En la que arrastro vida miserable,
Vaya corriendo en pos del bien perdido,
¡Ay! por mi mal tan tarde conocido!

Aun me parece verte esplendorosa
De juventud y gracia y hermosura,
Tan modesta, sencilla y candorosa,
Bañado el rostro en celestial dulzura:
La muger mas maligna y envidiosa,
Que eras de Dios la mas perfecta hechura,
Justa contigo sola, proclamaba,
Y odiando á las demas, te idolatraba!

Aun me parece ver tu cabellera
Caer partida en rizos ondulantes
De ébano reluciente, la hechicera
Faz, encerrando en marcos vacilantes:
Y aquel seno purísimo que fuera
Envidia del amor, besar amantes,
Y recostarse en él desfallecidos
Con su felicidad desvanecidos.

Y creo ver aun tus negros ojos
Lanzándome dulcísimas miradas,
Inquirir de mi pecho los enojos,
Mis males aliviar, y las pesadas
Cadenas del dolor, y los abrojos
Conmigo compartir... ¡oh! cuán lloradas
Tengo yo aquellas horas de contento,
Y cuán terrible y crudo es mi tormento!

— Mísera juventud, á la locura
De violentas pasiones entregada;
Fugace flor que ya sin hermosura
La frente inclina mustia y deshojada:
Planta que debe al cielo su frescura,
Por el fuego del Tártaro agostada;
Fuente del bien, que tan inmensos males
Acarrea en el mundo á los mortales.

Generoso alazan, que sin el freno
Del esperto ginete, desbocado,
La crin flotante, y el nervudo seno
En blanca espuma y en sudor bañado;
Se lanza á escape, de temor ageno,
Y volando atraviesa el bosque, el prado,
Y como si un lëon lo persiguiera,
Sigue tenaz la indómita carrera :

Y salva el precipicio y el torrente,
Y como el rayo en la carrera sigue,
Regando el suelo de sudor hirviente,
Sin que el cansancio su vigor mitigue;
É impulsado del vértigo creciente
Que le espolea, sin cesar prosigue,
Hasta que exhausto al fin y palpitante,
Cae por su propio peso ya espirante :

Tal es la juventud : — rico tesoro
Que eterno fuera en el Eden florido...
¿ Qué son cabe su luz, la pompa, el oro,
Que dominan el mundo corrumpido?
Pasa empero fugaz ; — con triste lloro
El hombre la recuerda arrepentido,
Mas tarde por su mal; que flor temprana,
Duró como la rosa una mañana!

Vivió como la rosa, una mañana,
Dejando tras de sí duras espinas;
Disipóse cual leve sombra vana,
Que nos fingen las auras matutinas;
Mas apenas del sol la soberana
Luz, despeja las lóbregas neblinas,
Desparece fugaz de nuestros ojos,
Lleno dejando el corazon de enojos.

Y asi vuela del hombre la ventura,
Huye el amor así, pasa la gloria,
Y así el poder acaba y la hermosura;
Que es breve el bien en nuestra humana his-
Y á doblar de la vida la amargura, [toria :]
Tenaz nos dió el destino la memoria;
Funesto don, que, torcedor eterno,
Transforma nuestro mundo en un infierno.

(*La luna va desapareciendo en el horizonte lejano. — Por la parte opuesta enrojecen ya las nubes los primeros albores del naciente dia. — Aparece el Diablo.*)

Diab. ¡ Por Luzbel ! — á la pelea
De buen modo os preparais,
Señor Conde, ¿ no mirais?
Art. ¿ Qué diablos quieres que vea?
Diab. Esas nubes de arrebol
Teñidas, nuncios del dia.
Art. ¡ Por el hijo de Maria !
Pienso que ya sale el sol.
Diab. ¿ Y querreis luego vencer?
¡ Idos presto á descansar !
Art. ¡ Ven !...
Diab. ¿ A qué?
Art. Me voy á armar,
Que ya empieza á amanecer. (*Vánse.*)

CUADRO TERCERO.

I

EL PALENQUE DE TRANI.

(1502, 20 de setiembre.)

Apenas las altas cumbres
De algunos montes cercanos
Dora con su luz rojiza
El monarca de los astros;

Cuando entre nubes de polvo
Del uno y del otro campo,
Vénse salir á galope
Y armados de punta en blanco;

Hasta veintidos guerreros
Compitiendo en lo bizarros,
Cuyas armas reverberan
Del sol con los puros rayos.

El dios Marte en la apostura,
Sobre un morcillo normando,
Y de los suyos al frente
Vá el invencible Bayardo.

De acero un arnés bruñido
Cubre el pecho, y por debajo
Lucir se mira una veste
De terciopelo leonado.

Y á los aires dando envidia,
Sobre el reluciente casco
Se mece, de ricas plumas
Un penacho rojo y blanco.

Detrás vienen La Paliza,
Y d'Aubigny el veterano,
Luis de Ars, Ivo de Alegre,
Hermano de Precy el bravo;

Y los otros cuyos nombres
Mencionar no es necesario,
Porque todos cual valientes
En el lance se portaron.

— Viene de la parte opuesta
Al frente de los hispanos,
El buen Diego de Paredes,
Gallardo entre los gallardos.

Cabalga con sumo brio
Sobre un pisador castaño,
Que del suelo cordovés
Fué gala á un tiempo y encanto.

Viste una rica armadura
De Milan, y el duro casco,
De plumas blancas y azules
Sombrea un alto penacho;

La lanza empuña en la diestra,
Y á la siniestra colgando,
Azota el corcel terrible,
Obra de algun toledano,

Aquella espada que fuera
De los franceses estrago,
Y que dió á la patria suya
Tanta gloria y triunfo tanto.

Tras Paredes, viene Arturo
Sobre su negro caballo,
Y á nadie en el campo cede
En lo apuesto y lo bizarro.

La impenetrable armadura
Es de acero empavonado
Como el yelmo, al cual no adornan
Ni cimera ni penacho.

La lanza lleva en la cuja,
Y pende al siniestro lado
Una espada cortadora,
Don del ínclito Gonzalo.

Del fuerte bridon las riendas
Rige la siniestra mano
Con esfuerzo, porque al bruto
Estrecho parece el campo;

Y dá botes y corbetas,
Y mientras vá relinchando,
Los paramentos oscuros,
Y el suelo, deja bañados

En anchos copos de espumà
Muy mas que la nieve cándidos,
Que del freno se desprenden,
Cual de las nubes de marzo

Cae el granizo á gruesas gotas
Y destruye los sembrados;
O como la espesa nieve
En las cumbres del Moncayo.

Mas Arturo lo domina;
Botes, relinchos son vanos;
Y mas que dos, hombre y bruto,
Parecen solo un centauro.

Cabalga detrás del Conde
En un alazan tostado,
Diego de Vera, el temido,
Prez del suelo castellano;

Y Sotomayor, el fuerte,
En un calabrés cuartago,
En ira ardiendo, galopa
Al lado del buen Pizarro:

Y detrás, los seis que restan
Por Paredes señalados,
Vienen tambien muy briosos
Y combatir anhelando.

Ya de Trani se descubren
Llenos muros y tejados
De espectadores que ansían
Ver en palenque cerrado,

Y en combate igual, riñendo
Franceses y castellanos,
Por cuál de los dos partidos
Quedará la prez del campo.

II

EL COMBATE.

Apenas turba los aires
El ronco y marcial estruendo
De las trompetas, se lanzan
Con sonoro clamoreo

Contra los bravos de España
De Francia los caballeros;
Y de polvo espesa nube
Que se levanta al encuentro,

Los envuelve de tal modo,
Que por algunos momentos
Queda á amigos y á contrarios
El resultado encubierto.

Mas luego que se disipa
El polvo, á la luz del cielo,
De las sillas arrancados
Por el empuje violento

De sus contrarios, se miran
Tres de los fuertes iberos;
Mas en el opuesto bando
Hay cuatro caballos muertos.

Una vez y otra se embisten,
Y á empezar tornan de nuevo;
Y á los botes de las lanzas
Y al chocar de los aceros,

En menudísimos trozos,
Cual paja que agita el viento,
Ruedan al suelo confusos
Airones, plumas y veros.

Rotos se ven por mil partes
De malla los paramentos,
Débil reparo á los golpes
De aquellos brazos tremendos:

Y abollados y sin lustre,
De polvo y sangre cubiertos,
De los dos bandos se miran
Yelmos, corazas y petos.

Desde el principio, Bayardo
Y Paredes en el centro
De aquella lid, se acuchillan
En ira entrambos ardiendo;

Y no hay palabras que basten
En los humanos dialectos,
A pintar la horrenda lucha
De los ínclitos guerreros.

Mas el uno contra el otro
Cansan en vano su esfuerzo,
Que, si es mas fuerte el hispano,
Mucho el francés es mas diestro.

Y tocando el imposible
De su mutuo vencimiento,
Al socorro de los suyos
Tornan de comun acuerdo.

Ya el padre sol del ocaso
Cerca, va palideciendo,
Y debe acabar la lucha
Apenas se haya traspuesto.

Nueve adalides de Francia,
A pesar de su ardimiento,
Sostienen á pié el renombre
De sus famosos abuelos;

Mientras aun siete cabalgan
De los lidiadores nuestros,
Y al ver que el sol se traspone
Atacan con mas esfuerzo;

Y como á fieras acosan
De Francia á los caballeros,
De los cuales dos tan solo
Aun caba'gan como buenos.

Bayardo es uno (no queda
Del otro tanto recuerdo,
Ni importa su nombre tanto
Que nos pese el no saberlo):

Lidian como dos lëones,
Y tras los caballos muertos
Parapetados los otros,
Pelean con tal denuedo,

Que mas há de media hora
Que el sol no luce en el cielo,
Y el éxito del combate
Está como antes incierto.

Mas entonces se aproximan
Los jueces del campo rectos,
Y de franceses é hispanos,
Que en el aire los aceros

Detienen, por cortesía,
Por deber y por respeto;
Puestos de entrambos partidos
A igual distancia y en medio;

A Paredes y á Bayardo,
De los nuestros el primero,
Y el segundo de los suyos,
Gefes á un tiempo y modelos,

Previo un saludo galante,
Hablóles así el mas viejo:
« Ni franceses ni españoles
« Pretender deben el premio

« De la jornada: — los unos
« Atacando como buenos,
« Y como buenos los otros
« Sus blasones defendiendo;

« Demostraron hoy al mundo
« Con igual merecimiento,
« Que dignos son del renombre
« De esforzados caballeros. »

Unánimes los dos bandos,
Las palabras aplaudieron
Del juez, y de la ancha liza
Agolpándose en el medio;

Como hermanos se abrazaron;
Los hechos encarecieron
Unos de otros á porfía
Con ardor caballeresco;

Que por fortuna del mundo,
Aun habia en aquel tiempo
El noble espíritu, hidalgo,
Que animó los siglos medios.

Luego (segun el cronista;
Como él lo escribió lo cuento :)
Los franceses y españoles,
En amistoso concierto,

Mano á mano y brazo á brazo,
A un banquete unidos fueron,
Que en su pró dispuesto habian
Los jueces del campo mesmos.

III

EL CAMPAMENTO.

De Barleta ante los muros,
Y á los rojos resplandores
De mil fogatas, descuellan,
Coronadas de pendones,

Las tiendas del campamento
De los tercios españoles;
Solitarias aquel dia,
Porque sus habitadores,

A la llanura de Trani
Dirigiéronse veloces
Casi todos, que ya juzgan
Empañados sus blasones,

Si aquel dia al ancho mundo
Los once batalladores
De España, no hicieren bueno
Ante Dios y ante los hombres,

Que los guerreros de Francia,
Lejos de ser superiores,
Ni aun iguales ser consiguen
A los bravos españoles.

Mas luego que allá en el campo
Los jueces en claras voces,
Declararon que las lises
Y las barras y lëones

Con igual lustre quedaban;
Unos gruñendo, conformes
Los mas, con el resultado
Del caballeresco choque,

Al campo dieron la vuelta
Muy de prisa, que la noche
Tendia ya el negro manto
Del uno al otro horizonte.

Y por fuera de las tiendas
Formando grupos informes,
Al amor del calorcillo
Que los fuegos dan entonces;

Cada cual á su manera
Mientras la cena dispone,
A este alaba, á aquel deprime,
De los once lidiadores.

Hay soldado, que á Paredes
Prefiriéndose (el muy torpe),
Dice que él, en lugar suyo
Lograra el triunfo de un golpe.

Otro responde á aquel necio,
Motejándole de zote,
Y de palabra en palabra
Llegan á los mogicones.

Pero todos los del campo
A la vez están conformes,
En ensalzar las proezas
De aquel estrangero Conde,

Que al campamento ha dos dias
Llegó de ignotas regiones,
Y al Gran Capitan pidiera
Por gracia ser de los once.

Quién alaba su figura,
Su franco y airoso porte;
Quién á Marte lo compara,
Y solo á sí lo pospone.

— « Mas me gusta su escudero, »
Grita un tal Pedro de Robles,
Que allí cerca está envasando
Menudos tragos de aloque.

— « ¡Calla, bárbaro! » le gritan,
« Ya de vino hasta el cogote
« Estás; por eso dijiste
« Disparate tan enorme! »

Mas Robles, con gran mesura :
« Lo dicho, dicho, » responde;
« No me ha dado el Conde nada,
« Y el criado esta bota dióme. »

Y aquí de las carcajadas
De la confusa cohorte
Que el chiste oportuno aplaude
Aun contra sus opiniones;

Mientras la plácida luna
Por detrás de un alto monte
Sobre hombres y tiendas vibra
Sus plateados resplandores.

IV

LA TIENDA DEL GRAN CAPITAN.

Del marcial campo en el medio,
Cual entre arbustos y flores
Descuella la verde palma,
Soberana de los bosques;

Una tienda surge altiva,
Que adornan dos pabellones
Réales: uno las barras
Que conquistó el bravo Conde

Jofre el Belludo, y qué insignias
De Aragon son desde entonces,
Ostenta: el otro á los aires
Los cuarteles y colores

Alternados, sus divisas
Presenta fuertes y nobles:
Por Castilla, dos castillos,
Y por Leon, dos lëones.

En el centro de la tienda,
Cabe una mesa de roble,
Sentado se ve un guerrero
De alto aspecto y regio porte.

Viste completa armadura,
Y solo el casco de bronce,
Con riquísimo penacho
Dó mil vistosos airones

Se mecen, y que ha un instante
De la cabeza quitóse,
Le falta: sobre la mesa
Con el pomo del estoque,

De cuando en cuando, impaciente
Alguno dá que otro golpe;
Que le tiene con cuidado
La tardanza de los once.

Mas de pronto, á sus oidos
El sonoroso galope
Llega de varios caballos
Que hácia el campamento corren.

Levanta entonces la frente
Mas que la del padre Jove
Magestuosa; una sonrisa
El bello rostro recorre;

El semblante mas tranquilo
No enojos ya ni furores
Amenaza, y mas serenos
Que de abril los claros soles,

A la entrada de la tienda
Los ojos dirige entonces;
Porque ha oido de unos pasos
El rumor que ya conoce.

Es el valiente Paredes,
Quien al verle, abalanzóse
Á su cuello, así diciendo
En altas y alegres voces:

«Por fin hemos desmentido
Las falsas imputaciones
Del francés, que nos juzgaba
A los suyos inferiores.

— ¿Fué vuestra la prez del campo?
— Humillados los blasones,
No quedaron del francés...
— Luego?...
— Los once españoles

Demostraron hoy al mundo
A estocadas y mandobles
Que son al francés iguales.
— ¡Yo los envié por mejores!»

Y el Gran Capitan la espalda
Al buen Paredes volvióle,
El cual calló por respeto
Y hácia su tienda marchóse.

CUADRO CUARTO.

SACIEDAD.

Arturo sentado en un sillon en lo interior de su tienda. — El Diablo á sus piés, medio recostado en una piel de tigre.

Arturo.

¡Cuán fastidiosa es la vida!
¡Cuán monótona y oscura!
¡Cuán cierta aquí es la amargura!
¡Cuánto la dicha mentida!
¿Por qué la muerte intimida
Á tanto débil mortal,
Si por decreto fatal
Del gran libro de la suerte,
Para todo hombre la muerte
Es el término del mal?

¿Qué es la vida? — Un sueño vano
De fantásticas visiones:
Ancho mar, dó las pasiones
Hacen fluctuar al humano.
Bajo su imperio tirano
En dolores tan fecundo,

Siervo gime entero el mundo;
Y es añadir leña al fuego,
Querer resistirse ciego
A su poder iracundo.

Así el hombre navegando
Vá por el mar de la vida,
La verdad desconocida
Hallar iluso anhelando:
Y mientras vá fluctüando
En un mar que agita el Noto,
Frágil barca sin piloto
Que le indique el rumbo cierto,
Espera encontrar un puerto
En aquel piélago ignoto.

Y á lo lejos, cual un faro
Que alumbra la costa amiga,
Negra fortuna enemiga
Siempre le finge un amparo.
Navega ya sin reparo,
Y á aquello que ver alcanza
En remota lontananza
Dirige alegre la prora,
Y no gime ya ni llora,
Que le anima la esperanza!

Mas llega, y el triste mira
Que le engañó su deseo;
Y con un nuevo mareo
Corre tras nueva mentira.
Y otra vez llega, y se aíra
Al tocar el desengaño:
Sin recelar nuevo daño
Toma otra vez la carrera,
Y en el término le espera
Nuevo dolor, nuevo engaño!

Pasa el mísero la vida
Así en correr incesante;
La dicha siempre delante
Que falace le convida:
¡Vano fantasma!... fingida
Ilusion del pensamiento!
Y cuando llega el momento
De morir, aun le exaspera,
El pensar que si viviera,
Lográra acaso el contento!...

Diablo.

Por Luzbel! sutil estais,
Señor Conde, en el relato,
Y aunque en verdad sois ingrato,
Por lo agudo me admirais.
¿Vos de la suerte os quejais?
¿Pues qué os falta, vive Dios?
¿Qué soñásteis nunca vos
Que el destino no os lo diera?
Soy muy duro de mollera,
O hay un loco entre los dos.

Art. Soñé una vida de amor,
De placer y poderío;
Pero fué soñar el mio,
Y cierto solo el dolor!
Diab. Sois injusto ¡por mi honor!
Placeres, amor, poder,
Cuanto llegásteis á ver
Tuvísteis en demasía...
Art. De todo eso, el alma mia
Amó solo á una muger!

Diab. ¿Esa muger?...
Art. La perdí
Por mi negra ingratitud;
Fué error de mi juventud,
Que muy tarde conocí.
Cuando del mundo me ví
En el ámbito anchuroso,
Juzgándome tan dichoso,
¡Necio de mí! perdí el tino,
Y á la ventura el camino
Tomé en su mar borrascoso.

Y cerrando, por no vella,
Los ojos del alma mia,
Ciego ya, dejé la via
Que me alumbraba mi estrella.
¡Era su lumbre tan bella!
¡Tan hermoso su fulgor!
¡Era tan puro su amor,
Y yo fuí tan despiadado!
Muchos años han pasado,
Y aun ora me causo horror!

Diab. Mas luego á nuevos amores
Os lanzásteis, segun creo...
Art. Juguete vil del deseo,
Corrí tras nuevos errores.
¿Qué encontré, sino dolores,
Desengaños y falsía
En el mundo? — Yo querria
Olvidar; mas es mi infierno
El recuerdo vivo, eterno,
De mi infame villanía!

Diab. Mas en Paris...
Art. Allí amé
O creí al menos amar,
Y tuve que castigar
El ultraje hecho á mi fé.
Una noche, — aciaga fué,
Pero no por culpa mia; —
A la casa en que vivia
Mi dama, á deshora fuí,

Y estando á la puerta, ví
Que un hombre de ella salia.

Ardió mi sangre al mirar
Aquella infame traicion;
Llamé al hombre, al cual el són
De mi voz hizo parar:
Juntos volvimos á entrar
Por la puerta aun entornada;
Llegamos á una enramada
Del jardin; dije mi nombre,
Y por respuesta aquel hombre
Desnudó la tersa espada.

Era un jóven capitan
De la guardia del Delfin;
Bravo como un paladin,
Y como bravo, galan.
Él, de mi zeloso afan,
No tuvo la culpa, no;
Pero ardiendo en ira yo,
Le ataqué ciego, demente,
Y aunque lidió cual valiente,
Allí la vida perdió.

Diab. Y en España?...
Art. Allá en Madrid,
Fuí tal vez mas desgraciado:
Mala estrella me dió el hado
Entre las hijas del Cid!
Una tal Blanca de Olid
Cautivó todo mi amor;
Para vencer su rigor,
A fuerza de oro á una arpía
Compré, que á Blanca servia
De dueña ó dama de honor.

Ya de mi parte la vieja,
Pagó Blanca el amor mio,
Y de noche, — era en estío, —
Me hablaba por una reja.
Allí, en amorosa queja,
Brillando acaso la luna,
Pasar escuché una á una
Mil noches las leves horas,
Y en mil rosadas auroras
Maldije de mi fortuna.

Pensé casarme por fin,
Y así lo escribí á mi madre,
Y la mano pedí al padre
De mi bello serafin.
Mas una noche, el jardin, —
En un jardin fué tambien, —
Quise rondar de mi bien,
Y callado, y junto al muro
Me fuí acercando en lo oscuro
A la puerta de mi eden.

Cuando ya muy cerca estaba,
Oí pronunciar mi nombre;
Se abrió la puerta, y un hombre
Que dentro el jardin estaba,
Salió; con alguien hablaba
Que de adentro respondia...
¡Cuánto el pecho sentiria
Cuando en las alas del viento
Llegó á mi oido el acento
De Blanca, que así decia!

— « ¿Qué de ese Conde aleman
« Teneis zelos? — ¡Vive Dios,
« Que no os reconozco á vos
« En eso, señor don Juan!
« Es cierto que es muy galan,
« Muy hidalgo y decidor;
« Mas vuestro es todo mi amor,
« Y si con el Conde caso,
« A dar me obliga este paso
« De un duro padre el rigor. »

Mil agravios mas oí
Que contar fuera prolijo,
Y los callo; mas de fijo
Recuerdo que en cuanto ví
Cerrar la puerta, me fuí
Derecho hácia aquel don Juan,
Y recatando el afan
Que aun el pecho me devora:
— « Decid á vuestra señora, »
Rugí, « que el Conde aleman

« A quien tan vil engañó,
« Parte mañana á campaña,
« Y que de ella y aun de España
« Esta noche se olvidó. »
El buen hombre allí quedó
Como por un rayo herido;
Y yo á Italia me he venido
A buscar la muerte en vano,
Pues un destino tirano
Hasta me niega el olvido!

Diab. Pero no os podeis quejar
De la suerte, señor Conde;
¿Dó hallareis, decidme, dónde,
Quien se os pueda comparar?
No haceis mas que desear,
Y al momento conseguir;
¿Por qué, pues, quereis morir?
Ved que solo es un delirio
Ese soñado martirio
Que os disgusta del vivir.

Art. Tal vez... tal vez... Mas el sino
Que al nacer me cupo en suerte,

Me da en la vida la muerte
Por decretos del destino.
Nada encuentro en mi camino
Que me detenga un instante:
Y mientras surco adelante
De la vida el turbio rio,
Miro el objeto que ansío
Mas oscuro y mas distante.

No finge la fantasía,
Por mas absurdo que sea,
Un antojo, que no vea
Cumplido luego: — A fé mia,
Me cansa la bizarría
De mi estrella singular;
Pues cuanto llego á alcanzar
De su inexausta largueza,
Ni aminora mi tristeza,
Ni mitiga mi pesar.

Cuando el clarin de la guerra
Escuché en estas regiones,
Vine á unirme á las legiones
Del mayor rey de la tierra:
Mas mi fortuna me cierra
Hasta el morir del soldado;
Estoy de vivir cansado,
La muerte, la muerte ansío...
¿Cuándo me darás, Dios mio,
Este bien tan anhelado!

Diab. Si firme en morir estais,
Buscad mañana la muerte;
Tal vez os dará la suerte
Lo que tanto deseáis.
Mañana, si lo buscáis,
Tendrá fin el padecer;
Que de poder á poder
Francia y la gente española
Se baten en Cerinola...
Art. ¿En verdad?
Diab. ¡Lo vais á ver!

CUADRO QUINTO.

I

BATALLA DE CERINOLA.

(1503, 19 de abril.)

El padre sol del poniente
Se mira ya muy cercano,
Cuando la hueste regida
Del Gran Capitan, Gonzalo,

A vista de Cerinola
Que se divisa en un alto,
Desordenada y confusa,
Llega, y asienta su campo.

Que en la marcha trabajosa
Que hasta aquel punto la trajo,
Ya por áridos terrenos,
Ya por fétidos pantanos,

Durante aquel largo dia,
Del sol los candentes rayos
Al hambre y sed se han unido
Para aumentar su quebranto.

Aquí un infante se rinde
Por el calor sofocado,
Y á la superior fatiga
Acullá cede un caballo.

É inútiles son los odres
Llenos de agua del Ofanto,
Que la esperiencia previno
Del invencible Gonzalo;

Que no basta lo que encierran
A calmar la sed de tantos,
Y mas que de algun socorro,
Sirven allí de embarazo.

Gonzalo, en aquel aprieto,
Anima á los desmayados,
Y á los que ve mas caidos
Les dá á beber por su mano.

Y para andar mas aprisa
Ordena á cada caballo
Que á las ancas un infante
Tome; y el ejemplo dando

Monta en el suyo á un alférez
Aleman, que ya postrado
Se mira, al unido impulso
De la sed y del cansancio.

Y con la voz y el ejemplo
Sus falanges animando,
Deja por fin la llanura
Y llega á asentar su campo.

Y por Dios, que ya era tiempo,
Pues llegan apresurados
Los léales corredores
Al enemigo anunciando.

Y ya hasta el cielo se eleva
El polvoroso nublado

Que en revuelto torbellino
Alzan los tercios contrarios.

Pasa el Capitan revista
A su gente, y calculando,
Ve cinco mil y quinientos
De á pié, bizarros soldados;

A mil y quinientos suben
Los que lidian á caballo,
Entre hombres de armas, ginetes,
Y arqueros ejercitados.

Divide en tres escuadrones
La fuerza; todo de hispanos
Es el primero, y lo rigen
Zamudio y el buen Pizarro.

El segundo lo componen
Alemanes é italianos,
Y son de la misma gente
Los caudillos y los cabos.

En fin, el bravo Paredes
Y el Conde Pedro Navarro,
Rigen el cuerpo tercero,
Que es tambien de castellanos.

Junto este á la artillería,
Para en caso necesario
Apoyarla y defenderla,
Y es el último apostado.

Y de aquestos varios cuerpos
Cubren y apoyan los flancos
Los hombres de armas; Colonna
Y Mendoza son sus cabos.

Pedro de Paz, y Fabricio,
De Colonna primo hermano,
De los caballos ligeros,
Por mitad tienen el mando.

En tanto los enemigos
Consultan un breve espacio
Si han de atacar, y dan tiempo
A que el ejército hispano

Prepare el cuerpo á la lucha
Y el espíritu al estrago;
Mas esto no tranquiliza
Al Gran Capitan Gonzalo,

Que duda de su ardimiento
Porque lo mira cansado,
Y teme que el enemigo
Se lleve la prez del campo.

Pero Paredes, entonces,
Viéndole andar cabizbajo:
« Para hoy, señor, es », le dice,
« Aquel ánimo esforzado

« Que soleis tener. — Es justa
« La causa que sustentamos,
« Y segura la victoria,
« Donde lidia vuestro brazo. »

Gonzalo oyó agradecido
El venturoso presagio,
Y con mas alegre rostro
Firme aguardó á sus contrarios.

II

CONFLICTO.

Ya en el cielo no deslumbra
La luz del sol generosa,
Y la noche viene rápida
Con su cortejo de sombras.

Duda el caudillo francés
Atacar las españolas
Falanges; que ve prudente
Lo avanzado de la hora;

El aspecto formidable
Que presentan nuestras tropas,
Y la fuerte artillería
Que las alturas corona.

Así vacila perplejo,
Y hasta la próxima aurora
Diferir quiere una lucha
Que mira tan peligrosa.

Mas los otros generales,
Y Alegre, que es la persona
En quien mas Nemours confía,
Ardiendo en sed belicosa,

Le esponen la ruda marcha
Que trae la hueste española
Todo el dia, y que el cansancio
Fácil hará su derrota.

Y Alegre, mas atrevido
Que prudente, con faz torva,
Grita: « Señor, no mas dudas,
Que el vacilar es deshonra. »

Picado entonces el Duque,
Manda que toquen las trompas

La señal de la embestida;
Y en carrera polvorosa,

Al frente de la vanguardia,
Que por entero la forman
Los hombres de armas, al viento
Hace lucir su tizona.

Ya el sonoro cañoneo
En ambas líneas rimbomba,
Pero con mayor estrago
De las huestes invasoras;

Porque domina en las crestas
La artillería española,
Y las balas que despide
A los franceses destrozan.

Mas un acaso imprevisto
Hace volar nuestra pólvora,
Y á las llamas que parecen
Subir á abrasar la atmósfera,

Cunde el miedo en nuestras filas;
Mas Gonzalo con gozosa
Faz, así á los que flaquean
Les dice con voz sonora:

« ¡Buen ánimo, camaradas;
« No desmayeis: esa pompa
« De luminarias, por nuestra
« Nos anuncian la victoria! »

Y picando el noble bruto,
Recorre la línea toda,
Y con paternal acento
A este alaba, á aquel exhorta;

Infundiendo en los cobardes
El valor de su alma heróica,
Y doblando el noble brio
En las almas generosas.

En tanto nuestros cañones
Por las incendiadas bocas
Siembran la muerte en las filas
Francesas, ya medio rotas:

Cuando Nemours, lanza en ristre
Al frente de la invasora
Vanguardia, á toda carrera,
Y en ira ardiendo gloriosa,

Contra las crestas se lanza
Que nuestros fuegos coronan;
Mas Paredes lo recibe
Con su escuadron y lo arrolla.

Ceja entonces el caudillo
Francés, y mientras galopa
Presentándonos el flanco,
Con su gente, á donde nota

Nuestro campo menos fuerte,
Sufre el fuego á quemaropa
De aquella escopetería
Certera y asoladora

De los tercios alemanes,
Que la diezman y trastornan.
Empero, entre ambos partidos
Duda incierta la victoria;

Cuando de un arcabuzazo
Que disparó mano ignota,
Cae el general francés, muerto;
Y á pérdida de tal monta

Desbandada la vanguardia,
Olvida su antigua gloria,
Y sin órden y al acaso,
Huye en completa derrota.

Trata entonces Chandenier,
Con la infantería toda
De reparar el desastre,
O al menos morir con honra;

Mas la nuestra le recibe
De tal modo, y tal le acosa,
Que es inútil el denuedo
Con que mil muertes arrostra.

Unos tras otros, los cabos
Mira caer de mas nota
A su lado, y contemplando
La retirada forzosa,

Bramando de ira y corage,
Ordénala con voz ronca,
Mas quiso acordarle el cielo
Militar muerte, gloriosa;

Pues una española bala,
Entrándole por la cota
De malla, que el noble pecho
Defiende á un tiempo y adorna

El corazon le atraviesa,
Sin vida en tierra le postra,
Y así la vergüenza patria
Piadoso el cielo le ahorra.

Ya entonces los enemigos
No disputan la victoria,

Y en desordenada fuga
Ponen piés en polvorosa.

Melfi, Alegre y Bisiñano,
Que á retaguardia maniobran,
Despues de gran resistencia,
Lentos el campo abandonan;

Y Paredes y Gonzalo
Con las tropas vencedoras
Yendo al alcance, acuchillan,
Hieren y matan y arrollan.

Y al campamento enemigo
Dirigiéndose Colonna,
De él sin lidiar se hace dueño,
Porque las francesas tropas,

Al verle próximo, huyeron
Desatinadas, medrosas,
A los piés fiando las vidas
Que ya las diestras no abonan.

Y Próspero, que en la tienda
Del Duque (segun la crónica),
Halló dispuesta y servida
Una cena suntüosa;

Junto con sus oficiales,
Mientras que muerto le lloran
Sus amigos y Gonzalo,
Al ver que al campo no torna;

Echando brindis al triunfo,
Diez tragos por cada copla,
Tomó en mi opinion tal chispa
Que le duró hasta la aurora:

Pormenores, resultados,
Dejo, *etcétera*, á la historia,
Y corro á alcanzar á Arturo,
Que ya no está en Cerinola.

III

EL ENCUENTRO.

De la empeñada refriega
En lo revuelto y confuso,
Donde es mayor el peligro
Allí se ve al Conde Arturo.

Y no hay en el campamento
Francés, ni en el nuestro, alguno,
A quien no le cause asombro
Aquel lidiar furibundo.

Que aunque sea igual el brio,
Llega á mas subido punto
En el que á morir pelea,
Que en quien lidia por el triunfo.

Y así se entra por las lanzas
Del francés, el Conde Arturo,
Cual entre blondas espigas
El cefirillo nocturno.

La muerte consigo lleva,
Cada golpe es un difunto;
Que al corte de aquella espada
No sobrevive ninguno.

Sangre chorrea el ginete,
Brota sangre el fiero bruto,
Y sangre á torrentes mana
Del tajante acero crudo.

Y en tanto que sus mandobles
Llenan á Francia de luto,
Y entrambos campos le aclaman
El paladin sin segundo;

En cambio de tanta herida
No recibe ni un rasguño,
Y bañado en sangre agena,
Está de la propia enjuto.

A su lado en la batalla,
Y como el Conde sañudo
Y arrogante, pugna Brito,
Y ambos admiran al mundo.

Ya dispersos los contrarios,
Por el campo corren unos,
Y otros con mejor acuerdo
De Cerinola á los muros.

De los primeros, el Conde
Sigue el confuso tumulto,
Esperando en el alcance
Que algunos soldados juntos

Le hagan cara y le den muerte;
Cuando cercado de muchos
Hombres de armas españoles
Ve á un francés: — del fuego oculto

Que le devora, se olvida,
Y dirigiéndose al grupo
«¡Respetad á ese valiente!»
Les grita: — los nuestros mudos

Del francés luego se apartan,
Y acercándosele Arturo,

Conoce al Baron Gualtero,
Quien le mira taciturno.

Art. La vida, Baron, que un dia
Me disteis, hoy os la vuelvo.
Gualt. La mente en vano revuelvo,
Mas no os conozco, ¡á fé mia!
Yo soy el Baron Gualtero...
Art. Y yo soy el Conde Arturo.
Gualt. No os conozco, caballero.
Art. Os engañais, os lo juro!
Allá en terreno aleman —
Este doncel fué testigo, —
Há seis años que conmigo
Os batisteis...
Gualt. En Milan
Era entonces mi mansion:
Un año hará que volví
Á mi patria; mas no oí
Ni aun vuestro nombre...
Art. Baron,
En ser franco, ¿qué perdeis?
No es negocio para chanza...
Gualt. Acaso una semejanza
Hace que así os engañeis.
Art. Vuestra generosidad
No quiere reconocer
La deuda; mas mi deber...
Gualt. Nunca falto á la verdad.
Art. Ved que insistir fuera agravio
De vos indigno y de mí.
Gualt. Os juro que no mentí
En cuanto dijo mi labio.
Art. Está bien. — Decid: ¿tirana
No os persiguió la fortuna?
Gualt. Sí, por Dios!... desde la cuna!
Art. ¿Teneis, Baron, una hermana?
Gualt. Un modelo de hermosura
Y de virtud: — mas, por Dios,
¿Qué os importa, Conde, á vos?
Art. De mi vida la ventura
Tal vez... mas decid... ¿dó está?
Gualt. Ora, Conde, se hallará...

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Pero en aquel mismo instante,
En estruendoso tumulto,
Separa á los dos hermanos
Un tropel raudo y confuso

De franceses perseguidos
Por los vencedores crudos;
Y á las nubes que levantan
De la lid el polvo y humo,

Apenas se ve á sí propio
El desesperado Arturo,
Y en ira ardiendo, espolea
El que monta infernal bruto.

Y del demonio seguido,
Sin detenerse un segundo,
Traspasa montes, barrancos,
Cercas y tapias y muros;

Mientras la lóbrega noche
Enseñoreada del mundo,
Sobre bosques y ciudades
Estiende su manto oscuro.

CUADRO SESTO.

Arturo y el Diablo corriendo á toda brida.

Corriendo van entre sombras
Los fantásticos viajeros,
Y tan veloces caminan,
Que atrás se dejan al viento.

« — Brito, ¿no viste aquel hombre?
— Sí, le ví...
— ¿No era Gualtero?
— El mismo....
— Luego engañóme.
— Fingiendo no conoceros,
Es claro; pero su nombre
Os confesó....
— Y es muy cierto.
¿Mas, qué razones le obligan
A negar aquel encuentro?
¿No me batí en Alemania
Con él?
— Señor, yo sospecho
La causa del disimulo;
Pero decirla no debo.
— ¿Cuál es?... dila presto!... ¿callas?
— Os pesará....
— Dila presto!...
— Pues bien.... el Baron....
— Acaba!...
— A Azelia...
— ¿Qué?
— La habrá muerto! »

Lanza Arturo un alarido
La sospecha infausta oyendo,
Y en lo oscuro se sonrie
El infernal escudero.

Y en tanto, los fieros brutos
Con sonoro martilleo
Hieren la tierra, en su marcha
Atrás dejándose al viento.

TERCERA PARTE.

PERSONAGES.

EL ANGEL CUSTODIO.
ARTURO.
BRITO (EL DIABLO DEL ERROR.)
AZELIA.
EL NIÑO.
LA MADRE.

CUADRO PRIMERO.

DESESPERACION.

La selva de los bandidos. — Arturo y el Diablo á caballo.

Art. Ya no puedo resistir...
Es forzoso descansar...
Diab. ¿Y escogeis este lugar?
Art. ¿Dónde, pues, hemos de ir?
Diab. Debeis, señor, advertir
Que en esta aciaga espesura
Me sucedió la aventura
Que la noche en que os hallé
Aquí, señor, os conté...
Ved que está la noche oscura...
Art. ¿Y qué importa? — no me muevo
De donde estoy... ¡cuán rendido
Me siento!... estoy decidido...
¡Apéate!...
Diab. No me atrevo...
Art. ¿Serás, en verdad, cobarde?
Diab. Ya bajo, señor, ya bajo...
Art. No te cuesta mal trabajo.
Diab. De valiente no hago alarde.
(¡Muy presto vas á ser mio!)
Art. Aquí aguardo la mañana...
Diab. (¡Torna á él, memoria insana,
Con tu recordar impío!)
Art. ¡Ay de mí!... funesta historia,
Siempre viva en mi memoria...
Azelia!... Azelia!... ¡ay de mí!
Para siempre la perdí!
. . . .

« Era una flor que crió el Omnipotente,
Del celeste jardin la mas preciada;
Cándida flor que marchitó inclemente
El aura de esta vida emponzoñada:
Era un ángel de luz, resplandeciente,
Que tenia en el cielo su morada,
Y al ver del torpe mundo los horrores
Se volvió á los eternos resplandores.

¡O amor, primer amor inmaculado;
Amor del corazon, amor divino!
Oásis do el viajero fatigado
Reposa de la vida en el camino:
Purísimo raudal, nunca manchado
En su apacible curso cristalino
Por turbias aguas ni corriente impura:
Que el cielo guardó ilesa su hermosura.

Y yo, necio de mí, con mano impía,
Al destino mayor en la fiereza,
Ajé la tierna flor que diera un dia
Envidia al cielo mismo en su pureza:
Y este pesar intenso, esta agonía,
No alcanzan de los hados la crudeza
A ablandar: — llanto eterno, desdichado,
Debe ser la espiacion de tu pecado!

Sí, sí: llora, infeliz, tu desventura,
Llora de amargo llanto inmenso rio,
Llora, imbécil, tu estúpida locura,
Llora tu vanidoso desvarío:
Soñaste, como el águila, á la altura
Do se asienta el supremo poderío
Remontarte, y como ella ante su lumbre
Rodaste ciego de la altiva cumbre!

¡Mezquino soñador, que al Dios del mundo
Creyóse igual en su febril mareo,

Pensando el fuego arrebatar fecundo
De la vida, cual nuevo Prometeo:
Y ora caido, yace en el profundo,
Del demonio implacable del deseo
Presa su corazon, despedazado
Por las garras terribles del pecado!

¿Qué es el hombre?... á do vá? de dónde
¿Ese claro destello que ilumina [viene?
Su razon, será cierto que proviene
Del inmenso raudal de la divina
Luz?... y esa clara chispa que mantiene
El resplandor del alba matutina
En su mente, ¿á do vá cuando se acaba
La vida del mortal que iluminaba?

¿Acaso va á alumbrar mas altos seres,
O iguales criaturas ó inferiores?
¿Vá á aumentar por ventura los poderes
Del gran foco de eternos resplandores?
O bien irá á gozar de los placeres,
O á padecer los ímprobos dolores
En los sagrados libros prometidos
A ese sér que carece de sentidos!

¿Dónde está la verdad?... la suma ciencia
Dónde hallaré, Señor?... Por qué en la vida
Hay tanto desear, tanta impotencia?
La fuente del saber siempre escondida
Al hombre, ha de tener tu omnipotencia?
Ve, Señor, mi esperanza ya perdida...
¡Fuente de toda luz!. . una vislumbre
Da al pobre ciego de tu inmensa lumbre! »

Como serena el agua cristalina
En marmóreo tazon de régia fuente
El fondo de blancura alabastrina
Al través de su masa transparente
Deja distinto ver, y se ilumina
A los rayos del sol resplandeciente,
Los mirtos que la cercan y rosales
Al vivo reflejando en sus cristales;

Mas si acaso, perdida piedrezuela
Por un niño arrojada, su tersura
Interrumpe, de súbito la vela
Insólita turbiez y queda oscura;
Y hasta que no se borra la ancha estela
De círculos sin fin, ni la verdura,
Ni el fondo del tazon, ni el sol que gira,
Torna á considerar el que la mira:

Tal de la mente el diamantino espejo
Por aciagas ideas perturbado,
Pierde su transparencia y su reflejo
Y queda en sombras y en horror trocado:
Y en vano en su interior, guia y consejo
Busca el mortal entónces, conturbado,
Que el vértigo le arrastra, y su destino
Le aparta mas y mas del buen camino.

Tal, en tropel agólpanse
Del Conde á la memoria,
Las enredadas páginas
De su fugaz historia;
Y en raudo torbellino
Le representa el Sino,
Al par auroras lúgubres
Y auroras de placer.

Aquí brillar espléndida
Mira su edad florida;
Allí, la pompa fúnebre
Del fin de nuestra vida:
Glorias aquí y honores,
Allí crudos dolores,
Y allá confusos mézclanse
Gozar y padecer.

Mas luego, la calma
Sucede á la horrible
Borrasca, indecible,
Que el cielo le envió:
De luchas cansado,
El cuerpo abatido,
Quedóse dormido
El Conde y soñó....

Soñó que se encontraba, en noche oscura,
De un escarpado monte en la alta cumbre;
Cercábanlo tan lóbregas tinieblas,
Que ni sus propias manos ver podia:
La atmósfera letal que allí reinaba
Sausaba al pecho insoportable angustia;
Sentíase morir; — ni á dar un paso
Era osado el mezquino, que al profundo
Temia despeñarse; — mas de pronto,
Con fragor infernal, en un collado
Cercano, el triste vió romper fremente,
Repentino volcan; — torrentes raudos
De la encendida lava abrasadora
Por los lados del monte á la llanura
Lejana descendian, como suelen
De las excelsas cimas de los Alpes,
Las montañas de nieve derretidas
Por el estivo sol, en anchos rios,
Rápidas descender hasta los mares,
Arrollando á su paso las cabañas,
Los árboles y plantas y las rocas.

— Luego en torno de sí mirando el triste,
Al rojo resplandor que despedian
Las llamas del volcan, ante sus ojos
Un horrendo espectáculo, imposible
De describir con lengua que usen hombres,
Descubrió: — muros altos por do quiera,

Escepto un estrechísimo pasage,
Formados de cadáveres horribles
De hombres y de caballos, lo cercaban;
Y al horror de su vista, y al odioso
Hedor insoportable, no pudiendo
Mas tiempo resistir, á aquella senda
Que abierta al infeliz aun le quedaba
Corriendo se arrojó; — mas de repente
Vió del suelo brotar inmensa turba
De feísimos diablos, que en la angosta
Salida se agolparon, y los aires
Con el rumor horrendo de sus voces
Poblaron y satánicas risadas.
Y con gesto de insulto y menosprecio
Indecibles, al cuitado unos á otros
Con las garras horribles se indicaban,
Y amenazas de muerte proferian,
Y á reirse tornaban; y el mezquino
Miraba fascinado aquella escena
De confusion y horror; sobre la frente
Enhiestos como dardos los cabellos,
Mientras que de sus poros brotan mares
De gélido sudor que el cuerpo bañan.
Y de la frente al pié, ni un miembro solo,
Ni músculo, ni vena, hay, que no tiemble
De miedo y de pavor: —
Al fin decide
Salir á toda costa, y revolviendo
Rápido se dirige hácia la parte
En que mas bajo mira el negro muro.
Trata allí de trepar, venciendo el asco
Que da la corrupcion; pero, la planta
Fijando en un cadáver, con el peso
Del cuerpo mas allá de la rodilla
Se hunde en la podredumbre; —con espanto
La retira veloz, y al fuerte impulso
Perdido el equilibrio, se resbala,
Y en un mar de gusanos se sumerge;
Y torna á levantarse, y á otro punto,
Tiritando de miedo, precipita
El correr. . . . .
. . . . Mas de pronto cual el dia
Que la trompa del ángel conturbando
Los ámbitos del aire y mar y tierra
Llame la crëacion entera á juicio;
Los putrefactos restos se levantan
De hombres y de caballos; le circundan,
Altos los negros brazos descarnados,
Abiertas las mandíbulas horrendas,
Y á la vez por cien partes le amenazan
Con simúltanea y brusca acometida;
Mientras que tras los vivos esqueletos
En cadencia infernal, bailan los diablos
Al són de sus horribles carcajadas.
Júzgase ya perdido, y elevando
La postrer esperanza al cielo entonces:
«¡Acórreme, Señor!» grita, y los ojos
Cierra, por no mirar horrores tantos!
— Mas una voz potente, irresistible,
El aire conturbó del firmamento:
«¡Genios del mal, gritó, dejad al hombre!»
Abrió Arturo los ojos, y á las nubes
La vista dirigió; . . . .
. . . . . . Sobre la cima
Que antes fuera volcan, un paraninfo
Alado se cernia, con risueño
Semblante, celestial, ambas las manos
Estendiendo al cuitado; y descendiendo
Levemente hasta él, en blando giro,
Le puso con amor sobre sus alas,
Y revolvióse á las etéreas salas.

(*El Diablo desaparece llevándose los caballos, equipage, etc., etc., y solo deja las pistolas al lado de Arturo. Este despierta. Sale el sol.*)

Art. ¿Dónde estoy? — Fué un sueño vano
Que mi mente perturbó;
Prenda del rencor insano
De este destino tirano
Que siempre me persiguió...
— Mas Brito, dónde quedó?
¡Brito!... ¡¡Brito!!... no me escucha...
¡¡¡Brito!!! — ¿Me habrá abandonado?
¡Oh! me vió desesperado,
Y me abandonó en la lucha!
— Solo estoy... solo... sin guia...
Sin compañero ni amigo...
Solo, del hado enemigo
En la odiosa compañía!...
Y ni aun sé dónde me hallo,
Que de noche vine aquí;
Y en la tormenta perdí
Hasta mi último caballo!
¡Brito!... ¡¡Brito!!... no responde:
Me abandonó sin remedio...
¿De morir no hallaré medio?

(*Repara en las pistolas.*)

Sí, sí!... desgraciado Conde!

(*Examina el cebo de una de ellas.*)

Muramos!... ¿qué me detiene?
De un golpe acabe el vivir...
¿Qué importa al que nada tiene,
Eso que llaman morir?
¡Adios, sol de la mañana!
¡Adios, esperanza mia!
— ¡Voy triste, allá dó me envia
Mi negra suerte inhumana!

(*Prepara el arma, la apoya en su frente, y vá á disparar, cuando á lo lejos suena el siguiente:*)

HIMNO DE LA MAÑANA.

Divino espíritu,
Señor del mundo,
Del trono aurífero
Dó tu profundo
Saber se asienta,
Esta que alienta
Mi labio trémulo
Casta oracion;
Benigno acógela,
Que ofrenda es pura...
De un alma tímida...

Arturo (*Prosiguiendo.*)

Que en su amargura
Pide consuelo.
Tú, desde el cielo
Escucha el cántico
Del corazon!...

Es el himno de Azelia... ¿Quién lo entona
Con tan pura y süave melodía?...
El canto respondió á la angustia mia!

La voz.

¿Quién contra Dios sacrílego blasona?
¿Porque la cerque el llanto y la tristura,
Irá contra el Criador la criatura?

Arturo.

¿Qué voz es esta, Señor,
Que parece que responde
A cuanto mi pecho esconde
De angustias y de dolor?
Nuncios son de tu favor
Los sonidos que escuché;
O acaso quimera fué
Que forjó la fantasía?
¿Fué el eco de la voz mia?
¡Sosten, o Señor, mi fé!

La voz. (*Mas cercana.*)

Al coro angélico
Suba mi llanto;
La humilde súplica
De mi quebranto,
Las arpas de oro
Cantar sonoro
Hagan dulcísimo
Llegar á ti;
Desde la espléndida
Mansion divina,
Brille una lágrima
Cual matutina,
Luciente aurora;
Para el que llora
De paz y júbilo
Nuncio feliz!

Art. Ya no es posible el error,
Que claro escuché el cantar...
Ya la duda va á acabar...
(*El Angel Custodio en un caballo blanco como la nieve.*)
Ang. ¡Guárdeos el cielo, señor!
Art. Él os ampare y defienda!...
(Faz airosa y cortesana...)
Ang. ¿De la ciudad mas cercana
Podreis decirme la senda?
Art. Me es imposible, señor;
Llegué anoche á este lugar,
Y queriendo descansar
A solas con mi dolor,
A un escudero traidor
Confié la custodia mia,
Y el malsin, mientras dormia,
Me dejó aqui abandonado.
Ang. ¿Os habrá tambien robado?
Art. Todo cuanto poseia.
Ang. Lance fué muy singular!
Y ora, ¿qué pensais hacer?
Art. No sé.
Ang. ¿Quereis aceptar?...
Art. ¿Qué me vais á proponer?
Decid...
Ang. El criado, á mi ver,
No volverá aquí por vos...
Art. ¡No lo acertara, por Dios!
Ang. Entonces, montad aqui...
Art. Mas el bridon...
Ang. Creedme á mí...
Puede muy bien con los dos.
Art. No sé si debo admitir
Así, de un desconocido...
Ang. Daos, señor, á partido:
No os tendréis que arrepentir.
Art. Mas yo...
Ang. ¿Qué quereis decir?
Art. No os conozco...
Arg. Ni á vos yo...
Art. ¿Quién en tal lance se vió?
Ang. ¿Quereis conocerme?...
Art. Si!
Y despues sabreis de mí,
Si os interesa...
Ang. A mí, no.
Conde soy...
Art. Y yo tambien...
Ang. Nací en Alemania...
Art. Y yo.
Ang. Mi primera edad pasó
En un seráfico edén...

Art. Y la mia.
Ang. De aquel bien
No contenta mi ambicion,
Hidrópico el corazon
De deseo, al mar profundo
Me lancé del ancho mundo
Desde la patria mansion.
Art. ¡Yo tambien!
Ang. Desenfrenado
Corrí en pos de los placeres...
Art. ¡Tambien yo!...
Ang. De las mugeres
Fuí el azote despiadado...
Art. ¡Como yo!
Ang. Mas justo el hado,
Castigando mis errores,
A mi vez me envió dolores...
Art. ¡A mí tambien!
Ang. Y una á una,
Me arrebató la fortuna
De mi juventud las flores...
Art. ¡Como á mí!
Ang. De ánimo fuerte,
Me era la vida enojosa,
Y busqué la paz dichosa
En el seno de la muerte.
Art. ¡Yo tambien!
Ang. Mas la impía suerte,
Guarda tenaz de mi vida
Se hizo entonce...
Art. ¿Y bien?
Ang. Perdida
La esperanza de morir,
Quise acabar de sufrir,
Cual cobarde suicida...
Art. ¿Y luego?
Ang. ¿Y vos?...
Art. Continuad;
Que vais contando mi historia...
Ang. Me horroriza la memoria
De mi soberbia y maldad!
Esta mañana...
Art. Esperad...
¿Fué en este bosque?
Ang. Sí, á fé!
Art. Pues entonce el fin ya sé...
Callad, por Dios y por mí,
Y huyamos presto de aquí...
Ang. ¡Montad luego!
Art. ¡Ya monté!

Partieron... allá van... y en la carrera
Es la lumbre del sol su claro guia,
Y al dulce galopar del regio bruto,
Semejante al rumor de leve brisa,
La tierra de su alfombra de esmeralda
Se reviste, las claras fuentecillas
Detienen su correr; cantan las aves
Sus tonadas alegres y sentidas;
Abre la flor su cáliz, y embalsama
Los aires; de la senda en las orillas
Vense unidos pacer los brutos todos
Que aquella selva afortunada habitan.
Cabe al bravo lëon pace el cordero,
Allí cerca el cervato alegre trisca,
Y ufana salta la cobarde liebre
No lejos de la adusta javalina.
Las hayas y los robles corpulentos
Se doblan y sus ramas aproximan,
Y el espeso follage á los viajeros
Defiende del ardor del mediodía.
—Y en tanto, el Conde Arturo, en ese estado
Intermedio del sueño y la vigilia,
Con los ojos del cuerpo, ve la calma
Con que naturaleza la convida,
Con los del alma, mira allá á lo lejos,
Una vida de amor, de paz y dicha.
Y las vistas del doble panorama
Del cuerpo y del espíritu, varian,
Se ensanchan y coloran y hermosean
A medida que el Conde mas camina.
— Recrean el olfato mil perfumes,
Y al oido regalan armonías,
El susurro del aire entre las flores,
El murmurar del agua entre las guijas;
Y sigue el Conde Arturo en la carrera,
A dó el Arcángel celestial le guia;
Que esta vez triunfa el cielo en el combate,
Y la hueste infernal huyó vencida!

CUADRO SEGUNDO.

VUELTA AL PUERTO.

El bosque de la infancia. — Arturo. — El Niño. — La Madre. — La Esposa. — Conclusion.

Art. ¡Solo otra vez!... ¿Mas qué miro?...
Yo conozco este lugar...
Aquí podré descansar...
¡Con qué deleite respiro!
— Sí... no hay duda... la enramada
Es esta, só cuya sombra,
Tendido en la verde alfombra
De violetas esmaltada
Y jazmines y azucenas,
Sin saber lo que eran penas
Una vida afortunada
Viví!... Hé aquí el arroyuelo
De tan placido murmurio;
Hé allí el campestre tugurio

Del guardabosque; el castaño
A cuyo pié, cada un año
Por la fresca primavera,
Tantos dones repartia
A los labriegos mi madre:
Allí, mi escelente padre,
Cuya memoria aun venera
Mi corazon, presidia
Los bailes y los festejos;
El árbol que allí mas lejos
Se ve, es el haya frondosa
Do el calor del mediodia,
De mi madre en compañía,
Pasé en plática sabrosa
Tantas veces... allí, al lado,
Cacé mi primer venado...
¡Oh memoria deleitosa
A un tiempo y tan dolorosa
De una edad que ya ha pasado!
¡Cuánto amor, cuánto cariño,
Cuánto inocente placer!
¿Jamás habreis de volver?
Tal vez... ¡mas qué hermoso niño!
Niño. Verde, hermoso prado, (*Cantando.*)
Limpido arroyuelo,
Aves voladoras
Que poblais el viento;
Fieras de estos montes,
Gamos de estos cerros;
¿Dónde está mi padre,
Que le lloro muerto?
¿Dónde está, decidme?
Si tristes lamentos
De un hijo os apiadan,
Respondedme presto:
¿Por qué olvidadizo
De mí tanto tiempo,
A los patrios lares
Ingrato no ha vuelto?
¿Dónde está, decidme,
Que le lloro muerto?
Art. Angélico niño,
Que al amor paterno
Rindes cariñoso
Tan finos recuerdos:
Del mortal felice
Que por padre el cielo
Te dió, dime el nombre;
Que acaso el secreto
De su vida alcance,
Quien climas diversos
Corrió, de los hados
Las iras huyendo.
Niño. Sois tan comedido,
Piadoso estrangero,
Que ese nombre sacro
Deciros pretendo.
Mi padre es el Conde
Arturo...
Art. No creo
Lo que dices, niño,
Que á ese Conde mesmo
Conocí en Italia:
Y, si bien recuerdo,
Ni fué nunca padre,
Y aun era soltero.
Niño. Pues yo, en lo que dije,
Señor, me mantengo.
Art. ¿Y quién es tu madre?
Niño. Me dirá que miento
Si digo su nombre.
Art. No tal: — dilo luego.
Niño. Azelia se llama...
Art. ¡Oh Dios!... ¿No habrá muerto?
Niño. Mi madre está viva,
Señor estrangero,
Y no solo madre,
Sino abuela tengo,
Y un tio...
Art. ¿Su nombre?
Niño. El Baron Gualtero.
Art. No me engañes, niño,
Que si hablas de cierto...
Pero, no es posible,
Es un falso sueño!
Niño. ¿Piensa el peregrino
Que soy embustero?
¿No ve aquella jóven
Que viene corriendo,
Y aquella matrona
Que detrás, mas lejos,
La sigue?... al instante
Le dirán si miento!

(*Corre el niño á su encuentro; — Arturo las ve, las reconoce, y cae sin sentido.*)

Mad. ¡Arturo, hijo mio!
¡Ay Dios! ¿si habrá muerto?
Az. ¡Esposo del alma,
Mi bien, mi embeleso,
Vuelve en tí, mi amado,
Vuelve en tí, mi dueño:
Luzcan esos ojos
Del alma luceros,
Torna, vida mia,
De nuevo en tu acuerdo!
Mad. Ya el pulso recobra!
Desmayo fué recio,
Mas pasó...
Art. ¡Hijo mio,
Madre, dulce dueño!
¿Sois, cierto, vosotros?
¿Estoy bien despierto?
Si no, Dios benigno,
Mátame en el sueño!
Mad. Es cierto, mi Arturo;

Al fin, el Eterno,
De madre y esposa
Te volvió á los ruegos!

Arturo.

(*Arrodillándose.*)

¡Brote á torrentes de este pecho mio
La inmensa gratitud que me sofoca;
Salgan robustos, cual sonante rio,
Los débiles acentos de mi boca!

Señor! Señor! — Del trono refulgente
Dó te asientas temido en el altura,
Benigno acoge el cántico ferviente
Que ensalza tu poder y mi ventura!

Ya ciego, al borde del horrendo abismo,
En ira ardiendo y en furor insano,
Me iba á lanzar, verdugo de mí mismo,
Cuando me asió tu prepotente mano.

Y disipadas las oscuras nieblas
Que mi agitada mente circuian,
De enmedio ví salir de sus tinieblas,
Los raudales de luz que á tí me guian.

Grande solo eres tú, solo infinito,
Tú solo en el saber eres profundo;
Del cielo azul al lóbrego Cocito
Alcanza igual tu brazo tremebundo.

Por tí fecunda el sol al universo,
Camina por tí al mar el manso rio,
Alza tu mano al justo y del perverso
Derroca el insensato poderío.

Solo tú eres, Señor, tú solo sabio,
Y justiciero y pródigo y clemente;
Tú dictas los acentos de mi labio,
Tú haces brotar mi cántico ferviente:

¡Gloria á tí, Señor Dios, cuya balanza,
Es la sola imparcial, la sola fuerte;
Fuente de fé y amor y de esperanza,
Unico triunfador contra la muerte!

¡Eterno faro de la eterna lumbre
Que ilumina al mortal afortunado;
Líbrame de la odiosa servidumbre
Que al pecador impone su pecado!

FIN.

AL LECTOR.

POST-FACIO.

Unas veces riyendo, otras llorando,
Unas veces despierto, otras dormido,
Las mas de pronto, algunas meditando,
Este libro escribí que habrás leido;
Y si tal vez sus páginas mirando
Hallaste á tu dolor algun olvido,
Bástame: — lo demás me importa un bledo.

HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

Madrid, 15 de abril de 1848

LA SEGUNDA VIDA

EPISODIOS DEL SIGLO XIX.

A LOS EXCMOS. SEÑORES

DUQUES DE RIVAS, MARQUESES DE ANDIA Y DE VILLASINDA, ETC., ETC., ETC.

MEMORIA DE CARIÑO DEL AUTOR.

Wer Kann was dummes wer was kluges denken
Das nicht die Vorwelt schon gedacht!
GOETHE, *Fausto.*

No recuerdo donde lo he leido ú oido : no estoy muy seguro de haberlo yo propio pensado; pero sea lo que fuere de estas cosas, creo firmemente que la epopeya del siglo XIX, es la Comedia humana de Balzac. Y en efecto, esceptuando la forma, es decir, el no estar en verso, cosa razonabilísima en un siglo en que el predominio es de la prosa, la Comedia humana de Balzac es á nuestro siglo lo que todos ó casi todos los poemas épicos famosos lo fueron á las épocas que los produjeron. Desde la Iliada y Odisea de Homero hasta la Comedia de Balzac, es una misma la índole de la épopeya. — Los poemas del inmortal ciego de Esmirna, son un resúmen de la vida de su tiempo : — creencias, conocimientos, historia, costumbres, preocupaciones, manera de ser del hombre de ahora treinta siglos; nada falta : todo está allí descrito y compilado.— Virgilio, imitador de Homero, menos grande, si mas culto, no siguió á su maestro sino en la parte esterior, por decirlo así. — En los poemas de Homero, los cuales, digámoslo de paso, deben considerarse juntos, la esencia es lo principal : en la Eneida predomina la forma. — De Virgilio al Dante hay un vacío de catorce siglos, que el clarísimo poeta florentino abarca en su gigantesca concepcion : — hace mas : — predice el futuro desarrollo del género humano; y, no bastando

la tierra á su dominio, adivina en el firmamento astros entances, y siglos despues, desconocidos (1).

Comparando al Dante con Virgilio, no debemos desatender las circunstancias que rodeaban á entrambos al escribir sus inmortales poemas. — Virgilio tuvo la dicha de nacer en el siglo de oro de la literatura del Lacio. — Dante casi puede decirse que creó la lengua en que escribia. — Pero de esta sola razon, siquiera poderosísima, no depende la inferioridad de estilo, que, dadas las diferentes índoles de ambas lenguas, se observa en la obra del poeta florentino. — Virgilio, como ya lo hemos dicho, prefiere á todo la forma : — Dante hace lo contrario. Por poco familiarizado que esté el lector con la hermosa habla italiana, encontrará á cada paso y con profusion en la Divina Comedia, versos tan sonoros y bien construidos, como los mejores de los mas aventajados poetas de los siglos posteriores. El canto tercero del infierno empieza con este terceto :

Per me si va nella città dolente ;
Per me si va nell' eterno dolore;
Per me si va tra la perduta gente.

Todo el mundo puede apreciar la diferencia de sonoridad que hay entre los versos primero y tercero, y el segundo, que es duro y mal acentuado. — El Dante queria ante todo espresar su pensamiento : — la forma era para él como para todos los grandes poetas de cualesquiera tiempos y paises, una cosa secundaria. — Dante, pues, pertenece al número de los genios de primer órden : — acaso sea el mayor entre los mas grandes.

Dos centurias despues aparece Ariosto. Su *Orlando furioso*, cuya accion, como nadie ignora, pasa en el siglo octavo de nuestra era, es como los del griego y el del florentino, una historia del género humano.— En él se ven los primeros destellos de esa tendencia á la burla y á la risa escéptica, que como un cáncer interno, en su mas espantoso desarrollo, aparece por todas partes en la vida de nuestro siglo, mostrando, á despecho del lujoso manto de una civilizacion falsa y estraviada, los terribles estragos de su progreso mortal. — La fantasía de Ariosto es la mas poderosa y varia que acaso haya existido jamás —Apenas puede seguirlo el lector :— tan grande y diversificado es el cuadro que brota sin esfuerzo alguno á la voz de aquel ingenio gigantesco.

El Tasso en el siglo XVI escribió la Jerusalen. — Poema de conveniencias, y por decirlo en la lengua universal, de *commande*. Poeta cortesano, imitó á Virgilio : — él y su modelo pertenecen á los genios de segundo tamaño. — Como Virgilio culto, como él sabio, como él acabadísimo poeta: inferior acaso en la forma á su maestro, el Cisne de Sorrento le aventajó

---

(1) *Non vogliate negar l'esperienza*
Diretro al Sol, del mondo senza gente.
Inferno, canto XXVI.

Y mas adelante en el mismo canto :

Tutte le stelle già dell'altro polo, etc.

con mucho en la creacion y pintura de los caracteres; —pero la Jerusalen, como la Eneida, no son mas que esfuerzos del talento : no pertenecen á la generacion de las obras de que nos vamos ocupando. —

En los primeros años del siglo siguiente vió la luz pública en nuestra España la concepcion mas gigantesca que se haya registrado jamás en los anales de la literatura española, el Quijote. El amo y su escudero, el buen sentido y la locura, eternos distintivos que vienen confundiéndose en el hombre desde el principio del mundo, y seguirán del mismo modo hasta su fin; hé aquí el pensamiento fundamental de la epopeya del manco de Lepanto. Como la Divina Comedia, como los poemas de Homero y como la Comedia Humana de Balzac, creemos que la historia del ingenioso hidalgo compendia y resume la del género humano.—De Camoens y Ercilla no nos ocupamos, porque las Lusiadas y la Araucana son una serie de cantos históricos mas ó menos bellos, concretados á una época ó á un acontecimiento. — Son como la Farsalia de Lucano y la Henriada de Voltaire, campañas en verso. —

Milton en Inglaterra en el siglo décimo séptimo y Klopstock en Alemania, en el siguiente, escribieron el Paraiso Perdido y la Mesiada. — Dejando aparte el elevado talento poético de los autores, y lo respetable y santo de los asuntos que cantaron. sus poemas no son del género que nos ocupa. — El Fausto de Goethe, la concepcion mas vasta acaso que haya producido un cerebro humano, seria el tipo mas perfecto y acabado de esos poemas humanitarios destinados á vivir tanto como el mundo, si hubiera en él mas sentimiento y menos ciencia. Su pensamiento capital es el amor, la redencion por medio del amor, el supremo pensamiento moral del Evangelio : la unidad y armonía por medio de la atraccion en el mundo físico.—El poema de Fausto es el universo, como ha dicho muy bien un crítico francés; pero el universo en un estado anormal: es una especie de caos. — La antigüedad clásica, las edades medias, el mundo moderno; las creencias religiosas de todos los pueblos, sus leyes y costumbres: las sectas filosóficas, las escuelas literarias; todas las grandezas y miserias de todas las edades transcurridas del mundo, están allí traidas y personificadas; pero en tan confuso é intrincado laberinto apenas puede la mas robusta inteligencia deducir un claro y saludable enseñamiento de aquella lectura titánica. — Las parábolas del Evangelio son el tipo de la verdadera sublimidad.

Por lo demás, creemos que para analizar la obra del sublime poeta aleman, seria necesario escribir volúmenes enteros : ni es este nuestro propósito, ni nos sentimos con fuerzas para tarea tan desmesurada.

En 1788 nació en una modesta calle de la capital de la Gran-Bretaña, uno de esos genios homéricos, tan raros en los anales del mundo. — Hablamos del inmortal Lord Byron. — Tanto en sus poemas cortos, como en don Juan y Childe Harold, que dejó incompletos, se hubiera mostrado el bardo inglés émulo de sus grandes predecesores, si fuesen menos personales. — Detrás de Lara como de Manfredo, del Giaour como de don Juan y el Corsario, se ve el autor. — Todo el mundo sabe que Childe Ha-

rold es un seudónimo mas bien que un nombre.—Tenemos, pues, desde Homero hasta Balzac, una cadena gigantesca, cuyos eslabones maestros son, el cantor de la ruina de Troya, Dante, Ariosto, Cervantes, Goethe y Byron.

— Que este libro nuestro no es una produccion de las que dejamos apuntadas, inútil es decirlo; ni nos hemos propuesto escribirlo, ni aun en el mayor paroxismo de nuestra vanidad pudiéramos soñar reunir siquiera un átomo del genio y saber y esperiencia de mundo que poseyeron aquellos grandes maestros; pero tal cual es este parto de nuestro pobre ingenio, pertenece á la generacion, por decirlo así, de aquellas obras. — No es el todo, sino una reducidísima parte : no es el árbol, sino una de sus mas pequeñas hojas. — *La segunda Vida* es á los grandes poemas humanitarios, lo que una de las piedras que ruedan al pié de la gran Pirámide á aquel gigantesco edificio. — Senda poco trillada en España, en todas épocas, es la que seguimos; menos trillada que nunca, hoy, puesto que la literatura se ha convertido en vil mercancía de un vergonzoso tráfico. — Ingrata la tarea, la recompensa limitadísima, cuando no nula : pobre nuestro ingenio, escasos nuestros conocimientos; premioso y angustiadísimo el tiempo que hemos podido dedicar á su produccion. — No hemos abierto un libro, ni escrito un apunte, ni meditado una hora sobre nuestro argumento. — La pluma ha volado, corrido, ó simplemente caminado sobre el papel. — Sentimiento, fé, esperanza, amarga sátira, burlona risa, desahogos sencillos del corazon, gritos del alma lacerada, recuerdos de dias mas felices ó de estudios de otros tiempos; todo, todo es espontáneo; todo así sentido; todo dicho con el corazon al trazarlo la pluma en su rápida carrera.

La Segunda Vida se ha escrito en menos tiempo del que se tomaria el autor, si sus circunstancias se lo permitiesen, para escribir un acto de drama, ó un discurso académico, ó un artículo crítico sobre una obra de la estension de la presente.

Madrid, 30 de abril de 1851.

PRÓLOGO.

Voy á contar, aunque en verdad me asusta,
Un cuento inverosímil, portentoso,
Que á la comun verdad poco se ajusta,
Y cierto empero es, si prodigioso:
Ya te veo, lector, con frente adusta
El áspero atusándote ó sedoso
Bigote, así esclamar en tono aleve:
¿Cuentos á mí? — ¿en el siglo diez y nueve?

—

Cuentos, y por qué no?—¿Crees, por ventura,
Que todo en este siglo es positivo?
¿Qué entiendes por verdad? — Di con lisura
Tu opinion: no te muestres tan esquivo.
— Entrar en discusion fuera locura! —
¿Eso dices? — pues oye, por Dios vivo,
La desnuda verdad, yo te lo abono,
Sobre el siglo feliz décimo-nono.

—

Ya los pueblos no creen en las patrañas
Que ilusos sacerdotes ó embusteros
Contaban del lugar donde las sañas
Divinas, en hornallas y calderos,

De maneras al hombre nada estrañas
Se cebaban en nobles y pecheros,
Cuyas almas en bárbaro guisado
En espiacion hervian del pecado.

—

Mas ¿dónde ahora el muro diamantino
De la invencible fé en la malandanza?
¿Dó al corazon el bálsamo divino
De la virtud mas dulce, la esperanza?
¿De los hombres el mísero destino
Acaso es mas feliz con tal mudanza?
— Perdieron ¡ay! á par de las visiones,
La primera virtud sus corazones.

—

Si de la fé divina á la fé humana
Pasamos, ¡qué espectáculo, lectores!
Jamás hubo lasciva cortesana
Rea de tan impúdicos errores.
No es la severa ley republicana
La de esos furibundos redentores:
Ya no hay freno, ni ley, dique, ni norma.
— ¡Viva la libertad de la reforma!

—

« ¡Libertad! ¡libertad! hombres ilusos,
« Dad por el pié á la torpe tiranía! »
¡Austriacos, alerta, alerta, rusos,
Temed esa feroz demagogía! (1)
El buen Proudhon para estirpar abusos
Predica ¡gran remedio! la anarquía!
¿Qué hay contra el monopolio? — El comunismo (2),
Monstruo feroz, aborto del abismo.

—

Los bienes son comunes, ciudadanos;
No en trabajar se canse el jornalero:
Si todos ricos son, ¿á qué las manos
Desgarrar en trabajo rudo y fiero?
— « ¡Pueblo rey, todos somos soberanos! »
Tal vez esclame así mi zapatero,
Cuando, al mirarlas por las suelas rotas,
Le mande á remontar un par de botas.

—

Y si de las políticas creencias
Paso á la fé, que acaso es mas sagrada,
Y aunque base de públicas conciencias
Hemos dado en llamar la fé privada:

(1) Un acento mas ó menos no importa, lector, y por si te importare, sabe que el acento en la sílaba final de esta palabra, está mas en conformidad con su etimología griega y con nuestra prosodia.— Es cierto que el uso está en contra; pero en tiempo en que no se respetan las leyes, ¿por qué hemos de respetar los usos?

(2) El autor puede ser republicano; pero de camisa limpia.

¡Cuántos crímenes ¡ay! cuántas dolencias
Aquejan en el dia á la cuitada!
¡Cuántas viles, domésticas traiciones,
Completan del gran siglo los blasones!

—

El amante que engaña á su querida,
El mercader que falta á sus contratos,
El que á su bienhechor niega y olvida,
Los pícaros, en fin, y los ingratos;
Estos saben el arte de la vida,
Los demás necios son y mentecatos.
— ¿Quieres, lector, pasar por un portento?
No tengas corazon ni entendimiento.

—

Mas basta de sermon: — si convencido
Está con lo ya dicho mi auditorio,
Inútil es seguir; si, embravecido,
Al contrario se cree en el Purgatorio
Con este mi discurso entretenido,
Quitarle es justo ya el vejigatorio;
Que aunque por vil salario nunca escribo,
Al fin y al cabo de mis versos vivo.

—

Y si con la opinion no capitulo
De la *audi-circunstante* mayoría,
El crédito del libro fuera nulo
Y el editor sus cuartos perderia:
Al poder de las armas nunca adulo,
Mas al de la opinion, cometería
Torpeza grande en no ceder y pronto:
Doy culto á la opinion: desprecio el *Ponto* (1).

—

Mas anudando el hilo de mi prólogo
Que interrumpió un discurso poco análogo,
Defecto capital en un monólogo
Cuando es falta terrible en un diálogo:
Declaro que mi cuento es un apólogo
De mi propia invencion; á mi catálogo
Pertenece hasta el último cartílago,
Que aborrezco del plagio el vil mucílago.

—

Y como otros en rancios manuscritos
Ignotos á la pluma de la historia,
Gustan acaso de encontrar delitos
O acciones dignas de inmortal memoria;
Y sin exámen previo de peritos,
Ardiendo en ambicion de fama y gloria,
A la prensa los dan, una injusticia
Reparando, ó torciendo la justicia:

—

Yo prefiero dar vida á las visiones
Que pueblan mi cerebro conturbado,

(1) Léase destierro, cárcel, multa, persecucion, etc., etc., etc.

Parto tal vez de vagas ilusiones,
Esperiencia tal vez de lo pasado:
Melancólicas, tiernas creaciones,
Cuando vivo tranquilo y sosegado;
Borrascosas y fieras y terribles,
Cuando no son mis horas bonancibles.

—

Mas siempre verdaderas: sacro culto
Dí amante á la verdad desde tan niño,
Que no recuerda el corazon adulto
Cuando naciera en él aquel cariño;
Que perdones, lector, no dificulto
De mi sencilla pluma el desaliño,
Que la verdad no ha menester afeite
Para dar enseñanza y aun deleite.

—

Y aquí juzgo acabar muy oportuno,
Que el prólogo difuso se me antoja,
Y como hago los versos uno á uno
Siento ya del cansancio la congoja:
Aunque me llames necio é importuno,
Carísimo lector, vuelve la hoja:
Introduccion á la Segunda vida:
Prosigue, que es historia entretenida.

INTRODUCCION.

I

Muy cerca de media milla
De la ciudad de Verona,
Que en dos mitades dividen
Del claro Adigio las olas;
En un antiguo edificio
Cuyos muros desmorona
Del tiempo la férrea mano;
Cual la enamorada tórtola
Que del tierno compañero
La insólita ausencia llora;
Bajo verdes emparrados,
Y entre lirios y amapolas,
De mármol cándido surge
Una tumba suntüosa.

Cerca de allí se levantan,
Por varias partes ya rotas,
Gruesas tapias que defienden
Un jardin, que si la crónica
No miente, fué cementerio
En edad no muy remota:
Y alrededor de la tumba
De que hablamos, se amontonan
Informes restos de estatuas
Y de mutiladas losas,
Claro indicio que demuestra
Que estuvo entre muchas otras
Aquella tumba que hoy dia
Mira el viajero tan sola.

Una admirable figura
De muger la tumba adorna;
Y tan al vivo el artista
Retrató sus bellas formas,
Dió tal vida y tal blandura
A sus facciones hermosas,
Que no inanimada piedra,
Vision pura, encantadora,
Parece, de casta virgen
Que en la noche de sus bodas
En cándido lecho aguarda
Al esposo á quien adora.
Y á la luz incierta y pálida
De alguna nocturna antorcha,
O al débil rayo argentino
De la luna vaporosa,
De sus ojos entreabiertos
Parece que rayos brotan
De amor, y que tibia sangre
A sus mejillas se agolpa.

Aquella tumba recuerda
La tristísima memoria
De dos víctimas ilustres
Que inmoló la impía discordia.
De Julietta y de Romeo
Los frios restos reposan
Allí, de sus dos familias
Entre las airadas sombras;
Y en el silencio profundo
De la noche tenebrosa,
Cuando los felices duermen
Y vigilan los que lloran,
Las náyades del Adigio
Llevadas sobre sus olas,
Al són de música dulce

Y en enamoradas trovas,
Cuentan su amor y su muerte
A la ciudad de Verona.

II

Fiat lux...

Era una noche plácida y serena
De las que lleva á Italia el tibio abril,
Y asomaba su faz la luna llena
Al través de las sombras del pensil.

—

Y alzaba el ruiseñor su blando pio
Entre el follage de la selva gaya,
Y mansamente murmuraba el rio
Reclinado en la arena de la playa:

—

Era el hora feliz en que el mendigo
Olvida su miseria y abandono,
Y en el regazo del reposo amigo
Tal vez no envidia el esplendor del trono.

—

El hora de las citas misteriosas
En que se animan las calladas rejas,
Y en que pueblan las calles silenciosas
Tiernos suspiros y amorosas quejas:

—

El hora de las célicas visiones,
El hora de los sueños virginales,
En que en el ronco m r de sus pasiones
Se adormecen los míseros mortales.

—

No el hora del silencio: era la hora
En que se oye distinta la armonía,
Con que dotó la ciencia créa.ora
Al viento, al mar y á la arboleda umbría.

—

La voz del claro arroyo que murmura
Prisionero en el cauce florecido,
Y el grito de dolor que en su amargura
Lanza el viento entre rocas comprimido:

—

Y el lejano mugir de los torrentes,
Los ayes de la tierra créadores,
Y el beso de los tímidos ambientes
En el púdico caliz de las flores...

—

Mas súbito un rumor mas dulce y grave
Que todo humano ó terrenal acento,
De virgen ó de mar, de brisa ó ave,
Turbó la paz de aquel apartamiento.

Era el rumor que con sus níveas alas
Producia un espíritu divino,
Que atrás dejando las eternas salas
Seguia hácia la tierra su camino.

—

Y de la luna un argentino rayo,
Trémulo de las nubes descendia,
Alumbrando al través del techo gayo
La blanca imágen de la tumba fria.

—

Posó el ángel de luz su planta leve
Sobre la piedra del sepulcro helada;
Y plegando sus alas de oro y nieve,
La mano levantó: la inanimada

—

Piedra, al potente signo estremecida,
Lentamente se alzó del duro lecho;
Tomó su rostro el tinte de la vida,
Y tibia sangre circuló en su pecho,

—

Y en púdico rubor tinta la frente
Compuso su flotante vestidura,
Mientra el ángel de luz su vuelo ardiente
Torció veloz á la superna altura.

III

KARL GRUNER.

Sobre un caballo fogoso
Nacido allá en Mecklemburgo,
Como el relámpago leve
Y como el dolor oscuro;
Al frente de treinta bravos
Y mas bravo el que ninguno,
Va el capitan Cuchillada
De Verona en torno al muro.
No al noble Baron, su padre,
Ni á su valor sin segundo
Debe aquel nombre espresivo
Que le dá el curioso vulgo:
Cárlos Gruner se apellida,
Y aquel su título adjunto
No a estocadas ni mandobles
Con que mató á mas de uno
Lo debe, sino á un sablazo
Que le dió un amigo, ruso,
Y que dibuja en su rostro
Un arco de medio punto.
Mas á pesar del efecto
De aquel golpe furibundo,
Es Gruner gallardo mozo
Si entre alemanes los hubo.
Castaño tiene el cabello

Como la barba, y mas rubio
El retorcido bigote,
Rabia y envidia de muchos:
Blanca la tez, arqueadas
Las cejas, ojos cerúleos,
El cuerpo alto cuanto airoso,
Esbelto cuanto robusto.

Es Gruner muy buen soldado,
Con los hombres algo brusco,
Con las hembras algo alegre
Y bien quisto entre los suyos.
Nadie en báquicos festines
Le hizo cejar, y en el mundo
No hay uno que le aventaje
En los bélicos tumultos.
De noble sangre nacido,
Si el capitan tiene orgullo,
Lo funda en ser mas hidalgo
Que todos los hombres juntos.
Altivo con sus mayores,
Con sus iguales adusto,
Tan solo con los pequeños
Varía de tono y rumbo;
Que en su pecho generoso
Un corazon late puro,
Tan fino como el diamante
Y como el diamante rudo.
Tal es, lector, en compendio,
El vivísimo trasunto
Del capitan que galopa
De Verona en torno al muro.

IV

¿QUIÉN VIVE?

En tanto, la tierna jóven
Levantada del sepulcro,
A la voz generadora
Del Sér sobre todos Sumo;
Con desigual movimiento
Y entre congojas y sustos,
Trémula, débil la planta,
Va hácia Verona en lo oscuro.
No sabe de donde viene
Ni adónde va; que si adultos
El espíritu y el cuerpo
Son á su edad en el mundo;
Ella, de nacer acaba,
É, imperfectos cuando rudos,
Si débiles son sus miembros,
Su entendimiento es confuso.

Por el instinto guiada
Girando va en torno al muro
En busca de alguna puerta;
Cuando un grito tremebundo
La dejó petrificada,
Sin movimiento y sin pulso.
«¿Quién vive?» — grita un tudesco,
Y en el silencio profundo
Repite el eco: ¿quién vive?
Con prolongado murmullo.
Dos veces mas rompe el aire
La misma voz, y en el muro
Se agitan los centinelas
Con insólito tumulto.
Por cuarta vez el soldado
Lanza el marcial grito agudo;
Cuarta lo repite el eco,
Mas no responde ninguno.

Empero allá entre las sombras
Divisa el soldado un bulto
Que tácito se desliza
Como un espectro nocturno;
Y viendo la persistencia
Con que se obstina en ser mudo,
Apela á su carabina,
Postrer militar recurso.
El tiro al aire dispara
Como entre bravos es uso,
Que no se apura un valiente
Sino en el último apuro;
Y al fulminante estampido
Prolongado hasta al centuplo
De las vecinas montañas
Por los ecos tartamudos,
Un grito de inmenso espanto,
Desgarrador, moribundo,
Llega distinto al guerrero
Que lo oye casi con susto.

Al estruendo del disparo,
Se dirigen á aquel punto,
Corriendo á escape tendido
El capitan con los suyos.
Llega Gruner; interroga
Al soldado, y taciturno,
Al que imagina cadáver
Se acerca casi sañudo.
Mas que el relámpago leve
Salta del fogoso bruto,
Y al vacilante reflejo
De un rayo de luna fúlgido,
Ve á una desmayada jóven,
Que en el suelo áspero y duro
Parece un lirio arrancado
Por el austro furibundo.

Cual la madre cariñosa
Que en su seno al dulce fruto
De su amor, blanda acaricia

Con ternísimos arrullos:
Y lo oculta en su regazo,
Y se opone, vivo escudo,
Entre el párvulo inocente
Y los peligros del mundo:
Así, el ínclito guerrero
Entre sus brazos robustos,
El lánguido cuerpo oprime
De la jóven, y con sumo
Interés, que sus palabras
Revelan á los mas rudos;
En aleman muy correcto
Y en italiano algo turbio,
La consuela y acaricia
Endulzando el tono brusco
De su voz, hasta trocarla
En suavísimo susurro.
Mas va cediendo el desmayo,
Y movimientos convulsos
Anuncian que en aquel cuerpo
Torna la vida á su curso.
Entonce al corcel fogoso
Se lanza Gruner seguro;
Só la ancha capa guarece
Del cefirillo nocturno
A la jóven, y estrechándola
Contra su pecho robusto,
Va mas ligero que el viento
Hácia Verona en lo oscuro.

V

EL CUERPO DE GUARDIA.

Sobre un mullido colchon
En el suelo colocado,
Suntuoso lecho á un soldado,
Si pobre para un Baron;

—

A la pálida vislumbre
De un quinqué casi estinguido,
Y aunque acostado, vestido
Segun militar costumbre;

—

Se ve á un apuesto doncel
De veintiocho años á treinta
A quien no poco impacienta
La vigilia del cuartel.

—

Hijo del suelo aleman,
Crecido bajo otro sol,
Mas que tudesco, español
Parece el Baron Neumann.

Al azabache da enojos
La ensortijada melena;
La tez del rostro morena
Y casi negros los ojos.

—

Só las altivas facciones
Que tantas mugeres aman,
No bien reprimidas, braman
Sus volcánicas pasiones.

—

Mas de dos mugeres gimen
Por el Baron deshonradas,
Pero son faltas contadas:
— ¿Cuántas faltas son un crímen?

—

Corren validos rumores
De que no es con sus amigos
Mas léal que en sus amores;
Pero de esto no hay testigos.

—

En fin, goza en general
De aventajada opinion.
— Es mozo, rico y Baron:
¿Hay nada mas natural?

—

¿Dónde la virtud salvage
Que á un hombre de ilustre cuna,
Garbo, talento y fortuna,
Se niegue á dar vasallage?

—

No: — No hay virtud que resista.
Hay mas: — sin otro tesoro,
Basta y sobra con el oro
Del mundo á hacer la conquista.

—

Opino en lo general,
Lector mio, hombre ó muger;
Que á tus ojos quiero ser,
Si justiciero, imparcial.

—

Recordar puedes, hermano,
Por lo sabido y ramplon,
El proverbio castellano:
« *No hay regla sin escepcion.* »

—

Pues bien, al refran me atengo,
Y no á todos califico
Sino al comun: — Certifico
Que por escepcion me tengo.

—

Y aunque en verdad no es factible
Que lo seas tú tambien,

Bien puedes serlo, muy bien :
— Nada hay á Dios imposible.

—

Mas volvamos al cuartel,
Donde dejamos tendido
A aquel jóven consabido,
Que es ademas coronel.

—

Bramando está de impaciencia
Del cuartel con la vigilia,
Y maldice á su familia
Y su propia inesperiencia.

—

« ¿ Quién diablos me hizo abrazar
(Piensa iracundo el Baron)
Esta ruda profesion
De la vida militar?

—

« ¿ No era á mi dicha bastante
Tener un millon de renta
(Corto me quedo en la cuenta)
Y un título retumbante ?

—

« ¿Luego con esta figura
Y entendimiento sobrado,
El convertirme en soldado
No fué una insigne locura ?

—

« Que si en mi edad infantil
Ví con necias emociones
De las plumas y galones
El aparato pueril,

—

« Pude, gracias á mi nombre,
Si cumplia á mi deseo,
Pedir á mi amo un empleo
De escudero ó gentil-hombre.

—

« Y el augusto Emperador
No me habria, á fé, negado,
Un uniforme bordado
Sin sueldo y por mero honor.

—

« Y no que por el capricho
De meterme á matasiete,
Vive en constante entredicho
Y con la vida en un brete.

—

« Es cierto que este país
Es muy bello y agradable ;
Pero es poco *fashionable*.
— ¡ Cuánto mas vale Paris !

« Las mugeres son hermosas,
Tienen donaire y talento
Y cantan que es un portento ;
Pero son tan caprichosas !

—

« ¿ Pues no han dado ¡ oh vilipendio !
En no hacerme apenas caso ?
— Soy tudesco y no me caso :
Hé aquí la historia en compendio.

—

« Por lo que hace á las casadas,
Hoy se pican de ser fieles,
Como si fuesen lebreles
De sus esposos — ¡ menguadas !

—

« En tanto, yo me desquito
De un desden que creo injusto,
Y ya que no haga mi gusto,
Cuantas honras puedo quito.

—

« Nos rehusan sus favores
Porque somos alemanes :
No eligen, no, sus galanes
Entre los dominadores.

—

« Empero, Karl Gruner es
Idolo de la ciudad :
¿Lo debe á su gravedad,
O á que habla bien el francés?

—

« Aun no he resuelto el problema ;
Mas confieso que á la larga,
Tal preferencia me carga ,
Y me corrompe y me quema.

—

— « Pero, en resúmen, pesado
Despacio el contra y el pró,
No es tan mala tierra, no,
Este país celebrado.

—

« Que, en cambio á sus asesinos
Y á sus enfermizos vientos,
Tiene lagos, monumentos,
Y volcanes y *casinos*.

—

« Y si hay en él *lazzaroni*,
Se vive en él muy barato,
Y es la patria de Manzoni,
Y el *risotto* es un gran plato,
Y aun mejor los *maccheroni*. »

—

Aquí en su meditacion
Fué Neumann interrumpido

Por insólito rüido :
Levantóse del colchon
Y á espacio y sin ser sentido
Pasó á la otra habitacion.

VI

CONSPIRACION.

Alargando un pié tras otro
Con monótono compás,
Cauto aplicando el oido
Como el que quiere escuchar,
Y con señales de asombro
En el rostro y ademan,
Porque el rumor que percibe
No es propio de aquel lugar,
Hácia la próxima pieza
Va el noble Baron Neumann.
Abre la puerta de un golpe,
Y cual la muger audaz
De Lot, que las sumas iras
Impía osó contemplar
Desatendiendo el mandato
De su guia celestial,
Por satisfacer, ¡ qué tonta !
Su inútil curiosidad,
Y allí quedó convertida
En blanca estatua de sal :
Así el coronel, atónito,
De piedra quedó al mirar
Un cuadro, que ni aun en sueños
Nunca vió ningun mortal.

—

A la luz de un moribundo
Farol, colorando ya
Las densas, nocturnas sombras
Con trémula claridad,
Dudoso el rayo primero
De la aurora matinal ;
Entre nueve ó diez soldados
Que en sus capotes están
Tendidos en la penumbra
Del espirante fanal,
Y otros nueve ó diez que charlan
Con rudeza militar
Fumando sus largas pipas
En grupos acá y a lá,
En un banco de madera
Muy semejante á un divan,
No en su riqueza y blandura,
Sino en que es horizontal;
Ni sentada ni tendida,
Pues como sombra fugaz
Apena en el duro asiento
Llega su cuerpo á apoyar ;
Ve el coronel á una jóven
De hermosura celestial.

—

Al aire desparcida
Flotando la castaña cabellera,
Que en rizos ondulantes cae partida
Sobre un seno que á amor envidia fuera.

—

De ébano el arco grave
De las cejas, en campo alabastrino,
Y al fin del leve párpado, süave,
Luengas pestañas de azabache fino.

—

Y en lánguido desmayo
Los negros ojos de belleza rara,
Cual si del sol el refulgente rayo
Con su vívida luz los fatigara.

—

El túrgido, albo seno,
De agitacion interna combatido,
Se agita, cual las olas del Tirreno
Al azote del austro enfurecido.

—

Las fajas purpurinas
De los labios, apenas separadas,
Dos hilos dejan ver de perlas finas
Sobre encarnado múrice esmaltadas.

—

Y algun sordo gemido
Signo esterior de la interior tristura,
Va á despertar el eco adormecido
Con voz de melancólica ternura.

—

Neumann, en tanto, mudo,
Contempla la vision encantadora
Que entre aquel cuadro que la cerca, rudo,
Aparece aun mas bella y seductora.

Mas, de su asombro repuesto,
Llama al teniente Melás
(Tocayo de aquel valiente
Mas que feliz general,
Que de Marengo en la liza
Osó intrépido lidiar,
De los que cuenta la historia
Con el mayor capitan) ;
É interrogándole, supo
La aventura singular
Que ocurrió en la esterna ronda
Al generoso aleman.
Neumann, que á Gruner detesta
Como á un dichoso rival,
Que en el teniente ve á un hombre

De comprenderle capaz,
Y que arde ya en vivo fuego
Por la incógnita beldad;
Allí, de pronto, improvisa
El complot mas infernal.

—

Melás aquella mañana
Debe marchar á Milan,
Portador de varios pliegos
Para su alteza imperial
El archiduque-virey:
Si se llegára á enfermar,
Fuera en verdad muy difícil
La comision especial
De otro fiar que no fuera
El bizarro capitan.
— Por tanto queda resuelto
Entre aquel malvado par,
Que enferme luego el teniente;
Y enferme de gravedad.

—

Y, como al fin de su ronda,
Gruner no debe tardar,
Y el tiempo apremia, el perverso,
Con gran naturalidad,
La plática misteriosa
Interrumpe con un ¡ ay!
Tan desgarrador é intenso
Y tan doloroso, y tan
Terrible, en fin, que en tumulto
Acuden de acá y de allá
Los soldados: — ya en el suelo
Con un cólico mortal
Da Melás vuelcos horribles;
Mientra el astuto Neumann,
Con señales de sorpresa
Y asombro, manda llevar
Al punto, á su propio lecho
Al moribundo oficial.
En tanto, Gruner, solícito,
Atraviesa la ciudad,
Y al cuerpo de guardia llega
Con mal recatado afan.
A la puerta, un generoso
Corcel, ensillado ya,
Aguarda solo al ginete
Que debe en él cabalgar;
Y cuatro ó seis ordenanzas
Con aparato marcial,
Brida en mano y pié en estribo,
Estatuas vivas, están
Aguardando que su gefe
De partir dé la señal.

—

Con rápido movimiento
Y sin hacerse anunciar,
Penetra en la estancia Gruner,
Dó en parasismo letal
Al parecer sumergido
Yace el teniente Melás.
Dos esculapios famosos,
Civil uno y militar
El otro, con voz sumisa
Y lenta solemnidad,
Discuten sobre la grave
Naturaleza del mal.
— « Si el ataque repitiese
« Antes que llegue á pasar
« Una hora, está perdido, »
Con borrical gravedad
Dice el uno: el otro observa
Con gravedad borrical:
— « La convulsion tendinosa
« Segun Cullen, Boerhaav (1),
« Hipócrates y Galeno
« Y Broussais y Hannemann,
« No solo es un mal indicio,
« Sino un síntoma mortal.
« Por tanto, caro colega,
« Opino...
— « Que con charlar
« No ha de curarse el teniente:
« Tal es mi opinion lëal. »
Esto dijo, entrando, Gruner,
Y al verle el Baron Neumann:
« ¡ Hola, Gruner, bien venido!
« Forzoso me es encargar
« A vuestra lealtad notoria
« La comision especial
« Que para el noble archiduque
« Llevaba el pobre Melás. »
Grun. Mi coronel, esos pliegos...
Neum. Hoy mismo deben marchar.
Grun. Concededme algunas horas...
Neum. Ni un solo minuto mas.
Reflexionad, caro amigo,
Que es del servicio imperial.
Grun. Pero esa jóven...
Neum. Os juro
Que mientra esteis en Milan,
No le hará falta el apoyo
De vuestra noble amistad.
Grun. A vuestro honor la encomiendo,
Neum. Su obligacion cumplirá.
Grun. Quedad con Dios, coronel!
Neum. Él os guarde, capitan!

VII

INFAMIA.

Partió por fin el generoso Gruner,
Camino de Milan á toda brida,

(1) Boerhaave.

Y el coronel traidor ya se prepara
El fruto á recojer de su perfidia.
Ordena que á su rico alojamiento
Conduzcan luego á la indefensa niña,
Y libre ya de la nocturna guardia,
A su presa feroz se precipita.
Incapaz de los nobles sentimientos
Que las almas conocen solo, altivas,
Juzga oscura y vulgar aventurera
A la hermosa muger desconocida.
Mas al hablar de su brutal deseo
Con esa fraseología libertina
Que los sectarios del deleite impuro
En el cieno habitual de sus orgías
Emplean entre sí; la casta jóven
Por su pura inocencia defendida,
Firme opone á sus lúbricos ataques
De la virtud la omnímoda energía.
Entonce el corruptor de rumbo cambía,
Y fingiendo ceder, á la sencilla
Jóven, impío el deshonor la ofrece
En pérfida, narcótica bebida.
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
Mas al próximo sol, cuando el menguado
Piensa encontrarla á su querer sumisa,
Ve que opone tan solo hondo desprecio
A las protestas de su amor rendidas.
Ardiendo en vil coraje, la maltrata,
Torna de nuevo á hacerla mil caricias;
Pero á la rabia y al amor responde
Una mirada de desprecio fria.
Entonces, vil, de su mansion la arroja,
Y ella, de hondo pavor sobrecojida,
Vagando va por las revueltas calles,
Huérfana, deshonrada y fugitiva.
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
Tres meses han pasado. — La cuitada,
Cuando la rubia luz del rey del dia
Cede el lugar á las nocturnas sombras;
Por las calles y plazas concurridas
De la hermosa ciudad, cantando implora
Socorro de las almas compasivas.
Gruner, su protector, tal vez la escucha;
Pero de su amistad juzgando indigna
A la hermosa muger, arroja solo
De su piedad la ofrenda á la mendiga.

PARTE PRIMERA.

CUADRO PRIMERO.

TRES MESES DESPUES.

Un café de Verona: en un ángulo, el señor Gentili, empresario del teatro, toma café con varios cantantes. — Julieta, vestida con los harapos de la miseria, preludia tristemente en su arpa. — Karl Gruner apoyado en una columna fronteriza, la contempla con triste silencio.

Gent. Assai bella è la ragazza...
¿Non è ver, caro tenore?
El tenor. Mi par bella come un fiore.
Otro. Dicono ch' è un poco pazza.
Gent. ¿Ha voce?
El tenor. ...Così... bellina..
Ma flebil.... ha poco fiato....
Gent. ¿E 'l canto?
El otro.... Sempre stonato....
Tenor. Taci, lingua viperina.
El otro. Io.... dico....
Gent. .... Taci.... mi pare....
Si.... si... s'appresta a cantare.

Julieta. (*Cantando.*)

¡Divino espíritu,
Sumo Señor,
Oye la súplica
De mi dolor!
¡Desde tu espléndido
Trono de luz,
Benigno apiádate
De la virtud!

Gent. ¡Brava! ¡bravissima!
Jul. Grazie, signor.

(*Canta.*)

¡Númen benéfico
Que paz y amor
Vuelves al mísero
Que á tí clamó:
Calma tu cólera,

Dios de bondad,
Y estas mis lágrimas
Ven á enjugar!

(*Los concurrentes aplauden desaforadamente.*)

Uno. Es muy bella esa plegaria,
Pero el canto religioso...
Vamos... canta algo chistoso.
Otros. ¡Sí... sí... ¡Una copla incendiaria!
Jul. ¿Quereis una barquerola?
Una romanza francesa,
O una balada escocesa?
Gent. Una canzone spagnuola.

Julieta. (*Ruborizándose.*)

Una púdica doncella,
En su retiro apartado,
A sus solas se querella
De su amado.

—

Es un oficial airoso
Que de amor la habló el primero...
Díjola : « Seré tu esposo
Verdadero. »

—

Conmovido, palpitante,
Su inesperto corazon,
Confesó al dichoso amante
Su pasion.

—

Mas pasaron largos dias
Y eternas noches pasaron :
Las rápidas alegrías
Se olvidaron.

—

Que el oficial fementido
Por quien de llorar no cesa,
A cumplirla aun no ha venido
Su promesa.

—

Una noche mientras ruega
A la Vírgen soberana,
Y en llanto amargo se aniega ;
Su ventana

—

Se abrió : por ella entró un hombre
En ancha capa embozado.
Va á gritar ; mas oye el nombre
De su amado.

—

Se arroja entonce á su cuello,
Olvidando sus agravios,
Y los labios de él son sello
De sus labios.

—

Y ya cerca la mañana,
Entre caricias y lloro,
Se oyó al abrir la ventana :
« ¡Yo te adoro! »

—

Gent. !Brava! !bravissima!
El conc. ¡A fé
Que es bellísima cancion!
¿Cuya es la composicion?
Gent. Si... ¿Chi la scrisse?
Jul. No sé.
El conc. ¿Quieres venirte conmigo?

(*En voz baja á Julieta.*)

Tendrás espléndidos trajes,
Oro, caballos, carruajes...
Seré tu mejor amigo...
Jul. Gracias, señor...
El conc. Enojada
Me respondes...
Gent. Signorina,
Vorrei... una cavatina.
Jul. Os cantaré una balada.
Gent. Va bene... amici... tacete...
El conc. ¡Basta!
Grun. Aunque á usted no le cuadre...

(*Adelantándose.*)

Jul. Se llama *la pobre madre.*
El conc. (¿Quién será este mozalbete?)

LA POBRE MADRE.

BALADA.

Julieta. (*Cantando.*)

Es la noche tenebrosa,
Fria cual noche de enero,
Y un espantoso aguacero
Viene á aumentar su rigor ;
Y en el umbral de un palacio,
Sobre la enlodada acera,
Hay una familia entera
Presa infeliz del dolor.
No lloran ya los cuitados,
Sus pechos enronquecidos
Exhalan sordos gemidos,
Y con lastimera voz ;
En coro repiten
Con lúgubre són :
— « ¡Dad una limosna
Por amor de Dios! »

—

Una muger y dos niños,
Dos hijos son con su madre,
Una familia sin padre
Y en la mas cruda horfandad.

Allá dentro, los sonidos
Se escuchan de alegre orquesta,
Que es ostentosa la fiesta,
La mansion casi real :
Adentro, las fuentes todas
De la terrestre ventura,
Oro, talento, hermosura,
Vénse en confuso monton :
De afuera, responde
La siniestra voz :
— « ¡Dad á vuestro hermano
Por amor de Dios! »

—

Y entran damas fascinantes
Aun mas que por su riqueza,
Por la espléndida belleza
De su rostro y actitud;
Cándidas pieles de armiño
Cubren sus tersas espaldas,
Y rubíes y esmeraldas
Realzan su juventud.
Vienen detrás muy galanes,
Con varonil apostura,
Hidalgos de raza pura
Y otros que nobles no son;
Mas ninguno atiende
A la triste voz;
— « ¡Dad limosna, hermano,
Por amor de Dios! »

—

Entran al regio saráo,
Y de allí al salon de juego,
Dó se apiña enjambre ciego
Con el ansia de ganar.
Y rueda en la mesa el oro
A diez fortunas bastante,
Mientras la turba anhelante
Ni aun se atreve á respirar.
Cada cual su carta espera,
No hay amigo para amigo,
Que es todo el mundo enemigo
Ante el metal corruptor :
Y en tanto prosigue
En la calle el són :
— « ¡Dad una limosna
Por amor de Dios! »

—

Y la mudable fortuna,
A este sume en la pobreza,
A aquel colma de riqueza,
Pero corrompe á los dos;
Que no hay virtud que resista
A la codicia del oro,
¡Y hay quien por corto tesoro
Vende ley y patria y Dios!
¿Qué importa á la noble turba
Lo que pasa por de fuera?
¿Qué importa que lastimera
Suene en la calle la voz :
— « Por piedad, señora,
« Caballero, vos,
« Dad á una infelice
« Por amor de Dios! »

—

A impulsos del hambre y frío,
El corazon en pedazos,
Ve la madre entre sus brazos
Su hijo menor espirar :
Pierde el juicio la cuitada
A tan suprema amargura,
Y á la yerta criatura
Se esfuerza por calentar.
Con sus harapos la cubre,
Contra su seno la oprime,
Y mas bien que canta, gime
Sentidísima cancion;
Mientra el otro niño
Con trémula voz :
— « ¡Dad limosna, clama,
Por amor de Dios! »

—

« Duerme, canta la insensata,
« Duerme, del alma hijo mio,
« Que así del hambre y del frío
« Menos, mi bien, sufrirás :
« Duerme, hijo mio, hasta el alba,
« Que es la noche muy oscura;
« Duerme, que el hambre es muy dura
« Y es horrible el despertar :
« Cuando el nuevo sol que al mundo
« Trae el calor y la alegría,
« Al pobre trae un nuevo dia
« De angustias, hambre y dolor. »
Y en tanto no cesa
Del niño la voz :
— « ¡Dad una limosna,
Por amor de Dios! »

—

Ya despunta en el oriente
Pura la límpida aurora,
Y la turba atronadora
Se retira del festin :
A la puerta se atropellan
De los nobles orgullosos,
Los trenes esplendorosos
Ciento á ciento y mil á mil :
Y en tanto, la pobre loca,
Con torvo mirar, incierto,
Les presenta el niño muerto,
Cantando con ronca voz :
— « ¡Vedle, entre mis brazos,
« De hambre se durmió!
« ¡Dad pan, para el niño,
« Por amor de Dios! »

. . . .
. . . .
. . . .
Mil aplausos frenéticos resuenan
En el vasto salon, y á la cantora,
Cada cual á su gusto obedeciendo,
Este un canto de guerra, aquel le pide
Una amorosa cántiga, y alguno,
Vate lloron, sin duda, una elegía
Le pide con acento de amargura,
De un amigo en la muerte prematura;
Y ella á todos complace,
Y á cada cual su antojo satisface.

— Era su voz de tonos mas süaves
Que el rumor que en las aguas cristalinas
Del ondulante rio,
Mueven las dulces auras vespertinas.
Y ni el céfiro gime sus amores,
En velada aromosa del estío
Con tan blando susurro entre las flores;
Ni en su cantar las trinadoras aves,
De frondosa enramada en la espesura,
En sus tonos levísimos ó graves,
Igualan de aquel canto la dulzura.
Ya lento y melancólico, en el alma
Despierta misteriosas armonías,
Y vuelve con suavísima ternura
Al agitado corazon la calma:
Ya en amplias y robustas melodías,
Como el himno triunfal de la victoria,
En sonoro vibrar los aires llena,
Y el ánimo enagena
Con brillantes imágenes de gloria,
En ella despertando el furibundo,
Alto deseo de domar el mundo!
Ya en lúgubres sonidos,
Sobre las cuitas y pesares llora
Que cercan á los míseros nacidos,
Y para ellos piedad del cielo implora,
Brotando entre tristísimos gemidos...
Y el pueblo entusiasmo victorea,
A la egregia cantora,
Porque su necia ociosidad recrea;
Sin ver que en aquel canto
Solo es cierto el dolor, sincero el llanto!

—

— En tanto Gruner, arrobado escucha
De aquella voz amada,
El mágico sonido seductor;
Y honda, terrible, encarnizada lucha
En su alma atribulada,
Se libran el deber contra el amor.
— ¿Él, de su alto decoro olvidadizo,
Del nombre de sus claros ascendientes,
Se dejará arrastrar del torpe hechizo
De impúdica beldad? — Su noble cuna,
Su altiva situacion y su fortuna
Puede olvidar: menguantes y crecientes
Los dones siempre fueron del destino;
Mas, ¿cómo hallar camino
Al logro de sus votos anhelado,
Cuando el objeto amado
Es tan solo una oscura aventurera,
Del vicio ya lanzada en la carrera?
— Así indeciso el capitan, fluctua,
Entre el honor y su voraz deseo,
Y su crüel indecision maldice:
Tal, náufrago infelice,
Juguete de las iras de Nereo,
Vacila entre el amigo que le implora
Y la risueña playa, salvadora,
Que distinta á sus ojos, le convida
Con el amor de nuevo y con la vida!

—

(*Gentili se acerca á Julieta.*)

Gent. *Venite meco, signora,*
A cantar v'insegnerò.
El conc. Pero, señorita, ¿y yo?
Grun. Os oponeis en mal hora...
Dejad ir á la cuitada.
El conc. Y al capitan, ¿qué le importa?
Grun. Si la lengua no reporta
Le será al punto cortada.
El conc. Está bien: ahora me voy...
Mas luego mi furia insana...
Grun. No dejeis para mañana
Lo que se puede hacer hoy.
El conc. ¿Qué decís?...
Grun. Que si quereis
Batiros, á ello me allano.
El conc. Os beso, señor, la mano
Por la merced que me haceis. (*Vase.*)
Gent. *¿Accettate?* (*A Julieta.*)
Jul. Acepto.
Grun. El cielo
(*En voz baja.*)
Os dé, señor, galardon.
Gent. *Grazie.*
Jul. Mil gracias, Baron.
Grun. (¡Que no sepa mi desvelo!)

Y entre el guerrero austriaco y la cantora,
De pesar y de amor inmensurable,
Tierna, süave, lenta, abrasadora,
Se cruza una larguísima mirada:
Lenguage de las almas inefable,
Unica despedida
Del amado á su amada,
Cuando al partirse entrambos van sin vida;
Mirada que en sí encierra
Cuanta dicha y amor hay en la tierra;
Tesoros ¡ay! que les están negados
Por el crudo rencor de adversos hados!

CUADRO SEGUNDO.

I

Teatro de la Fenice en Venecia. — Primera representacion de la *Lucia*, en la cual hará su primera salida la *signora Giulietta Veronini*, *prima donna assoluta*.

I

Lleno está el imperial y real téatro
De la Fenice; como *ch* pronuncia
La *c*, regla que ignoran mas de cuatro,
Y aun alguno que al público se anuncia
Italo profesor : — como este *latro*,
Entiéndase ladron, hay en Maguncia,
En Lóndres, en Pekin y en todo el mundo;
Pero en España hay mas, y bien me fundo.

II

Que no hay region alguna conocida,
De uno al otro confin de la ancha tierra,
Donde ande la impostura tan valida
Ni do se mueva á la verdad tal guerra :
Hablo en lo literario, que en mi vida,
Si bien en lo demás mucho se yerra,
Me llevó mi aficion á hacer de crítico
Ni en el órden civil ni en el político.

III

¡Cuantos sabios alaban los periódicos
En necios y ampulosos ditirambos,
Raquíticos bichuelos, espasmódicos,
En el órden mental y patizambos!
¡Cuántos cantares hay anti-melódicos,
Surcidos mal en insonoros yambos
Famosos, y cuantísimos poetas
De nombre, estupidísimos trompetas!

IV

Pero dejando á un lado digresiones,
Vuelvo á tomar el hilo de mi cuento,
Y juro en las futuras ocasiones
Mas corto atar mi rústico talento :
— Llenos están los palcos y sillones,
Platea y galerías; ni un asiento
Del téatro imperial está vacío,
Y murmura impaciente ya el gentío.

V

Con sobra de razon; que es gran motivo
El *debutar* (1) de una primera *donna*;
El público que paga es algo vivo
Y de Job no merece la corona :
Suele mostrarse en el aplauso esquivo,
Pues de severo é imparcial blasona,
Y empero, aplaude á veces mil errores
De sílfides, cantantes y escritores.

(1) *Debutar*. — Estrenarse un autor ó cantor, y por semejanza un orador, etc., etc. Verbo castellano, puesto que lo usan castellanos.

VI

Hay para hacerle errar diez mil caminos,
Y aunque parezca mucho no exagero,
Que en esto son los *genios* muy ladinos
Y buenos á engañar el mundo entero;
Es cierto que los medios clandestinos
Solo dan un renombre pasagero;
Pero esto á tales bichos nada importa :
Caigan duros, que el resto es cosa corta.

VII

Y como en todo hay grados y escalones,
Algunos de estos *genios* vergonzantes,
No satisfechos con ganar doblones
Quieren pasar por númenes gigantes;
Otros hay mas modestos ó ramplones,
Que trampean por ser sus ayudantes,
Y no falta en Madrid mas de un autor
A quien basta engañar á su editor.

VIII

Pero ¡voto á mi númen! otra vez
Metíme á *digredir*, vaya ese verbo
Escrito con cristiana sencillez,
Para ocuparte, ó crítico protervo!
Si escribiese con pura nitidez,
Fuérale á tu maldad no poco acerbo;
Mas si en el verbo hincar quieres el diente,
Sáquelo del latin y es deponente.

IX

Pero vuelvo al téatro y es razon :
Al fin la sinfonía ú obertura,
Subiendo lentamente el gran telon,
Empezó la famosa partitura;
Y nunca oyó Venecia afinacion
Tan cabal, tanto brio y tal frescura
De voz, ni vió tan fúlgido semblante,
Como los de la jóven *debutante*.

X

El público empezó luego á aplaudir,
Y en esto lo mas arduo es empezar,
Que no va á criticar ni á zaherir
Al téatro el que empieza por pagar :
Mas á poco, dejóse lento oir
Un conato distinto de silbar,
Y al dar Julieta en falso un *si bemol*
La silbaron en *do* y *fa* y en *sol*.

XI

Silba atroz, tremebunda, estrepitosa,
Silba en todos los tonos y las claves,

En cuya algarabía anti-armoniosa,
Notas agudas, sobreagudas, graves,
Resonaban en música espantosa,
Conmoviendo columnas, arquitrabes,
Y los frisos y bóvedas y techos
Palcos y galerías y antepechos.

XII

Al estruendo infernal (ya te harás cargo,
Lector, si lo calculas por tí mismo),
Presa Julieta de mortal letargo,
O mas bien de tremendo parasismo,
En el suelo cayó : — nada es amargo,
Ni aun los fieros tormentos del abismo,
Como una silba inmerecida ó justa,
Ya en humilde ocasion ó ya en augusta.

XIII

Así como en el mundo nada es grato,
Como escuchar el recio palmoteo
Que el público español dá tan barato
En mas de un renombrado coliseo :
Y yo conozco á mas de un literato
Estúpido, ramplon, y flaco y feo,
Que al oir del aplauso la lisonja,
Se inspira y embellece y aun se esponja.

XIV

Pero esto no es del caso.— En la *Fenice*
Era injusta la silba aquella noche :
Obra fué de madama *Beatrice*
Que gastó su dinero á troche y moche
Diciendo : El tolerar que aquí se *aniche* (1)
Una sì bella e sì possente voce,
Per Dio, non conviene e non mi piace.
Fischiata sia, e dopo vada in pace.

XV

Y como en este mundo, por desdicha,
Hay tanto benemérito muchacho,
Capaz aun de vender su eterna dicha
Por dos cuartos, ó un poco de gazpacho,
O por unas pulgadas de salchicha :
No faltó á Beatriz mas de un gabacho
Que silbase á la hermosa forastera
Por vileza genial ó el hambre fiera.

XVI

Y logrado su objeto, la malvada,
Como entre sus iguales es costumbre,
Bajando al escenario apresurada,
Do Julieta, só la alta pesadumbre,
Semiviva, sin pulsos, desmayada
Yacia; con amor y dulcedumbre
Traidores, esclamaba : ¡*La meschina!*
Mi fa pianger... peccato... ¡poverina!

(1) De nicho anichar, como de nido anidar. — Estoy en mi derecho.

XVII

Gentili, si bien triste, aun esperaba
Reparacion de la injusticia inmensa,
Y crédulo, sencillo, confiaba
En la imparcial justicia de la prensa :
¡Mas cuanto el infelice se engañaba!
— A seduccion de bolsa y de despensa,
No resiste un estómago de crítico
Ya sea literario ó ya político.

XVIII

Y aquí cuadra muy bien decir, de paso,
Que el que escribe estos rústicos renglones,
Sabe que hay en la cumbre del Parnaso
Generosos y altivos corazones :
Su número, por cierto, es bien escaso,
De la regla comun son escepciones,
Pueden llamarse rara *gens in terra*;
Mas mérito mayor por tanto encierra.

XIX

Veo, caro lector, que la *vis* cómica
Me arrastra sin querer hácia la crítica
De la actual literatura *mómica*
O si suena mejor, sumo-raquítica :
La tinta se me vuelve de nuez vómica,
Tórnaseme la pluma *bisturítica*,
Y en crisis tal, colérico-linfática
La retórica olvido y la gramática.

XX

Mas no es mia la culpa ¡ voto á Cribas!
Sino de esa infinita muchedumbre
De escritores, no tal : de esos escribas,
Que sin temor de Dios, dan pesadumbre
Al público. — Lector, que tú, recibas,
Espero, con cristiana mansedumbre
Mi crítica aunque la halles incendiaria;
Que es veraz, merecida, involuntaria.

XXI

Puedes creer que el vate que suscribe,
Si bien menor que Lope y Garcilaso,
Aunque por mas de un editor caribe
Ayuna los mas dias al traspaso,
Y del arte mas bien muere que vive;
Galopa á toda brida en el Pegaso,
Y no abdica su noble independencia,
Ni con su honor transige ó su conciencia.

XXII

Cero y van cinco, no; van no sé cuantas
Octavas, empleadas en mal hora
Sacando á la vergüenza las *non sanctas*
Costumbres que este siglo en sí atesora :
Mas, oh pio lector, si no te espantas
Los giros de mi pluma cortadora
Al ver, y con aplauso los recibes,
Me atreveré á esclamar : ¡ *Plaudite cives!*

XXIII

Mas pues me empeño en vano en proseguir
La tanto interrumpida narracion
Y vuelvo sin cesar á *digredir*
Por los trigos de Dios sin ton ni son;
Mejor es que te vayas á dormir,
Y mañana, si tienes ocasion,
El fin de este suceso puedes ver
Do enseñanza hallarás si no placer.

II

Reanudando el hilo de mi cuento,
Diré que en su despecho y amargura,
Al venidero sol, desparció al viento
Julieta, en mil pedazos su escritura:
Y cuando sola, con sentido acento,
Lloraba su horfandad y desventura
Y de la muerte víase á una cuarta,
Se encontró en el bolsillo una gran carta.

—

Ancha, larga y robusta en proporcion,
Mas parecia escrito ó memorial
Sobre alguna tremenda pretension,
Que una simple misiva no oficial:
Roto el sello salieron un monton
De florines, papel imperial,
Y además, una epístola lacónica,
O si quieres, lector, lacedemónica.

—

La carta, mensajera de alegría,
Leida en español así decia:
« Un amigo que teneis
Y del cual no os acordais,
Os pide que recibais
Eso, y no os averginceis.
Anoche vió la injusticia
Que el pueblo con vos usó,
Cuando, á ciegas, segundó
Los planes de la malicia.
Aunque el revés fué muy duro,
Desesperar no es razon;
No debe un gran corazon
Cejar al primer apuro.
Teneis superior talento
Y un angélico semblante;
¡Seguid, Julieta, adelante,
Con generoso ardimiento!
Dejad luego este país,
Que en él fortuna no hareis,
Y en el viaje no pareis
Hasta llegar á París.
Palenque vasto es aquel
Donde podreis combatir
Noblemente, y conseguir
El codiciado laurel;
Que aunque haya malas pasiones
Allí, que al fin son humanos,
Tendreis tambien mas hermanos
Y hallareis mas ocasiones.
Yo desde aquí velaré
Sobre vos y vuestra suerte,
Y constante hasta la muerte,
Amigo fiel os seré.
Tened fé, que nunca es tarde
Al triunfo de la razon.
— Con vos va mi corazon...
¡Adios, y que el cielo os guarde! »

—

Ya sabrás, agudísimo lector,
Quién la carta escribió que habrás leido;
Sospechándolo Julia, con amor
Pensó en Gruner su antiguo conocido:
Y amante, presa de febril temblor,
Escribió, que á escribir habia aprendido,
Estas líneas al noble capitan
Sin saber si á sus manos llegarán:

—

« Llena de noble confianza
Hoy acepto vuestro don,
Que vuelve á mi corazon
Amor y fé y esperanza.
Hoy salgo para París
Con la primer diligencia:
Vivid en la inteligencia
De que haré cuanto decís.
No os hablo de gratitud;
Fuera mezquino, vulgar:
— ¡Mi pecho será un altar
Alzado á vuestra virtud!
En ese combate rudo
Dó vá á entrar mi inesperiencia
Sereis mi Dios, mi creencia,
Mi salvaguardia, mi escudo.
Y si me falta la fé
En la lid dó voy á entrar,
Para creer y esperar
Vuestro nombre invocaré.
¡Adios, capitan, adios!
¡En buena ó contraria suerte,
En la vida ó en la muerte,
Pensaré tan solo en vos!

—

Y la carta cerró y la envió al correo,
Y á disponer se puso la partida,
Que eterna imaginaba su deseo,
Ya al viaje resuelta y decidida:
Vencidos el tumulto y el mareo
Que ocasiona cualquiera despedida,

Y olvidado el efímero dolor,
Se entregó á los recuerdos de su amor.

—

Amor del corazon, amor secreto,
Puro, ardoroso, inmenso, inextinguible;
Libre de error y de carnal objeto,
Espiritual, angélico, indecible:
No á las mudanzas ni al dolor sujeto,
Que es pasion del espíritu invisible,
Cuyos santos, benéficos latidos
Solo sienten de Dios los elegidos.

—

Amor nacido del amor eterno,
Perdurable como él, como él profundo,
Mas que el materno amor, sencillo y tierno,
Sentimiento no propio de este mundo:
Capaz de convertir hasta el Averno
En Eden celestial, y tan fecundo
En virtud, que si al Báratro bajara
El arcángel traidor se rescatara...
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

III

RÊVERIE (1).

Y luego, vagamente,
En confuso tropel se levantaban
En su agitada mente,
Otros recuerdos de pasados dias;
Pálidas sombras, frias,
Que como bruma al sol se coloraban
Y figuras espléndidas tomaban. —
Imágenes de glorias y alegrías
Las unas, y pasaban á millares
La sien ornada de fragantes flores;
Mas atrás, un cortejo de dolores
Venía, y agudísimos pesares.
— Ya, en el puño el halcon, sobre hacanea
Como la nieve cándida, se via,
En simulacro de marcial pelea,
Circundada de apuestos cazadores
Cruzar volando la floresta umbría;
Ya, dichosa, asistir le parecia
A un banquete en los góticos salones
De un castillo feudal: — nobles garzones
De varonil semblante y apostura,
Y opulentos varones
Adoraban rendidos su hermosura;
Mientras la majestuosa castellana
Y su señor y esposo
Bellos aun só la melena cana,
Contemplaban su triunfo esplendoroso
Con tan gozosa faz y tan ufana,
É interés tan dulcísimo y tan tierno,
Que cualquiera, al mirarlo, pensaria
Que aquel amor era el amor paterno.

—

Y luego aparecia
En el salon un jóven peregrino,
Que en penoso camino
De las tierras del sol venido habia.
Y al són de su voz grave,
Mas dulce, empero, que el trinar del ave,
En sus enamoradas cantilenas,
Julieta oia de la gran jornada
En éstasis seráfico arrobada,
Los azares, los goces y las penas;
Y yendo con el jóven caminante,
Ya se mira delante
De la ciudad famosa Alejandría,
Ya deja atrás el Cairo populoso,
Ya toca del occéano arenoso
La inmensidad vacía,
Que cortan las pirámides eternas;
Y ya al través de sus mudables olas,
Ornadas de inmortales aureolas,
Cerniéndose en los aires, ve las cumbres
Del Sinai y el Horeb; y á las vislumbres
Del sol que ya tramonta en occidente,
El alma en santo júbilo inundada,
Ve aparecer marchita, deshojada,
La rosa de Saron, antes fulgente,
La reina de las reinas del oriente,
La del profeta rey, esposa amada,
Salém, en fin, postrada
A los piés de su bárbaro enemigo,
Eterno ejemplo de eternal castigo!

—

Mas el cuadro fugaz se desvanece
Cual sueño vaporoso,
Y otro mas vivo, alegre y bullicioso,
Espléndida vision allí aparece.
Enmedio á una vastísima llanura,
De magestuosa planta,
Un cerrado palenque se levanta,
Y hácia él se dirije con premura
Inumerable multitud; se llena
En un punto el recinto;
Y lanza en cuja y la tizona al cinto
Se agolpan en la arena
A la estridente voz de los clarines

(1) Rêverie. — Desvarío. — Delirio. — Imaginacion. — Ilusion. — Fantasía. — Idea. — Pensamiento. — Meditacion. — Diccionario de Taboada. — Todo esto es muy bueno; pero no equivale á *rêverie*.

Apuestos y esforzados paladines.
Bajo un dosel de púrpura sentada
Julieta es proclamada
Por reina del amor y la hermosura;
Y la apiñada multitud vocea
Porque al fin rompa la marcial pelea.
Con varonil talante y apostura
Mil bravos lidiadores,
A tres, de aquella lid mantenedores,
Se arrojan ostentando su bravura;
Mas quedan los primeros vencedores.
— Ya el tibio sol poniente
No baña la ancha liza, é impaciente
El inmenso gentío
Como el lejano mar sordo murmura,
Al ver que no aparece un combatiente;
Cuando pausado, tétrico, sombrío,
Negra como la muerte la armadura,
Aparece un incógnito guerrero
Y va á retar al adalid primero:
Como el rayo le vence, y va al segundo
Y de un bote de lanza furibundo
Le postra, y lote igual cabe al tercero.
Y los jueces del campo le proclaman
Vencedor, y á los piés de la hermosura
Va el premio á recibir de la bravura;
Mientras que voces mil y mil clarines
Rey de los paladines
Con entusiasta estrépito le aclaman.
Y trémula Julieta, al noble cuello
Un medallon le ciñe, suspendido
En un frágil tejido
Hecho de su levísimo cabello.
Y, la visera alzada,
De nuevo ve ante sí la faz amada
Del jóven peregrino...

. . . .

—

Mas desparece el cuadro como vino,
Y en breve le suceden otros mil;
Uno entre todos, mágico, divino...
— Era una noche del florido abril:

—

Allá, á lo lejos,
En la ancha calle,
Triste laméntase
Un trovador:
Y en tierna endecha
Que amor inflama,
A la que ama
Canta su amor.

—

El cefirillo,
Tambien amante,
Benigno duélese
Del infeliz:
Y á la que es causa
De su tormento,
El tierno acento
Lleva sutil.

—

Llevados en alas
Del silfo piadoso,
El canto amoroso
Y el són del laúd;
Llegan á Julieta
Cual blandos gemidos,
Y turban unidos
Su dulce quietud.

—

¡Vedla! — el cuerpo gracil
Adelante inclina,
La voz argentina
Atenta á escuchar;
Y en tanto que escucha
La blanda armonía;
Ya su pecho ansía
Padecer y amar.

—

Al casto lecho acércase,
Lánguida en él se arroja,
Que una mortal congoja
Le oprime el corazon:
Y, á su pesar, pregúntase
La causa del quebranto...
¿Acaso será el canto
Suavísimo que oyó?

—

¿Será que el alma duélase
De un infeliz al lloro?
¿Será el laud sonoro
Quien la movió tal vez?
Mas el laud, y el lánguido
Cantar, y aquel gemido,
¿Seràle dirigido
Por el cantor doncel?

—

«¿Qué es esto ¡ay me! que agítame?
¿Dó fué mi antigua calma?
¿Por qué atormenta el alma
Tan loco frenesí?
¿Por qué la angustia insólita?
¿Por qué tal devaneo?
¡Dios mio!... ¿Qué deséo?...»
— ¡Oh sencillez pueril!

—

Te agita, virgen cándida,
Un afanoso anhelo,

Ese mortal desvelo
Nace del corazon :
Nace, de que en lo íntimo
De tu alma candorosa,
Hay un deseo, hermosa,
Deseo abrasador.

—

Voz de la naturaleza
Que resuena en nuestras almas,
Apenas rápidos huyen
Los momentos de la infancia.

—

Apena el umbral espléndido
Se ve de la edad dorada,
En que el pecho de dolores
Vírgen, y penas amargas,

—

Lleno de fé y entusiasmo
Todo lo cree, todo lo ama;
¡Edad feliz de ilusiones
Que tan efímera pasa!

—

Breve á la par que dichosa,
Riquísima de esperanza,
De frio temor exenta,
Presuntuosa, confiada.

—

¡Oh adolescencia felice,
Fuente de tan puras aguas,
Edad de tantos placeres
Y de virtudes tan altas!

—

De impulsos tan generosos,
De abnegaciones tan santas,
Fecunda en dicha, y tan pobre
De dolores y de lágrimas.

—

Tan rica en amor ardiente
Como en rencores escasa,
Época, en fin, de la vida
La mas bella y fortunada!...

—

Por tanto, Julieta, no busques
La causa de tu honda inquietud,
Allá en lo profundo se encuentra
Del alma la incógnita luz.

—

Amor es quien causa tu pena,
Quien turba tu pecho es amor;
Tu risa de amores dimana,
Tu llanto de amor dimanó.

Porque amas la vida y el mundo,
El campo, las flores, el mar,
El cielo, la cándida luna,
La brisa y el torvo huracan.

—

Y el murmullo apacible del aura
Que acaricia tu cuello gentil,
Y el sonar de la música blando,
Y el ruidoso clamor de la lid.

—

Y del ronco clarin el estruendo
Y el bramar del sañudo aquilon,
Y el cantar plañidero que entona
En los bosques el fiel ruiseñor.

—

Y la vida del campo inocente,
Y el olor del sencillo jazmin,
Y el tumulto que reina estruendoso
En el regio salon del festin.

—

Y el lujo y los placeres refinados
Que al rico ofrece la imperial ciudad,
Y los goces al alma mas preciados
Que en torno giran del paterno hogar.

—

Y la fuerza, hermosura y lozanía
Que el cielo concedió á la juventud,
Y el esplendente sol de un claro dia,
Y de la noche el lóbrego capuz.

—

Y gustas de llorar tal vez leyendo
Las desventuras de un amante fiel,
Y luego, entre tí misma, vas riyendo
De esa tu candorosa sencillez.

—

Amas, niña, despierta, en amor sueñas
Cuando el sueño tus párpados cerró,
É imágenes, amor, puras, risueñas,
Envia de tu lecho en derredor.

—

Todo lo amas, en fin; que de la vida
No conoces, o vírgen, sino el bien;
É incauta, no presumes que escondida
Entre dulzuras tantas haya hiel...

—

. . . .
. . . .
. . . .

Mas pára en la rauda, veloce carrera
Que loco emprendiste, tenaz corredor...
¿Dó vas, insensato? —Pára, aunque no quiera
Aquel que sus alas propicio te dió.

El númen celeste que cantos inspira
A tu mente ruda con oculto fin,
Que alumbra tu ingenio, que templa tu lira
Y dá al pecho débil la voz del clarin.

—

¡Modera tu arrojo, no sigas, detente!...
¿Dó ciego te lanzas? ¿Dó miras audaz?
Vé que te estravías, conten el ferviente
Ardor que te impulsa... ¿Dó mísero vas?

—

. . . .
— Resuena moribunda en lo lejano
La voz que ya denantes la agitó,
Melancólico acento, sobrehumano
Mas dulce que la voz del ruiseñor.

—

Canto nacido del amor primero,
Que suena con dulzura celestial,
Suavísimo á la vez y lastimero
Y en lo sonoro y tierno sin igual.

—

Y la trova de amores sentida
Que escediera al cantar del querube,
En las alas del céfiro sube
Y hasta el alma penetra su són:

—

Y la cándida vírgen la escucha,
Y al oirla de nuevo se inflama;
Y arde el seno en vivífica llama
Que hasta entonces jamás conoció.

—

Y vuelve á su labio el suspiro
Y torna la angustia á su pecho,
Y gira en redor de su lecho,
Terrible, voraz inquietud.

—

Resuena á lo lejos, en tanto,
Por grados mas flébil é incierta,
La trova que en ella despierta
Tan nueva y espléndida luz.

—

Mas el Dios que trae benigno
El sueño sobre la tierra,
Blando sus párpados cierra
Con ternura paternal;
Y plácido y vaporoso
Y fantástico le envia,
Un ensueño de alegría,
De pura felicidad.

—

Ved del rosado labio
El sonreir gracioso,
Ensueño candoroso,
Purísimo, infantil;
En torno juguetea,
Amante la acaricia,
Y en mares de delicia
Sumérgela sin fin.

—

Transparentes, rápidos
Cuadros luminosos,
Alegres, dichosos,
Sucédense allí;
Mágicos saraos,
Fragantes jardines,
Danzas y festines
Del mundo feliz.

—

Y en tanto el silfo
Que los ensueños
Dióla risueños;
Girando en torno
Del lecho blando,
Va susurrando
¡Amor, amor!

—

Y el pecho late
Que amor agita;
A amar la incita
El silfo leve;
Ya se le atreve,
Ya temeroso
Vuela distante;
Mas al instante,
De amor movido,
Junto al oido
De la hermosura,
Blando murmura
Con voz süave
Sentida y grave
¡Amor, amor!

—

Y la vírgen
Inocente,
En sí siente
Vago ardor;
Y entre sueños
De bonanza
La esperanza
La arrulló.

—

Y sigue
Dichosa
La hermosa
Vision;
Y el silfo
Prosigue
La dulce

Cancion.
Blanda,
Tierna
Voz...

—

Voz que del corazon turbó la calma
Y del pecho infantil turbó la paz;
Voz que en el fondo resonó del alma
Con mágico sonido celestial.

—

Voz de inmenso poder, irresistible,
Ya ronca cual el túrbido aquilon,
Ya tan dulce, süave y apacible
Cual jamás voz alguna resonó.

—

Voz cual la del arcángel aquel dia
Que en los aires tronando anuncie el fin
Del duelo y el pesar y la agonía
De esta vida de errores infeliz.

—

Voz en fin, cuyo imperio dilatado
Abarca todo lo que alumbra el sol;
Destello del Dios sumo dimanado;
Amor nacido del eterno amor.

—

Eslabon invisible que encadena
Un sér al otro sér con firme lazo,
Fuente de toda dicha y toda pena,
Eterno, oculto, omnipotente brazo:
Por él la tierna madre se enagena
Al contemplar dormido en su regazo
Al fruto de su amor, de amor nacido
Y con amor tan férvido querido.

—

El hermano por él ama al hermano,
El amigo á su amigo firme quiere;
Por él ama la vida el triste anciano
Que amando la pasó y amando muere.
Amor es de los mundos soberano,
La hiedra al olmo por amor se adhiere,
La flor ama la flor, y el aire blando
Las hojas por amor vá acariciando.

—

Y solo por amor la fuente clara
Se vá á perder en el sonante rio,
Y el rio sin amor no tributára
Su diáfano caudal al mar bravío.
¿Acaso sin amor fecundizára
Nuestros campos el sol? ¿Blando rocío
Sin él cayera de las gayas flores
En el cáliz de mil y mil colores?

—

Por amor nada el pez, el bruto pace,
El ave se remonta al firmamento;
Amor dá ser y vida á cuanto nace
En la tierra, en los mares y en el viento:
Él solo eternas é inviolables hace
Las leyes de atraccion y movimiento;
Y de cuanto contiene el ancho mundo
Es el progenitor sabio y fecundo!

—

. . . .
. . . .
¿No has tenido, lector, por tu ventura,
Tales, ó mas espléndidas visiones,
Acaso aspiraciones
A otra vida futura,
O recuerdos tal vez de la primera?
— ¿En velada feliz de primavera
Nunca surcaste el zafirino lago
De Leman (1)?—¿Y en sus ondas adormidas
Del vespertino céfiro mecidas,
No percibió tu oido el dulce halago
De lejano, suavísimo concierto,
Llegando desde el puerto
Con cadencia indecisa
En las sonoras alas de la brisa?
Y tú dejando la barquilla leve
Triscar segura sobre el golfo aleve,
Por la sentida música arrobado,
¿No sentiste lanzarse tu memoria,
El límite salvando de tu historia,
A un campo ilimitado,
Region de celestial melancolía,
De puro amor y santa poesía?
O por ligera góndola arrastrado
Y al rayo de la luna
Al través de la véneta laguna,
Del cuerpo no curando los enojos,
¿No vieron del espíritu los ojos
En la tiniebla oscura
De la pasada edad ó la futura,
Mil cuadros indistintos
De indeciso color y forma vaga
Trazando encantadores laberintos?
— Y si el rumor süave y plañidero
Resbalando sutil sobre las olas,
Llegaba hasta tu oido
De las enamoradas barquerolas
Que canta el gondolero
Atravesando el lago desde el Lido;
Tu sér estremecido
De insólito placer, ¿otros amores
No imaginó y ventura mas cumplida
Que las que ofrece esta caduca vida
De lágrimas y sustos y dolores?
— ¿No dormitaste acaso en las arenas
De Sahára?... —¿No viste la colina
Del Parthenon, ni el mar de Salamina?

(1) Vulgarmente llamado de Ginebra.

¿No inflaron las entenas
De tu nao, las brisas veleidosas
De las playas famosas
Dó Gofredo aportó con sus cruzados?
Mas allá de los mares,
¿No viste las riberas aromosas
Ni los inmensos bosques seculares,
Nunca de mortal huella profanados,
De la vírgen América? — Y en suma,
¿No fuiste nunca jóven? ¿no sentiste
La llama del amor turbar tu calma,
Ni á su voz despertar trémula el alma?...

—

— Pero tan larga digresion me abruma:
Soñar, lector, es el placer del triste.
Tal vez tienen su causa tales sueños;
Y aunque yo, en filosóficos empeños
Soy poca cosa ó nada,
Creo la ciencia de soñar fundada
En la transmigracion: yo no la afirmo;
Pero, pensando en ella, me confirmo
En que no eran delirios de un demente
Los que trajo Pithágoras de oriente.
Y sin género alguno de malicia
La creo de justicia,
Si bien con una enmienda capital.
El filósofo griego calculaba
Que de un mortal á otro transmigraba
El espíritu; y yo, mas racional
O mas justo, decido en conclusion
Que si hubo ó ha de haber transmigracion,
Sea transmigracion irracional;
Y así lo juzga el sabio pueblo chino,
En tales invenciones muy ladino. —

—

Hombre conozco y trato, que discurro
Que á pesar de su fama
Actüal, ha debido de ser burro
O serlo deberá en futuros dias,
Castigo de su prosa ó poesías.
Y á mas de alguna dama
Que en la márgen del hondo precipicio
Se complace del vicio,
Que ha debido ser cabra; y, si no yerro,
El lëal ha debido de ser perro;
Los pérfidos é ingratos,
¿Quién dudará que han sido ó serán gatos?
Los falsos y mudables camaleones,
Los valientes lëones,
Y liebres los cobardes: y así en suma,
Animales de piel, escama ó pluma,
Cuantos actores del tëatro humano
Viven hoy ó han vivido,
Del mas oscuro al mas enaltecido,
Del tierno niño hasta el rugoso anciano.
Y si por necia dieres mi teoría,
Declaro desde hoy con alegría,
Lector, que te perdono,
Puesto que de infalible no blasono;
Y aqueste mi sistema
No desarrollo en épico poema,
Ni en hinchado, académico discurso,
Sino en humilde rima, proceder
Que no siguió el famoso Lavatér,
Al suyo dando diferente curso.
Lavater, ya sabrás que fué inventor
De una teoría análoga ó pëor,
Mas distinta en su objeto á aquesta mia;
Sobre la natural fisonomía
Fundando las pasiones,
Los vicios y virtudes,
Inclinacion, talentos y aptitudes
De claros ú oscurísimos varones.
Y en esto no hay razon, y si empezara
A amontonar ejemplos no acabara;
Mas baste citar uno, ó mas de uno,
Siquiera no lo encuentres oportuno.
Hay, y vive por cierto, en Aragon,
Un sastre muy ramplon,
Que si no mienten los diez mil retratos,
Cual se parecen entre sí dos gatos,
Recuerda al inmortal Napoleon: —
Un zapatero de portal, muy sucio,
Un español caribe,
Que muy cerca de aquí muriendo vive,
Es el vivo retrato de Confucio;
Pero hacinar ejemplos no es del caso,
Y el cuento interrumpido á seguir paso.

CUADRO TERCERO.

EN PARIS.

I

En tanto, ya en las márgenes del Sena
Julieta valerosa combatia
Por el premio mayor, en la ardua arena
Que presiden en plácida armonía,
Juntas brillando en magestad serena
Terpsícore, Melpómene y Thalía;
Y el pecho jóven, de esperanza henchido,
Corria tras un bien desconocido.

—

Un bien... ¿Y qué es el bien? Imágen vana
Que el mas ligero soplo desvanece;
Engañoso cambiante con que ufana
La flor á nuestros ojos aparece,
Cuando el dorado sol de la mañana
Reflejando en su cáliz la embellece,

Y luego á nuestra vista se evapora
Tan rápido y fugaz como la aurora.

—

Ligera bruma que la vista alcanza
En lejano confin del horizonte,
Y de formas reviste la esperanza
De playa hospitalaria ó de alto monte:
Faro de salvacion que en lontananza
Aparezca tal vez al que remonte
En deleznable barca el mar bravío
Para hacer su dolor aun mas impío.

—

¡El bien! ¡el bien! — Fantástica figura,
Tras la cual los humanos noche y dia
Corren sin descansar en su locura,
Y ella siempre á su paso se desvia.
Punto hácia el cual se lanza en derechura
El corazon, que dulce paz ansía,
Y cuando va á alcanzarle, de él se aleja
Y triste y solo en su dolor le deja.

—

Como el hierro al imán corre impelido
Por fuerza irresistible que le atrae;
Como el cuerpo de lo alto desprendido
Hácia el centro comun rápido cae:
El hombre en pos del bien, enardecido
En alas del engaño que le trae,
Sin detenerse un punto, corre, vuela,
Que al término llegar tan solo anhela.

—

Y al tocar á la meta deseäda
Halla que fué ilusion de los sentidos;
Y veloz la carrera comenzada
Prosigue entre su llanto y sus gemidos.
Y una vez y otra vez llega, y burlada
Ve su esperanza aun, y los latidos
Del corazon reprime, y vuela ansioso,
Y nunca llega al término engañoso!

—

¡Oh! — ¡Dichoso mil veces el infante
A quien la muerte sorprendió en la cuna!
¡Mil veces fortunado aquel instante
En que libre se ve de la fortuna!
—¿Qué es la vida?— Ancho piélago incons-
Que en calma, placidísima laguna (tante,
Aparece un momento, y luego ruje
Y todo arrolla en su terrible empuje.

—

Aridísimo campo, solitario,
Donde para una flor hay mil abrojos;
Desierto, dó un asilo hospitalario
En vano buscan los cansados ojos:
Mansion del vicio y del error nefario,
Pobre en placer, riquísima en enojos,
Vertiginoso caos, noche oscura,
Que el hombre llamó bien en su locura.

—

Fenix es el dolor, que se renueva
De sus propias cenizas, y tomando
A cada nuevo instante forma nueva
Va el corazon impío lacerando:
Vapor es el placer que apaga y lleva
Del aura mas ligero el soplo blando,
Y queda al que le habia poseido
El amargo dolor del bien perdido!

—

¡Amor!... ¿Y qué es amor?... . . . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

—

¿Y qué la gloria es? — Mentida sombra
Tras la cual se despeñan los humanos;
Cosa solo rëal cuando se nombra,
Pues su entidad consiste en sones vanos:
Los héroes cuya vida nos asombra,
Los nobles y valientes ciudadanos,
Los sublimes artistas, los poetas,
¿Qué fueron y qué son? — ¡Falsos profetas!

—

La gloria es Napoleon, Cárlos el Quinto,
César, Pompeyo, Curcio y Alejandro,
Teséo en el cretense laberinto,
Aquiles, cabe el plácido Escamandro,
David, en el famoso Terebinto,
Ero en el mar de Abydos y Leandro,
Nelson en Trafalgar y allá en Pavía
Y Lepanto, la hispana monarquía.

—

Y es tambien aquel Bruto parricida,
Y el otro Bruto y el caribe Mario;
Lucrecia, la liviana, pretendida
Casta matrona, Sila el sanguinario;
Ravaillac, el furioso regicida,
El demente Dracon, patibulario,
Robespierre, Marat, y aquel sargento
García, de fatal recordamiento.

—

Y es Homero, el Ticiano, Galileo,
Murillo, Rafael y Victor Hugo;
En tiempo muy remoto el pueblo hebreo,
Tito, luego, imponiéndole su yugo;
Mas ya con tanto nombre me mareo:
— La gloria es todo lo que hacerle plugo

Famoso, y en su vario, raudo giro,
En la plaza de toros es *Paquiro* (1).

—

Y todos á los cuernos de la luna
Pensamos remontarnos, si logramos
De ser aquí famosos la fortuna,
Por lo cual dia y noche suspiramos :
Y no es fácil : la senda solo es una,
Y tantos á la vez nos agolpamos,
Que el número mayor atrás volvemos
Mancos, y sin el bien que apetecemos.

—

Defecto muy atroz es el ser manco;
Mas recuerdo ahora dos que á la alta cumbre
Llegaron; dió el primero solo un tranco
Y del viaje evitó la pesadubre :
Aunque el saber no es cosa que en estanco
En España se venda, y ya su lumbre
Esté tan difundida, lector, quiero
Decirte que fué Scévola el primero.

—

El segundo nombrarte, ya seria
Un atrevido hacerte, grave insulto,
Que goza de muy alta nombradía
Y á tus ojos no puede estar oculto :
Tu amor propio, lector, se ofenderia
Si te enseñase cosas de tal bulto,
Y en fin, ¿quiéreslo ver?—Pues se halla preso
En la famosa plaza del Congreso (2).

—

Pero vuelvo á tratar de mi heroina,
O público, y te ruego que perdones
El vértigo constante que me inclina
A perderme en difusas digresiones :
Voy el cuento á seguir aína, aína,
Y por si el torvo gesto no depones,
Membrarte hé aquel refran : *Genio y figura,
Etcétera...* — Talento y hermosura.

—

Prendas celestes son, tan victoriosas
En el palenque de la humana lidia,
Que á la fin se les rinden vergonzosas
La ceguedad, la ingratitud y envidia :
Julieta poseia entrambas cosas,
Hasta un estremo tal, que aun la perfidia
De sus rivales, torpe, encarnizada,
Hubo de confesarse derrotada.

—

Y empezó á recoger amplia cosecha
A la par que de artísticos laureles,
De escelentes escudos, y desecha
Lluvia de preciadísimos joyeles :
Y ansiando por abrir en su alma brecha
Al fuego del amor, sendos donceles
Se agolpaban y jóvenes y ancianos,
Castaños, rubios, pelinegros, canos.

—

Por docenas, famosos periodistas
Y poetas de nombre á centenares;
Banqueros, diplomáticos, artistas,
Médicos, abogados, militares :
Cuákeros, puritanos, metodistas,
Católicos romanos á millares,
Españoles, ingleses y cosacos,
Galos, ítalos, suecos y polacos.

—

Julieta á todos plácida escuchaba,
Y del amor de todos se reia,
Y la pasion de todos despreciaba,
Pues su genial vileza conocia :
Cada cual entretanto se alababa
Del triunfo de su amor : tal cobardía
Es hoy harto comun, lector benigno,
De ello soy testimonio fidedigno.

—

Lëal Julietta á aquel amor primero,
En su seno purísimo nacido,
(Sentimiento mas fino y verdadero
Cuanto mas ignorado y escondido :)
Dentro del corazon, con gran esmero
Y mas y mas ardiente y encendido
Su fuego fecundísimo encerraba,
Y á la amistad tan solo culto daba.

—

Dos amigos tenia : gran fortuna
En un siglo en que son cosa tan rara,
Que es mas fácil tal vez ir á la luna
Que uno solo contar : vuelve la cara,
Benévolo lector, aunque importuna
Juzgues mi peticion : — si tanto osara
Mi amistad, preguntárate severa :
¿Hálo sido, ó tuviste uno siquiera?

—

Pero esto no es del caso : — Dos tenia
Julieta, y con su afecto gran ventura : —
La una muger : llamábase María,
Prodigio de talento y hermosura,
Y apurado tambien un tiempo habia
El cáliz del dolor y la amargura.
El otro amigo tierno y fiel, era hombre
Y jóven y aleman : Kramer su nombre.

—

Entre estos dos amigos, sus deberes
Artísticos, alguna obra piadosa

(1) Paquiro ó Paquilo, Francisco Montes el Napoleon de los torreros. — Tendrá su Waterloo.

(2) La estatua de Cervantes está en la plaza asi denominada.

Y acaso los domésticos quehaceres,
Dividia su tiempo nuestra hermosa :
Alguna vez volaba á los placeres
Del mundo; mas no hallábase dichosa
Jamás, que de continuo la aquejaba
El recuerdo tenaz del que adoraba.

—

Y un vago, confusísimo deseo
De otra felicidad desconocida
Que acallar no podia en el mareo
De su agitada y afanosa vida :
Y á par del fabuloso Prometheo,
Sentia renacer á cada herida
Nueva, su corazon, á nuevo llanto
Y á mas terrible y roedor quebranto.

—

— Pero es justo decir al que leyere
Algo sobre los nuevos personages,
Pudiéndolo saltar el que quisiere
Sin iracundos gestos ni visages :
Venga pues, ó lector, lo que viniere,
Me decido á contarte sin ambajes
Lo que supe de Kramer y María;
Es el uso comun : no culpa mia.

II

MARIA. — KRAMER.

Era María alemana,
Hija de honrada familia,
Sino en fortuna opulenta
En virtud y honor muy rica.

—

De tres jóvenes hermosas,
De su madre amor y dicha,
Era ella la mas amada,
La mas jóven, la mas linda.

—

Y aunque traspasaba apenas
El umbral de la puericia,
Rendidos adoradores
Culto y amor la ofrecian.

—

Empero, ella solo ansiaba
Las maternales caricias
Y á los amantes requiebros
Con desden correspondia

—

Y en domésticas labores
Y distracciones sencillas,
Los breves dias pasaba
De su candorosa vida.

—

Por entonces, de Inglaterra
Donde feliz residia,
Llegó un pariente cercano
De su madre, por desdicha.

—

Recibiéronle amorosas
La madre como las hijas,
No sabiendo que albergaban
Con él su eterna mancilla.

—

Aún jóven, apuesto, astuto,
Ocultando su perfidia,
De la virtud mas austera
Só la máscara mentida;

—

No tardó en hacerse dueño
Del amor de la familia
Y hasta (fuerza es confesarlo)
Del corazon de María.

—

Poco á poco, con arteras
Palabras, y mil caricias
Que el parentesco cercano
Disculpaba y permitia,

—

Fué minando la entereza
De la candorosa niña,
Que al fin entrególe, incauta,
La joya de amor mas rica.

—

Algun tiempo fué un arcano
Aquella amistad ilícita,
Aún de la madre á los ojos,
¡Tan confiada vivia!

—

Mas quiso en fin poner término
La Providencia divina,
A las traiciones y engaños
De la ponzoñosa víbora.

—

— De la Academia famosa
De Leipzig, donde seguia
Los estudios del derecho
Con gran fama y merecida,

—

Llegó á pasar á aquel punto
De vacaciones los dias,
Jorge Kramer, en el seno
De la patria y la familia.

Eran amigos sus padres
De la madre de María,
La cual con él gozó un tiempo
Los juegos de la puericia.

—

Volverla á ver, adorarla,
Y de su pasion activa
Hablarla fué obra de un punto;
Que en el albor de la vida,

—

Maravilla es la prudencia
Y la reserva inaudita:
Edad, al fin, presuntuosa
Porque en su fuerza confia.

—

María oyó avergonzada
Y algun tanto conmovida,
Las calorosas protestas
De aquel amor de otros dias;

—

Mas rechazólas constante
Si bien tierna y compasiva;
Que la santa y pura llama
De la pasion comprendia.

—

En tanto, el traidor pariente
Viendo su culpable dicha
En riesgo, dobló los lazos
Que ataban á la mezquina;

—

Y aunque con gran disimulo
Al nuevo amor se oponia,
No conociendo que al choque
De dos fuerzas tan distintas

—

Por ocultas y embotadas
Y por inertes y frias
Que estén, al fin se desprende
Un pedazo ó una chispa.

—

Adivinó el fiel amante
La mano desconocida,
Que insuperable barrera
A su noble ardor ponia;

—

Y en su rival suponiendo
Dañada intencion, inicua,
Pues ocultaba un afecto
Que envanecerlo debia,

—

Tomó el camino mas corto
Con resolucion altiva,
Pidiendo á la honrada viuda
La mano de su querida.

—

Pero con suma estrañeza
De la madre, que aplaudia
Tal amor, al ruego sorda
Hallóla, al mandato esquiva;

—

Y hostigándola amorosa
Con instancias repetidas,
Entre lúgubres sollozos
Y en entrecortadas sílabas,

—

Confesó la triste jóven
De vergüenza semiviva,
A su atribulada madre
Su amor á un tiempo y su ruina.

—

Pidió la triste al menguado
Con quejas encarecidas
Que á su sangre devolviese
La honra que robado habia:

—

Este al principio, disculpas
Dió y razones evasivas,
Y acabó por fin negando
La hidalga fé prometida.

—

La madre á dolor tan crudo,
A tan inmensa agonía,
Olvidada la prudencia,
La razon casi perdida,

—

Fió á Kramer su deshonra,
El cual, con frente tranquila,
Si bien fluctüando el alma
En el volcan de las iras,

—

Cual padre volver juróla
Por el honor de su hija,
Y con sentidas palabras
Despidióse hasta otro dia.

III

EL DUELO.

Doce lentas campanadas
Turban la calma profunda
De la ciudad, que en el manto
De las tinieblas se oculta;

Cuando dos calladas sombras
Cuyos contornos dibuja
De algun casual reverbero
La claridad moribunda :

—

Por las silenciosas calles
Vuelan mas bien que circulan,
Pareciendo del abismo
Apariciones nocturnas.

—

Divide breve distancia
Las temerosas figuras,
Que al marchar no se dirigen
Señal ni frase ninguna.

—

Vése empero, que es la misma
La fuerza que las impulsa
Y á un mismo punto las lanza
Con irresistible furia.

—

Y comó van en las sombras
Con mas que humana premura,
Trasgos parecen que marchan
A un aquelarre de brujas.

—

Mas si alguno las siguiera
Prestando atencion menuda,
El desigual movimiento
De sus plantas inseguras,

—

El anhélito afanoso
Que en sus gargantas se anuda,
Y alguna que otra blasfemia
Que braman mas que pronuncian;

—

Le hicieran ver que son hombres
Las pavorosas figuras
Que de la noche callada
El hondo silencio turban.

—

Ya el estremo entrambos pisan
Del pueblo, y en la llanura
Cercana, entrambos se pierden
Entre la vasta penumbra,

—

Y distantes ya, el primero
Que en cumplida capa oscura,
De su rostro las facciones
Recata mas bien que oculta,

—

Vuelto al otro, así le dice
Con ronca voz, mas segura,
Dejándole al mismo tiempo
Ver dos espadas desnudas :

—

— Ya sabreis á qué venísteis.
Segundo. Espero á que lo digais.
Primero. Está bien : — ¿Cumplir pensais
Lo que á María ofrecísteis?
Seg. Decidme antes, qué derecho
A preguntarme os asiste...
Prim. ¿Para proteger al triste,
No basta un hidalgo pecho?
Seg. ¿Quién os mete en tal cuestion?
No tengo que daros cuenta
Del honor de mi parienta.
Prim. Esa no es una razon...
Seg. No doy otra...
Prim. ¡Por mi vida,
O jurais cambiar su suerte,
U os dá mi espada aquí muerte!
Seg. ¡La espada entre ambos decida!
Prim. En mi favor está todo :
Meditadlo bien, señor.
Seg. A devolverle el honor,
No hallo ningun acomodo.
Batámonos luego, luego...
Prim. Pensadlo antes...
Seg. Lo he pensado...
A otra promesa ligado
Estoy...
Prim. ¿Y pudísteis ciego
Abusar? — Romped, señor,
Puesto que obligado estais,
Un lazo...
Seg. En vano os cansais...
¡Acabemos, por favor!
Prim. Puesto que es fuerza, escoged.

(*Presentándole las espadas*.)

Seg. Una, cualquiera : es igual.
Prim. Ved que el combate es mortal.
Seg. Sea así : en guardia os poned.
Prim. Pensad que uno de los dos
En el lance ha de morir....
Seg. ¿A qué tanto discurrir?
Prim. ¡Qué decida entre ambos Dios!

—

Como el rayo se abalanzan
Con tal presteza y tal furia
Uno contra otro, que luego
Hasta los pomos se cruzan

—

Las espadas; retroceden
Y embisten por vez segunda;
Tornan de nuevo á enlazarse
Las armas, y tan confusas

En la lid encarnizada
Se ven las hojas agudas,
Tan á menudo se chocan
Ya de filo, ya de punta;

—

Que mas que espadas, parecen
Dos serpientes que se buscan
Y se enroscan y se oprimen
En desesperada lucha.

—

Empero, los dos contrarios
No se retan ni se injurian,
Y solo el violento choque
De los aceros se escucha.

—

Y mas hirviente la sangre,
Y las manos mas convulsas,
Ya en parar no se detienen
Y tan solo herir procuran.

—

Roto ya por varias partes
El pecho, de sangre inunda
Uno de los combatientes
El césped de la llanura;

—

Mientras mas pujante el otro,
Le acosa con nueva furia,
Y al fin en tierra le postra
De una cuarta furibunda.

—

Cae sin lanzar un gemido
El mísero, y con premura
El vencedor, á él se acerca
Y piadoso le pregunta,

—

Si algun encargo postrero
Tiene que hacerle; mas muda
La voz, mas se acerca, y mira
La faz del triste difunta.

—

Dobla entonces la rodilla,
Y altas las manos y juntas,
Por él invoca del cielo
La misericordia suma.

—

Y el crudo acero envainando,
Va con planta resoluta
Hácia el pueblo, entre las sombras
De las tinieblas profundas.

IV

REPARACION.

Apena el noble mancebo
Noticia dió á la matrona
Del funesto resultado
De aquella accion generosa:

—

Marchó á su casa, corriendo,
Y á sus padres con voz ronca,
Dió cuenta clara y precisa
De la tremebunda historia.

—

Y la bendicion paterna
Tomando, y algunas joyas
Y algunos cientos de escudos,
Cosas en viaje forzosas;

—

En un fogoso caballo,
Salvando valles y lomas,
Marchó á galope tendido
Antes de asomar la aurora.

—

Dejémosle en la carrera
Proseguir, y á la llorosa,
A la atribulada niña
Volvamos la vista ahora.

—

En el regazo materno
Oculta la faz hermosa.
Pasa dias y semanas
Sollozando hora tras hora:

—

Y un mes á otro mes sucede,
Y no amenguan sus congojas;
Que es dolor crudo, incurable,
El dolor de la deshonra.

—

Mas, diez meses transcurridos
Desde la noche horrorosa
En que cruda muerte Kramer
Dió al robador de su honra:

—

Fecha en Paris una carta
No esperada y misteriosa
Recibió: — en el sobre-escrito
Ve letra que á la memoria

—

Le recuerda de otros dias
La inocencia venturosa;

Y ambas las manos convulsas,
Las mejillas ambas rojas,

—

De emocion, rompió la nema,
Y al ver sus conceptos, ronca
Lanzó esclamacion del pecho,
De júbilo casi loca.

—

Acudió la madre al grito
Asustada y temblorosa,
Y al ver una carta abierta
En el suelo, recogióla.

—

Y con voz entrecortada,
Pues grato el llanto la ahoga,
Leyó entre tiernos suspiros
Estas frases amorosas:

—

« María, mi tierno amor
Esta ausencia ha acrecentado;
Soy sin vos muy desgraciado,
Vivo presa del dolor.
Si no sentis repugnancia
Esta carta al recibir,
Avisadme, y á vivir
Vendremos juntos á Francia.
Y en los brazos de un esposo,
Dije mal, de un tierno amante,
Vuestro pecho palpitante
Hallará dicha y reposo.
Soy pobre: por vos lo siento:
Mas trabajaré por dos,
Y con la ayuda de Dios
No nos faltará el sustento.
Contestadme sin demora,
Con franqueza y lealtad:
De vos su felicidad
Solo espera el que os adora. »

—

Lo que siguió, lector, ya lo supones,
Y contártelo aquí no he menester;
Mas grato te será que confecciones
El fin de este episodio á tu placer:
Existen además mil relaciones
Que no se deben al discreto hacer,
Pues cada cual segun su fantasía
Siente el dolor humano y la alegría.

—

CUADRO CUARTO.

Una sacristía como cualquiera otra: un sacerdote como hay pocos: una muger como hay muchas. — EL CURA. — JULIETA. (*Julieta con el velo echado, dá el brazo al anciano sacerdote.*)

Cura. En vano quereis negar:
Yo mismo os lo ví poner...
¡Sois un ángel!
Jul. Soy muger,
Y supe lo que es llorar.
Cura. Un dia, ciento hallareis
Por cada uno que ahora dais;
Cosechareis pues sembrais.
Jul. Muy mal mi accion entendeis.
Si al pobre limosna doy,
No lo hago con la esperanza
De futura bienandanza,
Sino porque rica soy.
No es de un dogma verdadero
Doctrina tal: — el que piensa
En futura recompensa,
A usura da su dinero.
Cura. Esto el Evangelio dice;
Es la palabra de Dios.
Jul. ¿Creéis, padre, en ella vos?
Cura. Haréis que me escandalice.
¿Quién sois? — Venís encubierta...
¿Sois vos la que ese oro dais?
Jul. ¿Por qué me lo preguntais
Si ya os lo díje á la puerta?
Cura. Porque... perdonad, señora...
Pero sin fé no hay amor.
Jul. Estais, padre, en un error.
Cura. (Esa voz encantadora...)
Quisiera el rostro mirar
De tan singular muger...
Creo la voz conocer...
Jul. Nunca me oísteis hablar.
Vedme. (*Descubriéndose.*)
Cura. ¡O Dios! La Filomena,
La reina de la armonía!
Jul. ¿Dó me habeis visto?
Cura. ¡A fé mia!
¡En vuestro trono, en la escena!
Jul. ¿Al teatro vais?
Cura. ¿Por qué nó?
Vuestro renombre escuché,
Fuí allá y en vos admiré
Al que tan bella os creó.
¿Cómo podeis no creer
En una causa inmortal,
Cuando en genio sin rival
Sentís vuestra mente arder?
¿La voz del entendimiento

No escucha vuestra razon?
¿No habla á vuestro corazon
El grito del sentimiento?
¿Creereis el barro capaz
De pensar y de sentir,
De gozar y de sufrir?...
Jul. Direis que soy pertinaz.
¿Existe una Providencia,
Y á cada paso ¡qué horror!
Miro triunfante al traidor,
Perseguida la inocencia?
¡Alabanzas á los vicios,
Lauros se dan y tesoros;
Y al justo, duelos y lloros
Y miserias y suplicios!
Prefiero, pues, sin dudar,
No creer, señor, en nada,
Que mirarme condenada
A todo un Dios acusar.
Cura. Vuestro orgullo es inaudito:
¿Cuando á vos no os conoceis,
A juzgar os atreveis
Al Criador de lo infinito?
— ¿Qué edad teneis?
Jul. No lo se...
Cura. ¿Sois francesa?
Jul. Creo que no.
Cura. ¿Teneis madre?
Jul. ¿Qué sé yo?
Cura. ¿Hablais de veras?
Jul. Sí á fé.
Cura. Ha de ser estraña historia
La vuestra: si repetir
Quisiérais...
Jul. Voy á decir
Lo que guarda mi memoria.
Cura. Sentémonos.

(*Se sientan en un banco de madera junto á una estufa.*)

Colocad
Vuestros delicados piés
Junto al fuego: así; eso es:
Muy nociva es la humedad.
¿Cómo á pié, con tantos lodos,
A la calle os arrojais,
Cuando tanto al pobre dais?
Jul. Soy conocida de todos.
En coche todos me vieran
Y mal quizá interpretáran...
Cura. ¿Qué temeis? ¿que os imitaran?
Jul. No tal: que me escarnecieran.
Mas he ofrecido contaros
Mi vida: á cumplirlo voy.
Cura. ¡Alégrome, por quien soy!
Jul. Sintiera, señor, cansaros.
Cura. No lo temais.
Jul. De mi vida
El principio, es un arcano
Que me esforzé hasta hoy en vano
Por penetrar... Escondida
Mi infancia está á mi memoria;
Ni padres he conocido
Ni donde nací he sabido...
Cura. De un ángel es vuestra historia.
Proseguid.
Jul. Por mas estraños
Que os parezcan mis asertos,
Tenedlos, señor, por ciertos...
Cura. Os escucho...
Jul. Hará seis años,
Que una noche, era en abril,
Cual de letargo profundo,
Desperté al vivir del mundo
En solitario pensil.
Recuerdo que al despertar
Escuché una voz divina
Que dijo: «¡Alzate y camina!»
— Despertéme y eché á andar.
Era la noche harto clara,
Mas mis ojos mal veian
Y mal mis piés me servian
Cual si de miedo temblara.
Luego ví una claridad
Como de gran poblacion,
Y trémulo el corazon...
Cura. ¿Era en efecto ciudad?
Jul. Verona... un ronco estampido
Que allí cerca retumbó,
De horror me sobrecogió,
Y dí en tierra sin sentido.
— No sé el tiempo que dormí,
Pero cuando desperté,
Sé que á caballo me hallé,
Y entre los brazos me ví
De un mancebo muy galan,
Que amorosos me estrechaban,
Y al cual otros hombres daban
El nombre de capitan.
Aquel jóven me llevó
Con los mas tiernos cuidados,
Donde habia otros soldados,
Y allí, entre ellos me dejó.
Díjome que volveria
En lengua italiana pura,
Dialecto de gran dulzura
Que solo de él entendia...
Cura. ¿Y fué á su palabra fiel?
Jul. Noble era como galan;
Mas al punto hácia Milan
Le envió su coronel.
A su honor me encomendó
Mi tierno y leal amigo,
Y poniendo por testigo
Al cielo, el otro juró
Que constante en mi defensa

Velaria denodado...
Partió el jóven y el malvado,
Viéndome sola, indefensa,
A su arbitrio, empezó á hablar
De cosas desconocidas,
Que, aunque por mí no entendidas,
Me hacian avergonzar.
¿Qué mas os diré? — Mirando
Que al fuego con que me hablaba
Ninguna respuesta daba,
Me dejó sola, jurando.
No sé despues qué pasó:
Un vaso de agua bebí
Y sin querer me dormí...

Cura. ¿Y en vuestro sueño abusó?

Jul. Lo que allí pasó no sé;
Pero sentí al despertar,
Un dolor, un mal estar
Que jamás olvidaré.
Volvió el perverso al instante,
Y con mayor osadía
Y una crüel alegría
Rebosando en el semblante,
A mí se acercó: — lo que era
Antes un odio instintivo,
En rencor profundo, vivo,
Entonces se convirtiera.
Rechacéle con furor,
Y él, viendo mi resistencia,
Me arrojó de su presencia.

Cura. ¡Cobarde como traidor!

Jul. Ahora perdonadme, padre,
Esta narracion prolija.

Cura. Habladme, como una hija
Habla á su amorosa madre.

Jul. Desde aquel dia hasta hoy,
La miseria en que viví,
Los males que padecí
Antes de ser lo que soy:
Aunque bien los recordára
Y contároslos quisiera,
Padre mio, no pudiera,
Porque jamás acabára.

Cura. ¿Y vuestro buen protector,
El bizarro capitan?

Jul. Cuando volvió de Milan,
Y acaso por el traidor,
Siempre evitó mi presencia;
Aunque noble y dadivoso,
Mas de una vez generoso
Alivio dió á mi indigencia.

Cura. ¿No sabeis de él?

Jul. Presto hará
Tres años que le entreví
En Venecia... ¡ay! ¡le perdí!

(*Con amargura.*)

Cura. El cielo os le volverá.

Jul. Ya sabeis que yo no espero.

Cura. Para esperar es forzoso
Creer en un Dios piadoso,
Clemente si justiciero.
— Os he oido en confesion.

Jul. ¿En confesion? ¡Qué locura!

Cura. ¿Miente jamás por ventura
Quien tiene tal corazon?

Jul. Os he dicho la verdad;
Mas no me confesé á vos.

Cura. Os confesásteis con Dios,
Fuente de eterna piedad.
La confesion instituida
En el Evangelio santo,
Consuelo al mayor quebranto,
Del alma salud y vida;
Cátedra de humana ciencia
No es, ni austero tribunal;
Es el pan espiritual
En manos de la esperiencia.
Un padre es el confesor,
Que con su ejemplo y doctrina,
Alecciona y encamina
Al contrito pecador.
Siervo tambien del pecado,
Si absuelve, es de Dios en nombre;
Hombre, llora con el hombre,
Culpado, abraza al culpado.
Tal es la eterna verdad,
Y si hay abusos impíos,
Son errores y estravíos
De la humana vanidad.

Jul. Si alguien pudiera obtener
Que variase de opinion,
Fuera, padre, vuestra uncion.

Cura. Dudar es casi creer:
No desespero de vos.
Cuando luzcan á vuestra alma
De amor la dicha y la calma
Me direis: ¡Creo, amo á Dios!

Jul. ¡Ay! ¡son cosas imposibles!

Cura. No hay imposibles al Sér
Que crió la luz con querer...

Jul. Empero, hay cosas horribles
En la fé que profesais:
Penitencias repugnantes,
Espantosas, humillantes...

Cura. Hija mia, os engañais. —
Nuestra santa religion
No admite como prescritas,
Penitencias inauditas,
Partos de la exaltacion.
Aquesas maceraciones
Que espantan á algunos fieles,
Son de espíritus crüeles,
A quienes hondas pasiones
Hasta en el recto camino
Confundian y estraviaban;

Y sin querer calumniaban
A su fundador divino.
La fé, cuyo fundamento
Principal, es el amor,
Nunca pudo, sin error,
Preceptuar ningun tormento.
« *Amar para ser amado* (1), »
Es la base principal,
La piedra fundamental
De toda fé y todo Estado.
Fuera de ella no hay virtud,
No cabe estabilidad;
Que donde no hay caridad,
No hay justicia ni salud!
— Pero os fatigo, tal vez...
Jul. No, padre; me consolais
Aunque no me convenzais...
Cura. No podeis ser parte y juez.
Jul. Si á vuestra voz no sujeto
Mi razon, hoy conturbada,
Parto, por vos penetrada
De cariño y de respeto.
Adios, padre, hasta otro dia.
Cura. A él pido en mi corazon
Con fervorosa oracion
Que os vuelva paz y alegría.
Escuchadme : soy ya viejo :
Tal vez no tarde en morir;
Pero os voy á repetir
Como esperanza y consejo :
Que el dia en que á un hombre honrado
Honrado amor inspireis,
Y el respeto que teneis
A este viejo abandonado,
Amareis, creereis en Dios!
Jul. ¡Hasta entonces, padre mio!
Cura. Idos, que el tiempo está frio...
¡Adios, hija mia!
Jul. ¡Adios!

(*Julieta besa la mano del sacerdote, el cual la bendice.— Vuelve el rostro la jóven al salir, y ve al anciano arrodillado, orando con fervor á los piés de un crucifijo.*)

PARTE SEGUNDA.

CUADRO PRIMERO.

TRES AÑOS DESPUES.

Teatro de los Italianos en Paris.

I

¡Cuánto al cansado espíritu
Y al corazon humano,
Cruzar es grato el piélago
Del tiempo ya lejano,
Y en el hogar antigo
Con el ausente amigo,
Membrar en dulce plática
La dicha que pasó!
¡Y descuidando el vórtice
De la presente vida,
Las ya dobladas páginas
De la vital corrida
Pasar una por una,
Desde la tierna cuna
Hasta el aciago término
Que el cielo al goce dió!

¡Aquel espacio efímero
De la feliz infancia,
Edad de amor angélico,
De púdica ignorancia,
Edad, en cuya historia
La rápida memoria,
Va revolando alígera
De la una á la otra flor!
¡Edad, cuyas imágenes
En la region sombría
De lo pasado, atónita
La ardiente fantasía
Contempla, libres, puras,
Sus blancas vestiduras,
Del indeleble estígmata
Del crímen ó el dolor!

Mas, ¡cuánto melancólicos
Al propio tiempo y graves
Son los recuerdos vívidos
De júbilos süaves,
Y célicos amores
Del alma bienhechores,

(1) *Si vis amari ama*, es en nuestro entender la base de toda asociacion civil ó religiosa.

Cuando se toca el límite
De la provecta edad!
¡Aquellos rayos fúlgidos
De rutilantes soles,
Ora reflejos pálidos
Y leves arreboles
Del astro son, luciente,
Que ya en el occidente.
Tragó la ímpia vorágine
De la honda eternidad!

—

¡Y en el exámen rápido
De la pasada historia,
A cada paso, fúnebre
Despierta una memoria:
Y el alma lacerada,
Marchita, deshojada
Ve la corona espléndida
Que fué su juventud!
¡Aquí, la sombra pálida
De una muger querida;
Allí, el recuerdo lúgubre
De una ilusion perdida;
Aquí, el amigo anciano,
Allá el amado hermano,
Despojos ¡ay! inmémores
Del lóbrego atahud!

—

¡Y el hombre adora férvido
La triste vida humana,
Do es el dolor tan ímprobo,
La dicha tan liviana!
¡Y conquistar ansía
Eterna nombradía,
Subiendo á la alta cúspide
De que cayó tal vez!
¡Caido Dios, el réprobo
Por recobrar su altura
Se esfuerza en la calígine
De la materia impura;
Y al lampo de la ciencia
Tocando su impotencia,
Riega de amargas lágrimas
Su mísera altivez!

—

Y, ¿dónde el pecho indómito
Que á tales desengaños,
Quiera alargar el número
De sus terrestres años?
¿El alma, dónde, fuerte,
Ludibrio de la suerte,
Que al fin no ceda exánime
En la tremenda lid?
¡Ay de los tristes huérfanos
A padecer nacidos!
¡Ay de los nobles ánimos,
Arcángeles caidos,
Que en ominosa guerra
Se arrastran en la tierra,
Con la esperanza única
De alguna vez morir!

II

EL TRIUNFO.

Pero ¿á dó me arrebatas, pensamiento?
¿Es hora de tan tristes reflexiones
Cuando de proseguir se trata el cuento?
Te ruego, buen lector, que me perdones,
Y harás muy bien, que al fin no es culpa mia
Si mi vida se arrastra en la agonía.

—

No me debes culpar si el cuento olvido
Y en llorar mis desdichas me entretengo;
Bálsamo es el llorar del afligido.
—¿Y qué han de dar, por mas que lo prevengo,
Si no quejas la voz, llanto los ojos,
Si lleno está mi corazon de enojos?

—

Con ánimo viril sufrí el embate
Luengos años de bárbara fortuna,
Y ví caer en el fatal combate
Rotas mis esperanzas una á una;
Mas á pesar del brio y la entereza.
Tributo doy á la mortal flaqueza.

—

Finjo acaso placer, porque insufrible
Me fuera el ver burlar de mi quebranto;
Me esfuerzo por reïr, no me es posible,
Y prorumpo en amargo y crudo llanto:
¿Mas de nuevo extravagas, pensamiento?
—Callo, y prosigo el cuento de mi cuento.

—

Lleno el teatro está de bote en bote
De la gente mas culta y escogida
Que á la gran capital paga su escote
En la estacion del año mas lucida,
Y se cierne la móvil impaciencia
Por cima de la noble concurrencia.

—

Pero sube el telon: silencio mudo
Sucede al susurrar enardecido;
Mas de un vocablo breve acaba agudo,
En medio á la emision interrumpido,
Y ojos y oidos y almas, en la escena
Tributo dan á la inmortal sirena.

—

Tímido su cantar como un suspiro,
Al fin del corazon empero llega;

Incierto vuela en ondulante giro
Cual vaga el aura en la florida vega,
Y al alma inspira celestial dulzura
Con voz de melancólica ternura.

—

Mas luego altivo y sonoroso vibra,
Los mudos ecos del salon conturba,
Y no hay dormida ni embotada fibra
En la estasiada, circunstante turba,
Que su acento no agite y no conmueva
Con sensacion desconocida y nueva.

—

Crece el volúmen de las altas notas
Y se abultan y ensanchan los sonidos;
Del aire leve las columnas rotas,
Exhalando melódicos gemidos,
Trémulas se refugian y asombradas
En las sublimes bóvedas pintadas.

—

Mas allí los persigue vibradora
La poderosa voz; — repercutida,
Atraviesa el espacio vencedora
Dando sombra á la luz, al aire vida,
Y á los absortos concurrentes llega
Y en mares de armonía los aniega.

—

— Cesa el canto por fin; — un alarido
Universal, atronador, intenso,
Múltiple, discordante, sostenido,
Grito de amor y de entusiasmo inmenso,
Por el vasto recinto se propaga
Y su probada solidez amaga.

—

Retiemblan las columnas sacudidas
Y los dorados frisos y arquitraves,
Y las bóvedas altas conmovidas
Amenazan caer sobre las naves,
Mientra el público ronco victorea,
Y sin temor alguno palmotea.

—

Y pide con estruendo que repita
Alguna ária de la ópera cantada
O bien alguna *stretta* favorita.
Resístelo Julieta, algo cansada;
Mas luego cede al público deseo
Y enmudece el tumulto y palmoteo.

—

Y canta una cancion sentimental,
Schubert era, sospechólo, su autor :
Allí fué Troya — *¡Je me trouve mal!*
Dice, cayendo en brazos de su amor,
Una rubia que estaba en la luneta;
Por cierto que el amante era poeta.

Aquí una melancólica suspira;
Una nerviosa allí suda y padece,
Acullá una volcánica delira,
Otra, nieve animada, se estremece,
Y mas lejos un vate cabelludo
En su asiento se está ¡qué asombro! mudo.

—

Mas todo tiene fin, y la romanza
De Schubert se acabó : — mil y mil flores,
Signo acaso de tímida esperanza,
De admiracion ó estúpidos amores,
Ramilletes, y versos y coronas
De hombres, niños, doncellas y matronas,

—

A los piés de Julieta en el tablado
Se hacinan en tropel : — altos pretiles
Forman en aquel triunfo improvisado
Los raudos, aromosos proyectiles,
Rompiendo la unidad algun papel
Que asoma entre dos hojas de laurel.

—

¿Mas por qué yace estática la artista
En medio de aquel férvido entusiasmo?
¿En dónde fija la empañada vista
Con espresion de indefinible pasmo?
¿Qué objeto la subyuga de tal modo
Que se olvida de sí y del mundo todo?...

III

EL ENCUENTRO.

Del patio al fin, de pálida
Frente, y mirar severo,
Un jóven estrangero
Con indecible amor,
Fija la noble vista
En la inspirada artista,
Contempla mudo, estático,
Su triunfo embriagador.

—

No une á la voz unánime
Su voz, no victorea,
Ni inquieto palmotea,
Tranquila es su actitud :
Pero en su altiva frente
Se ve de amor latente,
Brillar la llama vívida
Con generosa luz.

—

En la vision angélica
Fijos entrambos ojos.

Olvida los enojos
De un largo padecer :
Y en su angustiado pecho,
A gozo tal estrecho,
Confúndense las lágrimas
Y gritos del placer.

—

Ella, al mirarle, trémula
Del propio sér se olvida...
¿Qué mucho, si es su vida,
Su fé, su religion?
Y la color difunta,
Entrambas manos junta
Dó en sacro, inmenso júbilo
Estalla el corazon.

—

No á corazones gélidos,
Ni á almas de cieno impuras,
Las célicas dulzuras
Del santo amor sentir;
Ni á mentes bastardeadas
Que viven afanadas,
Tras del mezquino cálculo
De un rico porvenir.

—

Cuando el Criador altísimo
Lanzó al espacio el mundo,
En él virtió fecundo
Un múltiple raudal
De nobles ambiciones,
Estúpidas pasiones,
Gozo y dolor efímeros
Como el vivir mortal.

—

Mas esperanza fúlgida
De mas perfecta vida
Y dicha mas cumplida
De las que al hombre dió :
Entre el rencor y guerra
Y llanto de la tierra,
Dejó, benigno, el bálsamo
Divino del amor.

—

¡Amor! — Palabra mágica,
Melódico sonido,
Que escucha estremecido
De gozo el serafin :
Corriente clara y pura
De sin igual dulzura,
Que brota de aquel piélago
Que nunca tendrá fin.

—

Fuego de ardor vivísimo
Que abrasa y no consume;
Placer que en sí resume
Los goces del Eden :
Tesoro enaltecido,
Al justo prometido
En la mansion seráfica
Del sempiterno bien...

—

— Julieta, en tanto, lívida
A la emocion potente,
Al fin en un torrente
De lágrimas rompió :
Y que al aplauso gime,
Y que el triunfar la oprime,
Creyendo el sabio público
Frenético aplaudió.

—

Gruner, entonces, rápido
Levántase y se aleja,
Que el gozo no le deja
Llorar en libertad;
Y al aire puro, abierto,
Vaga con paso incierto
En la alameda próxima
De la imperial ciudad.

—

Y un ¡ay! inmenso exhálase
De su robusto pecho,
Y en lágrimas deshecho
A un árbol se apoyó :
Y en la tiniebla oscura
Al ver su alta estatura,
De miedo alguno exánime
Huyendo se alejó.

—

Y acaso, mas intrépido
Allí se acerca alguno,
Pidiéndole importuno
Del llanto la razon :
Y alguno generoso,
Mas sabio que el curioso,
El labio mudo, ofrécele
Caritativo don.

—

Y al charlatan estúpido,
Gruner, por todo informe,
Le muestra su uniforme
Con bélico ademan :
Y á la alma compasiva,
Cuyo socorro esquiva,
La noble mano estiéndele
El bravo capitan.

—

Al verlo el otro, férvido
Se arroja entre sus brazos

Y en cariñosos lazos
Confúndense los dos:
Y al dar sus mutuos nombres
A un tiempo entrambos hombres
Gritan con voz simpática:
— « ¡Nos une en Francia Dios! »

—

El mismo blando céfiro
De ambos medió la cuna,
De análoga fortuna
Ambos, é igual virtud;
Unidos ¡ay! pasaron
Las horas que volaron
De la dorada, efímera,
Primera juventud!

IV

LOS DOS AMIGOS.

Mil preguntas inconexas
Sobre los tiempos antigos
Se dirigen los amigos,
Como caminando van
De Kramer á la morada,
No lejos de allí situada,
Donde ya aguarda María
Con mal recatado afan.

—

Y al diálogo ya sujetos,
Los saltos de la memoria,
Se van contando su historia
Los amigos con placer:
Narra Kramer sus estudios;
Gruner cuenta sus campañas,
Y describe las estrañas
Regiones que llegó á ver.

—

Y uno al otro se interrumpen,
Y á proseguir se convidan,
Y en el cuento nada olvidan
De cuanto atañe á los dos:
Pero callan de consuno,
Su amor á Julieta el uno,
Y el otro aquellos secretos
Que ocultar quisiera á Dios.

—

Y como no hay en el mundo
Senda, por larga que sea,
Cuyo término no vea
Quien la sigue sin parar;
Al fin ya de las memorias
Y las prolijas historias,
Kramer el paso detuvo,
Y á una puerta va á llamar:

—

Cuando arrollándolos casi
En su rápida carrera,
Ante aquella misma acera
Y el propio lugar, paró
Un coche, leve cual rayo,
Y descendiendo el lacayo,
Con diestra mano al que llega
Salida comóda abrió.

—

Y cual, tras ronca tormenta,
Entre discos de oro y grana,
Ve al albor de la mañana
El peregrino del mar,
La faz del sol generosa,
Que de nuevo le convida
Con el amor y la vida,
Sobre las ondas brillar:

—

Tal en la vasta penumbra
Del edificio altanero,
Salta con paso ligero
Una divina muger:
Vuela mas bien que camina,
Como fantástica ondina
Que surge entre los vapores
De un ensueño de placer.

—

Al verla, entrambos amigos
Sepáranse apresurados,
Suspendidos y estasiados
A la vision celestial;
Mientras con blanda violencia,
Sin advertir su presencia,
Rauda prosigue, en las sombras
Perdiéndose del portal.

—

Porque, del coche al ruido
Despertándose el portero,
Vino, sin duda, ligero,
La pesada puerta á abrir:
Y tan veloz aparece
Y tan fugaz desparece
La vision, que apenas saben
Qué pensar ni qué sentir.

—

Empero, en su paso leve
La bellísima paloma,
Dejó tras sí un blando aroma
Mas puro que el del azahár:
Cual dejara en su camino
Algun arcángel divino

Que al bajo mundo viniera
Algun prodigio á anunciar.

—

Mas, del asombro repuestos,
Por ver si acaso la alcanzan,
Los amigos se abalanzan
Detrás con ansioso ardor;
Y por la oscura escalera
Subiendo van de carrera,
Como tras la cierva herida
Corre ardiente el cazador.

CUADRO SEGUNDO.

I

ITALIA.

¡Italia! ¡Italia! — ¡Altivo, claro nombre
De blando són y poderoso encanto!
— ¿Porque, al oirlo, el corazon del hombre
Siente de inspiracion el fuego santo?
—Tu esfuerzo antiguo, tu inmortal renombre
Trocados hoy en servidumbre y llanto,
Viven en el gran libro de la historia,
Perenne manantial de escelsa gloria.

—

Viven en tí tambien : — ni un solo paso
Da el caminante en tu fecundo suelo,
Sin mirar algun mudo, alto testigo
De claro triunfo ó de inmortal fracaso.
Aquí, del tiempo antigo,
Se eleva un templo majestoso al cielo;
De líquido zafir allí sus ondas
Lleva dormido el Trasimeno lago,
Que atónito miró el horrendo estrago
De la romana gente, allí vencida
Por el digno rival de Epaminondas,
El capitan insigne de Cartago.
Cerca de ese jaral perdió la vida
El heróico Flaminio, á quien la suerte,
Émula de su gloria
Dió aquel dia la muerte,
Empero digna de inmortal memoria!
Mas allá surge altiva
Entre zarzales la ciudad eterna
Del valor y el saber eterno solio.
Aquí del Capitolio
El gigante contorno se levanta;
Allí la mutilada, informe planta
Del vasto *Colosséo*,
Digno padron de universal trofeo;
Y acullá mira el alma estremecida
El lugar ominoso
Dó César, hasta entonces victorioso,
Presa cayó de la filial herida.
Aquí Camilo, el dictador romano,
De susto vil el corazon ageno,
Los paternos despojos, de la mano
Fuerte arrancó del orgulloso Breno!...
— Allí... mas cese el labio enardecido...
Solo de humano esfuerzo sostenido,
¿Qué voz bastante fuera
Al que cantar tus glorias pretendiera?

—

¡Cuánto os amo, rüinas solitarias
De la reina que fué de las naciones!
¡Vosotras sois las losas funerarias
Del pasado poder de sus legiones!
¿Por qué visten las mustias parietarias
El sendero triunfal de los Scipiones,
Y mudo está el lugar dó la divina
Voz sonó del Censor de Catilina?

—

Cada piedra de antiguo monumento
Recuerdo es vivo de pasada gloria;
En cada escombro mira el pensamiento
Una página rota de la historia :
Y no hay voz de la tierra ni ¡ay! del viento
Que no evoque una sombra, una memoria,
Que alto valor al corazon inspira,
Al genio luz y cantos á la lira.

—

Aquí descansa el cisne Mantüano,
Allí del Tasso se meció la cuna,
Allá de Ariosto el genio soberano
Cantó el amor y bélica fortuna :
Aquí nació Petrarca, allí el Ticiano,
Y alumbra allá la nacarada luna
Las agujas fantásticas de Urbino,
Insigne patria del pintor divino.

—

Y allí bañando el florecido suelo
Dormido rueda el rio caudaloso,
A quien dió reflejar propicio el cielo
Mas altas glorias en su curso undoso :
La luz vió en sus orillas Maquiavelo,
Miguel Angel, ingenio poderoso,
Bocaccio, Galileo, y el gigante
De la alta poesía, el sumo Dante!

—

Y otros mil preclarísimos varones
Cuyos nombres citar fuera imposible;
Que en número increible
Ornaron las itálicas regiones.
Pontífices ilustres, campeones
Valientes, d los pueblos claros guias,

Emperadores, cónsules y reyes,
Que á los presentes y futuros dias,
Beneficios y ejemplo á las naciones,
Legaron mil sublimes invenciones,
Altas hazañas, y prudentes leyes!

—

. . . .
. . . .
. . . .

El aire tuyo, Italia deliciosa,
Es en prodigios y valor fecundo;
En él es la hermosura mas hermosa,
La luz mas clara, el genio mas profundo.
Por esto en su carrera victoriosa
Aquel moderno agitador del mundo,
Nunca tan grande fué ni tan temido
Como al pisar tu suelo bendecido.

—

Y por ello, mi humilde entendimiento
Que en la primera juventud dormia,
Tu límite al pisar, se alzó violento
En piélagos nadando de armonía:
Y si acaso mi voz el alto acento
Habló de la sagrada poesía,
Y no muere el cantar que aliento ahora,
Lo debo á tu vision inspiradora.

—

—Y, empero, gimes bajo el férreo yugo
De estraña esclavitud. — ¡Fiero destino!
É implacable se ensaña tu verdugo
Tu seno desgarrando alabastrino!
Si al Sér inescrutable, airado, plugo
De lágrimas amargas tu camino
Regar, de amor y de piedad en prenda,
Grata recibe mi sencilla ofrenda.

—

Te lanzaste á lidiar... mas sucumbiste
Al esfuerzo mayor del enemigo,
Y en tu glorioso intento no tuviste
Estraño protector ni pueblo amigo:
La flor de tus guerreros mustia viste
En la lucha caer: — alto testigo
El rey que tantos yerros expïara
En los funestos campos de Novara.

—

De nuevo te alzarás á lid tremenda
Agitando la espada vengadora;
Dudosa lid, encarnizada, horrenda,
Mas obtendrás la palma triunfadora:
Y dando fin á la feroz contienda,
Hollando la cerviz de tu opresora,
De ciencias, cortesía y gloria y arte,
A los mundos serás noble estandarte!

II

POR QUÉ ESTÁ GRUNER EN FRANCIA.

Cuando la opresa Italia sus cadenas
Sacudir intentó, fiero conflicto
Fué al corazon del generoso Gruner
Haber de combatir por su esterminio.
Mas era militar; bajo la enseña
Oyó del alzamiento el primer tiro,
Y no deja su puesto un buen soldado
Por ningun interés, cuando hay peligro.

—

En tanto, allá en el Norte, un pueblo fuerte
De libertad lanzando el noble grito,
Se alzó tambien á par de nuestra Italia
Logrando solo remachar sus grillos!
—¡Roma, Milan, Venecia!—claros nombres!
Vuestros hechos heróicos, inauditos,
Tuvieron cual los húngaros esfuerzos
Por galardon la palma del martirio.
— Lejos de vuestros montes y llanuras,
Estrangero cantor desconocido,
A las alas fió del raudo viento
Este lëal, simpático suspiro. —

—

Cuando del un confin al otro veo
De la caduca Europa
La santa libertad de vil trofeo
Servir á esclava tropa:

—

Cuando del Septentrion al Mediodia,
De Oriente hasta Occidente;
Alza la multiforme tiranía
Su sanguinaria frente:

—

Cuando los pueblos libres se envilecen
Sirviendo á los tiranos;
Cuando á crímenes tales enmudecen
El mundo y los humanos:

—

Solos, contra las turbas infinitas
Que envió del hondo abismo
En figura de bárbaros escitas
El negro despotismo;

—

Dos puñados de libres se levantan,
Valientes, formidables,
Y á su embate vacilan y se espantan
Los siervos miserables.

—

Y no esperan vencer: — los enemigos,
Sin número y potentes

Son, por suerte fatal, y sus amigos
Muy pocos, si valientes.

—

Empero á la ardua lid ved cual se lanzan
Desnudos los aceros;
Mirad cómo á las turbas se abalanzan
Los nobles caballeros.

—

De la causa mas santa de la tierra
Postreros defensores,
Solo esperan morir en la impía guerra
Los bravos lidiadores.

—

¡Oh! — que á mi débil voz lícito sea
Alzarse enardecida,
Ya que no pueda en la inmortal pelea
Sacrificar mi vida!

—

¡Venecia! ¡Hungría! — asilos de la gloria,
Cuna de tantos bravos
Que prefieren la muerte á la victoria
Por no vivir esclavos:

—

¡Salve tres veces, salve! — ¡Los acentos
Del rudo canto mio,
Puedan llegar en alas de los vientos
Al opresor impío!

—

¡Puedan helar su corazon perverso
Del mas cobarde espanto;
Que mi voz es la voz del universo,
Y mi canto es su canto!

—

¡Roma! ¡Venecia! ¡Hungría! — Paladiones
De libertad postreros;
Culto os darán, y altares y canciones
Los siglos venideros!

—

Que eterna no será la vil coyunda
De torpe tiranía,
Y crecerá en virtud y amor fecunda
La libertad un dia.

—

Si libres sucumbís, mártires santos,
A vuestra causa fieles,
Dará el poëta á vuestra tumba cantos,
Las vírgenes laureles.

—

Y en el eterno libro de la historia
Escritos vuestros nombres,
Serán enseña de virtud y gloria
A los futuros hombres.

¡Ese rio de sangre generosa
No correrá infecundo,
Que á su riego feraz, crece frondosa
La libertad del mundo (1)!!

—

— Húngaro nació Gruner, y á los ojos
De sus gefes, aquesto era un delito.
Recelosos, sus pasos espiaban
Viendo los accidentes mas sencillos,
Las mas simples palabras, como prendas
De traidores, recónditos designios;
Y par, y mas que todos se empeñaba
En perseguirle y calumniarle inicuo
El coronel Neumann, con la memoria
De aquella torpe accion que intentó indigno
La virtud de Julieta mancillando,
Esclavo vil de un bárbaro apetito.
Que así como el amor se robustece
Dentro á los corazones bien nacidos,
En proporcion que el dulce objeto amado
Mas sinsabores cuesta y sacrificios:
El odio y el rencor en torpes almas,
Mas crüentos se tornan, mas activos,
Cuantas mas pesadumbres y zozobras
Causaron al mortal aborrecido.

—

— El jóven soportó el tremendo embate
Con el usado, generoso brio,
Dias eternos; mas llegó á tal punto
Que vileza juzgó, baldon sufrirlo.
Y demandó sumiso al soberano,
Por solo galardon de sus servicios,
Su licencia, callando generoso
Sus quejas y justísimos motivos.
Concedida le fué, y hácia sus lares
Partió con gran premura al punto mismo;
Se unió á los bravos de Kossuth; ansioso
Buscó los puestos de mayor peligro
Durante la campaña, y cuando el cielo
Postrar tanto valor y esfuerzo quiso,
Cruzando valles y salvando montes
Y arrastrando mil riesgos, el camino
Tomó por fin de Francia, las memorias
El corazon lëal, enardecido,
Sin olvidar jamás de aquel pasado,
Unico, celestial, puro cariño.

—

Mas ya en París, la vocinglera fama
Con mentirosa voz trajo á su oido
Rumores de amorosos devaneos

(1) Esto se escribía en el año de 1851. — El autor estaba muy lejos de prever entonces los vergonzosos é impíos escesos que habian de deshonrar la noble causa de la independencia de Italia.

Y de tratos livianos mil indicios;
Y el triste jóven conteniendo apenas
Del corazon los férvidos latidos,
De lejos sigue cual la propia sombra
A la que de su amor objeto indigno
Juzga, y de dia, solo en ella piensa,
Y en la discreta noche, con sigilo,
En su capa embozado hasta los ojos,
Va al tëatro á adorar al caro ídolo.
Y sus triunfos comparte entusiasmado,
Y las supuestas faltas dá al olvido;
Mas luego torna de la aleve duda
El mortal, agudísimo martirio.

III

LOS DOS AMIGOS.

Continuacion.

Llegaron palpitantes
Al fin de la escalera
En rápidos instantes
Uno del otro en pós:
Y en la tiniebla oscura
Ni un átomo siquiera
Del ángel de hermosura
Lograron ver los dos.

—

Y Kramer, sonriendo,
Bajó al segundo piso,
Detrás Gruner, siguiendo
Con paso desigual;
Y abierta ya la entrada
De aquel su paraíso,
La voz entrecortada
Del gozo celestial:

—

«Entra á tu casa, hermano,»
Le dice en blando acento;
«¡Por Cristo soberano,
Un ángel vas á ver!»
Y Gruner: — «¿Qué? ¿se esconde
Aquí?...
— ¿La hurí del viento?
No amigo,» le responde:
«Hablé de mi muger.»

—

Y entraron en seguida
A la mansion callada,
Y el alma estremecida
De Gruner palpitó;
Mirando, silenciosa,
De espaldas á él sentada
La ondina mas hermosa
Que nunca imaginó.

Cerca al hogar, reclina
En rico asiento y blando
La forma peregrina
Del cuerpo mas cabal:
Y un piececillo leve
Sumiso golpëando
El suelo, apenas mueve
El cándido cendal

—

De la amplia vestidura
Que el gracil cuerpo ciñe,
Plegada á la cintura
Con cinta del color,
Que el fuego, entonces grave,
Su lindo rostro tiñe;
La púrpura süave
Del púdico rubor.

—

Pára en la fragil puerta
A entrambos los amigos,
Con débil planta, incierta,
Simpática emocion;
Mas ella, el paso oyendo
De incómodos testigos,
Se incorporó, volviendo
El rostro, en el sillon.

—

«¡Es ella!» «¡Él es!» — esclaman
A un tiempo los amantes,
Y lágrimas derraman
Cual la primera vez:
Y luego entrambos callan
Absortos, palpitantes,
Mientras en lid batallan
Amor y timidez.

—

Julieta, en sí primero
Del rapto enamorado
Volviendo, el pié ligero
A Gruner dirigió:
Y sin hablar, que es mudo
El júbilo estremado
Como el dolor agudo,
La mano le estendió.

—

Y trémulo él, la oprime,
Que el gozo lo enagena,
Mientras Julieta gime
Con llanto de placer.
Kramer, que sobra mira
En la callada escena,
Y raudo se retira
Llamando á su muger.

—

Sumidos los amantes
En mares de dulzura,

Brevísimos instantes
Conservan su actitud :
Que el jóven mira en ella
Su amor y su ventura,
Y ella la clara estrella
Que guió su juventud.

—

Y ambos despues se sientan
Uno del otro al lado,
Y sin reserva cuentan
Sus dias de dolor ;
Mas en el fiel trasunto
Del tiempo ya pasado,
Callan el breve punto
En que nació su amor.

—

¡O plácida memoria
De aquella edad primera,
En la mortal historia
Relámpago feliz :
Cuando del alma pura,
Noble, lëal, sincera,
No mancha la blancura
Ni un rápido desliz!

—

¡Cuando á la lid se lanza
El corazon valiente,
Tan lleno de esperanza
Y brio y robustez ;
É inflama poderosa
La enardecida mente
La llama generosa
De amor y su altivez!

—

Así los dos amantes
En férvida alegría
Olvidan los instantes
Que vienen y se van ;
Mas repentina, aguda,
Gruner, sintió la impía
Saeta de la duda
Y su terrible afan.

—

Y pálido, enmudece,
Bajos entrambos ojos,
Y aun olvidar parece
El sitio donde está.
Y ella, entretanto, observa
Los súbitos enojos,
Y la mudanza acerba
Penetra acaso ya.

—

Al inmediato instante
Entraron los esposos ;
Julieta palpitante
Cayó sobre el sillon ;
Mas luego, al punto erguida,
En tonos cariñosos,
El alma sostenida
De gran resolucion :

—

«Mañana, dijo, espero
Que cenareis conmigo.»
Y á Gruner : «Caballero,
«Ruégoos que no falteis.»
Y el jóven, con voz grave :
«¿No me llamais amigo?»
— «Bien» — y añadió süave :
«La cita no olvideis.»

—

Y un beso dió á María,
Y á Kramer dió la mano,
Y lenta cortesía
A Grumer dirigió :
Y como cruza breve
Relámpago lejano,
El pié moviendo, leve,
De vista se perdió.

CUADRO TERCERO.

AL OTRO DIA.

EN LA CIUDAD.

Una farmacia en el *Boulevard des Italiens*. El farmacéutico. — Julieta. — Kramer.

I

Jul. Buenos dias, doctor...
Farm. Muy buenos dias,
Señora. — ¿Cómo así tan de mañana
A la calle salís?
Jul. Gusto en estremo
El aire respirar de la alborada.
Farm. ¿Dormísteis mal?
Jul. De un sueño hasta la aurora...
Farm. Teneis muchas ojeras y estáis pálida.
Jul. Eso no es muy cortés...
Farm. Pero es muy cierto.
Jul. Poco galante estais...
Farm. Vos, no muy franca.
Jul. Mas, doctor... á propósito... aquel filtro...
Farm. ¿En pedirlo insistís?...
Jul. (*Impaciente.*) Con su eficacia
Me dijísteis que libre me veria

De incómodas y sucias alimañas...
Farm. Con una sola gota, diérais muerte
De esa ruin multitud á una miriada.
Mas, ya tuve el honor...
Jul. Sí... me dijísteis

(*Golpeando el suelo con el pié.*)

Que la ley á su venta pone trabas...
Farm. Y el peligro...
Jul. No le hay.—Dadme instrucciones...
– Ya vereis como sé prudente usarlas.
Farm. Pero... vos...
Jul. ¿No es bastante garantía

(*Golpeando el suelo con mas fuerza.*)

El que me conozcais?
Farm. Por mí bastára;
Mas la ley... si tal vez...
Jul. ¿Temeis acaso

(*Repicando con el pié en el suelo y con la mano en el mostrador.*)

Que con ello destruya á media Francia?
Farm. Si así lo comprendeis, os doy la [droga;
Pero os debo advertir que es algo cara.
Jul. El precio nada importa...
Farm. Veinte escudos

(*Sacando un frasquillo.*)

Os cuesta este frasquillo...
Jul. Muy barata
Me parece, estimada en ese precio...
Farm. ¿Qué?...
Jul. Mi tranquilidad. — A prepararla,
Enseñadme, doctor...
Farm. Es muy sencillo:
Con una pluma ó esponjilla blanda
La aplicareis: hacedlo por vos misma:
No lo fieis á estúpidas criadas.
Jul. Descuidad...
Farm. Veinte gotas desleidas
En dos dedos de vino ú agua clara,
Pueden hacer estragos mas horrendos
Que una bomba ó un tiro de metralla.
Jul. Gracias, doctor. — Hé aquí vuestros
Farm. Priesa tal no corria... [escudos...
Jul. Muchas gracias...

(*Con agitacion.*)

¡Abur!
Farm. ¡Guárdeos el cielo! (*Váse Julieta.*)
Arcano oscuro...
¡Tan jóven... tan hermosa... y desdichada!

(*Entra Kramer precipitadamente, como recatándose de Julieta.*)

Kram. ¿Tendréis á bien decirme con fran- [queza
Lo que ahora vendísteis á esa dama?
Farm. ¿Sois su amante?... ¿su hermano?...
Kram. Soy su amigo.
Farm. Bello nombre, en verdad; pero no
Kram. ¡Por Dios, no me oculteis! [basta.
Farm. ¿Juzgais que pueda
Atentar?...
Kram. Nada sé; pero en el alma
Alza la voz fatal presentimiento
Que entre sombra me anuncia una desgra-
Farm. Si es así, seré franco... [cia.
Kram. ¡Os lo suplico!
Farm. ¿Reserva me ofreceis?
Kram. Mi fé empeñada
Os dejo de aleman y caballero,
Y nunca fuí traidor á mi palabra.
Farm. Está bien...
Kram. ¡Acabad!...
Farm. Veneno agudo
Me pidió esa señora veces varias
Con insistencia tal, y só pretestos
Tan frívolos, que al fin juzgué que ansiaba
Dar término á su vida... Yo, prudente,
Resistí á sus ofertas y demandas,
Hasta hoy, pues la ví tan decidida...
Kram. ¿Y el brebage mortal osásteis darla?
Farm. Temiendo que buscase en otra parte
Lo que yo tantas veces le negaba,
Un frasquillo le dí...
Kram. ¿Con el veneno?
Farm. Con un simple narcótico... Tomada
Toda aquella pocion, gota tras gota,
La hará dormir doce horas... Vuestras an-
Calmar podeis por su preciosa vida, [sias
Puesto que riesgo alguno la amenaza.
Kram. ¡Sois un ángel, doctor! ¡Cuánto [no os debo!

(*Abrazándole.*)

— ¡Admitid esta muestra limitada
De mi honda gratitud.

(*Presentándole un bolsillo.*)

Farm. ¿Qué?... ¿Ese bolsillo?
— Yo vendo lo que compro: accion villana
Fuera vender á precio de vil oro
Una sencilla inspiracion del alma.
Kram. — Dura leccion; mas sabia y
— ¡Perdonadme, doctor!... [merecida...
Farm. No encuentro causa.
—En tiempo en que de todo se hace objeto
De una especulacion torpe y bastarda,
Engañaros debiais...
Kram. Mi torpeza...
Farm. Lógica fué, prudente, necesaria...
Que si bien, y lo digo con orgullo,
A juzgarme por vos no os engañárais,
No se hacen acertadas deducciones

En el físico mundo ó las abstractas
Regiones del moral, ni de un gran genio
Cerniéndonos altivos en las alas,
Analizando solo á un individuo,
Sino escrutando poderosas masas.
Y aunque sois noble, ardiente y generoso,

(*Movimiento de Kramer.*)

Lo leo en vuestra límpida mirada,
Debísteis juzgar mal. — En torno vuestro,
¿Qué visteis hasta aquí?— Mezquinas almas,
Traficantes del arte y de la ciencia;
Sabios de relumbron, genios de farsa,
Políticos de bailes y salones,
Generales de esquinas y paradas:
En público, filósofos estóicos,
En secreto, mendigos de antesala.
Y por mayor escarnio y vilipendio
Cual si tantos baldones no bastaran,
Convertidas en torpes pro titutas
¡La santa libertad, las leyes santas!
— Perdonad, noble jóven... me estravia
Mi ardiente indignacion. — Por esa dama
Ningun miedo tengais. — Un largo sueño
El cuerpo y el espíritu restauran.
Kram. Gracias por todo. [vuestra.
Farm. Aquesta casa es

(*Dándole la mano.*)

Kram. ¡Quedad con Dios!....
Farm. ¡ Él vaya en vuestra guarda!

II

EN EL BOSQUE DE BOLONIA.

Gruner y Neumann, á caballo. — Un conde. — Un periodista.

Es el fin del invierno... ¡hermoso dia!
La luz del sol caliente, vibradora,
Derrama sobre el monte y la llanura
A raudales su fuerza generosa.
A su fuego feraz ya alzan erguidas
Los ateridos árboles sus copas,
Cuya pasada desnudez revisten
Miriadas de menudas, verdes hojas.
Salta el alegre mirlo entre el ramage
Mientras la gaya, matutina alondra,
Tímida eleva el moribundo pio
Al sol primaveral que la sofoca;
Y bosques, y colinas y montañas
Presintiendo la anual, florida pompa,
Cántico dulce, inmenso, indefinible,
De amor y gratitud al cielo entonan....

—

¿Por qué, Señor, el corazon humano
Presa de las pasiones tumultuosas
No ha de gozar de la tranquila calma,
De esa dicha apacible y seductora
De que disfrutan en sereno dia
El cielo, el mar, naturaleza toda?
— La juventud.... el buitre del deseo,
Con insaciable furia la devora;
La edad viril.... borrasca turbulenta
De encontradas pasiones, afanosas,
Inquietas esperanzas, y arduas lides
Por dichas y grandezas ilusorias;
Y al fin de tan terríficas batallas,
Breves triunfos, crudísimas derrotas.
La senectud.... marasmo de la vida,
Edad de los recuerdos ominosa,
En que lloramos ¡ay! el bien pasado
Entre presentes sustos y congojas.
¡Qué manantial inmenso de suplicios,
Y pesares, y trémulas zozobras,
En aquellos instantes, que uno á uno
Nos refleja el cristal de la memoria!
— Aquí del crudo mal que ocasionamos
Surge tremenda la gigante forma,
Y el bien que no hicimos, al fantasma
En rápida cadena se eslabona;
Aquí un dolor, allá un remordimiento,
Y en todas partes intranquilas sombras
De amigos y enemigos, que se cruzan
Y en derredor nos cercan vagarosas....

—

— Del invierno es el fin: hermoso dia,
Y en el ameno bosque de Bolonia,
Mil jóvenes y apuestos caballeros
Lentos pasean, rápidos galopan.
Lejos de aquel tumulto, en una calle
Solitaria y sombría, en una torda
Yegua, que al viento mismo aventajara,
Si la espolease el dueño que la monta,
Se mira á un jóven de castaños rizos,
Apostura marcial y frente heróica.
Tan entregado va á sus pensamientos,
Que la brida en el cuello libre flota
Del fogoso animal, que se entretiene
Ya en aspirar las brisas aromosas
De la mañana, ya en pacer la yerba
Que á trechos en el campo fresca brota;
Y no ve que á su encuentro otro ginete
A toda brida por la selva umbrosa
Rápido se encamina, ni oye el rudo
Galope del corcel, ni la voz ronca
Del caballero, que asustado grita
Que se aparte en la senda tortuosa.
Y como el otro desbocado viene,
Al fin contra el primero fuerte choca;
Los estribos perdiendo y silla entrambos,
Y la tierra midiendo ambas personas.
Grun. ¡Por Dios Santo! Caballero...

(*Levantándose furioso.*)

— ¿Qué miro?— ¡El Baron Neumann!
Neum. El mismo soy, capitan....

(*Limpiándose el polvo.*)

Sois, á fé, mal escudero.
—¿Cómo á caballo os dormís?
Grun. — A Francia os trae mi fortuna...
Ocasion muy oportuna
Me dá el cielo....
Neum. ¿Qué decis?
Grun. Digo, que libres los dos
Aquí, en terreno neutral,
El odio eterno, mortal,
Saciar podemos, por Dios.
Neum. Pláceme mucho la idea....
Grun. ¡Armas.... sitio.... hora!....
Neum. Adecuado
Es el sitio, el tiempo dado,
Y hay armas á la pelea.

(*Montando á caballo y sacando dos pistolas de tiro.*)

Grun. ¿Por qué montais?
Neum. Porque quiero
Batirme á caballo, es claro.
Montad, pues.
Grun. Tengo un reparo.
Neum. Ya os escucho, caballero.
Grun. No me bato sin testigos.
Neum. Si de ellos necesitais....
Pero aguardad.... ¿no mirais?
— Allí vienen dos amigos.
— Y en efecto, á toda brida
Vense llegar por la senda,
Dos hombres á la contienda
Que ha de costar una vida.
Era un conde quimerista
El que apareció primero,
Y el segundo caballero
Un famoso periodista.
Ambos para casos tales
Personas muy abonadas,
Que ambos son buenas espadas
Y valientes y leales.

(*Los caballeros saludan. — Gruner monta á caballo.*)

Conde. ¿Qué es aquesto, general?
Neum. Entre yo y este señor
Existe há tiempo un rencor
Encarnizado, mortal.
— Hoy nos une aquí la suerte;
Nos batimos, cosa es llana,
Y Paris sabrá mañana

(*Al periodista.*)

Un combate y una muerte.
Per. Pero....
Neum. El lance es necesario:
Acortad pues de razones
É inútiles reflexiones.
— Os presento á mi contrario.
No conoceis, á fé mia,
Hombre de mas limpio honor,
Ni de ardimiento mayor
Y mas perfecta hidalguía
Que el Baron Gruner.... (*Este se inclina.*)
. . . . Baron,
El Conde Armando de Hyères:
Monsieur Julio de Plombières,
Publicista de opinion.
Los jóvenes que os presento,
Aunque alegres y aturdidos,
Son en Francia conocidos
Por su valor y talento.

(*Ambos testigos se inclinan.*)

— Hablemos del lance ahora.
Mis armas desconoceis:
Bueno será que tireis
Con ellas un cuarto de hora
Siquiera: aquí muy cercano
Hay un tiro: si gustais,
Mejor será que traigais....
O vos, Plombières...
Per. Me allano.
Grun. No es necesario ir al tiro.
Neum. ¿Por qué?
Grun. Mi provocacion,
General, de corazon
Y sin esfuerzo retiro.
Cond. ¡Bravo, Baron!
Per. ¡Admirable!
Neum. Estimo vuestra nobleza;
Pero, hablando con franqueza,
El duelo es inevitable.
Grun. Pues yo no lo entiendo así.
Cond. ¡Eso es hablar como un hombre!
Neum. — Aun no sabeis, no os asombre,
Cuánto un tiempo os ofendí.
Gren. Pero....
Neum. Dejadme acabar:
Lidiar con vos apetezco,
Baron, porque os aborrezco,
Aunque, justo, os sé apreciar.
Grun. Sea, pues, como gusteis.
Neum. Dictad vos las condiciones....
Grun. No debo, por mil razones.
Neum. Os ruego que lo arregleis.

(*Al Conde y Plombières.*)

(*El Conde y Plombières se separan un poco y conferencian algunos instantes. — Luego se reunen á los dos adversarios.*)

Conde. A caballo: á ochenta pasos:

(*Con voz triste y sonora.*)

A la señal convenida,
Marchareis á media brida
Como se usa en tales casos.
Tirareis siempre de frente
Y á galope, en la primera
O en la segunda carrera;
Pero habiendo mas de veinte
Pasos, entre ambos : es justo
Que solo una vez tireis... [reis?

Neum. (*A Gruner.*) ¿Observar algo que-
Grun. A lo que digais me ajusto.
Neum. Pues bien : las armas cargad.
— ¿Aceptais como testigo
Al Conde?
Grun. Sí
Conde. Yo me obligo
A serviros con lealtad.

(*Gruner se inclina. — Los padrinos se retiran un poco para cargar las armas, mientras que Neumann, sacando su cartera, escribe algunas líneas en un papel que se guarda en el bolsillo. — Los padrinos entregan las armas á sus respectivas partes.*)

Cond. Lo pactado no olvideis.
Neum. Basta.

(*Miden el terreno.*)

Plom. (*A Neumann.*) Amigo, vos aquí.
Conde. (*A Gruner.*) Apenas da el sol, y así,
Igual carrera teneis.

(*El Conde y Plombières andan cuarenta pasos, viniéndose á encontrar en mitad de la carrera. Colócase entonces cada cual á la derecha de su parte, y dan tres palmadas. — Parten los combatientes. El general dispara á treinta pasos y hiere á Gruner en el brazo de la pistola. — Este dispara en seguida.*)

Plom. ¡Socorramos al Baron!

(*El Conde y él se dirigen á Gruner; pero este continua hácia Neumann.*)

Grun. (*Al pasar.*) ¡Socorred al general!

El Conde y Plombières lo siguen. Gruner echa pié á tierra, y abre los brazos al general, que pálido é inmóvil como una estatua se le sonrie.)

Grun. ¿En el pecho?
Neum. Sí... mortal...
Ya apenas juega el pulmon.

(*Dejándose caer en los brazos de Gruner, quien lo deposita en el césped, con la cabeza apoyada en su pecho.*)

Grun. ¡Señores... presto... corred
Por un doctor... un carruage!
Neum. Escusado es ese viaje...
Mi postrer voto entended. (*A Gruner.*)

(*Los testigos se separan un poco, y descubiertos esperan.*)

Perdonad á un enemigo
Que tanto daño os causó;
Mas que siempre os admiró
Y al morir os llama amigo.

(*Gruner, llorando, lo estrecha contra su corazon.*)

Neum. Aquí, en aqueste bolsillo
Cuatro líneas hallareis :
Por ellas, Baron, vereis
Que os engañé : no me humillo
Al pedir vuestro perdon...
Reconozco mi pecado...
Nací bueno... fuí estraviado
Por la mala educacion...
Mas por instantes me muero...
— Señores...

(*Los testigos se acercan.*)

Dios me es testigo
De que os dejo un fiel amigo
En tan noble caballero.
Adios, señores.

(*Tendiéndoles la mano.*)

Velada
La luz... hermosa... del dia...
— ¡Gran Dios!.. ¡Perdon!.. ¿qué armonía?..

(*Incorporándose y abrazando estrechamente á Gruner.*)

¡Hasta luego, camarada! (*Espira.*)

CUADRO CUARTO.

MEDITACION.

Gruner.

(*Paseándose por los Campos Elíseos.*)

¡Noche callada, límpida, serena,
Cuán bella pasas á mis tristes ojos!
Mécese en el cenit la luna llena,
Y dorados manojos
De estrellas rutilantes en su lento
Gracioso movimiento
Por la bóveda azul, blando rocío

De luz desparcen sobre tierra y mares,
Los límites salvando, seculares,
Del nunca hollado campo del vacío.

¡Cuántos sucesos ¡ay! cuántas edades,
Cuántos claros renombres,
Virtudes y maldades,
Y generosos y mezquinos hombres
Vuestros rayos castísimos miraron,
Que efímeros pasaron,
Y á sumirse volvieron
En el golfo sin fin de que salieron!

— Edades mil y mil generaciones
Contemplareis aún; altas virtudes,
Torpes vicios, volcánicas pasiones,
Flacos y levantados corazones...
¿Mas será vuestra luz la luz eterna?
¿O bien en la superna
Region, donde os contemplo suspendidas,
Se apagarán tambien vuestros fulgores,
En los propios ardores
Como los otros fuegos consumidas?
Escrito está, que un dia,
Atravesando la region vacía
Con indecible pompa
De miedo y de terror y de amargura,
En la tiniebla oscura
Se oirá de un ángel la estridente trompa:
Alta de Dios la omnipotente mano
Secará el occéano;
Y llena hasta los bordes la medida
De cuanto á la existencia fué crëado,
A átomos impalpables reducida
Esta masa de fango ensangrentado
Que tierra se llamó, caerá perdida
De la nada al abismo ilimitado.

Mas del libro en las páginas eternas
Leo tambien que vuestros dulces ojos
Se apagarán: — la mano creadora,
Del tiempo al resonar la última hora,
Cerrará vuestros párpados amante:
Cual cierra palpitante
De piadosa emocion, el triste anciano
Con temblorosa mano,
Los ojos de la vírgen, sorprendida
Por la feroz guadaña de la muerte,
En medio del tumulto de la vida.

La crëacion entera, estremecida
A la voz de Jehová, mas alta y fuerte
Que el tremendo rugido
Que lanza el ancho mar embravecido
Ó el rudo azote de huracan violento;
Del alto firmamento,
Poblando los abismos insondables
De la ignorada inmensidad, vacía,
Oirá tronar en notas espantables
Que al fin llegó su postrimero dia!

Como en vano los ojos, tras la huella
Ansiosos vagan de perdida estrella,
Rápida exhalacion, hija del rayo,
En tibia noche del florido mayo;
Como en vano se ofuscan
Cuando afanosos buscan
La levísima gota desprendida
De una trémula mano
En el vasto raudal del occeáno:
Colmada la medida
De los tiempos del mundo, el tiempo mismo
Se hundirá en el abismo
De la honda eternidad, madre terrible
Que el límite al pisar del crudo plazo,
Ahogará á su hijo en un abrazo,
Dándole en sus entrañas tumba horrible!

— ¡De todo lo crëado
No quedará ni sombra ni memoria!
¡De tanto padecer, de tanta gloria,
De tanto mal temido ó bien ansiado,
Ni un eco repetido
Ha de quedar, ni un lúgubre gemido!

¿Cómo puede, Señor, el débil hombre
Al pensar de esos soles en la muerte,
Necio, llamarse fuerte,
Soñar, impío, eternizar su nombre?
¿Cómo en su corazon, lodo mezquino,
Rencores amasar, sentir pesares,
Divinizar efímeros amores,
Aherrojar á sus plantas el destino?

— Millares de millares
De siglos pasarán, los resplandores
Antes que apagues Tú, de esas lumbreras
Que son en las esferas
De tu gloria elocuentes narradores:
Y siglos mil antes del sumo dia,
Esta generacion que alienta ahora
Y se agita y combate en lucha impía,
Sobre este espacio oscuro, limitado,
De lágrimas y crímenes forjado,
Verá llegar su postrimera hora.
Y empero, ciega, estúpida, opresora
Pugna por alcanzar en la ardua liza
El premio del valor ó el del talento...
— ¡Ceguera miserable!
¡Tan infando rencor, tal ardimiento,
Por lo que es vil ceniza,
Vanidad, ilusion, polvo impalpable!

¡Cuántos nombres ilustres, afamados,
Y ánimos levantados,

Generosas pasiones,
Viles, desenfrenadas ambiciones,
Rodarán confundidas,
Indistintas moléculas, perdidas
En la vasta grandeza
De la madre comun naturaleza!

— ¡Claros soles, inmensos reverberos,
Un dia morireis!... ¡Y los humanos,
Criaturas fugaces de un minuto,
Se persiguen arteros
Como hambrientos milanos,
Recogiendo en sus odios carniceros
Llanto por galardon, sangre por fruto!

¡Señor! ¡Señor! — Cuando afligido pienso,
Cuando en callada soledad medito,
Lo que suma el mortal mas encumbrado
Ante la inmensidad de lo creado,
Me humillo á tu poder sumo, infinito.
— Atomo imperceptible en el inmenso
Piélago de los seres — ¿qué es el hombre?
— ¡Cuándo mas un sonido, un soplo, un
[nombre!

CUADRO QUINTO.

POR LA NOCHE.

EN CASA DE JULIETA.

Gabinete amueblado al gusto oriental. — Julieta reclinada en un divan, medita.

I

JULIETA, *sola.*

Voz del corazon.

Me ama, estoy segura,
Como yo le amo á él...

Voz del entendimiento.

Mas le atormenta
Con su horrible tortura,
Duda crüel, encarnizada, lenta.
Me juzga ¡ay me infelice! mancillada
Por mi propio querer, y no me es dable
Sacarle de su error!... Y aunque lo fuera,
Una muger por otro deshonrada,
Ayer, vil pordiosera,
Hoy rica, mas oscura aventurera,
Indigna es siempre de él, si no culpable.

Corazon.

¿Mas, pura y sin mancilla
No eres ante tí propia, por ventura?
¿No es grande tu hermosura?
¿En tu mente no brilla
Poderosa la llama del talento?
¿El usado ardimiento
Cedió en tu corazon? — De tu carrera
El fin será feliz... ¡Espera! ¡Espera!

Entendimiento.

¿En quién has de esperar? — ¿Tuviste acaso
En toda tu existencia un solo dia
De completa alegría?
¡Cuánto rudo fracaso,
Cuánta lenta agonía
Lloraste, de placer por un instante!
El pecho palpitante
De grato amor, do quier sembró virtudes,
Y á tantos beneficios
En premio, y tan heróicos sacrificios,
¿Qué fruto recogiste?... ¡Ingratitudes!

Corazon.

Ingratos y perversos en el mundo
Son cosa harto comun; cosa harto rara
La amistad verdadera,
Casi prodigio el verdadero amor...
— Empero, en el profundo
Misterio de tu vida, pura, clara,
Una amistad sincera,
Bálsamo fué á tu hastío y tu dolor.
¿Y ese prodigio raro,
Ese amor celestial, no lo encontraste?
¿Ingrata ya, olvidaste
Al que te dió su generoso amparo?
Te adora el capitan... ¡está segura!

Entendimiento.

No creas en su amor... fuera locura.
Y aunque ciego te amara,
Y un punto tus desdichas olvidara,
Poseyéndote ya, recordaria
Los sucesos pasados,
Y entrambos desdichados
Una vida viviérais de agonia.
— Debes morir. — A tí ya no hay placeres.

Criada. Señora. (*Entrando.*)
Jul. ¿Qué me quieres?
Criada. Ya están en el salon los convida-[dos.

II

Salon brillantemente iluminado.—En el centro una mesa servida con magnificencia.—Julieta ocupa la cabecera. — Gruner á su derecha. María á su izquierda. — Kramer al lado de María. — Los demas convidados, cada cual al lado de la muger que le interesa.

Jul. Muy bienvenidos, señores. —
Estás muy seria, María...

(*A María, besándola, mientras mira de soslayo á Gruner.*)

Mar. Yo no...
Jul. ¡Viva la alegría!
Kram. Sí... sí. ¡Olvido á los dolores!
Duque. ¿Qué celebra hoy la cantante

(*Al oido de una actriz del teatro de Variedades, que está á su lado.*)

Que tan dichosa se muestra?
— ¿Di, Fanny... el que está á su diestra
Es acaso un nuevo amante?
Fan. ¿Lo habeis sido vos? — ¿Callais?
— Decidme, por vuestro honor:
¿Obtuvisteis su favor?
— Callando lo confirmais.
Duque. Callé, Fanny, avergonzado
De mi anterior cobardía:
En mi amorosa porfía
Por ella fuí rechazado,
Y aunque nunca osé atrevido
Jactarme de su favor,
No tuve el noble valor
De confesarme vencido.
Fan. Por eso, en la larga cuenta
De amantes afortunados,
Por la envidia numerados,
Figurais...
Duque. Y me atormenta
Por ello, aunque acaso tarde,
La voz de mi corazon;
Mas yo lavaré el borron
De mi conducta cobarde.

(*Carlota, actriz del teatro de Variedades, habla al oido de Plombières.*)

Carl. ¿Ese bizarro aleman
Es ahora el preferido?
Plom. No lo sé: jamás he sido
De esa hermosura galan.
Carl. Empero .. su admirador...
Plom. Siempre lo fuí del talento.
Carl. Lo decis...
Plom. Como lo siento.
Carl. ¿Y al tudesco triunfador
Tambien admirais?
Plom. Tambien.
Carl. Sois...
Plom. Justo.
Carl. Y nada zeloso.
Plom. ¿Insistís? (*Incomodado.*)
Carl. Estais chistoso...
La cólera os sienta bien.
Plom. A ella como al capitan
Amo y respeto...
Jul. ¿No quieres? (*A María.*)
Mar. Bien está...
Jul. Amigo Plombières,
Trinchadnos ese faisan.
Plom. Con sumo gusto.
Jul. Señores...
Por favor, las copas llenas. —
¡Al olvido de las penas! (*Brindando.*)
Carl. ¡Al triunfo de sus amores!

(*Al oido del Duque. — Todos beben escepto Gruner.*)

Jul. (*A Grun*) No habeis hecho la razon...
Grun. Es grave descortesía;
Mas no dice la voz mia
Lo que niega el corazon.
Jul. Por demás oscuro estais...
Os ruego que me espliqueis...
Grun. Presto quizás lo sabreis:
Hasta entonces no insistais.
Jul. No insisto. — Despues espero
A solas un punto hablaros...
Cuando...
Grun. Bien: — vendré á buscaros.
Jul. Os aguardo, caballero.
Pero estais mudos... (*A los convidados.*)
Duque. ¡Por Cristo!
Tiene Julieta razon. —
Cantadnos una cancion... (*A Fanny.*)
Todos. ¡Sí! ¡Sí!...
Fan. A tantos no resisto.

(*Canta.*)

Cuando desgarran los males
Lentamente el corazon,
Y perturban la razon
De los míseros mortales,
Ociosos son los cordiales
Del consejo y reflexion.
Pero el vino
Es un bálsamo divino.

Coro.

Pero el vino, etc.

Fanny.

Corriendo en pos de la gloria

Va un afamado poeta;
Una página completa
Quiere escribir en la historia
Un general: — la victoria
Burla á entrambos, que es coqueta...
Pero el vino
Es un bálsamo divino.

Coro.

Pero el vino, etc.

Fanny.

Engañoso es el placer,
Humo el halago de amor,
Farsa en el hombre el valor,
La ternura en la muger
Tambien farsa: — el padecer
Solo es cierto del dolor!
Dios, empero, nos dió el vino
Como bálsamo divino.

Coro.

Dios empero, etc.

Duque. ¡Bravo á la hermosa sirena!
Todos. ¡Bravo! ¡Bravo!...
Fan. Gracias mil.

(*Inclinándose.*)

Plom. Lunes primero de abril.

(*Sacando su reloj y levantándose.*)

Jul. ¡La postrera copa llena!
Todos. Bien.
Jul. De sincera amistad
En pura y sencilla muestra,
Brindo por la dicha vuestra!
Tod. A vuestra felicidad.
Fan. Julia, adios. — ¿Y mi perrito?

(*Al Duque.*)

Duque. Aquí está: ya aguarda el coche.
Carl. (*A Plom.*) ¿Os venís, caballerito?
Plom. Allá voy. — Muy buena noche.

(*A Julieta. — Julieta abraza á María y dá la mano á Kramer. — Gruner sale con ellos.*)

III

EN EL GABINETE.

JULIETA, GRUNER. — (Al lado de una otomana en que están sentados, un velador con un vaso de agua casi lleno.)

JULIETA, GRUNER.

Jul. ¿Por dónde comenzar? — Tímido el [labio

(*Pensando.*)

No acierta á producir ni un solo acento...
¡Funesta indecision!...
Grun. Mortal agravio.

(*Pensando.*)

O torpe fingimiento
Juzgará mi reserva en tal momento.
Jul. ¡Tus ardientes latidos
Deten, o corazon; deja á la boca
Que formule sonidos
Siquiera entre tristísimos gemidos!
Grun. La agitacion interna me sofoca,
No puedo respirar!...
Jul. Me prometísteis

(*Venciéndose.*)

Las secretas razones revelarme...
Grun. Queríais vos hablarme...
A eso vine...
Jul. ¿Tan solo á eso vinísteis?
Grun. ¿No fué lo que pedísteis?
Jul. Cierto. Ahora bien: un punto dis-
Con franqueza total... [curramos
Grun. Es mi deseo.
Jul. Ha tiempo, capitan...

(*Ruborizándose.*)

Grun. ¿Que...
Jul. Nos amamos.

(*Con esfuerzo.*)

Grun. ¿Y bien?...
Jul. Dejadme hablar....
Grun. Pero... no veo...
Jul. Discurriendo quizá nos entendamos.
Vos me tendísteis una mano amiga
Con hidalga bravura,
En mi honda soledad y desventura:
Juzgásteis luego infame á la mendiga,
Y rubor os causó vuestra ternura.
Grun. Señora...
Jul. Es la verdad: triunfando empero,
La generosa condicion, un dia
Que vísteis que á sus males sucumbia,
Hidalgo caballero,
A su amparo acudísteis el primero.
Acaso ardia aún la noble llama
En vuestra alma de amor, mas en tormento
Trocada, fiero, insoportable, lento!
Grun. El fuego que me inflama...
Jul. Es lo que os dije ahora; nunca
Vive aún el amor, la confianza [miento.
Ha tiempo que acabó: — La suerte impía,
Por culpa que no es mia,
Me hizo indigna de vos: ni en lontananza
Puedo al alma fingir una esperanza.

(*Gruner, indeciso, calla.*)

Jul. (¡Acabe, en fin, tan bárbara agonía!)
Tengo sed... Capitan, dadme ese vaso.

(*Gruner se lo dá. Julieta saca con disimulo el frasquillo que le dió el farmacéutico, y lo vierte en el agua. — En seguida bebe mas de la mitad.*)

Jul. Ahora que repaso
En calma fria mi pasada historia,
Os juro, capitan, que amé la gloria
Solo por vos... por vos...
Grun. (¡Descolorida

(*Sobresaltado.*)

Como el mármol está!)
Jul. Tierna memoria
Guardad de la postrera despedida
De aquella que os amó mas que á su vida.
Grun. ¿Qué decís?
Jul. Que en mi seno
Ejerce ya su furia despiadada
Un agudo veneno.
Grun. ¿Qué hiciste, desdichada? [sible.
Jul. Vivir sin vuestro amor era impo-
Grun. ¡No... no... no morirás!

(*Llamando con violencia. El cordon de la campanilla se rompe.*)

Jul. Empeño vano...
Antes previlo todo... al llamamiento,
Ninguno acudirá... Tened la mano.
Grun. ¡Agonía terrible!

(*Queriendo lanzarse fuera.*)

Jul. ¡Por piedad, no os vayais! Solo un
Me queda... [momento
Grun. ¿Há de morir, Dios Soberano?

(*Volviendo hácia ella.*)

¡Crüel, muger crüel! ¿No sospechabas
Al conspirar así contra tu vida,
Que contigo á la tumba me arrastrabas?
— ¡Estrella bendecida!

(*Reparando en el vaso y tomándolo.*)

Aun hay...
Jul. ¡Cielos! ¿qué haceis?

(*Queriendo arrebatarle el vaso.*)

Grun. Morir contigo.

(*Bebiendo hasta la última gota.*)

Jul. ¡Oh Cárlos... Cárlos! ¡Dios del fir-
[mamento!

(*Cayendo de nuevo en la otomana.*)

¡Aún este horrible, roëdor tormento
A mi fiera agonía reservabas?
¿Por qué crimen padezco tal castigo?
¡Oh Cárlos! ¡Por piedad de mí te aleja!
¡Vete!... ¡sal!... Aun salvarte por ventura
Podrás... (*Se arrodilla.*)
¡Señor! ¡Señor!—De mi amargura
Dúelase tu piedad!... ¡Oye mi queja!
¡Salva, Señor, su vida,
Por la casta matrona, dolorida,
Que enterneció á aquel pueblo sanguinario
Abrazada á tu cruz en el calvario!
Grun. ¡Cálmate, dueño mio,

(*Levantándola.*)

Modera aquese histérico estravío,
Y unamos nuestro esfuerzo en tal instante!
Jul. ¡Ay Cárlos! ¡tengo frio!

(*Dejándose caer en la otomana.*)

Grun. Ven, Julieta, á los brazos de tu
[amante.
Duérmete en mi regazo blandamente...
Luego despertarás, pura, radiante,
En el seno del padre Omnipotente!

(*Julieta se reclina sobre el pecho de Gruner.—Este la estrecha contra su corazon.*)

Grun. ¡Qué fria está! ¡Julieta!
Jul. ¡Cárlos mio!
¿Me llamabas?
Grun. ¿Padeces?
Jul. No...
Grun. (Ya siento
Por mis venas correr, frígido, lento,
El soplo de la muerte... ¿Mas qué escucho?
Pasos distintos son... ¿Acaso lucho
Con el delirio ya?... se acercan... ¡Cielos!
—Tarde vienen socorros ó consuelos...
Apenas late el corazon...)
Jul. Te adoro...

(*Con voz espirante.*)

Cárlos... abrázame...

(*En este instante ábrese la puerta y entra Kramer.— Julieta abre los ojos.*)

Grun. ¡Kramer! ¡amigo!
¡Sálvala por piedad!—Tu ayuda imploro!
¡Va á morir!—¿Mas qué veo?—¡No me
Y en la tremenda lucha, [escucha,
La sonrisa glacial de un enemigo
Sus labios entreabrió!—¡Maldi...
Kram. Detente...

(*Acercándose cariñoso.*)

Un narcótico simple...
Grun. ¡Dios clemente!

Kram. Ambos despertareis al nuevo dia.
Jul. ¡Cár... los mi... o te a... do... ro!...
(*Espirante.*)
Grun. ¡Esposa mia!
(*Julieta cierra los ojos y cae aletargada.*
— *Gruner, despues de desesperados esfuerzos, se rinde al fin á la violencia del narcótico.* — *Kramer los coloca en la otomana lo mas cómodamente posible, y abrigándolos con la capa de Gruner, sale en puntillas cerrando la puerta.*)

CONCLUSION.

Pura, límpia, serena, perfumada,
Brilla en Oriente la rosada aurora
Del sol vivificante precursora.

—

Al süave calor naturaleza
Se sonrie, de gozo estremecida,
Y u ana de su pompa y su belleza
Bebe á mares el fuego de la vida.

—

Abre la flor su cáliz coronado
De brillante diadema de rocío,
Y en los aires su olor embalsamado
Desparce, y sobre el césped mustio y frio
Un menudo aguacero aljofarado.

—

Blandamente los árboles menean
Sus ramas ya de verde revestidas,
Y las menudas hojas juguetean
Al sol primaveral reciennacidas;
Mientras las leves lianas serpentean
Al tronco rudo con amor asidas.

—

De rama en rama alegres van saltando
Los canoros, pintados jilguerillos,
Mientra en el césped húmedo triscando
Resbalan los inquietos cabritillos:
Grato frescor á la campiña dando
Alientan los alados cefirillos,
Las flores en su vuelo acariciando.

—

Y entona el ruiseñor en la enramada
El himno matinal con dulce acento,
Y la tórtola arrulla enamorada
Su monótono canto, triste y lento:
Se escucha ya en la rústica majada
El usado tumulto y movimiento,
Y aún la altiva ciudad yace adormida
En el sueño, letargo de la vida.

—

Mas de una casa que un jardin rodea
Se entreabre á deshora una ventana,
Y al alentar el aura juguetea
Con la verde, levísima persiana:
Descórrese por fin: —la faz febea
Entrambos, virginal, fresca, lozana,
Dos jóvenes se asoman juntamente
A respirar el matutino ambiente.

—

Ambos de acabadísima hermosura
Si bien en sexo y en edad distintos,
Respiran con deleite el aura pura
Perfumada de violas y jacintos:
Ambos los rostros celestial dulzura
Rebosan, del color entrambos tintos
De la púdica reina de las flores,
Color que nunca vive entre dolores.

—

De ambos los brazos los nevádos cuellos
Oprimen con suavísima terneza,
Se rozan y confunden sus cabellos
De igual brillo y color, é igual riqueza:
Mas ya del sol los fúlgidos destellos
No pueden soportar, y con presteza
Descienden al jardin ambos amantes
En abrazo de amor como denantes.

—

Y con delicia aspiran los olores
Del pensil, en sus bóvedas sombrías,
Escuchando los múltiples rumores,
Las vagas, misteriosas armonías
Que en la blanda estacion de los amores,
Al empezar de los serenos dias,
Exhalan en dulcísimos acentos
Al supremo Hacedor los elementos.

—

Y de pronto en ambos brilla
Simpática inspiracion,
Y doblada la rodilla
Alzan ferviente oracion.

—

Ella por él ora al cielo,
Él por ella al cielo implorá;

Llanto de amor ella llora,
Y el llanto de él baña el suelo.

—

Y se levantan unidos,
Y cuentan males pasados,
Mil veces ya comenzados
Y otras mil interrumpidos :

—

Y repiten juramentos
Con santa fé y puro ardor,
Y largos siglos de amor
Viven en cortos momentos.

—

Y se abrazan y se miran,
Y de su dicha se espantan,
Y hablan y rien y cantan
Y sollozan y suspiran.

—

— ¡O púdico amor primero
Del mismo Dios emanado,
Como el cielo inmaculado,
Como la fé verdadero!

—

Oásis al peregrino
En el desierto del mundo,
Como tu padre fecundo
Y generoso y divino :

—

¡Cuán feliz aquel mortal
A quien abrasa tu fuego!
¡Cuán miserable el que ciego
No ve tu luz celestial!

— Así van los dos amantes
Entre célicas delicias,
Haciéndose mil caricias;
Y los ecos circunstantes,
Envidiando aquel tesoro
De casta felicidad,
A porfía
Compitiendo,
Van diciendo :
¡Alma mia,
Yo te adoro!
Con armónica unidad.

—

Y la jóven hechicera
Y su amante, hermoso guia,
Huyendo al calor del dia
Atraviesan la pradera.

—

El uno del otro en pos
Marchan con paso gentil,
Y... se perdieron los dos
En las sombras del pensil...

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Carta de Julieta al anciano cura.

Lunes, 1° de abril.

Padre mio : ¡creo en Dios!



EL PROSCRIPTO

EPISODIOS DE LA TRAGICOMEDIA DEL SIGLO XIX.

De la montaña desciende
El rio precipitado,
Párase un poco en el prado
Y empieza á serpentëar:
Pero ¡ ay triste! ¿qué pretende,
Un paso y otro torcido,
Si para el mar es nacido,
Y ha de morir en el mar?

D. J. Manuel de Arjona, penitenciario de Córdoba.

A . . . . . .

Una página en blanco es cada historia
A los ojos del mundo indiferente; —
— ¡Pueda á tu corazon ser la presente,
De un amigo infeliz dulce memoria!

AL QUE LEYERE.

Heme propuesto, amigo lector, escribir una serie de poemas que, tendiendo todos al mismo fin, formen, al modo de los eslabones de una cadena, y segun mis cortas fuerzas alcanzaren, si no el complemento rico de belleza y conviccion, el feto, siquiera informe, de la grande epopeya humanitaria que las orgullosas miserias de nuestro siglo, descreido y egoista, imperiosamente reclaman.

El Proscripto, que ahora te presento, es el tercer eslabon de aquella cadena que empecé con los otros dos que acaso te sean desconocidos : *Delirium* y *La Segunda Vida.*

El pensamiento civilizador, que atraviesa como una línea tangible y de un polo al otro dichas obras, es el mismo en el fondo, siquiera distinto en los medios : — el pensamiento moral del Evangelio — la redencion por el amor.

¡Amor! pasion sublime, de la cual emanan todas las que ensanchan, elevan y divinizan el corazon, desde la blanda y fácil piedad hasta el difícil y encumbrado heroismo; así como del contrapuesto polo, la indiferencia, nacen todos los que le esterilizan y depravan, desde el egoismo pasivo hasta la mas execrable perversidad. — Pero esto no es de aquí.

Acaso no falten críticos escrupulosos que me acusen de monotonía; pero, dejando aparte que yo para tí, y no para ellos, escribo : ¿no es por ventura la misma nuestra humana miseria, cualesquiera que sean las fases esteriores de que se revista? — ¿No es siempre y esclusivamente el amor la suprema palanca de redencion de que se sirve la divina Providencia para la ejecucion de sus altos fines?

Digan pues lo que quieran esos estériles predicadores de miserables fórmulas de escuela sobre mis débiles trabajos; ensáñense sobre la corteza caduca, sobre la carne mortal, por decirlo así, de mis obras. El fondo es imperecedero, porque su orígen es aquel manantial supremo y eterno;

aquella infinita unidad de amor y salvacion que nos revela el sentimiento. La admiracion por lo bello y lo justo es intuitiva en el corazon humano: — no está sujeta, ni sujetarse puede, á reglas de escuela, emanaciones mezquinas de un gusto transitorio. Nada puede con el espíritu inmortal el escalpelo del anatómico, al reducir á átomos impalpables el informe monton de materia inmémore, que algunos momentos antes era capaz de sentir y comunicar en torno suyo la estraña y comprensiva síntesis de la vida humana: — ¡AMAR Y PADECER!...

Presto te ofreceré otro, y aun otros eslabones ó capítulos de esta obra mia, que, si no me engaño mucho, será la mas importante de mi vida literaria. Y si hasta ahora te fueren simpáticos mis esfuerzos, ruega á AQUEL de quien dimanan la Fé, la Esperanza y el Amor, que me sostenga en este combatido palenque de mi vida; que, segun me siento de cansado y afligido, creo que sin su auxilio soberano habré de arrojar la espada, y abandonarme inerme y solo á los furores de mi contraria fortuna.

De esta tu casa, á 1° de julio de 1852.

J. HERIBERTO GARCÍA DE QUEVEDO.

INTRODUCCION.

Parve (nec invideo) sine me, liber, ibis in urbem
¡Hei mihi! quò domino non licet ire tuo.
OVIDIO, *Elegía 1ª de los Tristes.*

I

A vosotros, los de alma generosa,
Sensible temple y corazon altivo;
Vuestra sola es mi lira dolorosa,
A vosotros no mas, confiado escribo:
Si acaso entre la turba bulliciosa
Me arroja en su furor el hado esquivo,
Hállome como náufrago viajero
En la playa que nunca vió primero.

II

Nacido para amar, entré en la vida
Con un alma de fuego, apasionada...
¡Ay me! ¡Cuánta ilusion lloré perdida!
¡Cuánta dicha creí, que fué soñada!
¡Cuántas veces, só túnica florida
De virginal amor, hallé la helada
Alma del egoismo aciaga y dura,
Riendo de mi cándida ternura!

III

El valor, la hidalguía y el talento
Dotes funestas son de adverso hado;
La ciencia de vivir es fingimiento,
Y el que finge mejor el mas preciado:
¡Cuánto estúpido oí llamar portento!
¡Cuánto mandria pasar por alentado!
Y ¡cuánta vergonzosa medianía
Llegar á la mas alta nombradía!

IV

El necio mas ramplon llámase sabio,
Si entiende de adular el arte odioso,
Y maldiciente el noble y firme labio
Que la verdad pronuncia valeroso;
Y caja cual rebélase al agravio,
Y al sincero apellidan envidioso,
Y vanidad la varonil franqueza,
Y soberbia indomable la entereza.

V

Modestia, la cobarde hipocresía,
Ardimiento á lo que es fanfarronada,
A la suma bajeza, cortesía,
Prudencia á la avaricia mas taimada;
Y padron de inmortal filosofía,
Heróico corazon y alma elevada,
A aquel que ve la desventura agena
Secos los ojos y la faz serena!

VI

Y flaco es y cobarde el noble pecho
Que la ofensa, magnánimo, perdona;
Que el vil nunca se encuentra satisfecho
Si al vencido no pisa y desmorona;
Y mirando á través del prisma estrecho
De sus mezquinas almas, la corona
De vencedor jamás el bueno alcanza,
Sino el que astuto tuerce la balanza.

VII

Y triunfa siempre el interés bastardo
Sobre la santa ley de la justicia,
Y gritan: «¡Al ladron!» si algun gallardo
Triunfa al fin por arrojo ó por pericia;
Y si acaso sufrió breve retardo
Su insaciable ambicion ó su codicia,
Claman desaforados al despojo,
Y nunca amengua su bastardo enojo!

VIII

— ¡Siglo décimonono, siglo impío,
Gigantesco á la vez y limitado;
Do el cuerpo alcanza inmenso poderío,
Y el alma yace en infelice estado:
Henchido de ambicion, de fé vacío,
Jamás en otro alguno el cielo airado
Vió mayor impiedad ni mas altares!
— ¡Siglo de anomalias singulares!

IX

Siglo de empedernidos mercaderes,
De amor, fé y religion profanadores,
Do la gloria, el honor y los placeres
Se dan á los mas ricos compradores;
Do venden sus caricias las mugeres,
Do alquilan sus conciencias los doctores,
Do reyes, pueblos, son siervos del agio;
Que á todos llega el mercantil contagio.

X

Siglo mas que los otros ilustrado,
Cuya ciencia rayando va en locura;
Que á mitad de su curso ha devorado
Mas que otros diez; — y de la edad futura
Suma leccion, corriendo desbocado,
Consigo arrastra en su corriente impura,
Santas costumbres, venerandas leyes,
Tribunos y pontífices y reyes.

XI

En tu asqueroso fango confundidos
Con la ciega, ignorante muchedumbre,
Predican mil apóstoles fingidos,
En són de libertad, vil servidumbre;
Mas ¿qué valen estériles gemidos,
Si del vicio la hedionda podredumbre,
En falsa luz bañada la faz rea,
El universo manda y señorea?

XII

— Tal vez parezca exagerado y duro
El cuadro que, lëal, traza mi pluma,
Aunque del torpe error y el vicio impuro
Difícil es exagerar la suma;
Empero anda con paso mal seguro
El que su propio desaliento abruma,
Y fácil es que su flaqueza añada
Al cansancio y azar de la jornada.

XIII

¡Cuán llano es, o lector, ser compasivo,
Benévolo, indulgente y generoso,
Al que contempla de lugar altivo
Este cáos mortal, vertiginoso!
Mas yo, infeliz, que agonizando vivo,
Náufrago en medio al piélago sañoso,
Mi alma tal vez, y á su pesar, respira
Las tempestades roncas de la ira.

XIV

De violentas pasiones conturbado
El ánimo, lector, es casi cierto
Que el juez mas imparcial, recto, ilustrado,
No pudiera juzgar con firme acierto:
Aunque tengo lo dicho por probado,
Déjote el sentenciar; y pues advierto
Que acaso sobre ya dedicatoria,
Voy á empezar la prometida historia.

EL PROSCRIPTO

EPISODIOS DE LA TRAGICOMEDIA DEL SIGLO XIX.

PRÓLOGO.

Sala de una casa particular alhajada modestamente. — Una puerta al fondo. — A la derecha puertas que dan á lo interior de la casa. — A la izquierda ventanas que dan á la calle. — En el centro una mesa con recado de escribir, libros, etc., etc — Adela borda en un bastidor, cerca de una de las ventanas. — Alfredo, sentado á sus piés, hojea un libro de filosofía.

ESCENA PRIMERA.

ALFREDO, ADELA.

Alf. En todos estos libros celebrados
Domina el torpe error: — hablan del alma
Como de una ecuacion: — el leve instinto
De la razon humana, se oscurece,
Y duda y se confunde en las tinieblas
Del secreto que Dios tan solo pudo
Descifrar plenamente. — El escalpelo
Del hábil anatómico, divide
Los tejidos, las fibras, las entrañas
De un cadáver: — estudios de la muerte
Que jamás llevarán al juicio humano
A adivinar la esencia de la vida.
— ¡Y hablan estos filósofos del alma! —
Con cálculos y símiles groseros
Amontonan ridículas teorías,
Y con palabras bárbaras se esfuerzan
En ocultar su estúpida ignorancia.
— Creo en Dios, amo á Dios, porque lo siento.
Creo el alma inmortal, porque el divino
Sér que cree dentro á mí y espera y ama,
No puede perecer: — sus atributos
No son de la materia, y el sepulcro
Reclama solo inmémores cenizas.
— Quien no siente, no cree.....
Ad. ¡Qué gran caballo

(*Mirando á la calle.*)

Lleva el conde aleman!!..
Alf. Y con su fria,
Calculadora ciencia, hacen tratados [mero
Del alma... aún mas... de Dios! — El que pri-
Se lanzó á empresa tal y osó dar nombre
A su intento sacrílego, un demente
Debió ser ó un hipócrita malvado!
— ¡Cuán vana eres, profunda teología! —
¿Qué alcanza nuestro torpe entendimiento
De aquel oculto Sér, inesplicable,
Suma unidad de amor, fecunda causa
De este vasto universo! — Atomo leve
Cuanto contemplan los humanos ojos
Es de su crêacion; — y el vil insecto
A quien su propio sér es un enigma;
Cuya razon á analizar no basta
De un grano microscópico de arena
La formacion sencilla, osado escribe
De la *ciencia de Dios!* — ¡Y á dar se atreve
Definiciones de Él! — ¡Cuando no sabe
Ni discurrir...
Ad. Espléndido es el coche
Que lleva Carolina: — Generoso
Cuanto rico es el Duque. — ¡Alfredo!...
Alf. Sobre
Los mil arcanos de su propia vida!
Ad. — Pues señor, está visto, ni aun me escucha. —
¡Hay nada mas estúpido que un sabio! —
¡Alfredo! Alfredo!

(*Bostezando.*)

Alf. ¿Qué quieres,
Bien mio? — Responde...
Ad. Nada.
Soy la mas afortunada

Entre todas las mugeres.
Alf. Lo dices hoy con un tono...

(*Cerrando el libro.*)

Ad. Con el tono que es debido.
Alf. Déjasme, á fé, confundido...
Ad. De franca y veraz blasono.
¿No hay, por Dios, casi dos años
Que te recibiste?
Alf. Cierto.
Ad. Al mismo tiempo que Alberto...
Alf. Es verdad.
Ad. Con tus estraños
Escrúpulos, siempre pobre
Serás, mientras él en alta...
Alf. A mí nada me hace falta.
Ad. Mi amor acaso te sobre.
Alf. Hay tamaña ingratitud
En tus palabras, bien mío...
Me asombra hoy ese desvío.
Ad. Y á mí tu austera virtud.
Alf. Adela, cuando á tus piés
Te declaré mi pasion,
Te hablé de mi condicion,
Que era entonces la que hoy es.
No te oculté mi pobreza
Ni mi dudosa esperanza;
Que no siempre á unir se alcanza
La virtud con la riqueza.
Tú me amaste tal cual soy,
Yo te amo siempre lëal...
Dime qué genio fatal
Te inspira esas quejas hoy.
Ad. La razon: — si la fortuna
Te ofrece mil ocasiones...
Alf. Tiene altas obligaciones
Quien nació en hidalga cuna.
Ad. Nunca podrás convencerme.
Alberto es feliz, temido,
Rico...
Alf. Alberto se ha vendido,
Y yo no quiero venderme.
Prefiero la oscuridad,
La miseria, si es forzoso,
A ese fausto vergonzoso,
Fruto vil de la maldad.
Pero es contienda importuna...
Adios, bien mio; hasta luego.
Ad. Adios.

(*Dándole la mano. — Alfredo sale.*)

Santo es ó está ciego
Quien desprecia la fortuna.
— Veré qué dice esta carta.

(*Sacando una carta.*)

No es el autor muy rendido:
Pero es galan y atrevido,
Y yo del otro estoy harta. (*Lee.*)
« Por última vez, señora,
Vais hoy mis letras á ver;
Harto debeis conocer
Cuánto mi pecho os adora.
Si de faltar no hallais medio
Al que así os sacrificais,
Tal vez os arrepintais
Cuando ya no haya remedio.
Con su honor inmaculado,
Ciencia, virtud y valor,
No deja el noble señor
De ser tonto rematado;
Y la alta filosofía,
De que hace pomposo alarde,
Mucho será que le guarde
De la miseria algun dia.
Separad vuestro destino
De ese moderno Quijote:
El morirse de hambre á escote
Es solemne desatino.
Conmigo seréis dichosa,
No echaréis de menos nada:
Vale mas ser envidiada
Que vivir siempre envidiosa.
Vuestra rival Carolina,
Que hoy de vos triunfa insolente,
Al saber mi amor ardiente
De rabia se desatina.
Lacayos, coches, preseas,
Os ofrezco en profusion;
Seréis desesperacion
De las lindas y las feas.
Tendréis espléndidos trenes,
Mis rentas vuestras serán;
No olvideis aquel refran:
Tanto vales cuanto tienes.
— ¿Vuestra hermosa juventud
Pasará en tan necia duda?
Ved que la virtud desnuda
Es ridícula virtud.
Si á mis ofertas cedeis,
Temida seréis y amada;
No importan al mundo nada
Los sacrificios que haceis.
Creedme, y seréis feliz; —
La virtud á nadie abona,
Y es desliz que se perdona
Un provechoso desliz.
Cuanto digo aquí es seguro,
Y el que no sigue consejo,
Señora, no llega á viejo.
Todo vuestro: — *el Conde Arturo.* »

Tiene mil veces razon...
Pero... fuera gran maldad
Desgarrar por vanidad
Aquel noble corazon.

(*Llaman á la puerta.*)

Llaman : — mi tia ha de ser...
Há rato ya que salió...
— ¿Callaré el asunto? — No...
Me dirá su parecer.

(*Abre, y entra la Tia.*)

ESCENA II.

ADELA, SU TIA.

Tia. ¡Jesus! ¡qué cansada vengo!
Ad. Andais demasiado, tia.
Tia. Aquí ha muerto la alegría,
Y en la calle me entretengo.
— ¿Y Alfredo?
Ad. Marchóse ya.
Tia. Me alegro : es muy fastidioso.
Ad. Pensad que ha de ser mi esposo...
Tia. Eso despues se verá.
Ad. ¿Cómo?
Tia. ¿No hay casi dos años
Que concluyó su carrera?
Ad. Cierto.
Tia. Pues bien, — si quisiera
Casarse... Hija, hay mil engaños...
Los hombres pérfidos son...
Ad. Me asustais, tia...
Tia. No tal :
Cauta, prevengo del mal
Tu inesperto corazon.
Ad. (A esta la ha comprado el otro.)
Decidme pues con franqueza...
Tia. Por no causarte tristeza
He puesto mi alma en un potro.
— Alfredo no te ama ya.
Ad. ¿Cómo, tia?...
Tia. Si te amara,
Claro está que se casara.
Ad. Pero... tal vez no podrá.
Tia. Quien quiere, puede...
Ad. Es muy pobre.
Tia. Y se pasa todo el dia
Leyendo filosofía!...
Aunque el dinero le sobre,
Nunca hará de tí su esposa...
— Pasa con gran prontitud
La dorada juventud. —
A tiempo estás, niña hermosa;
Piénsalo bien : — mil amantes
Te adoran con fé rendida...
Destierra, niña querida,
Escrúpulos vergonzantes.
Elige uno...
Ad. En mi lugar,
¿Cuál prefiriérais?
Tia. Seguro
Eligiera al Conde Arturo...
Es rico y noble sin par.
Ad. ¿Y Alfredo, tia? — ¿Y mi honor?
Tia. No hay amor con tal tibieza,
Y el honor sin la riqueza
Brilla con poco esplendor.
Tengo esperiencia del mundo,
Hija mia ; — soy ya vieja :
Lo que hoy mi voz te aconseja
Será para tí fecundo.
En llanto y oscuridad
Del pobre pasa la vida...
— La virtud desconocida
Es un sol sin claridad.
Mira, Adela, en derredor,
Y en tu claro discurrir,
Di si puedes discernir
La alma verdad del error.
Vive el rico en el placer,
Vivir el pobre es llorar ;
Fuera torpe el vacilar
Cuando se puede escoger.
« Pero es un feo borron
El vicio », responderás...
Créeme, niña, — son los mas
Los que tienen la razon :
El Conde Arturo es galan,
Rico, espléndido, cortés...
Si viene...
Ad. Vendrá á las tres.

(*Mostrándole la carta.*)

Tia. Las tres muy pronto serán.

(*Dan las tres en el reloj de un templo inmediato.*)

¡Oiga! — El reloj respondió.
Ad. ¿Ois, tia? — Pára un coche.
Tia. ¿Y el otro?
Ad. Vendrá á la noche.
Tia. Adentro te aguardo yo. (*Váse.*)
Ad. Basta de necios alardes
De virtud, siempre importuna.
— Pues te me brindas, fortuna,
¡Bien venida!

(*Llaman, y abre la puerta.*)

ESCENA III.

ADELA, ARTURO.

Art. Buenas tardes. (*Entrando.*)
Ad. Buenas tardes, señor Conde.
Art. Dejad á un lado el señor...
Ya sabeis todo el amor

Que dentro al alma se esconde.
Ad. Hablais de un amor tan fiel,
Conde, con suma frialdad...
Art. No ha menester la verdad
De un engañoso oropel.
Mi carta habréis recibido...
Ad. Sí, señor.
Art. Estoy sujeto
A cumplir lo que os prometo.
Decid... ¿qué habeis decidido?
Ad. Pero... con tanta premura...
Art. Lo hecho de pronto es mejor.
Ad. Y ¿no os cansará mi amor?
Art. ¿Cansa jamás la ventura?
Ad. Bien: — acepto. — Esta es mi mano.
Art. ¡Oh! — me ahoga la alegría.
Ad. Ahora... hablemos de mi tia.
Art. Vos sois aquí el soberano.
Ad. Ella seguirme querrá...
Art. Y bien... ¿qué mal hay en...
Ad. Pero...
El caso es que yo no quiero.
Art. Lo que gustareis se hará.
Ad. Su tiempo y razon emplea
En torpe chismografía...
Art. Pero... á haceros compañía...
Ad. Para eso, Conde, es muy fea.
Por harto tiempo, en verdad,
Fatigó mi juventud
Con palabras de virtud
Y obras de perversidad.
Hoy la máscara arrojó
Un momento, y no es posible
Ver un alma mas horrible
Que la que entonces ví yo.
Me espanta su voz, su gesto...
Si á sus plegarias cedeis,
La vida que me ofreceis
Fuera un destino funesto.
Art. Se hará como lo mandais...
Y ¿cuándo logra mi amor?...
Ad. Ahora mismo, si gustais:
Lo hecho de pronto es mejor.
¿Vuestro coche aguarda?
Art. Sí.
Ad. Voy al punto á preparar...
Art. Si me quereis escuchar,
No saqueis nada de aquí.
En nuestra casa tendréis
Cuanto querais, muy de sobra.
Ad. Es cierto.
Art. Harto mala obra
Con dejarle á Alfredo haceis.
Ad. Vamos luego.
Art. Sí... al instante;
Pero antes juzgo prudente...
Ad. ¿Otro nuevo inconveniente?
Art. Que escribais á vuestro amante.
De nuestra resolucion
Habladle con entereza:
Es mas diestra la franqueza
Que la mas hábil traicion.
Ad. Bien: — voy la carta á escribir.
Art. Poco y claro: — es lo mejor.
Ad. Bien...

(*Poniéndose á escribir.*)

Art. Respetad su dolor.
Ad. Ved si teneis qué decir.

(*Dándole la carta.*)

Art. « Amigo mio, hasta hoy

(*Leyendo.*)

Lëal fuí á vuestra esperanza;
Pero, hallando en mi mudanza,
Por no engañaros me voy.
Pésame, os juro, pagar
Amor con ingratitud:
Respeto vuestra virtud;
Mas no la puedo imitar.
No maldigais mi memoria:
Calmáos; no me busqueis.
— Tal vez la dicha hallaréis
En vuestros sueños de gloria. »
Art. Perfectamente, á fé mia;
No se puede mejorar...
¿Vamos?

(*Plegando la carta y poniéndola sobre la mesa.*)

Ad. Sí: — echemos á andar
Antes que salga mi tia.

(*Se coje del brazo de Arturo, y salen, cerrando con precaucion la puerta.*)

ESCENA IV.

ALFREDO, LA TIA.

Alf. ¡Adela! Adela! — acaso resentida

(*Llamando.*)

Me quiere castigar. — ¡Adela! Adela!
Pues esta situacion no es divertida...
¿Has resuelto no abrirme, ingrata *puella?* (1)

(*Llamando con mas fuerza.*)

Tia. ¡Qué rudo golpëar! (*Saliendo.*)
Alf. ¡Abrid!
Tia. ¿Quién llama?

(1) *Puella*, muchacha; para los que no sepan latin, por supuesto.

Alf. Yo... Alfredo.
Tia. ¡Oh Dios!—¿Y Adela?—Con Arturo
Se iria. (*Abriendo.*)
Alf. ¿Dónde está?
Tia. No sé: — os lo juro.
Alf. Id, señora... Decidla que el que la
La espera... [ama
Tia. No está aquí...
Alf. ¡Decidme dónde!
Tia. Lo ignoro.
Alf. ¿Pretendeis volverme loco?
¿Con que, ignorais?...
Tia. Señor, hace muy poco
Que oí llegar á ese estranjero conde.
Alf. ¿Arturo?
Tia. Sí, señor.
Alf. ¡Dios soberano!
Tia. Pero aquí hay un papel á vuestro
[nombre.
Alf. ¡Cedió por fin al oro de aquel hombre!

(*Tomando la carta y leyéndola con desaliento.*)

¡Y estaba al escribir firme su mano!
—¡Ingratitud, fragilidad, vileza,

(*Rasgándola y arrojando los pedazos con furor.*)

Venalidad, traicion — sois femeninas! (1)
—¿Un dia, un breve instante, acaso pudo
Cambiar su corazon? — ¿Tanta fineza
Tuvo por galardon el golpe rudo
De este ingrato abandono?—¡Oh peregrinas
Facciones! ¡Oh satánica hermosura,
Que ciego idolatré! — ¡Fingido velo
De falsa castidad, cubierta impura
Del fétido albañal que fué mi cielo!
—¡Cual la marmórea piedra cincelada
Puesta sobre un sepulcro, aquella lumbre
Que yo tan pura y virginal creia,
Aquella faz hermosa y recatada,
Eran velo falaz con que encubria
De su alma la asquerosa podredumbre!
—¡Reniego de mi amor! — ¡Maldito sea
El que en tan vano ser pone esperanza!
Y ¿necio habrá que en sus palabras crea,
Si quien dijo muger, dijo mudanza?

(*Paseándose desaforadamente.*)

Tia. ¡Ni un adios para mí! — ¡Digna
[corona

(*Recogiendo los pedazos del papel y leyéndolos.*)

De tan largo fingir! — ¡Y me abandona
La vil en mi vejez y malandanza!
¡Ira de Dios!—¿No habrá quien la castigue?
Alf. Frio desprecio mi dolor mitigue...
Tia. ¡Mi alma te doy, Luzbel, por mi
[venganza!
Escuchadme, señor! ¡Lástima infunda

(*A Alfredo.*)

En vuestro noble corazon mi ruego!
Alf. ¡Callad! — ¿No veis que estoy de
[enojo ciego?
Tia. Sin culpa estoy!...
Alf. ¡El Báratro os confunda!

(*Váse Alfredo. La vieja abre los muebles, saca las ropas, alhajuelas y el poco dinero que encuentra, hace un lio de todo, y se marcha dejando la puerta abierta.*)

ESCENA FINAL.

Habitacion de Alfredo. — Estantes de libros. — En las mesas globos, astrolabios, instrumentos de física, etc., etc. — En las paredes armas de academia y de combate, pipas, algunas estampas y un violin.

Alf. Siento que el rostro se abrasa

(*Haciendo una maleta de viaje.*)

En encendido rubor
Cuando pienso en mi furor...
— En fin...

(*Llaman á la puerta.*)

¿Qué es eso?...
Art. ¡Ah de casa!

(*Desde afuera.*)

Alf. Esa voz...

(*Abre, y entra Arturo.*)

Art. Señor... espero

(*Descubriéndose.*)

Que disculpeis mi visita...
Alf. ¿Qué traeis, que así os agita?
Pero... sentáos, caballero.

(*Le alarga un sillon, y se sienta enfrente de él.*)

Art. No ignorais que os he ofendido...
Alf. Lo sé... mas... ¿con qué ocasion?
Art. Os debo reparacion.
Alf. ¿A eso, Conde, habeis venido?
Art. Creo que cumplo un deber.
Alf. Es decir, quereis matarme
Por mejor desagraviarme...
¡Fuera, á fé, cosa de ver!
Art. Por desgracia os ofendí...

(1) *¡Frailty, thy name is woman!* (Shakspeare, *Hamlet*, acto primero.)

Cumpliendo la ley de honor...
Alf. ¿Podéis volverme mi amor?
Art. Eso no pende de mí.
Satisfaccion vine á daros...
Alf. Inútil satisfaccion.
Muerto ya mi corazon,
¿Qué gano yo con mataros?
Art. Pronta y completa venganza
Con matarme alcanzaréis...
Alf. Y ¿restituirme podréis
Mi ya difunta esperanza?
Art. En fin, yo no puedo mas
Que lo que ofrezco, señor...
Alf. Yo no entiendo así el honor :
— Podeis volveros atrás. —
Y si quereis añadir,
Haciendo de esfuerzo alarde :
— « Ese Alfredo es un cobarde ;
No se ha querido batir, » —
Podeis hacerlo...
Art. señor...
Aunque me creais un necio,
Vuestro carácter aprecio,
Respeto vuestro valor.
Os llaman estravagante,
Y lo sois... Sobresalís,
En los tiempos que vivís,
De la turba circunstante.
Aunque soy algo aturdido,
De vos sin respeto hablé
Una vez sola, y á fé
Que estoy de ello arrepentido.
Alf. Si os pesa y sois mi ofensor,
¿Qué mas os puedo exigir?
Art. Quisiera, Alfredo, morir
Para expiar vuestro dolor.
Alf. Se ve que sois caballero.
Art. ¡Tanta generosidad!
Alf. Como prueba de amistad,
Un consejo daros quiero.
Art. Decid...
Alf. Teneis mil amigos
Que, mostrándoos aficion,
Os hacen obras que son
De acérrimos enemigos.
— Vuestra noble alma estravían
Con fementidas lecciones. —
Evitad las ocasiones
Que en tan mal sendero os guian.
Art. Lo haré... pero esa muger...
¡Si viérais cuánto pesar!...
Alf. No volvais á recordar
Tal ofensa...
Art. He menester,
Si he de vivir con quietud,
Vuestro perdon...
Alf. Yo os le doy...
Art. ¡Oh! ¡Cuán miserable soy
Ante tan alta virtud!
Alf. Mucho, Arturo, encareceis...
Art. Altos ejemplos me dais...
Alf. ¡Por favor!...
Art. ¡Qué! ¿no me odiais?
Alf. Hoy mi amistad mereceis.
Art. ¡Juradlo, en nombre de Dios!
Alf. Fiad : — aquesta es mi mano.
Art. ¡Dios vaya con vos, hermano!
Alf. Mi querido hermano, adios.

(*Se abrazan.*)

PARTE PRIMERA.

CUADRO PRIMERO.

A JOSÉ ZORRILLA.

EL ARREBATO.

Por un alto cerro,
Con paso brioso,
Va un bruto fogoso
Trepando veloz :
Le falta el aliento,
Y atrás deja el viento ;
Que entrambas le hostigan,
La espuela y la voz.

Va el bruto rigiendo
Con mano segura,
De altiva estatura
Un jóven doncel :
Intrépido el gesto,
Tan noble y apuesto,
Que aun Vénus la hermosa
Prendárase dél.

—

Y empero, en su rostro,
Bañado en el llanto,
De un fiero quebranto
Se ve la señal :
La frente rugosa,
La vista sañosa,

El ángel parece
Del dia final.

—

Al cielo y la tierra,
Feroz, desafía
La imágen sombría
De aquel corredor;
Y si álguien le viera
Pasar de carrera,
Creyérale el príncipe
Del llanto y dolor.

—

Y salva los torrentes,
Y trepa los peñascos,
Por la pendiente rápida,
En vértigo infernal:
De chispas relucientes
Los acerados cascos
Del fiero bruto, indómito,
Despiden un raudal.

—

Las sombras se acumulan
En la region del cielo,
Cubre la noche lóbrega
Del sol la claridad;
Que trémulas pululan
Entre el opaco velo
Pocas estrellas, pálidas
A tanta oscuridad.

—

Al fin de la montaña,
Desde su escelsa cumbre,
Se mira una vorágine
Sin término ni fin;
Y con violencia estraña
Su propia pesadumbre
Al fondo de aquel vórtice
Arrastra cuerpos mil.

—

Y el jóven espolea
El fatigado bruto,
De cuya piel despréndense
La sangre y el sudor:
La talla gigantea,
De entre el nocturno luto,
Con gran vigor destácase
Del fiero corredor.

—

Detrás del añoso tronco
De una corpulenta encina,
Del precipicio en el borde
Mirando su horrenda sima,
Un cazador, por el traje
Y las armas, pues insignias
No pueden ser de otra cosa
En una region tranquila;

—

Absorto en sus pensamientos,
Acaso triste medita
En los presentes dolores
O en las ya pasadas dichas.

—

El rumor de la carrera,
Allí tan intempestiva,
Un momento le distrajo
De sus locas fantasías;

—

Y á un relámpago fugace,
Que las sombras ilumina,
Ve del cercano viajero
La faz hermosa y altiva.

—

En sus iracundos ojos
Y en su frente contraida
Algun designio funesto
El cazador adivina;

—

Y recatado en la sombra
Protectora que le abriga,
Cauto á evitar se prepara
La desgracia ya prevista.

—

A este tiempo toca el jóven
Del cerro á la corva cima;
Clava entrambas las espuelas
Al caballo; — mas las bridas

—

Empuña con férrea mano
El cazador; — se encabrita
El animal; — pugna el jóven;
Pero son vanas sus iras.

—

Como un antiguo centauro,
Entrambos uno, caminan
Amo y corcel largo trecho
Atrás del áspera via.

—

Y al fin, donde la pendiente,
Menos ardua y mas florida,
Forma una angosta meseta
Que el cercano val domina,

—

A par el triple descenso
Cesa, y con voz conmovida

Al viajador sin ventura
Así el cazador le grita :

—

Caz. ¡Tente! — ¿Ignoras, desdichado,
A dó vas de aquesa suerte?
Jóv. ¿Pensais que espante la muerte
Al que está desesperado?
— ¡Dejadme!
Caz. ¡No, por mi fé!
Jóv. ¿Qué os importa?
Caz. Soy tu hermano.
Jóv. ¡Por el cielo soberano!
Caz ¡Tu crímen estorbaré!
¡Tan jóven, y odias la vida!
¿Qué impía resolucion?...
Jóv. Tengo viejo el corazon,
Y la esperanza perdida.
Caz. ¿Tan poco á saber alcanzas?
¡Qué! — jóven, gallardo, fuerte,
¿Desesperas de la suerte?
Jóv. Conozco bien sus mudanzas.
Caz. Pues, si hoy eres desgraciado,
Mañana puede mudar...
Jóv. Señor, dejadme acabar...
¡Jamás seré afortunado!

—

Y pugna por libertarse
Del brazo que lo cautiva :
Resiste el otro valiente;
Mas su fuerza, enflaquecida

—

Con el desigual combate,
Entre desmayos espira,
Cuando una fulgente idea
De súbito le ilumina.

—

Y fijando en el viajero
Su mirada enternecida,
Con voz, le dice, que turban
La lástima y la fatiga :

—

— « ¿No tienes madre, crüel? » —
Y á la imprevista pregunta,
Cesa, la color difunta,
De forcejar el doncel.

—

Caz. ¿No tienes madre? — ¡Responde!
Jóv. Sí...
Caz. ¡Pues lánzate al abismo!
Alma que tal egoismo
En tan tierna edad esconde,
Merece el fin...
Jóv. ¡Madre mia!...
— ¡Cuán ingrato fuí! — Señor,
Demencia fué del dolor
Mi resolucion impía.
¡Perdonadme!
Caz. ¡Justo cielo!
¡Alégrate, corazon!
— Escede este galardon
A mi continuo desvelo.
¡Venid á mis brazos, hijo!
Jóv. Vuestra piedad me ha salvado.
Caz. Yo tambien soy desgraciado;
Pero es cuento muy prolijo.
Si quisiérais aceptar
Cena humilde y tosco lecho...
Dista de aquí poco trecho
Mi pobre y rústico hogar.
Jóv. Con gusto.
Caz. Gracias os doy :
Miserable es el abrigo...
Jóv. Allí hallaré un seno amigo.
Caz. ¡Eso es verdad, por quien soy!
Vamos pues, jóven...
Jóv. Guïad...
Caz. A pié mejor bajaréis :
Ved dó la planta poneis;
Que es grande la oscuridad.

—

Y práctico del terreno
El cazador, cauto evita
Los riesgos que á cada paso
Hay en la senda torcida;

—

Mientra el jóven se apresura
En pos del prudente guia,
Cuya planta vigorosa
Sigue con planta indecisa.

—

Marcha detrás su caballo,
Lëal á la floja brida,
Y cuyo instinto certero
Seguro al llano encamina;

—

Y mientras van caminando,
En plegaria enardecida
El alma el jóven eleva
A la clemencia divina...

—

Y en breve las tres figuras,
Cual sombras descoloridas,
Se pierden en las tinieblas
De aquella noche sombría.

CUADRO SEGUNDO.

LA HOSPITALIDAD.

I

En un salon espacioso,
De tan rara arquitectura,
Que aun de Paladio la ciencia
Se viera en él muy confusa,

—

Uno en pos de otro, dos hombres
De diferente apostura
Penetran : el uno anciano,
De noble faz, aunque adusta;

—

Jóven el otro; su cuerpo
Y rostro, que el duelo anubla,
Van dando claras señales
Del cansancio que le abruma.

—

Cede el anciano á su huésped
Con cortesana finura
El paso, y con sus palabras
La cortés accion ayuda...

—

Pero antes que á las personas
Oir, segun se acostumbra,
Vamos á hacer del téatro
Descripcion clara y menuda.

—

Alto de techo, espacioso,
Sin adornos ni molduras
Las paredes, como cuadra
A una fábrica vetusta;

—

Son las ventanas ojivas,
Las vidrieras algo turbias,
Las puertas altas y angostas,
Y las cortinas ningunas.

—

Vense colgados á trechos
En muchedumbre confusa,
Objetos mil, de uso vario,
Como de edades y hechuras :

—

Armas de caza y de guerra,
Unas limpias, otras sucias,
Y utensilios de labranza
Junto á antiguas armaduras;

Varias cabezas de ciervo,
Que en carga múltiple abruman;
Frascos, cuchillos de monte,
Trómpas, espuelas y fustas;

—

Y alguna estampa devota,
Que ruborosa se oculta
Al ver pendiente á su lado
Profana caricatura.

—

Una lámpara de bronce
Colgada del techo alumbra
Tan solo cuanto es preciso
Porque el salon no esté á oscuras.

—

En uno de los testeros,
Que del todo casi ocupa,
De una antigua chimenea
Se ve la enorme balumba;

—

Troncos enteros de pino
Pábulo dan á la furia
Del fuego, que en espirales
Del cañon sube á la altura.

—

Vese en frente una gran mesa
Hecha de tablas robustas
De nogal, y revestida
Con mantel de gran blancura.

—

En el superior estremo,
Iguales y casi juntas,
Hay dos sillas, que decoran
Mil heráldicas figuras;

—

Cuyos altos respaldares
Van á acabar, casi en punta,
En dos coronas de conde,
Que el linage antiguo ilustran.

—

A razonable distancia
Mírase otra silla viuda,
Que ocupar del.e algun otro
De mas humilde fortuna;

—

Y en fin, en el lado opuesto,
A la cabecera, pugnan
Dos cubiertos mas humildes
Y dos sillas mas vetustas;

—

Y completan el menaje
De la á un tiempo urbana y rústica

Estancia, antiguos sillones
Que cubre badana oscura.

—

— Frente al fuego, y en el fondo,
El testero opuesto ocupan,
Sentados unos, tendidos
Los otros en la penumbra,

—

Dos criados y seis perros,
Que al entrar el amo, á una
Se levantan, y á su modo
Con grande amor le saludan.

—

Él contesta y acaricia,
Y ordena que pongan una
Silla mas y otro cubierto,
Que el órden sólito turban.

—

Y dejando la escopeta
Y los chismes, se apresura
A dar posesion al jóven
Con bondad y gracia sumas :

—

Y con voz enternecida,
En que blandos se modulan
Los mas angélicos tonos
De la paternal ternura,

—

Así le dice : « Aguardadme,
Y no recordeis angustias;
Que vais á ver un presagio
De las celestes venturas. »

—

Y entróse por una puerta,
Mientra Alfredo, con faz mustia,
Sus pensamientos engolfa
En las tinieblas futuras.

II

En un sillon, junto al fuego,
Que activo, ruidoso, alegre,
En espirales columnas,
Como una enroscada sierpe,

—

En el ámbito anchuroso
Del hogar, tal se revuelve,
Que deja inciertos los ojos
Si sube ó baja, va ó viene;

El cuerpo, á la alta fatiga,
Como los troncos, inerte,
É inquieta como la llama
Que en ellos arde, la mente;

—

Yace el infelice jóven,
A quien un siglo parece
Cada instante que transcurre
Desque le dejó su huésped.

—

A poco entró una muchacha
Con una argentina fuente
De agua pura, al hombro un paño
Como el ampo de la nieve,

—

Y con sencillo lenguage
A que se lave y refresque
Rostro y manos le convida,
Si por costumbre lo tiene.

—

En pos de ella, otros criados
Van entrando muy en breve
Con olorosos manjares
Y luces resplandecientes;

—

Poco despues una dama
Grave y espetada viene,
Que, si no es ya cuarentona,
Pasa de los treinta y nueve;

—

Y por fin, el noble anciano
En el salon aparece,
Aunque el mismo en la figura,
Con vestido diferente.

—

Trae de la mano á una niña
Que aun no pasa de los trece;
Mas tan hermosa, que el jóven
Mirándola no resuelve

—

Si es humana criatura,
O bien arcángel celeste,
Y duda si está soñando
O bien si despierto duerme...

—

En óvalo admirable,
De grana el rostro y apretada nieve,
La frente de belleza inenarrable,
De Vénus la nariz, la boca de Hebe;

—

Son los rasgados ojos
De aquel azul de los tranquilos mares

De la Grecia, si miran sin enojos;
De indecible color en los pesares;

—

Una y otra mejilla
Ostentan, cuando rie, dos hoyuelos
Movibles, otro fijo en la barbilla,
Que al mismo Amor causara envidia y zelos;

—

Contrae blanda sonrisa,
Los labios de hermosura soberana,
Y en la leve abertura se divisa
Puro marfil y enrojecida grana;

—

Cubre el blondo cabello,
Libre de todo afeite y compostura,
En sueltos rizos el ebúrneo cuello
Y la espalda de nítida blancura;

—

Y algun rizo perdido
Se desliza con aire indiferente,
Y el ósculo primero da atrevido
Al albo seno femenil, naciente;

—

Esbelta la estatura
Mas que cumple á su edad, la marcha leve,
Idéal la estrechísima cintura,
Tornëada la mano, y el pié breve;

—

La dulce canturía
De su voz modularon los amores,
Y escede su vibrante melodía
Al canto de los tiernos ruiseñores;

—

A un tiempo al peregrino
Acarician su voz y su mirada,
Y en piélagos de fé y amor divino
Siente á su vista el alma enajenada;

—

Y ni aun en lo futuro
Que sienta el ángel á esperar se atreve
Aquel amor inmenso cuanto puro,
Y empero en su mirar la muerte bebe.

—

— Pero el obsequioso anciano,
Que está, de ver, impaciente,
El arrobamiento inmóbil
En que el jóven permanece;

—

Por la mano le conduce
A do la niña inocente
Con curiosos ojos mira
Al desconocido huésped.

— « Miradla, hijo. — ¿No es hermosa?
— ¡ Como un serafin fulgente !
— Pues aun mas hermosa el alma,
Corazon mas noble tiene! »

—

Y á ella : — « María, un hermano
Mirarás desde hoy en este. »
Y á los dos : — « ¡ Qué! — ¿ Mis palabras
Escuchais indiferentes? »

—

— ¡Padre!
— Señor...
— ¡ Abrazáos!
Y roja toda la nieve
Del rostro, acercó la niña
A nuestro jóven la frente.

—

Este, apenas con el labio
La tocó, cuando encenderse
Sintió en su pecho la llama
Del amor omnipotente.

—

— La dama, que no era dama,
Sino aya, en voces corteses
Recordó á los circunstantes
Que eran ya mas de las nueve :

—

Con lo que Alfredo y María
Y el anciano, muy alegres,
Al rededor se sentaron
Del suculento banquete.

—

La cena fué como todas :
Comieron poco los héroes
Del cuento; el aya y anciano
Con apetito excelente.

—

Llegó á su fin : — todo acaba;
Y alzados ya los manteles,
Y en la sala otra vez solos
Los castellanos y el huésped,

—

En muy cómodos sillones,
Dos á dos, frente por frente,
Y al amor del calorcillo
Que el amigo hogar ofrece,

—

« Para infundiros confianza, »
Dijo el viejo, « es conveniente
Que os diga antes, de mi historia
Las dichas y los reveses. »

III

LA HISTORIA.

« Me llamo el conde Wilfrido :
Mi patria os dice el lenguage;
Lo antiguo de mi linage
Os lo dirá mi apellido.
Mi primera juventud
Pasó en Leipzick estudiando,
En la ciencia adelantando,
Sin perder en la virtud.
De mis estudios al fin,
Y apenas adolescente,
Llegó hasta mí la estridente
Voz del guerrero clarin.
Bramando llamó el cañon
A los hijos de esta tierra
Germana, á la cruda guerra
Del temido Napoleon.
La pluma y libros troqué
Por el casco y por la espada,
Y sin reparar en nada
A la arena me lancé.
Sabeis sin duda la historia :
Respiró el suelo aleman
Cuando aquel gran capitan
Miró estrellarse su gloria
Contra el miedo de un inglés (1).
— De todas cuantas lecciones
Hay de humanas ambiciones,
La mas terrible esta es.
Volvió á Alemania la paz,
Mas no á mis estudios yo;
Que el que una vez los dejó,
No encuentra en ellos solaz.
Por entonces coronel
Me nombró el Emperador,
Rêalzando aquel honor
Alguno que otro laurel.
Voy llegando ya á un espacio
Que gasté ¡ vano pesar !
En la vida militar
Y en la muerte de palacio; —
Mas los años trascurrian,
Y empezaba á conocer
Que era muy poco el placer
A los años que venian;
Y comenzó el pensamiento
A verlo todo sombrío,
Mientra estuviese vacío
El mundo del sentimiento.
Resolví entonces buscar
Alguna honrada muger
Que supiese comprender
Cuánto podia yo amar.
Busquéla; halléla en seguida;
Declaréme, y aceptó :
No supe hasta entonces yo
Cuánta dicha hay en la vida.
Igualáronnos en cuna
Los destinos celestiales,
Y á hacernos aun mas iguales,
Nos dieron igual fortuna.
— Caséme : — siguieron años
De dicha y paz tan cumplida,
Que era ejemplo nuestra vida,
Así á propios como á estraños;
Pero, hijo, es un mar la corte
Tan peligroso y mudable,
Que en ella no hay bien durable
Ni dicha que no se corte.
Tenia yo mil amigos;
Que era rico y generoso...
Mas no hay ningun poderoso
A quien falten enemigos.
No pudiendo despojarme
De mi dicha y de mi honor,
Con el noble Emperador
Trataron de calumniarme.
Los ataques de la envidia
Cuerdo quise despreciar;
Pero esto vino á aumentar
El rencor de aquella lidia.
Tuve yo del riesgo aviso;
Pero hallándome inocente,
Fuí á prevenirlo indolente,
Y á defenderme remiso;
Y viendo austero el semblante
Del Monarca, y mi inocencia,
Solicité mi licencia,
Que me fué dada al instante.
Mucho despues he sabido
Que fuí en la corte acusado
De haber con otros fraguado
Un complot muy atrevido :
Suponíanme intenciones
De aspirar al ministerio,
Para esplotar el imperio
En pro de mis ambiciones.
Y la prudencia imperial
Atribuyó ¡ triste error !
A la inquietud del traidor
La indignacion del lêal.
— Desterráronme á mis tierras,
Y aquí, con mi hija y mi esposa,
Pasé una vida dichosa
Entre estas frondosas sierras;
Mas todo pasa, ¡ ay de mí !
Tambien mi dicha pasó...
¡ Ella... que tanto me amó...

(1) *Contra el miedo de un inglés.* Opinion histórica del autor.

¡Un año há que la perdí!

(*La niña se arroja á sus brazos y llora, oculto el rostro en el seno paternal. — Alfredo contempla enternecido aquel tierno cuadro, mientras el aya se restriega inútilmente los ojos con el pañuelo, sin poder hallar una lágrima.*)

—

Tambien un año hace hoy que mi destino
Huérfano me dejó sobre la tierra. —
Permite que consagre de camino,
Pio lector, de la filial ternura
Un sencillo homenage
A aquella veneranda sepultura,
Que tan clara virtud y honor encierra.
Permíteme que llore un breve instante
Tambien sobre mi propia desventura...
—¡Es tan grato llorar á un pecho amante!

—

¡Padre del alma mia!
Cuando entre los tormentos espirabas
De bárbara agonía,
Al hijo recordabas,
Y en tus postreros ayes le llamabas!

—

En tanto que él, mezquino,
Surcaba el ancho mar, precipitado,
Y al fin de su camino
Hallaba el desdichado
El sacro hogar paterno abandonado!

—

Mustio, ¡ay! desierto, oscuro,
Vacío aquel lugar donde solias
Con santo amor y puro
En mas felices dias,
Tus lecciones dictar sabias y pias.

—

¡Ni por la vez postrera
Me fué dado besar el rostro amado
Y la alba cabellera!
—¡Oh crudo, adverso hado!
Oh indecible dolor, desesperado!

—

Tú, padre, desde el cielo
Mira piadoso aqueste amargo llanto
De mi hondo desconsuelo:
¡Escucha el ronco canto,
Tributo de tan bárbaro quebranto!

—

El Sér omnipotente,
Que ve del alma el padecer impío,
Me escuchará clemente. —
— En su bondad confio. —
¡Aguárdame un instante, padre mio!

—

. . . .
. . . .
. . . .

Corred, lágrimas mias;
Corred, no os detengais. — ¿Qué importa al mundo
El ay de amor profundo,
Ni el dolor ni las lentas agonías
De un triste corazon? — Aunque empapada
Vaya en llanto esta página ignorada,
— ¿Qué importa á las mundanas alegrías?

—

Llegó su turno á Alfredo, el cual su vida
A contar empezó con voz sonora,
Y salvando la infancia bendecida,
Pasó á aquella otra edad encantadora...
Mas, pues ya del lector es conocida,
Inútil fuera repetirla ahora.
El que no la recuerde vaya al prólogo,
Que desde allí prosigo este mi apólogo.

—

Del niño amor mirándose burlado,
Se lanzó enardecido tras la fama:
Ser esperó un poeta celebrado;
Que el genio ardia en él con pura llama;
Y velando en su mente lo pasado,
Escribió con cariño un noble drama,
Y lo llevó... Mas esto en canto aparte
Cómo pasó, lector, quiero contarte.

CUADRO TERCERO.

A EUGENIO DE OCHOA.

I

Comité de lectura de un teatro de primera clase.

ALFREDO, PRESIDENTE, VOCALES 1º, 2º y 3º.

Pres. Su drama de usted no es malo.
Representarse pudiera
En seguida, si no fuera
Por...
Voc. 1º. Ese *por* es el palo.
(*A los demás.*)
Alf. Hable usted con claridad.
Pres. Ya ve usted... con los autores...

Las verdades...
Alf. Son favores.
Pres. Dirá usted que es necedad;
Pero si el protagonista,
En vez de ese « viva el Rey »,
Diera algun viva á la ley
O al pueblo...
Alf. ¡Dios nos asista!
Pero, señor, ¿y la historia?
— ¿Del siglo décimo cuarto
Pretende usted?..
Pres. Estoy harto
De saberla de memoria.
Pero á mí me importa un pito
La verdad; — quiero palmadas:
Entradas, jóven, entradas;
Oro es lo que necesito.
De Moisés hago un Proudhon,
De Luis Catorce un tribuno,
De Julio César un tuno,
Y un Amadís de Sanson.
Siga usted este sistema,
Y dé un puntapié á la historia.
Alf. Yo aspiro á mas pura gloria
Pres. La gloria es una pamema.
¿Cree usted que los Calderones,
Los Vegas y los Moretos,
Siempre escribieron, sujetos
A la historia, en sus creaciones?
Diga usted, ¿hay por ventura
Ni un solo ápice romano
En aquel Don Coriolano
Del *Poder de la hermosura* (1)?
Créame, por Belcebú,
Nadie viene aquí á aprender. —
Quien quiera historia saber
Que compre á *César Cantú*.
¿Viene el público al teatro
A estudiar para doctor?
Esto es tan claro, señor,
Como dos y dos son cuatro.
Alf. Si usted no quiere mi drama
Tal cual es...
Pres. Usted perdone;
Mas si la enmienda no pone...
Alf. El que á sabiendas infama
La profesion que ha elegido,
Merece solo el desprecio.
Voc. 1°. ¡Habrá estúpido!
Voc. 2°. ¡Habrá necio!
Voc. 3°. ¡Es un tonto presumido!
Pres. Con tan nobles arrogancias
Habrá usted de sucumbir...
¿Por qué no prueba á escribir
Comedias de circunstancias?

(1) *Las armas de la hermosura*, comedia estravagantísima de Calderon.

— Si la histórica verdad
Tiene en su alma tanto imperio,
Satirice al ministerio,
Ataque la sociedad.
No logre el vicio quietud
En política ó moral:
Cébese usted en el mal
Con generosa virtud.
Con tal método, á mi ver,
Oro y gloria alcanzará;
Que el premio no faltará
Cuando se haya hecho temer.
Alf. ¡Por Dios santo!

(*Con ira.*)

Pres. En conclusion,
Ya sabe usted el camino
De calzarse un buen destino
O una crecida pension (1).
Alf. Quien trueca el sacro laurel
Por vil precio es un infame!
Pres. Mientras el mundo le llame
Feliz, ¿qué le importa á él?
— Jóven, mis consejos son
Fruto de larga esperiencia.
Alf. ¿Para qué sirve una ciencia
Que envilece el corazon?
Pres. Si de rumbo no varía,
Seguro veo el naufragio...
Alf. No aspira á tan vil sufragio
La noble esperanza mia.
Pres. Con tan rectas convicciones
Grandes genios naufragaron...
Alf. Pero á los siglos legaron
Sus inmortales creaciones.
Pres. Quizá al hambre sucumbieron,
Y nadie ayuda les dió...
Alf. Mejores eran que yo...
¡Moriré como murieron! (*Saluda y vase.*)

(*El Presidente y los vocales se miran entre sí como asombrados, y al cabo prorumpen en sonoras carcajadas.*)

(1) Estas líneas fueron escritas en enero de 1852, cuando el autor no tenía la menor idea de las pensiones que, segun se dice por ahí, piensa dar el Gobierno á algunos escritores. No tienen, por consiguiente, intencion alguna ofensiva ni para los favorecedores ni para los favorecidos; empero, si hay alguno que se crea aludido por hallarse en el caso dicho, con su pan se lo coma. Para esos es el látigo del crítico.

—

II

Escenario de un teatro de segundo órden.

ALFREDO, LA DAMA, EL GALAN, LA CARACTERÍSTICA, EL BARBA, LA DAMA JÓVEN, EL GALAN JÓVEN, EL APUNTADOR.

Gal. Si pudiera usted variar
El final...
Alf. ¿Lo cree usted largo?
Gal. No... pero... Hágase usted cargo
De que en su pró voy á hablar.
Alf. Diga usted...
Gal. Cualquiera obra
Triunfa á veces por un chiste,
Y la mejor, esto es triste,
Por nada á veces zozobra.
Alf. Es cierto.
Gal. ¡Y tanto! — El actor
Que ha de decir el final,
Con el público imparcial
Alcanza poco favor.
Si en cambio, yo lo dijera...
Alf. Pero ajar su orgullo así...
Gal. Déme usted la culpa á mí...
Alf. Eso aun mas villano fuera.
Gal. Al fin poco importará...
Si fuera un actor de nombre...
Alf. Yo respeto en él al hombre...
Quede el final como está.
Gal. El barba es un mal actor,
Y lo va á echar á perder...
Alf. Bien está. — ¡Qué hemos de hacer!
Gal. Dármelo á mí...
Alf. No, señor.

(*Secamente.*)

Gal. Bien. (¡Ya verá el autorcillo!)

(*Váse.*)

Dama. Oígame usted un minuto.
¿Confía usted á ese bruto

(*Por el galan.*)

Un drama de tanto brillo?
Alf. Y espero que lo haga bien.
Dama. ¿Tambien en esa mocosa
Y en esa vieja horrorosa
Tiene esperanza?
Alf. Tambien.
Dama. Lo celebro. — Adios, amigo.

(*Váse.*)

D. jóv. ¡Qué papelillo tan soso
Tengo! — Voy á hacer el oso.
Solo por usted me obligo
A salir tan desairada...
— Si pudiera algo añadir...
Alf. Imposible.
D. jóv. ¿Yo pedir
Para no conseguir nada?
Beso á usted la mano. (*Váse.*)
Alf. Adios.
Carac. ¿Como quiere usted que vista
El drama?
Alf. Eso á la modista.
G. jóv. Aquí para entre los dos...

(*A gritos.*)

Es muy tonto mi papel...
Yo hago de barba mejor...
Alf. Culpe usted al Director.
G. jóv. Porque le oscurezco á él
Me ha dado un papel tan necio.
Alf. ¿No es galan jóven?
G. jóv. Primer
Actor: — yo se lo haré ver...
Pero su envidia desprecio.
Bar. Hable usted con libertad:
¿Digo el papel?
Alf. A mi gusto.
Bar. Mucho favor...
Alf. No: — soy justo,
Y hablo siempre la verdad.
Bar. Gracias.
G. jóv. Con Dios. (*Yéndose.*)
Alf. Un momento.

(*Deteniéndole.*)

Empieza usted su carrera:
Darle un consejo quisiera,
Puesto que tiene talento.
— No es el papel, no, señor,
Ni su mayor importancia,
Lo que marca la distancia
Que hay de un actor á otro actor.
Lucha es de la inteligencia,
Combate del corazon;
No material estension
Ni mezquina conveniencia.
Todo el que hace bien la parte
Que le toca en la ardua lucha,
Satisface al que le escucha
Y merece bien del arte.
Bar. Siempre tuve esa opinion.
G. jóv. Por eso está tan medrado.
Bar. Estoy, aunque desgraciado,
En paz con mi corazon.
Alf. Tiene usted alma de artista.

(*Dándole la mano.*)

Bar. En usted lo propio veo.
G. jóv. Con Dios: me voy á paseo.
Faltar no quiero á la lista. (*Vase.*)

Apunt. ¡Oye!... (*A Alfredo.*)
Alf. ¿Es conmigo?
Apunt. Dejemos
(*Consultándole una copia del drama.*)
Las ceremonias aparte;
Pues todos somos del arte,
Desde hoy nos tutearémos.

III

EL TRIUNFO.

Llegó el dia, por fin: — de bote en bote
Llena el tëatro un público escogido,
Que viene, previo el consabido escote,
A juzgar del autor desconocido;
Y mas de un dramaturgo archi-Quijote
De las letras, solícito ha acudido
Tambien á la funcion, con su silbato,
A proteger al escritor novato.

—

Rompe una endemoniada sinfonía,
Que á Mozart y á Beethoven vida diera,
Para huir de su horrísona armonía,
Si su polvo tan lejos no estuviera:
Los bronces y las cuerdas á porfía
Se ceban con rencor y saña fiera
Al giro de la bárbara batuta,
En la obertura inerme de la *Muta*.

—

Pero sube el telon con sumo gozo
De los oyentes, casi entontecidos,
Que renacen sintiendo el alborozo
De sus nervios y míseros oidos;
Y cae mas de un pañuelo y de un embozo,
Que á detener los bárbaros sonidos
Cubrian, protectores, las orejas
De viejos niños y de mozas viejas.

—

Pasó en silencio aterrador, profundo,
Como es casi costumbre, el primer acto;
Que al principio en aplausos infecundo
Suele ser el dramático artefacto;
Pero aún no bien al medio del segundo,
Oyó Alfredo, de gozo estupefacto,
Un aplauso, otro luego, y en seguida
Una serie de aplausos sostenida;

—

Y era de ver, benévolos lectores,
¡Espectáculo á fé bien miserable!
La cara que ponian los autores
Un éxito al mirar tan favorable;
Y en alta voz doblaban los errores
Del drama, sin hablar de lo laudable,
Contraste haciendo su actitud sombría
Con la espontánea y pública alegría.

—

« Fábula inverosímil, grita alguno,
Falsas pasiones y trivial lenguage; »
Y otro añade: « Pesado, inoportuno;
Y ¿que esto aplauda el público salvage? »
Y créeme, buen lector, de ellos ninguno
Hecho habia el mas leve aprendizage
Del arte, ni de prisa ni despacio,
En Boileau, ni Aristóteles, ni Horacio.

—

Pero el mundo va así: — conozco y trato
Poetas de muy alta nombradía,
Y á mas de un renombrado literato,
Que no saben siquiera ortografía.
Ellos dicen: — « El genio es insensato
Que se afane estudiando noche y dia,
O royendo vetustos cronicones,
Trabajo de eruditos ó ratones. »

—

Y en vano les dirás: « Fué sabio Homero,
Dante y Virgilio, y Milton y Cervantes; »
Que se reirán de tí; — mas ya no quiero
Discurrir en los *númenes reinantes*.
Al fin del acto, súplase tercero,
Llamaron al autor los circunstantes;
Y era tal el aplauso y gritería,
Que el salon casi abajo se venia.

—

— ¡Oh espontánea ovacion, sublime premio,
Que hace olvidar el hambre y la fatiga!
De elogios mutuos bastardeóte el gremio,
Que hasta la gloria sin piedad fustiga;
Mas, sin pensar, me vuelvo á mi proemio.
— Baste decir que ni una voz amiga
Tenia en el tëatro nuestro autor:
Dése al público, pues, gloria y honor.

—

Salió Alfredo, acatando el mandamiento
Del solo imparcial juez en tales casos,
Y á recibir el premio del talento
Cruzó la escena en mesurados pasos;
Y sin orgullo ó bajo rendimiento,
Propios vicios de pseudo-Garcilasos,
Al público, que ronco le aplaudia,
Se inclinó con severa cortesía.

—

Y ni aun esto pasó libre de crítica
De la cohorte vil pseudo-poética:
Dijo uno: « ¡Qué figura mas raquítica! »
Y era, lector amigo, cuasi atlética;
Otro gritó: « ¡Qué traza tan levítica! »

Otro: «¡Ay! ¡Padece enfermedad herpé-
[tica!»
Otro: «¡Y aun usa cabellera gótica!»
Otro: «Pues ¿la levita?» Otro: «¡Estram-
[bótica!»

—

El público, que al fin paga á la puerta,
Formó de Alfredo diferente juicio:
Noble halló su ademan, su frente abierta,
De talento y valor seguro indicio:
— Era de aquellos que con planta cierta
Marchan al galardon ó al sacrificio,
Sereno el rostro y firme la mirada,
Allá en el seno del Señor fijada.

—

A aquel triunfo espontáneo y merecido,
Creyó Alfredo cambiada la fortuna,
Que constante le habia perseguido
Desque su madre le meció en la cuna;
Y corrió tras la gloria enardecido...
— Aquí una digresion es oportuna,
Que quiero fustigar eso que llama
El vulgo, gloria, ó si se quiere, fama.

—

¡Oh fama! Oh fama! — En el error maestra,
Y empero tan de veras codiciada!
Sin tí, ¿qué fuera la mortal palestra?
— Una arena desierta, abandonada. —
Ni ingenio ni valor la firme diestra
Armaran de la pluma ó de la espada,
Y hubiera, Dios el oro y los placeres,
Epicúreos no mas y mercaderes.

—

Por tí el fuerte varon deja el regazo
De la gentil, enamorada esposa,
Y lucha con la muerte brazo á brazo
En la revuelta arena, polvorosa;
Por tí el marino audaz sin embarazo
Surca la mar hinchada y procelosa;
¡Tú burlas los decretos del destino,
Tú sola á lo imposible hallas camino!

—

Por tí da muerte á sus hijuelos Bruto,
Curcio por tí se arroja á la honda sima,
Sócrates traga el venenoso fruto,
Porcia el ígneo carbon, sin que la oprima
El miedo; y Marco, de pavor y luto,
No sin que el alma valerosa gima,
Con la muerte de César llena á Roma,
Escándalo de Ninive y Sodoma!

—

Y Lucrecia se dió temprana muerte,
Y Scévola abrasó su propia mano,
Y Virginio traspasa el cuerpo inerte
De su hija infeliz ante el tirano;
Y el noble acero contra sí convierte
En Filipos el último romano;
Y, en fin, solo por tí sudo y escribo,
Cuando muero del arte, que no vivo.

—

Y tú, desvergonzada prostituta,
Concedes por igual sumo renombre
Al que bebió en Atenas la cicuta,
Y al que firmó la muerte del Dios-Hombre
—¡Horror! —Y en igualdad archi-absoluta,
De duracion al menos, leo el nombre
Del soldado inmortal Lucio Dentato
Junto al de aquel estúpido Erostrato.

—

Y ¿es posible, lector, que aun haya tonto
Que por tan vil laurel sude y se afane,
Y á toda angustia y sacrificio pronto,
Por alcanzarle hasta morir se allane?
Y en firme tierra ó tumefacto ponto,
Dia y noche los sesos se devane
Por obras escribir en prosa ó verso,
Ignoradas de todo el universo?

—

Pues yo lo soy, lector, sigo adelante
Con firme paso y corazon valiente,
Y ya no encuentro ni editor comprante,
Si antes no hallaba público leyente;
Y en cambio, no hay poeta rebuznante,
Ni prosador, por bárbaro é insipiente,
Que, si halla plumas y papel y tinta,
No lleve de laurel la frente *cinta*.

—

Nunca el premio logré en ningun certámen,
Ni aun honrosa mencion; jamás producto
De ninguna obra mia, atento exámen,
Para un año me fué salvo-conducto;
Ni aun libertarme pudo del gravámen,
¡Oh Apolo! del tiránico usufructo
Que goza sin piedad sobre mi númen,
De amigos y acreedores un cardúmen.

—

Dirásme acaso: — Sufre tu estrecheza
Con pecho varonil, que el tiempo pasa;
Y honre en tanto y consuele tu pobreza
El premio aquel que ni aun el rayo abrasa;
— Pero, lector, hablando con franqueza,
Ni una hoja de laurel tengo en mi casa;
Gastóse el que quedaba, y aun fué poco,
Con la Stephan, la Cérito y la Fuoco (1).

(1) *Tres famosas bailarinas.* Nota estúpida para lo pasado; inútil para lo presente; necesaria para lo futuro.

Ya que hablamos de sílfides pedestres,
Fautoras de domésticos desastres,
¿Por qué, lector, con premios mas terrestres
No has de premiar sus lúbricos arrastres?
Si al dios Pan tributos das campestres,
Si agujas y tijeras á los sastres,
¿Por qué alcanza un lascivo movimiento
El premio del valor ó el del talento?

—

Si al fuerte lidiador das una espada,
Al poeta inmortal estilo ó pluma,
Al pintor la paleta colorada,
Follage al bosque, y á la mar espuma;
—¿Por qué al pié de bacante desgreñada
La recompensa prostituyes suma
De Apolo? — ¡Cuán mas justo y verdadero
Fuera, si la premiara el zapatero!

—

Una espada de honor tiene el caudillo,
Una pluma de honor el literato,
Y San Isidro tiene su rastrillo,
Y la encorvada esteva Cincinato;
Pues dése al que en los piés tiene su brillo,
De honor una chinela ó un zapato,
Y si uno no le basta, dénle un par,
Y aún, si lo pide, botas de montar.

—

—Ya no hay vate ni actor ni bailarina
Cuya cabeza ó piés no haya laureado,
Por drama ó por pirueta peregrina,
Alguna vez el público ilustrado:
Yo bien sé, y esto un tonto lo adivina,
Que casi siempre es lance preparado
Por deudos del autor, ó que en la tienda
Él propio paga la sublime ofrenda.

—

— Pero volviendo á mí, jamás corona
Ví caer á mis plantas en la escena,
Y trato á mas de un necio que blasona
De tener de laurel su casa llena:
Declaro, buen lector, verdad me abona,
Que ni oro ni laurel me dió mi vena,
Ni aun logré ser, testigos mas de cuatro,
Del comité del *Español Teatro*.

—

—Mas ¡voto á Ciceron! — Este es un voto
Que puedo pronunciar con voz segura,
Libre está, por gentil ó por remoto,
De civil ó eclesiástica censura...
Soy de las digresiones tan devoto,
Que no puedo, por mas que doy tortura
Al caprichoso cálamo, del cuento
Seguir como Dios manda el argumento.

—

— Cuatro dias duró el famoso drama
De nuestro héroe, no mas, por un percance;
Al quinto enferma se fingió la dama,
Porque ocurrióle con la empresa un lance:
Diz que fué por dinero; — *Volat fama*;
Y el déficit pagó de aquel balance
El autor infeliz; — menguante luna
Alumbróle al nacer: — *¡Dira fortuna!*

—

Lo último está en latin, si no lo entiendes,
Ayúdente Valbuena ó Calepino;
Y entre tanto, lector, por si te ofendes,
Voy á seguir mi cuento de camino:
Llevó Alfredo su drama á ciertos duendes
Que hacian un comercio clandestino
De dramas y comedias á destajo,
Del ageno lucrándose trabajo.

—

A estos llaman algunos *editores*,
Porque las obras del ingenio imprimen,
Y yo los llamaré *desolladores*,
Porque al talento agobian y deprimen;
¡Oh sabios sin igual legisladores,
Profundos anatómicos del crimen!
¿Por qué no haceis terrífico escarmiento
Con estas sanguijuelas del talento?

—

A una de estas, empresa conocida,
Llevó Alfredo su drama confiado...
— «¿Aplaudióse la obra? — Fué aplaudida.
— Pues solo cuatro noches ha durado...
¿Quiere usted?... » — Aquí callo la ofrecida
Suma, lector, para no darte enfado:
Que, aún profano á las letras, su impudencia
Te causara rubor ó displicencia.

—

Esto empezó á desanimar á Alfredo
De aquella que juzgó vida dichosa;
Y aunque incapaz su corazon de miedo,
Empezó á cavilar en otra cosa:
Pero, á fé de García de Quevedo,
Que empiezo á hallar la octava fatigosa:
Punto pues, y prosigo en otro metro,
Y tu venia, lector, humilde impetro.

IV

ENTRE BASTIDORES.

ALFREDO, un Duque cotorron, — Literatos, — Curiosos.

Duq. La graciosa es mi querida.
Alf. ¿Y qué?...
Duq. Tiene un beneficio;
Merecer quiero un servicio

De usted...
Alf. Diga, por su vida.
Duq. Escríbame una comedia
En que haya un papel airoso...
Alf. Yo no soy autor jocoso...
Duq. Fácilmente se remedia.
Alf. ¿Cómo?
Duq. Imitando á Moliere,
A Breton ó á Moratin. —
El genio es un comodin,
Hace todo cuanto quiere.
Doy á usted una semana
De tiempo : — si el drama gusta,
Daré recompensa justa
A su musa soberana.
Alf. Infórmese usted primero
Si me acomoda aceptar...
Duq. ¿Puede acaso usted dudar?
Alf. No dudo...
Duq. ¿Entonces?
Alf. No quiero.
¿Juzga usted la poesía
Mecánica profesion?
¿El genio y el corazon
Tan baja mercaduría?
Lo mismo que al zapatero
Un par de botas, ¿á mí
Hoy me encarga usted aquí
Una obra, caballero?
Duq. Muchos poetas de nombre
Lo han hecho á menos razon...
Alf. Porque esos poetas son
Indignos de su renombre.
De las letras albañiles,
Profanan su sacerdocio,
Y no van mas que al negocio
De sus intereses viles.
No miran sino la parte
Que les toca del botin...
A ellos un medio es el arte;
Para mí, Duque, es el fin!
Duq. Yo creia hacer favor
A usted, y aun honra, á mi ver,
Con mi encargo...
Alf. Podrá ser;
Mas no quiero tal honor. (*Saluda y váse.*)
Duq. De hacer lo que otros varones

(*A los circunstantes.*)

Que están sobre él se avergüenza...
Para un autor que comienza
No le faltan pretensiones.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

¿Te has reido, lector? —¡Oh!—¡Cuán ageno
Rie á veces el público, escuchando
Lo que fué escrito, el pecho rebosando
De amargura y sarcástico veneno!
¡Ay de aquel que en la lucha encarnizada
Que sostiene tenaz contra la suerte,
Por mil partes rasgado el pecho fuerte,
Va dejando la arena ensangrentada!
— Como el antiguo gladiador romano,
Al saludar al César, moribundo
Cae sonriendo, y con la propia mano
Acaso los pedazos, iracundo,
Del propio corazon lanza á la arena!
En tanto que serena
La multitud, aplaude entusiasmada
La ejecucion perfecta y acabada!

—

¿Qué importa que el cansado peregrino,
Perdidas las doradas ilusiones
De su vida, en levísimos girones
Por las agudas zarzas del camino
Deje su fé, su amor y su esperanza;
Si en honda lontananza
Le brinda su destino,
Mas allá de la vida,
Con la gloria inmortal, apetecida?

—

— Rie, público amigo, á cada chiste
Que te envia el autor : — no importa nada
Que ahogue tu sonora carcajada
Acaso el estertor de un alma triste!
— Como el imbécil que de risa llora,
De su propia figura,
Al ver una feliz caricatura :
Rie tambien ahora
Al escuchar la farsa encantadora
En que el autor intrépido te lanza,
Como un insulto al rostro, de sí mismo
La miseria y tu estúpido egoismo.
— ¡Justa, por Dios, y lícita venganza!
¿Ves pasar á ese autor tan conocido?
— Mendigo lauréado,
Al salir del tèatro celebrado,
Testigo de sus triunfos, se encamina
A la mansion mezquina
Que no puede pagar con sus sudores. —
Y allí le espera el hambre, y los dolores,
Y la muerte tal vez. — Rie, no importa;
Rie hasta reventar : — es cosa corta
Que muera de hambre un mísero poeta
Que perdió, haciendo versos, la chaveta!
¡Rie tambien, lector; que es esta vida
Una farsa, por Dios, muy divertida!

CUADRO CUARTO.

A ANTONIO GARCÍA GUTIERREZ.

I

ALFREDO, PERIODISTA POLITICO.

—

ESCENA UNICA.

ALFREDO, EL DIRECTOR DEL PERIÓDICO.

Dir. Y ¿alaba usted el discurso?
Alf. Ya lo creo: es escelente.
Dir. Venga usted acá, inocente:
¿Juzga que es hábil recurso
Alabar al enemigo?
Alf. Pero... si este lo merece...
Dir. Entonces se le oscurece.
Alf. Yo siempre la verdad digo.
Dir. ¿Tan poco á saber alcanza?
A ver... lo corregiré,
Y...
Alf. Jamás deprimiré
Lo que es digno de alabanza.
Dir. ¿Qué veo? — ¡Y encarnizado,
Contra el General se encona!
Alf. El que de justo blasona...
Dir. Es juicio precipitado.
En él... un hombre especial,
Es menos cualquiera error...
Alf. Será muy buen general;
Pero es pésimo orador.
Dir. Además... en el debate
El mejor se precipita...
La improvisacion...
Alf. Escrita,
Pues él provocó el combate.
Dir. ¿Del partido el deshonor
Pregona usted?
Alf. Yo soy crítico.
Dir. Es usted muy mal político,
Aunque escelente escritor.
— Y ¿aquí alaba al ministerio?
— ¡Por Dios santo! — Esto da ira.
Alf. Quien de la crítica aspira
A ejercer el magisterio,
Ha de ser justo, imparcial.
Dir. Pues yo así no lo comprendo.
Alf. Ni yo imponerle pretendo
Mi conviccion personal.
Hallo toda oposicion
Sistemática, infecunda,
Pues sobre bases se funda
De interés ó de pasion.
Firme es, cuanto respetable,
La que, conforme á justicia,
Así ataca la malicia
Como ensalza lo laudable;
Que es solo fuerte enemigo
El que en balanza lëal
Da lo suyo á cada cual,
Sea contrario ó amigo.
Quien fuera del plan trazado
Dentro á su propio partido
No halla poder constituido
Ni salvacion al Estado;
Y talento y probidad
Siempre á sus émulos niega,
O el amor propio lo ciega,
O lo arrastra la maldad. —
Y el tal es, en conclusion,
Por dilema inevitable,
Fanático despreciable
O desalmado bribon.
Dir. Bien... yo admiro la virtud
De tan noble ciudadano;
Pero...
Alf. Beso á usted la mano.
Dir. Adios. — Dinero y salud.

II

ALFREDO, PERIODISTA LITERARIO.

—

ESCENA UNICA.

ALFREDO, EL DIRECTOR; DON FACUNDO, CAJERO DEL PERIÓDICO.

Alf. Este es mi trabajo de hoy.
Dir. El introito es escelente.
Alf. Gracias.
Dir. Conciso, elocuente...
¡Admirable, por quien soy!
Alf. Verémos...
Dir. Pero este drama...

(*Leyendo.*)

El autor es nuestro amigo,
Y dice usted...
Alf. Solo digo
Que es indigno de su fama.
Dir. Y ¿aun le parece á usted poco?
Alf. Poco, en verdad, me parece...
Dir. ¡Que su fama no merece!...
Alf. Caballero, ó yo estoy loco,

O el autor en él falsea
Con torpe intencion la historia,
Y por efímera gloria
O lucro vil bastardea
La mas noble de las artes...
Dir. No entiendo así la cuestion...
Alf. Yo me fundo en la razon.
Dir. Vamos, amigo, por partes :
La historia desfigurada
Estará... es período incierto;
Pero el arte... no lo advierto.
Alf. ¿Cree usted que no importan nada
A su belleza inmortal,
Esas bastardas pasiones
Que llenan los corazones
De tan dudosa moral?
¡Cuánta impiedad pone en boca
De personages divinos!
¡Cuántos necios desatinos
En las ciencias que allí toca!
¡Y no hallando tanta mengua
Bastante, el célebre autor
No respeta, en su furor,
Ni aun los fueros de la lengua!
Dir. No lo tome usted á agravio;
Pero es poco mi saber,
O usted confunde, á mi ver,
El poeta con el sabio.
Alf. No, señor; — no los confundo. —
Poeta, en griego, es *creador* :
¡Un poeta es el mentor,
El legislador del mundo!
Y á llegar á merecer
Un renombre tan sin par,
Debe serle familiar
Todo el humano saber.
De lo pasado seguro,
Y dueño de lo presente,
Aún es poco, si su mente
No adivina lo futuro;
Que aquel que á ciegas camina,
Mal puede, en su oscuridad,
Conducir la humanidad
A do el cielo la destina.
Dir. Jamás hubiera creido
Que un poeta fuese tanto;
Pero... mude un tanto cuanto
Ese juicio consabido.
Aunque yo esté convencido,
El autor reclamará...
Alf. No puedo...
Dir. En fin... se verá.
Alf. Abur. (*Saluda y váse.*)
Dir. Adios. — Don Facundo,
Ese mozo es muy profundo...
Desde hoy despedido está.

CUADRO QUINTO.

A RAFAEL MARIA BARALT.

ALFREDO, CONSPIRADOR.

Club político. — En uno de los testeros una tribuna; á la derecha la mesa del Presidente. — Muchos conspiradores fumando, bebiendo; — algunos leyendo, y disputando los mas en voz alta.

ESCENA UNICA.

ALFREDO, PRESIDENTE, CONSPIRADORES 1º, 2º y 3º.

Pres. En número ya estamos suficiente :
La discusion prosiga comenzada.
¡Silencio!

(*Tocando la campanilla.*)

Consp. 3º. Prosiguiendo mi discurso

(*Encaminándose á la tribuna.*)

De ayer, diré...
Consp. 1º. ¡Yo tengo la palabra!

(*Apoderándose de la tribuna.*)

Consp. 3º. Su señoría huella, en mi per-
Mas de una tradicion parlamentaria. [sona,
Voces amigas del 1º. ¡No es cierto!
Id. del 3º. ¡Abajo el orador intruso!
Pres. ¡Al órden!

(*Agitando la campanilla.*)

Gritos tumultuosos. ¡No lo habrá si ese [no baja!
Amigos del 1º. ¡No bajará!
Id. del 3º. ¡Sí tal!
Consp. 1º. No tengo miedo :
Cederé solo á la violencia armada.
Pres. 1º. ¡Orden! — Al que callar no le [acomode
Tiene para salir la puerta franca.
Consp. 1º. Señores : — Resumiendo lo [que dije
Ayer, serán muy breves mis palabras.
¡Justicia, libertad, órden, progreso!
Tales las bases son de mi programa.
Paz y pan para el pueblo; á sus tiranos
Muerte y execracion : — la democracia
Es el seguro porvenir del mundo.
¡Alcese, en fin, nuestra oprimida patria!

No hayan perdon sus viles opresores;
Su sangre corra, sus cabezas caigan,
Y estírpese por siempre entre nosotros,
Hasta en los niños, su ominosa casta.
¡Cada Aman vea una horca ante su puerta,
Un patíbulo se alce en cada plaza,
Y ejerza al fin el generoso pueblo
A su vez la potencia soberana!

(*Estrepitosos aplausos. — El orador baja en triunfo de la tribuna, y logra por fin sentarse, magullado el cuerpo y descompuesto el vestido por el entusiasmo de sus oyentes.*)

Consp. 3°. (*Subiendo á la tribuna.*)
Yo abundo en los sublimes sentimientos
Del orador, á quien tan justa aclama
Vuestra voz...
Voces. ¡Bien! ¡Muy bien!...
Consp. 3°. Pero presumo
Que debe conocer el pueblo cuántas
Y cuáles son las víctimas que debe
Sacrificar en aras de la patria.
— Los que gozan antiguos privilegios
De sangre; los que tienen enfeudada
Y en gran porcion la pública riqueza...
Voces. ¡Atencion!
Consp. 3°. Los que aumentan la villana
Cohorte que al poder infunde brios;
Y, en fin, todos aquellos que con franca
Y leal decision no den al pueblo
Su fuerte ayuda en la comun venganza.
Gritos. ¡Bravo! ¡Muy bien!

(*El orador baja en triunfo, menos ruidoso que el anterior, atendida la índole enfermiza del entusiasmo público.*)

Consp. 2°. Mi tímida modestia
Turba mi voz, mis fuerzas anonada;
Pero un esfuerzo haré, porque confio
En vuestra generosa tolerancia.
Voces. ¡Bien!
Otras. ¡Proseguid!
Consp. 2°. Los claros oradores
Que antes de mí tuvieron la palabra,
Ostentaron patrióticas virtudes
Al hablar de castigos y venganzas;
Mas, derribar no es todo; — es necesario
Reconstruir sobre seguras basas
El edificio que hoy caduco rueda
A la fuerza del pueblo soberana.
Voces. ¡Bien! — ¡Muy bien!
Consp. 2°. El poder muerto supongo
Que hoy nos rige: — ¿Quién ha de ser mañana
Promovedor del bienestar del pueblo,
Guardador de las leyes sacrosantas?
Voces ¡Atencion!
Consp. 2°. Elegir es oportuno
Con anticipacion quien tanta carga
Apto á regir sobre sus hombros sea,
Como á salvar las libertades patrias.
— Sin tal acuerdo, estéril sacrificio
Será al pueblo su intrépida constancia;
Su sangre entonces una ofrenda inútil
Del sacro altar patriótico en las aras.
Voces. ¡Tiene razon!
Otras. ¡Nombremos nuestros jefes!
Otras. ¡Orden!
Pres. ¡Silencio!
Alf. ¡Pido la palabra!

(*Desde su asiento.*)

Voces. ¡La votacion!
Otras. ¡Dejadle que se esplique!

(*Alfredo sube á la tribuna.*)

Alfredo.

No armada del puñal de la venganza,
Ni teñida la veste en sangre impura,
Tal como la forjó vuestra locura
O torpe iniquidad:
Plácida cual la luz de la esperanza,
Con la paz y el perdon sobre su frente,
Blanda la faz, benigno el continente:
¡Tal es la libertad!

—

Hija de Dios, de su bondad esencia,
Don el mas alto de su amor divino,
Acaso en el mundano torbellino
Al hombre se ocultó:
Negra ambicion, estúpida demencia,
El temor de los buenos, la osadía
De un tirano, el furor de la anarquía
Tal vez la encadenó...

—

Mas no puede morir: — lozana, fuerte,
Crece encorvada bajo el férreo yugo;
Ni el hacha enrojecida del verdugo
Enerva su virtud!
Del seno tenebroso de la muerte,
Insultada tal vez, jamás vencida,
Cual su padre inmortal, torna á la vida
Con nueva juventud!

—

Poco son á humillarla los tiranos;
Que el mundo ve y conoce sus derechos;
La oprimen ¡ay! con sus bastardos hechos
Mil émulos y mil,
Que só el disfraz de nobles ciudadanos,
En su nombre inmortal alzan pendones,
Y hacen servir los pueblos y naciones
A su torpeza vil!

(*Murmullos amenazadores.*)

Vosotros sois, apóstoles fingidos,
Vosotros, embusteros renegados,
Vosotros, sí, los pérfidos soldados
Del crímen y el error:
No ha menester la libertad, bandidos,
Del estruendo y rencor del fiero Marte;
— Símbolo del perdon es su estandarte,
¡Su blando imperio amor!

—

(*Rumores tumultuosos.*)

Y lidia, sí; — pero en leal palestra;
Atacada, jamás provocadora;
Siempre grande en la lid, nunca opresora;
Que es númen celestial;
Y nunca armó su prepotente diestra
El odio, ni el temor, ni la venganza;
Jamás para vencer urdió asechanza
Ni usó traidor puñal!

—

— ¡Pueblos! — No es el rencor ni la codicia,
Ni la torpe ambicion ni la impia guerra,
Los símbolos que anuncian á la tierra
Que ya lució su edad:
Si veis órden y paz, amor, justicia,
Adunados reinar en grata calma,
Alzad entonces al Criador el alma. —
¡ESA ES LA LIBERTAD!

(*Por algunos instantes reina en el salon un furioso tumulto. — Todos gritan y gesticulan á la vez. — Los mas distantes amenazan á nuestro héroe con los puños, los paraguas y bastones, y hasta con los inocentes cachivaches del café, etc., etc. — Alfredo los contempla con una mirada de profundo desprecio.*)

Voces. ¡Abajo el visionario!
Otras. ¡Abajo el loco!
Otras. ¡Ese es un aristócrata!
Una voz. ¡Arrancada
Tuviera ya la lengua, si lo fuera!
Otra. Pues ¿quién es?
La de antes. Un poeta...
Otras. Eso le basta.
Consp. 1°. ¡Lindas cosas!
Consp. 2°. ¡Patrióticas doctrinas!
Consp. 3°. ¡Poeta al fin!
Consp. 1°. ¡Conspirador de farsa!
Alf. ¡Escuchadme!
Voces desaforadas. ¡No! ¡No!!
Alf. Viles caudillos,

(*Con fuerza.*)

Y tú, plebe voluble y mercenaria...
Voces. ¡Calla, traidor!
Alf. ¡Vosotros, nobles jefes,
Hablais de libertad, justicia y patria,
Y execrais la ominosa tiranía
Porque no hubo un tirano que os comprara!
— ¡Hez de la humanidad! — ¡Del fango impuro
Del vicio y de la estúpida ignorancia,
Elevaros quereis sobre las ruinas
De los que no quisieron vuestra espada!
— Y tú, plebe infeliz, ¿ser libre quieres,
Aspiras á regirte soberana,
Cuando eres ¡brota el llanto de mis ojos!
De tus ruines pasiones vil esclava?
Voces. ¡Perezca el atrevido!

(*Varios hombres se abalanzan á la tribuna; Alfredo saca dos pistolas.*)

Alf. ¡El que primero
Se atreva á mí!...
Pres. ¡Dejadle que se vaya!

(*Cerrando los ojos.*)

(*Alfredo se dirige á la puerta, pistola en mano. — Los conspiradores le abren paso con precipitacion, mientras las turbas mas distantes le insultan con silbidos y vociferaciones groseras.*)

Alf. ¡Raza nacida á torpe servidumbre!

(*Deteniéndose en la puerta.*)

¿Así ante un hombre solo te acobardas?
Quiero, antes de partir, darte un consejo,
Si es tiempo aún: — No dés tu confianza
A viles ni á traidores: — calla y sufre
Tus grillos mientras fueres tan villana. —
— ¡Jamás un pueblo digno de ser libre
Sufrió de esclavitud la innoble carga!

CUADRO SESTO.

AL EXMO. SR. DUQUE DE FERIA.

—

ALFREDO EN EL GRAN MUNDO.

—

Salon aristocrático.

ALFREDO, BARONESA, MARQUESA, UNA JÓVEN Y ARTURO; DESPUÉS, DUQUE, CONDESA, DUQUESA UN BANQUERO, UN MINISTRO, UN PERIODISTA, UN ARTISTA, JÓVENES DE AMBOS SEXOS.

CONVERSACION INOCENTE.

Bar. Poeta, ¿usted por aquí?
Alf. Como usted ve...

Bar. ¿Vuelve al mundo?
Alf. Es un campo muy fecundo
De observacion para mí.
Marq. ¡Cosa mas original!
¿Qué sirve la observacion
A aquel cuyo corazon
Vive en un mundo ideal?
Alf. Es un error...
Marq. ¡A fé mia!
Pues es vulgar opinion.
Alf. La verdad es la mision
De la suma poesía.
La jóv. Del poeta al embustero
No hay una gran diferencia...
Alf. No se aplica tal sentencia
Al poeta verdadero.
Cuando en cualquiera funcion
Dramática, alegre ó triste,
En vano el pecho resiste
A una creciente emocion,
Y á pesar del colorete
De la dama, y su oropel,
Y de que su amante fiel,
Feo, chico y regordete,
Mas hermoso que Absalon,
Y mas alto una pulgada,
Sombra chinesca plantada
En dos leguas de tacon,
Sale gallardo á la escena
De entre sucios bastidores;
Y á pesar de los furores
Del apuntador, que truena;
Y á pesar de usted saber
Que es todo convencional,
En su pecho virginal
Siente el dolor ó el placer,
Y aún contra su voluntad,
Rie alegre, ó triste llora;
Tal sentimiento, señora,
¿Es mentira ó es verdad?
Marq. Es un diestro fingimiento.
La jóv. No, Marquesa: — ¡verdad pura!
Alf. Pues cuando en la noche oscura
Y en solitario aposento,
De una vela al resplandor,
Lee usted en cualquiera historia
Las desdichas de la gloria
O las penas del amor;
Y á los soñados enojos
De una pintada figura,
Sube el llanto de amargura
Del corazon á los ojos;
Diga usted: — La potestad
Que, sabido el fingimiento,
Ejecuta tal portento,
¿Es mentira, ó es verdad?
La jóv. ¡Verdad!
Art. El vulgo delira
Cuando al genio verdadero
Aduna el servil coplero
Sectario de la mentira;
Y es suyo propio el error,
Pues cree poeta sin par
Al miserable juglar,
Mecánico rimador.
Alf. Es cierto...
Marq. Por vida mia,
No lo llego á comprender.
Art. Es fuerza, para creer,
Sentir, en la poesía.
Marq. Si no le fuera enfadoso
Darme su definicion...
Art. Darla buena, en mi opinion,
Empeño es dificultoso.
Marq. Luego, no hay tanta verdad,
Si á un ingenio tal abruma...
Art. Pues bien: — ¡es la ciencia suma...
La luz de la humanidad!
Bar. Eso es algo exagerado...
Marq. Y altisonante y oscuro...
Alf. No se canse usted, Arturo,
En probar lo ya probado.
— Nunca será la razon
Piedra de toque al talento;
Su juez es el sentimiento,
Su palenque el corazon!
Marq. ¿Quién entra allí?
Bar. La Condesa,
Nuestra amiga.
Marq. ¡Hay tal descaro!
¡Venir sin ningun reparo
A insultar á la Duquesa!
Art. ¡A insultarla! — ¿Cómo así?
Marq. ¿No sabe usted lo que pasa
Há ya tiempo en esta casa?
Art. No...
Marq. Es público por ahí.
El Duque, que es un señor
Al parecer muy formal,
Profesa un culto especial
Al dios pequeñuelo, Amor.
Art. ¿Y qué?
Marq. De la bailarina
Que sabe usted, ya cansado,
A la Condesa ha inclinado
Su amor...
Bar. ¡Lengua viperina!
(*A Alfredo.*)
Art. ¿Y el Conde?
Marq. ¡Es todo un marido!
La jóv. Tiene ojos, pero no ve...
Marq. ¡Pobre Duquesa! — No sé
Cómo hasta hoy los ha sufrido.
Bar. Vamos, señora Marquesa,
Que ella se venga muy bien

Con...

Marq. ¡Qué lengua! (*Á Arturo.*)

Art. ¿La de quién?

(*Con ironía.*)

Marq. ¿No ha oido á la Baronesa?

(*La Duquesa se acerca, trayendo de la mano á la Condesa. — Cambio de besos como el de Júdas.*)

Bar. ¡Bien venidas las hermosas!

Duq. ¿Qué haceis en este rincon?

Bar. En buena conversacion...

Marq. Hablábamos de mil cosas
A cual mas indiferente...

Cond. ¿Sin murmurar?

Marq. ¡Qué malicia!

Cond. Esto aumenta la delicia
Del pasatiempo inocente.

Bar. Allí viene su escelencia
Asnal.

Art. Ese es un ministro... (*A Alfredo.*)

Alf. Ya ha caido otro registro.

Bar. Y el tipo de la insolencia
Detrás...

Alf. ¿Quién? (*A Arturo.*)

Art. Un periodista
Que fué sastre ó zapatero...

Marq. ¡Uf! — Y el asno del banquero...

Cond. Con el estúpido artista.

Marq. ¿Cómo tan tarde, señor?

(*Al Ministro.*)

Cond. ¡Hola! — ¡El tenor celebérrimo!

Bar. Y el ministerial acérrimo.

Marq. ¡Y Creso el encantador!
— ¡Qué cuatro para tirar

(*Aparte á Alfredo y á Arturo.*)

Del carro de la basura!

Alf. ¡Qué perversa criatura! (*A Arturo.*)

Art. Pues como ella hay mas de un par.

(*Alfredo va al encuentro del Duque, que acaba de entrar.*)

Min. ¿Quién es ese?

Bar. Es un autor
Dramático...

Min. ¿Celebrado?

Bar. Tal cual...

Art. Es muy desgraciado.

Bar. Es su enemigo mayor
Él propio...

Min. ¿Cómo?

Bar. Sí. — El gremio
De los poetas evita...

Art. Por lo cual este le quita
Siempre el merecido premio.

Marq. De su genio la aspereza,
Su procaz mordacidad...

Art. Son amor á la verdad
Y generosa franqueza.

Marq. De pública voz y fama
Es cuanto aquí he repetido.

Art. Siempre el vulgo ha perseguido
A quien sus vicios proclama.

Min. No tiene mala figura...

Bar. Eso sí: — finos modales...

Art. Es de gentes principales
La verdadera finura.

Period. No carece de talento.

Art. Nadie le tuvo mayor...

Banq. Y ¿es rico ese buen señor?

Art. De virtud y entendimiento.

Banq. Señor Conde, ese papel
No tiene curso en la plaza...

Art. Ya sé que usted lo rechaza.

Banq. ¿Yo?...

Min. (¡Atrevido es el doncel!)

Per. Es bicho raro...

Art. Es verdad...
Como usted bicho comun...

Per. ¡Caballero!... Soy...

Art. Segun
Se estila en la sociedad.

Min. Y ¿es noble?

Per. ¡Quiá!...

Art. Con certeza
No hay uno en todo el salon
Que tenga mejor blason
Ni mas antigua nobleza.

Min. ¿Es nuestro amigo? (*Al periodista.*)

Per. Al contrario...

Min. Si una cruz se le otorgara
O pension...

Art. Las rechazara
Como un cohecho nefario.

Alf. ¡Gracias, hermano!

(*Adelantándose hácia el grupo y tendiendo la mano á Arturo.*)

Art. ¿Por qué?

Alf. Como hablais sin precaucion,
Sin la menor intencion
Cuanto hablásteis escuché.

(*El Ministro y Periodista quedan como alelados. — Alfredo les saluda y váse.*)

El anciano escuchaba
Con atencion la singular historia,
Mientras la tierna niña se estasiaba
Oyendo el són de aquella voz sūave,
Sonora cuanto grave;
No hallando nada igual en su memoria,
A la triste mirada
Ni á la serena frente dilatada

Del jóven narrador; — y el tierno seno
Se agitaba con algo parecido
A un presagio feliz de dicha ó gloria,
Antes jamás sentido
En aquel corazon, de todo ageno.

—

En tanto que, sereno,
La narracion Alfredo proseguia;
Y el aya, que á pedazos se caia
(Súplase aquí *de sueño*),
Entre una y otra recia cabezada
Solia despertar sobresaltada,
Creyendo que su dueño
Su descortés conducta reprendia;
Y á Alfredo interrumpia,
Diciendo en ronca voz y tono enfermo:
Yo, para oir mejor, finjo que duermo.

CUADRO SÉPTIMO.

AL ESCMO. SR. MARQUÉS DE AUÑON.

CONTRASTES.

Es una tarde plácida
Del caloroso estío:
Blando suspira el céfiro,
Pasa callando el rio,
Y tras de escelso monte
Que cierra el horizonte,
Se oculta el disco pálido
Del moribundo sol.

Y en las supernas bóvedas
Mil grupos intranquilos
De leves nubes mézclanse
En caprichosos hilos;
Formando en sus celajes
Riquísimos encajes
De oro y zafiro espléndido,
Y nácar y arrebol.

Callan los ecos tímidos
Del bosque y la pradera;
Yace en reposo tácito
La créacion entera;
Y en la florida alfombra,
Grata, invitante sombra,
Reclina el cuerpo lánguido
Un jóven cazador.

Quietud profunda, unánime,
El valle así domina,
Que ni aún se escucha el hálito
Del aura vespertina;
Y del mancebo el alma,
Contraste á la honda calma,
Rasga el turbion terrífico
Del llanto y el dolor.

En lo pasado, lúgubres
Se agolpan las memorias
De goces mil efímeros,
De mil soñadas glorias:
Las puras alegrías
De sus primeros dias,
Que cual fugaz relámpago
El tiempo arrebató.

Y luego el vago anhélito
De aquella edad florida,
Lago tranquilo y diáfano
Del mar de nuestra vida;
Lago trocado en breve,
Por el destino aleve,
En borrascoso piélago
Que el ábrego agitó.

La juventud riquísima
De fuerza y de bravura,
Que á las futuras épocas
Con planta va segura;
Sin ver que los engaños,
Aun antes que los años,
En multitud indómita
Su fé quebrantarán.

¡Cuántos halagos pérfidos
De impúdicos amores!
¡Cuántos afanes ímprobos
Con fruto de dolores!
Y el jóven, en su llanto,
Contempla con espanto
Las mil y mil imágenes
Cómo pasando van.

— Aquí, cual lampo, rápida,
Carmin el rostro y nieve,
De una muger bellísima
Pasa la sombra leve:
De faz encantadora,
De corazon traidora,
Fué la primera ráfaga
Que ajó su juventud.

Allí otra sombra lívida
Cruzó con paso lento;
Primer error del ánimo
Siguió al del sentimiento;
Y á aquellas dos heridas
Mas crudas y sentidas,

La fé, en su pecho náufraga,
Dudó de la virtud!

Tras estas, un sinnúmero
De sombras van pasando,
De faz las unas tétrica,
Otras de rostro blando;
Varones y mugeres
De varios pareceres,
Y empero, todos hábiles
Maestros de traicion.

Luego recuerdos vívidos
De júbilos pasados,
Y amor y gozo púdicos,
Un tiempo despreciados,
Y un malestar creciente,
Desgarrador, latente,
Conturba al par del mísero
El seno y la razon.

Despues, formando círculo
Las diáfanas figuras,
Pueblan en torno el ámbito
En danzas mil impuras;
Y el jóven, conturbado,
Se juzga ya bajado,
En tenebroso vértigo,
Al Báratro infernal.

Y el corazon, impávido
Un tiempo, á lid tan ruda,
En su temor sacrílego
Hasta del cielo duda;
Cuando, cual sol naciente,
Levántase en su mente,
Una tras otra línea,
Un sér angelical.

Y la memoria alígera
Despierta una por una
Las notas de aquel cántico
Que le arrulló en la cuna;
Y á aquella voz süave,
Y al propio tiempo grave,
Siente en el pecho súbita
La calma renacer.

La imágen lenta acércase
Con paso majestuoso;
Se alzan los secos párpados
Del sueño fatigoso,
Y por las mil heridas
Del alma, doloridas,
Siente el cuitado un bálsamo
Dulcísimo correr.

— Tras ella, blanda, tímida,
En honda lontananza,
Surge una vírgen púdica,
Emblema de esperanza;
Y luz tan peregrina
Baña su faz divina,
Que el coro de los ángeles
No la gozó mayor.

El jóven, mudo, estático,
Contempla su hermosura,
Bañado en tiernas lágrimas
De amor y de ventura;
En tanto que, amorosa,
Sonríele piadosa
La alta vision, y el huérfano
Olvida su dolor.

Y cual del íris fúlgido
El arco prepotente
Disipa la calígine
Del huracan rugiente;
Las célicas visiones
Destierran las legiones
De espíritus maléficos
Del Tártaro al confin.

Y fuera ya del vórtice
De su soñar aciago,
De lejos ve su espíritu
Un bonancible lago,
En cuyas ondas puras,
Con él ambas figuras,
Dirígense á las márgenes
Do el júbilo es sin fin.

Y el alma en esa mística
Contemplacion del cielo,
De la prision corpórea
Roto el opaco velo;
Cándida, leve, pura,
Remóntase á la altura
Do alientan los arcángeles
Mil himnos de placer.

Y de la vida inmémore
Olvida sus enojos,
Y en la vision seráfica
Fijos entrambos ojos,
En mares se estasia
De amor y de armonía,
Al pié del tabernáculo
Del infinito Sér!

Mientra en la azul atmósfera
Bogando va la luna,
Cual surca el cisne cándido
La véneta laguna;
Trayendo entre desmayos

Sus blanquecinos rayos
A tierra y mar los éstasis
Divinos del amor.

Y con murmurio plácido
Va resbalando el rio,
Y se oye de la tórtola
El cariñoso pio,
Y con susurro blando
El valle embalsamando,
Mueve amoroso céfiro
El cáliz de la flor.

SEGUNDA PARTE.

CUADRO PRIMERO.

A FEDERICO DE MADRAZO.

—

LA VUELTA.

I

Por una angosta senda,
Con paso fatigado,
Un jóven peregrino
Camina con ardor :
A ocaso el sol declina,
Y ya tras de un collado
Vecino, moribundo
Se oculta su fulgor.

—

Es una montañuela
De cuya verde cumbre
Se mira un ancho valle
De gran fertilidad :
Ya en él no da la viva
Del sol fulgente lumbre,
Y su reflejo vago
Mas límites le da.

—

Llegando allí el viajero,
Detiénese anhelante,
Descubre respetuoso
Su frente juvenil;
Y gota á gota baña
Su intrépido semblante
Llanto de amor, que sube
Del pecho varonil.

—

Despues de tan crüeles
Larguísimos pesares
Concédele fortuna
Un punto de placer :
Aquellos son los dulces,
Sacros, paternos lares,
Que tras prolija ausencia
Torna dichoso á ver.

—

Allí por vez primera
Amó y fué tan amado;
Allí aprendió el purísimo
Amor de la virtud :
Allí do vuelve ahora
El pecho lacerado,
Tocando al fin su efímera
Primera juventud.

—

Y mil recuerdos caros
Agólpanse en su mente,
Memorias placidísimas
Del tiempo que pasó;
De la fugaz infancia,
Edad tan inocente,
Donde ni amargas lágrimas
Ni penas conoció.

—

Y en torno á sí mirando,
Tortura su memoria,
Y nombra uno por uno
Objetos mil y mil :
Testigos todos fueron
De su primera historia
Las peñas y los árboles
Del rústico pensil.

—

Aquel es el collado,
Aquella es la ladera
Que al aura vespertina
Solia recorrer :
Allí le daba rosas
La gaya primavera;
Só aquel frondoso tilo
Sentábase á leer.

Mas lejos... sí... es aquella
La fértil enramada
Donde á la viuda tórtola
Su esposo devolví;
Y aun oigo el blando arrullo,
Y aun veo la mirada
Con que pagóme, trémula,
El gozo que la dí.

—

Aquellos verdes juncos
Y cimbradoras cañas
Que forman vagas ondas
Un poco mas allá,
Cubren el claro arroyo
Que corre entre espadañas,
Y al mas cercano rio
A confundirse va.

—

Y el gótico castillo
Que miro en lontananza,
Es de mi tio el Conde
Espléndida mansion;
Mas no descubro el techo
Do yace mi esperanza...
¿Qué anuncia este vivísimo
Latir del corazon?

—

— Y de la humilde cumbre
Bajando va hácia el valle,
Y una ansiedad creciente
Le agita á su pesar:
Esmaltan gayas flores
La tortüosa calle,
Cuyo perfume aspira,
Sin verlas, al pasar.

—

Con presurosos pasos
Ya corta la llanura;
Ya un verde bosquecillo,
Corriendo, atrás dejó;
Ya de una suave loma
Llegando va á la altura;
Mas al llegar, la rápida
Carrera suspendió...

II

Descúbrese de allí el humilde techo
Que cobija el paterno, sacro hogar,
Y el corazon, saltándose del pecho,
Casi le hace imposible respirar.

—

Allí en aquel estrecho y pobre asilo,
El amor maternal meció su cuna;
Allí el sueño durmió puro, tranquilo,
De aquel que aún no lidió con la fortuna!

—

¡Allí de un padre el labio venerando
Dictó la ciencia á su pueril razon,
Y en su alma inocente fué infiltrando
Los gérmenes de honor y religion!

—

Mas ¡ay! ya no verá su rostro amado
Ni volverá á escuchar su voz querida;
Lejos aún era el jóven desterrado
Cuando apagó la enfermedad su vida.

—

¡Ay! — Mirándose á par huérfana y viuda,
¿Vivirá aún la desolada anciana,
O del fiero dolor la espada aguda
Habrá segado su existencia humana?

—

Y á tan infausta idea le fallecen
Las fuerzas y se anubla su razon,
Y sus músculos todos se estremecen,
Y su sangre refluye al corazon.

—

¡Dulce filial amor, santo cariño,
Imágen pura del eterno amor;
El hombre fuerte, como el débil niño,
Sienten iguales tu divino ardor!

—

¡Unico sentimiento de la tierra
Que no cede á la humana veleidad,
Y guarda pura en la mundana guerra,
É invariable, su dulce intensidad!

—

¡Virginidad del alma, hasta la muerte
Incólume de manchas y de error;
Flor mas lozana y olorosa y fuerte
En las roncas tormentas del dolor!

—

¡De la fé paladion, arca sellada,
Gérmen que lleva en sí toda virtud,
De amor divino prenda conservada
Hasta en la ignominiosa esclavitud!

—

— Tiembla el jóven, y llanto de agonía
Baña copioso el varonil semblante;
Mas reune su fuerza y energía,
Y sigue por la senda hácia adelante.

—

Y ya descubre el humo vaporoso
Que en parduzca espiral sube á la altura;
Ya mira... Mas de un canto religioso
Se oye entonces la mística dulzura.

Un canto melancólico y süave,
Del corazon tristísimo lamento,
Con la música dulce cuanto grave
Que fué de un moribundo pensamiento (1).

En la tierra al alma
No hay consuelo ya,
¡La perdida calma
Nunca volverá!
Sin el caro esposo,
Presa del dolor,
¿Dónde el tiempo hermoso
Del amor?

Tórtola viuda,
Deja ya el pensil,
La estacion es ruda,
Ya acabó el abril:
Fué la primavera
Tiempo del amor
¡Y esta es la ribera
Del dolor!

¿Dónde el caro nido
Que con él labré,
Y el pensil florido
Dónde, dónde fué?
Débil fué el escudo
De mi tierno amor
¡Ay! del noto rudo
Al furor.

Mas no gimas, alma,
Cese el duelo ya;
La perdida calma
Presto volverá:
Con el caro esposo,
Libre del dolor,
Vuela al reino hermoso
Del amor!

Cesó el canto por fin, y aun estasiado
Oye el jóven, sin voz ni movimiento,
Que, del aura nocturna modulado,
Aun dulce vibra su postrer acento;

Y sube á las regiones que el sol baña
En vagas espirales de sonido,
Y en breve en el hogar y en la campaña
Todo quedó en silencio sumergido.

(1) *El último pensamiento de Weber* (primera parte).

CUADRO SEGUNDO.

A MI MADRE.

EL HIJO, LA MADRE.

¿Tornaste á ver, lector, tras larga ausencia
La verde orilla de los patrios lares?
¿Despues de pesadísimas fatigas,
Y congojas y sustos y desastres,
En medio á indiferentes corazones,
Desvalido y oscuro caminante,
Al fulgor del lucero matutino
O al crepúsculo vago de la tarde,
Acaso descubriste el pobre techo,
Templo de los domésticos penates?
—Di: —¿no sentiste entonces los latidos
Del tierno corazon centuplicarse;
Ser poco el aire á tu anhelante seno,
Estrecho al curso de la hirviente sangre;
Trémula vacilar tu planta firme,
Y tus ojos de lágrimas llenarse?
Y ¿en medio á las violentas emociones
Del fuerte cuanto súbito combate,
Sumirse el alma en un inmenso piélago
De santo amor y dichas inefables?
— Si tal placer sentiste, empresa inútil
Será que ahora me esfuerce yo en contarle;
Mas vana aún si te es desconocido;
Que ni el genio mayor fuera bastante,
Ni es dado á lengua alguna que usen hombres
Describir las delicias celestiales.

— Llamó Alfredo á la ya cerrada puerta
Con golpes al principio vacilantes,
Respondiendo al rumor intempestivo
Con su sordo gruñir los fieles canes;
Pero aún repiten los campestres ecos
Los golpes, aunque tímidos, vibrantes,
Y reina ya en el rústico tugurio
El silencio anterior: — en són mas grave
Torna á llamar el jóven, y redoblan
Los perros sus gruñidos formidables:
— Una voz cariñosa les reprende
Su honrado celo; tuércese la llave,
Y un instante despues sobre sus quicios
De la ancha puerta entrambas hojas se abren.

Una muger de humilde continente
Y pobre, aunque limpísimo ropaje,
Asoma en el umbral: — su dulce rostro
Ageno á las revueltas tempestades
De la mundana vida, empero lleva

De la provecta edad claras señales.
Al mirar al viajero, cautelosa
Examina la edad, el rostro y traje,
Y luego cariñosa le saluda,
Contenta al parecer del nimio exámen.
— Era el ama de Alfredo; mas su vista,
Con la edad disminuida ó con los males,
La impide que al mancebo reconozca,
Mientras este, de gozo palpitante,
Quiere abrazarla; — empero se contiene,
Y la saluda en voz tranquila y grave.

—

Ama. ¿Qué se os ofrece, señor?
Alf. Soy, como veis, peregrino...
Ama. ¿Habeis errado el camino?
Alf. No pienso tal, por mi honor.
Ama. Pues la senda que traëis
Solo conduce á esta hacienda.
Alf. Luego no he errado la senda...
Ama. ¿Qué decis?
Alf. Ya lo sabréis.
Ama. Pero entrad, jóven, entrad...
Ya demasiado os detuve...
En preguntar me entretuve.
Alf. Fué justa curiosidad.
Ama. Sentáos... hé aquí un sillon...

(*Acercándolo.*)

Avisaré á la señora...
Alf. ¿Dónde está?
Ama. En su cuarto ahora...

(*Yéndose.*)

Alf. ¡Quedo... quedo, corazon!...

— Y con un sentimiento inenarrable
De dulce y melancólica alegría
La sala casi oscura
Examina en redor: — á cierta altura
De la pared sombría
Ve de su padre el rostro venerable,
Que á la dudosa luz vivo parece...
Y el alma se estremece,
Y en el suelo y postrada la rodilla,
Su bendicion con lágrimas implora. —
— Y á un reflejo fantástico que brilla
Sobre el pintado lienzo, se figura
Que dirige la sombra protectora
Su mirada de angélica ternura
Sobre el mancebo que á sus plantas llora.

—

Entre tanto, los perros advertidos
Por el instinto súbito y certero
Que distingue su raza, del viajero
Se arrastran á los piés, y con ladridos
Trémulos y amorosos alaridos
A su modo demuestran su contento;
Pero en aquel momento
Oye el jóven un paso vacilante.
Y, el pecho palpitante,
Se pone en pié con raudo movimiento.
Parece una muger: — un breve instante
Ve el rostro juvenil, desconocido,
Y, los brazos abiertos, á él se lanza,
Dando de amor ternísimo gemido. —
« ¡ Oh mi dicha, mi gloria, mi esperanza,
Del alma hijo querido!
¡Por fin ¡oh Dios! te estrecho
Sobre el amante pecho
Que tanto tiempo te lloró perdido! »

—

Y le besa en la frente y ambos ojos,
Y la negra, empolvada cabellera,
Y le torna á besar, y sus enojos
Olvida, y por dichosa se tuviera
La infeliz si besándole muriera!

—

Luego á la imágen del perdido esposo
Convierte la dulcísima mirada,
Y brota de dolor llanto copioso
De su alma lacerada...
Pero torna á mirar la prenda amada
De aquel tan casto amor como felice,
Y le torna á besar y le bendice,
Y le torna á besar y se consuela...
Alfredo á sus caricias corresponde,
De tierno amor en lágrimas bañado;
Mientras que, á su pesar, la mente vuela
Al lejano confin donde se esconde
Un ángel adorado...
« ¡ Oh! — De mi madre al lado,
¿Por qué no es hoy completa mi alegría? »
— Y el alma en voz sumisa le responde:
« ¿Puedes tú ser dichoso sin María? »

CUADRO TERCERO.

A GENARO PEREZ DE VILLA-AMIL.

—

EL NIÑO.

Alfredo en la orilla del mar.

I

Era el hora serena y apacible
En que espira la luz del rey del dia;

El viento susurraba bonancible,
El mar sobre la playa se dormia...

—

De cuando en cuando, con rumor süave,
Alguna ave marítima en su vuelo,
La calma interrumpia dulce y grave,
Que reinaba en el viento y mar y suelo.

—

Alguna aventurera golondrina,
Que volvia al paterno caro nido,
O la veloz paviota blanquecina,
Nuncio lëal del Noto enfurecido;

—

O de un peñasco altísimo y desnudo,
Titan en la ribera encadenado,
Lanzaba el alcotan su grito agudo,
Pirata de los aires despiadado.

—

Mas cesaba el rumor, y proseguia
El blando imperio de la dulce calma,
Y Alfredo, meditando, repetia
Con la corpórea voz la voz del alma.

—

EL SOL PONIENTE.

MEDITACION.

¡Con cuán lenta majestad,
Noble luminar del dia,
Camina tu claridad,
De la azul region vacía
Por la vasta inmensidad!

—

Puebla tu luz bendecida
Tierras y mares y vientos,
Y á tu fuerza enardecida
Tornan de nuevo á la vida
Los dormidos elementos!

—

Por la region celestial,
Entre celajes de tul,
Vas, gigantesco fanal,
A perderte en el cristal
De ese inmenso espejo azul.

—

Y palidecen los rayos
De tu luz deslumbradora,
Y mientra el mundo te llora,
Entre lánguidos desmayos
Tu disco se descolora.

Y como á perderte vas
En el remoto occidente,
El corazon y la mente
Preguntan si volverás
Por las puertas del oriente.

—

Volverá tu resplandor
A animar tierras y mares
Con fuego generador,
É inmensos himnos de amor
Se alzarán de tus altares;

—

Mas al ver esa del dia
Postrera luz moribunda
Siento presa el alma mia
En misteriosa y profunda
Y santa melancolía;

—

Que eres imágen, o sol,
Del cenit en la altitud,
De la fuerza y juventud,
Y tu pálido arrebol,
Presagio del ataud!

—

— ¡Quién sabe, o sol, si mañana
Cuando torne el mundo á verte,
Por decretos de la suerte,
Cuanto es en mi vida humana
Será presa de la muerte!

—

¡Si el osado corazon,
En que hoy sangre hirviente late,
Y la altanera razon,
No oirán ya la confusion
De este revuelto combate!

—

¡Y empero, el alma atrevida
Y el rápido pensamiento
Reluchan con ardimiento,
Sin contemplar que es la vida
Un efímero momento!

—

¡Sin ver ¡ay! que la ambicion,
Que en incesante agonía
Turba el pecho y la razon,
Sueño es de la fantasía,
Delirio del corazon!

—

— Miserable humanidad,
A tantas glorias crëada
Por la suma Potestad,
¿Nunca serás perdonada
De tu primera maldad?

Por tu soberbio pecado
Te condena un Dios airado
Á recoger ¡oh dolor!
En llanto y sangre amasado
El fruto de tu sudor!

—

— ¡Raza de ángeles caidos,
Del cielo desheredados,
Que naceis entre gemidos,
Y vivís desesperados,
Y morís desprevenidos!

—

¿Por qué la vida adorais?
Por qué á la muerte temeis?
— ¡Tanto al bien desconoceis,
Que el dolor idolatrais
Y la dicha aborreceis! —

—

¡Oh padre sol! — Si mañana,
Cuando torne el mundo á verte,
Fuera presa de la muerte
Cuanto es en mi vida humana,
Por decretos de la suerte:

—

¡De cuánto amargo dolor,
De cuánta fiera inquietud
Me libertara, en su amor,
El sumo Dispensador
De la dicha y la virtud!

—

Tú, en tanto, ó sol, por igual,
En tu carrera gentil,
Viertes tu puro raudal
Sobre el áspero erial
Y el aromoso pensil;

—

Que eres imágen sensible
De la suma Potestad;
Y al bien y al mal impasible,
Sigues tu curso apacible
Con serena majestad.

—

— Púsose el sol en fin; — el claro cielo
Cubríase de pardos nubarrones,
Y empezaba á turbar el mar y el cielo
La voz de los tremendos aquilones.

—

Tornóse á convertir hácia este mundo
Del jóven el veloce pensamiento,
Cuando el mar se agitaba furibundo
Bajo el azote del airado viento.

Y miró en derredor, como buscando
En la borrasca súbita un asilo,
Y á un niño vió en la playa, meditando
Con tan triste ademan como tranquilo.

—

Como una estatua del dolor, plantada
Del mundo en medio al vórtice, le mira,
En pié sobre una roca ya bañada
Por las olas que el mar lanza en su ira.

—

Al aire en rubios copos ondulantes
Se agita la rizada cabellera,
Bañada por las chispas coruscantes
De las olas que invaden la ribera,

—

Los flacos, tiernos brazos levantados,
Como implorando la piedad del cielo,
Y los ojos, en lágrimas bañados,
Con expresion de amargo desconsuelo.

—

É inmóbil sigue en su pensar sumido,
Ageno á las borrascas de la tierra,
Mientra á sus piés el mar enfurecido
Ruge del noto á la incesante guerra.

—

Mas ve Alfredo el peligro, y á él se lanza,
Y le coge, y en rápida carrera
Hácia el cercano bosque se abalanza,
Hasta perder de vista la ribera;

—

Y so el verde espesísimo ramaje,
Que allí le ofrece momentáneo abrigo,
Detuvo un punto el rápido viaje,
Y al niño interrogó con tono amigo:

—

Alf. ¿Qué hacias, niño, tan tarde
En la ribera del mar?
Niño. Señor, rezar y llorar...
Alf. Dime, y así Dios te guarde,
¿Eres huérfano?
Niño. Señor,
Perdí hará un año á mi padre;
Pero aún gozo de mi madre
El inmenso y santo amor.
Alf. ¿Sois pobres?
Niño. Lo somos tanto,
Que la mitad de la vida
Es nuestra sola comida
Nuestro amarguísimo llanto.
Alf. ¿Dónde vivis?
Niño. Caballero,
Si juzgais que vida sea.
En esa vecina aldea...

Pero vos... ¿sois forastero?
Alf. No: — nací en estas regiones;
Mas, dime: en vuestra horfandad
¿No os ayuda la piedad?...
Niño. Duros son los corazones
De los ricos de la tierra...
Alf. Pero... ¿no teneis amigos?
Niño. Como nosotros: mendigos.
— La puerta nunca se cierra
Del pobre; — pero en su hogar
Halla el que lo ha menester,
Males que compadecer
Y miserias que llorar...
Alf. Hablas, niño, como diestro
En las desgracias del hombre...
Niño. Mi experiencia no os asombre:
La miseria es gran maestro.
Alf. Quisiera saber tu historia...
Niño. Su cuento os afligirá...
Además, es tarde ya,
Y con hambre no hay memoria.
Alf. ¿Tienes hambre?
Niño. El dia entero
De puerta en puerta corrí...
¡Solo insultos recogí!
— Ayer tarde un caballero
Me dió un pan, aunque algo duro,
Grande y blanco: — hambre tenia,
Un hambre de todo el dia,
Buen caballero, os lo juro.
Mas de mi madre y mis dos
Hermanitos me acordé,
Y entero se lo llevé...
Alf. ¡Nadie hiciera mas, por Dios!
Niño. En tres partes desiguales
Mi madre el pan dividió
Y á mí la mayor me dió...
Yo dividí en dos iguales
La mia, y una la dí...
El hambre me devoraba:
Partí en dos la que quedaba,
Y una de ellas me comí!
Alf. ¿Y la otra?
Niño. La conservé,
Previniendo el hambre de hoy,
Porque yo el mas fuerte soy...
— Esta mañana se fué
Mi madre hácia la ciudad
Cercana, de una parienta
Suya, noble y opulenta,
A implorar la caridad.
Yo partí entre mis hermanos
El pan guardado de ayer,
Y despues fuí á recorrer
Los cortijos comarcanos.
Alf. ¡Oh sublime abnegacion!
Niño. No os entiendo, por mi nombre...
Tengo diez años: soy hombre;
Cumplí con mi obligacion.
El dia entero corrí
En vano de puerta en puerta:
No hallando ninguna abierta,
Del mar á la orilla fuí
Esperando allí encontrar,
Por la marea arrastrado,
Algun marisco olvidado
Con que pudiera llevar
A mis hermanos sustento;
Pero, como el hombre impío,
Hallé sordo al llanto mio
El despiadado elemento!
Alf. ¿Y entonces?
Niño. Desesperado,
De una vez quise acabar,
Y pensé arrojarme al mar...
Pero en breve, avergonzado
De mi ingrata cobardía,
Desde mi hondo desconsuelo,
Volví, como antes, al cielo
Toda la esperanza mia!
Y oraba mi corazon
A par con mi pensamiento,
Cuando vos dísteis violento
Fin á mi humilde oracion.

—

Alfredo absorto oia
Aquella ingenua y admirable historia,
Que con su voz pueril le repetia
El niño, y contra el pecho le oprimia
Con amor, mientras rauda la memoria
Mil hazañas y mil le recordaba,
Que el mundo registraba
En el archivo eterno de la gloria...
¡Cuán pobres y mezquinas las hallaba!

—

— Aquel niño le daba en su flaqueza
El mas ilustre ejemplo
Del humano valor y fortaleza. —
¡Cuánta clara proëza
Desde el difícil, encumbrado templo,
La fama trapacera encarecia,
Que entonces á sus ojos parecia
Una farsa grosera,
Parodia de la gloria verdadera!
¡Cuántas palmas triunfales
Y envidiados laureles;
Cuántos heróicos hechos, inmortales,
Convertidos en falsos oropeles!

—

Y sobre sí y la humanidad lloraba,
O con sarcasmo amargo se reia,
Y á par del llanto ó gélida ironía,
De sí y de los demás se avergonzaba!

Mas pasó ya la tormenta,
Y entre cándidos celajes
Su faz asoma la luna,
Consuelo de los mortales.

—

Quiere el niño despedirse,
Y Alfredo, con voz amable,
Le ruega que le conduzca
A la choza de su madre.

—

Y por una angosta senda
Ambos van, aquel delante,
Con paso en que se traslucen
La fatiga á par y el hambre.

—

Y despues de un corto trecho
Detiénese vacilante,
Y á su fiero, unido impulso,
Al fin desmayado cae.

—

Entre sus brazos amigos
Coge Alfredo al tierno infante,
De cuyo angustiado pecho
Se exhalan trémulos ayes;

—

Y entre sonidos confusos,
Que se pegan á las fauces,
No con acento de ira,
Sino de angustias mortales,

—

Escucha Alfredo estas voces,
Que rotas del pecho salen:
«¡Los ricos son el cuchillo;
Los pobres somos la carne!»

—

Ya de la cercana aldea
Toca el jóven los umbrales,
Llevando en sus brazos siempre
Al niño casi espirante: —

—

Llega al materno tugurio,
Donde con prontos cordiales
Vuelto en sí apenas el niño,
Quiere ir en pos de su madre.

—

Su protector no se opone,
Y le acompaña; mas antes
Tomó consigo dinero,
Provisiones y ropajes;

—

Y á la alma luz de la luna,
Que alegra tierras y mares,
Ambos á pié se encaminan
A la cabaña distante;

—

Y entonces, no el niño, Alfredo
Es quien dice con voz grave:
«¡Los ricos son el cuchillo;
Nosotros somos la carne!»

II

LOS HUÉRFANOS.

En una choza cubierta
De poca y húmeda paja,
Que da libre paso al viento
Y corriente libre al agua;

—

A la luz tenue y rojiza
De una moribunda lámpara,
Cuyo reflejo dudoso
El confin estrecho agranda;

—

Medio oculta entre las sombras,
Macilenta, desgreñada,
Se mira una hermosa niña,
Que da á la puerta la espalda.

—

Pobres harapos apenas
Sus tiernas formas recatan
Del frio y de la tortura
De indiferentes miradas;

—

Y á no ser por sus cabellos,
Que en copiosas ondas bajan
Hasta el escabel humilde
Do yace entonces sentada,

—

Por mil partes, sin esfuerzo,
Libres los ojos, miraran
La tersa y mate blancura
De sus formas descarnadas.

—

Aún ocho años no ha cumplido,
Y la fortuna contraria
Imprimió en su tierna frente
El sello de su honda saña.

—

No se ve ya en sus facciones
Esa tranquila ignorancia
Que el albor de nuestra vida
De tanto atractivo esmalta;

Ni sus mejillas ostentan
La morbidez de la infancia,
Ni su sonrisa graciosa
Los dulces labios separa.

—

— ¡Ay triste! — Adultos dolores
El corazon le desgarran,
Y son sus ojos dos fuentes
De lágrimas bien amargas!

—

Tiene en sus brazos á un niño
En la edad de la lactancia,
Y le acaricia tan tierna,
Y le riñe tan sensata,

—

Que, mirándola, parece
Alguna piadosa fada,
Que so un disfraz allí vino
Del tierno infante en la guarda.

—

— Y es que al alma el infortunio
Es lo que el riego á las plantas,
Que con él mas presto crecen,
Y mas fuertes y lozanas;

—

Y el dolor, profunda escuela,
Que depura y aquilata,
Cual los metales el fuego,
Las tres virtudes del alma. —

—

— Bondad de la Providencia,
Que quiere así equilibrada
De las humanas fortunas
La caprichosa balanza.

—

— Con materno amor oprime
El niño á su corazon,
Y mas bien que canta, gime
Esta sentida cancion:

—

« Duerme, duerme, niño mio,
Cierra un instante los ojos,
Huye del hambre y el frio
Los enojos:
Por tí cariñosa velo
Mientras viene á calmar nuestro quebranto,
Pio el cielo.

—

Las ansias devoradoras
Pasarán, y crudas penas,
Y vendrán otras auroras
Mas serenas.
De nuestro hondo desconsuelo
¿Quién enjugar podrá el deshecho llanto
Sino el cielo?

—

Duerme hasta el próximo dia,
Hermano mio del alma,
Que hay tras la borrasca umbría
Dulce calma.
Mirando nuestro desvelo
Está aquel padre que nos quiso tanto,
Desde el cielo!

—

En tanto Alfredo y su guia,
Ya dentro de la cabaña,
Con eficaces socorros
El llanto del niño acallan.

—

Y duerme ya; — y nuestro jóven
De la semidesmayada
Niña, el vigor moribundo
Con alimentos restaura;

—

Y... pero un sordo gemido,
Que resonó hácia la entrada
De la choza, le interrumpe...
Vuela Alfredo, y mustia, pálida,

—

Sin sentimiento y sin pulso,
Cual de un rayo fulminada,
Ve una muger cuyo rostro
Un pañizuelo recata;

—

Pero á la incierta vislumbre
De la moribunda lámpara,
Que de soslayo ilumina
La faz de la infortunada;

—

Mira con dolor y asombro
Que la que yace á sus plantas
Es aquella Adela, un tiempo
Tan orgullosa y gallarda.

—

Entre sus brazos robustos
Con prontitud la levanta,
Y sobre el mísero lecho
Al fin la triste descansa.

—

— Por su egoista parienta
Con gran rigor rechazada,
Tomó sin socorro alguno
La vuelta de su cabaña;

Y al hambre y á la fatiga,
Y á la vista inesperada
De aquel que un tiempo ofendiera,
Sintió desgarrarse su alma. —

—

— Piadoso Alfredo, la anima
Con cariñosas palabras,
Y sobre su honor le jura
Socorrerla y ampararla.

—

Y cuando ve á la infelice
Mas tranquila y resignada,
Tuerce el paso presuroso
A do su madre le aguarda.

—

RÊVERIE.

A .....

Tímida, blanda, misteriosa, pura,
Manantial de suavísima alegría,
Revelacion de célica ternura,
Oculta, omnipotente simpatía:

—

Primer impulso del amor, primera
Emocion, que al nacer agita el alma;
Mas dulce que el amor, mas que él sincera,
Suma espresion de la divina calma; —

—

Por tí el humano corazon se lanza
Ciego en los brazos del ignoto amigo;
Inmenso tu poder, á unir alcanza
El corazon de un rey al de un mendigo.

—

Mas inerme que el niño aún en la cuna,
Toda candor y paz, toda inocencia,
Hasta el mudable humor de la fortuna
Sujetas con dulcísima violencia.

—

No hay vallas para tí, ley ni costumbre,
Dobléganse á tu voz pueblos y reyes;
Que es del cielo tu blanda mansedumbre,
Y de la tierra las humanas leyes.

—

Mísero el corazon que en sí no siente
Vívido arder tu poderoso encanto;
En vez de vida plácida y riente,
Será la suya de dolor y llanto.

Muy mas mísero aquel, enardecido
En él por otro corazon helado;
Que es amor, cuando no es correspondido,
El único dolor desesperado!...

—

— Vuelto al hogar paterno,
La existencia de Alfredo resbalaba
Tranquila, no dichosa;
Que, grato de su madre al amor tierno,
Empero dia y noche le aquejaba,
Fijo el recuerdo de la niña hermosa; —
Y al ver su posesion tan imposible,
Con desaliento horrible
Su postrera esperanza se apagaba.
Mas, cuando el paso incierto
Dirigia á la costa solitaria
Del mar, y al ancho piélago desierto,
La mirada tendia,
Despues de alguna férvida plegaria,
A lo lejos mirar le parecia
Surgir otra ribera hospitalaria,
Donde entre nubes vaporosas via
La imágen de su angélica María.
Y ageno el corazon, como la mente,
De la afanosa realidad presente,
Seguian con empeño la ilusoria
Vision, feliz augurio
De otra futura y halagüeña historia;
Y no ya en pobre y rústico tugurio
El delirante soñador se via,
Sino en rica y espléndida morada;
Y á su lado la niña idolatrada,
Que, ya feliz esposa,
Con indecible amor le sonreia.

—

Y en vivo, claro, inmenso panorama,
En playa deleitosa
El destino á sus ojos descorria
De lo futuro el velo impenetrable. —
— Cuanta virtud y amor inenarrable
El casto lazo conyugal encierra;
Cuanta felicidad cabe en la tierra
Prometíale el cielo favorable. —
Y el jóven olvidaba
Su presente dolor, y se estasiaba
Ante el cuadro risueño,
Que contemplaba en su despierto sueño.

—

Mas, súbito, una nube que cruzaba
El cielo azul de la tranquila mente,
Cubriendo la vision resplandeciente,
Otros cuadros distintos
Le ofrecia en confusos laberintos. —
— Lejanas tierras y revueltos mares,
Y truenos y huracanes bramadores,
Y riesgos á millares,

Y fatigas y sustos y dolores. —
Aquí una tumba abierta,
Una comarca allá triste y desierta;
Aquí un hombre de faz aciaga y ruda,
Con la espada flamígera, desnuda,
Airado, el pecho inerme amenazaba;
Allí en mísero lecho se miraba,
Con rostro macilento,
Víctima infausta,de dolor violento,
Tocando ya á la abierta sepultura,
Monstruo insaciable que feroz reia,
Próxima al ver la presa que esperaba;
Y crecian su horror y su pavura;
— Mas de pronto una luz serena y pura
Con plácido fulgor resplandecia,
Y el cuadro aterrador desparecia.

—

Y tornaba á surgir del campo oscuro,
Como al poder de mágico conjuro,
El anterior risueño paisaje;
Y entre el verde ramaje
De amena y feracísima alameda,
Miraba la faz leda
Brillar de su dulcísima María!

—

Y á su lado dos niños pequeñuelos,
Frutos de amor, hermosos como cielos,
Y ella al padre feliz los presentaba,
Y amante sonreia,
Y el soñador en mares se anegaba
De amor y gratitud y de armonía!

—

Mas la vision de nuevo se ofuscaba,
Y, ya despierto, en derredor veia
Solo ante sí la inmensidad vacía...
. . . .
. . . .

CUADRO CUARTO.

A PEDRO DE MADRAZO.

—

LA MUERTE.

Ὃν οἱ θεοὶ φιλοῦσιν, ἀποθνήσκει νέος.
MENANDRO

« Muere jóven aquel que al cielo es caro. »
Mors est jam requies, vivere pœna mihi.
CORN. GALL., *Senectutis descriptio.*

I

Tal como de una luz pronta á estinguirse
La llama azul, partida y temblorosa,
En solo un breve punto se concentra,
Y mas vivo fulgor en torno arroja;
Así la alma virtud que el pecho anima
Del justo, al espirar, mas generosa
Y mas pura y radiante y mas fecunda,
Ciñe su sien de mística auréola.
El alma, penetrando en las tinieblas
Del hondo porvenir, su oscura historia
Contempla ante sus ojos desplegada
En un campo de luz, libre de sombras;
Y en proporcion que muere la caduca
Materia que la envuelve y aprisiona
Con mas vigor y libertad campea
De lo futuro en las tinieblas hondas.

—

Y tal transformacion ¿será presagio
De la inmortalidad, ó bien memoria
De la pasada, prístina grandeza
Que al hombre dió la ciencia crëadora?
¿Bastarán á lavar de aquella culpa
Original, al alma, las congojas
Y los sustos y el llanto y las fatigas
De la humana existencia transitoria?
O bien, peregrinando en otros mundos
En marcha, cuanto lenta, trabajosa,
De crisol en crisol irá perdiendo
Del gran pecado la tenaz escoria,
Hasta que, tersa, hermosa, depurada,
Al fin merezca la inmortal corona?...

—

¡Cuán vana eres, oh ciencia! — Cuán [oscura
Y débil la razon! — Y la orgullosa
Descendencia de Adan, raza caida,
Inventa mil sistemas, y amontona
Insensatas teorías, y discurre
Del alma y Dios! — Y en su soberbia loca,
Cuando del débil átomo que habita
En la inmensa creacion maravillosa
Vislumbra apenas las ocultas leyes;
Cuando el arcano de su vida ignora;
Analiza la causa de las causas,
Y á su tamaño mínimo acomoda
Al INFINITO, ETERNO, INCOMPRENSIBLE,
Sin tiempo y sin espacio y sin memoria!
— ¿Qué eres con él, profunda ciencia hu- [mana?
— ¡Vanidad y afliccion y miedo y sombras!

II

En un ángulo sombrío
De un cuarto humilde y estrecho,
En pobre aunque limpio lecho,
Y presa de un mal impío,

Yace la madre que adora
Alfredo, casi espirante.
— Un sacerdote delante
El lecho, con voz sonora,

—

Si trémula y agitada,
Viendo del hijo el dolor,
Le exhorta á aprender valor
De la madre resignada.

—

Ya el sacramento postrero
Recibió la moribunda,
Y reina calma profunda
En su rostro placentero.

—

Escucha con atencion
Las razones del anciano,
Que halla al dolor sobrehumano
Consuelo en la religion.

—

Y oyéndole se estasia,
Y su fé, mas viva alienta,
Y pasan, sin que las sienta,
Las horas de su agonía;

—

Que en risueña lontananza,
Allá en la azulada esfera,
Ve ya surgir la ribera
Del puerto de la esperanza.

—

Mas prosigue en su llorar
El mancebo inconsolable,
Y con ternura inefable
Empezó la madre á hablar:

—

« No llores, hijo mio, por mi muerte;
Llora mas bien sobre tu propia vida;
En el trance que juzgas duro y fuerte
Una inmensa dulzura hay escondida.

—

« Despues de un breve padecer, dichosa,
Libre de su prision, volará el alma
A la region serena y venturosa
Do vive amor en perdurable calma.

—

« La muerte es solo un límite plantado
Por el Criador entre una y otra vida;
En esta el llanto reina y el pecado,
La otra con gozo eterno nos convida.

—

« No llores pues sobre mi fin cercano;
La muerte es una gran libertadora,
Término dulce del vivir humano,
De una vida sin fin serena aurora.

—

« Solo el dejarte huérfano acibara
La dicha de mi plácida agonía;
Pero aquel Sér que al desvalido ampara,
Será tu apoyo, tu consuelo y guia.

—

« En medio á este revuelto torbellino
Sigue animoso la difícil senda;
No imites al cobarde peregrino
Que en desierto arenal planta su tienda.

—

« Que si el Simún alienta borrascoso,
Halla en la hirviente arena sepultura,
Y el que llegó al oäsis delicioso,
Tiene seguro abrigo en su verdura.

—

« Muere mi voz, se anubla mi mirada,
Refluye al corazon la sangre fria;
¡Ya vislumbro en la patria deseäda
La clara luz del sempiterno dia!

—

« Enjuga, Alfredo, tu copioso llanto,
Que va á amargar mi postrimer aliento...
Cuando el fin voy á ver de mi quebranto,
¿Qué debe en tí reinar sino el contento?

—

« En el trance que juzgas duro y fuerte
Una inmensa dulzura hay escondida;
Que cuando el polvo es presa de la muerte,
Nace el alma inmortal á eterna vida! »

—

— Dijo, y los brazos tendiendo
Al mancebo arrodillado,
Un ósculo prolongado
Sobre la frente le dió;
Y á bendecirle, amorosos,
Los dulces labios se abrieron,
Y ambas manos se estendieron,
Y... dulcemente espiró.

—

Y el anciano sacerdote,
Cabe el lecho arrodillado,
Alza lento y reposado
Un cántico funeral,
Que repite entre sollozos
El huérfano sin ventura;
Y misteriosa dulzura
Calma su angustia mortal.

—

— Parécele que surge lentamente
Del cuerpo inerte que en el lecho yace,

Una llama sutil, resplandeciente,
En cuya vista el alma se complace.
Con blando murmurío
Un leve vaporcillo, transparente
Cual las gotas del diáfano rocío
Sobre el boton naciente de la rosa,
Al sol primaveral, en torno gira
De la pequeña luz maravillosa :
— Ya se acerca, ya leve se retira,
Ya rodea otra vez la pura llama,
Y en su lumbre se inflama,
Y crece, y se condensa, y se transforma
En una vaga forma,
Aérea y virginal, á semejanza
De humana criatura;
Pero de tan espléndida hermosura,
Que no pudo soñar ni aún la esperanza
Tan celestial figura.

—

Pero mirando mas el rostro bello
Del sér maravilloso,
Aquí una línea, y acullá un destello,
Reconociendo va el semblante hermoso
De su madre adorada,
Cuya alma afortunada,
Crisálida inmortal, del cieno impuro
Sacudiendo las fajas y prisiones,
Tuerce el vuelo á las plácidas regiones
Del sempiterno, celestial seguro.

—

Y el jóven desfallece,
Con mezcla de placer y de pavura;
Mas la vision le mira con ternura,
Y le sonrie amante... y desparece,
Como al lucir el sol la niebla oscura.

—

Y entre tanto el sacerdote,
Cabe el lecho arrodillado,
Sigue, lento y reposado,
El cántico funeral;
Y lo repite el mancebo,
No ya con voz de amargura;
Que una celeste dulzura
Calma su angustia mortal.

III

Pero un tumulto violento
Turba la casa á deshora,
Y llega una voz sonora
Al solitario aposento.

—

«¿Dónde está, decidme, dónde?»
Clama la voz, «¿dónde está?
Que tarde se me hace ya
Saludar al nuevo conde.»

—

Y por la entornada puerta
Se entra un hombre decidido,
Y cruza descomedido
La estancia casi desierta;

—

Y sin fijar la mirada
En aquel cuadro imponente,
Al jóven triste y doliente
Dijo con voz reposada:

—

«Ahora acaba de espirar
El Conde : sois su heredero,
Y quise ser yo el primero
En veníroslo á anunciar.

—

«Por la voluntad del cielo
Sois ya rico y poderoso,
Y espero que generoso
Premiaréis, Señor, mi celo.»

—

Alf. Mucho, señor mayordomo,
Os habeis precipitado...
May. Cumpliendo un deber sagrado...
Alf. Pues yo por tal no lo tomo.

—

Dejarais al escribano
Tan enfadosa mision...
May. Fué impulso del corazon...
Alf. ¡Impulso á fé muy villano!

—

May. Al Conde serví lëal;
Lo propio seré con vos...
Alf. Sois previsor; mas por Dios
Que habeis calculado mal.

—

May. ¡Buen señor!
Alf. ¡Marcháos al punto!
May. ¡Y tal galardon recibo!
Alf. No servirá bien al vivo
Quien tan mal sirve al difunto.

CUADRO QUINTO.

AL EXCMO. SR. DUQUE DE RIVAS.

EL VIAJE.

I

En un salon espacioso
Del espléndido castillo
Está el señor poderoso,
Como antes, bueno y sencillo :
Ni el poder le hace orgulloso,
Ni altanero le hace el brillo
Del título y la riqueza
Que ahora ensalzan su nobleza.

Con él está aquel anciano
Sacerdote, cuyo celo
En su dolor sobrehumano
Le dió piadoso consuelo :
Ageno al vivir mundano,
Fija la vista en el cielo,
Nunca empero su amor falta
Allí do el dolor asalta.

Alfredo está de partida
Para una ausencia muy larga,
Porque allí pasa su vida
Monótona cuanto amarga :
Con voz dulce, enternecida,
Al buen sacerdote encarga
Sus bienes, y la tutela
De los niños y de Adela.

Conmovido el corazon,
Promételo así el anciano,
Y con profunda emocion
Estendió el jóven la mano;
Luego en fogoso bridon
Montó el jóven castellano,
Y del patrio hogar querido
Partió á galope tendido.

II

De su nativo suelo
Segunda vez le aleja la fortuna;
Segunda vez, mas con distinto anhelo,
Va á buscar un consuelo
Lejos del aura que meció su cuna.
Y como espoleando
Va el rápido bridon, su pensamiento,
En curso aún mas violento,
Su pasada existencia recordando,
Le lleva á la region do viera un dia
Aquel astro de amor, sereno y blando,
Que en la tierra amoroso respondia
Al dulcísimo nombre de María.

Mas su razon opone mil razones
A aquel recuerdo vago,
Que con creciente, irresistible halago
Despierta las dormidas emociones
Del corazon; y le recuerda, grave,
La edad tan desigual, y la amargura
Que marchitó del alma la frescura
Y el carácter agrió tierno y süave...
Pero súbita el alma enamorada
Responde, y en la rápida carrera
Sigue la lucha fiera,
Incesante, terrible, encarnizada.

— Y el jóven peregrino
Ve surgir á ambos lados del camino,
En todo y todas partes, hechicera,
La imágen de la niña idolatrada.
Y en las hermosas flores la veia,
Y en el terso cristal de la laguna,
Y en las nocturnas sombras, descubria
En el disco argentado de la luna
La faz encantadora de María!

Y si reinaba la apacible calma,
El blando murmurar del arroyuelo,
Y el trino de melódica dulzura
Del ruiseñor, que canta su desvelo;
Y la grata frescura
De la brisa gimiente en la espesura;
En derredor al alma,
Naturaleza entera repetia
El dulcísimo nombre de María!

Y si cubrian pardos nubarrones
El cielo azul, y el sol se oscurecia,
Y al azote de turbios aquilones
La vasta crëacion se estremecia;
En la lucha violenta
Del viento y tierra y mar con la tormenta,
Sin impedirlo la tiniebla oscura
Ni la tremenda universal pavura,
Miraba el jóven, y á la par oia
La tierna faz y el nombre de María!

Mas con esfuerzo sostenido y lento
Recobró la razon su imperio frio,

Y con mas nuevo y prepotente brio
El grito sofocó del sentimiento;
A punto que en la rápida carrera
Llegaba el peregrino á la ribera
Del anchuroso Atlántico : — un navío
Pronto á zarpar le espera :
Sin dudar un segundo
Se embarca en él : el aura vespertina
Llena las anchas lonas, favorable;
Y el jóven viajador, meditabundo,
En medio al vasto piélago mudable,
Con entusiasmo y con valor profundo,
Sediento de verdad, raudo camina,
Nuevo Colon, soñando un nuevo mundo!
— Mas cesa el fausto viento,
Se une del mar la líquida llanura;
Y como en inmutable firmamento,
Queda fija la nao : — niebla oscura
Vela un punto los vívidos fulgores
Del padre sol, y pasa á la carrera;
Y otra niebla la sigue y se aglomera
A la anterior : — los notos bramadores
Retienen el aliento embravecido,
Y en la aparente engañadora calma
Oye con susto el alma
Lejano, sordo, aterrador mugido,
Que se acerca creciendo, y se aminora
Como pasando va, y al fin se apaga;
Y, empero, horrenda destruccion amaga...

—

Tórnase á oir mas cerca y mas distinto,
Y del disco del sol, que ya se oculta,
El postrimero rayo, en sangre tinto,
Redobla el miedo y el peligro abulta.
— Como un inmenso leviatan se mueve
Con lentitud la mar; su crespa espalda,
Poco antes de zafiro y esmeralda,
Ya al noto no resiste,
Y fuego y sangre por dó quier reviste.

—

De pronto, bajo el látigo iracundo
Que los azota, hasta la mar inclinan
Los elevados mástiles sus frentes;
Roto del cielo el tenebroso manto,
Brotan de las inmensas aberturas
Fuego y agua en amplísimos torrentes,
Poniendo al corazon cobarde espanto.
— Puebla una voz terrible las llanuras
Del mar y los espacios del vacío :
Despiertan á su acento tremebundo,
Los ecos, y repiten asombrados
La ronca voz del huracan bravío;
Y en cuanto abarca el universo mundo,
En cielo y tierra y mares estermina
Al bueno y al impío,
El rayo de la cólera divina!

— ¡Ay del bajel! — Apenas
Resisten ya las débiles antenas;
Faltan las jarcias, y al tremendo empuje
El bien trabado casco, hendido cruje. —
Alfredo en tanto, fuerte,
Mira acercarse rápida la muerte,
Y ageno de temor y de agonía,
Une al nombre de Dios el de María.

—

— ¡Ay del bajel! — Mas cesa el turbulento
Rugir del aquilon; la luna brilla,
Y turba solo el plácido elemento
En surco leve la afilada quilla...

—

— Toca Alfredo á las playas fortunadas
De la vírgen América; — impaciente
Se lanza á sus vastísimas regiones,
Por hombres habitadas
De una raza mas jóven y potente. —
Y espera allí ver prácticas lecciones
De amor y de virtud y de justicia
En uno y otro vasto continente;
Y con suma delicia
Del alma, ve mil pueblos y naciones,
En cuyos muros, costas y fronteras,
A modo de simbólicas banderas,
Se ostentan las palabras inmortales
¡Libertad! — *¡¡Igualdad!!* — Libres é iguales
Son los hombres allí : — Todos hermanos :
¡Allí no existen siervos ni tiranos!

—

Pero ve en torno á sí mas lentamente,
Y halla con pasmo y con dolor creciente,
Que las divisas inmortales, puras,
Son solo un manto hipócrita que vela
Imbéciles y torpes dictaduras!
Y donde la ominosa tiranía,
Aún mas veloz al golpe que al amago,
El mundo feracísimo no asuela,
Ejerce cruda su voraz estrago
La bacante feroz de la anarquía!

—

Y ve un pueblo gigante, que de dia
Y noche, infatigable, se desvela
Por estender su indómito dominio
Sobre los otros pueblos comarcanos;
Y profanando los sagrados nombres
De ley y libertad, sus ciudadanos
Llevan ¡vil fratricidio! á sus hermanos
Escándalo, discordia y esterminio!
Y tienen campos fértiles y prados
Abundosos, y florestas seculares,
Lagos inmensos, rios como mares;
Pero, de tantos bienes no saciados,

El imperio codician del ageno;
Y en el vasto terreno
Donde insaciable su codicia vela,
Espiando el momento favorable
A devorar su presa miserable,
Están como avanzado centinela.

—

En tanto Alfredo los altivos ojos
Aparta con horror, y en lontananza,
Huyendo de aquel cuadro los enojos,
Busca algo que alimente su esperanza;
Y poco tiempo el bien ansiado anhela.
La infinita abundancia le consuela
De aquellos climas, del Señor amados:
Allí no oiránse al menos los gemidos
De míseros ancianos desvalidos,
Y huérfanos al hambre condenados;
Allí no habrá la horrible diferencia,
Deshonra de la Europa corrompida,
De deberes, derechos y fortuna,
En que nacen los mas á cruda vida
De fatigas, dolores é indigencia;
Mientras los menos son desde la cuna
Llamados al poder y á la opulencia!

—

Y examina en redor, y con espanto
Mira una raza entera condenada
A eterna y oprobiosa servidumbre!
Raza nacida al llanto
Y al trabajo sin fin, le está vedada
Aún del amor la grata dulcedumbre;
Que al ver al hijo de su amor ansiado
El siervo, ve otro siervo encadenado
Al ominoso y degradante yugo;
Y de vil corazon ó de alma fuerte,
Solo hallará en el seno de la muerte
Un asilo seguro y respetado,
Al azote del bárbaro verdugo (1).

. . . .

. . . .

. . . .

¿Tú lo miras, Señor omnipotente,
Y sufres y perdonas,
O en crudo, raudo, asolador torrente
Tus iras amontonas?

—

Te insultan los verdugos inhumanos,
Invocando tu nombre;
¡Los hermanos devoran sus hermanos,
El hombre vende al hombre!

—

¡Señor! — Cuando del Gólgota en la cumbre
Vió el mundo tu agonía,
¿No fué de la oprobiosa servidumbre
El postrimero dia?

—

Si fué, Señor, tu sangre derramada
Salud al universo,
¿Por qué vive esa raza condenada
A un hado tan adverso?

—

La obra de redencion no fué cumplida
Si aun siervo gime el mundo. —
¿Serán de todo un Dios la sangre y vida
Holocausto infecundo?...

—

— Flaco mortal, que en la tiniebla oscura
De tu mezquina ciencia,
Te atreves á acusar, en tu locura,
La suma Providencia;

—

Imitador del ardimiento insano
Del arcángel precito,
¿Osa juzgar tu orgullo al soberano
Señor de lo infinito?

—

Porque tus flacos ojos terrenales
Acusen tu impotencia,
¿Límites das precisos y fatales
A la infinita ciencia?

—

¡De este cáos mortal, vertiginoso,
Entre la niebla oscura,
Vive eterno el principio luminoso
De la verdad futura!

—

¡Y á pesar de sí misma y del averno,
La humanidad camina
Al fin que la ordenó, sumo y eterno,
La voluntad divina!

—

¿Juzgas el campo estéril y asolado?
— El grano está latente. —
El árbol del saber, fruto vedado,
Germina lentamente.

(1) El autor es americano, y natural de Venezuela, país en donde todavía hay esclavitud, si bien la ley de emancipacion, vigente ya hace años, va haciéndola desaparecer. Sabe que ningun gobierno puede echar sobre sí la inmensa responsabilidad de emancipar de pronto á los esclavos, por mil razones que están al alcance de todos; pero desde su primera niñez ha visto con horror el tráfico de negros, antropofagia moral, que jamás se anatematizará lo bastante. Y aprovecha esta ocasion de protestar, una vez por todas, que en sus obras no ataca á los gobiernos ni á los hombres, sino á los vicios. La esfera del escritor que comete sus pretensiones á la justicia de la posteridad, está colocada muy por encima de todo interés ó animosidad personal.

En medio á la ignorancia tenebrosa
Y el crímen y locura,
La incubacion prosigue misteriosa
Con marcha mas segura.

—

A través de ese impuro torbellino
De crímenes y errores,
Yrradia el sol de la verdad, divino,
Con vivos resplandores.

Y en torno de él, en círculo girando
Van mil generaciones,
A su luz lentamente desgarrando
Sus fajas y prisiones.

—

Y llegarán los tiempos, hoy distantes,
De su imperio fecundo, —
— ¡Los siglos de la historia son instantes
En el vivir del mundo!

TERCERA PARTE.

CUADRO PRIMERO.

A .....

—

EL ENCUENTRO.

Noche de la primavera.—Baile en el Prater de Viena.

¡Oh!
¡Cuántas
Luces
Bellas!
— Semejan
Nocturnas
Estrellas. —
¡Cuántas flores
Y enramadas!
¡Cuántas Perís
Retratadas
En los espejos
Y serpentinas!
— Leves ondinas
Vense á lo lejos. —
Los vivos reflejos
De tantos fanales,
Los puros cristales
De pilas y fuentes
Triplican las fulgentes
Antorchas, y á los ojos,
Aun sin causar enojos,
Marean y fascinan;
Mas ya ledas caminan
Por los floridos senderos,
Vistosas y engalanadas,
Mil damas, acompañadas
De gallardos caballeros.

La música rompe apacible,
Cubierta de flores y ramas;
Detienen el paso las damas,
Buscando la orquesta en redor;
Mas sigue tañendo invisible,
Que dobla el misterio su encanto...
Y... cesa el melódico canto,
Y el wals empezó seductor.

—

¿Veis si se oye la trompa de guerra,
Triste nuncio del riesgo civil,
Cómo pueblan el valle y la sierra
Mil valientes volando á la lid?

—

Tal la gaya Terpsícore mueve,
A la voz del frenético wals,
Numeroso escuadron, cuanto leve,
Que se mezcla y confunde á compás.

—

— Mustia, inmóbil, si firme, la mirada,
Fulminada la frente, no abatida,
Como una estatua del dolor, plantada
En medio á tanto gozo y tanta vida,

—

Yace un jóven. — Al ver la gaya fiesta
Contrae su varonil fisonomía
Sarcástica espresion, mas no funesta;
Que es en breve piadosa simpatía.

—

¡Ay! — Tanta juventud, tanta hermosura,
Tanta esperanza de poder, fundada
Al pié de la entreabierta sepultura,
Al borde del abismo de la nada!

—

Y aislado, en medio á la feliz cohorte,
Triste solo en la alegre confusion,

Bajel sin rumbo, brújula sin norte,
Siente sangre manar del corazon.

—

— De pronto evoca el alma una memoria
De tormento y dulzura sin igual,
Como el recuerdo de pasada gloria,
Alegre y melancólico á la par.

—

Aquella niña que entrevió un instante,
Que al alma devolvió su juventud,
Y mostró al corazon ya vacilante
La senda del honor y la virtud...

—

¿Qué será de su suerte? — ¿Dónde ahora
Se oculta, por su mal, tan puro sér?
¿Dónde? — Una aparicion encantadora
Vino la amarga duda á esclarecer.

—

En medio al revuelto, veloz torbellino
De tantas parejas que vienen y van,
La forma terrestre de un ángel divino
Disipa del jóven la duda y afan.

—

Cabe él leve pasa la linda figura,
Adorno el mas alto del regio jardin,
De blanco vestida, y es tal su hermosura,
Que el cielo, al crearla, formó un serafin.

—

Levísimos giran los albos cendales
En torno á la vírgen con blando rumor;
Dijéranse genios de amor celestiales,
Las alas batiendo de un niño en redor.

—

Ligera corona se ciñe á su frente,
De lirios, emblema de casta virtud;
La faz purpurina decoran fulgente,
Dó juntas rebosan la dicha y salud.

—

Contémplala el jóven, de gozo estasiado,
De un sueño la juzga mentida vision;
Mas mírala entonces pasando á su lado,
Y fé y esperanza cobró el corazon.

—

Y en ella, y á un tiempo, del ángel caido
La mente y el alma fatídicas ven,
Tras rudas memorias de un cielo perdido,
Felices presagios de un místico eden.

—

Y fijos en su encanto con fuerza entrambos
[ojos,
Entre el revuelto vórtice la siguen con afan,
Y pérfidos engaños y túrbidos enojos
A su influencia mágica desapareciendo van.

—

Y ya á su vista anúblanse los plácidos jar-
[dines,
Las hechiceras damas de vario parecer,
Las luces de colores, los báquicos festines,
Y la acordada música y el himno del placer.

—

¡Oh amor omnipotente, luz de la luz divina,
Santo y fecundo gérmen de toda creacion,
En las azules bóvedas el sol por tí camina,
Y alienta el blando céfiro, y brama el Aqui-
[lon!

—

Tú das la brisa lánguida al caloroso estío,
Refrigerante lluvia tras negra tempestad,
Y al abrasado trópico das húmedo rocío,
Y al norte oscuro y gélido la aurora boréal.

—

Del luminar espléndido, que vida y luz der-
[rama,
Hasta el reptil inmundo, que el lodo apacentó,
¿Qué ser, gigante ó mínimo, de la creacion
[no ama?
¿Qué átomo no obedece tu prepotente voz?

—

. . . .
. . . .
. . . .

Mas ya no se escuchan
Del wals los acentos;
De pronto se cortan
Los dulces requiebros;
Que padres y madres
Escuchan severos
Palabras melosas
De blondos mancebos.
— Solo hay una silla
Al lado de Alfredo,
Que en pos de su amada
De espaldas se ha vuelto,
Juzgando que es una
Que mira á lo lejos,
De arbustos y flores
El rostro cubierto.
— Pero una voz dulce
Aún mas que el ceceo
Del niño adorado
Al amor materno,
Así le pregunta :
« ¿Érais vos, Alfredo?
Hay ya tantos años
Que, ingrato al afecto
De mi padre y mio,

Os fuisteis, que al veros
Juzgué que una sombra
Fingia el deseo!...
— Mas no me responde,
Y empero, es su aspecto.
¿Me habréis olvidado?
Yo soy... »

Alf. « Del Eterno
La imágen mas pura,
Su amor predilecto! »
— En esto el anciano
Wilfrido, que atento
Al jóven miraba,
De un ángulo opuesto,
Cortés cuanto amable,
Se vino á su encuentro;
Y sin uno solo
Vano cumplimiento,
Mostráronse entrambos
Recíproco afecto.
Despues las preguntas
Llegaron sin cuento,
Lector, que ya sabes,
Si por dicha has vuelto
De climas remotos,
Y tras largo tiempo,
Al seno querido
De amigos ó deudos;
Y, en fin, quiso el Conde
Que el jóven viajero
Viviera, como antes,
Só su propio techo.
— Los casos y cosas
Que luego vinieron,
En canto distinto
Contarte pretendo.

CUADRO SEGUNDO.

A LA ESCMA. SRA. DUQUESA DE FERIA.

LA ESPERANZA.

Le bonheur se fait avec des rêves.

Jardines de casa del Conde Wilfrido.

ALFREDO; MARIA, CON UN RAMILLETE.

Mar. Muy triste, Alfredo, os poneis
Al contemplar estas flores...
Alf. Hay misteriosos dolores
Que comprender no podeis.
Mar. ¿Por qué?
Alf. Porque aun no teneis
Noticia de los estraños
Padecimientos y engaños
Del alma y del corazon...
Mar. Tengo alguna comprension,

(*Con seriedad.*)

Y cumplí diez y seis años.
Alf. ¡Ay! — Doble fué mi camino
En la tenebrosa senda
Del vivir... ¡Suerte tremenda!
¡Soñar... soñar!... ¡Qué destino!
¿Por qué, infeliz peregrino,
Sueñas de dicha y amores?
— ¡De unos en otros errores
Siempre habrá de ser tu vida
Cadena no interrumpida
De dudas, llanto y dolores!
Mar. Vamos... decid la razon
De tan amarga tristeza...
Alf. (De nuevo á engañarme empieza,
Imprudente, el corazon.)
No insistais: — arcanos son
Que no debeis penetrar.
Mar. Vos no querréis agraviar
Mi amistad... ¿Quereis que os riña?
Alf. ¡Ay de mí! — Sois una niña...
Mar. Sé querer y sé pensar.
Alf. Vuestra edad me causa miedo.
Mar. Vamos... Decidme el arcano.
Alf. Fué solo un ensueño vano.
Mar. ¡Qué cansado sois, Alfredo!
Alf. Bien: lo sabréis... No, ¡no puedo!
Mar. ¡Qué! ¿Vacilais todavía?
Alf. Diciéndooslo, el alma mia
A despedazar me espongo...
¡No... no debo!
Mar. Yo os lo impongo.
Alf. Os obedezco, María.

—

— Era una noche tibia y perfumada,
De las que al mundo trae mayo florido,
Y era muda la bóveda estrellada
Y el humano hormiguero adormecido.

—

Y ni en las ramas murmuraba el viento,
Ni en su lecho de arena el manso rio,
Ni turbaba una voz ni un solo acento
Los inmensos espacios del vacío...

—

Me hallaba en un jardin que iluminaba
Con trémulo fulgor pálida luna,

Y paséando á solas meditaba
Del instable favor de la fortuna.

—

Y entre tanto halagaban mis sentidos
La frescura, el silencio y los olores
Que libaban los céfiros dormidos
En el virgíneo cáliz de las flores.

—

Y un ramo quise hacer, y fuí escogiendo
En el gayo pensil las mas hermosas
El clavel y el jazmin entretejiendo
Con jacintos, renúnculos y rosas.

—

Y el triste pensamiento y el morado
Alhelí, con la púdica azucena,
Y el orgulloso tulipan manchado,
Con la amapola, que los campos llena.

—

Y como el ramo espléndido tejia,
Las flores á mi vista se ofuscaban,
Y á la dudosa luz me parecia
Que otras formas fantásticas tomaban.

—

Con rostro humano y alas esplendentes,
Y ricas y diversas vestiduras,
En derredor movíanse rientes,
Como el vértigo, raudas las figuras.

—

De pronto en las confusas espirales
Del rápido ondulante remolino,
No podian mis ojos corporales
Hallar de esplicacion algun camino.

—

Mas concentróse el alma en la pupila,
Fué mas intensa y clara la vision,
Y circuló mi sangre mas tranquila,
Y recobró su imperio la razon.

—

Y miré en las fantásticas figuras
Del alma las sin fin aspiraciones,
Sus emociones, blandas cuanto puras,
Y sus fieras é indómitas pasiones.

—

Allí estaba el poder, allí la gloria,
Y el deseo del oro inmoderado,
Y la ambicion de póstuma memoria,
Gusano roëdor nunca saciado.

—

Allí la vana pompa y la grandeza
Junto al saber, insuficiente, oscuro,
Y al lado de la espléndida belleza
El amor material y el goce impuro.

Y la benevolencia generosa,
Y el infecundo y gélido egoismo;
La santa fé, en milagros portentosa,
Y el orgulloso, estéril ateismo...

—

Y la luz que los círculos bañaba,
Lentamente despues se oscurecia,
Y la figura que antes alumbraba,
Entre las densas sombras se perdia.

—

— Una sola, de blanca vestidura,
Faz virginal y porte candoroso,
Jamás cambió de rostro ni postura
En aquel voltëar vertiginoso.

—

Y cuando el alma triste y fatigada
Del vértigo infernal desfallecia,
A mí vuelta la púdica mirada,
Con amante piedad me sonreia.

—

Y tornaba á esperar con nuevo aliento
El alma, y á anhelar con nuevo ardor;
Y tornaba á seguir el movimiento
Del fantástico círculo en redor.

—

Y volvia al cansancio y los enojos
Mi débil corazon á desmayar;
Pero á la blanda luz de aquellos ojos,
A amar volvia el alma y á esperar!

—

Que en la flor hechicera parecióme
Hallar una viviente semejanza...
Pregunté al corazon, y respondióme...

Mar. ¿Qué?... [mi esperanza!
Alf. ¡Que érais vos la flor de

—

Mar. ¡Ah! (*Riéndose.*)
Alf. Insensato revelé. .
¡Y se burla de mi amor!
Mar. Sois... (*Pensativa.*)
Alf. ¿Qué?
Mar. Un hábil soñador...

(*Con ligereza infantil.*)

¡Y es muy lindo el sueño á fé!

(*Váse riendo á carcajadas.*)

—

Alfredo.

¡Amar de corazon, con toda el alma,
No vivir, no alentar sino por ella,
Solo á su vista hallar plácida calma
Y olvido á los rigores de mi estrella!

¡Una mirada sola, un leve acento
De su labio infantil, fecunda vida
Dar de nuevo al helado pensamiento,
Volver al corazon la fé perdida!

—

¡Y volver á esperar y á amar, fiado
En sombras ¡ay! de femenil ternura,
Para caer, de nuevo despeñado,
Al propio mal, desde mayor altura!

—

¡Oh!—¡Cuán imbécil fuí!—Del faudo curso
Del vivir mas del medio he recorrido;
Y ¿nada el corazon, nada el discurso,
Con tanto desengaño han aprendido?

—

¿En dónde la muger agradecida?
¿Dó hallar el hombre al beneficio grato?
— ¿No sabes que en tu raza maldecida
Es lo propio vivir qué sér ingrato?

—

¿En dónde el corazon do láta hirviente
La sangre vil de nuestra especie humana,
Que comprenda esa llama omnipotente
Que arde en tu sér y del Eterno emana?

—

— Supieras tú fingir, y ella, es seguro,
Hubiera á la traicion correspondido;
¡Tu amor es ¡necio! demasiado puro
Para ser en la tierra comprendido!

—

¡Malditos año y mes y dia y hora
Y momento en que ví, por desventura,
Esa faz virginal, encantadora,
Traidor cristal que vela un alma dura!...
. . . .

—

— Sin razon me quejo:
Mia fué la culpa.
— Si se muestra incrédula,
¿Qué mayor disculpa
Que no haber sentido
El dulce dolor
Ni el goce encendido
Del potente amor?

—

¿Cómo oirá piadosa
Mis tiernos cantares,
Si eco son tristísimo
De crudos pesares?
Ni ¿cómo, alma mia,
Comprender tu amor?
— ¡Ella es la alegría;
Tú eres el dolor!

Corazon, muramos;
Que da fin la muerte
Al furor indómito
De contraria suerte.
No hables, alma mia,
De tu inmenso amor.
— ¡Ella es la alegría;
Tú eres el dolor!

CUADRO TERCERO.

A .....

—

MEDITACION.

Alfredo paseándose á la luz de la luna por la márgen del Danubio.

«¿Por qué venís á la memoria mia,
Pálidas sombras de la edad pasada?
¿Hallais que aún no es bastante la agonía
Que cerca ahora el alma desgarrada?
— ¡Oh facultad de recordar, impía!
Fuiste por Dios al hombre conservada,
La sola de su prístina grandeza,
Mas dura á hacerle y triste su flaqueza!

—

« Intangible en detalle y en conjunto,
De amor ó de ambicion, poder ó gloria,
Es el mayor placer un breve punto
En el desierto de la humana historia;
Y, empero, deja fijo un fiel trasunto
De su efímero sér en la memoria,
Funesta, ilimitada catacumba,
En la cual cada línea es una tumba!

—

« ¡Oh tú, á quien tanto amé, á quien amo tanto,
Que es la lengua á decirlo insuficiente;
Tú, por quien derramé tan crudo llanto,
Y le viste correr indiferente;
Aunque del rudo y bárbaro quebranto
Del corazon, estés tan inocente,
Escucha con piedad, señora mia,
Esta postrera voz de mi agonía!

—

« Dejádmela pintar, crudos dolores
Que atormentais el lacerado seno;
Dejad que pinte las virgíneas flores
De su rostro infantil, de gracias lleno:

El ángel de los púdicos amores,
Tan hermoso jamás ni tan sereno
Apareció á la vírgen desposada,
Que al dulce esposo aguarda enamorada.

—

« Mas ¿cómo he de pintar tanta hermosura
Con voz humana y rústicos pinceles,
Cuándo la voz de Homero fuera oscura,
Y pobre el arte del divino Apéles?
¿Cómo pintar la luz que irradia pura
De su rostro en los mágicos claveles,
Si del cielo vivísima dimana
La lumbre de sus ojos soberana?

—

« — Cándida flor de puro y suave aroma,
Que del celeste Eden fué desprendida;
Angel de eterna luz, que carne toma
A dar á un muerto corazon la vida:
Fuiste á mi vida tú, cual la paloma
Que al Arca devolvió la fé perdida,
Iris de salvacion, tierno sufragio
En el funesto universal naufragio.

—

« ¿Por qué tan tarde ví tu luz amada,
Astro de amor sereno y cristalino?
¿Por qué te ví, ya el alma fatigada
Del largo y asperísimo camino?
— ¡Así tal vez al fin de la jornada
Descubre el moribundo peregrino,
Del techo paternal la luz querida,
Cuando espiran á par su fuerza y vida!

—

« No podian leer tus dulces ojos
De mi pecho en el libro ensangrentado;
Desgarraban tus manos los abrojos
De este mi triste corazon llagado;
Y si acaso, plañendo mis enojos,
Consolaba tu voz al desgraciado,
Tu tierna compasion tal vez servia
El tormento á doblar de mi agonía...

—

« — ¡Mísera humanidad, raza caida,
El llanto y el dolor forman tu historia!
Y en la oscura vorágine sumida,
Al ver lejos brillar tu antigua gloria,
Pugnas por alcanzarlo, enardecida
Al aguijon tenaz de la memoria,
Y al tocar á la meta deseada
Te encuentras en el seno de la nada!

—

« ¡Así el sediento caminante mira
De Sahára en el áspera llanura,
Patente el lago azul por que suspira,
De lejos ofrecer su linfa pura;
Y mientras corre mas, mas se retira
El brillo engañador, y en su locura
Corre sin descansar, y cae postrado
Tocando ya al oäsis anhelado! —

—

« Que es nuestra vida un viaje trabajoso
En torno al márgen de la tumba fria,
Monstruo nunca saciado, siempre ansioso
De la humana esperanza y alegría;
Y mientras mas devora, mas sañoso
Y más apriesa devorar ansia,
Sin ver el que va en pos de la fortuna,
El sepulcro á dos pasos de la cuna!

—

« ¡Oh! ¡Cuánta hermosa flor ví en la pradera
Que á coger me lancé con mano osada,
Y á mí volviendo las espinas, fiera,
Hallé solo mi mano ensangrentada!
Y ¡cuánta aspiracion noble y sincera
Del alma y de la mente hallé burlada!
¡Cuánta infame traicion!... De otros me quejó,
Y mis errores en silencio dejó.

—

« Si fuiste tu verdugo voluntario,
¿Por qué encareces la traicion agena?
¿Por qué hiciste del alma un santüario
A vil amigo ni á falaz sirena?
A un sexo cuanto frívolo voltario
¿Pensaste hacer de amor una cadena?
— ¿Quién fué, sino tú propio, tu enemigo,
Cuando diste al traidor nombre de amigo?

—

« No debe el cuerdo dar fácil entrada
En su pecho á un amor desconocido;
Que el buen batallador, recta la espada,
Tiene siempre al contrario enfurecido:
Cauto espera la pérfida emboscada
El soldado á luchar apercibido,
Y es necio quien no sabe que en la tierra
Se arrastra el hombre en incesante guerra.

—

« ¿Qué vale, empero, el parecer del sabio
Contra?... » En tal punto, un súbito accidente
Dejó sin voz el entreabierto labio
Y sin ideas la anublada mente;
— Si no lo tomas á mortal agravio,
Pasa, lector, al cuadro subsigüiente;
Verás en él, siquiera algo distante,
El fin de este mi cuento estravagante.

CUADRO CUARTO.

A JOSÉ CALVO MARTIN.

EL DOCTOR. — EL CONDE WILFRIDO. — En el fondo un lecho, en el cual ALFREDO, pálido y desencajado, duerme con un sueño fatigoso.

Doct. Hallo todo el organismo
En un estado escelente,
Y él se muere lentamente. —
¡Entre mil dudas me abismo!
Conde. Hay, doctor, bien lo sabeis;
Padecimientos morales...
¿Se muere uno de esos males?
Doct. ¡Brava pregunta me haceis!
Muere uno tanto mejor
Cuanto que es la enfermedad
Tinieblas y oscuridad
A los ojos del doctor.
Ningun síntoma aparente
Viene el secreto á esplicar;
Nada que pueda indicar
La causa del mal latente.
Cuando se está en el albor
De la tierna juventud,
No hay en el alma virtud
Para ocultar su dolor;
Ve el doctor la enfermedad
Sin ser famoso adivino;
Que el alma se abre camino
Aún contra la voluntad.
Pero ya en la edad viril,
Y en ciertos temperamentos,
No se hacen descubrimientos,
Y se salva uno entre mil.
Conde. ¿Le veis tan desesperado?
Doct. Tan á lo último está hoy,
Que ya por muerto le doy...
Conde. ¿Dejaréisle abandonado?
Doct. Aunque mi ciencia no alcanza
Su mal, haré mi deber...
Muerto, solo he de perder
De salvarle la esperanza!
Conde. ¡Sois todo un hombre!

(*Dándole la mano.*)

Doct. ¡A fé mia!
Como ser debo, así soy.
Conde. Con que, ¿pensais que está hoy
Tan próximo á la agonía?
Doct. Sí...
Conde. ¡Morir sin calentura!
Doct. ¡Ojalá que le atacara!
Así tal vez delirara,
Y...

(*El Doctor se lleva el índice á los labios al ver que Alfredo se mueve. — Este empieza á hablar. — Los dos escuchan con ansiedad.*)

Alf. ¡Estúpida locura! (*En sueños.*)
¡Tú merecer su espléndida hermosura!
Conde. Se ocupa de una muger...
Doct. ¡Silencio, en nombre de Dios!
Conde. Si despierta, aquí á los dos...
Doct. Lo que me importa es saber...
Alf. ¿Cómo habré de decirte que te adoro,

(*Como antes.*)

Ya en la mitad de mi azarosa vida,
Purísima azucena desprendida
Del eterno pensil del sumo coro?
¡Cómo mezclar mi lloro
A tu risa infantil, dulce amor mio,
Ni entrelazar el ardoroso estío
Con la verde, florida primavera!
— No se une en la pradera
La tímida viola
Al espinoso cardo; nunca amiga
De la punzante ortiga
Fué la roja y espléndida amapola...
— Y, empero, el corazon salta á tu vista,
Y se lanza hácia tí, como el acero
Vuela en pos del iman; cual leve arista,
Que arranca en su camino
El álito voraz del torbellino!...
¡Oh Dios!
Conde. Sin duda es amor.
Doct. ¡Callad, señor, por piedad!
Sabemos la enfermedad;
Pero aún falta lo mejor.
Conde. ¿El remedio?
Doct. Sí; callad.
Alf. Truena en la mente en vano el grito [austero
De la razon: la sangre no lo escucha...
Y en la tremenda lucha,
Un grito inmenso, aterrador, postrero
Exhala el alma al espirar su brio:
¡Tuyo es mi corazon, dulce amor mio!
¡Ay!... (*Momentos de pausa.*)
Doct. Calló... ¡No hay esperanza!
Conde. Volverá tal vez á hablar...
Doct. ¡Fenómeno singular!
¡Cuán poco el saber alcanza!
Mar. ¿Cómo se halla, padre mio?

(*Entrando con precaucion.*)

Conde. Terriblemente pëor.

(*El Doctor observa atentamente á la jóven.*)

Mar. Pero... ¿Qué mal?

Conde. Mal de amor...
Doct. Muere acaso de desvío.
Mar. ¿Tan malo está? (*Ansiosa.*)
Conde. Moribundo.
De su vida desespera
El Doctor... si se supiera...
Pero un arcano profundo...
Doct. ¡No hay ya de salvarle medio!

(*Con marcada intencion.*)

Mar. ¡Ay! (*Desmayándose.*)
Conde. ¡Doctor! ¡Mi hija adorada!
Doct. Está solo desmayada...
No temais... ¡Hé aquí el remedio!
Conde. ¿Cómo?
Doct. ¿No veis que al oirme,
Tal como herida del rayo,
Cayó en súbito desmayo?
Conde. Y bien... ¿Qué quereis decirme?
Doct. Que ama á Alfredo, y él la adora.
Conde. Noticias muy graves son...
Doct. ¿Consentiréis en su union?
Una esperanza traidora
Fuera á entrambos muy fatal.
Conde. No puedo, á fé, consentir.
Doct. Veréis entonces morir
A entrambos del propio mal.
Se adoran sin esperanza,
Y esa pasion es su vida...
Conde. María está prometida...
Doct. Pero es su muerte esa alianza.
Conde. ¿Estáis de ello bien seguro?
Doct. Comprendo mi alta mision:
La mano en el corazon,
¡Por mi fé santa os lo juro!
Conde. ¡Doctor, volvedla á la vida!
Doct. ¿En su union consentiréis?
Conde. Sí. (*Con resolucion.*)
Doct. Romper luego podeis
Esa alianza prometida.

(*Dándola á oler un pomito.*)

Mar. ¡Ay!
Doct. Ya vuelve: ahora observad.
Volved en vos; no hayais miedo:

(*Al oido de María.*)

Fuera de riesgo está Alfredo.
Mar. ¡Gracias por vuestra piedad,

(*Vuelta en sí y arrodillándose.*)

Señor! ¡Salvadlo!
Conde. ¿Le amabas?
Mar. No sé... (*Sorprendida.*)
Conde. ¿Cómo?...
Mar. ¡Le amo, sí,

(*Tocándose la frente y el seno, como consultando su corazon y su memoria.*)

Con ardiente frenesí!

(*Ocultando el rostro en el seno de su padre.*)

Conde. ¿Por qué tu amor me ocultabas?
Mar. Porque... padre... ¡Hasta este ins- [tante
No lo he sabido, os lo juro!
Conde. ¡La amará él? (*Al Doctor.*)
Doct. Es seguro.
(¡Fenómeno interesante!)
— El médico debe ser
Psicólogo muy profundo,
Sin lo cual será infecundo
Todo su humano saber.
Vais ahora, Conde, á ver
Otro fenómeno aquí.
Veníos ambos tras mí...

(*Los lleva hácia el lecho de Alfredo, corriendo un poco las cortinas, de modo que quede oculta María.*)

Ahora al enfermo pulsad.

(*María obedece.*)

Alf. ¡Qué dulce felicidad!
Doct. ¡Soltad el brazo!
Alf. ¡Ay de mí!
Pasó...
Doct. ¿Veislo?
Conde. ¿Hay caso tal?
Mar. ¿Se salvará, buen doctor?

(*Con ansia.*)

Doct. Es su vida vuestro amor.
Mar. ¡Entonces será inmortal!

(*Con alegría.*)

Doct. ¿Ois? (*Al Conde.*)
Cond. Sí...
Doct. Empero su mal
Ha llegado á tanto estremo,
Que una crísis solo... y temo
Que no pueda resistir...
Alf. ¡Cuánto tardas en venir,
Oh muerte! (*Entre sueños.*)
Mar. ¡Doctor!
Doct. ¡Blasfemo!
Acercáos. (*A María.*)
Conde. ¿Qué quereis
Hacer?
Doct. A entrambos salvar.
¿Puedo libremente obrar?
Mar. ¡Padre!
Conde. Haced lo que gusteis
Doct. Tomad su diestra; fijad

(*A María.*)

La izquierda en el corazon;
Y hablad de vuestra pasion

Como os venga en voluntad.

(*María obedece, mirando con indecision á su padre. — Este á una mirada significativa del médico, se retira al estremo opuesto de la habitacion.*)

Mar. Y en la flor hechicera parecióme
Hallar una viviente semejanza...
Pregunté al corazon, y respondióme
Que vos érais la flor de mi esperanza.

Alf. Mias las voces son... ¡Ensueño impío!
Mar. ¡Alfredo... Alfredo mio!
Alf. ¿Quién me llama?
¡Oh! ¡qué dulce opresion!
Mar. ¡Soy tu María!
Alf. Sí... Escuché de su voz la melodía...
Mas...
Mar. ¿Puede así desconocer quien ama?
Alf. ¿Puedes amarme tú?
Mar. Fina te adoro.
Alf. ¡No mientas por piedad!
Mar. ¡Por Dios lo juro!
¡Mi amor es tan inmenso como puro!
Alf. ¡Cielos!... ¿os apiadásteis de mi lloro?
Mar. Y tú... ¿me amas tambien?
Alf. Con tal locura,
Con tan devota adoracion, María,
Que hasta mi eterna salvacion daría
Por librarte de un punto de amargura!

—

¿Qué á mí, coronas de laurel ni de oro?
¿Qué me importa del mundo el poderío,
Si tú ocupas entero el pecho mio,
Si eres de mi alma el único tesoro?

—

Cual sin su tierna madre el débil niño,
Como en confin ignoto el desterrado,
Como lirio del tallo separado,
¡Así mi corazon sin tu cariño!

—

Y al modo que tras la áspera crudeza
Del invierno, desnuda, enflaquecida,
Al sol primaveral, con nueva vida,
Empieza á germinar naturaleza;

—

Y ostenta á dar señal de que revive
La gaya pompa del florido mayo:
Así mi corazon, al dulce rayo,
De tu blando mirar alienta y vive!

—

Una mirada tuya, un solo acento
De tu labio infantil, quita ó da al alma
La codiciada paz, la dulce calma,
Quita ó da la razon al pensamiento!

¡Yo solo de tu sér mi sér recibo,
Gozo ó padezco cuando tú, señora;
Mi alma con tu alma se apacienta y mora,
Pues, porque vives tú, siento que vivo!

—

Cuando sacó el Señor el vasto mundo
De la infinita inmensidad vacía,
Ni un átomo viviente interrumpia
Aquel silencio aterrador, profundo.

—

Clamó: — ¡Haya luz! — Sus vivos resplandores
La fábrica vastísima inundaron;
La tierra, el mar, los aires se poblaron
De peces, brutos, aves, plantas, flores.

—

Por fin, creó á su propia semejanza
Otro sér superior, casi divino,
Y digno á hacerle de su gran destino,
Con el amor le dió fé y esperanza.

—

Fé y esperanza dióle, fuerte egida
Contra las tempestades del dolor;
Y añadió, para hacerle amar la vida,
El bálsamo divino del amor!

—

Y á pesar de las iras del averno
Contra nuestro linage decaido,
El amor será al hombre, y es y ha sido,
Revelacion de su poder eterno!

—

Y ¿preguntas si te amo? — Ingrata fuera,
Bien mio, hasta la sombra de la duda.
No ves, ciega de tí, que en mi alma impera
Soberano tu amor?...
Mar. Quien ama, duda...

—

Alfredo.

Pregunta al triste preso, encadenado
De un calabozo en la tiniebla oscura,
Si ansia aspirar del florido prado,
Al alba matinal, el aura pura,
Y la múltiple oir, vaga armonía
Que alza la creacion al rey del dia.

—

Pregunta al estraviado caminante
De Sahára en el piélago arenoso,
Al hambre y sed rendido, palpitante,
Si desea el oäsis delicioso,
Cuando al caer del sol, con agonía,
Mira ante sí la inmensidad vacía;

—

Y al náufrago infeliz que, á un remo asido,
Sobre los montes líquidos resbala,

Y á la fatiga y al pavor transido,
Casi el aliento postrimero exhala;
Si ve surgir la playa apetecida,
Pregúntale si torna á amar la vida!

—

Y á esa jóven, en fin, que abraza á un niño,
Ansiado fruto de su amor primero,
Pregúntala si es santo su cariño,
Y puro y generoso y verdadero...
Mas el fuego mirando en que me inflamo,
No preguntes, ingrata, si te amo!

—

Doct. Es necesario acabar:
Venid aquí, Conde, vos...
Voy, con la ayuda de Dios,
La crisis á provocar.
— Dejad, María, ese puesto.

(*María obedece, y á una señal del médico se retira detrás de las cortinas.*)

Alf. ¡María... mi bien... María!
Doct. ¡Despertad!

(*Removiéndole.*)

Alf. Doctor, ¿qué es esto?

(*Despertando.*)

Doct. Cabe este lecho há un instante

(*Con lentitud.*)

Que estaba con su hija el Conde....
Alf. ¿Qué decís? ¿Dó estaban?
Doct. Donde
Ahora me veis; — delirante
Hablásteis de vuestro amor
A María...
Alf. ¡Oh Dios! — Soñaba...
Doct. Absorto el Conde escuchaba
Con señales...
Alf. ¿De furor?
Doct. De profunda simpatía.
Alf. ¿Y ella?
Doct. Con admiracion
Miré...
Alf. ¡Que de mi pasion,
Fria y crüel, se reia!
No lo estrañeis, buen doctor...

(*Con desaliento.*)

Há tiempo...
Doct. ¿Y si os engañais?
Alf. ¡Doctor!
Doct. No me interrumpais:
Con asombro vi su amor!
Alf. ¡Oh! — No es posible.
Doct. ¿A María
Daréis mas crédito, Alfredo?
Alf. Tanta dicha me da miedo...
¡Cómo tiemblas, alma mia!
— Sois sensible, y mi dolor

(*Dudando.*)

Movió á engaño vuestro pecho...
¡Ah! ¡Cuánto mal me habeis hecho
Con vuestro piadoso error!
— ¡Este fuego en que me inflamo
Acabará con mi vida!
Doct. Venid: — vos seréis creida.

(*Cogiendo de la mano á María, y presentándosela.*)

Alf. ¡Gran Dios!
Mar. ¡Alfredo... te amo!
Conde. Y yo os doy mi bendicion.

(*Saliendo.*)

Alf. ¡Padre!... Doctor... ¡Dueño mio!
¡Ah!... yo... mue... ro...

(*Desmayándose.*)

Conde. Blanco y frio
Está...
Doct. ¡Vive el corazon!
¡Rogad al cielo por él!

(*Al Conde y María.*)

Conde. ¿Teneis socorros á mano?
Doct. Sí. — (¡Dios quiera que no en vano!
¡Clara ciencia, séme hoy fiel!)

(*Toma el pulso á Alfredo, y con la otra mano le hace respirar el pomito.*)

—

María. (*Arrodillándose.*)

¡Divino espíritu,
Sumo Señor,
Inmenso piélago
De eterno amor,
Desde el empíreo
Oye benéfico
Mi triste voz!

—

Mi Alfredo mísero,
Pronto á espirar,
Cadáver gélido
Parece ya:
¡Muestra hoy espléndida,
Cual llama vívida,
Tu majestad!

—

De santo júbilo
Fuente eres tú;

Al alma tórnale
Paz y virtud :
¡Cual nuevo Lázaro,
Tu voz levántele
Del ataud!

—

Mi labio trémulo
Ronco exhaló,
Bañado en lágrimas
¡Ay! de dolor.
¡Benigno truécalo
En dulce cántico
De inmenso amor!

—

Doct. Vuelve...
Mar. ¡Oh Dios mio!

(*Levantándose.*)

Doct. Callad.
Mar. ¡Su vida!
Doct. ¡Se halla en la mano
De Dios! — ¡El saber humano
Es vacía oscuridad!

CUADRO QUINTO.

A GONZALO DE SAAVEDRA.

—

Noche del fin del invierno.

MARIA, ALFREDO, EL CONDE WILFRIDO, EL DOCTOR; DESPUES, UN DESCONOCIDO.

Doct. Es tarde : el tiempo voló;
Media noche va á sonar.
Mar. Bien mio, haz por descansar...
Alf. ¡Qué! ¿Ya es hora?
Doct. Ya pasó.
Alf. ¡Cuán breve fué la alegría!
¡Quedó tanto por decir!...
Doct. Pensad ahora en dormir;
Mañana será otro dia.
Echais la culpa á la ciencia
Si van despacio las curas,
Y alargais con mil locuras
Cualquiera convalescencia.
Mar. Adios, Alfredo.
Alf. ¡Adios, alma
De mi vida! ¡Adios!
Mar. ¡Adios!
Conde. Quisiera ver en los dos,
Si el mismo fuego, mas calma.
Doct. Puesto que amor ha vencido,
Que tenga paciencia amor :
Ved que es la dicha una flor
Que agosta el menor descuido.
Conde. Buenas noches.
Alf. Descansad
En la paz de la inocencia.
— ¡Adios, lumbre de la ciencia!

(*Al Doctor.*)

Doct. Adios, flor de la lealtad.

(*Vánse.*)

Alf. Ella me ama : el escelente Conde

(*Paseándose.*)

Consiente en nuestra union; breve renace
El usado vigor. — ¿Por qué se esconde
En el alma este miedo que me humilla?
¿Será que al corazon no satisface
De esperanza la luz que aun lejos brilla?
¿Será presentimiento? — De la suerte
No cansado el rencor, ¿querrá arrancarme
Aún esta vez?... Mas no podrá vedarme
Un asilo en el seno de la muerte!
¿Por qué pues tal temor?... Oigo un ruido...
Sí... en la ventana del jardin ha sido...

(*Llaman con recato.*)

¿Quién llama?
Desc. ¡Abrid!
Alf. ¿Qué quereis?
Desc. ¡Abrid, si teneis valor!

(*Alfredo toma sus pistolas, y abre. — La habitacion queda á media luz.*)

Alf. Os ruego, señor, que entreis.
Desc. ¿Fiar puedo en vuestro honor?
Alf. ¿Casas de noche asaltais
Para hacer preguntas tales?
Desc. Hay casos escepcionales.
Alf. Bien... Pero ¿entrais ó no entrais?
Desc. Entro. — Os prevengo lëal
Que pistolas traigo.
Alf. Es uso
Que si en ninguno recuso,
Menos en quien obra mal.
Entrad.
Desc. Ya entré.
Alf. La ocasion
Me diréis...
Desc. ¿Qué importa?
Alf. El nombre
A lo menos...
Desc. ¡Soy un hombre
Que os odia de corazon!

Alf. Otro acaso os ofendió,
Y...
Desc. ¿Amais á María?
Alf. Sí.
Desc. Pues entonces es aquí.
¿Renunciais á ella?
Alf. No.
Desc. Me estaba á mí prometida,
Y á querérmela arrancar,
¡Antes me habréis de matar,
O habréis de perder la vida!
Alf. ¡Dilema insensato!
Desc. ¿Cuál?
Alf. El vuestro : si me venceis,
Tampoco la alcanzaréis.
Desc. ¡Me vengaré de un rival!
¡Venid, venid al jardin!
Alf. ¿Para qué?
Desc. Para el combate,
Claro está...
Alf. ¡Qué disparate!
Fácil aquí es darle fin.
Desc. ¿Cómo?
Alf. Escuchad : no estoy bueno,
Y, aunque os parezca locura,
El médico que me cura
Me ha prohibido el sereno.
¿Sabeis manejar la espada?
Desc. Alumno fuí de *Grisier*.
Alf. Os oigo con gran placer.
Esta pieza, retirada
De las demás, bien podemos
Batirnos con libertad.
Mas, lo repito, pensad
Que son muy locos estremos.
Desc. ¡He de matar ó morir!
Alf. Pues tan decidido estáis,
Encenderé, si gustais...
Desc. Hay luz bastante.
Alf. A decir
Verdad, hay la suficiente.
Vamos...
Desc. ¿De esa enfermedad
No os queda debilidad?
Alf. Obrais como hombre valiente.
Puedo la espada regir
Con prontitud y vigor.
Desc. Ved no os engañe el valor.
Alf. Vos lo vais á decidir.

(*Dejando las pistolas, y descolgando dos espadas de combate.*)

Iguales son : escoged.
Desc. ¿No nos oirán?
Alf. No temais.
Desc. Ya escogí.

(*Dejando sus pistolas.*)

Alf. La que dejais
Tomo yo. — ¡En guardia os poned!
Desc. ¡A fé que me ha de pesar
Mataros!

(*Cruzando su espada.*)

Alf. A mí tambien. (*Batiéndose.*)
Desc. ¡Os batís, Señor, muy bien!
Alf. ¡Quiero vivir para amar!
Desc. ¿Estáis herido?
Alf. Fué error.
No os defendeis por herir...
Desc. Cuidad vos de no morir...
Alf. ¡Ved no os engañe el valor!

(*Desarmándolo.*)

Desc. ¡Pesia mi mala fortuna!
Rompióse...
Alf. No : fué arrancada :
¡Vamos! — Recobrad la espada...
Vedla : — da en ella la luna.

(*El desconocido la recoge, pero sin hacer ademan de acometer.*)

¿Qué haceis? — En guardia de nuevo.
Desc. ¡No quiera Dios que tal haga!
¿Quereis que así satisfaga
El beneficio que os debo?
Sed esposo de María :
¡La mereceis, por mi honor,
Por la virtud y el valor!
¡Ved mi mano! (*Tendiéndosela.*)
Alf. ¡Esta es la mia!

(*Estrechándosela.*)

Desc. ¡Juro aquí sobre esta mano
Que el amigo mas seguro
Tendréis en el Conde Arturo!
Alf. ¡Qué! ¿eras tú, querido hermano?

(*Abrazándolo.*)

Art. ¡Hermano! — ¿Quién sois?
Alf. Alfredo.
Art. ¡Oh inesperada ventura!
Hoy en paz contigo quedo :
Pagué tu antigua amargura.
Alf. ¡Tanto bien me causa miedo!

CUADRO SESTO.

LA BODA.

Levísimos giran los albos cendales
En torno á la vírgen con blando rumor:
Dijéranse genios de amor celestiales,
Las alas batiendo de un niño en redor.

Ligera corona se ciñe á su frente
De lirios, emblema de casta virtud;
La faz purpurina decoran fulgente,
Do juntas rebosan la dicha y salud!

Mañana de primavera.

Preparado está el altar,
Y ya el sacerdote espera;
Sembrada está la carrera
De mirtos y de azahar:

—

Uno á uno van llegando
Los deudos y los amigos;
Y á los inquietos testigos
Ya van los novios tardando.

—

Cuando al fin de la enramada,
Como un astro luminoso,
Ven, al lado de su esposo,
A la gentil desposada.

—

En contraste señalado,
Que hace el encanto mas vivo,
Él parece el cedro altivo,
Ella el lirio delicado.

—

Y aunque angélica bonanza
En ambos rostros se ve,
En el de él brilla la fé,
Y en el de ella la esperanza.

—

Pero entrambos se arrodillan
Del sacerdote al acento,
Y con gran recogimiento
Ante el sacro altar se humillan.

—

Y ya el rito religioso
Cumplido, la faz velada,
Se abraza la desposada
Del enamorado esposo.

Y el casto pecho anhelante,
Presenta el labio hechicero,
Y el beso de amor primero
Deposita en él su amante.

—

Y en encendido rubor
Bañada la faz, esconde
Entre los brazos del Conde
El vivo fuego de amor.

—

Y de los amantes lazos
Se desase blandamente,
Y del padre, ya impaciente,
Se arroja en los tiernos brazos.

—

Y él la estrecha cariñoso
Contra el conmovido seno
Y de amarga envidia ageno,
La devuelve al caro esposo.

—

Y como este, palpitante,
Ciñe su esbelta cintura,
Mira ella una sombra oscura
Cruzar veloz su semblante.

—

«¿Qué tienes?—¡Te adoro, Alfredo!»
Murmura blanda en su oido;
Y él responde enternecido:
«¡Tanta dicha me da miedo!

—

«Fuí siempre tan desgraciado,
Que aun hoy, alma de mi vida,
Mi corazon se intimida
Con los rencores del hado.

—

«Fuertes serémos los dos
Contra su poder impío.
—¡Yo fio en tu amor, bien mio!
—¡Y en la clemencia de Dios!»

—

—Y el fortunado mancebo
Su blanda frente acaricia,
Y la suprema delicia
Liba en sus labios de nuevo.

—

Y... Mas podránme llamar
Indiscreto narrador...
Tú, benévolo lector,
Puedes el cuadro acabar.

CONCLUSION.

A .....

Noche de primavera. — El cementerio de la aldea.

ALFREDO, MARIA, EL SACERDOTE, EL CONDE WILFRIDO, ADELA Y SUS NIÑOS.

Van entrambos esposos,
Los brazos enlazados,
Los semblantes hermosos
Por las dichas de amor iluminados,
Atravesando la floresta umbría,
Hácia la tumba fria
Que encierra los despojos venerados
De los amantes padres. — Y mas lejos,
De la luna á los pálidos reflejos,
Siguen sus huellas el piadoso anciano
Y el buen Conde Wilfrido,
Que á los hijos amados ha seguido,
Y Adela con sus niños de la mano.

—

Ya descubren la tumba : aunque sencilla,
Sobre las otras tumbas se levanta. —
Detiene el jóven la segura planta,
Y dobla la rodilla;
Y ante el recuerdo de su doble luto,
Da de llanto filial largo tributo;
Mientras la esposa, trémula, se humilla
A su lado en la tumba solitaria,
Y alza esta dulce y tímida plegaria :

—

« ¡ Manes paternos que mi Alfredo llora
Con tan justo dolor, inconsolable,
De la mansion de gozo perdurable,
Donde morais ahora,
Oid mi voz, que trémula os implora !

—

« Vosotros fuisteis su consuelo y guia
De este mundo en el piélago sañoso;
Haced cesar su llanto doloroso,
Y que desde este dia
Solo sienta el amor y la alegría !

—

« ¡ Dad á mi corazon vuestra ternura,
Y á mi inesperta edad vuestra esperiencia,
Porque pueda bastar, en vuestra ausencia,
A llenar de dulzura
Esta vida de llanto y amargura !

« ¡ Haced que nunca vuelva la agonía
A desgarrar su espíritu valiente;
Que su vida resbale dulcemente
Hasta el postrero dia,
Ornada del amor de su María !

—

« ¡ Sombras amadas, que mi Alfredo llora
Con tan justo dolor, inconsolable,
De la mansion de júbilo inefable,
Donde vivís ahora,
Oid mi voz que trémula os implora ! »

—

Y Alfredo repetia
La plegaria filial, y el buen anciano,
En el grupo lejano,
Con honda devocion la proseguia...

—

Mientras la blanca luna
Daba vida al risueño paisaje,
Y entre el verde ramaje
De la alameda umbría,
Una figura vaga y transparente,
Sobre el grupo, en los aires se cernia,
Y estendiendo las manos dulcemente,
Con indecible amor los bendecia...

—

Y de la luna á un pálido destello
Alfredo columbró su rostro bello,
Y los brazos abiertos, anhelante
El pecho palpitante,
Sobre la verde alfombra
Corrió veloz hácia la aérea sombra,
Gritando : « ¡ Madre mia ! »

—

— Mas la vision feliz el raudo vuelo
Torcia ya hácia el cielo,
Atravesando la region vacía;
Y á par que al hijo caro sonreia,
Con ademan tiernísimo en el suelo
Le mostraba á su angélica María...
. . . .
. . . .

Mientras con varia fuerza y á distancia
Distinta se elevaban mil sonidos,
A despertar en sabia consonancia
Los ecos hasta entonce adormecidos.

—

El aura vespertina entre el taraje
Gemia con dulcísimo murmullo,
Y el ruiseñor trinaba en el boscaje,
Y ensayaba la tórtola su arrullo.

—

Y ayes la tierra de placer lanzaba,
De amor inenarrable estremecida,
Cuando su seno maternal rasgaba
La simiente al brotar á nueva vida.

—

Sobre las nubes susurraba el viento,
U oculto entre los bosques seculares,
Y la luna surcaba el firmamento,
Cual blanca vela los tranquilos mares.

—

Y como voz que suena en lontananza,
Mas süaves y tímidos rumores
Se alzaban del Creador en alabanza,
Del entreabierto cáliz de las flores.

—

Y en dulce consonancia ambos esposos
Con la madre comun naturaleza,
Prorumpian en himnos ardorosos
De amor y gratitud y de terneza.

—

Y de su amor y de su dicha hablaban,
Y del pasado llanto y amargura,
Y sus almas unidas se anegaban
En piélagos inmensos de ventura...

—

Y en tanto el INFINITO, OMNIPOTENTE,
De todo bien generador fecundo,
Volvia la mirada complaciente
De amor y de perdon al bajo mundo!

EPÍLOGO.

A .....

DIEZ AÑOS DESPUES (1).

. . . *Vanitas vanitatum et omnia vanitas.*
— *Generatio præterit et generatio advenit: terra autem in æternum stat.*
. . . . *Quid superest homini ex omni labore suo?....*
Ecclesiastes, cap. 1, v. 2, 3 y 4.

I

Desde el confin lejano
De aquella parte del terrestre mundo
Que vió la cuna del linage humano;
Un átomo levísimo impelido
Por el soplo del ábrego iracundo,
Cruza las tierras y los anchos mares. —
Un átomo letal, desconocido
Al hombre; y va dejando en su carrera
Rauda, implacable fiera,
Los campos yermos, mudos los hogares. —
Nada anuncia su paso: — imperceptible
Es su agudo puñal cuanto seguro;
Conforme avanza mas, mas va creciendo,
Y ya es un monstruo horrendo
A cuyo golpe asolador, terrible,
Como al poder de mágico conjuro,
A un tiempo caen las madres cariñosas,
Niños robustos, trémulos ancianos,
Las vírgenes modestas, las esposas,
Los jóvenes lozanos,
Los fuertes é impertérritos varones,
Cadáveres de tres generaciones!...

—

Y en la callada hora
Que el fin separa del nacer del dia,

(1) Los que busquen en los escritos de esta especie solo el interés dramático ó novelesco, harán muy bien en no pasar de esta página. Los que gusten de seguir hasta el fin el pesamiento filosófico ó moral del autor en todo su desarrollo, obrarán cuerdamente en leer el presente epílogo. Para ellos se ha escrito.

Hora de paz y calma encantadora;
Cargado de dolores y agonía,
Sobre alguna ciudad dormida llega
El insaciable monstruo, y en lo oscuro,
Del uno al otro muro
Las negras alas tácito despliega. —
Allí al débil reflejo, vacilante,
De una lámpara humilde, vela el sabio
Que en las regiones de la ciencia vive;
Tan pobre, que aun á Job hiciera agravio,
Mas allá el inspirado vate escribe
Los cánticos de su alma delirante;
Aquí en redor de hospitalaria mesa,
Llenos los vasos del licor divino
Que alegra el corazon, nobles varones
Departen en las blandas emociones
De la amistad, que endulza su destino;
Mas lejos, en el ámbito anchuroso
De opulento salon, baila enlazado
Un juvenil enjambre, bullicioso,
Al són de los violines acordado...
Y entre tanto el espectro descarnado
De la implacable muerte
Sonrie de la peste bajo el ala,
Y con el dedo destructor, inerte,
Sus numerosas víctimas señala.

—

— Luce, por fin, el dia
Y con él el dolor inconsolable,
El horror, el espanto y la agonía. —
Aquí con voz de llanto inenarrable
Turba el viento la jóven prometida
Que al prometido esposo muerto llora:
Aquella misma aurora
Por él debió al altar ser conducida,
Y viva, sigue á aquel que fué su vida,
Por el camino de la helada tumba;
Y de dolor la triste, casi loca,
En vano con furor la muerte invoca!
— Allí cerca retumba
El llanto de unos huérfanos amargo,
Que en vano solicitan pan y abrigo
Y halagos, del que fué su único amigo,
Sumido en el novísimo letargo. —
En medio á los cadáveres, ya frios,
De los hijos que fueron sus amores,
Planta desnuda ya de hojas y flores,
Espirante, marchita, desgreñada,
Secas las fauces y los ojos secos,
Una madre se ve desventurada. —
Al ¡ay! de su dolor sordos los ecos,
No llora ya la triste; — enfurecida
Maldice el hora en que nació á la vida,
Y execra el dulce instante
En que sintió en su seno palpitante,
De gozo estremecido,
El tierno fruto de su amor primero,
Y el blando són de su primer gemido!

— Cabe ella, ¡cuán feliz! otra matrona,
A quien dejó la muerte su hermosura,
Vese, cadáver ya: — sobre el regazo
Maternal una tierna criatura
Se esfuerza en separar el embarazo
Del traje, y busca ansiosa el tierno seno
Donde bebió la vida,
Y hora le ofrece matador veneno!...
Torva la frente, y la mirada hundida,
Ya sin vigor, á su feroz tarea,
Tropezando en los gélidos montones,
El amarillo enterrador pasea;
Y del voraz instinto prevenidos,
Acuden en cerrados batallones,
Exhalando gozosos alaridos,
Cuanto bruto, reptil, insecto ó ave
Pasta su vida en la asquerosa muerte; —
Mientras que desde el cielo encapotado
El ángel del dolor y el esterminio
Rápido baja al fúnebre triclinio;
Y lleno de placer el crudo pecho,
Contempla el cementerio ilimitado,
Solitario, tranquilo y satisfecho...

II

LA CAMARA NUPCIAL.

Es la estacion del Can abrasadora,
Cuando sobre la tierra que dormita,
El padre sol, en el cenit sentado,
Sus flamígeros rayos rectos vibra.

—

No viene á interrumpir la horrenda calma
Ni un hálito del aura vespertina,
Y con trémulo rayo blanca luna
Entre rojo vapor apenas brilla.

—

Agrupados en torno á una ventana
Están el noble Alfredo y su María,
Y dos niños, como ángeles hermosos,
Se sientan de la madre en las rodillas.

—

Fuego la tierra de su seno exhala,
El aire fuego líquido respira,
Y toca, á aquel calor insoportable,
La créacion entera á su agonía.

—

Pero á deshora las inmobles ramas
De los marchitos árboles se agitan;
Una grata frescura se desparce,
Y á poco llena la region vacía.

—

Y á cuanto sér viviente toca el ala
De aquella fresca, inesperada brisa,

Infundirle parece nuevo aliento,
Nueva fé y esperanza, amor y vida.

—

Alfredo y su adorada, y los uelos
De su amor, con deleite el aura aspiran;
Cuando de pronto inclínase la esposa,
Como del rayo del Señor herida.

—

Sostiene amante Alfredo entre sus manos
La frente juvenil, ya casi fria,
Y un gélido pavor dentro á su pecho
La enardecida sangre paraliza. —

—

Y cielo y tierra en su dolor invoca,
Y por prestos socorros ronco grita. —
Acude Adela, el sacerdote anciano,
Cuantos seres componen su familia;

—

Mas en vano ternísimos cuidados
Y socorros del arte la prodigan;
Ya solo queda la terrestre forma
Del ángel que en el mundo fué María.

—

Y el esposo infeliz, secos los ojos,
Ve el amor y el encanto de su vida,
En el lecho nupcial, como una rosa
Por el soplo del ábrego marchita.

—

Y casi loco de dolor, se acerca
A sus hijos. — ¡La parca enfurecida
Entrambas flores agostó en capullo!
¡Todos sus bienes le arráncó en un dia!

—

Entonce al lecho fúnebre
Los lleva el desdichado;
Acerca entrambos ángeles
Al seno idolatrado,
Y con mirar sañudo
Contempla inerte, mudo,
Cuanto en la tierra amó!

—

¡Ay de aquel padre huérfano!
!Ay del esposo amante!
¡A tanto amor fué límite
Solo un fugaz instante!
— ¡La suerte encrudecida
Mató á quien fué su vida,
Y el triste no murió!

—

Como la viuda tórtola,
Que en pos del bien perdido,
Se aleja en vuelo rápido
Del caro, oculto nido;
Y halla al volver, cuitada,
Su prole arrebatada
De aleve cazador:

—

Tal, aún del golpe atónito,
De pié el desventurado,
Mira, en cinéreo túmulo
El tálamo trocado.
É inmóbil, mudo, ardiente,
Parece una viviente
Estatua del dolor.

—

Hermosos cuanto pálidos,
Juzgáranse dormidos,
Cabe á su madre estiéndense
Los párvulos queridos;
Y en el semblante de ella
Aun vívida destella
Su célica beldad. —

—

Presa se cree de un vértigo
O súbita locura,
Que no comprende el mísero
Su horrenda desventura;
Y empero, convencidos
Le muestran sus sentidos
La bárbara verdad!

—

Por fin, el fuerte espíritu,
A tal dolor estrecho,
Brotan copiosas lágrimas
Del lacerado pecho;
Y el llanto de sus ojos
Inunda los despojos
De los que ya no son!

—

Y á aquel piadoso bálsamo
Que el cielo al hombre envia,
Lluvia de amor benéfica,
Que endulza la agonía;
Con renaciente calma,
Siente mas firme el alma,
Mas clara la razon.

—

Despues con mano trémula
Corona de albas flores
Aquellos tres cadáveres
Que fueron sus amores;
Y con semblante austero
El beso postrimero
Castísimo les dió.

Y luego, en pié, volviéndose
Al sacerdote anciano,
Que cerca llora, estiéndele
La cariñosa mano;
Y con süave acento,
De su hondo sentimiento
Así le reprendió :

—

« ¿Por qué llorais por los que ya en el cielo
Cerca se ven del sempiterno trono?
— Libres por siempre están de amargo [duelo,
De duda amarga y de feroz encono.

—

« En esta tierra, de dolor henchida,
De pena ignaros, vírgenes de errores,
Pura y dichosa transcurrió su vida,
Cual mansa fuente entre olorosas flores.

—

« Que si por mi llorais, no fuera justo. —
— Don eran ellos de la eterna mano
Del que no puede errar ni ser injusto :
Su designio acatemos soberano! »

—

Dijo; — y alzando la serena frente,
Y doblada en el polvo la rodilla,
Con fé profunda y con amor ferviente
Alzó al Señor esta oracion sencilla :

—

« ¡Señor! Señor! — Del trono inaccesible
Dó tu poder fecundo
Así cuida del átomo invisible
Como del ancho mundo :

—

« Tú, que á la golondrina aventurera
Que vuelve á sus hogares,
Mides el viento en su veloz carrera
Sobre los anchos mares :

—

« Fuerza envia en tan bárbara mudanza
Al triste que te implora;
¡Sosten la fé, redobla la esperanza
Del mísero que llora!

—

« De amor y dicha un tiempo me colmaste
Con paternal ternura,
Y hoy para mí hasta el borde rebosaste
El cáliz de amargura;

—

« Retiraste de mí las bendiciones,
Y enviaste la agonía :
— Eran tuyos, Señor, los ricos dones,
Y la miseria mia.

« Bendita veces mil, bendita sea
Tu Providencia suma;
Pero sostenme en la mortal pelea;
Porque el dolor me abruma.

—

« — Solo viví hasta hoy para mí mismo,
En mi soberbia insana;
Desde hoy remplaza al gélido egoismo
La caridad cristiana.

—

« ¡Perdóname, Señor, lo ya pasado!
Consagro mi existencia
A dar blando consuelo al desgraciado
Y alivio á la indigencia.

—

« — ¡Señor! Señor! — Del trono inaccesible,
Dó tu poder fecundo
Así cuida del átomo invisible
Como del ancho mundo :

—

« ¡Fuerza envia en tan bárbara mudanza
Al mísero que llora!
¡Sosten la fé, redobla la esperanza
Del pecho que te implora! »

. . . .
. . . .
. . . .

—

Viditque Deus cuncta quæ fecerat : et erant valdè bona.
Génesis, cap. 1, vers. 13.

Dos veces nuestro globo ha recorrido
En torno al padre sol su anual carrera,
Que al dichoso un minuto han parecido,
Y al infeliz la eternidad entera.

—

Una tarde de abril serena y pura,
El viento mudo, el universo en calma,
Presa de una terrible calentura
El débil cuerpo, y de dolor el alma,

—

Yace Alfredo infeliz : — cabe á su lecho
Amigo vela el sacerdote anciano,
Y escucha el estertor del ronco pecho,
Y cuenta los latidos de su mano.

—

Poco á poco la fiebre se mitiga,
Vuelve á esperar el de esperanza ageno;
Disminuye y acaba la fatiga,
Y el pulso late igual y mas sereno.

Al cielo eleva el sacerdote amante
De gratitud un himno reverente;
Que un sueño bienhechor, refrigerante,
Embarga los sentidos del doliente.

—

Los músculos del rostro contraidos
Se destienden; los labios abrasados,
De humedecida púrpura teñidos,
Vense de una sonrisa separados.

—

Y es que á calmar su bárbara agonía,
Vaporoso, dulcísimo, halagüeño,
Sobre él la mano omnipotente envia
El misterioso encanto de un ensueño.

—

— Parécele que se halla en unos prados
Revestidos de espléndida verdura,
Dó el llanto y el dolor son ignorados,
Reina la paz, y amor eterno dura;

—

Para cuyos felices moradores
Nunca se acaba ni comienza el dia,
En un mar de perfumes y colores,
Blanda luz y suavísima armonía.

—

Y á su encuentro venir por el sendero
Por dó entró á la region afortunada,
Miró un vapor blanquísimo y ligero,
Cual túnica sutil de alguna fada.

Y como transparente nubecilla,
Que en el oriente al asomar la aurora,
Cuando la luz del sol cercana brilla,
De purpúreos matices se colora;

—

Tal fuése el vaporcillo colorando,
Ya vario en densidad y en estructura,
Mientras se iba graciosa destacando
De su centro una angélica figura.

—

Y tras aquella, tres fueron saliendo
De entre el leve sudario blanquecino,
Que á Alfredo se acercaron sonriendo,
Dos á dos por los lados del camino.

—

Y él conoció á su madre idolatrada,
Y junto á sus hijuelos vió á María,
Y abrazólos, el alma enajenada
De amor y de seráfica alegría.

—

Y al contacto incorpóreo estremecido,
Cobró un instante su vigor entero;
Se incorporó en el lecho, dió un gemido,
Y fué aquel de su vida el postrimero...

—

Y de nuevo el Señor omnipotente,
De todo bien generador fecundo,
Dirigió una mirada complaciente
De amor y de perdon al bajo mundo.

ADIOS AL LECTOR.

J'aimai; je fus aimé; c'est assez pour ma tombe:
Qu'on y grave ces mots et qu'une larme y tombe......

LAMARTINE...

May no marble bestow the splendor of woe
Which the children of vanity rear;
No fiction of fame shall blazon my name:
All I ask — all I wish — is a tear!

BYRON, *The Tear.*

Tras de tan largo y desigual camino,
Ahora débil el paso, el rumbo incierto,
Ahora firme y veloz como el destino,
Por fin llegamos al seguro puerto;
Y ya por verde oásis, peregrino,
Ya atravesando el árido desierto,
Siempre me fué, lector, tu faz amiga
La mayor recompensa á mi fatiga.

En el tiempo que juntos caminamos,
Díte abierta la historia de mi vida;
La senda por dó amigos transitamos
Hoy la suerte nos muestra en dos partida:
¡Ojalá que el adios que aquí nos damos
No sea la postrera despedida!
Mas, por si acaso, repetirte quiero
Lo que pido á la fama y de tí espero.

Unos, ardiendo en ambicion insana,
Quieren dejar de sí suma memoria,
Y ornados de diadema soberana,
Reinar hasta en el libro de la historia;
Otros, de alma mas torpe ó mas liviana,
Corriendo van de usurpada gloria;
Y otros, en fin, se afanan por vil oro,
Como el supremo y único tesoro.

—

Yo detesto el poder, me asusta el mando,
Me fatigan el fausto y la opulencia;
Y vivir prefiriera mendigando,
Sumido en la mas hórrida indigencia,
A adquirir con un tráfico nefando,
Y á costa del honor y la conciencia,
Las delicias y pompas de la vida,
O una gloria inmortal, no merecida.

—

Y no porque la lucha me amedrenta,
Del revuelto palenque me retiro;
A mi tambien la fama turbulenta
Tal vez me coronó en su raudo giro;
Mas con otra ambicion mi pecho alienta,
A mas sublime galardon aspiro;
Que á verme aborrecido y admirado
Prefiero ser oscuramente amado.

—

No quiero yo que en asordante estruendo,
Al través de los siglos, mi renombre;
Como el rayo de Júpiter tremendo,
Con su estallido el universo asombre:
Poeta del amor, solo pretendo
Que en pia tradicion pase mi nombre
Del labio maternal al tierno niño,
Legado de purísimo cariño!

Que en el hogar doméstico implantado,
Como un amigo de probado celo,
En mis libros encuentre el desgraciado
A su dolor solaz, si no consuelo;
Y aunque me arrojen del atril dorado,
Que de la choza rústica en el suelo
Aprenda de mí el párvulo el camino
Del amor de sus padres y el divino.

—

Y cuando el hilo de mi vida rompa
El cielo, dando fin á mi quebranto,
Que no alce en mi loor épica trompa
Algun ronco, insensible, hinchado canto:
Prefiero á la falaz mundana pompa,
De un pecho amigo el invisible llanto;
Y á que mi nombre en mármoles se ostente,
Un solo corazon que me lamente.

—

Ni quiero descansar en ostentosa
Tumba, del arte escelso maravilla;
Que cubra mi ceniza humilde losa,
Y que en la noble lengua de Castilla
Grabe la mano del amor, piadosa,
Letra veraz, lacónica, sencilla,
Que diga al estraviado caminante:
¡Duerme aquí en paz un corazon amante!

—

Tal recompensa á mis dolores pido,
Tal galardon á mi trabajo espero;
Sienta mal el laurel al afligido,
Insulta la mentira al que es sincero:
Doyte otra vez mi adios enternecido,
Lector; y por si fuere el postrimero,
A tí encomiendo mi futura gloria...
¡Da una lágrima tierna á mi memoria!

Madrid, 12 de marzo de 1852.



POEMAS

ESCRITOS EN COLABORACION

DE

DON JOSÉ ZORRILLA.

PENTAPOLIS.

MARIA. — UN CUENTO DE AMORES.



ADVERTENCIA.

Por segunda vez salen á la luz pública, desde las acreditadas prensas de Mr. Dramard-Baudry, los poemas *La Ira de Dios*, *María* y *Un cuento de Amores*, que en colaboracion del celebre poeta Don José Zorrilla, escribí ahora diez años, y que este publicó en Francia en 1852.

Dos motivos, justos ambos, si bien no igualmente poderosos, me impelen á hacer, acaso sin necesidad, la segunda edicion de estas obras. Es el primero, que haciendo yo ahora una coleccion casi completa de mis pobres trabajos literarios, he creido deber incluir en ella, los que en union de tan celebrado poeta escribí; con tanta mayor razon, cuanto que en las dos primeras obras tengo la parte mas considerable, si se atiende á la estension del trabajo.

El segundo motivo es, rectificar un error que noté en la edicion de 1852, dirigida por mi compañero y amigo Zorrilla. En la portada del poema bíblico *La Ira de Dios*, se omitió mi nombre, y solo consta que el segundo canto es mio, por una nota puesta al pié, siendo así que en dicho poema solo tiene el Sr. Zorrilla los cantos 1° y 3° y son mios el 2°, 4°, 5°, 6°, 7° y la conclusion.

Hecha esta aclaracion, solo me resta decir que en la presente edicion restablezco al poema citado su primitivo nombre de *Pentápolis*, no solo por ser mas concreto á su argumento, sino por su mayor eufonía. Así lo llamó el Sr. Zorrilla, cuando, años atrás, publicó los cantos 1° y 3° en un periódico literario que por aquel entonces se publicaba en Madrid, y cuyo título, si no me es infiel la memoria, era *el Laberinto;* y así lo llamamos ambos, cuando posteriormente me invitó él á que lo continuase.

Concluiré diciendo á los lectores, que si hasta ahora no he revindicado la parte que en *Pentápolis* tengo y reclamo hoy, ha sido por considerar la omision que por entonces se cometió, de poquísima importancia, así para la gran reputacion literaria del Sr. Zorrilla, como para la humilde mia; y si hoy restablezco la verdad de los hechos, es porque he creido no deber desaprovechar la ocasion tan favorable que se me viene á las manos.

París, 1ro de diciembre de 1861.

J. Heriberto García de Quevedo.



PENTAPOLIS,

POEMA BIBLICO.

CANTO PRIMERO.

Canto de Dios la omnipotente saña,
La justicia de Dios omnipotente :
Justicia suma y á piedad estraña
Que ejercida por *Él* con torpe gente,
Sobre el polvo infructífero que baña
El Muerto mar con fétida corriente,
La marca colosal dejó al impío
De su justo y escelso poderío.

Espíritu de Dios, que eterno vives
Sin principio ni fin; tú que, uno y trino,
Al Padre igual y al Hijo, no recibes
Ni dás el sér de vuestro sér divino :
Tú que en el libro de la ciencia escribes
Las memorias del tiempo y del destino,
Baja á mi mente, que si tú me inspiras
Bardo seré de las celestes iras.

Ya al confin de los montes de Judea
Y entre negros peñascos, abre un valle
A un rio turbio, que sus piés rodea,
Honda y desierta y silenciosa calle.
Solo este rio su caudal emplea
Un lago en mantener, dó es fuerza que halle
Su curso fin y término el desierto :
Y allí es donde al Jordan traga el mar Muerto.

Sobre aquellas arenas movedizas,
Que el sagrado Jordan jamás fecunda,
Yacen bajo del lago las calizas
Ruinas de Pentápolis inmunda.
Allí es donde sus fétidas cenizas
El lodo amasan en que el mar se funda,
Y do están las impúdicas moradas
De las cinco ciudades condenadas.

Nunca aquellas estériles montañas
É infecundas arenas han podido
Fermentar ni nutrir en sus entrañas
Flor campesina ni zarzal tupido;
Ni allí hicieron pastores sus cabañas,
Ni ganados jamás las han pacido,
Ni buscaron sus sombras las gacelas,
Ni surcaron su mar perdidas velas.

No se posó jamás un solo instante
De aquellas rocas en las calvas crestas
Buitre cansado ó golondrina errante :
Ni de sus cuevas lóbregas é infestas
Solitario leon fué el habitante ;
Ni por sus lomas ásperas y enhiestas
Arrastróse jamás buscando asilo
Sierpe sagaz, ni verde cocodrilo.

Nunca las ondas de su estenso lago
Perfumada meció lánguida brisa,
Ni alzó murmullo soñoliento y vago
En ellas columpiándose indecisa.
Eterno acento del eterno estrago,
De aquellos valles la existencia avisa
De eterna tempestad el eco ronco
Que en el ancho arenal espira bronco.

Nada, nada hay allí que tenga vida :
Ni flor, ni insecto, ni bajel ni fiera
Mantiene aquella tierra corrompida,
Revuelto mar y lóbrega ribera.
En esta tierra inerme y maldecida
Pesa de Dios la mano justiciera,
Y un paraíso á la delicia abierto
En su comparacion es el desierto.

Mas no fueron lo que hoy en algun dia
Este valle, este mar, y estas montañas :
No fueron siempre al ruido y la alegría
De poblacion y de cultivo estrañas :

Un tiempo fué que mayo las vestia
No de musgo y silvestres espadañas,
Mas, cercadas de bosques protectores,
De rubias mieses y olorosas flores.

Entonces la cubrian sus vallados,
Y sus fecundos cerros coronaban
Alamedas y huertos y ganados,
Que las vecinas tierras envidiaban :
Reyes tenia, y pueblos, y soldados,
Que con armas y leyes la guardaban,
Y de sus armas y sus leyes fruto
De las vencidas recibió el tributo.

Cobijábala entonces limpio cielo
Fecundador y azul, que allí vertia
Calor, que mas feraz tornaba el suelo;
Lluvia, que sus corrientes mantenia;
Aura, que al labrador siendo consuelo
Daba á sus selvas mágica armonía,
A sus plantas vigor, jugo y colores,
Salud á sus robustos moradores.

Allí brotaba el cedro incorruptible,
El limonero allí de frutas de oro,
El umbrío moral al sol sensible,
Del olivo y la vid el gran tesoro.
Y daban por do quier sombra apacible
Y gala á la campiña, el sicomoro,
El nogal, y los nópalos azules,
Las palmas y los recios abedules.

Y como en cercas, huertos y jardines
Por afanoso dueño cultivados,
Víanse allí crecer en los confines
De sus silvestres cotos y vallados,
Purpúreas rosas, pálidos jazmines,
Rojos claveles, alhelís morados,
Renúnculos, violetas y jacintos,
En sér iguales y en olor distintos.

De su aroma atraidos y frescura
Y nacidos en medio de las flores
Revolaba meciendo su aura pura
De insectos multitud, cuyos colores,
Inquietud, y susurro y galanura
Aumentaban del campo los primores,
Con sus alas y sones dando al viento
Música dulce y manso movimiento.

En los espesos árboles sus nidos
Colgaban contentísimas las aves,
Los ojos recreando y los oidos
Con plumas varias y gorgeos suaves :
Y entre el rumor de arroyos escondidos
Se mezclaban, ya plácidos, ya graves
Al continuo balar de las ovejas
Y al sordo susurrar de las abejas.

Era entonces en fin un paraíso
De la rica Pentápolis el suelo,
Y lo fuera por siempre si en aviso
Tuviera siempre su temor al cielo :
Mas provocarle á la venganza quiso
Con torpe rito y con inmundo anhelo,
Y el cielo se cansó de su insolencia
Y fulminó sobre él fiera sentencia.

Pródigo el sumo Dios vertió en su seno
Gracia, placer, fertilidad y vida,
Pero sus dones convirtió en veneno
La raza de aquel suelo corrompida.
Dios la dió un corazon sencillo y bueno,
Y en sencillez inculta mantenida
Fué su raza leal, sencilla y buena
A desdichas y crímenes agena.

Pero cambió su sér con la ventura,
Creció con la riqueza su osadía :
A las tierras vecinas dió pavura
El poder al mostrarlas que tenia,
Y adoró su poder : y en su locura
Olvidando á su Dios su altanería
De abominables culpas se hizo rea
Pentápolis, baldon de la Judea.

Todo lo trastornó; todo lo puso
En distinto lugar do fué criado,
Con dañada intencion y torpe abuso
Todo al fin convirtiéndolo al pecado.
Los ojos apartó su pueblo iluso
Del Dios que con piedad le habia mirado,
Y levantando altares á sus vicios
Ofrecióles inmundos sacrificios.

Vallas no tuvo ya, no sintió freno :
Fué su Dios el placer, su ley el gusto :
Cuanto le deleitara dió por bueno,
Cuanto sirviera á su placer por justo :
Y el corazon y el pensamiento lleno
De su torpeza, sin pudor ni susto
La raza de la impúdica Sodoma
Vergüenza fué de la impudente Roma.

Gomorra, Seboin, Segor y Adama,
De su tierra hermosísimas ciudades,
Frutos podridos de la misma rama
La siguieron al par de sus maldades :
Y á par ganando abominable fama
Alcanzaron á ser sus liviandades
Con rito vil y torpe ceremonia
Escándalo á la misma Babilonia.

La muger, que del hombre compañera
Nació, su fé para alentar en vida,
Mas fácil para hacerle y llevadera
Su existencia entre duelos consumida;

En la abominacion fué la primera,
Y cuanto débil mas, mas atrevida
Patentizó con vil desenvoltura
A los ojos del crímen su hermosura.

Callaron ¡ay! cediendo á sus caricias
Dudas, remordimiento y pareceres;
Porque hijas de esta tierra de delicias
Nacidas al amor y á los placeres,
De su amor ofreciendo las primicias,
Era la liviandad de sus mugeres
Del hombre rudo al apetito ciego
Segura red, é irresistible fuego.

Por sus pasiones viles dominado,
Hecho por fin de sus sentidos siervo;
De su celeste orígen olvidado
Y en su abandono y ceguedad protervo,
En el ara del templo profanado,
Dando á su solo Dios pesar acerbo,
Colocó á la muger audaz el hombre
Y de su mismo Dios prestóla el nombre.

Y admirando en la lumbre de sus ojos,
Y en la espiral de sus flotantes rizos,
De su amoroso ceño en los enojos,
Y en su grata sonrisa, mil hechizos,
Adoró su capricho y sus antojos,
Sus dotes adoró mas quebradizos,
Y tomando por dioses sus mugeres,
Divinizó con ellas sus placeres.

Divinizó las notas de su acento,
Divinizó los besos de su boca,
Divinizó el aroma de su aliento:
Y en la embriaguez de su licencia loca
Ageno á todo noble sentimiento
Su impía adoracion juzgando poca,
Arrollado el pudor, roto el decoro
Dijo: « La hermosa desnudez adoro. »

Y no fué parte do su cuerpo bello
De que un ídolo infame no se hiciera:
Su breve pié, su alabastrino cuello,
Su pecho, que al marfil envidia fuera,
Las perfumadas trenzas del cabello,
Cuanto al pudor nombrándose ofendiera
Dando inauditos de torpeza ejemplos,
Se adoraron por calles y por templos.

Cansáronse el buril y los cinceles
En grabar tan groseras alusiones;
Premio fueron las palmas y laureles
De las mas execrables invenciones:
Espiró en los tormentos mas crueles
Quien sus ritos llamó profanaciones,
Y elevaron do quier en pedestales
De su creencia inmunda las señales.

Con estos jeroglíficos impuros
Se adornaron los pórticos, las fuentes,
Las plazas, y las calles y los muros:
Y no quedaron ojos inocentes,
Ni oidos castos, ni recuerdos puros,
Ni rubor en los rostros impudentes,
Ni encerró nada mas aquel recinto
Que infamia imbécil y brutal instinto.

Los vicios desde allí virtudes fueron,
Los vicios desde allí se alambicaron,
Y en cuantos vicios abarcar pudieron
Con vértigo carnal se encenagaron.
Con cuantos atractivos concibieron
La torpeza del vicio engalanaron;
Y en la mas terrenal idolatría,
Desbocada Pentápolis corria.

« ¡Orgia! ¡órgia! » los réprobos gritaban:
« ¡Orgia! ¡el placer es nuestro Dios! » decian:
Y blasfemos cantares entonaban,
Y en festines opíparos bebian;
Y con ardientes vinos escitaban
El fuego en que sus ánimas ardian,
Y espiraba en los anchos arenales
El ruido de sus largas bacanales.

Ningun delito entre ellos era nuevo,
Ningun refinamiento ó torpe aliño
Que pudiera al placer servir de cebo;
Y útil era la bestia, el leño, el niño,
Y la viuda, la vírgen y el mancebo.....
Mas tente, pluma, que en maldad te tiño
Y á llevarte adelante no me atrevo:
Que á lo que el mismo Dios volvió sus ojos,
Diera en mi voz al universo enojos.

Volviólos, sí, su creadora lumbre
Negando á tan impúdica torpeza:
Apartólos de aquella muchedumbre
Que, profanando su mortal belleza,
Del vicio en la asquerosa podredumbre
Enfangó su feroz naturaleza,
Dejándola sin freno y sin cuidado
Desbocada correr tras el pecado.

Se hundió en lo mas recóndito del cielo
Apesarado Dios cuanto ofendido,
Haciendo entre *Él* y los humanos velo
Del aire y del espacio indefinido:
Y al pensar á la raza de aquel suelo
En aplicar castigo merecido,
Su espíritu asaltó santa tristeza
Cediendo á su piedad su fortaleza.

Que no fué nunca el Dios de los humanos
El Dios que al ruego se resiste y huye,
Y la obra bella de sus propias manos
Con caprichosa sinrazon destruye.

No es nuestro Dios el Dios de los tiranos
Que con la fuerza al corazon arguye,
Sino es el Dios que la inocencia abona,
Y oye al que ruega, y al que cree perdona.

No es nuestro Dios el Dios de la venganza
Que se goza en el mal y el duelo ageno,
Y sofoca la luz de la esperanza
Convirtiendo su bálsamo en veneno.
No es Dios el Dios á quien jamás se alcanza
Ébrio de su poder, de su ira lleno,
Sino el Dios que despeja el ceño adusto
Benigno oyendo la oracion del justo.

Es nuestro Dios el Dios de las piedades,
Es el Dios del consuelo y la indulgencia :
El Dios á quien si enojan las maldades
Desarman la humildad y penitencia :
Es el Dios que perdona las ciudades
De diez justos no mas por la inocencia,
El Dios que el crímen sin piedad castiga,
Pero es el Dios que castigando obliga;

El soberano Dios justo y severo
Que el rayo al fulminar de su justicia
Al torpe criminal muestra primero
La inmensa gravedad de su malicia;
El Dios que llama al corazon sincero
Del pecador cuyo perdon codicia,
Para que al conocer su omnipotencia,
Con ruegos le desarme y penitencia.

Dios, es el Dios que con afan prolijo
Formó la creacion, y viendo luego
La maldad de los hombres les maldijo
Su raza en estinguir pensando ciego :
Mas escuchando de su escelso Hijo
Antes de destruirla el santo ruego,
Dijo mostrando su infinito encono :
« *A precio de tu sangre les perdono.* »

Y se efectuó el misterio sacrosanto
De nuestra redencion. Rotas y abiertas
Le lloraron las peñas con espanto
De tamaño rigor : mas las inciertas
Moradas del Eden á precio tanto
Dejaron otra vez francas sus puertas,
Y la raza maldita y condenada
Fué con la sangre de su Dios lavada.

CANTO SEGUNDO.

De Hebron en la comarca bendecida
Hay un valle amenísimo y fecundo,
Que la nacion de Jehováh escogida
Llamaba de Mambré : no encierra el mundo
En su estension del hombre conocida,
Ni en la que hasta ora solo el mar profundo
Viera, y á dó jamás pié vacilante
Llegó de peregrino ó navegante :

Ningun país dó con mayor largueza
Derramara el Señor sus bendiciones;
Pródiga allí mostró naturaleza
En pompa singular todos sus dones :
Uniendo á la hermosura la riqueza
Míranse allí á la par las estaciones,
Y otoño, primavera, flor y fruto,
Unido al hombre ofrecen su tributo.

Allí el nogal junto á la palma crece,
Y el oloroso cedro y manso tilo,
Y el plátano flexible se estremece
A la sombra del álamo tranquilo :
Allí el haya frondosa amante ofrece
A la sencilla tórtola un asilo,
Y el sauce, el tamarindo y sicomoro
Con el árbol se ven de frutos de oro.

El fuerte olivo de inmortal verdura,
Crece lozano al márgen de la fuente;
La prolífica vid en la espesura
Gime bajo su fruto transparente;
Mientras allá en la espléndida llanura
Al blando soplo de fugaz ambiente
Las doradas espigas á millares
Se mecen cual las olas de los mares.

Al borde suena aquí de la quebrada,
Del buey el melancólico mugido;
Bajo la sombra allí de la enramada
De las mansas ovejas el balido :
Y al volver por la tarde á la majada
Pueblan el aire en multiple sonido
Pastores y ganados y cencerros
Y el honrado ladrido de los perros.

En este valle tan feraz y ameno,
Lejos del aire corruptor mundano,
Y á su amargura y crímenes ageno,
Vivia en aquel tiempo un buen anciano :
De años cargado y de riquezas lleno,
Padre mas bien que duro soberano
De sus siervos, el rey de los pastores,
Tenia allí su tienda entre las flores.

Llamábase Abrahan, — en el lenguage
Que usaba entonces la nacion hebrea,
Padre de muchos. — Cuando en tardo viaje
Vino allí de la tierra cananea,
Así le habló el Señor : « De tu linage
Saldrán reyes ilustres de Judea;

Mas que reyes aún, saldrá el Mesías
Cuando se cumplan los fijados dias. »

Y el patriarca esperaba el cumplimiento
De las promesas de su Dios, seguro,
Y su vida pasaba en curso lento
Como las ondas de arroyuelo puro :
Jamás manchó su vida turbulento
El crímen, ni agitó deseo impuro
Las aguas cristalinas de su alma
Que reposaban en tranquila calma.

Delante de su tienda
So la enramada umbría,
Cuando del mediodia
Mas vivo es el calor,
Está Abrahan sentado
En placido sosiego;
Mas súbito un gran fuego
Ante sus ojos vió.

Alza la vista al punto
Por ver de donde vino,
Y un rojo torbellino
Miró cerca de sí;
De cuyo oscuro centro
Salieron tres varones,
Que ven sus emociones
Con blando sonreir.

Entonce el buen anciano
Con susto se levanta;
Y la insegura planta
Dirige hácia el Señor;
Diciendo : « Si tu esclavo
Halló en tus ojos gracia,
Debajo de esta acacia
Descansa por favor.

Para tus piés divinos
Traeré el agua mas pura,
Y aquesa tierra impura
Yo mismo lavaré;
Y de mi tienda humilde
Bajo el amigo toldo
Cocido en el rescoldo
Mi pan os partiré. »

Entonces los tres varones
« Haz como has dicho, » dijeron;
Y entró Abrahan, presuroso,
Só el hospitalario techo.

Y dijo á su esposa Sara :
« Tres satos amasa presto
De flor de harina, y haz panes,
Y cuécelos bajo el fuego. »

Y corriendo á la vacada,
Cogió un hermoso becerro,
Dióle á un mozo, el cual al punto,
Lo mató y cocióle luego.

Y manteca y leche pura
Tomó tambien, y dispuesto
Ya el festin, sirvióle él mismo
A los fulgidos viajeros.

Luego que hubieron comido,
Dijo así el mayor de entre ellos :
« Descubrirte quiero ahora
Mis designios sempiternos.

Pentápolis torpe se lanza
En manos del crudo Abdalon;
La puse en mi eterna balanza,
Su crímen el peso inclinó.

Sodoma su grito ha aumentado;
Adama se goza en su error;
Dobló Seboin su pecado,
Gomorra pecó sin temor.

Desciendo á la fértil llanura,
Y allí por mis ojos veré
Si la obra satánica impura
Del crímen colmó su altivez. »

Y saliendo el camino tomaron
De Sodoma hácia el fértil confin;
Mas no mucho de allí se apartaron
Que Abrahan resolviéndose al fin :

« ¿ Destruirá, gran Señor, tu justicia
En injusta sacrílega union,
Del impío la torpe malicia,
Y del justo el leal corazon?

Lejos, lejos, Señor, de tu mente,
Una accion tan indigna de tí;
¿Verteráse la sangre inocente
Porque viva entre el vicio infeliz?

Si justos en Sodoma hallas cincuenta,
¿Tendrán igual fortuna
Que la impía muchedumbre turbulenta
Que en el pecar se aduna?

— Si hallo cincuenta justos en la impía
Ciudad, ten por seguro,
Que no enviaré la muerte y la agonía
Sobre el malvado muro.

— ¿Y si hallas cinco menos? — Su recinto
Perdonaré clemente.
— Y si faltaren diez, ¿será distinto
El fin de tanta gente?

—Perdonaré tambien.— ¿Si quince hallares
De menos en la cuenta?
— ¡Perdonaré por ellos mil millares!
— ¿Y si hallas solo treinta?

— ¡Tambien! » Mas Abrahan con rudo [ahinco,
Siguió de aquesta suerte :
« ¿Y si solo se encuentran veinte y cinco
Les enviarás la muerte?

—Por veinte, ó quince, ó diez, si los reunes,
Tú mi palabra toma;
Por amor de los diez serán impunes
Los vicios de Sodoma. »

Mas cuando el claro sol anuncie al mundo
Que nace un nuevo dia,
Caerá entera en el báratro profundo
Pentápolis impía.

CANTO TERCERO.

Faltó la luz de los divinos ojos
En la comarca de la tierra impura
Y el sol la iluminó con rayos rojos
De sangriento color : por su llanura
Barrió sus mieses, árboles y abrojos
Ráfaga ardiente. Por do quier augura
La lobreguez en que la tarde cierra
La enemistad del cielo con la tierra.

Pronto los gigantescos nubarrones,
Que aglomeró tempestuoso el viento,
Robaron á los ojos las regiones
De la estension azul del firmamento.
Pronto impotente el sol sus pabellones
No pudo atravesar, y en tal momento
A mitad de la tarde espiró el dia
Por el recinto de la tierra impía.

Sobre ella solo el colosal 'nublado
Se cernia en los aires suspendido,
El cerco de su suelo condenado
Dejando con su sombra oscurecido.
Mas dejando á la par iluminado
El terreno en redor no maldecido,
Reinaba solo en la comarca impía
Noche temprana, pero en torno el dia.

Tal fué la marca y funerario velo
Que la puso el Señor, la gran sentencia
Al fulminar sobre el infame suelo
Que despreció su paternal clemencia.
Y separada así de tierra y cielo
Y decretado el fin de su existencia,
Al santo ejecutor de su destino
Llamó á sus piés el Hacedor divino.

Al eco de su acento poderoso
Vaciló el universo estremecido,
Y al eco de su acento, presuroso
Voló á sus piés el sér desconocido
Que evocaba su voz : sér pavoroso
A cuyo brazo el orbe sometido
Una señal del Criador espera
Para incendiar la creacion entera.

¡Oh, tú, cuyo fanal mis pasos guia,
De cuya luz inestinguible mana
El raudal de la sacra poesía,
Genio radiante de la fé cristiana!
Tú inspira aliento á la garganta mia,
Dá tu vigor á mi palabra humana
Para hacerme escuchar de los mortales
Al cantar los misterios celestiales.

En un confin recóndito del cielo,
De una selva viviente circundado,
Denso y confuso y misterioso velo
Que le tiene del orbe separado,
Hay un alcázar de azabache, oscuro,
Que en un hondo torrente ensangrentado
La sombra pinta de su inmenso muro
En contornos de sangre reflejado.

Jamás el aura de perfume henchida,
Que en los jardines del Eden murmura,
En tal lugar estremeció perdida
Del rudo bosque la hojarasca dura;
Ni el sol radió con fugitiva lumbre,
Ni sonó por la lóbrega espesura,
Ni retumbó en la cóncava techumbre
Mas que el rugir de la corriente impura.

El aire denso, sin color é inmoble
Que aquel recinto por do quier rodea
Hace el pavor de quien se acerca doble,
Y doble el caos á quien ver desea :
Solo se alcanza entre las altas puntas,
Que el recio vendabal nunca cimbrea,
Entre dos torres del alcázar juntas
Un faro que en la sombra centellea.

Ni sér alguno penetró el misterio
Que guarda allí la ciencia omnipotente,
Ni se sabe cuyo es aquel imperio
Donde nunca se oyó rumor de gente;
Ni arcángel sabio ni profeta diestro
De este sitio alcanzó confusamente

las que la lumbre del fanal siniestro
Y el estruendo medroso del torrente.

En este bosque oculto y solitario,
En este alcázar negro y escondido,
Donde nunca llegó pié temerario,
Ni descansó jamás ojo atrevido,
Ni mas sol alumbró que el rayo rojo
Del fanal en sus torres suspendido,
Tiene el Señor las arcas de su enojo
Y el horno de sus rayos encendido.

Allí vive un espíritu terrible
Que al són de aquellas aguas se adormece,
Á los ojos de Dios solo visible,
Al acento de Dios solo obedece.
Arcángel vengador, del cielo asombro,
Cuando deja el lugar do se guarece,
El rayo ardiendo y el carcaj al hombro
Pronto á la lid ante su Dios parece.

Espíritu sin fin ni nacimiento
La eternidad existe en su memoria :
Solo del sagrado firmamento
Entera sabe la infinita historia :
Al solo ruido de sus negras alas,
A su sola presencia transitoria
El firmamento en las eternas salas
Suspenden los cánticos de gloria.

Aborto del furor omnipotente,
Arcángel torbo que las vidas cuenta,
En la de Dios el arsenal ardiente
Los ultrajes del Señor asienta.
El carro guarda allí cuya cuadriga
Hincha con la voz de la tormenta,
Allí está con su lanza y su loriga
La copa en que su cólera fermenta.

En ella hierve con fragor horrible
Ancho vaso hasta los bordes lleno,
Tremendo licor incorruptible
De las iras de Dios ; y en su hondo seno
Fermenta la esencia del granizo,
De la peste el infernal veneno,
El gérmen del relámpago pajizo,
El espíritu cóncavo del trueno.

Allí está el aire que el contagio impele,
El humo allí de la cicuta hendida,
La sed del tigre que la sangre huele,
De la hiena la intencion torcida.
Allí bulle en el fondo envenenado
La única de furor lágrima hervida
Que lloró Luzbel desesperado
Por su venturosa eternidad perdida.

En aquel arsenal inexpugnable,
Instrumentos de la ira omnipotente
Germinan en rebaño formidable
Las mil desdichas de la humana gente,
Y los vicios en torpe muchedumbre
Se apiñan á beber la luz caliente
De aquel fanal de cuya viva lumbre
Es el sol una chispa solamente.

De allí se lanza con horrible estruendo
A ejecutar la voluntad divina
El misterioso espíritu tremendo
Que en este alcázar funeral domina.
Arcángel fiero, portador de enojos,
Ase la copa, y por do quier camina
El aire inflaman sus airados ojos
Y las estrellas con los piés calcina.

Con él vá la tormenta : el trueno ronco
Bajo sus alas cruje ; desgreñada
De armas y quejas con estruendo bronco
La guerra detrás de él vá despeñada :
Y asidas á las orlas de su manto
Van tras él con la muerte descarnada
La peste, el hambre, y el amor, y el llanto,
Y la ambicion de crímenes preñada.

El espacio á su vista palidece
Y entolda su magnífica apariencia :
El disco de la luna se enrojece,
Y mancha el sol su fulgurante esencia.
Do quier las nubes que su sombra evitan
Se chocan y se rompen con violencia,
Y cometas do quier se precipitan,
Présagos ¡ ay ! de la fatal sentencia.

A su soplo la mar se encoleriza,
Y con gigante voz muge y atruena,
La planta de sus piés torna en ceniza
La limpia concha y la esponjosa arena.
El monte huella y la cerviz le inclina ;
Pisa en el valle y de fetor le llena ;
Y en la ciudad que á perecer destina
Vierte el licor fatal y la envenena.

Y ese el arcángel fué que inexorable
Lanzó al desnudo Adan del paraíso,
Y de su raza en él junta y culpable
Fijó á la vida término preciso.
Él arrancó en el Gólgota empinado
El ¡ay ! postrero que exhaló sumiso
El Dios que de la mancha del pecado
Borrar la sombra con su sangre quiso.

Él turbó la insensata ceremonia
Del pueblo santo ante el becerro impuro :
Sentenció á Baltasar y á Babilonia
Con tres palabras que pintó en el muro :

Inspiró al receloso Ascalonita
El degüello fatal, y abrió seguro
Nicho á Faraon, que con su gente habita
Del indignado mar el fondo oscuro.

Él llevó el fuego de Alarico á Roma,
Llevó á Jerusalen á Vespasiano,
En una noche convirtió á Sodoma
En lago impuro y en vapor insano;
Rompió las cataratas del diluvio
Cegadas al impulso soberano,
Y encendió las entrañas del Vesuvio,
Que busca sin cesar otro Herculano.

Y ese será el espíritu tremendo
Cuya gigante voz sonará un dia
Y á su voz de la tierra irá saliendo
La triste raza que en su faz vivia.
La creacion se romperá en sus brazos;
Y cuando toque el orbe en su agonía,
Cuando á su soplo el sol caiga en pedazos
¿Qué habrá ante Dios? La eternidad vacía.

Tal fué el arcángel que la voz oyendo
Del sumo Dios, su habitacion dejando
Y á la voz del Señor obedeciendo
A los piés del Señor partió volando:
Y el espacio un instante oscureciendo
Y los mundos un punto dislocando
En la mitad de las celestes salas
Al gritar « Heme aquí » plegó las alas.

De la Salem divina á su presencia
Suspendióse la gloria de improviso.
Reverberó en su faz la omnipotencia,
Y el justo la cerviz dobló sumiso.
Postróssele en redor con reverencia
Todo sér morador del Paraíso,
Y al misterio terrible quedó atento
En silencio y pavor el firmamento.

Rasgóse el pabellon de pedrería
Que de la Trinidad cerca el santuario,
Y el gérmen de la luz que se escondia
Bajo el tapiz viviente del Sagrario
Vertió la lumbre del eterno dia
Desbordada á un impulso involuntario,
Y alumbró el firmamento de tal modo
Que su inmenso esplendor lo cegó todo.

Cual oscuro tizon espiró luego
Ahogado entre su luz el sol brillante:
Puntos de sombra, sin color su fuego
Fueron los astros de su luz delante:
Y todo ojo inmortal quedó al fin ciego
En tan supremo y temeroso instante:
Y todo en fin cuanto creado estaba
Con la luz del Señor reverberaba.

Un cuerpo solamente resistia
El resplandor de la infinita hoguera:
Una sombra no mas manchar se via
La luminosa creacion entera.
Una no mas permanecer podia
Y á un espíritu solo dable fuera
Resistir á su fúlgido dominio:
El ángel del dolor y el esterminio.

Él nada mas fatídico levanta
Su aterradora y colosal figura,
Entre tanto esplendor y gloria tanta
Triste, medrosa, funeral y oscura.
Solo él espera con inmoble planta
Al Dios que llena el orbe de pavura:
Solo él no tiembla cuando Dios respira,
Solo él de frente su semblante mira.

Abriéronse las puertas eternales
Del sagrario de Dios, en cuyo interno
No entraron ni aún los ojos inmortales
De los electos de su amor paterno.
Abriéronse, y llegando á sus umbrales
Así hablaron el ángel y el Eterno:
« Señor, ¿qué mandas? — Mi balanza toma.
— ¿Qué he de pesar? — Los vicios de So-
[doma. »

Obedeció el arcángel y poniendo
La clemencia de Dios y la esperanza
En un plato y en otro el fardo horrendo
De Sodoma, alzó al aire la balanza.
Cedió el platillo de Sodoma y viendo
Que el otro el peso á equilibrar no alcanza
Dijo el ángel: « Pentápolis es mia »,
Y Dios: « Perezca la ciudad impía. »

Tornó á entrar el Señor en su sagrario,
Tornó á plegarse el misterioso velo
Que de la Trinidad cerca el santuario,
Y volviendo á elevar su torvo vuelo
El arcángel fatal, á su ordinario
Curso volvió naturaleza y cielo,
Y el sol que en occidente se sumia
A Sodoma marcó su último dia.

CANTO CUARTO.

I

LOT.

Vivia en aquellos tiempos
En la opulenta Sodoma

Un varon prudente y justo
Con dos hijas y su esposa.

Lot le llamaban sus gentes,
Y el estrangero las otras
De la ciudad; que nacido
Era en comarcas remotas.

En *Ur*, tierra de caldeos,
Brilló su primera aurora,
Y cuando á fijarse vino
En la ciudad populosa,

Era ya de edad provecta
Y trajo hacienda no poca;
Y en toda aquella comarca
Que las amarillas olas

Del Jordan, plácidas riegan
Y fertilizan y abonan,
Jamás se vieron manadas
Tan bellas y numerosas

Cual las de aquel estrangero
Que de regiones ignotas
Llegó á avecindarse un dia
En las tierras de Sodoma.

Las lanas de sus ovejas
Que por llanuras y lomas
Triscaban, eran mas puras
Que la cándida corona

De nieves, que el sol de mayo
Con mil cambiantes colora,
Del Líbano en la alta frente
Que con las nubes se toca.

Las mieles de sus colmenas
Mas que la hiblea sabrosas,
Escedian en fragancia
A los mas ricos aromas.

Y en fin de sus heredades
Los zagales y pastoras
Y damas, unos esclavos
Y egipcias siervas, remonta

A número tal, que cuando
Caminaba hácia Sodoma,
Y al caer la tibia tarde
Plantaba sus tiendas todas,

En las riberas que bañan
Del Jordan las mansas olas,
A esperar de un nuevo dia
La resplandeciente aurora,

Mas que simple caravana
De estirpe ó familia sola,
Plantado aduar parecia
De una tribú numerosa.

Por eso los habitantes
De las ciudades famosas
Que por ser cinco llamáronse
En la lengua mas sonora

Pentápolis; con respeto
Si bien con no candorosa
Intencion al buen anciano
Cercaban á todas horas.

Él, su amistad recibia
De los bosques á la sombra,
O bien en calles ó plazas;
Pues mirando por su honra,

Jamás permitió á ninguno
De los hombres de Sodoma,
Penetrar en el secreto
Dó vivian sus matronas.

Empero, estaban sus hijas
En edad de ser esposas;
Y Lot, entre los mancebos
De la ciudad, eligiólas

Los dos que entre ellos hallara
De mas apuestas personas,
De fortunas mas crecidas
Y costumbres mas virtuosas.

II

LOS DOS ANGELES.

Mas sucedió que una tarde
De calor, salióse fuera
Lot de su casa, y sentóse
De Sodoma ante las puertas.

Era una tarde de estío
Cuando la hora postrimera
Del sol lucia, y lanzando
De sus entrañas la tierra

El fuego que todo el dia
La abrasara y consumiera,
Subia de sus vapores
Una sofocante niebla.

Ya el rubio sol del ocaso
Tocaba á las anchas puertas,

Y apenas se descubria
Su fúlgida cabellera;

Cuando Lot vió aproximarse
Por una vecina senda,
Dos mancebos peregrinos
De altiva y noble presencia.

Nada ostentan sus personas
Que á vista vulgar parezca
Esceder de los humanos
La comun naturaleza,

Pero Lot, que ante el temido
Rey de la creacion entera,
Por su prudencia y virtudes
Favor no pequeño encuentra:

Vislumbra en los caminantes
Al través de su modesta
Actitud, claros indicios
De una raza mas perfecta.

Dos ángeles son, que envia
De Dios la mano severa
De los vicios de Sodoma
A tentar la última prueba;

Los custodios son que un dia
A aquellas comarcas diera;
Dos purísimas sustancias
Que viendo la ruina cierta

De aquellas cinco ciudades
Que á entrambos tan caras fueran,
Tristes y lentos caminan
Por la tortüosa senda.

Púsose en pié presuroso
Lot, y tomando carrera
Llegó de los paraninfos
A la divina presencia;

Y en reverente postura,
El rostro contra la tierra:
«Ruégoos, divinos señores,
Les dijo, que á la derecha

Torzais, y de vuestro esclavo
En la mísera vivienda,
Laveis el polvo que cubre
Vuestras plantas sempiternas;

Que apenas la madrugada
Raye en el cielo, serena,
Seguireis con mas descanso
La empezada marcha vuestra.

— No podemos el convite
Aceptar de tu largueza:
Pasar debemos la noche
Sin salvar de humanas puertas

El umbral.» Lot no desmaya
Y con humildad estrema
A que acepten su agasajo
Los estrecha en gran manera.

Ceden al fin los custodios,
Y torciendo á la derecha,
Lot delante, al fin entraron
De Sodoma por las puertas.

III

LA CASA DE LOT.

En una sala espaciosa
De la patriarcal morada,
Están los dos peregrinos
Que con Lot antes entraran.

Dos siervos adolescentes,
En cuyas morenas caras,
Del ígneo sol de la Nubia
Se ve la candente marca;

Se ocupan, con el auxilio
De yerbas y puras aguas,
En lavar el rubio polvo
Que mancha de ambos las plantas.

No hay en el vasto triclinio
Lámparas de oro colgadas,
Ni orientales pebeteros
Ricos aromas exhalan;

Ni alfombras cubren el suelo
Ni candelabros de plata
Lo iluminan; ni en gran pompa,
Cual la soberbia romana

Un dia inventó, se miran
Anforas de oro talladas
Llenas del hirviente zumo
De la engañadora parra.

Los vasos de roja arcilla
Zumos traidores no guardan.
Henchidos se ven los unos
De las cristallinas aguas

Que de los montes vecinos
En raudos torrentes bajan

Y en rojos búcaros cogen
De Lot las negras esclavas.

Otros, purísima leche
Encierran en sus entrañas,
Y en otros, en fin, fermenta
Dulce el licor de las palmas;

Aquel licor que algun dia
Del mismo Dios en compaña,
Allá en el Eden florido
Bebiera el primer patriarca.

Teas de pino y de enebro
Alumbran la hospitalaria
Mansion, y adobadas pieles
Cuya blanquísima lana

En suavidad y finura
A la matutina escarcha
Escede, cubren el piso
De aquella modesta estancia.

IV

LAS DOS HERMANAS.

En tanto Lot, del secreto
Recinto, donde con sabia
Costumbre, en aquellos dias,
Padres y esposos guardaban

A sus mugeres, con rostro
En que la paz de su alma
Se ve, y el gozo que siente
Del honor que hay en su casa,

Sale; sus pasos precede
Con priesa á sus años rara,
Su esposa, y detrás caminan
Por las manos enlazadas,

Dos bellísimas doncellas,
Que al ver las dos nuevas caras
De los rubios peregrinos,
Con timidez se adelantan.

Las hijas son en quien funda
Su amor y dicha el patriarca;
Y á humanos ojos no fuera
Posible al considerarlas

Cual ora se ven unidas,
Pensar que fuesen hermanas:
Tan distinta es su belleza,
Aunque en las dos estremada.

La que á diestra mano viene
Es la mayor; á esta, Sara
La llamó al nacer su padre,
Y es nombre que á su arrogancia

Conviene: del lindo rostro
Es la tez algo atezada,
Y de azabache pulido
La cabellera que esmalta

Su semblante, y que en dos trenzas
Con esmero entrelazadas,
Cae meciéndose en el cuello
Sobre la mórbida espalda.

Sus labios son rubicundos
Como una abierta granada,
Y los dientes pequeñuelos
Que al entreabrirse declaran,

Mas que el diamante son duros,
Y parecen, á distancia,
Hilos de nevadas perlas
En campo de roja grana.

Turgente el virgíneo pecho,
Y la cintura gallarda
Tan breve, que puede un niño
Con las manos abarcarla.

Mano y pié son dos prodigios
De pequeñez tan enana,
Que parece no crecieron
Desde el albor de la infancia;

Pero sus dos negros ojos
Son sus mas temibles armas;
Que cuando mira con ellos
Las almas quedan esclavas.

La segunda, á quien por nombre,
Y el nombre tambien le cuadra,
Melka, su padre le puso
Por su índole tierna y blanda,

Es de tez tan blanca y pura
Como las conchas de nácar
Que arroja el mar á la orilla
En las costas de la Arabia;

Caen los sedosos cabellos
En ondas ensortijadas,
Mas rubios que el sol de estío
En las mas puras mañanas;

Cándido es su eburneo cuello
Como el del cisne, y la espalda

Y el redondo pecho, ofuscan
A las perlas esmaltadas;

Rojo coral son sus labios,
Nieve sus dientes, y grana;
Sus ojos, como el zafiro
Que el mar en sus senos guarda.

Los piés, manos y cintura
Breves son como en su hermana;
Y en algo mas se parecen,
Que altas y esbeltas son ambas;

Y al andar ambas se doblan,
Como se mecen las cañas
Al soplo de blanda brisa
Al borde de las quebradas;

O como en las altas rocas
Se cimbran las verdes palmas
Cuando alienta furibundo
El viento de las borrascas.

Al llegar Lot con sus hijas,
Los huéspedes se levantan
Y al rededor de la mesa
Dó se mira preparada

La cena, sin distinciones
Cual las que ora son usadas
Entre los hombres, se sientan.
Cabe á su esposo la anciana,

Junto á Melka un peregrino,
El otro al lado de Sara;
Y en plácida union partieron
Entre sí las ricas viandas;

Que en aquel tiempo dichoso
Hasta el mismo Dios, bajaba
Al mundo, y se divertia
Con las costumbres humanas.

CANTO QUINTO.

Desde el alcázar lóbrego
De luto revestido
Que es de la muerte cárdena
Terrífica mansion,
De truenos y relámpagos
Sangrientos circuido,
Muy mas que el viento rápido
Feroz sale Abdalon (1).

Plegadas lleva al cuerpo
Las alas voladoras
Que velan, mas no ocultan
El rojo resplandor
Del fuego, que en mil ráfagas
De muerte precursoras,
Brota el mirar fulmíneo
Del Esterminador.

Espíritu fremente,
Que el alba diamantina
Del éter sempiterno
Conturba á su pasar;
Ejecutor que al mundo
La cólera divina
Envia sus ofensas
Terribles á vengar:

Desvíanse á su paso
Los rubios querubines,
Los ángeles y arcángeles
Se apartan con temor:
La vista bajan trémulos
Los altos serafines,
Ante el ministro lúgubre
De la ira del Señor.

Y Tronos, Potestades,
Dominios y Virtudes,
Los que en la lid, perínclitos
Vencieron á Luzbel;
Ora se ven con tímidas
Postradas actitudes,
Ante el poder satánico
De aquel fatal poder.

Un ángel solo atrévese
Del fúnebre emisario
La marcha rapidísima
Un soplo á detener;
Un ángel que cerníase
De Dios sobre el santuario,
Espíritu hermosísimo
Con rostro de muger.

Un ángel que á los míseros
En este mar del mundo,
Cuando en sus olas túrbidas
La negra tempestad
De engaños y dolores,
El ábrego iracundo

(1) O Abdadon, nombre hebreo del ángel esterminador. Los griegos le llamaban *Apollyon* y los latinos *Exterminans*.

Agita, de sus alas
Al bronco revolar :

Les hace que confien,
De paz y de bonanza
En dias mas serenos
Allá en lo porvenir;
El ángel de los huérfanos,
La luz de la esperanza,
Que cabe al débil hombre
Camina hasta morir.

Mas leve y perfumada
Que la espirante brisa
Que riza por la tarde
Las olas de la mar;
Se acerca el ángel cándido
Con virginal sonrisa,
A aquel con quien las lágrimas
Van siempre y el pesar.

Las manos enlazadas
En la actitud del ruego
Aboga por Pentápolis
Con argentina voz;
Mas Abdalon respóndele
De enojo y de ira ciego :
« ¡ Aparta, blando espíritu :
El Sumo lo ordenó! »

Y con torvo mirar, la forma pura
Lanza lejos de sí su mano airada,
La cual tornó á cernerse en el altura
La tierna faz en lágrimas bañada :
Un inmenso gemido de amargura
Turbó en redor la celestial morada,
Mientra el ministro del furor divino
Prosigue hácia la tierra su camino.

Y atraviesa mas rápido que el viento
Las bóvedas dó están los inferiores
Celestiales espíritus sin cuento;
Dó en himnos, que á los blandos ruiseñores
Dieran envidia, en perennal concento
Cantan á Jehováh sumos loores;
Pero su canto puro apena alcanza
Allí donde se cierne la esperanza.

Y prosiguiendo el ángel su carrera
Por las inmensas salas diamantinas,
En breve pasa la vecina esfera
En donde sobre nubes zafirinas
Debe vivir la santidad primera;
Separada por diáfanas neblinas
De los séres purísimos, alados,
Que del cielo á la par fueron creados.

Atravesó por fin la jerarquía
Postrera, dó en millones de millones
Viven ahora en paz y en alegría
Los vivientes de mil generaciones :
Aquella inmensa bóveda vacía
Entonces, de habitantes y canciones,
Pasa el torvo Abdalon en un instante
Y sigue por el cielo hácia adelante.

Un arcángel de luz resplandeciente
Guarda del cielo la eternal salida,
El cual viendo á Abdalon, huye tremente
Y su deber y gloria á un tiempo olvida :
Sin obstáculo sale el inclemente
Ministro, y disponiendo su partida
Despliega al fin las pavorosas alas
Atrás dejando las eternas salas.

Cual águila voraz, que desde el cielo
Donde del sol se cierne cara á cara
Alcanza á ver en el herboso suelo
La grata presa, por que tanto ansiara;
Y en su iracundo ardor de un solo vuelo
Salva la inmensidad que la separa
Del objeto infeliz, y en un segundo
Las garras ceba en él y pico inmundo :

Tal, en saña implacable el pecho ardiendo
El Esterminador se precipita,
Las negras alas sin cesar batiendo,
La dura á ejecutar sentencia escrita :
De su pecho se escapa un grito horrendo
Del odio crudo que su sér agita
Y en vuelo mas veloz que la paloma
Cruza Abdalon el aura hácia Sodoma.

Comó el rayo, atraviesa aquella zona
Dó en sus ejes eternos suspendidos
Giran orbes sin fin, que son corona
A los astros del hombre conocidos :
Jamás la humana ciencia, aunque blasona
De penetrar misterios escondidos,
Ni ojos mortales, ni terrestres vientos,
Llegaron hasta aquellos firmamentos.

En aquellas balsámicas regiones
Nunca se acaba ni comienza el dia;
No hay mudanzas allí, no hay estaciones,
Tarde, mañana, aurora ó medio dia :
Jamás los furibundos aquilones
Allí movieron tempestad bravía,
Ni jamás hondos truenos, rebramantes
Oyeron sus felices habitantes.

Allí siempre la atmósfera es serena,
Suave la luz, el céfiro apacible;
Corren los rios en dorada arena
Y en un mar se confunden bonancible :

El aire es puro, la campiña amena,
Y cuanto á las miradas es visible,
Ya cerca, ya en remota lontananza
Todo respira paz y bienandanza.

Nunca ronco tronó el clarin de guerra
En aquellas riberas fortunadas,
Ni taló la discordia aquella tierra,
Ni hubo malas pasiones desbandadas :
Ni el hambre, ni la sed que al hombre [aterra,
Ni cobardes traiciones, ni emboscadas;
Ni hubo males, ni pestes, ni quebrantos,
Ni gemidos, ni súplicas, ni llantos.

Que viven sus sencillos moradores
En tierna union y dicha inesplicable;
Puros son y constantes sus amores,
Y su amistad ternísima y durable :
Allí no existen siervos ni señores
Como en nuestro destierro miserable,
Y aquella tierra ante su Dios perfecta
Es del bien la comarca predilecta.

Por eso, atravesando sus confines
Volvió Abdalon los fulminantes ojos;
Que en vez de aquellos plácidos jardines,
Sangre anhela, y estragos y despojos :
Y como Jehováh, por altos fines
Le nombró ejecutor de sus enojos,
Sonrie de esperanza, y hácia el mundo
Acelera su vuelo furibundo.

Y llega al sol y entre los orbes gira
Que forman el sistema planetario;
Ya la tierra descubre ardiendo en ira,
Y su furor redobla sanguinario :
El postrer dia moribundo espira
De Pentápolis : rojo, funerario,
Resplandor, en las cimas de los montes,
Brilla y en los cercanos horizontes.

Del Líbano en la cúspide altanera
Posa en fin Abdalon el pié cansado,
Que ya toca al final de la carrera
Que en su justicia Dios le impuso airado :
Con mirar en que el rayo reverbera
Solo aguarda que el hora haya llegado
De Sodoma, y que caiga en su dominio
Un campo mas de incendio y de esterminio.

CANTO SESTO.

I

LOS SODOMITAS.

Y sucedió que apenas del banquete
Levantado se habian, grandes voces
Llegaron hasta allí. — Tal como suelen
En cruda tempestad los aquilones
Frementes rebramar, así iracundos
Los torpes de Sodoma habitadores,
En confuso, estruendoso vocerío
Clamaban con furor : « ¿Do están los hom- [bres
Que esta noche en tu casa introdujiste?
¡Sácanoslos acá! » Sobre sus goznes
Giró de Lot la claveteada puerta,
El cual cerróla tras de sí : los torpes
A su vista, los gritos aumentaron,
Y al creciente rumor de sus clamores :
« Dónde están, donde están los peregrinos?
Decian, ¿dónde están? ¿porqué se esconden?
¡Sácanoslos acá! » — Con suplicante
Voz y humilde ademan, Lot respondióles :
« ¡No querais, por piedad, hermanos mios,
Tal crimen cometer! — De mis amores
Dos hijas solo tengo, dos doncellas
Que en hermosura eclipsan á los soles
Que alumbran en el ancho firmamento;
Ninguna de las dos lascivia torpe
Ni amistad de varon ha conocido;
Ambas os las daré; vuestros furores
Podeis saciar en ellas, si asi os place;
¡Mas respetad os ruego á los dos jóvenes
Que cobija mi techo hospitalario! »
Pero en crudos acentos bramadores
Así le respondieron : « ¿Tú has venido
De estrangeras comarcas, y te pones
Como juez, nuestros fueros y costumbres
Osado á combatir? Si á esos dos hombres
Al punto no nos das, sobre los tuyos
Y sobre tí caerán males peores. »
Y haciendo al hombre justo gran violencia,
Pugnaban por entrar con grandes voces,
Y ya la antigua puerta rechinaba
Con doliente crugir sobre sus goznes.

II

EL SOCORRO.

Cuando de entrambos ángeles
Los rostros refulgentes,
Aparecieron túrbidos
A las feroces gentes :

Y al rayo que fulgura
En su mirada pura,
Se replegaron trémulas
Las turbas sobre sí.

A Lot entonces rápidos
Asieron de la mano;
Y del primero al último,
Al jóven y al anciano
Y al niño que los viera,
De súbita ceguera
Los hieren, y la atmósfera
Ya puebla su gemir.

Y á tientas en las hórridas
Tinieblas que los cercan,
Con lastimeras súplicas
De nuevo á Lot se acercan:
Y con humilde llanto
Y voz de inmenso espanto
Entre gemidos lúgubres
Imploran su perdon.

Mas de los dos espíritus
La voz que el aire atruena,
Responde así á los míseros:
« Ya la medida llena
De torpes liviandades
Está, y de iniquidades. —
— ¡ Generacion de réprobos,
No esperes redencion! »

¿Cómo, ¡ay! en voces débiles
De lenguas terrenales,
Cómo en oscuros símiles,
É imágenes mortales,
Pintar el alarido
Inmenso, indefinido,
Que aquellas turbas cárdenas
Lanzaron á una voz?

Aquí una humilde súplica
De alto dolor es prenda;
De maldicion satánica
Allá una voz tremenda:
Y en hórrida armonía
Por la region vacía,
Retos, blasfemias, lágrimas,
Van en revuelto són.

Tal en las negras bóvedas
Del tenebroso averno,
Donde Luzbel indómito
Vive en dolor eterno,
Tronó el primer rugido
Del ángel maldecido,
Que osó lidiar impávido
De un Dios contra el poder.

En tanto las sacrílegas
Gentes confusas huyen;
Y en las tinieblas lóbregas
Que en torno los circuyen,
Se llaman, se codean,
Se insultan, se golpean,
Y en estridente vórtice
No cesan de correr.

III

LA FUGA.

Entonce á Lot, los ángeles:
« ¿Hay alguien que te toque, yerno ó nuera,
Hijo ó deudo, que esté de casa fuera?
Vé rápido en su busca
Si no deseas que esta noche muera.

Que del celeste empíreo
Del sumo Jehová somos enviados.
Llegaron de Sodoma los pecados
Hasta su eterno trono
Y sus dias aquí ya están contados. »

Lot, pues, como el relámpago,
Oprimido del miedo y la tristura
Corrió hácia la mansion en derechura
De sus futuros yernos
Y en voz doliente y con mortal pavura:

« ¡Alzad del lecho, míseros,
Alzaos! esclamó. De Dios la mano
Enviará sobre el jóven y el anciano
La muerte antes del dia,
En el recinto de Sodoma insano. »

Mas ellos al terrífico
Rumor de sus acentos inseguros:
« Vuélvete, respondieron, á tus muros,
Que de burlas no es hora;
Y á dormir se volvieron muy seguros.

Entonces, tomó Lot desesperado,
De su casa el camino;
Y de los dos mancebos apiadado
Lamenta su destino.

Y vacila y se pára en la carrera,
Y el paso atrás revuelve;
Mas de nuevo sonó la voz severa
Y á su camino vuelve.

Y sigue, sumergido en la amargura
La débil planta, incierta,
Atravesando la distancia oscura
En la ciudad desierta.

Era la hora en que el naciente dia
Celajes mil anuncian de oro y grana,
Y las aves en plácida armonía
Saludan el albor de la mañana :
Pero en Sodoma aún la noche umbría
Se muestra de los mundos soberana,
Y Lot, con gran trabajo y pena suma,
Llegar pudo á su casa entre la bruma.

Preparados al viaje, allí le esperan
En pié los dos mancebos celestiales
Y ambos á las mugeres aceleran
Con palabras y gesto de mortales :
Ya los primeros rayos reverberan
De Dios en los eternos arsenales,
Cuando la comitiva silenciosa
La ciudad atraviesa tenebrosa.

Como una corta, inerme caravana
Cruza los arenales del desierto
Temiendo del Simun la furia insana
O los fétidos miasmas del mar Muerto;
Y mientras mas camina mas se afana,
Y hasta llegar al anhelado puerto,
Calor y sed arrostra y hambre dura,
Porque tan solo allí se cree segura :

Así Lot, con los suyos caminando
Va sin cesar por calles y por vias
Siguiendo las pisadas que trazando
Van en la arena sus celestes guias :
Y acaso escuchan el rumor nefando
Del baile y de las cantigas impías
Y las risas y apóstrofes brutales
Que surge de las torpes bacanales.

Por fin pasaron la ferrada puerta
De la impura ciudad, y un breve instante
Reposaron allí la planta incierta
Y el oprimido pecho jadeante :
Y estando ya de la campiña abierta
En medio, su camino hácia adelante
Prosiguieron derecho á un alto monte
Que al este limitaba el horizonte.

Pero antes de seguir, con voz severa
A Lot, así dijeron los alados :
« Corre sin detenerte en la carrera,
Y cotos salva, y setos y vallados :
Y aunque llegue á tu oido lastimera
Plegaria, ó de los truenos disparados
El bramido, hácia atrás nunca el semblante
Vuelvas, que serás muerto en el instante. »

Y asiendo á las mugeres de la mano
Con palabras de amor las consolaban,
Y dando priesa al afligido anciano
Con acentos de brio lo animaban.
Y atravesando ya el inmenso llano
Que circunda á Sodoma, se alejaban,
Del amor espoleados de la vida
De la torpe comarca maldecida.

CANTO SÉPTIMO.

La hora sonó. La omnipotente mano
En cuya palma el universo gira,
Aquel de soberanos soberano
En alto levantó : — muerte respira
La amenaza mortal que de sus ojos
En raudales fulmíneos se desprende;
Y la hueste inmortal puesta de hinojos
Las sumas iras en silencio atiende.

En sus quicios eternos quebrantados
Vacilan los celestes artesones,
Y el aliento detienen asombrados
Los genios de los roncos aquilones :
Yermo de luz, detiene su carrera
De los astros el número infinito,
Y tiembla, enfin, la creacion entera,
Del cielo azul, al lóbrego Cocito.

Pára el mar las corrientes bramadoras
Que en sus abismos cóncavos habitan,
Y las inmensas turbas nadadoras
En los antros sin fin se precipitan :
Sécanse los copiosos manantiales
De los rios, que el sólito tributo
No dan al mar, y ardientes arenales
Resbalan solo entre su cauce enjuto.

Pierde la selva umbría su verdura,
Su puro azul el cielo encapotado,
Y se lanzan del bosque á la llanura
Confundidas las fieras y el ganado;
Y unidos suenan al postrer lamento
Del orbe de la tierra estremecido,
Del tierno ruiseñor el blando acento
Y del leon el lúgubre rugido.

Sodoma, Seboin, Gomorra, Adama,
Sacrílegas ciudades maldecidas,
¡ Ay de vosotras, que en la impura llama
Del deleite vivís endurecidas!
¡ Ay de vosotras, ay, que del pecado
Os revolveis entre el inmundo cieno !
¡ Ay del pueblo que duerme aletargado
Del torpe vicio en el letal veneno !

Torpe generacion de torpe gente,
¡Ay tres veces de tí! Ya cruda brilla
Amagando caer sobre tu frente
Desnuda al aire la inmortal cuchilla.
¡Un ay de contricion, un ay tan solo
Alzad en vuestra lúbrica demencia!
¡Ved que se cierne ya de polo á polo
El torvo ejecutor de la sentencia!

En tanto de Sodoma en el recinto,
Como en Gomorra, Seboin y Adama,
De voces un confuso laberinto
Solo al deleite por su Dios aclama:
Redobla el aire espeso en sangre tinto
El devorante ardor que los inflama,
Y se mezcla á los cantos de la orgía
El hipo precursor de la agonía.

Un relámpago inmenso, ensangrentado,
Rasgó en dos la enlutada vestidura
Del cielo, hasta aquel punto encapotado,
En luz tornando la tiniebla oscura;
Y un asordante trueno, disparado
Por la mano de Dios, desde el altura,
Pobló en señal de la divina guerra
Los ámbitos del aire y de la tierra.

De aquel rüido al retumbar tremendo
Se lanzan en tropel los sodomitas
Y por calles y plazas van huyendo
Aquellas turbas por su Dios malditas;
Repugnante espectáculo y horrendo
Sus frentes son con el pavor marchitas;
Aquellos rostros del deleite ajados
Ora con el temor desencajados.

Húyense unos á otros: no hay ternura
Ni blando suplicar, ni ruego amante,
Que baste á detener en tal pavura
El uno junto al otro un breve instante:
Que en dia de tan hórrida amargura
No hay lazo fuerte, ni temor bastante,
A retener al mísero que espera
Salvarse acaso en la veloz carrera.

Aquí deja con planta presurosa
El amigo á su amigo abandonado:
Mírase allá la moribunda esposa
Llorar la ingratitud de su adorado:
Mas lejos en la arena polvorosa
D l hijo de su amor se ve arrojado
El anciano infeliz. ¿Mas qué? ¡si olvida
La madre al tierno sér á quien dió vida!

Jamás con tan fatídicos colores
Ni en acento tan hosco y tremebundo
Del cielo los terríficos furores
Oyó anunciar el asombrado mundo:
Ni cuando en mil torrentes bramadores
Bajaron desde lo alto hasta el profundo
Rotas las cataratas celestiales
A anegar á los míseros mortales.

Ni cuando allá del Gólgota en la cumbre
Se vió espirar en posteriores dias,
Por librarnos de eterna servidumbre
Sobre una cruz al salvador Mesías;
Que alto en el cielo el sol perdió su lumbre
Y al mirar las supremas agonías
La tierra retembló, quedando abiertas
Las tumbas de cadáveres desiertas.

Ni entonces, ni despues, ni antes se viera
Horror tan grande con humanos ojos;
Hierve del cielo en la anchurosa esfera
Un inflamado mar: torrentes rojos
De la líquida hoguera chispeante
En ondas gigantescas se desprenden,
Y en voz cual la del trueno rebramante
Cruzan las nubes y los aires hienden.

Corre empero la turba maldecida
En torno sin cesar del alto muro
Sin hallar á sus piés una salida
De las tinieblas entre el manto oscuro:
A tientas vá la muchedumbre herida
Cual los otros de súbita ceguera;
Mas sobre sus cabezas suspendida
Sienten la abrasadora, hirviente hoguera.

Y se oyen del temor á los gemidos
Mezclarse juramentos espantosos,
Y retos insensatos van unidos
A quejas y suspiros lastimosos:
Jamás tan furibundos alaridos,
Lamentos de dolor tan angustiosos,
Ni ayes tan tristes, ni blasfemias tales
Oyeron las cavernas infernales.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

En tanto Lot, con su familia entera,
Guiado por los ángeles camina
Del Jordan por la placida ribera
Y hácia el cercano monte el paso inclina;
Mas cansado del susto y la carrera,
Llegando á descubrir ya muy vecina
De Bala la ciudad, así postrado
Se dirige al Señor que lo ha salvado:

«¡Señor, Señor! que tu poder mostraste
Y tu clemencia ya en tu indigno siervo;
Tú que justo su causa separaste
De la causa del torpe y del protervo:

Vé que al sumo temor que me enviaste
Y al camino á mis años tan acerbo,
No me puedo salvar donde dijiste,
Porque ya el cuerpo débil no resiste.

Mas acá de ese monte se levanta
Reducida ciudad; allí en sosiego,
Pues tu misericordia fué ya tanta,
¡Déjame descansar! — « Oí tu ruego,
Le respondió el Señor; con firme planta
Puedes en ella entrar, que yo del fuego
La perdono, y de hoy mas será llamada
Segor, pues á tu ruego fué salvada. »

Mas ya la ira celeste descendia
Sobre la tierra en torbellinos rojos,
Y al terrible rumor, que estremecia
De susto el corazon, atrás los ojos
Volvió la esposa del patriarca, impía :
Y al contemplar los túrbidos enojos
De Jehováh, de horror petrificada
En estatua de sal quedó trocada.

CONCLUSION.

Alto en el cielo el sol sus rayos de oro
Vibraba sobre el mundo,
Derramando en espléndido tesoro
Vida y calor fecundo :

Cuando Abraham, del perezoso lecho
Alzándose al proviso,
A aquel lugar se encaminó derecho
Dó el Sempiterno quiso,

En el dia anterior, de su venganza
Anunciarle la hora;
Y caminando vá sin esperanza,
Y aun su clemencia implora.

Y llegado á la cima, con tremante
Mirar, giró los ojos,
Temiendo ver la pompa fulgurante
De los sumos enojos.

Toda aquella feraz, ámplia comarca,
Tan opulenta un dia;
Todo cuanto Pentápolis abarca,
Es soledad vacía.

Nada se escucha : ni rumor de gente,
Ni el sólito mugido
Del toro, ni del perro el estridente,
Doméstico ladrido :

Ni el rugir de la fiera en lo lejano
Que al cazador avisa;
Ni el grito del insecto en el pantano,
Ni el soplo de la brisa.

Ni el susurro del aura entre las flores,
Ni el murmurar de las tranquilas fuentes,
Ni del viento los tonos bramadores,
Ni el cóncavo rumor de los torrentes.

Solo mira Abrahan en la desierta
Llanura que hay en torno,
De humo y pavesas bocanada incierta
Salir como de un horno.

Y en medio como en costa solitaria
Acaso surge un faro;
Sola y triste, se ve la hospitalaria
Segor, á Lot reparo.

Sodoma, Seboin, Gomorra, Adama,
¿Dó fué vuestra grandeza?
¿Qué fué de vuestra pompa y vuestra fama,
Y brio y gentileza?

¡Ay! todo pereció. — Mísero ejemplo
De las divinas iras,
El hombre y animal, tëatro y templo
Fuisteis vivientes piras.

Y solo quedan del mortal estrago,
Memoria eterna á los futuros hombres
Sobre las olas fétidas de un lago
Vuestro crímen escrito y vuestros nombres.

MARIA,

CORONA POÉTICA DE LA VIRGEN,

POEMA RELIGIOSO.



MARIA,

CORONA POÉTICA DE LA VIRGEN,

POEMA RELIGIOSO [1]

AL ESCELENTÍSIMO SEÑOR

DON MANUEL JOAQUIN DE TARANCON,

OBISPO DE CORDOBA Y SENADOR DEL REINO.

LOS AUTORES.

PRÓLOGO.

Este venturoso *siglo de las luces y de la civilizacion*, en que fué voluntad de Dios hacerme nacer, juzgará que al escribir el presente libro no he tenido mas objeto que el de una lucrativa especulacion. El nombre de MARIA, impreso en su primera hoja, y el sagrado asunto de su divina historia esparcido por las siguientes, juzgará que es solo el cebo de que he discurrido servirme para esplotar la devocion del pueblo católico de nuestra España; *pero el siglo de las luces y de la civilizacion*, á pesar de estos títulos que él mismo se aplica, y de los cuales quiera Dios que no sea ignominiosamente despojado por las edades venideras, se equivoca completamente.

Yo he escrito este libro bajo la inspiracion espontánea de una devocion sincera, concebida desde la niñez á la Madre de Dios, y á la luz de la fé pura y sencilla del Evangelio. Hé aquí una confesion que el siglo sabio afectará

[1] Por causas independientes de la voluntad del señor Zorrilla, no pudo este continuar á tiempo su obra de *Maria*. Los editores, deseosos de cumplir los compromisos que habian contraido con el público, llamaron, con aprobacion del señor Zorrilla, al señor García de Quevedo, para que continuase en union del primero este poema. Posteriormente, otros acontecimientos entre los cuales ocupa el primer lugar la muerte del padre del señor Zorrilla, impidieron á este ayudar á su compañero; por lo cual, todo lo comprendido desde el libro quinto del poema hasta su fin, es única y esclusivamente del señor García de Quevedo.

(*Nota de la edicion de Madrid.*)

oirme con desdeñosa sonrisa, y que yo me complazco en hacerle sin desconcertarme ni correrme. Por el contrario: cáusame compasion contemplar á mi siglo en medio de la fortaleza de su ciencia y de su civilizacion, sin atreverse á confesar en voz alta sus creencias religiosas, porque teme á su vez servir de mofa á *la despreocupacion*, ídolo contrahecho y repugnante que él mismo se ha creado, en cuya esclavitud se ha constituido él solo, y al que se ha visto obligado á adorar, para encubrir la vergonzosa verdad de que ha dado la vida á un monstruo, que ha esclavizado á su padre desde el punto en que nació. Yo tengo lástima y no miedo á un siglo que proclama la libertad y no osa decir lo que cree su conciencia, por un temor pueril del ridículo, quimera que sola existe en su imaginacion asustadiza, cuando en su conciencia y en su esperiencia está plenamente convencido de que *sin fé*, *sin creencias*, *sin religion*, no hay prosperidad pública, ni felicidad doméstica, ni ciencia, ni civilizacion, ni libertad. El siglo de las luces no puede ignorar esto, una vez que es sabio y debe conocer la historia de los siglos que le han precedido: la de todos los pueblos, la de todas las revoluciones le debe de haber convencido de esa verdad inconcusa.

¿Por qué, pues, avergonzarse de practicar los preceptos ó las devociones de la religion en que se ha nacido? ¿Porqué esconder en el fondo de la familia y relegar á la soledad de la alcoba las demostraciones de una fé, á la que no podemos menos de volver los ojos en las tribulaciones de esta vida de tránsito que arrastramos sobre la tierra? Ningun pueblo del universo, ninguna secta religiosa tolerada, tiene empacho en la práctica manifiesta de las devociones de su creencia; solo los católicos en estos últimos años parece que nos proponemos dar á entender que tenemos por pobreza de espíritu las demostraciones esteriores de la fé que profesamos: como si las ciencias, la civilizacion y el progreso social estuviesen en contradiccion con Jesucristo, apóstol y mártir de la igualdad, cuya religion hace libres á los hombres en medio de la servidumbre, del cautiverio ó de la esclavitud. El sabio incrédulo, que sustituye el nombre de Dios con el de la naturaleza ante los espectáculos tranquilos de la creacion, como la presencia de las primeras flores, la salida del sol por encima de las montañas coronadas de nieve, y la alegre vista de las campiñas alfombradas con el movible tapiz de las mieses ya sazonadas y los viñedos que comienzan á verdear, busca en su corazon el nombre de Dios y no el de la naturaleza ante los espectáculos mas terribles con que esta le demuestra la omnipotencia de su Hacedor supremo; y en el fondo del camarote de la nave perdida y desarbolada por el huracan, no se acuerda de la naturaleza, en la que causas físicas producen la tempestad que amenaza sumirle en los senos inmensurables del mar irritado, sino de Dios que puede salvarle de la muerte próxima, y enviar á su alma un rayo consolador de esperanza en las tinieblas de la borrasca. El sabio razonador y el incrédulo filósofo, invocan el nombre de MARIA con todo el fervor de que son capaces, cuando ven á los marineros del buque en que navegan, abandonar su casco maltratado á la merced de los vientos, y arrodillarse delante de sus escapularios invocando á gritos á la Madre del Redentor, entre los rugidos del trueno y á la luz de los relámpagos, únicas antorchas funerales que alumbrarán su sepultura, que ven

abrírseles á cada momento entre las olas espumosas, que se desgarran bajo sus piés como una frágil tela de seda rasgada por el mercader.

Si la ciencia, pues, y la despreocupacion tienen al fin que acudir con espanto á la luz de sus olvidadas creencias, cuando ven cercana la lobreguez de la tumba ¿porqué yo, mas cuerdo y mas osado, no he de consignar en un libro las que, en las amarguras de mi existencia, han vertido sobre mi pobre corazon el bálsamo tranquilizador de la esperanza, sosteniéndome para luchar con la incertidumbre del porvenir nebuloso, y las mundanas tribulaciones?

Cuando niño, solo y descorazonado, lloraba yo sobre mis pobres versos, pensando en que jamás llegaria un dia en que recibiesen el honor de ser impresos, ni menos celebrados, volvia mis ojos arrasados de lágrimas á la imágen de Maria, invocando su auxilio para que me ayudase á conseguir una gloria profana, que era la ambicion de mi juventud, y por la que hubiera dado entonces la mitad de los dias que me restaban que vivir. — « Si yo lograse (decia yo á la Vírgen en mi infantil desvarío), si yo lograse un gran renombre que me diera crédito para con mi nacion, yo cantaria tus alabanzas en versos apasionados y cadenciosos, y mi voz los derramaria sobre la atencion de mi pueblo con una majestad y una armonía semejantes á la de un rio fecundador que conduce sus ondas por las llanuras de una vega cubierta de flores. »

¿Y quién dice que Dios no ha otorgado al hombre el cumplimiento de la pueril ambicion del niño, para que el hombre cumpla á su vez la oferta que hizo el niño á su divina Madre?

Por eso he escrito este libro; y creo que cumplo con un deber de mi conciencia dando esta esplicacion á los que tienen *fé religiosa.*

He tenido ademas otra razon, menos santa aunque no menos poderosa, para dedicarme á la composicion de la presente obra. La revolucion y las tendencias del siglo, franqueando mas ancho y seguro campo al ingenio y al saber, y libertando á la prensa de las trabas que anteriormente la coartaban, debia naturalmente de producir hombres grandes, cuyos pensamientos innovadores y avanzadas teorías cambiaran la faz de nuestra España, abriendo los cimientos del suntuoso alcázar de una civilizadora ilustracion, que debió seguir inmediatamente los pasos de la libertad. Esta era la hora de los grandes acontecimientos y reformas literarias, de las luminosas publicaciones, y de las útiles y necesarias fundaciones de escuelas é institutos, donde el plantel de nuestra juventud fecundado al sol de las sanas doctrinas y regado con los veneros de una sabia y prudente direccion, germinara y se robusteciera en la fé y en la ciencia, para elevar mañana á la nacion al grado de prosperidad y al lugar digno que ocupó en otro tiempo entre las demás naciones de Europa. Pero hé aquí el siglo. La guerra civil, sin duda, y causas que á hombres mas sabios pertenece el escudriñar, vinieron á dar en tierra con tan halagüeñas esperanzas. El desórden consiguiente á la division del país lo confundió todo en su torbellino, y dos demonios se levantaron en medio de este tumulto para desventura nuestra: *el demonio de la especulacion* y *el demonio de la poesía.* Del primero ingenios mas profundos hablarán en su dia; del segundo voy á decir yo algunas palabras: yo, que

debo de conocer su historia, puesto que, adorador ciego del ídolo devastador, he venido al fin á parar en torpe sacerdote de su deforme templo.

El demonio de la poesía se apoderó de la juventud y con ella de todas las clases de la sociedad. Una voz incendiaria se alzó en el tumulto anunciando que era preciso derribar el edificio viejo de la literatura para reconstruirle : y cayeron las buenas tradiciones literarias bajo el peso de las desenterradas cántigas de los Trovadores, de los romances de Gaiferos y de la multitud de trovas lamentosas, desesperadas endechas y espeluznadoras leyendas que entonces á porfía se publicaron. Innumerables papeluchos aparecieron bajo el nombre de *periódicos de literatura y artes*, embadurnados con grotescos grabados y detestables litografías, los cuales, despues de vivir algunos meses con descrédito de las artes y de la literatura, murieron sin dejar siquiera un recuerdo y sin merecer una lágrima. Uno solo, cuya edicion esmerada y bellos dibujos eran acaso dignos de mas atencion y mejor fortuna, quiso entablar una razonada polémica á favor de las nuevas doctrinas, aunque cediendo tambien á la exageracion y virulencia de la época; pero juzgado con precipitacion, ó desapercibido entre los demas, concluyó su existencia, en su vigor juvenil, sin lograr el fin que se habia propuesto. Los periódicos políticos, á imitacion de los de Francia, abrieron su folletin á las letras, y un nublado de poesías insulsas y de noveluchos disparatados se introdujo en las familias, para acabar de perder el juicio de los hijos desaplicados y de las hijas marisabidillas y romancescas. Este era tal vez el momento de la regeneracion literaria : este era el crepúsculo que debia haber sido precursor de un dia sereno, esplendente y fecundador para la literatura nacional; pero aquí como siempre la esterilidad del *siglo de las luces* sofocó las semillas próximas á dar fruto, y la revolucion literaria, como la política, por intentar remontarse á mas altura de aquella á que podian subir sus tiernas alas, se fatigó por mucho tiempo en inútiles y mal dirigidos esfuerzos. La revolucion literaria, con peor suerte que la política, paró al fin en una vergonzosa bacanal, en la que el *demonio de la poesía* embriagó á la juventud, descarriando ó embotando su talento, y un enjambre de melenudos poetas nos desparramamos por la Península para inundarla, hastiarla, y embriagarla á nuestra vez con los desdichados y repugnantes engendros de nuestras imaginaciones calenturientas. ¡Y hé aquí el siglo! Ni un solo genio poderoso, ni una voz pujante y avasalladora se levantó en aquel Pandemonium, capaz de acaudillar aquella juventud, falta solamente de una bandera, privada solo de un capitan prudente y audaz que utilizase las fuerzas que realmente poseia. ¡Hé aquí el siglo! No hubo un piloto que dominase aquella tripulacion desordenada, y que asiendo con brio el timon de aquella hermosa nave, próxima á salir del astillero para ser botada á la mar, la condujese majestuosamente sobre las ondas. El tumulto se apaciguó por sí solo, cansado y aniquilado por su mismo desórden : la juventud se desbandó sin jefe, y la hermosa nave de la regenerada literatura se pudrió en la playa, como una vieja é inútil barca abandonada por los pescadores. Los viejos y los maestros de la antigua escuela clásica, sorprendidos por la nueva y turbulenta generacion de poetas, se encastillaron en el silencio, ó se adormecieron en la inaccion

indignados ó sobrecógidos. Los jóvenes se lanzaron en alas de su delirante fiebre, y guiados por sus ya viciados instintos, á cantar imaginarios pesares, en composiciones notables solo por sus bárbaras y monstruosas formas; y como para usurpar el título de poetas no se necesitaban años de estudios, certificaciones universitarias, ni testimonios académicos, el *demonio de la poesía* se arrellanó sobre un mismo trono con la guerra civil; y la magistratura, el foro, el ejército y todas las clases de la sociedad se vieron invadidas por aquel turbion de poetastros. Pronto tuvieron los mas que reducirse á ser imitadores de algunos pocos, que procurando salvarse del naufragio universal, llegaron á la ribera asidos á los rotas tablas de las antiguas tradiciones. La reaccion comenzaba á efectuarse, pero necesitaba tiempo; el gusto del público se habia estragado completamente, escaldado su paladar por los acres y venenosos manjares de los sangrientos espectáculos importados de Francia, y mas todavía por la multitud de abortos que los parodiadores de aquella horrenda escuela le regalaron. *El demonio de la poesía* estendió su maligna y emponzoñadora influencia hasta la cátedra de la verdad, y tal vez se habló desde el púlpito de la purísima y celestial belleza de las vírgenes y de las mártires complaciéndose torpemente en las descripciones de sus torneados brazos, de su cuello y hombros velados solo por sus rizados cabellos, y de su encantadora sonrisa, como pudieran describir los poetastros la hermosura impúdica de la dama de un castellano de los tiempos feudales, ó de la favorita de un príncipe musulman.

Tendamos un velo sobre tan insensatas profanaciones: ni á mí me toca ser el denunciador de semejantes abusos, ni estamos ya á Dios gracias en aquellos lamentables dias.

Basta empero lo espuesto para esplicar otra de las razones que han influido en mí para emprender la composicion de mi libro de *María.* Yo soy uno de aquellos jóvenes calenturientos, que se empeñaron con obstinada tenacidad en penetrar á la fuerza en el templo de la poesía, y amparado por la fortuna y aplaudido por la multitud fascinada, publiqué infatigable volúmen tras de volúmen, escribiendo desenfrenadamente versos sobre versos, como si fuera cuestion de velocidad ó de ganar el premio de una carrera. Como cae mas fácilmente á las manos un volúmen de una obra mala que consta de veinte, que el único de que consta una obra buena, mi fecundidad monstruosa me puso en moda; fuí mas leido que otros autores que en conciencia valian mas que yo, y los ciento cuarenta mil versos que llevo publicados me han formado, bien contra mi voluntad, un proselitismo, una escuela á cuya cátedra no he tenido intento de subir jamás: una cohorte de sectarios que sigue mis pasos, que copia mis pensamientos, que imita los metros en que escribo, que se abandona á mis errores y estravagancias, y que pone mis versos á cuestion de tormento para prohijarles, concluyendo por creerlos parto original de su ingenio, cuando ha conseguido descoyuntarlos alterando su sentido, quitando la armonía á alguna feliz combinacion de palabras, ó destruyendo la solidez de construccion, que logro dar alguna vez á pocos de los muchos que he producido: pero sin que en estas correcciones suyas gane nunca nada mi primitivo pensamiento, ni en claridad, ni en armonía, ni en robustez, ni en precision.

Lo mismo sucede á los demás escritores que han alcanzado por su mérito real y constante laboriosidad la reputacion que yo alcancé por el favor de la suerte y la oportunidad de mi aparicion en la escena literaria : pero mis prosélitos son intolerables y lo que es peor, infinitos. Considerando, pues, que no debo contribuir á la perdicion de sus almas, como he contribuido (aunque involuntariamente) á la perdicion de sus ingenios, he determinado variar de rumbo y dedicarme á la poesía sagrada : con lo cual, dado caso que no se aparten de mis huellas, sus rapsodias no ofenderán á la moral, no despedazarán la historia y las tradiciones, no indignarán el buen juicio de las gentes sensatas, que me tomarán al fin por su caudillo voluntario, y al menos sus versos, si los escriben con fé sincera, serán atendidos en el cielo, aunque no sean apreciados sobre la tierra. Acaso sus almas me deberán la dicha de ser bien recibidas en el Paraíso despues de su muerte, y la sociedad me será deudora de un gran bien, puesto que, dando á mi escuela direccion tan santa, mis discípulos la darán buenos y piadosos ejemplos, ya que no bellas y castizas producciones.

Y esta es otra razon de las que he tenido para escribir este libro, y creo que cumplo con un deber de mi conciencia dando esta esplicacion á los que tienen *fé literaria* (1).

En cuanto al mérito é importancia que pueda yo atribuir á esta obra mia, poco tengo que decir : los que me conocen saben el poco aprecio en que tengo yo mis escritos. *María* es la obra del cristiano, no la del poeta. El poeta la tiene en tan poco como á sus demas obras : el cristiano la tiene en tanto como á su salvacion.

Mi corona poética de la Vírgen, ni en su argumento ni en su desempeño, tiene la pretension de la originalidad. ¿Qué dirá el poeta de MARÍA que no hayan dicho los Santos Padres de la Iglesia?

Fácil me hubiera sido atestar de notas mi obra; pero no aspiro á pasar por erudito á los ojos del vulgo : los libros de donde pudieran tomarse notas para semejante obra son conocidos de todo el mundo; y la vida de la Vírgen últimamente publicada por el abate Orsini, contiene todo cuanto en esplicaciones y notas puede desear el curioso devoto.

Escaso de ciencia, é insuficiente de todo punto para llevar á cabo el divino pensamiento del libro de *María*, declaro que le someto sin restriccion al juicio de la censura eclesiástica ; y si mi ignorancia me arrastra á estampar en el contesto de mi obra alguna proposicion, alguna idea ó alguna palabra que no esté en armonía con los dogmas y doctrinas de la Iglesia Católica, Apostólica, Romana, desde ahora para entonces protesto que son involuntarias, que me retracto de ellas y que quiero se las considere como no proferidas.

JOSÉ ZORRILLA.

Madrid, 1° de enero de 1849.

(1) Los lectores verán que el prólogo se escribió antes que el libro, y que el libro se quedó muy al principio — inconveniente de escribir antes lo que debe escribirse despues. (*Nota del 2° Autor.*)

INTRODUCCION.

Voy á contaros la divina historia
De una muger á quien el alma mia
Adora, y de quien son nombre y memoria
Objetos para mí de idolatría.
Bella cual la esperanza de la gloria,
No se aparta de mí noche ni dia
Su casta imágen: mi pasion, mi dueño,
Con ella vivo, con su imágen sueño.

Templo es mi corazon en donde mora:
La conocí y la amé desde tan niño,
Que de mi infancia dividí la aurora
Entre mi madre y ella mi cariño.
Su imágen tuve en mi primera hora
En frente de mi cuna: el desaliño
Del lecho maternal me la dejaba
Ver, y yo por mi madre la tomaba.

Su nombre fué el primero que mi labio
Aprendió á balbuciar: nombre tan suave,
Que se le hiciera al compararle agravio
Al són del agua y al trinar del ave.
La ciencia ruin del Universo sabio
Otro mas dulce componer no sabe:
Porque es su nombre bálsamo que calma
El mal del cuerpo y el pesar del alma.

La tierra al despertarse le murmura
Percibiendo la luz del nuevo dia:
Vaga en las nieblas de la noche oscura:
Reposa en un rincon del alma mia.
Yo le invoco en mis horas de amargura,
Le bendigo en mis horas de alegría;
Tres veces cada sol mi fé cristiana
Le oye del sacro templo en la campana.

Al oir ese nombre soberano
Satán huyendo amedrentado ruge
Y el alma suelta que apresó su mano:
El mar se aduerme, que soberbio muge:
Tórnase el huracan aire liviano:
Espira el trueno, que rodando cruje:
Se disipa en la atmósfera la peste,
Y Dios aplaca su furor celeste.

Yo idolatro este nombre. El mundo entero
Sabe ya que le adoro: yo le he escrito
Mil veces en mis versos y le quiero
Escribir otras mil. Nombre bendito,
Luz de mi fé, de mi placer venero,
Quiero que halle en mi voz eco infinito,
Quiero que dure mas que mi memoria,
Quiero que alumbre mi terrena gloria.

Quiero que de la tumba que se cave
Para que el polvo de mi sér reciba
Sobre la piedra funeral se grabe:
Quiero que el dedo del amor le escriba
Sobre mi corazon, para que lave
Con su pureza mi maldad nativa:
Porque la tierra, á su vital contacto,
Deje por él mi corazon intacto.

Y quiero, al dulce són del arpa mia,
Celebrar á la faz del universo
De este nombre la santa poesía,
Con voz solemne y cadencioso verso.
Quiero el viento llenar de la armonía
De este glorioso nombre, y que disperso
Por sus espacios mi cantar resuene,
Y que su nombre el universo llene.

Azucenas de abril, dad á mi aliento,
Al pronunciar su nombre, vuestro aroma:
Auras de la arboleda, el suave acento
Dadme del ruiseñor y la paloma,
En palabra al tornar mi pensamiento:
Plantas donde su miel la abeja toma,
Dadme de vuestros jugos la dulzura
Al hablar de su gloria y su hermosura.

Espirad á su nombre, terrenales
Cantares y profanas relaciones:
Desvaneceos, vientos mundanales
Que embraveceis el mar de las pasiones:
Venid á oirme y preparad, mortales,
A la luz y al placer los corazones,
Porque en verdad os digo que es su historia
Mas grata que los himnos de la gloria.

Venid á mí, los que creeis que existe
Otro mundo mejor que nuestro mundo:
Venid, los que buscais la sombra triste
Del solitario altar, en lo profundo
Del templo abandonado, que resiste
Al vendabal del siglo furibundo:
Venid y os bañareis en la ambrosia
Del dulcísimo nombre de MARIA.

MARIA, emanacion del puro aliento
Del infinito Creador: MARIA,
Augusta emperatriz del firmamento,
Gozo del triste, del perdido guia,
Madre buena del huérfano, alimento
Del alma casta, luz que en la agonía
Mas allá del sepulcro, en lontananza
Alumbra la region de la esperanza.

MARIA, arca sellada, guardadora
Del tesoro inmortal de la clemencia
De Dios; sér de su sér, fé del que ora,
Santuario del pudor, de la inocencia
Pabellon perfumado, sombreadora
Palma triunfal del Gólgota, escelencia
De los mundos creados, poesía
Del paraíso, y gérmen de la mia.

Tal es el nombre y la muger que canto,
Tal es el nombre y la muger que adoro:
Yo me prosterno ante su nombre santo,
Y á la señora de los cielos oro.
Débil mortal, cuando me atrevo á tanto,
Que nada soy para quien es no ignoro:
Mas me infundió mi madre su cariño
Y no puedo olvidar mi amor de niño.

¡Oh Reina del zenit resplandeciente!
Voy á ser el cantor de tu existencia,
Mas tus ojos alumbran el oriente,
Los astros de placer á tu presencia
Tiemblan, corona el sol tu régia frente,
Calza tus piés la luna, tu escelencia
No alcanza á comprender la criatura...
¿Qué ha de decir de tí mi lengua impura?

Tú, empero, inspiracion vendrás á darme
Para hablar de tu gloria soberana:
Tú me darás vigor, para elevarme
Sobre el turbion de la impiedad mundana;
Tú vendrás con tu manto á cobijarme
Cuando al morir me den tumba cristiana,
Y yo á tus piés invocaré tu nombre
Libre al partir de la mansion del hombre.

Dios me inspiró al nacer la fé en que vivo,
Y Dios, mi fé para cantar, me ha dado
Gigante voz y corazon altivo:
El siglo, pues, me escuchará asombrado
Cantar la fé de mi país nativo,
Tal vez por su tormenta arrebatado,
Mas de la fé de mis creencias lleno
Con firme voz y corazon sereno.

MARIA,

CORONA POÉTICA DE LA VIRGEN.

PARTE PRIMERA.

En el nombre de Dios, á cuyo acento
Brotó obediente cuanto alumbra el dia,
Y cuanto mas allá del firmamento
Existe, ser tomando en la ambrosía
De su divino, creador aliento,
Empiezo aquí la historia de MARIA.
¡Ojalá que la fé de mi palabra
Vuestra alma alumbre y el Eden os abra!

Dulce Señora, celestial MARIA,
Tu nombre purifica cuanto toca:
Tu nombre al pronunciar la lengua mia
Haz que sean, amor mi poesía,
Fuego mi corazon, oro mi boca.

LIBRO PRIMERO.

NAZARET.

Señor de Roma Augusto, y de Judea
Herodes, estrangero cuya cuna
Sombréaron los cedros de Idumea,
Gemia lamentando su fortuna
En vil esclavitud la raza hebrea.

Escrito estaba. Sus postreros dias
De libertad y gloria señalaron
Las antiguas y santas profecías,
Y sus dias á término llegaron
Comenzando á brillar los del Mesías.

El universo ante el poder romano
Se humillaba vencido, y de su mano
Recibia en silencio nombres, leyes,
Ritos, tributos, términos y reyes,
Sujeto á su capricho soberano.

Jerusalem, la reina que ostentaba
Coronada la frente en algun dia
Y señora de reyes se llamaba,
Sobre su frente impreso como esclava
El sello real de su señor tenia.

Decoraban las águilas romanas
Sus puertas, defendidas por soldados
Estrangeros; corria en sus mercados
La moneda del César, y ¡cuán vanas
Lágrimas de sus ojos desdichados!

El oro de sus ricos mercaderes
Iba á Roma con nombre de tributo
Para pagar del César los placeres;
Y daban, de su amor al dar un fruto,
Un soldado romano las mugeres.

Mas esperaba en el silencio un dia
De regeneracion la raza hebrea:
Esperaba aquel sol que la traeria
Un rey que su poder la volveria,
Un rey libertador de la Judea.

¡Mísero pueblo de Judá! esperaba
Un rey que al són de la broncínea trompa
A Roma hiciera de Salem esclava,
Y al prometido rey imaginaba
Del triunfo ver en la sangrienta pompa.

¡Mísero pueblo de Judá! — delante
De tí tuvistes á tu rey: le vistes
Ir entre palmas á Salem triunfante,
Y ¡oh multitud imbécil! tú ignorante
Al rey libertador no conocistes.

¡Mísero pueblo de Judá! en tus ojos
Tu avaricia febril puso una venda,
Y Dios te ha condenado en sus enojos
A vender de tu herencia los despojos
De lugar en lugar, de tienda en tienda.

Por entonces de un valle en la angostura,
Entre el monte Tabor y el del Carmelo,
Yacia Nazaret, aldea oscura
Por un arroyo hendida, que frescura,
Sombra y fertilidad daba á su suelo.

Sus remansos ceñidos de espadañas,
Umbrosos sauces y sonoras cañas,
Eran abrevaderos de palomas;
Y huertos mil ornaban sus montañas
De uvas cargados y fragantes pomas.

Canastillo aromático de flores
Asemejaba la escondida aldea,
Guardada entre dos cerros protectores;
Y olvidada tal vez de sus señores
Era la mas feliz de la Judea.

Y hé aquí que en el retiro de esta villa
Habitaba un varon justo y prudente,
Partiendo su existencia sin mancilla
Con una esposa que, como él sencilla,
Era para con él fiel y obediente.

Entrambos eran de virtud modelo:
La dulce paz de su modesta casa
Imágen era de la paz del cielo:
Su fé era pura, sin ficcion su celo
Por la virtud, su caridad sin tasa.

De envidia exentos, de ambicion y encono,
La oracion de sus almas ascendia
Libre de Dios hasta el escelso trono:
Y Dios al aceptarla bendecia
Su secreto dolor y su abandono.

Su secreto dolor: porque en la tierra
¿Qué corazon no amarga algun secreto?
¿Qué espíritu un pesar en sí no encierra?
Ninguno: al pecho del mortal se aferra
El dolor al nacer, y á él va sujeto.

Aquel varon justísimo, intachable,
Aquella esposa púdica, sencilla,
Su morada pacífica, envidiable,
Cual raza vil, cual antro abominable
Mirados eran en su propia villa.

Nadie á Joaquin con su amistad brindaba:
Nadie á su esposa Ana por ejemplo
Proponia á sus hijas, ni trataba
Con las mugeres ella, ni pasaba
Del pórtico esterior cuando iba al templo.

Su ardiente fé, su caridad sincera,
Su honda piedad por el Señor bendita,
Una existencia de virtud entera,
Infamante padron en ellos era,
Cual si les diera sér casta precita.

Y eran, no obstante, los que en tal bajeza
Y en abandono tal se contemplaban,
Oriundos de tal raza y de nobleza
Tal, que los primogénitos llevaban
De su casa corona en la cabeza.

Vástagos eran cuya raza pura
Del régio trono de David manaba
Aquellos, que vertian en la oscura
Soledad por sus ojos la amargura
De la hiel que en sus almas fermentaba.

Ana era estéril: de su sangre fria,
De su inútil amor no naceria
El rey libertador de la Judea:
Esa es la hiel mortal que su alma cria:
Ese el baldon que su virtud afea.

Por eso lloran de vergüenza llenos
La pena infame, de la culpa ajenos,
En su mansion oscura y solitaria
Ana y Joaquin; mas nunca de los buenos
Desoye Dios el llanto y la plegaria.

Dios es justo. Dios ama á los que lloran
Resignados el mal que les envia;
Dios escucha benigno á los que oran
Con fé leal, y á los que á Dios adoran
No les olvida Dios un solo dia.

LIBRO SEGUNDO.

LA PURISIMA CONCEPCION DE MARIA.

(8 de diciembre.)

Es alta noche. En el valle
Donde oculta se guarece
Y en que eterna prevalece
Juventud primaveral;
Nazaret, entre los huertos
Donde su ambiente se aroma,
Duerme como una paloma
Que se anida en un rosal.

Lámpara de eterna vida,
La luna brilla en el cielo
Derramando sobre el suelo
Argentino resplandor;
Y de su Dios en los brazos,
A su luz tibia, reposa
La tierra como una esposa
En los brazos de su amor.

¡Paz nocturna, puro cielo,
Pabellon de astros bordado!
Dios os tiende como un velo
De la tierra en derredor;
Y detrás del cortinage
De esa tienda de reposo,
Como padre cuidadoso
Vela al mundo el Criador.

¡Noche azul! ¿quién á mirarte
Levantar puede sus ojos
Sin caer ciego de hinojos
A los piés de Jehováh?
Tus estrellas son las lámparas
Con que alumbra su santuario,
Y el espacio solitario
De su esencia lleno está.

Todo yace en el silencio
De la noche sumergido:
Calla el aire adormecido
Bajo el césped; el rumor
De las inmóviles hojas
Yace mudo, y solamente
Se oye del agua corriente
El són adormecedor.

En esta calma solemne,
De vida y de movimiento
Exhausta, que ni el lamento
Interrumpe mas fugaz;
Con dulce sueño que aduerme
Los pesares en su pecho,
Ana y Joaquin en su lecho
Reposan tambien en paz.

Castos, fieles, cariñosos,
Veinte años há que le parten
Como ejemplares esposos
En salud y enfermedad.
Veinte años há que dividen
El lecho nupcial, y veinte
Que vela constantemente
Sobre él la esterilidad.

Veinte años há que al dormirse
Demandan orando al cielo
Alivio en el desconsuelo
De su soledad sin fin;
Y veinte años há que solos,
Al reposo al entregarse
Y á la luz al despertarse,
Se encuentran Ana y Joaquin.

Y veinte años atestiguan
Con bien claro testimonio,
Que su infausto matrimonio
Bendecir no plugo á Dios:
Y se duermen bajo el peso
Del baldon que les alcanza,
Entrambos sin esperanza,
Mas resignados los dos.

¡Míseros juicios del hombre
Que en el error siempre vive,
Y los juicios que concibe
Siempre falsos ve salir!
¡Ay! ¡en su ciega ignorancia
De sí mismo nada sabe!
Solo Dios tiene la llave
De su oscuro porvenir.

Hé aquí que mientras en sueño
Sumergido yace el mundo,
En el silencio profundo
De aquella nocturna paz;
Con vuelo apacible y lento
Que movió apenas el viento,
Cruzó la atmósfera límpida
Un espíritu fugaz.

Su vuelo en el aire diáfano
Dejó de una luz de rosa
Una huella luminosa
Que al ambiente esclareció:
Y que cual brillo fosfórico
De exhalacion de verano,
Sumida en el aire vano
Al punto se disipó.

Era el ángel misterioso
Del sueño: al rumor sonoro
De sus alas, los de oro,
Los de hierro hace brotar.
Dios á la tierra le envia
Con los tristes ó halagüeños,
Cuando Dios quiere en los sueños
Sus misterios revelar.

Es el sér mas vaporoso,
Mas vago, mas indeciso
Que nació en el paraíso:
Su sér, su forma y color
Son tan indeterminados
Que Dios solo les percibe,
Y es el sér que de Él recibe
Sér de sombra, de vapor.

De los ámbitos celestes
En un apartado espacio,
Mora este ángel un palacio
Que no visitan jamás
Ni los justos, ni los ángeles,
Porque su atmósfera espesa
Sobre lás potencias pesa
Y las embarga quizás.

En este alcázar fantástico
Donde solo este ángel vive,
Nunca ruido se percibe:
Ni una voz, ni un eco en él.
Unos bosques ondulantes
Le circuyen en contorno,
Y á su parque presta adorno
Un quimérico vergel.

Los espíritus mas bellos,
Las imágenes mas puras
De los gozos y venturas
De la gloria y del placer,
Atraviesan silenciosas
Estos bosques y jardines,
Y una vez por sus confines
Se las logra solo ver.

Las que pasan nunca tornan:
De una vez se desvanecen,
Y ningunas se parecen
Aunque hermanas todas son;
Y si mas tenaz alguna
Otra vez cruza ó asoma,
Un contorno nuevo toma
Y otra faz, y otra espresion.

Mas tal vez en lugar de estos
Espíritus deleitosos,
Mil espectros temerosos,
Tristes sombras mil y mil
Pueblan estos densos bosques,
Y al impulso de un encanto
Misterioso, dan espanto
Al valor mas varonil.

Pero todos estos seres
Que devoran en silencio
El dolor ó los placeres
De esta incógnita region,
Y el alcázar y las selvas
En que mora eternamente
Este ángel, de la mente
Son ficciones, *sueños son*.

De las plumas de sus álas
Estos sueños guarecidos
Con él van, y repartidos
A su antojo son por él;
Y al pasar sobre la tierra
Donde ejerce su destino;
Va dejando en su camino
A este el dulce, el triste á aquel.

Sin ser nunca percibido
Se introduce donde quiera,
Y en silencio se apodera
De la vida universal;
Cuanto en agua, tierra, fuego
Y aire existe, le obedece:
Todo al soplo se adormece
De su hálito letal.

Y la fiera como el ave,
El reptil como el gusano,
A su influjo soberano
Caen rendidos sin vigor:
De él se exhalen contagiosos
Los miasmas del beleño,
Y á su voz ceden al sueño
Desde el hombre hasta la flor.

Silencioso, lentamente
Este espíritu invisible
Cernió su vuelo apacible
Sobre el ameno confin
De Nazaret, un momento,
Y batiéndole sin ruido
Se perdió desvanecido
Sobre el techo de Joaquin.

A no pesar sobre el mundo
La letárgica influencia
De su mágica presencia
Y de su poder letal,
Comprendiera, de pavura
Y de respeto temblando,
Que se estaba allí efectuando
Un misterio celestial.

Un globo de luz, que fúlgida
Todo el valle iluminaba,
El contorno circundaba
De la casa de Joaquin:
Y un aroma desprendido
De sus muros se estendia,
Como darle no podia
Babilónico jardin.

Un murmullo soñoliento,
Tan armónico y tan suave
Como solo en voces cabe
De concierto celestial,
Resonaba en todo el valle,
Y su místico sonido
No cabia en el oido
De ningun débil mortal.

Aquel globo refulgente
Cuya esencia creadora,
Cuya roja luz, viviente,
Su morada circundó,
Del contacto corrompido
De la torpe raza humana
A Joaquin un punto y á Ana
Misterioso separó.

¿Quién rasgar pudiera el velo
De su ardiente cortinage
Y el angélico mensage
Comprender de Jehováh?
Nadie : nunca; su palabra
Manantial de fé y de vida
Por el sér solo es oida
A quien dicha por él va.

Del celeste mensagero
Los contornos vaporosos
Vieron solo los esposos
En un sueño celestial,
Y ellos solo percibieron
Su presencia vagarosa
A la luz de oro y de rosa
De su auréola inmortal.

Dirigida al sér de entrambos,
En su oido solamente
Resonó la voz viviente
De la mística vision,
Y sus ánimas tan solo
De su místico mensage
Comprendieron el lenguage
Y el valor de tal mision:

« ¡Alegraos! dijo el ángel
A los cándidos esposos.
¡Alegraos, que dichosos
Vuestros dias lucirán!
¡Ana, alégrate! Una hija
Tu infecundo seno encierra,
Que á reinar va en cielo y tierra
Bajo el nombre de Miriam (1).

Ana estéril, de mi aliento
Tu fecundo sér recibe :
¡Regocíjate y concibe
A la voz de Jehováh!
De la hija que te nazca
En el tálamo fecundo,
Nacerá, Señor del mundo,
El monarca de Judá. »

Dijo el ángel y á su soplo
Fecundado de Ana el seno
Concibió, del gérmen lleno
De la esencia de Miriam.
Tornó el vuelo á alzar el ángel
Y con santo regocijo
Sonriendo le bendijo
En su tumba el viejo Adan.

LA NATIVIDAD.

(8 de setiembre.)

Y con el nuevo sol se levantaron
Los que la voz de Dios soñando oyeron,
Y ante la faz de Dios se prosternaron
Los que en su gran poder su fé pusieron;
Y Ana y Joaquin ante su Dios oraron
Cuando tan altos ante Dios se vieron,
Y la muger, hablando en su alegria
Con Dios y con el mundo, así decia :

« Oidme : cantaré las alabanzas
Del Dios de mis mayores :
Del que apartó de mí las asechanzas
De mis perseguidores.

Él descendió desde su inmensa altura
Hasta su humilde esclava,
É hizo de mí apartarse con pavura
La muchedumbre prava:

Para que confundiera su malicia,
Me dió su omnipotencia
Fruto de bendicion y de justicia,
Fecundo en su presencia.

¿Quién á los hijos de Ruben ahora
Dirá que madre es Ana?
¿Cuya será la voz propaladora
Del triunfo de la anciana?

¡Oid, vírgenes, madres y varones
Del pueblo preferido!
¡Oid, estrañas gentes y naciones!
¡La anciana ha concebido!

Venid á ver la milagrosa infanta,
La flor de las doncellas.
Venid á ver la Reina cuya planta
Camina sobre estrellas.

¿Quién como yo, Señor, tus santos dones
Numerará prolijos?
Adorados serán por las naciones
Los nombres de mis hijos. »

(1) *Miriam*, en siriaco, dama, señora, soberana; y en hebreo estrella de la mar.

Así decia la feliz esposa
Fecunda por la gracia soberana :
Y así avanzaba la preñez dichosa
De la escogida entre las madres, Ana.

Y á su término así, dia por dia
Conducida por Dios llegó la hora
En que á la luz mortal nació MARIA,
A ser del mundo universal Señora.

¡Oh misterio entre todos inefable!
¡Oh favor sobre todos escelente!
¡Oh beneficio inmenso, inestimable
De la bondad de Dios Omnipotente!
Regocíjate, ¡oh siervo miserable
Del pecado y la muerte! ya el oriente
Alumbra de tus dias una aurora
De libertad y gracia precursora.

Aquella de los mundos maravilla,
Angel bajo de humanas vestiduras,
Flor de pureza, vírgen sin mancilla,
Divina entre terrestres criaturas,
Belleza que ante Dios ufana brilla
Sobre cuantas celestes hermosuras
Creó y de cuya espléndida persona
Son la luna escabel y el sol corona,

Nació de Ana la estéril; mas nacia
De este mundo al dolor y á la pobreza
Sin la pompa, el aplauso y la alegría
Con que ensalza su mísera grandeza
El orgullo mortal, porque venia
A quebrantar la bárbara cabeza
De la orgullosa sierpe con la planta
De su casta humildad, de su fé santa.

Nació, como el divino mensagero
De Jehováh se lo anunció á la esposa,
La divina Miriam, y el mundo entero
La saludó al nacer Reina gloriosa;
Y en el instante de su sér primero,
Ante su aparicion maravillosa,
La eternidad y el tiempo se pararon
Y en muda admiracion la contemplaron.

Una escala de luz que desde el cielo
Bajó hasta Nazaret, abrió camino
Desde la gloria hasta el oscuro suelo
A la corte inmortal del Rey divino.
De adorar á su Reina con anhelo
Todo celeste sér por ella vino,
Y ante Miriam se prosternó un momento
La escelsa poblacion del firmamento.

La tierra ante su Reina, de alegría
Saltó como un cordero : la pureza
De su aliento, que aromas esparcia,
La rejuveneció, y su gentileza
Recobrando total con su alegría
Nuestra madre comun naturaleza,
De sus bosques, sus ecos y sus mares
La arrulló con murmullos y cantares.

Suspiró con suavísima dulzura
El aura matinal : de frescas flores
Se cubrió de los montes la espesura
Y el desierto erial : los ruiseñores,
Las palomas y tórtolas, la pura
Atmósfera encantaron, y, en primores
Compitiendo, ostentóse por do quiera
Del otoño á la par la primavera.

Ébrio de gozo el universo entero
Bebió el aliento de Miriam hermosa,
En el instante de su sér primero
Su presencia al sentir maravillosa.
El solo sér por quien nacia empero,
Solo el hombre ignoró su misteriosa
Aparicion, y reales ovaciones
No hicieron á su Reina las naciones.

¡Ay! los hijos de Adan, que la veian
Nacer de labradores sin fortuna,
La madre de su Rey no comprendian
Naciendo en la humildad sin pompa alguna;
Porque colchas de Egipto no cubrian
El puro lecho de su humilde cuna,
Ni estaba de oro y nácar incrustada
Ni con ricos aromas perfumada.

No artífices famosos la labraron
Con maderas preciosas que pulieron;
Con mimbres, que en su huerto se cortaron,
Las manos de sus padres, se la hicieron:
Con flores, que en su huerto se criaron,
Pabellon campesino la tejieron,
Y en la triste region de los dolores
Coronada no mas entró de flores.

Mística flor de celestial frescura
Sembrada en el desierto de la vida,
Se abrió de su arenal al aura impura
Como silvestre flor desconocida.
Toscos pañales de grosera hechura
Ciñeron á la real reciennacida,
De cuyo seno virginal, fecundo,
Nacer debia el Redentor del mundo.

Flor pura y bella mas que cuantas flores
Pueden criar jardines terrenales,
Sus hojas desplegar, dar sus olores
Debia entre los duelos mundanales;
Por eso, de sencillos labradores
Naciendo, de sus labios virginales
Las primeras palabras que salieron
Para los pobres é ignorantes fueron.

Los de su pueblo rústicos no vian
Sino una esclava mas que Dios enviaba
Entre ellos y sus hembras se afligian
Por el destino de la nueva esclava.
Ana y Joaquin empero, que sabian
El inmenso tesoro que fiaba
A su cuidado paternal el cielo,
Su flor cuidaban con paterno celo.

Ellos solos la mística fragancia
Gozaban de su célica presencia :
Ellos solos sabian que su infancia
Alcanzaba perfecta inteligencia.
Dios derramó sobre ella la abundancia
De sus gracias sin fin, y su existencia
Ni pasó por la infancia, ni doctrina
Necesitó : nació sabia, divina.

Como de culpa original exenta,
Su alma de la ignorancia del pecado
Fué libre, y fué sin enseñanza lenta
Su entendimiento puro iluminado.
Celeste emperatriz, Dios tuvo en cuenta
El trono á que la habia destinado,
Y atendiendo á su escelsa jerarquía
Dios la llamó Miriam, Judá María.

Iris de paz, de dicha mensagera,
Sello entre Dios y el hombre, de alianza,
Fanal que alumbra su vital carrera,
Lucero anunciador de la bonanza,
Fuente de amor y caridad sincera
Y de fé incontrastable y esperanza
Inestinguible, y manantial de vida...
Tal fué Miriam, en Nazaret nacida.

—

EL DULCE NOMBRE DE MARIA.

(13 de setiembre.)

¡Estrella de la mar, vírgen María,
De la infinita creacion Señora!
Tu nombre es un raudal de poesía,
De fé, vida y placer engendradora :
Y al corazon del hombre da alegría,
Miel á sus labios, música sonora
A su oido, á su ánima consuelos
En el afan de sus mortales duelos.

Tu nombre es una música mas grata
Que cuantas escuchó la baja tierra.
Cuantos ecos la atmósfera arrebata
En bosque ó llano, poblacion ó sierra :
Cuantos el viento en su estension dilata
Robándoles al mar que los encierra,
No imitaron jamás la melodía
Del dulcísimo nombre de María.

Yo quisiera encontrar en mi garganta
Sonidos y palabras celestiales
Para esplicar la melodía santa
Que atesora su nombre, á los mortales.
¿Mas su nombre inmortal cómo se canta
Con lengua y con palabras terrenales?
¿Cómo ofrecer al paladar del hombre
La miel que mana de su dulce nombre?

No existe sér cuya palabra impura
No manche su esplendor cuando le alabe,
Ni encarecer su mística dulzura
Torpe la humana inteligencia sabe,
Ni en comprension de humana criatura
La concepcion de su escelencia cabe;
Ni osar puede á tan gran merecimiento
Mas que la fé que asalta el firmamento.

Perdona, pues, Emperatriz divina,
Si para celebrar tu nombre santo
Conceptos de él indignos imagina
Mi comprension al elevar mi canto.
Perdona si mi voz se determina
A ponderar tu nombre escelso tanto
Con miserables símiles profanos
Y en el lenguage vil de los humanos.

Misteriosos incógnitos rumores
Que componeis la mágica armonía
Del globo universal : susurradores
Murmullos de la noche, melodía
De los ecos del valle, zumbadores
Gemidos de las auras, poesía
Del són con que la hoja, el agua, el ave,
En lengua hablan á Dios, que Él solo sabe :

Prestad á mi garganta
El acordado ruido
De vuestra lengua santa
De Él solo comprendido :
La voz que solo para Dios levanta
Cuanto con voz por Él creado ha sido.
Prestádmela un instante
Porque la lengua mia
Como vosotros cante,
Y mi bárbara y tosca poesía
Embelese la tierra,
Procurando imitar la melodía
Que en sus letras suavísimas encierra
El dulcísimo nombre de María.

Nombre de bendicion y de esperanza,
Como espresivo santo,
Mayor que todo estremo de alabanza,
De admiracion y canto,
Abarca y simboliza

En la espresion que encierra
Cuanto la débil existencia hechiza,
Cuanto del sumo cielo á ver alcanza
El mísero mortal desde la tierra.
Nombre mas grato al alma y mas sonoro
Que la conmovedora salmodía
Que, en la nave del santo monasterio
Alza de monges reverente coro,
La fiesta honrando de solemne dia
Con los sones del órgano y salterio;
Mas grato que el arábigo perfume
Que allí aventado en incensarios de oro
Ante el altar brillante se consume,
Cuyo humo azul en espiral se eleva
Por el aire incoloro,
Que á las sagradas bóvedas le lleva.
Consuelo del que llora,
Del estraviado guia,
Para el alma apenada que le implora
Es ámbar y ambrosía;
Y mas que nombre bálsamo divino,
El erial de la vida fertiliza
Y en la carrera del mortal destino
Alivia las fatigas del camino
Y las llagas del alma cicatriza.
Mas deliciosa que la mansa calma
Tras huracan bravío y estridente;
Mas que en el haz del arenal ardiente
La sombra de la palma,
¿Quién esplicar ni comprender sabria,
Ni con qué á comparar se atreveria
En el lenguage mundanal mezquino,
El misterio secreto, peregrino
Del dulcísimo nombre de Maria?

¿Oísteis por ventura
En la nocturna soledad, serena,
Cantar en la espesura
De la floresta amena
A la alegre y canora filomena?
¿La oísteis en el viento
Mezclar el suave acento
De su amoroso pio
Con el trémulo són de la onda pura,
Con que el sonoro rio
Fecunda de los olmos la verdura?
Pues mas dulce es aún que la armonía
Del són del agua y del cantar del ave
La melodía mística y süave
Del dulcísimo nombre de Maria.

¿Habeis guiado acaso
Del mar por las orillas
El descarriado paso,
Las blancas arenillas
Con distraccion pisando,
La música escuchando
Y el manso movimiento
Absortos contemplando
Del oleage lento
Con que la mar en calma
Distrae el pensamiento
É infunde, sus recuerdos inquietando,
Memorias melancólicas al alma?
¿Habeis prestado oido
Al hervoroso ruido
De la flotante espuma
Que deja en el arena,
Y que, antes que se suma
Entre sus granos, suená
Con bullidor murmullo,
A cuyo vago, misterioso arrullo,
Embebecida el alma se adormece?
Pues música mas dulce es todavía
Que la del mar que arrullador se mece
Para aquel que le invoca con fé pia
El dulcísimo nombre de Maria.

¿Imaginais por suerte
Del náufrago espirante
Que lucha con la muerte,
Cual es la penetrante
Y rápida alegría,
Si ve poco distante
La nave protectora cuyo amparo
Cable oportuno y salvador le envia?
¿Imaginais el ansia con que avaro
De salvacion aprieta el cabo suelto?
¿Concebís el placer con que respira
Al percibir que el cable le retira
De la salobre mar, y cuando vuelto
En sí, seguro en el bajel se mira?
Pues es mas dulce al corazon humano
Náufrago errante por la mar sombría
De la miseria y del dolor mundano,
Invocar el auxilio soberano
Del dulcísimo nombre de Maria.

¡Dichoso quien le adora!
¡Feliz quien en él fia!
Dulce será su postrimera hora
Y dulce su agonía;
Y al cerrarse sobre él la sepultura
Para emprender temblando de pavura
De la tremenda eternidad la via,
Maria de su alma protectora
Alumbrará su eternidad sombría.

PLEGARIA.

Maria, cuyo nombre
Como conjuro santo
Ahuyenta con espanto
La saña de Luzbel:

Escribeme en el pecho
Tu nombre omnipotente,
Porque jamás intenté
Aposentarse en él.

MARIA, Soberana
De cuanto el orbe encierra,
Rocío de la tierra,
Estrella de la mar:
Tu nombre misterioso
Será el fanal tranquilo
Que alumbrará el asilo
De mi terreno hogar.

MARIA, cuyo nombre
Es fuente de pureza
Que lava la torpeza
Del frágil corazon:
Tu nombre será el agua
Que el mio purifique
De cuanta en él radique
Maligna inclinacion.

MARIA, luz del cielo
Cuya brillante esencia
Es luz de toda ciencia,
Y del saber raudal:
Tu nombre sea antorcha
Cuyo fulgor ahuyente
De mi acotada mente
La lobreguez letal.

MARIA, cuyo nombre
Es música mas suave
Que el cántico del ave
Y que del agua el són:
Tu nombre sea fuente
Dó beban su armonía
Mi tosca poesía,
Mi pobre inspiracion.

MARIA, á cuyo nombre
La divinal justicia
Al pecador propicia
Se inclina á perdonar:
Tu nombre sea, cuando
La eternidad se me abra,
La última palabra
Que exhale al espirar.

LA PRESENTACION.

(21 de noviembre.)

I

Arrastraba el Cison sus orgullosas
Corrientes, que á los turbios vendabales
Del equinoccio hervian espumosas,
Sus fértiles riberas deleitosas
Inundando de rojos arenales.

Brillaba una corona diamantina
De nieves en la cima gigantea
Del Carmelo, y la escarcha matutina
Cubria con su alfombra cristalina
La llanura feraz de Galilea;

Cuando los dos esposos emprendieron
De Salem el camino trabajoso:
Y huyendo del invierno riguroso
Atravesar los valles resolvieron
Sendero largo mas, no tan penoso.

Dejaron, pues, las áridas llanuras
Y los desnudos montes de Samaria,
Cuya tierra fecunda en quebraduras,
Torrentes espumosos y en oscuras
Cuevas, jamás fué al bueno hospitalaria.

Y bajando de lo alto del Carmelo
Por la dulce pendiente embalsamada
Entraron de Saron en la llanada,
Que es el mas fértil y salubre suelo
Que hay en aquella tierra fortunada.

Ornan sus feracísimas riberas
Aromáticos cedros y palmeras
Cimbradoras, y espesos abedules,
Tilos de flores cárdenas y azules,
Ricos viñedos y húmedas moreras.

Allí ostenta su espléndida espesura
El plátano, delicia de los valles,
Y el viejo olivo de inmortal verdura
Sombra á las cepas dá, jugo y frescura,
Formando entre ellas dilatadas calles.

Al abrigo de nópalos y encinas,
Terebintos, abetos y granados,
Brotan allí jaspeadas clavellinas,
Renúnculos y rosas purpurinas,
Cárdenos lirios y alhelís violados.

Tal era la region y es todavía
Por donde lentamente caminaban

Los venturosos padres de MARIA:
Y por gozar sus auras y alegría
El camino de intento prolongaban.

Que, aunque henchidos de amor y reveren- [cia
Para con Dios, sus pechos paternales
En el tiempo al pensar de aquella ausencia
Sentian asaltar ansias mortales,
Su vejez preveyendo y su indigencia.

Así un dia tras otro su camino
A la santa ciudad siguiendo fueron
Y desde un cerro á la ciudad vecino
Al resplandor del astro matutino
Un dia de Salem las torres vieron.

A las postreras luces temblorosas
Del sol del mismo dia, por la puerta
Entraron de Efraim, y por sinuosas
Y angostas callejuelas tenebrosas
Dirigieron los dos la planta incierta.

De edad Ana y Joaquin bien avanzada,
Largo el viaje, el camino fatigoso,
De la puerta oriental en retirada
Mansion, de gente mísera posada,
Se alojaron con ansia de reposo.

Repuesto en breve del penoso viaje
Buscó Joaquin los cándidos presentes
Del religioso y sólito homenage;
De la familia de Ana y su linage
Convocando á la par á los parientes.

Y presto ya el cordero sin mancilla
Que debia servir de ofrenda pura,
Y de harina un gomor cuya blancura
Escedia á la nieve que al sol brilla
Del empinado Líbano en la altura;

Subió la numerosa comitiva
Con espléndidos trages adornada
Del Dios Omnipotente á la morada,
Y á su frente marchaba con fé viva,
Superior á su edad, la presentada.

En el patio esterior á dó primero
Llegaron, que jamás traslimitaba
Bajo pena de muerte el estrangero,
Ante el dorado pórtico severo,
De gentes multitud les aguardaba.

De la casa del rey los oficiales
Eran, los sapientísimos doctores
De la ley, fariseos fingidores,
Levitas, magistrados, generales
Y matronas ilustres y señores:

Pues quiso Jehováh que la dichosa
Virgen que por recónditos caminos
Venia destinada á ser su esposa,
Llegase á su morada suntüosa
Con pompa conveniente á sus destinos.

II

Detuvo el paso lento
La fausta comitiva
Tócando el pavimento
Del encumbrado *chel* (1),
Y la profana gente
La faz humilló altiva
Ante la faz ardiente
Del Sumo de Israel.

De Nicanor la puerta
Giró sobre sus gonces;
Entró Miriam incierta
Del sacerdote en pos;
Y pudo el pueblo entonces
Mirar por un instante
El fondo centelleante
De la mansion de Dios.

Sus bóvedas doradas
Con oriental riqueza,
Sus piedras afirmadas
Con llantas de metal,
Sus sólidos pilares
Dó apoyan en su alteza
Los techos tutelares
Del ámbito real.

El pórtico sagrado
Pasó Miriam: su planta
En la comarca santa
Siguieron nada mas
Sus padres y parientes,
Y víctima mas pura
En su rèal clausura
No penetró jamás.

En el umbral postrero
De un patio donde crecen
El verde limonero
De amarillenta flor,
El tamarindo umbroso
Y el lauro, que estremecen
Con ruido sonoroso
Su perennal verdor;

(1) El *chel* era un espacio de diez codos entre el patio de los gentiles y el de las mugeres.

Los viejos sacerdotes
Y los levitas graves,
De cánticos sũaves
Y del salterio al són,
A recibir salieron
A la sin par MARIA,
Que á Jehováh ofrecia
Su casto corazon.

Fué el blanco corderillo
Sacrificado : el fuego
De sus entrañas luego
La carne consumió :
Se hicieron libaciones
De aceite, sangre y vino
Ante el altar divino
Dó el holocausto ardió.

En platos de oro puestos,
Los destrozados restos
De la inmolada víctima
Se hicieron repartir,
Segun de aquellas gentes
Costumbre, á los parientes
De Ana, que sus lágrimas
No acierta á reprimir.

Tendieron de MARIA
Sobre la real cabeza
Un velo, de pureza
Espléndida señal;
Como la nieve blanco,
Mas de menor blancura
Que la inocencia pura
De su alma virginal:

Y el viejo Zacarías
Que, sacerdote sumo,
Entre una nube de humo
Sagrado apareció;
Desde el umbral, propicio
La víctima aceptando,
De Dios para el servicio
La Vírgen reclamó.

Rompiendo entonces todos
Los maternales lazos,
Tomando entre sus brazos
A la hija de su amor,
Condujo á sus piés Ana
A su gentil MARIA,
Tan llena de alegría
Como ella de dolor.

« Señor, dijo la madre,
A Dios traigo en ofrenda
De bendicion la prenda
Que dió á mi ancianidad.
A Dios la consagramos
Y Dios nos la reclama :
Nosotros acatamos
Su santa voluntad. »

El sacerdote alzando
A la postrada anciana
La dijo : « Vuelve, Ana,
A tu tranquilo hogar :
Al que de Dios guarece
La proteccion suprema,
Bajo su amparo crece
Seguro ante su altar.

Vuelve á tu hogar, anciana,
Y hasta su puerta amiga
De Jehováh te siga
La bendicion en pos.
No pierdas tus vigilias
En maternales quejas,
Porque á tu hija dejas
Encomendada á Dios. »

Diciendo así el pontífice
Con brazos cariñosos
Bendijo á los esposos
Y al pueblo despidió :
Y del sagrado templo
Tras de las puertas de oro
MARIA con el coro
De vírgenes quedó.

LIBRO TERCERO.

MARIA EN EL TEMPLO.

I.

Castísima paloma,
Cuyo sereno vuelo
En la region del cielo
A remontarse vá :
Vapor de suave aroma
Que en odorante nube
Hasta el alcázar sube
Mansion de Jehováh :

Flor del Eden preciosa,
Cuyo capullo abierto
Derrama en el desierto
Su celestial olor;

Tu esencia misteriosa
Permaneció ignorada
En la infeliz morada
Del siervo del error.

El hombre es un gusano;
Sus ojos son de tierra
Y en ellos luz no encierra
Para mirarte á tí.
Nublado el ojo humano
Por míseros antojos
Brillar no ven en tus ojos
La luz de Adonaí.

Reina del sol que gérmen
Y luz dá á la campiña,
Terreno sér y niña
Te cree Jerusalen:
Sus razas que en tinieblas
De vanidad se aduermen
Del vicio entre las nieblas
A Dios en tí no ven.

Tú, de virtud sagrario,
Al templo te acogiste:
Tú, que elegida fuiste
Por templo de Emanuel.
Morar en su santuario
Tu corazon queria
Cuando morar debia
En tus entrañas Él.

De su santuario dentro,
Bajo sus techos de oro,
Tu sér como el tesoro
De mas valer guardó:
Y el silencioso centro
De su mansion sagrada
Sondar la vista osada
Del hombre no dejó.

¿Qué fueron de tu infancia
Las horas en el templo?
Tú, de virtud ejemplo
Y virginal uncion,
Creciste cual las flores
Que doblan su fragancia
Y avivan sus colores
Al par de la estacion.

Tesoro de las glorias
Del Hacedor del dia,
Rosal de Alejandría,
Ciprés de Jericó,
Las místicas memorias
De tu niñez dichosa
De sombra misteriosa
El cielo circundó.

Oculta, guarecida
Bajo el sagrado velo,
Esencia contenida
En hídria de cristal,
Joya de Rey guardada
Con precavido anhelo,
Semilla conservada
Debajo de un fanal,

Moraste en los palacios
Del dueño de la vida,
A tu Señor unida
Con misteriosa union:
Y en tí su Sér moraba,
Y el tuyo á Él llegaba
Salvando los espacios
Tu férvida oracion.

Tú, Vírgen escogida
En su saber profundo
Para traer al mundo
La fé y la salvacion,
Sus juicios ignorabas,
Mas por tu fé impelida
A Dios le consagrabas
Tu limpio corazon.

Tú, Reina de los seres
Que en el empíreo moran,
Tú, cuya huella adoran
Los justos de Sion,
Al polvo descendiste
Del sér de las mugeres
Y entre ellas te impusiste
Grosera ocupacion.

Tú con las otras *almas* (1)
Del templo habitadoras,
Pasaste largas horas
Callando tu alto sér,
En adornar las palmas
Y entretejer las flores
Del templo, y en labores
Humildes de muger.

Tus dedos transparentes
Hilaron diligentes
Los linos de Pelusa,
Las sedas del Cedar:
Tu mano soberana
Tejió la blanca lana
Que el sacerdote usa
Velando en el altar.

(1) Llamábanse *almas* á todas las vírgenes que se educaban en el templo, lejos de las miradas de los profanos.

Tú, cándida y modesta,
Al místico servicio
De Dios siempre dispuesta
Velabas sin cesar:
Y un dia y otro dia
Del cruento sacrificio
En la solemne fiesta
Se oia tu cantar.

Léal, caritativa,
Sincera y obediente,
Con todos indulgente
Y en todo sin igual;
Imágen eras viva
De la virtud suprema
Que dá inmortal diadema
Al alma del mortal.

Así creciste, pura
Emanacion del cielo,
Embalsamando el suelo
Y el templo de Israel
Tú, escelsa criatura,
Muger divina y santa,
A cuya régia planta
La luna dá escabel.

Así pasando fueron
De tu niñez los dias,
Entanto que adquirias
Las fuerzas y la edad,
Para que en ti cumplida
La ley que te impusieron
De dar al mundo vida,
Viera la humanidad.

Pasaron así bellos
Los dias de tu infancia
En tu apartada estancia
Del templo de Salem;
Llegando detrás de ellos
Los dias de amargura
Que á nuestra raza impura
Franquearon el Eden.

¡Ay! cuando á luz naciste
Para salvar la tierra
Al mal te sometiste
De su fatal mansion:
Y del dolor que encierra
La bárbara agonía,
Pronto ¡ay de ti! debia
Herir tu corazon.

En vano consagrabas
La flor de tu pureza
Al Dios de quien enviabas
Tu corazon en pos:
Su rayo se encendia
Sobre tu real cabeza,
Y que acatar habia
La voluntad de Dios.

II

Acercábanse ya los misteriosos
Dias de llanto, en cuyas lentas horas
Se debian llenar los tenebrosos
Designios del Señor. Él solamente
Penetraba el hondísimo misterio
De nuestra Redencion: su sabia mente
Percibia no mas la luz futura
Que, para bien de la terrena gente,
Iba á alumbrar la lobreguez impura
De su mansion: su poderosa mano
Preparaba á los tiempos el camino:
Y momento á momento, grano á grano
Iba en la eternidad inmensurable
Arrojando implacable
Las fugitivas horas el destino.

Temblaban los espíritus del cielo
Aguardando el instante pavoroso
En que del gran misterio tenebroso
La justicia de Dios rasgara el velo;
Y temblaban las almas
De Abraham en el limbo detenidas
Ansiando, de él para salir, las palmas
Por el cielo á los justos prometidas:
Y temblaba el monarca del infierno
Esperando en sus lóbregas moradas
El punto en que sus puertas quebrantadas
Iba á pasar el hijo del Eterno.

El universo entero todavía
Su porvenir recóndito ignoraba,
Y ya el ángel precito adivinaba
Los destinos futuros de María.
La voluntad de Dios no le dejaba
Llegar de la dichosa nazarena
Al alma virginal, que vió en el mundo
Entrar de culpa original agena:
Y en su saber y en su furor profundo
Sentia el pié de la que así nacia
Hollar triunfante su cerviz impía.
Ella empero ignorante
Del porvenir augusto, orando á solas
Consigo misma y del Señor delante,
Del mar del porvenir no percibia
Crecer y embravecerse á cada instante
El viento airado y las hirvientes olas.

Mas íbanse á romper todos los lazos
Que ligaban su espíritu á la tierra

Antes que el gérmen que su sangre encierra
Fecundara el aliento omnipotente,
Y recibieran sus maternos brazos
Al Rey eterno de la humana gente.
Era preciso que la flor de mayo
Sobre su tallo se apoyara sola,
Para que el fuego asolador del rayo
Cayese entero en su gentil corola.

¡Oh tú, la pura entre las almas puras,
Bella sin par entre las mas hermosas
Que por las sendas de la tierra oscuras,
Obediente á las leyes misteriosas
De Jehováh, tus huellas
Hácia el sangriento Gólgota encaminas,
Ya no hollarán tus piés sendas de rosas,
De hoy mas tan solo pisarán espinas!

Antes que sus virtudes salvadoras
De tu alta gracia el talisman ejerza
En pro de nuestras almas pecadoras,
Tú, madre de los huérfanos, es fuerza
Que huérfana te veas, que devores
Tu tiempo en soledad, y pues nacistes
Para ser el consuelo de los tristes
Fuerza será que con los tristes llores.
Fuerza es, ¡oh madre del amor divino!
La hiel que apures del pesar mundano :
Es fuerza que al dolor de tu destino
No se iguale jamás dolor humano,
Para que al darte de su madre el nombre
En su afliccion, tu nombre soberano,
Símbolo de tu duelo sobrehumano,
Bálsamo sea del dolor del hombre.

Primero que de rayos inmortales
Se corone tu cándida cabeza,
Tu duelo es fuerza que á tu gloria iguales :
Apresta, pues, tu alma á la fiereza
De tus hondos destinos celestiales.
Tu paz concluye dó tu gloria empieza,
Y aquí se empieza, celestial María,
El cáliz á llenar de tu agonía.

—

El anciano Joaquin, la vista fija
En su hermosa Miriam, su domicilio
Mudó á Jerusalen, y al pié del templo,
Para vivir mas cerca de su hija,
Compró, de sus parientes con auxilio,
Una pobre mansion, donde él y Ana
Eran, de amor y de virtud ejemplo,
Muestra viviente de bondad humana.

Hacia ya dos lustros que no oia
El rumor de los olmos y las cañas
De Nazaret, cuando al morir de un dia
De otoño el tibio sol, sintió que heria
La mano de la muerte sus entrañas.
Su último aliento recogió en el pecho
Por alargar un punto la existencia,
Su alma en religiosa diligencia
Tornando á Dios desde el mortuorio lecho.
Su postrimer deseo procurando
Ana cumplir, al templo fué llorando
Al sumo sacerdote Zacarías
A avisar que llegaba
Su esposo al fin de sus cansados dias.
Acudió presuroso
El sacerdote austero
A la mansion del moribundo esposo,
Mas no llegó el primero :
Ya su faz con sus lágrimas regaba
María, que con paso mas ligero
De llegar acababa,
Y que á las manos de su padre asida
Tal vez con sus suspiros intentaba
Algun suspiro mas darle de vida.

En su cariño paternal, profundo,
El espirante padre al sacerdote
Encomendó cuanto en el triste mundo
Dejaba : la hija que á sus piés gemia
Y la muger con quien partido habia
En la prosperidad y en la indigencia
El placer y el pesar de la existencia.

Los ojos de Joaquin iluminados
Por el Señor en su postrer instante,
El glorioso esplendor, el sol brillante
Percibió de los dias reservados
A aquella hija divina que le llora,
Y una sonrisa iluminó el semblante
Del noble viejo, luz consoladora
Que le mostró su eternidad radiante :
Y sus manos poniendo en la cabeza
De aquella hija del mundo salvadora,
Espiró sin congoja ni agonía,
Del alma pura la mortal corteza
Dejando entre los brazos de María.

Su cuerpo devolvieron á la tierra
La noble vírgen y la madre anciana,
Y sobre el mármol que á su bien encierra
Lloraron á su bien María y Ana.
Cuando de llanto el natural tributo
Pagó al amor su corazon doliente,
Del mármol se alejaron tristemente
Para esconder su soledad y luto
La hija del templo bajo el áureo techo,
La viuda al pié de su vacío lecho.

—

Once lunas despues... es una tarde
Apacible y serena;

El sol, de luz en el postrer alarde
De rojo resplandor el aire llena,
Y su esplendente claridad tendiendo
Por la estension del cárdeno horizonte
Como un manto de púrpura, derrama
Desde la cima del escelso monte
Su temblorosa llama,
Que como vasto incendio reverbera,
Con su postrer fulgor enrojeciendo
Valle, bosque, ciudad, rio y pradera.

El dia de la fiesta de las flores
Celebra el pueblo de Judá; se escucha
El suave són del cántico sonoro
Del templo y por los aires se levanta
El humo azul del incensario de oro,
Que con el aura al elevarse lucha
Fugaz lamiendo la techumbre santa.
MARIA de las *almas* entre el coro,
Acompañada del salterio canta
Himnos de gracias al Señor, y el mundo,
En cuanto abarca su ámbito invisible
Desde el zenit al báratro profundo
Mudo y atento para oir se inclina
El eco dulce de su voz divina.

Su delicioso, celestial sonido
Derramado se esparce por el viento,
Y embelesa el oido
De todo sér, y ahoga todo ruido
Que existe en aire, tierra y firmamento;
Y á los acentos de su voz, süaves,
Las rumorosas auras se adormecen,
Las sonoras corrientes enmudecen,
El eco olvidan de su voz las aves;
Y en su lecho de arena movediza
Lentas las olas de la mar se mecen
Y el agua amarga que su són hechiza
Dulce se torna y de placer se riza.

Empero Dios que como rey domina
La eternidad y el tiempo, y cuyas leyes
Ningun encanto á su favor inclina
Como el poder de los humanos reyes;
Las fuentes del dolor abre entretanto
En la alma de Miriam, y en sus enojos
Aguarda el fin de su armonioso canto,
Segunda vez para anegar en llanto
La casta luz de sus serenos ojos.

Un anciano levita á quien seguia
Una muger cubierta con un velo,
La ceremonia al concluir y el dia
La instó á seguirle con doliente anhelo.
Obedeció la cándida doncella
Y del materno hogar á la morada
De ambos detrás encaminó la huella.
Al umbral de su puerta aglomerada
Reunion de mugeres silenciosa
Esperaba sin duda su llegada,
Compasiva tal vez, tal vez curiosa.
« ¿Qué es esto, hermanas mias?
Preguntólas Miriam sobresaltada.
¿Porqué en el mas alegre de los dias
Delante de mis puertas os encuentro
Veladas, taciturnas y sombrías?
¿Qué mal se alberga de mi casa dentro? »
Mas las mugeres á su voz callaron
Y apartándose ante ella, de la puerta
El paso la franquearon.
Con angustiado afan, con planta incierta
En la morada penetró MARIA,
Y en la primera estancia que halló abierta
Donde una turbia lámpara lucia
A su madre encontró. — No estaba muerta
La anciana todavía:
Mas con la vista próxima á apagarse
La buscaba afanosa,
Incapaz de esplicarse
Con voz ni con accion mas cariñosa.
Sonreir dulcemente
La vió la hija infeliz al acercarse
Al solitario lecho,
Y al abrazarla con filial ternura
Con el postrer aliento de su pecho
Un beso maternal grabó en su frente,
Y al querer la divina criatura
Volvérsele á su vez, su boca pura
Apoyó en su cadáver solamente.

De dolor tan intenso
Por el impulso repentino herida,
De la madre perdida
Cayó sobre los míseros despojos,
Llenos quedando en su dolor immenso
Su alma de hiel, de lágrimas sus ojos.

Cuando al siguiente dia
La misma tumba que á Joaquin encierra
De la esposa el cadáver recibia,
Sobre el haz de la tierra
Sola quedaba en horfandad MARIA:
Mas de Dios á los fallos resignada,
De religiosa abnegacion ejemplo,
A la merced de Dios encomendada
Al amparo de Dios volvióse al templo.

III

Serena es la noche:
Con luz argentina
La luna ilumina
La humana region;

Y el cielo, que de astros
Sembrado destella,
Despliega sobre ella
Su azul pabellon.

Serena es la noche :
Su lánguida calma
Infunde en el alma
Dulcísima paz ;
Meciendo las hojas
Del árbol suspira
El aura, que gira
Sonora y fugaz.

Ya duermen ahogando
Las aves el pío :
Cerrada al rocío
Ya duerme la flor.
Detrás de los astros
Que pueblan la altura,
Radiante fulgura
La faz del Señor.

Al fuego del faro
Por Dios encendido,
En sueño sumido
Reposa Israël,
Cual rey, que, acampado
En tierra vencida,
Reposa cercado
De ejército fiel.

Allí, tras sus muros
De recia espesura,
Callada y segura
Se duerme Salem :
Quebrando los tibios
Nocturnos reflejos
Brillar á lo lejos
Sus techos se ven.

Sobre una colina
Sus torres levanta
La fábrica santa
Del rey Salomon:
Del templo, acotando
Los santos confines
De frescos jardines
La amena estension.

Sus vírgenes *almas*
Cultivan en ellos
Los árboles bellos,
Las plantas sin par,
De que hacen fragantes
Guirnaldas vistosas,
Con que ornan piadosas
El templo y altar.

En cámara, á cuyas
Ventanas vecinas
Movibles cortinas
Los árboles dan,
Envía á los cielos
Con fé solitaria
Su casta plegaria
La triste Miriam.

Allí en su escondida
Sombría vivienda,
A Dios se encomienda
Con férvida fé,
Pidiéndole un aura
De dulce consuelo,
Que alivio en el duelo
De su alma la dé.

Su sér, invisibles
Arcángeles guardan :
Querubes aguardan
Su pura oracion;
Y á Dios se la llevan
Tendiendo triunfantes
Las alas brillantes
A la alta region.

Segun le atraviesa
Perfuma el espacio :
La gloria embelesa
Su místico són :
Y en forma de aroma
Que siente y que vive,
Aspira y recibe
Jehováh su oracion.

Mas llora al enviársela
Miriam : que es amarga
Su pena y es carga
Cruel de llevar;
Y solo contemplan
La tierra sus ojos
Cual campo de abrojos
Que vá á atravesar.

Su espíritu ignaro
Del sér en que existe,
Rebelde resiste
Tan íntimo afan :
Y en sí el gran misterio
Que encierra, ignorando,
Al cielo llorando
Se vuelve Miriam.

Sus gotas de ardiente,
Purísimo lloro
En un vaso de oro
Recoge Gabriel!

¡ Rocío de gracia !
¡ Esencia de fuego
Que habrá de ser luego
Salud de Israël !

IV

Y en esta misma noche
Tristísima, fué cuando
A solas contemplando
Su mísera horfandad;
Al Sumo Dios hacia
La cándida MARIA
Un voto de perpetua
Y fiel virginidad.

—

PLEGARIA DE MARIA.

« Señor, pues que me dejas
Sobre la tierra así,
Desde hoy viviré en ella
Tan solo para tí.

Renuncio á la esperanza
Del porvenir : jamás
Levantará hombre alguno
Mi velo virginal.
Señor, yo te consagro
Mi casta soledad,
Señor, vuele á tí puro
Mi espíritu inmortal.

Señor, pues que me dejas
Sobre la tierra así,
Desde hoy viviré en ella
Tan solo para tí.

Circunde en hora buena
Mi solitario hogar
La niebla infamadora
De la esterilidad.
Señor, á tí tan solo
La huérfana amará :
¿ Ni á quién sino á tí puede
Su corazon amar ?

Señor, pues que me dejas
Sobre la tierra así,
Desde hoy viviré en ella
Tan solo para tí.

Tú vives en mi pecho,
Y en él no caben ya
Livianas sensaciones
De afecto terrenal.
Mi oido atento solo
Para tu voz está :
Mi corazon abierto
Para tu amor no mas.

Señor, pues que me dejas
Sobre la tierra así,
Desde hoy viviré en ella
Tan solo para tí. »

Así en su amargo duelo
Decia á Dios Miriam :
Mas ¿ ante quién se tuerce
La ley de Jehováh ?
Sus santas oraciones
Hasta su trono van ;
Pero mudar no pueden
Su eterna voluntad.

Escrito estaba, y pronto
Su velo virginal
Iba á dejar la esposa
Colgado ante el altar.

LIBRO CUARTO.

—

MARIA ESPOSA.

I

Lució para Miriam la misteriosa
Edad de los ensueños celestiales :
La edad en que se juzga mas dichosa
La muger en sus sueños virginales.
Edad lejana aún de la azarosa
Época de los recios vendabales
De la vida, en que vamos en bonanza
Vogando por el mar de la esperanza.

Feliz adolescencia que perfuma
La fé con aromáticos olores :
Cielo sereno que jamás la bruma
Empaña, ni aquilon con sus furores :
Mar de zafir cuya argentada espuma
No á impulso de huracanes bramadores
Hierve, sino del aura al suave aliento
Se mece con sonoro movimiento.

Bella edad del amor, afortunada
Estacion de los goces de la vida,
En la cual ni esperanza hay engañada,
Ni amigo ingrato, ni ilusion perdida.

Pradera de mil flores esmaltada
Que á reposo y placer solo convida:
Breve edad de brevísima ventura
Que hace mas breve aún nuestra locura.

Felices, generosos, lisonjeros,
Floridos, inocentes quince años:
En los que ignora el hombre los arteros
Lazos del mundo loco y sus engaños:
Edad en cuyos dias placenteros
Se ven y no se creen los desengaños;
Vestíbulo dorado de esta vida,
Mansion del llanto, del dolor guarida.

Llegó esta edad para Miriam: su seno
De juventud y de vigor henchido,
Sintió, aunque á instintos de impureza [ageno,
Del corazon el juvenil latido:
Del fuego del amor le sintió lleno
Y hácia el amor con fuerza compelido;
Mas como era su amor hijo del cielo
Hácia él tendió su corazon el vuelo.

Su alma libre de la carne impura
Amorosa á los cielos se elevaba
Y en piélagos de amor y de ternura
Celestes, se perdia y se estasiaba;
Y quebrantando la prision oscura
De la tierra, amorosa se exhalaba
Y del divino amor en Dios bebia
Torrentes de balsámica ambrosía.

Aquella flor divina, conservada
Del templo en el seráfico recinto
Y del Señor para el jardin criada,
Huia de la tierra por instinto.
Y entreviendo sus riesgos, espantada
Resistia del mundo el laberinto
Penetrar, y al Eterno consagrada
Vivir queria en su feliz morada.

Allí do en humo vagaroso y denso
Suben á Dios desde la sacra loma
Perpetuas nubes de aromoso incienso,
Anida aquella mística paloma.
Allí el arrullo de su amor intenso
Al Dios que el mar y las tormentas doma,
Bajo forma de místicos cantares
Eleva desde el pié de sus altares.

Y al crepúsculo blanco de la aurora
Que llena el universo de alegría,
Y cuando el tibio sol las cumbres dora
Con el reflejo postrimer del dia,
Y á la luz de la luna inspiradora
Siempre de celestial melancolía,
Himno perpetuo de su amor levanta
Y al Dios que adora interminable canta.

Así Miriam la hermosa primavera
Creyó pasar de su inocente vida,
Olvidando la ley, tal vez severa
Mas honrada en Judá y obedecida,
Que obligaba á las vírgenes, cualquiera
Su condicion que fuese, esclarecida
O humilde, á sustraerse al afrentoso
Celibato en los brazos de un esposo.

II

No la olvidaba en su rencor empero
Luzbel que, odiando su inmortal pureza,
Poner ansiaba el universo entero
Entre el pié de Miriam y su cabeza.
No la olvidaba, y con profunda ira
Dejando las mazmorras del infierno
A la region voló donde respira
La Vírgen predilecta del Eterno.

Era la noche en que Miriam de hinojos
Del templo en la vivienda solitaria,
A Dios volviendo los amantes ojos
Enviaba á Dios su virginal plegaria.
El rey de las tinieblas sus enormes
Alas plegó sobre erial colina,
Entre unas ruinas lóbregas é informes
Desde las cuales la ciudad domina.

Al estender su perspicaz mirada
Por el recinto de Salem dormida,
Vió á Miriam por los ángeles velada
É ir al cielo en sus alas conducida
La oracion de sus labios exhalada.

Defendida al hallarla por el cielo,
En lugar de ceder con miedo santo
Sintió crecer su despechado anhelo,
Y dió un rugido, á cuyo són de espanto
Estremecióse de Salem el suelo:
Y ansioso de venganza ó de pelea
Volvió á cernerse con siniestro vuelo
Por cima de los pueblos de Judea.

Tres veces dió de la ciudad la vuelta
En derredor de sus sagrados muros,
Y de su forma colosal, envuelta
En pliegues de vapor densos é impuros,
La masa informe por el aire suelta
Dibujó sus contornos inseguros
En la alfombra de mieses y de viñas
Que tapiza sus fértiles campiñas.

En tanto que la tierra registraba
Con ojo que penetra cuanto existe,
Una infernal sonrisa iluminaba
Su faz ceñuda siempre y siempre triste.

Digno tan solo de él un pensamiento,
Traidor, que fermentaba en su cabeza,
Hízole imaginar por un momento
Que podria asaltar su osada mano
Y manchar la castísima pureza
De aquella blanca flor, á la que en vano
Cercó con el vapor de la torpeza.

Permaneció un instante suspendido
Entre el cielo y la tierra en absoluta,
Torva inmobilidad, embebecido
En meditar su vengadora idea:
Y con una señal vista tan solo
De sus malditos súbditos y de ellos
No mas obedecida,
Convocó en torno de él cuantos de un polo
Al otro, tienen terrenal guarida.

Acudieron al punto aquellos seres,
Que sus hondos proyectos infernales
Vienen á realizar sobre la tierra,
Y bajo el dulce nombre de placeres
Á inocular el gérmen de los males
En el vicioso corazon, que encierra
El pecho de los míseros mortales.

Bajó Luzbel á un valle que la luna
No iluminaba ya, y en torno suyo
Teniendo á los espíritus, que aduna
Su voluntad satánica y á cuyo
Torcido instinto sus proyectos fia,
Les dirigió la voz de esta manera,
Mas con eco tan débil que se hundia
Entre el rumor del aura en la pradera.

«Toda Israel conoce á la doncella
Que entonaba en la fiesta de las flores
Los cánticos del templo. No hay en ella
Mas que gracia y virtud, luz y primores;
Es fuerza empero que su imágen bella,
Revestida de impúdicos colores,
De todos los mancebos en la mente
Como sombra de amor se represente.

Ornáos, pues, de mirtos y de rosas:
Tomad las formas leves y risueñas
De aquellas creaciones licenciosas
De Grecia, al hombre vil siempre halagüe-
Corred sobre sus alas aromosas [nas:
Las ciudades, los valles y las breñas,
Y el torpe corazon de los mancebos
Abrid á un nuevo amor, de instintos nuevos.

Haced que escuche sin cesar su oido
Y se alce sin cesar en su memoria,
De su mágico cántico el sonido
Y de su vida la virgínea historia;
De su amor, para todos prohibido,
Haced que aspiren todos á la gloria,
É inflamad de Miriam por la hermosura
Una pasion universal é impura.»

Dijo: su infanda idea comprendiendo,
Los infernales genios sus secuaces
Se desbandaron, en silencio hendiendo
El seno de la atmósfera fugaces;
Y de su rey el pensamiento horrendo
Ellos no mas de realizar capaces,
De las moradas de Israel el fondo
Comenzó á emponzoñar su hálito hediondo.

Empezó su satánica presencia
A turbar las pacíficas mansiones,
Y empezó su maléfica influencia
A filtrarse en los torpes corazones;
Y cuantos de Israel la efervescencia
Del juvenil ardor de las pasiones
Dominaba, á la vírgen recordaron
Y con la imágen de Miriam soñaron.

Mas aunque el maleficio del infierno
Intentó su castísima belleza
Profanar, ante un soplo del Eterno
Se disipó: en su espléndida pureza
Se pintó de las almas en lo interno
De los mancebos, y en su ruin vileza
Cuantos la imágen de Miriam soñaron
Cual celeste vision la recordaron.

III

En alas, no de la pasion liviana
Sino de amor respetüoso y casto,
Llegóse á demandarla por esposa
La juventud hebrea: los ancianos
Ministros del Señor y sus tutores
La demanda á Miriam participaron,
Y la vírgen que á Dios se habia ofrecido
Escuchó sus palabras con espanto.

«Jamás, dijo, jamás con hombre alguno
Podrán unirme conyugales lazos:
De mi virginidad y de mi vida
Hice voto al Señor y quebrantarlo
No osaré.» Los ancianos á tan nueva
Revelacion de asombro se llenaron,
No comprendiendo un voto que en Judea
Era á su parecer voto insensato.

La ley universal de las mugeres
Hebreas: la deshonra y el escarnio
De la esterilidad, pues prometian
Al pueblo de Israel santos oráculos

Que aquel Mesías rey no de otra tribu
Que de la tribu de Judá ser vástago
Debia : el ser Miriam la mas ilustre
Doncella de linage tan preclaro,
Imposible en las leyes de su pueblo
Hacian de Miriam el voto casto.

¡Ah! ¿Ni cómo oponerse á los designios
De Dios, que siglos antes que del caos
Brotar hiciera los diversos mundos
Que pueblan los abismos del espacio,
Por sus fines secretos y recónditos
Lo habia así en su mente decretado?

— De un terrenal amor la llama débil
Parece á Miriam un fuego escaso
Para su ardiente corazon; mas fueron
Sus ruegos y sus lágrimas en vano.
Los severos tutores á sus deudos
A reunion doméstica invitaron,
Para elegir para Miriam esposo
Digno con ella de partir el tálamo.

—

Habia entre los hombres
Que de Miriam la mano pretendian
Muchos de ilustres nombres
Que de su misma raza descendian;
Hebreos poderosos,
Que al esplendor de su elevada cuna
Unian orgullosos
Los timbres de la gloria y la fortuna :
Herederos de jefes y magnates,
Que volvieron un tiempo, de despojos
Cargados, con honor de los combates,
O cubiertos los pechos
De gloriosas heridas;
Y que á los propios y estrangeros ojos
Eran, por su opulencia ó por sus hechos,
Las glorias de la patria mas queridas.
Hombres, que por su herencia ó hechos [bravos,
Poseian palacios esplendentes
Y campos florecientes
Y vencidos ó bárbaros esclavos.

Habia agricultores,
De fértiles campiñas y viñedos,
Y huertos y olivares
De ganados sin número señores;
Y en las riberas del Jordan amenas
Eran dueños de mieses y colmenas,
Y de tribus enteras de pastores;
Cuyos campos, dehesas y plantíos
Regaban, abundosos
En pescados sabrosos,
Turbios arroyos y profundos rios.

Ricos habia, osados mercaderes,
Que cruzando los mares
Venciendo riesgos, superando azares,
Traian de Israel á las mugeres
Las turquesas que Iran cria en las faldas
De sus montes y bosques seculares;
De Egipto las costosas esmeraldas,
Y las perlas que esmaltan las coronas
De los altivos reyes;
Las que entre bosques de coral encierra
En apartadas zonas
El azul golfo Pérsico profundo,
Y que el marino audaz, hollando leyes
Y buscando la muerte vagabundo,
Disputa al fiero mar hasta en sus senos
De raros monstruos y peligros llenos,
Para halagar la vanidad del mundo.
Y otros habia en fin enriquecidos
Con los nobles y espléndidos tejidos
Dos veces en la púrpura teñidos,
Que en aquellas edades
Eran orgullo y gloria
Y hoy son no mas efímera memoria
De Tiro, emperatriz de las ciudades.

Mas ni entre los magnates poderosos,
Ni entre los en las lides vencedores,
Ni entre los de campiñas posesores,
Ni entre los mercaderes opulentos,
Ni entre los marineros animosos,
Que visitan del mundo los confines,
Los sacerdotes de Salem, guiados
Por el Señor á sus eternos fines,
Encontraron aquel que digno era
De aquella Virgen casta y hechicera
Del universo mundo soberana,
Cuyo sagrado nombre
En las borrascas de la vida humana
Mas tarde habia de invocar el hombre.
Nombre á par del de Dios omnipotente,
Que allá en la azul esfera
En su mano eternal apaga el rayo
Que ya pronto á partir vibra estridente;
De aquella Virgen cuyo puro aliento
Al despertar la fresca primavera
El florido tapiz que envuelve á mayo,
Tiende por la fructífera pradera :
Y á cuyo soplo con susurro lento
Y amoroso, la ráfaga ligera
En sus tallos meciendo va las flores,
Prestando al vago viento
Blando són y balsámicos olores.

De los ilustres cien competidores,
El varon elegido
Por los sabios ancianos y tutores
De Miriam, el á todos preferido
No fué jóven, ni rico, ni gallardo;

Ni guerreros ó cívicos honores
Daban pres á su frente encanecida;
En un oficio laborioso y tardo
Las cosas necesarias de la vida
Con incesante afan se procuraba:
Mas cuanto pobre, honrado,
Respetado por todos y querido,
De su alta edad desde el albor primero
En su ciudad natal habia vivido,
Y José se llamaba
Y era de Nazaret el carpintero.

Esta eleccion empero misteriosa
Y para el pueblo todo sorprendente
Hízola el mismo Dios, con milagrosa
Disposicion, patente
Haciendo á los ministros del santuario
Su eterna y santa voluntad divina.
Un dia de Miriam los pretendientes
Al despuntar la estrella vespertina
Despues de alzar al cielo sus fervientes
Devotas oraciones,
Dentro del templo y cerca del sagrario,
Secas varas de almendro depusieron,
Segun de sus mayores
Uso fué y tradicion que recibieron:
Y cuando á la mañana
Siguiente juntos al santuario entraron,
Verde y cubierta de fragantes flores
La seca vara de José encontraron.

Y un mozo de ilustrísimo linage,
A quien los mas altivos de Judea
Tributaban respeto y homenage,
Al ver aquel prodigio portentoso
Que apagaba la luz de su esperanza,
Rompió su vara en ademan furioso,
Y cediendo al impulso de su ira
Y ansioso de venganza,
Sed que á su alma Satanás le inspira,
Atentó de José contra la vida:
Mas á tiempo teniéndose, por suerte,
Del templo se salió, y á la salida
A sí propio intentó darse la muerte.
Mas cuando, palpitante,
Al vil consejo de Luzbel cedia,
Vió de Miriam el cándido semblante
En la alta gradería:
Y en este mismo instante
Aquella aparicion, obra del cielo,
Devolvió su valor á su alma fuerte;
Y volviendo en sí mismo
Con los santos discípulos de Elías
Se encerró en una gruta del Carmelo,
Y vencido Satan volvió al abismo.

Los sacerdotes de Miriam tutores,
La eleccion la anunciaron decidida,
Y la casta paloma cuya vida
Como raudal de cristalina fuente
Se deslizaba mansa y dulcemente
Entre sagrados cánticos y flores;
Aquella virginal naturaleza
Educada en la fúlgida grandeza
Del templo sacrosanto,
Se sometió á la vida de quebranto
De ocupacion vulgar y rango oscuro
Que del pobre artesano en la vivienda
Por dilatados años la esperaba;
Y de los sacerdotes en presencia
Teñido de rubor el rostro puro
Que los rostros angélicos nublaba,
Les anunció sumisa su obediencia.

Divina inspiracion para consuelo
De su pesar la envió piadoso el cielo:
Y entreviendo su espíritu el futuro,
Alto, inefable y celestial destino
En la region del porvenir oscuro,
Ante el altar de Jehováh postrada
Oró con faz tranquila y resignada:
Y cual viajero que la selva umbrosa
En noche de borrasca tenebrosa
Para seguir aguarda su camino
A ver la luz del astro matutino,
Solo miró en José la protectora
Guarda que Jehováh daba á su vida
Contra la muchedumbre tentadora
De riesgos, seducciones y de engaños,
Que á la muger entonces como ahora
Cerca falaz en los primeros años.

IV

Dias despues, en hora en que la luna
Atravesando el firmamento azul,
Plateaba la tierra con sus rayos
De misteriosa y vacilante luz,

Numerosa y alegre comitiva,
Cruzando por las calles de Salem,
Se acercaba con músicas y antorchas
A la modesta casa de José.

Cedido se la habian sus parientes
Para el festin de la funcion nupcial,
Y á casa de su esposo bajo un palio
Conducian sus deudos á Miriam.

Animado el semblante venerable
Con sonrisa de sincero placer,
La introdujo en la sala de la fiesta
Su esposo, y la sentó bajo un dosel.

Allí, conforme al uso establecido
Por viejos patriarcas de Judá,
Puso José en el dedo de la Vírgen
El misterioso anillo nupcial,

Diciéndola: « Hé aquí que eres mi esposa »
Y cubriendo á Miriam con su taled
Tomó la copa, que cercano deudo
Llenó de vino y se la dió á beber.

Gustáronla los dos: arrodilláronse
Todos y bendijeron al Señor:
Un puñado de trigo derramaron
Muestra de la abundancia que dá Dios;

Y rompiendo la copa un niño, puso
A la solemne ceremonia fin,
Pasando los alegres convidados
A la inmediata sala del festin.

Y aquella noche ante su casto lecho
El sencillo José dijo á Miriam:
« Tú serás para mí como mi madre: (1)
Yo te respetaré como al altar.
Yo hice los mismos votos que tú has hecho,
Y ambos los cumpliremos á la par:
Así llenamos las terrenas leyes
Sin infrigir la ley de Jehováh. »

Y así su voluntad inescrutable
Llevó á su fin el Dios omnipotente,
Por oculto camino, impenetrable
A la razon de la mundana gente:
Así llegó á cumplirse el inefable
Misterio incomprensible y sorprendente
De que una Vírgen Madre concibiera
Al que formó la creacion entera.

V

¡ Oh cuánto al corazon es halagüeño,
Tras larga ausencia y desde gran distancia,
Volver á ver el sitio en que risueño
Y en la dichosa paz de la ignorancia
Su tiempo vió nuestra feliz infancia!

¿ A quién, aunque en alcázares morara
Y en merecida esplendidez viviera,
No le fué siempre la memoria cara
Del oscuro rincon en que naciera,
Y dó el albor de su niñez pasara?

Aquel á quien la suerte caprichosa
A la corte llevó desde la aldea,
Desde la medianía á la ostentosa
Opulencia, en su alcázar se recrea
Recordando su aldea silenciosa.

Aquel que fué á tentar en los azares
De la guerra ó del mar á la fortuna,
Y la alcanzó en las guerras y los mares,
Llora al volver á ver en sus hogares
El lugar que ocupó su humilde cuna.

¡ Con qué placer, al espirar un dia
De otoño melancólico y templado,
A ver volvió la virginal MARIA
A Nazaret de huertos circundado
Donde el albergue paternal tenia!

Al ver aquellos cerros pintorescos,
Verdes olmedas y viñedos frescos,
Sollozando de gozo, se olvidaba
De los ricos tapices y arabescos
De las estancias dó en Salem moraba.

El pardo techo de su blanca casa
Que cubre el musgo que la lluvia cria,
La puerta hendida por dó el aire pasa
Ve, á la luz del crepúsculo ya escasa
Y á través de sus lágrimas, MARIA.

Y á su niñez tornando el pensamiento
La recordó desde el primer momento
Porque de culpa original exenta
Desde el nacer, sin enseñanza lenta,
Claros tuvo razon y entendimiento.

Allí su anciana madre transportada
De gozo, la mecia en sus rodillas:
Detrás de aquella puerta escalonada,
Creia ver su túnica morada
Ribeteadas de blanco las orillas.

Desde aquella ventana enmohecida
Contemplaba Joaquin con grave aspecto
De la dichosa madre embebecida
En cuidar de su sueño y de su vida
El tierno afan y maternal afecto.

Todo le recordó: y arrodillada
Sobre el umbral de la mansion paterna,
Oró por la memoria venerada
De aquellos de quien vuelve á la morada
Por la suprema voluntad eterna.

(1) Entre los hebreos eran una cosa bastante comun estos votos de continencia en el matrimonio. Si un marido decia á su muger: *tú eres como mi madre*, ya no le era permitido usar de los derechos de esposo, y con mas razon cuando habia hecho intervenir en el voto, el altar ó el nombre de Jehováh, su templo ó el sacrificio. Las mugeres tambien solian hacer estos votos.

VI

Paloma fugitiva que vuelves á tu nido,
Errante nazarena que vuelves á tu hogar,
Por Dios está bendita la cuna en que has [nacido,
Tu casa es el santuario por Jehováh elegido,
Tu lecho el ara santa de su perenne altar.

Ya nunca de tu planta se borrarán las [huellas,
El polvo que tú pises el mundo adorará,
Tu frente soberana coronarás de estrellas,
Y nuestra impura raza, pasando por entre [ellas,
Tras tí al viviente alcázar de Dios ascenderá.

¡Oh Vírgen cuyos ojos dan luz al sol na- [ciente,
De todo bien orígen, de Dios emanacion,
Hechiza con tu nombre mi canto balbuciente
Para que al mundo inspire cuando tu his- [toria cuente
La fé con que te adora mi firme corazon.

PARTE SEGUNDA.

LIBRO QUINTO.

—

LA VENIDA DEL ANGEL.

I

Como arroyuelo puro
Que al través deslizándose del prado,
Protegido del fértil emparrado
Por el follage oscuro,
Hasta el bosque vecino
Sigue su manso curso, cristalino,
Jamás de humanas huellas mancillado :

Tal la dulce existencia
Se deslizaba de José y Maria ;
Que es fuente inagotable de alegría
La paz de la inocencia :
Y los castos esposos,
Entre el trabajo y la oracion dichosos,
Miraban trascurrir dia tras dia.

En su taller mezquino
La voz no oyendo del orgullo vano,
Trabajaba aquel místico artesano
Sin soñar su destino ;
O al bosque sus tesoros
De terebintos, cedros, sicomoros,
Disputaba tal vez su fuerte mano.

Y como el poderoso
A cuyo corazon sobra nobleza,
Parte acaso piadoso su riqueza
Con el menesteroso :
Así el patriarca santo
De los mendigos enjugaba el llanto,
Compartiendo con ellos su pobreza.

En tanto que amorosa
La reina de los cielos elegida,
En grosera labor entretenida,
Preparaba gustosa
Los humildes manjares,
Que al volver el patriarca á sus hogares
Confortaban su fuerza enflaquecida.

Sus manos delicadas
Que en lino y oro y seda mil primores
A hacer, en perfectísimas labores,
Estaban avezadas ;
Tosca y humilde estera
Tejieron del Jordan en la ribera
De palmas y de juncos cimbradores.

Y el pobre pavimento
De la sencilla patriarcal morada
A tan altos misterios destinada
Cubrió ; y aun mas violento
Trabajo no asustó su fortaleza,
Ni marchitó su celestial belleza ;
Bajo su manto cándido velada,

A la vecina fuente,
Con un antiguo cántaro que inclina
Bajo su peso la virgínea frente,
El agua cristalina
Va á coger, ó la túnica azulada !
Que cubre su persona inmaculada
A lavar en su vívida corriente.

Y al espirar el dia,
Cuando la filomena su morada

Busca bajo la fértil enramada;|
Colocaba MARIA
Sobre una mesa limpia y reluciente
Los panes de blancura refulgente,
Fábrica de sus manos acabada.

Los dátiles sabrosos,
Los lacticinios y la miel hiblea,
Al patriarca feliz de Galilea
Manjares deliciosos :
Y la cena frugal ya preparada
Cuando José tornaba á su morada
Concluida su tarea :

En el umbral la esposa
Lo esperaba de pié, y el agua pura,
Al fuego ya templada su frescura,
Le daba cariñosa;
Y él el polvo lavaba
De sus piés, y á la mesa se acercaba,
De amor el alma henchida y de ternura.

Y con manso decoro,
A su lado sentábase sencilla,
Del mundo y de los tiempos maravilla,
La que es de amor tesoro.
Y el rostro juvenil de gracia lleno
Junto formaba al de José, sereno,
Un grupo digno de la edad de oro.

Y en plática sabrosa
Las lentas horas rápidas pasaban,
Y los castos esposos se abrasaban
En el amor de Dios : y su afanosa
Pobreza enaltecida
Con la santa pureza de su vida,
Alegres olvidaban.

Y dos meses pasaron
En aquella feliz, dulce existencia
De trabajo y de paz y de inocencia;
Mas los tiempos llegaron
Del Salvador Mesías
Que anunciaban las altas profecías,
Y en su trono se alzó la omnipotencia.

II

La hora sonó : el Altísimo
Calmado ya su encono
Contra el humano, el fúlgido
Mirar, desde su trono,
De inmenso amor, fecundo,
Sobre el terrestre mundo
Giró, como relámpago
Nuncio de paz y amor;

Y entre los siete arcángeles
Que á su derecha asisten,
Que con las alas cándidas
Se cubren y revisten,
A los eternos fuegos
Quedar temiendo ciegos,
Al que mas cerca mírase
Así ordenó su voz :

« Corta con vuelo rápido,
Gabriel, el éter puro,
Y donde se alza tímido
De Nazaret el muro,
Detén la ardua carrera
Por la azulada esfera,
Y en el humano vórtice
Pon el seguro pié.

Allí, en mansion de lúgubre
Color, y humilde planta
Que del confuso estrépito
De la ciudad se espanta;
De nadie conocida,
Pero de mí elegida,
Púdica flor, ocúltase
La reina de Israël.

Sé el que feliz anúnciele
Mi voluntad divina;
Primero en ver la plácida
Estrella matutina
Que el fausto fin, ansiado
Del reino del pecado
Anuncia al mundo, humíllate
Ante su pura faz :

Dila que al fin aplácase
Mi cólera severa,
Por la soberbia indómita
De la muger primera;
Del mal reparadora
Será, é intercesora
Entre el humano mísero
Y el sumo Jehováh. »

Dijo; y el ángel férvido
De las eternas salas
Partiendo, al aire nítidas
Abre las puras alas;
Y al mundo presuroso
Dirige el vuelo ansioso,
Surco de luz espléndido
Dejando en pos de sí.

Y como el lampo efímero,
El rey de los querubes
Rompe la capa lóbrega
De las revueltas nubes;

Y el rayo diamantino
Que marca su camino
Es tal, que al verlo, súbito
Cegara un serafin.

Moviendo á un tiempo rápidas
Las alas de oro y nieve,
Deja el inmenso número
De soles muy en breve
Detrás, y en la agitada
Atmósfera azulada
De nuestro mundo, ciérnese
Un punto en Nazaret.

Era aquel hora lánguida
En que el mortal inclina
A su criador la súplica
Piadosa, vespertina;
En que en murmurio suave,
Del pez, el bruto, el ave,
Del bosque y mar elévanse
Mil himnos de placer.

Hora en que al rayo trémulo
Del moribundo dia,
El alma en ancho piélago
De amor y de armonía
Se aniega, y sublimada
Al cielo, separada
De su prision corpórea,
Se eleva hácia el Señor.

Y en su celeste júbilo
Cabe á la suma alteza,
Feliz un punto, olvídase
De su mortal flaqueza;
Y unida al sumo coro,
Al són del arpa de oro,
Entona un dulce cántico
De interminable amor.

Mas la inspirada púpila
Del ángel que camina,
De la inflamada atmósfera
A la ciudad declina :
Y dentro al laberinto
Que encierra su recinto,
Busca la virgen cándida
De sin igual virtud.

Mírala en ruego estático
Postrada contra el suelo,
Y á la mansion seráfica
Dirige el raudo vuelo :
Nuncio feliz y santo
Del fin de nuestro llanto;
Embajador benéfico
De paz y de salud.

III

Penetra en fin en la apartada estancia
De Dios el mensagero,
Desparciendo suavísima fragancia
Dó quier su pié ligero.

Al trascendente olor, la virgen pura
Alzó los castos ojos,
Temiendo ver en la celdilla oscura
Los divinos enojos.

Y vió un mancebo fúlgido que ante ella
Inclinando la frente,
En voz cual de amantísima querella,
Mas sonora y potente :

« Yo te saludo, dijo, á Ti la llena
De gracia y hermosura;
Contigo está el que vibra ó encadena
El rayo allá en la altura.

Tú sola eres la Santa y bendecida
De todas las mugeres :
Capaz de dar al hombre eterna vida,
Tú sola, Vírgen, eres. »

Y María tembló, no comprendiendo
Del ángel la voz grave;
Mas él en su embajada prosiguiendo
Con tono mas süave:

« No temas, que has hallado en la pre-
De Dios gracia infinita; [sencia
Sin perder el candor de tu inocencia
Serás por él bendita.

Concebirás un hijo en tus entrañas;
Jesus será su nombre :
Y en tu tierra será y en las estrañas
Salud eterna al hombre.

Grande será : de todos bendecido,
Hijo de Dios llamado;
Y será el trono de David, perdido,
Por él recuperado.

Sobre la casa de Jacob, fecundo
Su reino omnipotente,
Cumplidas las edades de este mundo
Durará eternamente. »

María, empero de sorpresa llena,
En su ignorancia pura,
Al ángel preguntó con faz serena :
« ¿Mas cómo tal ventura

Puedo alcanzar, ni el maternal anhelo,
Si á Dios me he prometido;
Y de virginidad só el puro velo,
Varon no he conocido? »

Y el ángel respondió : « Desde el altura,
Aquel, tres veces santo,
Bajará sobre tí; su sombra pura
Cual generoso manto

Te cubrirá; por esto al santo fruto,
Vírgen, que en tí naciere,
Pueblos y reyes le darán tributo,
Y ¡ay del que no creyere!

Porque creas la nueva soberana
Que así te ha sorprendido,
Te diré que Isabel, tu prima anciana,
Un hijo ha concebido.

Y aunque estéril la juzgan, del preñado
Esta es la sesta luna :
No hay imposible al Sumo, al increado
Que amor y ciencia aduna. »

Entonces la doncella anonadada,
Al nunciador divino
Así le contestó, la faz bañada
En rubor purpurino :

« Hé aquí sumisa del Señor la esclava;
Hágase en mí su voluntad divina. »
Y en aquel punto el ángel se elevaba
Al cielo en una nube zafirina.

Y EL VERBO SE HIZO CARNE; de este mundo
A habitar en la cárcel maldecida,
Y á rescatar al hombre del profundo,
Muriendo para darle eterna vida.

Cumplido ya el misterio incomparable
De la generacion maravillosa
De un Dios, en vil materia deleznable,
Si bien hecha por él, noble y gloriosa :

Solo el hombre en su ciencia envanecido
No sospechó que estaba tan cercano
El instante feliz y apetecido
Del complemento del linage humano.

Del invierno era el fin (1), la primavera,
Derramando raudales de verdura,
Al monte, al llano, al bosque y la pradera
Revistió con su espléndida hermosura.

Lució del sol mas puro el vivo rayo,
Y en la flor columpiándose indecisa,
Fragante don del prematuro mayo,
Con voz mas dulce susurró la brisa.

Y de las aves el arpado coro
Entonó mas armónicas canciones;
Y enmudeció del infeliz el lloro
Y callaron los turbios aquilones;

Mansa mugió la mar, en la ribera
Sumisa recostándose adormida;
Del bajo mundo á la encumbrada esfera
Todo tuvo otro sér y nueva vida.

Y al caér de la tarde, los pastores
Los rebaños trayendo á las majadas,
Y al volver á su hogar los labradores,
Sus rústicas tareas acabadas;

Acaso en las orillas deleitosas
Confusos se paraban de los rios,
Escuchando armonías misteriosas
Que de prados y montes y plantíos,

En la region del aire se elevaban
Y sobre ellos un punto se cernian;
Y de aquellos prodigios se admiraban
Y á sus gentes tal vez los referian.

En tanto que MARÍA en el estrecho
Límite de su estancia, meditaba,
Y de santa inquietud turbado el pecho
A obedecer á Dios se preparaba.

LIBRO SESTO.

—

LA VISITACION.

I

Era aquella estacion de encanto llena,
La estacion que los campos engalana,
La que dá á cada tallo su capullo
Y á cada seco tronco su guirnalda;

Y al arroyo su marco de verdura
Y murmurio mas plácido á sus aguas,

(1) Segun varios autores venerables, se cumplió el misterio de la encarnacion un viernes por la tarde, dia 25 de marzo.

Y al dia mas fulgentes resplandores
Y á la noche mas sombras y mas calma;

Era en fin la risueña primavera,
Estacion del amor afortunada,
En que naturaleza se reviste
De mayor juventud, vigor y gala,

Cuando dejando á Nazaret María,
Caminó de Judea á las montañas,
Y á la ciudad de Aïn, dó el sacerdote
Zacarías, su deudo, se encontraba.

Era feliz esposo el Aaronita
De la casta Isabel, aquella anciana,
Que, segun el celeste paraninfo,
En su estrema vejez fecundizada

Por el soplo divino, un gran profeta
Alimentaba entonce en sus entrañas;
Y anhelaba María de aquel triunfo
Testigo ser de tan ilustres canas.

Circundada de amigos y parientes
Salió de Nazaret una mañana,
Dejando allí á José, que por entonces
No pudo á su pesar acompañarla.

Penosas y no exentas de peligro
De Nazaret á Aïn cinco jornadas
Hubo de hacer María, espuesta siempre
A fatigas y riesgos en su marcha;

Que está aquella region por mil torrentes
Cortada y asperísimas montañas
Y arenosos desiertos, propio asilo
De hombres perversos ó de fieras bravas.

A cada paso las angostas sendas
Que en posteriores tiempos la romana
Industria reparó, se interrumpian
Por barrancos ó bruscas hondonadas:

Piedras resbaladizas al viajero
Con caida mortal amenazaban,
O desiguales surcos y hundimientos
Que el camello trazara con su planta.

Al caér de la tarde, en un recinto
Que con sus tiendas móviles formaban,
Deteníase acaso entre temores
Y angustias, la pequeña caravana,

Y una estera de juncos era el lecho,
Y una sencilla tienda la morada,
Dó pasaba la noche temerosa
La Reina de los cielos soberana.

Por fin llegó Miriam de su camino
Al término feliz, y sin tardanza
Se dirigió á la casa que el levita
Con su esposa amadísima habitaba.

É Isabel, que por una de sus siervas
De la ilustre visita fué informada,
A su encuentro acudió, del puro gozo
El rostro lleno que inundaba el alma.

Y la jóven entonces no queriendo
Que ella fuera primera en saludarla,
« ¡La paz del sumo Dios contigo sea! »
La dijo con suavísima palabra.

Y luego, adelantándose, á su cuello
Se quiso abalanzar; pero la anciana
Súbito un paso atrás retrocediendo,
Fijó en ella su límpida mirada.

A la espresion de afecto cariñoso
Que su franca sonrisa revelaba
Pocos momentos antes, un profundo
Respeto sucedió: su frente ajada

Por el curso del tiempo, tersa y pura
Se tornó: sus facciones transformadas
Rayos resplandecientes despedian
Que de luz el vestíbulo inundaban;

Y profético espíritu del cielo
Sobre ella descendió, y arrebatada
Pronunció, dirigiéndose á María,
Con resonante voz estas palabras:

« ¡Salve tú, bendecida
Entre toda terrestre criatura!
¡Salve, corriente pura,
Al mortal escondida,
De eterna redencion y eterna vida!

¡Bendita tú, y el fruto
De tu vientre purísimo, bendito!
Al túrbido Cocito,
El hombre en llanto y luto,
Ya libre, no dará fatal tributo.

¿De dónde la ventura,
De que la madre de mi Dios, piadosa,
A mí venga amorosa,
Bajando de su altura,
De esta su esclava á la mansion oscura?

Que al llegar á mi oido
Su voz, en mis entrañas se ha agitado
De gozo el hijo ansiado.
¡Feliz la que ha creido!
¡El misterio inmortal será cumplido! »

Miriam entonces, plácida, serena,
Aunque del Santo Espíritu agitada,
Con voz süave de armonía llena
Prorumpió en este cántico inspirado:

II

« ¡ Gloria, gloria al Señor!... La lengua mia
Esclame enajenada;
¡ En Dios que es su salud y su alegría
El alma transportada!

Que sin ver de su esclava la bajeza
Colmóla de bondades;
Y admirarán su espléndida grandeza
Del mundo las edades.

De corona inmortal ornó mi frente;
¡ Cubrióme con su manto
Aquel temido Sér omnipotente,
El que es tres veces santo!

El que agita del mar y de los vientos
La indómita pujanza;
Y vuelve á los furiosos elementos
La paz y la bonanza;

Cuya misericordia y cuyos dones
Sin límite se estienden,
Sobre una y diez y cien generaciones
De los que no le ofenden.

Desplegó el indomable poderío
Del brazo prepotente,
Y en medio aniquiló al mortal impío
De su furor demente.

Derrocó á los magnates poderosos
Del solio enaltecido;
Y á los sitios de honor, esplendorosos
Ensalzó al abatido.

Al pobre enriqueció, y á los hambrientos
Colmó de sus favores;
Tornándose desnudos, macilentos,
Los ricos opresores.

De su misericordia ilimitada,
Pompa hizo en su largueza;
Y recobró Israël esclavizada
Su brio y altiveza:

Segun lo que á Abraham fué prometido
Y á nuestros genitores,
Y hasta que el fin del mundo haya venido
Tendrán sus sucesores. »

III

Treinta soles pasó la Vírgen pura
En la region Hetéa bendecida,
De Aïn á pequeñísima distancia,
En la casta mansion de Zacarías:
Allí la nieta de David, dotada
Como él tambien de inteligencia altiva,
En su primer cantar nubló la gloria
Del gran progenitor de su familia:

Allí al caer de la apacible tarde
Cuando empieza á alentar la fresca brisa
Miraba acaso el estrellado cielo
De vaporosas nubes intranquilas
Cubierto, que á la vista semejaban
Diáfanos velos sobre piedras finas;
O del inmenso mar allá á lo lejos
Las llanuras sin límites seguia,
Ya, cuando sus corrientes agitadas
Del aquilon á las tremendas iras,
En montes de zafir hasta las nubes,
Querer llegar osadas parecian;
O ya cuando apacibles, levemente
Rizadas por las auras vespertinas,
Venian á dormirse en manso curso
Sobre las blancas playas de la Siria.

¡Cuánto amor, cuántas gratas sensaciones,
Hasta entonce á Miriam desconocidas,
Anegaban su sér, aquellas horas
De honda meditacion!... ¡ Con qué delicia
De la madre comun, naturaleza,
Contemplaba la pompa y armonía!
Desde el inmenso universal conjunto,
Que el mezquino mortal con pasmo admira,
Soñando acaso en vanidoso sueño
Que sus leyes incógnitas descifra;
Y amontonando luego en laborioso
Estudio, los sistemas que combina,
Cuando el secreto juzga adivinado,
En el punto se ve de su partida;
Y una vez y otra vez á soñar vuelve,
Y mas y mas se ofusca y estravia
La orgullosa razon de que se jacta,
Que ante un grano de arena se aniquila;
Hasta las mas pequeñas perfecciones,
Hasta las mas debilitadas tintas,
Que la mano suprema sabia puso
Del prado en las postreras florecillas.
Ella amaba los bosques y los campos,
Las aguas de las fuentes cristalinas,
Las doradas espigas del otoño
Y de mayo las flores bendecidas.
Ella, mística flor, en los cantares
Del sabio rey llamada; entre las hijas

De los hombres, al lirio comparada,
Que crece del zarzal en las espinas,
Ella que al mundo fué, cual la paloma
Que al arca de Noé llevó la oliva,
Señal de salvacion en el naufragio,
¡En la muerte señal de eterna vida!

Vecino á la mansion del sacerdote
Un estenso jardin cercado habia,
Dó en rica pompa ufanos se ostentaban,
Y en fragancia y verdura competian,
Los árboles y plantas mas hermosas
Que produce en su seno Palestina.
Su brillante diadema de esmeralda
Sobre todas las otras altecida
Soberbia erguia la feraz palmera,
Del dulce fruto ornada, que es delicia
Del hombre; allí el naranjo perfumado
De su flor inmortal, se estremecia,
Cubriendo el suelo de menudas hojas
De azahar, á la nieve parecidas.
Allí el rojo granado, el sicomoro
De esbelto talle, la copuda encina,
El tamarindo, el abedul reacio,
Y el cedro, rey de la floresta umbría;
Y el plátano flexible, cuya copa
De verde claro al céfiro mecida,
Tan tersa luce al sol y abrillantada,
Que á las sedas de Persia diera envidia:
Y en fin la pompa y gala y donosura
Estaba allí completa y reunida,
Con que dotó feraz naturaleza
Las fértiles llanuras de la Siria.
En medio, de una fuente saltadora
Brotaba la corriente clara y viva,
Que desde entonce entre los hombres lleva
El dulcísimo nombre de MARIA.
Y allí, de algunos sauces á la sombra,
Ambas sentadas, las felices primas,
Pasar solian las serenas tardes
En plática sabrosa entretenidas.

¡Cuán grave y sazonada y religiosa
Aquella dulce plática seria!
Santas las dos, las dos en sexo iguales,
Mas en fortuna y en edad distintas:
Cual la muger primera, de este mundo
Al nacer á la luz, jóven, sencilla,
Ignorante del mal, era la una,
Al trono mas espléndido elegida.
La otra muger, en años avanzada,
Alta en virtud y en esperiencia rica,
Estimaba en su precio verdadero
Los bienes y los males de la vida.
Ambas desde el principio destinadas
A suertes portentosas é inauditas,
La una en su seno, estéril tantos años,
Del profeta mayor estaba en cinta;
Miriam, cándido lirio de los valles,
Reina de los cantares escogida,
Dentro de sí llevaba el gérmen puro
Del sumo sér, del Salvador Mesías.

En las plácidas noches del verano,
Cuando sobre la tierra que dormita
Y la tranquila mar, la blanca luna
Sus dulces rayos amorosa vibra;
Por bajo de una higuera agigantada
O de un parral só la enramada umbría,
Con sencillez servíase el banquete
De aquella ilustre, patriarcal familia:
El tierno corderillo, alimentado
Con la yerba aromática que crian
Aquellos altos montes; frescos peces
Cogidos de Sidon en las orillas,
Y miel silvestre, acaso disputada
Al tronco secular de alguna encina;
Y en cestas de anchas hojas de palmera
Graciosa y diestramente entretejidas,
De Jericó los dátiles sabrosos
Que á la mesa del César se servian,
Junto con los alfónsigos de Alepo,
Los durasnos de Armenia, las sandías
De Egipto, y otras frutas delicadas,
En rica profusion se repartian.
Y el balsámico vino que producen
De la fértil Engaddi las colinas,
En ánforas de piedra conservado
Del sumo sacerdote Zacarías;
En vasos de riquísimas labores,
O en copas de topacio y amatistas,
En torno á los alegres convidados,
Escanciaban los siervos á porfía.
Circundada de tal magnificencia,
Parca empero Miriam, cual la avecilla
Que en medio á los racimos del otoño
Hace de un solo grano su comida,
De blancos lacticinios y de frutas
Se alimentaba, y por final bebia
Una taza pequeña de agua pura
En su querida fuente recogida.

Al fin de los tres meses, fué llegado
Para Isabel el venturoso dia
De dar á luz al precursor profeta,
Fragante flor de su vejez marchita.
Mas apenas del riesgo libertada,
Cuando aprestos espléndidos se hacian
A celebrar con la debida pompa
El feliz nacimiento del Bautista;
De aquel mundano, atronador tumulto,
Cual paloma asustada huyó MARIA,
Y dejando los montes de Judea,
De Nazaret la senda conocida
Tomó, despues que en su dorada cuna
Bendijo y abrazó al moderno Elías.

LIBRO SÉPTIMO.

—

LA VIRGEN MADRE.

I

De vuelta á Nazaret, la humilde vida
Volvió á emprender Miriam acostumbrada,
Que pudiera olvidar envanecida
Viéndose á tantas glorias ensalzada:
Al querer de su esposo sometida,
Dulce, activa, prudente, recatada,
La oracion, el trabajo y la lectura
Toda ocupaban su existencia pura.

Empero, mas visibles y patentes
Se hacian de su estado las señales,
Y amarguísimas dudas y dolientes
Recelos, las entrañas paternales
De José desgarraban vehementes;
Que aunque ageno de amores terrenales
Su corazon, inmenso en él ardia
Místico y puro amor por su María.

Y no ya los rencores que atormentan
Los estrechos humanos corazones;
Ni las turbias borrascas que alimentan
En el mortal volcánicas pasiones,
Que justicia y honor le representan
De un ciego pundonor las sugestiones;
Ni el vástago de estirpes soberanas
Lloraba aquel ultraje de sus canas:

No; lloraba con llanto inconsolable,
Del ángel puro la mortal caida;
Lloraba con dolor imponderable
Su ya perdido amor, su fé perdida;
La dulce paz, el júbilo inefable,
Los blandos goces de su santa vida,
Perdidos para siempre, lamentaba
Y lágrimas amargas derramaba.

Negábase á creer no pocas veces
La vista de sus ojos persuadidos,
Y testimonios de comprados jueces
Juzgaba el acusar de sus sentidos:
Y el cáliz del dolor hasta las heces
Apurando, con ayes doloridos,
Preguntábase á sí, si las señales
Que via no eran sombras infernales.

Mas un dia llegó, que ya imposible
La duda fué: los propios habitantes
De Nazaret, del casto é invisible
Lazo que habia entre ellos, ignorantes;
Un agudo puñal en el sensible
Corazon, con sus plácidos semblantes
Y parabienes mil que le ofrecieron,
En su ignorancia crudos sumergieron.

¿Qué partido quedaba al buen esposo
En situacion tan triste y tan horrenda?
Segun la ley judáica, al ominoso
Crímen, la muerte solo daba enmienda;
Y de baldon cubríase afrentoso
El varon israelita que en su tienda
En su hogar, y en su honrosa compañía,
A una muger adúltera sufria.

¿Cómo al través del tenebroso muro
Formado del revuelto torbellino
Del duelo amargo y del dudar oscuro,
Hallar de salvacion algun camino?
En medio al laberinto, un rayo puro
José imploraba del fulgor divino;
Mas sordo el cielo á su gimiente ruego
Negábale la luz al santo ciego.

En tanto, desde el trono refulgente
En millares de soles apoyado,
Que fundó para sí el Omnipotente,
Y está á los mismos ángeles velado;
Dirige una mirada complaciente
Sobre el esposo triste, el Increado;
Y aunque su hóndo gemir piadoso escucha
Le deja solo en la tremenda lucha.

Y el coro de sus ángeles queridos,
Fijos los ojos en el noble anciano,
Esperan de temor estremecidos
El fin de aquel combate sobrehumano:
Y al ver tanto valor, enternecidos,
Vueltos á su temido soberano
Del que lucha en favor, sumisos oran
Y en una voz su omnipotencia imploran.

José de su Señor abandonado
En la noche sin fin, caliginosa,
A su propio vigor; mas sustentado
Por su alma sublime y valerosa;
De una idea feliz iluminado,
Tomó resolucion tan generosa,
Que si hubiera pasion sobre las nubes
Envidiáranla acaso los querubes.

Condenar era justo á la culpable,
Repudiándola, al llanto y abandono,
Mas era su suplicio inevitable
De sus propios parientes al encono:
Quiso pues, en su amor incomparable,
No solo perdonarla; el noble trono
Darla tambien que nunca niega el mundo
A la virtud y al padecer profundo.

Y aceptando sumiso de antemano
El desprecio y baldon inmerecido
Aún de sus propios deudos, el anciano
Se preparó á la fuga decidido:
Turbia la vista, trémula la mano,
Trabaja aún en el taller querido,
Testigo, ¡ay triste! de pasadas glorias,
Hoy fuente de amarguísimas memorias.

Muy luego en las regiones apartadas
Donde le lleva su infeliz destino,
Por sendas peligrosas é ignoradas,
Irá vagando el pobre peregrino:
Leyes, usos, costumbres ignoradas,
¿A quién preguntará por su camino?
¿Acaso algun hogar seréle abierto
Del mundo en el vastísimo desierto?

Y aun cuando encuentre un techo hospitalario,
Un seno amigo, en estrangero suelo;
¿Quién habrá que al mendigo solitario
De su perdido amor le dé consuelo?
¿Quién abrirá el asilo funerario
Dó presto le ha de hundir su desconsuelo?
¿Quién rogará con llanto de sus ojos
La tierra en que descansen sus despojos?

Las auras de la patria tan queridas,
Sus selvas de azahar embalsamadas,
Sus auroras de fuegos encendidas,
Sus noches tan serenas y calladas:
Las aguas de sus fuentes bendecidas,
Sus nubes blanquecinas y azuladas,
Los parientes amados, los amigos
Que del perdido bien fueron testigos:

Y el techo desigual que levantaron
En mas felices dias sus mayores,
Las modestas estancias que habitaron,
Recuerdo perenal de sus dolores;
Y aquellos toscos muebles que labraron
Testigos de su dicha y sus amores,
¡Todo en fin, lo que caro es en la vida,
Abandona en su amarga despedida!

Mas una noche que en el triste lecho
En inquieto dormir desahogaba
Con hondos ayes el dolor del pecho,
Parecióle mirar que iluminaba
Una luz celestial el cuarto estrecho,
Y un ángel del Señor la derramaba,
El cual con voz suavísima, argentina,
Mas que el rumor del aura vespertina:

«Hijo del gran David, no acongojado
Estés, ni en tales dudas sumergido;
El niño que tus penas ha causado,
En el seno purísimo nacido
De Miriam, del Señor es hijo amado,
Y por él será el mundo redimido;
Y aunque tiene en el cielo eternos nombres,
Jesus será llamado entre los hombres.»

Dijo y desapareció. — Del blando sueño
Recordando José la gran dulzura,
El rostro antes tristísimo, risueño
Se alzó al amanecer del alba pura:
Y solícito, amante y halagüeño,
Creyendo apenas la inmortal ventura,
Con voz llena de encanto y alegría
Como á su reina saludó á MARIA.

II

Como acaso al volver al patrio suelo,
Dó al través de los mares se encamina,
Sobre un altivo escollo el raudo vuelo
Detiene la viajera golondrina:
Y en el nido fugaz, vecino al cielo,
De donde la estension del mar domina,
Agena al rebramar del viento airado,
En el antiguo piensa, nido amado:

Así Miriam ignara del tremendo
Rugir de las borrascas de la vida,
Pura y sin mancha en medio al torpe estruendo
De la mundana gente corrompida,
Notar no pudo aquel martirio horrendo
Que, al juzgarla el patriarca envilecida,
Rasgó su corazon tan noble y fuerte
Con mas crudo dolor que el de la muerte.

Ella siente su alma enajenada
En puras é inefables alegrías;
Dia y noche, confusa y agitada,
Escucha misteriosas armonías
Que entonan en redor de su morada
En coro las celestes jerarquías,
Mientras callan los vientos bramadores
Y el céfiro se aduerme entre las flores.

¿Cómo esplicar en lenguas terrenales
De senso oscuro y áspero sonido,
La suma de rubores virginales
Y de gozo y amor enardecido,
Que cuando en sus entrañas maternales
El VERBO del Señor, se ha extremecido,
Sienten su corazon y su alma pura
Llenos de aquella insólita ternura?

¡Amor de madre! amor acá en la tierra
Imágen pura del amor divino;
Sentimiento clarísimo que encierra
Cuanto hermoso del cielo al mundo vino:

Iris de paz en la continua guerra
De las pasiones que nos dió el destino,
Bálsamo celestial, gozo del alma,
Puerto seguro de apacible calma!

¡Divina emanacion de un Dios piadoso,
Consuelo en los dolores inefable,
Amor constante, fino, generoso,
Indulgente, benigno, inalterable :
Don del Omnipotente el mas precioso,
Pródigo de perdon para el culpable,
Copiosísima fuente clara y pura,
De júbilo perenne y de ventura!

Que cuando de este amor la viva llama,
De la pobre mortal naturaleza
El lodo vil con su fulgor inflama,
Depura y aquilata su impureza :
Y en él torrentes de virtud derrama,
Y el corazon levanta á tal alteza,
Que entonces la muger, ángel del cielo
Parece, desterrado en nuestro suelo.

¿Qué madre vacilar puede un instante
Dicha en sacrificar, fortuna y vida,
Por ver feliz y del dolor triunfante
La dulce prenda de su amor querida?
¿Qué riesgo á detener será bastante
A quien la misma muerte no intimida?
¿Qué dolor grande, ni llorar prolijo
A la que con morir salva á su hijo?

Que si su llama ardiente y generosa
Basta sola á engendrar virtudes tales
Y abnegacion tan fina y valerosa
En los comunes pechos maternales :
¡Cuánto mas levantada y poderosa
Y fecunda en afectos celestiales,
Y abnegacion sublime, no seria
En el seno dichoso de Maria!

Ella que ama en su hijo al Dios que adora,
Al esposo de que anda enamorada;
Eterno amor que dentro á su alma mora
Desque al vivir del mundo fué creada :
Suavísimo recuerdo que atesora
En la region mas noble y apartada
Del tierno corazon, que Dios le diera,
¡Porque en su santo amor se consumiera!

Tierno boton que en el jardin ameno
Del aura acariciado fresca y pura,
De viva savia y de perfume lleno,
Llega á la perfeccion du su hermosura;
Y sin abrir al roedor veneno
De reptil ponzoñoso ó de aura impura
El caliz virginal de azul y oro,
De su aroma réal guarda el tesoro :

Tal el virgíneo pecho de Maria,
De manchas libre ó corporal flaqueza,
Puro como la luz del rey del dia
Intacta conservaba su entereza;
Y el amor maternal que en él ardia,
Mayor intensidad, mas fortaleza
Tuvo y debió tener, que los amores
Propios de esta mansion de los dolores.

Vírgen de toda culpa inmaculada,
Criatura de Dios mismo elegida,
Sobre el mortal caduco sublimada
Sobre el eterno coro enaltecida;
Hízola Dios su esposa muy amada,
Y entre él y nuestra raza maldecida
Ella fué la divina mediadora,
Del pecado primer reparadora.

La sola entre las hijas de este mundo
Que nació sin la mancha del pecado;
La sola cuyo vientre fué fecundo
Sin ser en su pureza amancillado:
Misterio santo, altísimo, profundo,
No entendido y empero venerado
Por el audaz mortal que impío niega
Cuanto no alcanza á ver su vista ciega.

Así al través del vaso cristalino
Nos llega á iluminar la lumbre pura;
Así del sol el rayo diamantino,
Sin romper de las aguas la tersura,
Penetra en deslumbrante torbellino
Tal vez al fondo de la mar oscura,
Semejando en sus olas rebramantes
Del iris los espléndidos cambiantes.

Vírgen y madre á un tiempo : — Perfumado
Capullo y á la vez fragante rosa;
El bien aún de nosotros alejado,
Y de aquel bien la posesion dichosa:
La esperanza á la vez y lo esperado;
La anhelante inquietud, la paz sabrosa,
Tal el misterio fué que dió fecundo
Fruto de vida y libertad al mundo.

BELEN.

III

¿Adónde envanecido
Me arrastras, ardoroso pensamiento?
¿Dó vuelas, atrevido,
Con raudo movimiento,
Ambas las alas desplegando al viento?

¿Cómo á escalar te atreves
Esa region de tan suprema altura?
¿Cómo en alas tan leves
Alcanzar la ventura
De contemplar de Dios la lumbre pura?

Gusanillo ambicioso,
Del sol en mariposa convertido,
Que al cielo esplendoroso
Remontas decidido,
En tan frágiles alas sostenido:

¿Dó irás que no te canse
En breve la asperísima subida?
¿Dó será que descanse
Tu fuerza enflaquecida
En lucha á tu vigor tan desmedida?

¿Podrán, sin quedar ciegos,
Esos tus ojos débiles, mortales,
Que á los solares fuegos
Se anublan, los raudales
Contemplar de las lumbres inmortales?

Frágil vaso de arcilla
Al choque mas ligero quebrantado,
En cuya mente brilla
Un destello emanado
Del soberano rey de lo creado;

¿Qué es el mortal en suma
Mezcla de lodo y de fulgor divino?
¡Bomba fugaz de espuma,
Que en su raudo camino
Hizo y borró en el mar el torbellino!

Y empero, desbocado,
Mas allá de su sér ansioso mira...
¿Es su esplendor pasado
Perdido, el que suspira,
O á mas glorioso porvenir aspira?

Hay un voraz deseo,
Que su mezquino sér constante agita;
Un túrbido mareo,
Que sin cesar le incita
Y en vórtice sin fin lo precipita.

Y tú, mortal poeta,
De flaca voz y genio limitado;
¿Podrás á la alta meta
Llegar afortunado,
A tan humildes cantos avezado?

En la tiniebla oscura,
Funesto don de la ignorancia humana,
¿Aspira tu locura
A ver la soberana
Luz, que del trono del Señor emana?

Mas no; que reverente
El vate contra el polvo prosternando
La antes altiva frente,
No orgulloso cantando,
¡Las glorias del Señor irá adorando!

Y de la fé del cielo
En las fulgentes alas sostenido,
¡Acaso en raudo vuelo
Remonte enardecido
Dó el sumo resplandor vive escondido!

IV

Las águilas impías
Dominaban señoras, del romano,
Sobre naciones cultas y bravías:
El galo y el hispano,
El picto y el indómito germano;

Y el sármata invencible,
En su árido desierto, y el numida
Con su corcel terrible,
Y el chino, cuya vida
De la lid pasa lejos, homicida;

Y el elocuente griego,
Y el persa en los tejidos afamado;
Y el abisinio ciego,
Y el copto iluminado
En ciencias tenebrosas iniciado:

Y en fin, desde el Oriente,
Cuna del Salvador afortunada,
Hasta el rico Occidente;
Vecina ó apartada,
Pobre ó rica, desierta ó habitada:

Region no habia alguna
Que no rindiese humilde vasallage
De Roma á la fortuna;
Ni viviente linage,
Que no prestara al César homenage.

Así, al imperio bravo
De Roma, se humillaba entero el mundo,
¡Esclavo de un esclavo!
Que Roma, al yugo inmundo
Del sensualismo en crímenes fecundo,

Inclinaba la frente
De regiones vastísimas señora:
— La reina prepotente

A quien el mundo implora,
¡ Al brutal apetito esclava adora !

Y el mundo entero gime,
Las antiguas virtudes olvidadas,
Só el yugo que le oprime;
Las leyes conculcadas,
¡ Las mas santas costumbres despreciadas !

— Tributaria Judea,
El trono de David era ocupado
No de familia hebrea;
Un estrangero odiado
Era el rey, vil esclavo coronado.

Cumplido empero el cuento
Del mundo en las edades, de los dias
Que al fausto nacimiento
Del redentor Mesías,
Anunciaban las altas profecías :

El César Octaviano
Quiso contar la inmensa muchedumbre
Esclava del romano;
Y de su servidumbre
A aumentar la ominosa pesadumbre,

Ordenó que se hiciera
Un empadronamiento escrupuloso,
En el cual se inscribiera
Con el menesteroso,
El altivo magnate, poderoso.

Y sus gobernadores,
Del edicto imperial desapiadado
Fieles ejecutores,
Al mundo esclavizado
Obedecer hicieron lo mandado.

V

Fieles José y MARIA á la costumbre
Seguida en Israël desde remotas
Edades, de inscribirse por familias
Y tribus; la romana ley premiosa
Apenas conocida, resolvieron
Dirigirse á Belen sin mas demora.
Era aquella ciudad patria felice
De David; y José y su casta esposa,
Descendientes de aquel, la contemplaban
Su nativo país y cuna propia.

Del otoño era el fin.—Torrentes raudos
Desde la cima de las altas rocas,
Con horrible fragor hasta los valles
Llevaban sus corrientes bramadoras :
Silvaba el aquilon del norte frio
Al través de las ramas ya sin hojas
Del cedro y terebinto que en los llanos
Se burlan de sus iras destructoras;
Y el cielo azul de viajadoras nubes
Cubierto, que los astros encapotan,
Que se acerca ya el tiempo al hombre anun-[cia
De la nieve voraz, devastadora.

Una mañana nebulosa y fria
Emprendieron la marcha fatigosa
José y Miriam.—La jóven cabalgaba
Sobre el manso animal, que á las matronas
Pobres servia en dilatados viajes
Por aquellas comarcas arenosas.
A pié, de ella no lejos, caminaba,
Vástago ilustre de prosapia heróica,
Pensativo el esposo, meditando
En las promesas del Señor gloriosas.
A las cinco jornadas descubrieron,
Ceñida de amenísima aureola
De viñas y de olivos inmortales,
La ciudad de los reyes. — Ricas tropas
De jóvenes ginetes, que atrevidos
Espolean las yeguas voladoras,
Y mugeres ilustres, revestidas
De sedas y de púrpuras costosas,
Montados en camellos, atraviesan
De Belen por la senda á todas horas;
Y al pasar de los pobres peregrinos
Al lado, una mirada desdeñosa
Acaso les dirigen, ignorando
Que va con ellos de Israel la gloria.

Fuera de la ciudad, noble se alzaba
Edificio de fábrica orgullosa,
Cuyas blancas paredes, de aquel marco
De olivos y viñedos que corona
Los collados vecinos y montañas,
Al sol se destacaban. — Presurosa
Dirigió la feliz cabalgadura
A aquel punto José. Mas con zozobra
Oyó que ya lugar ninguno habia
Do descansara su afligida esposa.
Entonce á la ciudad siguió el camino;
Mas en vano sus calles tortüosas
En busca recorrió de algun albergue :
Todos los belenitas con faz torva
A recibir negáronse al viajero
De apariencia mezquina y sospechosa.

En tanto el denso velo ya estendia
De nubes densas y apiñadas sombras
Sobre el altivo monte y la llanura
La noche del descanso protectora :
Y José en su afliccion desesperando
De encontrar un asilo, con llorosa
Faz, resolvió salir á la campiña,

Ya sumergida en las tinieblas hondas.
— A la parte del sur y no muy lejos
De la dura ciudad, caliginosa
Habia una caverna, caro asilo
Tal vez en las borrascas bramadoras
De pastores á un tiempo y de ganados.
Allí José y Miriam en fervorosa
Oracion, juntamente bendijeron
De Dios la omnipotencia previsora.

Y allí cuando rasgando el negro velo
Con que al mundo cubrió la niebla oscura,
Señala media noche á nuestro suelo
El astro luminoso en el altura;
Sin humano dolor, al rey del cielo
Encarnado en terrestre criatura,
Dió á la luz la esposa del Señor, MARIA,
Llanto de amor llorando y alegría.

Las auras de la noche suspiraron,
Mansas las olas de la mar gimieron,
Sus fuegos los volcanes apagaron,
Los prados de sus flores se vistieron:
Las estrellas del cielo se agitaron
Y con mas viva luz resplandecieron;
Y en himnos mil de júbilo, triunfales,
Resonaron las arpas celestiales.......

VI

Cerca del establo
Hay un prado ameno
Dó muchos pastores
Junto á sus corderos
Pasaban la noche
Las iras temiendo
De feroce tigre
O chacal sangriento:
Cuando de zozobras
Están mas agenos,
Hé aquí que de pronto
Descienden al suelo
De una luz divina
Los puros reflejos;
Y un jóven gallardo,
De la luz en medio,
A quien los zagales
Ven de espanto llenos,
Con voz mas sũave
Que el blando ceceo
Es del hijo caro
Al amor materno:

« No temais, les dijo,
Que soy mensagero
De paz y alegría
Al vasto Universo.
Hoy mismo ha nacido,
De Belen no lejos,
Por decretos altos
Quien del mundo es dueño:
Y aunque, soberano
De tronos é imperios,
Da y quita á los hombres
Coronas y cetros;
No en sumos palacios
Ni alcázares régios
Le busqueis; de toscos
Pañales cubierto
¡Sobre húmeda paja
Yace el rey del cielo!
Acudid, pastores;
Zagales, id presto:
Sed al gran Mesías
En ver los primeros:
No tardeis, dichosos
Pastores hebreos,
Y en vuestro camino,
Mas raudos que el viento
Llevadle tributos
De amor y respeto:
¡Mirad que es nacido
El rey de los cielos! »

Y en medio á los aires
Un sonoro estruendo
De angélicas voces
Contestó á lo lejos:
« Gloria en las alturas
Al Señor eterno,
Y al hombre sencillo
Y de honrado pecho
Paz y bienandanza
Del mundo en el suelo. »
Y entre blancas nubes
Subiendo á los cielos
Mas y mas remotos
Se fueron oyendo
De aquellos cantares
Los límpidos ecos.
Cuando de la noche
Las brisas gimieron
Solas en el prado
Y en el bosque ameno,
Juntos los pastores,
Teniendo consejo,
A Belen dichosa
Pasar resolvieron,
Sus pobres rebaños
Dejando contentos
Bajo la custodia
Del Pastor supremo,
Cuya sombra amiga
Cubre á un mismo tiempo
Al hombre orgulloso
Y al humilde insecto.

Entonces tomaron
Algunos modestos
Presentes : nevados
Corderillos tiernos;
Entre verdes hojas
Con cuidado envueltos
Requesones blancos
Y sabrosos quesos;
Leche fresca y pura
En cántaros nuevos;
Pieles adobadas,
Y en pajizos cestos
Los aureos racimos
Y frutos diversos
Que son del otoño
Preciado ornamento.
Y alegres tomaron
El limpio sendero
Que recto conduce
De David al pueblo;
Mas cuando vecinos
Al establo fueron,
Por secreto impulso
Entráronse dentro :
Allí en cuna humilde
De juncos y helechos,
El rostro cercado
De fúlgido fuego,
Al sumo Mesías
Reclinado vieron.
Miriam inclinada
Cabe el pobre lecho
Estasiada adora
Al divino Verbo;
Mientras el anciano
De allí no muy lejos,
Ante el tierno niño
Con hondo respeto
Su cabeza cana
Inclina hasta el suelo.
Y dos animales,
Fieles compañeros
Del sabio que huye
Del mundano estruendo,
Como, si capaces
De luz, muy atentos
Mirar parecian
De Dios los misterios.
¡Tan pobre y humilde
Si lëal cortejo
Cercaba la cuna
Del Rey de los cielos!

Apenas el grupo
Los pastores vieron,
Puestos de rodillas,
Gozosos los pechos,
Sus rústicos dones
Al Cristo ofrecieron :
Y un rayo de luna
Pálido y sereno
Ilumina el cuadro
Con fulgor incierto.—
¡Venturoso dia!
¡Triunfador momento!
Al débil vagido
Del párvulo tierno,
Allá en los altares
De sus ricos templos,
Los dioses mentidos
Del túrbido Erebo
Con susto temblaron,
De rabia gimieron,
Viendo el fin cercano
De su impuro reino;
En tanto que el mundo
De su dicha ageno
Tranquilo descansa
En brazos del sueño.

VII

Los sencillos pastores
De Judá, por los ángeles llamados,
A ser de los humanos precursores,
En tributar al gran reciennacido
Homenages de amor, á sus hogares
Volvieron asombrados,
El prodigio contando, enaltecido,
En dulces y tiernísimos cantares.

Mas era ya venido
El tiempo en que á los hombres otros labios
De mas autoridad, noticia dieran
Del gran suceso en Betelen cumplido.
Los de sencillas almas han creido,
Ahora toca á los reyes y á los sabios.

Siguiendo de una estrella
La marcha caprichosa
Al través de la atmósfera azulada;
De Seleucia la bella
Capital de los partos afamada,
Partió una caravana numerosa :
Tres magos, sapientísimos varones,
De su nacion orgullo y altiveza,
De numerosos siervos escoltados,
Cabalgando en camellos abrumados
Só la alta pesadumbre
De muchos, ricos y preciosos dones
Destinados á aquel que en la pobreza
Quiso nacer del mundo; se encaminan
Del astro amigo á la esplendente lumbre
A la feliz Belen : á diestra mano
Dejan detrás de sí, como declinan

Del Eufrates undoso al seco llano,
De destrozados mármoles cubierto,
El campo solitario
Dó en otro tiempo fuera Babilonia.

El viento del desierto
Rompe solo el silencio funerario
De aquella inmensa tumba,
Y su alentar que en ecos mil retumba
Con lúgubre ruido
En el campo de muerte despoblado,
Semeja á un hondo, fúnebre gemido,
¡De Dios mismo lanzado
Sobre los restos del poder pasado!

Delante de los régios caminantes,
Tal como la columna luminosa
Que á la playa arenosa
Del Rojo mar, guiara en otros dias
Las fugitivas turbas palpitantes
Del pueblo de Israel; en las sombrías
Noches, y cuando el sol en su carrera
De luz inunda la terrestre esfera;
La estrella conductora,
De la dicha del mundo anunciadora,
Como mortal viajero, caminando,
Ya recta, ya oblicuando
En el campo del cielo esplendoroso,
Vá en curso caprichoso
Su camino á los magos señalando.

Y cuando del reposo
El hora del viajero apetecida
Llega, la clara estrella, suspendida
Sobre las tiendas cándidas, parece
Que en su lecho de nubes se adormece;
Y la aurora venida,
Dá otra vez la señal de la partida.
Así pasando van por la llanura
Tan rica de verdura
De la opulenta Asiria y sus ciudades;
La populosa Arbela,
La altiva Cangamela,
Dó del gran Macedon al fuerte brio
Quedó deshecho el infeliz Darío;
Y aquel funesto ejemplo á las edades,
El campo dó fué Nínive altanera,
Que en inflamada hoguera
Del cielo en rojos mares desprendida,
Castigo de sus torpes liviandades,
Toda quedó en pavesas reducida,
Del alto templo á la cabaña oscura.

Y siguiendo en la altura
De la estrella la marcha infatigable,
Pisaron la comarca bendecida
De la Mesopotomia : deleitable
Region, entre los cauces comprendida
Del Eufrates y el Tigris caudalosos;
Y luego en los senderos arenosos,
A la lumbre del astro que camina,
Entraron de la seca Palestina.

Por fin á la mitad de un claro dia
Cuando el sol mas fulgente relucia,
Las elevadas torres divisaron
De una grande ciudad, cuyas agudas
Veletas, en los aires descollaban
Sobre las cimas áridas, desnudas,
De las montañas mil que la cercaban
Y los pechos henchidos de alegría,
« ¡Jerusalem! ¡Jerusalem! » gritaron,
Y á la Sion terrestre saludaron.

Mas de la sed ardiente
Fatigados, llegaron con premura
A apagarla en la linfa transparente
De una cisterna oculta en la verdura
Que á la orilla del árido camino
Les deparó el destino.
Desalterados ya, la amiga estrella
Volviéronse á mirar; mas los cuitados
Ni el astro luminoso, ni su huella
Pudieron descubrir; desorientados
A la santa Salem se dirigieron :
« Esta es, sin duda, la ciudad, dijeron,
Cuna feliz del jóven rey Mesías
Que anuncian las antiguas profecías :
¿A qué dudar? — Por la primera puerta
Que entremos en Salem, las colgaduras
Preciadas, las esencias olorosas,
Los ramos de palmera entretejidos,
Los alegres sonidos
De las arpas hebreas; las ruidosas
Danzas, y los triunfales alaridos,
Bastante nos dirán, sin duda alguna,
Dónde del niño rey yace la cuna. »

Mas al entrar por la ferrada puerta,
De la ciudad famosa,
Melancólica, mustia y silenciosa,
Cual si de hombres hallárase desierta,
La vieron con espanto. Una espaciosa
Calle tomaron, en la cual se vian
De distancia en distancia algunos hombres
Que el estrangero séquito miraban,
Y entre sí recatados departian
O en torno de los sabios se apiñaban.

Entre tanto los magos preguntaban
Por el rey inmortal recien nacido;
Pero los salemitas se admiraban :
« ¿En dónde habeis oido
Esa nueva feliz? » les respondian,
Y con aire de duda sonreian.
« El que reina en Judá no es el Ungido
Del Señor, ni del pueblo el escogido :

Es un vil estrangero,
Quien, del trono á los bárbaros comprado,
No tiene por fortuna un heredero. »

Los sabios con semblantes consternados
Siguieron por la calle populosa
Dó en mas felices dias descollaba
Con planta majestuosa
De David el palacio celebrado.
De la fábrica antigua, esplendorosa,
En el recinto ahora destrozado,
Levantaron sus tiendas los viajeros
Entre espinosas zarzas y entre flores.

Mas acaso oficiosos servidores
Del rey, fueron ligeros
A contarle de aquellos estrangeros
La venida y sus causas. — Mil temores
Asaltaron entonces al tirano.
« ¿Acaso un sueño vano
Podrá ser de los sabios soñadores?
¿O el verdadero *Schilo*, en otros dias
Por el mismo Jacob vaticinado? »
Entonces de la ley á los doctores
Convocó á su palacio sin tardanza.
« *¿En dónde ha de nacer el rey Mesías?* »
Les preguntó entre el miedo y la esperanza:
Mas ellos no dudaron,
Y, « en Belen de Judá » le contestaron.

Herodes, al oirlos, en el pecho
Su temor encerrando y su despecho,
A los sabios de Iran llamó en seguida;
Y como la serpiente, que escondida
Entre las flores del ameno prado,
Acaso deja ver el tachonado
Cuerpo, mas nunca el arma bipartida
Que causa al hombre la mortal herida;
Con benévola faz, disimulando
Su malvada intencion, va preguntando
Cuanto ansía saber, y satisfecha
Ya su sangrienta saña: « Id en buen hora, »
Les dijo á los que libres de sospecha
Le escuchan: « á ese niño á quien ya adora
Mi pecho, buscareis con gran cuidado;
Y así que su mansion hayais hallado,
Me avisareis, á fin que el homenage
Le lleve de mi humilde vasallage. »

Y los magos partieron,
Y presurosos de Sion salieron
Por la segura puerta
De Damasco llamada. — En el altura
Vieron resplandecer con lumbre pura,
La estrella de sus pasos conductora.

La marcha antes incierta
Siguieron por el áspera llanura
De regocijo llenos;
Mas cuando mas agenos
De alguna variacion, van caminando
Del rey profeta á la ciudad; cambiando
De direccion la estrella en su camino,
Sobre un establo rústico vecino
Entre las blancas nubes descendiendo,
De pronto se detuvo. El portentoso
Prodigio los viajeros comprendiendo,
Con ademan humilde y respetuoso
De sus cabalgaduras desmontaron
Y en el oscuro asilo penetraron.

Y el calzado en sus plantas sostenido
Con riquísimas cintas, desataron,
Y el polvo del umbral enaltecido
A las añosas frentes elevaron.
Y al ver al celestial reciennacido,
Postrados contra el suelo, le adoraron;
Primero en gracia si en amor segundo,
Tributo que al Mesías diera el mundo.

Y los cofres abriendo esplendorosos
De preciadas maderas construidos,
Sacaron los perfumes olorosos
En los campos del Yemen recogidos,
Y oro puro: presentes misteriosos,
Tesoros y perfumes ofrecidos;
El oro al rey, la mirra al sér humano
Y el incienso al Eterno soberano.

Y aquesta fué la postrimer escena
De mundano esplendor que vió María,
Cuya primera edad pasó serena
Del templo entre la mística armonía:
La otra de pasmos y prodigios llena,
Un porvenir le anuncia de agonía,
De tales penas y de angustias tales
Que ni decirlas pueden los mortales.

Entre tanto los magos á su tierra
Queriéndose volver, se encaminaron
Hácia Sion por la elevada sierra;
Mas apenas sus torres divisaron
El paso un ángel del Señor les cierra,
Y advertidos por él, atrás tornaron,
Para evitar de Herodes implacable
El enojo para ellos formidable.

Del Muerto mar los hálitos huyeron
Segun la indicacion del sér divino,
Y á otro confin sus pasos dirigieron
De mas seguro y plácido camino:
Y en su rápida fuga prosiguieron
A la lumbre del sol y al vespertino
Resplandor, que, curando su fortuna,
Blanda les vibra la argentada luna.

LIBRO OCTAVO.

—

LA PURIFICACION.

I

Subiendo va con trabajo
Por una elevada sierra
Reducida caravana
De dos personas compuesta:
Mas no son dos; que si osado
Las orlas el aire eleva
Del cumplido manto oscuro
Que reviste á la una de ellas;
Tal como acaso la luna
En noche clara y serena
Entre blancas nubecillas
Asoma la faz risueña:
Así entre cándidas tocas
Que á los rayos reverberan
Del sol, de un hermoso niño
Se ve la rubia cabeza.
Muger es la que en sus brazos
El hermoso niño lleva,
Muger y madre sin duda;
Que solo así la terneza
Tener pudiera y cuidado
Con que á su seno lo estrecha.
Muger es, y de la vida
Parece llegar apenas
Al florido umbral, dichoso,
De la humana adolescencia.
Muger es, y tan hermosa
Es la faz que Dios la diera
Que mas que muger humana
Parece divina esencia:
Y nunca, ni cuando Fidias
Halló en la famosa Grecia
Vivientes originales
A sus estatuas eternas;
Ni cuando allá al primer hombre
En las dichosas riberas
Del perdido Eden, llegara
Nuestra madre comun, Eva;
Jamás á mortales ojos
Ofreció naturaleza
Ni un levísimo trasunto,
Ni la mas remota idea,
De tan celeste hermosura
En sus obras mas perfectas.

Varon es el que delante
Va por la escabrosa senda,
Y ya toca de la vida
A la estacion postrimera.
Vejez lozana es la suya,
Pues aunque vivas platean
Del sol á los puros rayos
La barba y la cabellera;
En su marcha y apostura
Se ve que intactos conserva
El vigor y la energía
Que en su verde edad tuviera.

José y Miriam, los esposos,
De elevada estirpe régia,
Son los que á pié caminando
Van á Sion la altanera.
Allá van, de sus mayores
Para prestar obediencia
A las leyes que ordenaban
A las mugeres hebreas
Purificarse en el templo
Despues de dias cuarenta
Del parto, y dar en rescate
Una cantidad pequeña,
Por la cual libre quedaba
Su generacion primera.
Que, si bien libre de mancha,
La esposa de Dios escelsa
Quiso á la ley sujetarse
De Moisés el gran profeta,
Confundiendo entre la turba
De las hembras de su tierra
La sempiterna corona
Con que Dios la enalteciera.

II

Apenas los dos esposos
Entraron de gozo henchidos
Del Salomónico templo
En el sagrado recinto,
Contra su seno estrechando
La madre al eterno niño,
Y José las dos palomas
Llevando del sacrificio,
Y los siclos del rescate
Por la sacra ley pedidos:
Simeon, un santo anciano,
Del espíritu impelido
De Dios, entró presuroso
Del templo en el peristilo.
Y al mirar el régio aspecto
De los santos peregrinos,
Entre los toscos pañales
Del pueblo, al divino Cristo
Reconoció; y del regazo
Materno tomando al niño,
De lágrimas amorosas

Los ojos humedecidos,
Esclamó con voz cortada
Por sus ardientes suspiros :

« ¡Ahora, Señor Dios, venga la muerte,
El anciano la aguarda sin temor,
Porque sus ojos vieron al que es fuerte,
Al Cristo Salvador!

¡Al que verá la humana muchedumbre
Sentado só el espléndido dosel,
A ser del universo eterna lumbre
Y gloria de Israel!

¡El que será á millares de millares
Salud y libertad y salvacion;
Y á los que no veneren sus altares
Eterna perdicion!

¡Objeto santo de perenne culto
Será para los puros corazones;
Mas de saña feroz y fiero insulto
Y afrentas y baldones,

Al perverso será, que del pecado
Se complace, entre el fétido albañal!
Y de dolor intenso traspasado,
El seno maternal será rasgado
Como de un agudísimo puñal. »

Y despues de un breve espacio
De silencio entristecido,
A los dos santos esposos
Con grave ademan bendijo;
Y haciéndoles un saludo
Se retiró pensativo.

Mas en aquel mismo instante
Entró en el sacro recinto
Una profética viuda
Que en ayunos y silicios
En el templo dia y noche
Servia al Sér infinito.

Y al ver de Miriam en brazos
El sumo reciennacido,
Con llanto de amor gozoso
Y en apasionados gritos,
Cantó alabanzas y glorias
De Jehováh y de su hijo.

Y así por altos fines,
Belen con sus pastores;
De bárbaros confines
Los magos y doctores;
Los jóvenes y ancianos,
Los fieles y paganos
Cantan con alto júbilo
Las glorias del Señor.

Y al dar la feliz hora
Del despertar del mundo,
Donde el Eterno mora
Oyese un ¡ay! profundo
De sin igual contento,
¡Suavísimo concento,
Que entonan los arcángeles
Al hijo Salvador!...

III

Del patio postrimer vedado estaba
Traspasar á las hembras los umbrales,
Y triste allí por tanto se detuvo
Del gran rescatador la tierna madre.
El patriarca, de gozo estremecido,
En sus brazos tomando al rubio infante,
A la sala se entró donde ofrecian
El nacido primero á Dios los padres.
Mas dentro del santuario preferido
Faltaron profecías y señales
Y ojos ningunos vieron el aurora
De aquel sol de justicia fecundante;
Que sumidos del vicio en la ceguera
Los ministros del templo principales,
Dejaban privaciones y virtudes
A los simples levitas; y arrogantes
De las humanas y divinas leyes
Reian, y en feroz libertinage
No como sacerdotes del Eterno
Vivian, mas cual pérfidos magnates,
Príncipes opresores de los pueblos,
Pontífices del oro y las maldades.

Un sacrificador desconocido
Recibió de las manos paternales
De José lo prescrito por las leyes,
Los argentados siclos y las aves,
Sin dirigir ni una mirada sola
Al rey de las mansiones celestiales.

Así ante los soberbios Aaronitas
Pasó ignorado el vencedor instante
En que un mas digno y generoso culto
Venia á reemplazar, de las edades
Anteriores del mundo las creencias,
Con doctrinas mas puras y durables :
Instante en que al antiguo testamento
Que en la cumbre del Sinaí á la errante
Multitud de Israel dió el Infinito,
Sucedia una ley mas saludable;
La *buena nueva* al mundo, el evangelio,
Que el mismo Dios traia á los mortales :
Divina ley, como su autor perfecta,

Pura como Él, ¡eterna é immutable!
Y ni en los de Sion espesos muros,
Ni en sus soberbias, populosas calles,
Ni en las altivas torres de su templo
Adornadas de almenas y baluartes;
Ninguna voz se alzó que en són de triunfo
Ruidosa al niño rey diera homenage.
Y al través de la ciega muchedumbre,
Muda en su orgullo, en su ignorancia grave,
¡Enumeraba ya el divino Cristo
Aquellos furibundos criminales
Que iban en breve en gritos sediciosos
A clamar parricidas por su sangre!

José y Miriam en tanto, ya cumplido
De la ley el precepto inevitable,
A Nazaret sus pasos dirigieron
Volver á ver ansiando sus hogares.

LIBRO NOVENO.

LA HUIDA A EGIPTO.

I

Feliz el hombre cuya vida pasa
Dulce y serena en el solar nativo;
Feliz aquel mortal que no traspasa
El límite estrangero siempre esquivo:
¡Feliz aquel que en la paterna casa
Al frio invierno y al calor estivo,
Respira el aura que meció su cuna
Hasta el fin de su vida y su fortuna!

Que no le asustan de contraria suerte
Los fieros y rudísimos rigores,
Cuando á su embate opone un alma fuerte
Que defienden los célicos amores
De patria y de familia: ¡y ni la muerte
Con su tren de fatídicos terrores,
El corazon espanta enflaquecido
Del que muere feliz donde ha nacido!

Si yace en la horfandad, ¡con qué ternura
Le socorren sus deudos y allegados!
Si del dolor lo cerca la amargura,
¡Cuán tiernos y solícitos cuidados!
Y en la mayor miseria y desventura,
¿Qué dolores no fueran consolados
En pecho de hombre ó corazon de niño
Con el consejo sabio y el cariño?

Y si llega, por fin, inexorable
El hora del morir, ¡con qué consuelo
Al espirar el plazo inevitable
Se despide el mortal del patrio suelo!
Deja la humana vida deleznable
Por la vida inmortal, hija del cielo,
Y llanto amigo de dolor retumba
En los callados ecos de su tumba!

Allí incesante el amoroso ruego
Le alcanzará el perdon de sus errores;
Y allí á despecho del solsticio fuego,
Y del torvo aquilon, devastadores
Del monte y la llanura, al dulce riego
Del llanto del amor, ¡cándidas flores
Brotarán y aromosas yerbecillas
Dó á posarse vendrán las avecillas!

¡Cuán diferente ¡ay Dios! del desterrado
Es el duro, tristísimo destino!
De su dolor tan solo acompañado
Por el ignoto y áspero camino,
En el felice tiempo ya pasado,
Irá pensando el pobre peregrino,
¡Sin mirar ni en remota lontananza
El astro animador de la esperanza!

¿Qué importa que en el monte y la llanura
Brille del padre sol el puro rayo,
Ni que del prado ameno la verdura
La gala ostente del florido mayo?
Y el murmurar del agua en la espesura,
Y de las aves el concierto gayo,
Y el rugir de la mar embravecida,
¿Qué son al infeliz que vá sin vida?

Como la tierna planta que, arrancada
Al dulce clima que nacer la viera,
Es á remota orilla transportada
Por la mano del hombre dura y fiera,
Y allí, lánguida, triste y deshojada,
Apenas sombra de lo que antes era,
Hácia aquel suelo estraño la mezquina,
La mustia copa sin valor inclina:

Así el ausente del nativo suelo,
Lejos de todo lo que el alma adora,
Del destino crüel algun consuelo
A su agudo pesar en vano implora:
Muéstrase sordo á su plegaria el cielo,
En vano el triste entre suspiros llora,
Y á soledad eterna condenado
Llama en vano la muerte despechado.

Que sorda del dolor á los gemidos,
Acude tarde á terminar los males
En que pasan la vida sumergidos
El número mayor de los mortales:

A los que de ella están desprevenidos
De enmedio á los placeres terrenales
Impía los arranca, y desatiende
Al que ambos brazos con fervor le tiende.

Y el mísero al dolor vuelve y la vida
Y al llanto vive eterno aquí en el suelo,
Que de sus negros dias la medida
Prolonga sin cesar airado el cielo:
Llama y vuelve á llamar la apetecida
Muerte, ya solo blanco de su anhelo;
Mas ella encarnizada no le escucha,
¡Y le abandona á su tremenda lucha!

A suerte tan precaria y miserable
La esposa y el esposo condenados,
Una vida de angustia inesplicable
En paises remotos é ignorados,
De Dios por el querer inescrutable,
Arrastrarán los santos desterrados,
Hasta cumplirse los fijados dias
Del temporal destierro del Mesías.

II

Vueltos José y Miriam del largo viaje
Apenas, á la baja Galilea;
Cuando aun las sandalias del camino
Conservaban acaso las arenas,
Y sus sensibles pechos, no saciados,
De mirarse de nuevo en la paterna
Ciudad, apenas crédito á los ojos
Se atrevian á dar; por la suprema
Voluntad del que rige de los hombres
Las fortunas, ya prósperas, ya adversas,
A ruta mas penosa y dilatada
Hubieron de aprestar la planta incierta.

José en los brazos del callado sueño
Reparador de sus caidas fuerzas
Descansaba en el pobre lecho, humilde,
Una noche pacífica y serena;
Cuando súbito un alto paraninfo,
Enviado de la suma omnipotencia,
Cabe al lecho de pié, con argentina
Sumisa voz, mas que en el ruego impera:
« Levántate, le dijo, al niño toma,
Y á su madre con él; hácia la tierra
De Egipto, presuroso te encamina
Y hasta volverme á ver detén la vuelta;
Que el fiero Herodes del infante en busca
Rugiendo vá con intencion siniestra. »

De espanto lleno con palabras tales,
El patriarca santísimo despierta,
Y á llamar corre á la infeliz MARIA,
Que del nuevo infortunio el alma agena,
El sueño de los ángeles tranquilo
Duerme, no lejos de la cuna escelsa
Del niño Dios. — La cariñosa Madre
Miradas de dolor y angustia llenas
Dirige al hijo caro, y presurosa
Recoge algunas túnicas modestas,
Escasas provisiones, y pañales
Del niño, al cual en su regazo estrecha;
Y precedida del amante esposo,
Vertiendo amargas lágrimas, se aleja
De la ciudad natal, adormecida
A la trémula luz de las estrellas.

Partieron... allá van, y en su camino
Por la difícil tortüosa senda,
Turba el dudar sus vacilantes pasos,
Hiela el temor la sangre de sus venas. —
¿Cómo escapar de Herodes iracundo
A las inicuas tramas, encubiertas?
¿Qué valla á detener será bastante
Al príncipe feroz en su carrera?
Él, que en las manos con la sangre rojas
De las víctimas mil de su fiereza,
El oro derramando, los furores
De sus viles sicarios recompensa;
¿Dónde se detendrá de su venganza
En la crüel, mortífera carrera,
Ora que al par defiende de su vida
La púrpura rëal y la diadema,
Cuando simples sospechas castigando,
A tan graves delitos se despeña?

Aún era la estacion de invierno frio,
Y el cierzo que silvaba en las malezas
Cubria de Miriam el rostro puro
Con dolorosas y moradas vetas;
Mas ella, de sí propia olvidadiza,
Cuidados, atenciones y ternezas,
Cuanto pueden hacer marchando juntas
Del cuerpo y del espíritu las fuerzas,
En torno al hijo de su amor consagra:
Él, monarca del cielo y de la tierra,
A cuyo soplo animador, fecundo,
La crëacion del caos salió entera;
A cuya voluntad cejan los mares,
Y se afirman los polos que sustentan
Los infinitos mundos del espacio
Para siempre jamás; á cuya inmensa
Divina voz, con dos palabras solas
Brotó la luz de en medio á las tinieblas:
Hora á las duras leyes sometido
De la humana, mortal naturaleza,
En el regazo de la tierna madre
El Cristo salvador de frio tiembla;
¡Y del susto, y el hambre y la fatiga
Con flébiles vagidos se lamenta! —

Y la amorosa madre silenciosa,
Cual los despojos fúnebres que encierra
Un sepulcro; de miedo tiritando,
Mas que de frio, de la angosta senda
Por las sinuosidades solitarias
Sus tímidas miradas encadena;
Y al cimbrearse la caña estremecida
Al aura de la noche, ó de la espesa
Enramada al sonar en blando arrullo
De enamorada tórtola una queja;
O si el rumor se escucha en lo lejano
De las secas varillas que se quiebran
Al impulso del viento quebrantadas,
O al cauteloso paso de las hienas;
Asustada Miriam, á su regazo
Con amoroso espanto el niño estrecha,
Creyendo ver alzarse ante su vista,
Que conturba el temor, la gigantea
Figura de un feroz, crudo asesino,
Blandiendo airado la segur sangrienta.
En tanto que la luna en curso blando
Sigue al través de la azulada esfera,
Alumbrando con pura luz, süave,
Los cielos y los mares y la tierra.

III

Así dias tras dias caminando,
Huyendo de las sendas pasageras
Y de los pueblos grandes; por las noches
Refugiándose acaso en las cavernas;
Amatot ya detrás, se dirigian
A los llanos de Siria, por veredas
Estrechas y escabrosas. Una tarde
Ya casi oscurecido, de unas peñas
Cubiertas ya por las nocturnas sombras
Vieron salir en rápida caterva
Numerosos bandidos. — El patriarca,
Que iba delante, atrás á la indefensa
Esposa se volvió, entre cuyos brazos
Dormia el niño Dios. — Miriam inquieta
Se detuvo tambien; mientra el caudillo
De la salvage turba, que contempla
El grupo inerme con asombro mudo,
Siente que aún hay piedad en su alma fiera:
Y bajando la punta de su lanza,
Con espresion de cariñosa oferta
Tendió á José la mano, un franco asilo
Ofreciéndole allá en su fortaleza,
Que de una roca en la postrera punta
Al nido de las águilas semeja.
José y Miriam gozosos, apreciando
Del bandido la rústica franqueza,
Le siguieron, y el techo maldecido
Fué aquella noche hospitalaria tienda.

A la mitad del venidero dia,
A pasar los calores de la siesta,
Y á la vista de Ramla, hicieron alto,
En un bosque de nópalos é higueras.
Allí sobre un florido entapizado
De narcisos, renúnculos y anémonas,
Al de una fuente arrullador murmullo
Se adormeció el Señor de cielo y tierra.
Y pasado el calor, de nuevo en marcha
Tomaron de Belen la nota senda,
Donde encontrar pensaba el santo esposo
Un camello, en las áridas arenas
Del desierto, animal indispensable.
Miriam y el tierno niño, hasta su vuelta
Le esperaron, ocultos en las sombras
De una vecina y lóbrega caverna. —
Y unidos á mercante caravana,
Dejaron los confines de Judea
Por fin, burlando así del rey impío
La venganza terrífica y sangrienta.

IV

En tanto no pudiendo de los magos
Averiguar Herodes el camino,
Con astucias y pérfidos halagos,
Velando de sus iras los amagos,
Va minando el país circunvecino.

Y á todos preguntando cariñoso
Va por el niño rey del trono hebreo
Que le trae tan inquieto y receloso:
Mas burlado creyéndose, furioso,
Ruge cual fiero tigre el idumeo.

Y á los torpes satélites inmundos
Esclavos que le cercan en su trono
Así ordenó en acentos iracundos;
«Porque ese niño objeto de mi encono
No escape á mis enojos furibundos,

Volad hácia Belen la maldecida,
Y en ella antes, y luego en cuanto abarca
El estenso confin de su comarca,
¡No escape á vuestra espada enfurecida
Ni un solo niño hebreo con la vida!»

Y los crudos malvados asesinos,
Del mandato de sangre ejecutores,
En Belen y sus pueblos convecinos,
Como devastadores torbellinos
Fueron llevando el llanto y los horrores.

De dos años abajo perecieron
Al filo sin piedad de sus puñales
Los niños todos de Judá.—Y se oyeron
Gritos que el corazon estremecieron
En pueblos y en incultos eriales.

Y en llanto de dolor inconsolable
Lloró Ramá la flor de sus nacidos;
Y al oir los maternos alaridos,
Un ¡ay! de horror, inmenso, inesplicable,
Repitieron los ecos conmovidos.

En tanto que Miriam y el santo esposo
Surcando van el piélago arenoso
Al soplo del *simun* abrasador;
Y ambos de amor ardiendo generoso
Desprecian la fatiga y el dolor.

Las plantas de los brutos encadena
Aquel cielo de fuego que desploma
Sus mortíferos rayos en la arena,
Y como al sol la cándida azucena,
Se inclina así la virginal paloma.

Y al hijo de su amor en la frescura
De su regazo oculta cariñosa;
Hasta encontrar en la letal llanura,
Bajo verde enramada deliciosa,
Escondida corriente de agua pura.

A veces en el árido desierto,
En la agonía del soñar despierto,
Simula el sol con engañoso halago,
A su sed agua, á su cansancio puerto,
Un azulado y transparente lago.

Y cual la rosa de Saron, levanta
Al frescor de la lluvia apetecido
La frente sobre el tallo enardecido:
Así alegre Miriam, la tarda planta
Del manso bruto aguija, enflaquecido.

Ya respiran del agua la frescura
Sus frentes y sus bocas abrasadas,
Ya tocan del oäsis la verdura;
Mas ven solo al llegar, con amargura,
Estériles arenas inflamadas.

Cuando de reposar llega el momento,
Se detiene la rica caravana
Y en sus tiendas aguarda la mañana;
Mas solo el azulado firmamento
Cobija á la familia soberana.

Y los lánguidos miembros abrasados
Del diurno sol, al húmedo rocío
Nocturno, sienten doloroso frio:
José y Miriam entonces desvelados,
Defienden á Jesus del cierzo impío.

Con frecuencia en los aires resonaba
Alto clamor de espanto y agonía,
Que el aura de la noche conturbaba.
Era que el feroz árabe atacaba
Las tiendas: — Blanca de terror, MARIA,

Del cuerpo virginal viviente muro
En torno del infante bien amado
Hacia, hasta que el riesgo ya pasado,
El escuadron se pierde allá en lo oscuro,
Y el rumor de sus pasos se ha apagado.

Por último tocaron los confines
Del país de los sabios Faraones;
Y vieron elevarse entre jardines,
Sus templos de acerados torreones,
Con sus marcos de cándidos jazmines.

Las eternas pirámides perdidas
En el campo azulado de los cielos;
Del Nilo las riberas florecidas
Y sus ondas de blancos barquichuelos
Y hermosas naos sin cesar hendidas.

Pero aquella region afortunada,
Por su ciencia y valor tan afamada,
De monumentos y tesoros llena;
¡Es á José y Miriam la tierra agena,
Y está muy lejos de la patria amada!

De Heliópolis el límite famoso
Pasando, á Matarieh se dirigieron;
Y allí, tocado el fin, del afanoso
Camino, aún otra vez en el reposo
Y en la paz de los ángeles vivieron.

LIBRO DÉCIMO.

—

LA VUELTA A NAZARET.

I

Hora tras hora pesada,
Dia tras dia afanoso,
Para Miriam y su esposo
El largo espacio corrió
De siete penosos años,
Pasados en la estrecheza
De la mas dura pobreza
Que el mundo en su seno vió.

Muy luego fué consumido
De los magos el tesoro,
Aquel puñado de oro
Que dieron al niño Dios:

Y el nieto de régia estirpe
Convertido en jornalero,
Trabajaba el dia entero
Con incansable teson.

Mas á tan ruda fatiga,
El suelo inhospitalario
Daba tan corto salario,
Que volvió mas de una vez
Al techo dó resignada
Miriam, le aguarda serena,
Sin lo bastante á la cena
Parca y frugal de los tres.

Y mas de una triste noche,
Y mas de un aciago dia,
El Dios infante gemia
Por un pedazo de pan :
Y sus lágrimas la madre
Recatando al tierno niño,
Acaso en voz de cariño
Calma su pueril afan.

Mas el venturoso dia
Se acercaba por momentos
De dar fin á los tormentos
Sufridos con tal valor.
Y una noche que tranquilo
José en los brazos del sueño
Dormia, ante sí risueño
Miró al ángel del Señor.

«Alzate luego, le dijo :
Toma al niño y á su madre,
Y á la patria de tu padre
Marcha con seguro pié :
Que los que al niño buscaban
En su saña maldecida
Para quitarle la vida,
Han muerto ya en Israel.»

Y José al niño tomando
Y á Miriam, siguió el camino :
Mas á Sion ya vecino,
Los cautos pasos torció. —
Que Arquelao, hijo de Herodes,
Reina tirano en Judea,
Y José de Galilea
La nota senda, tomó.

¡Cuánto el destierro es amargo!
¡Cuán dulce del patrio suelo
Volver á mirar el cielo
Que nos cobijó al nacer!
¡Y respirar cuanto es dulce
Sus auras embalsamadas,
Y de sus fuentes amadas
Mirar las aguas correr!

¡Y en el sacro hogar paterno
Recordar de nuestra infancia
La feliz, pura ignorancia
Que tan fugace pasó! —
¡Y las amantes caricias
Que nos hizo nuestra madre,
Y los consejos que un padre
En su esperiencia nos dió! —

Y los amigos primeros
Que en nuestra infancia tuvimos,
¡Y la escuela en que aprendimos
Nuestra primera leccion!...
¡Santas, queridas memorias
Que á pesar de la ímpia suerte
Vivas guarda hasta la muerte
El humano corazon!...

— Despues de tan larga ausencia
Miriam y el esposo amado
En su hogar abandonado
Van al fin á descansar;
Mas roto por varias partes
Miran el humilde techo,
Y el pobre muro deshecho
Deja el viento penetrar.

Y verdes enredaderas,
Y morenas parietarias,
En las celdas solitarias
Crecen frondosas al sol :
Y el humilde patiecillo
Cubren zarzas espinosas,
Y en sus paredes ruinosas
Busca asilo el caracol.

Y en la celda abandonada
Dó en Mirian inmaculada
Se encarnó el divino *Verbo*
Para salud del mortal;
Como del bosque en las lomas,
Se anidan unas palomas,
Dichosas allí al abrigo
De la lluvia equinocial.

Hechos por fin de la choza
Los reparos mas urgentes,
Volvieron los inocentes
Dias de grato solaz.
Y el ilustre carpintero
De Jesus mismo ayudado,
De nuevo en su hogar amado
Vió juntos amor y paz.

Y así en apacible cuenta
Pasaron lunas sesenta,
Sin separarse un instante
Ni en la visita anüal,

Que fieles observadores
De la ley de sus mayores,
A Jerusalem hacian
En la época pascual.

—

EL NIÑO PERDIDO.

II

Al aire destrenzada
La blonda cabellera,
La túnica rasgada,
Y en llanto de dolor
Bañado el rostro puro,
Que al sol envidia fuera,
Por tu recinto oscuro
Va una muger, Sion.

¿Qué crudo, amargo duelo
Lamenta la cuitada?
¿Qué horrible desconsuelo
Su pecho laceró?
¿Esposa, vése viuda?
¿O es vírgen desposada
Que con fiereza cruda
Su amante abandonó?

¿O es huérfana que llora
Con ayes de agonía,
La sombra protectora
Del techo paternal;
En medio al mar del mundo
Mirándose sin guia,
Al soplo tremebundo
Del recio vendabal?

Viuda, al caro esposo,
Lamenta desdichada;
Amante, al cariñoso
Objeto de su amor:
Y en ayes reprimidos
La madre desolada,
¡Buscando entre gemidos
Vá al hijo que perdió!

Miriam, la Vírgen pura,
La madre enaltecida,
La que en la eterna altura
Casi es á Dios igual;
De la divina alianza
La prenda bendecida,
La paz y la esperanza
Del mísero mortal:

Llorosa entonces, mustia
El alma entristecida,
En tan terrible angustia
Olvida su virtud...
¿Qué mucho, si se ausenta
El sol que le dá vida,
Qué mucho, si lamenta
Perdido á su Jesus?...

Volviendo á su morada
Desde Salem divina,
De gentes circundada
Que van á Nazaret;
Al ver tras blanco velo
La estrella vespertina,
Luciendo ya en el cielo,
Cercano á anochecer;

La marcha fatigosa
En rústica posada
Detuvo cuidadosa;
Que el hijo de su amor
Con otros jovenzuelos
Sus deudos, la jornada
Siguió; y con mil recelos
La tiembla el corazon.

José vendrá sin duda
Con ellos; del camino
La marcha larga y ruda
Tal vez los fatigó;
Mas ya en el patio ondea
Su manto blanquecino,
Y aún á la luz febea
Jesus no apareció.

Y luego van llegando
Los otros uno á uno,
A todos preguntando
Miriam en su inquietud;
Mas nadie le responde,
Que no le vió ninguno...
— «¿Porqué de mí se esconde
Mi gozo, mi salud?»

Ya las nocturnas nieblas
Invaden la llanura;
Se palpan las tinieblas
Del bosque en derredor:
Y el campo ilimitado,
Y la caverna oscura,
Y el aire conturbado,
Repiten su dolor.

Y ni peñasco rudo,
Ni monte ni ladera,
Ni precipicio mudo
Quedó en aquel confin;

Que en eco lamentable
El ¡ay! no repitiera,
Que lanza inconsolable
Miriam en su gemir.

Y al venidero dia,
Apenas respirando,
José con su MARIA
De nuevo entró en Sion;
Y van de puerta en puerta
Del niño preguntando,
La débil planta, incierta,
Con miedo el corazon.

Y en vano su recinto
Recorren, y es en vano
Que enmedio al laberinto
Pregunten con afan:
Y redoblando el lloro,
Al templo soberano
En pos de su tesoro
Con esperanza van.

Con sencillez vestido
Como un vulgar esenio,
El rostro algo teñido
Del sol primaveral;
Y de sus garzos ojos
De mas que humano genio
Brotando en rayos rojos
Un límpido raudal:

Castaños los cabellos
Que en ondas bipartidos
De rizos cubren, bellos,
La espalda mas gentil;
De ancianos y doctores
Que escuchan conmovidos
Los tonos vibradores
De aquella voz pueril:

Cercado, del gran templo
Só el pórtico sagrado
Dó van á dar ejemplo
Los sabios de Israel;
Discurre un tierno niño,
Y el pueblo arrebatado
Esclama en su cariño:
«¿Es ángel, ó un Daniel?»

«¡Jesus! ¡el hijo mio!»
Clamó una voz süave,
Rompiendo del gentío
Por el revuelto mar:
Voz límpida, argentina,
Y al propio tiempo grave,
En que el placer domina
Y aun se oye hondo pesar.

Y así como esplendente,
En cercos de oro y grana,
Muestra su rubia frente
La aurora matinal;
Sobre la mar dormida
Trayendo la mañana,
De luz llenando y vida
Sus ondas de cristal:

Tal, jóven cuanto hermosa,
En lágrimas bañada,
Se acerca presurosa
Al niño una muger;
Y en voz de gran ternura:
«¿Porqué así abandonada,
Tan hórrida amargura
Me hiciste padecer?»

Y el niño en desabrida
Respuesta misteriosa:
«¿Porqué tan afligida,
Porqué me buscais vos?
¿No veis que cumplo, Madre,
Mi obligacion forzosa,
No veis que de mi padre
Me ocupo y de mi Dios?»

A réplica tan dura,
José y Miriam callaron,
Que la sentencia oscura
No pueden comprender:
Mas luego juntamente
Los tres encaminaron
El paso alegremente
De vuelta á Nazaret.

Y allí pasaron dias
De gozos celestiales
De inmensas alegrías
Y paz del corazon;
Y mientra el niño crece
En dias terrenales,
Ante su PADRE acrece
En gracia y perfeccion.

—

MUERTE DE JOSÉ.

III

Como en medio á la calma mas profunda
Suena acaso del trueno el estampido,
En pos de algun relámpago temido
Que de rojo fulgor la tierra inunda:
Así en la santa paz que lo circunda,
José por la vejez enflaquecido,
Llegar miró el instante apetecido
Del justo. — Con mirada moribunda

Ve á Jesus y á Miriam que en triste lloro
Cercan su lecho, y al momento espira.
Jamás terrestre rey, igual decoro
En torno tuvo á su funérea pira :
¡Lloró Miriam, y del sencillo duelo
Al frente, triste marcha el Rey del cielo!

TERCERA PARTE.

LIBRO UNDÉCIMO.

PREDICACION DEL EVANGELIO.

I

Sonó por fin la afortunada hora
En el reló del tiempo no cansado
Jamás. — ¡Lució por fin la limpia aurora,
El momento anhelado,
Que habia en sus designios señalado
El Hacedor profundo,
De eterna vida y libertad al mundo!

El hora en que el mentido paganismo
Con sus groseros símbolos y altares
Se hundiera para siempre en el abismo;
Y en que en tierras y mares
Fundara indestructibles sus sillares,
Del mismo Dios en nombre,
Aquella religion, salud del hombre.

Ya por su propio peso quebrantados
Vacilan los imperios conmovidos;
Los prepotentes cetros respetados,
Los tronos carcomidos,
Caen en menudo polvo convertidos;
Y ya el antiguo culto
Es objeto de mofas y de insulto.

Los oráculos callan. Las sibilas
Abandonan sus antros sepulcrales,
Y no manchan sus bóvedas tranquilas
Conjuros infernales.
Sacerdotes, augures y vestales,
No dan torcido ejemplo
Bajo los arcos del impuro templo.

Y agitacion oculta y misteriosa
Hierve en el corazon de los humanos;
Volcan que só la mole ponderosa
De montes soberanos,
De la tierra en los cóncavos arcanos
A su pesar sumido,
Anuncia su poder con su rugido.

Desplómanse á la vez cultos y leyes;
Ruedan confusos pueblos y naciones,
Sacerdotes y símbolos y reyes :
— ¿Qué inspirados varones,
Qué fuertes é impertérritas legiones,
Vendrán del mundo muerto
A repoblar el árido desierto?

De aquel peñasco, apenas conocido,
De Nazaret, brotó en raudal escaso,
Un arroyo entre zarzas escondido;
Mas que ha de abrirse paso
En breve, del Oriente hasta el Ocaso,
Al Norte y Mediodia,
Llevando la salud y la alegría.

Gota pequeña, cristalina y pura,
Apenas á la sed de un pajarillo
Bastante : luz que trémula fulgura
De débil lucerillo;
¡Y en breve, mar de luz, á cuyo brillo
Esplenden en lo oscuro,
Lo pasado y presente y lo futuro!

Y aquella cruz, patíbulo afrentoso,
Que presenció del hijo de MARÍA
El lento padecer y la agonía;
Fué el signo esplendoroso,
Lábaro de un imperio poderoso,
Al aire tremolado,
Dó el mundo se agrupó regenerado.

La eterna y triunfadora fé cristiana,
De eterna vida manantial fecundo,
De donde todo bien copioso mana :
Del poder sin segundo,
La *buena nueva* prometida al mundo :
Y aquella voz divina
Dijo al muerto : « ¡Levántate y camina! »

Y el cadáver se alzó : — galvanizada
Se irguió la conmovida muchedumbre :
Respiró la muger emancipada :

De abyecta servidumbre,
Ya al hombre no oprimió la pesadumbre;
¡Y, ante su Dios iguales
Se abrazaron felices los mortales!

Brilló el *Sol de Justicia*, inmenso faro
Suspendido en mitad del firmamento,
Al ciego luz, al desvalido amparo:
Y el magnate opulento,
Y el tirano en sus iras turbulento,
En su maldad temblaron
¡Y ante el poder eterno se humillaron!

II

Llegó para Miriam el triste dia
De larga ausencia y despedida amarga;
Jesus, el hijo de su amor querido
Salió de Nazaret una mañana,
El paso dirigiendo á las riberas
Que del Jordan las amarillas aguas
Riegan, y adonde entonces el Bautista,
Con su mision cumpliendo, bautizaba.
La vida de Jesus, no ya secreta,
Mas pública va á ser: de la morada
Materna se despide, pobre, solo,
En situacion humilde, y sin mas armas
Que su valor, paciencia y mansedumbre.
Con tan débiles fuerzas se prepara
Costumbres á atacar, usos y leyes;
A lidiar contra pueblos y monarcas.
Y vencerá en la lucha, que su brio
Del mismo seno del Señor emana;
¡Mas cubrirá el laurel de la victoria,
Del muerto triunfador la frente helada!

¡Cuánto pesar y dolorosa angustia
Rasgaron de Miriam crudos el alma!
¡Ella que ve lanzarse al generoso
Jóven, de aquella mar tan agitada
En las revueltas, encrespadas olas,
Donde tantos profetas naufragaran!
El insensato orgullo, el fanatismo
Torvo; la hueste toda sanguinaria
De las malas pasiones, solo, inerme,
Va el *Justo* á combatir: — La gente prava
Que domina en la torpe sinagoga;
Del fariseo hipócrita las tramas,
Su feroz ambicion, su cruda envidia,
Su innoble miedo, su intencion bastarda;
¡Y del rey de linage advenedizo,
La cobarde, terrible suspicacia!

No era Miriam de aquella heróica estirpe
Que dió á Judá tan célebres monarcas
Vástago indigno, no; en el noble pecho
Un corazon impávido alentaba;
Mas recuerda las santas profecías,
Los anuncios mesiánicos, y el alma
Mira ante sí con lúgubres colores
Un cuadro aterrador que la amenaza:
Por eso al despedir al hijo caro,
Bañado el rostro de copiosas lágrimas,
Roto su corazon dentro del seno,
Y anudada la voz en la garganta;
Cuando el débil rumor ya no percibe
De los pasos de aquel que tanto ama,
Cubrióse con su velo, y pensativa,
Muda como el dolor, enajenada
Quedó, pensando en los pasados dias
De ventura y de paz; memoria amarga
De la dicha que fué; ¡presagio triste
Del porvenir horrendo que la aguarda!

Pasan dias tras dias; — perezosas,
Noches eternas que jamás acaban
A la inquietud materna, y á su asilo
Aún no vuelve Jesus. — Noticias vagas
Anuncian á Miriam que el hijo suyo
Ha entrado en las estériles montañas
A Jericó vecinas. — El cordero
Sin duda al acercarse á la elevada
Obra de redencion, el trato esquiva
De la turba mortal; y en la plegaria,
Y en la meditacion y en el ayuno,
A la lucha tremenda se prepara.
¡Ay! ¡cuánto de temor y pena ruda
Desgarran de MARÍA las entrañas!
Si acaso de la noche en las tinieblas
Suena la ronca voz de las borrascas,
¡Qué horrible padecer! — ¿Bajo qué abrigo
Guarecerá la frente delicada
El amado Jesus? — ¿Qué luz piadosa
Amiga alumbrará su débil planta,
Al borde de los hondos precipicios
Donde solo anidar pueden las águilas?

Así cuarenta soles, que centurias
Parecen á la madre acongojada,
Pasaron; mas al fin volvió el Mesías,
Y de nuevo á Miriam tornó la calma.

LAS BODAS DE CANA.

III

Entonces en Caná de Galilea
Un consorcio feliz se celebró,
Y juntos fueron hácia aquella aldea
MARIA y el divino Redentor.

Que deudos de Miriam ambos esposos
Eran, y de la estirpe de Judá,
Y á su hijo y á ella, cariñosos,
Enviaron un convite muy cordial.

Y habia muchas gentes y era escaso
De los recien casados la fortuna,
Y en manjares y vinos pobre tasa
Habia, por demás inoportuna.

Y como á la mitad de la comida
El vino se apuró, Miriam atenta
Observó la mirada entristecida
Del esposo á la esposa que se ausenta.

Y en voz baja á Jesus que á su derecha
Está, le dice así: «No tienen vino,»
Y el, al oir la voz con que lo estrecha:
«¡Aún no he llegado al fin de mi camino!»

Responde; mas Miriam que á sus parientes
Quiere evitar humillacion tan dura,
No desespera aún, y á los sirvientes
Con voz de acabadísima dulzura,

Así les dijo: «Haced cuanto él os diga.»
Habia para hacer las oblaciones
A que la antigua ley al hombre obliga,
Seis ánforas (1) de grandes dimensiones

Allí. — Mandó Jesus á los sirvientes
Que á una vecina fuente las llevaran,
Y de sus aguas puras, transparentes,
Hasta los altos bordes las llenaran.

Cumplido su mandato, en delicioso
Vino trocóse el agua en el instante,
Y á tal prodigio se asombró el esposo
Y enmudeció la turba circunstante.

Y así logró Miriam ser la primera
Que mirase brotar el milagroso
Poder, que en tan efímera carrera
Iba á ostentar el NUNCIO poderoso.

Y todos los presentes se admiraron,
Y su inmenso poder reconocieron,
Y sus menores signos acataron,
Y su misericordia enaltecieron.

IV

Aquel milagro de Caná, seguido
En breve de un millon,
Señaló que ya el tiempo era venido
Del fin de su mision.

A su voz las tormentas se aplacaban,
Los demonios huian,
Las dolencias del cuerpo se aliviaban,
Los muertos revivian.

Doquiera que en aquel dichoso suelo
Su planta descansaba,
Cesaba el llanto, enmudecia el duelo
Y el odio se calmaba.

Y venian á él desde Judea,
De Tiro y de Sidon,
De la remota Arabia y de Idumea
En rauda confusion.

Y al que con fé profunda, enardecida,
Llegaba hasta su pié;
Eterna fuente de salud y vida,
Vida y salud da él.

Ven de nuevo del sol la lumbre pura
Los ciegos afligidos,
Y cruzan la montaña y la llanura
Los pobres impedidos.

Cura al leproso, al pecador convierte,
La adúltera perdona,
Y arranca de los brazos de la muerte
Al niño y la matrona.

«¿Quién es este, clamaba el fariseo,
Que vá contra la ley?»
«¿Quién, temblando de susto, el idumeo,
Este que aclaman rey?»

«¿Quién es el que aconseja al ultrajado
Generoso perdon?
¿Quién es el que combate denodado
La usura y concusion?»

Y así, como en la oscura madriguera,
Por hombres acosada,
Se prepara á lidiar la brava fiera
Cabe á su prole amada:

El escriba avariento, sobre el oro
Al pobre arrebatado,
Se apercibe á la lid por el tesoro
A precio tal comprado.

Y el fariseo hipócrita, temiendo
La lid, astuto infama
A Jesus, y en lo oscuro va tendiendo
Su tenebrosa trama.

Y el audaz saduceo, que la vida
Del alma torpe niega,

(1) Evangelio de S. Juan, cap. 2º.

A la múltiple hueste maldecida
Iracundo se agrega.

Así, sus mutuos odios deponiendo
Se adunan los traidores,
Torpe amistad, bastardo amor fingiendo,
En pro de sus rencores.

Y el volcan de sus iras contenido
Rugia en lo lejano,
Como acaso escuchamos el bramido
Del remoto Occeano.

Mas al rumor creciente, de MARIA
Temblaba el corazon,
Y miraba acercarse la agonía
Con triste prevision.

Y siguiendo por montes y laderas
Al hijo, con afan,
Llegó con él un dia á las riberas
Que fecunda el Jordan.

Y por él fué allí mismo bautizada,
Y siguió decidida,
Y abandonó su vida acostumbrada
Por otra nueva vida.

Y mugeres seguíanla y varones,
Discípulos fervientes
De Jesus, de amorosos corazones
Y espíritus valientes.

—

ENTRADA DE CRISTO EN JERUSALEN.

V

¿Qué júbilo inmenso resuena,
Sion, en tu vasto confin?
¿Qué gozo inefable enajena,
Salem, tu recinto feliz?
¿Dó van tus resueltos varones
Cantando triunfales canciones?
¿Porqué suena el laud?

¿Qué triunfo electriza sus almas?
¿Acaso el romano cayó?
¿Porqué se despojan las palmas
Del manto que el cielo les dió?
¿Porqué tu llanura arenosa
Reviste esa capa frondosa?
¿Cesó tu esclavitud?

En coro las tiernas doncellas,
Los niños en coro pueril,
Repiten en cántigas bellas
Pulsando del padre David
El arpa de voces tan puras:
«¡Hosanna en las alturas!
¡Bendito el enviado de Dios!»

¿Quién es el monarca temido,
Que llega á tus puertas, Salem?
¿Quién es ese rey tan querido?
¿De Dios el enviado, quién es?
De inmensa legion circundado,
En carro de triunfo adornado,
¿Llega el conquistador?

Sion, tu monarca divino
No viene en un carro triunfal;
Ni acero feroz, damasquino,
Empuña su mano real:
Ni en pompa homicida de guerra
Le anuncian por rey de la tierra
El fausto y el poder.

En manso animal cabalgando
Se acerca del mundo el Señor,
A diestra y siniestra lanzando
Benignas miradas de amor.
Por armas la palma y la oliva,
Por premio la fé siempre viva,
¡Eterno amor por ley!

Y en pos los invictos varones,
Las madres que acata Israel,
Y ancianos y tiernos garzones
Confusos en raudo tropel;
Y esposas y vírgenes puras:
«¡Hosanna en las alturas,
Esclaman, al sumo Señor!»

Y el santo, amoroso concento
Que suena en el vasto confin,
Llevado en las alas del viento,
Llegó cual la voz del clarin,
Sion, á tus calles oscuras,
«¡Hosanna en las alturas,
Clamando, al supremo Señor!»

Y el eco del muro callado,
Y el agua que corre á su pié;
Del templo el recinto sagrado
Y el viento que gime al través:
Y el ruiseñor que en la enramada trina,
Y el aura embalsamada matutina,
En puro acento de perenne amor,
Clamando van en montes y llanuras:
«¡Hosanna en las alturas,
Al que viene en el nombre del Señor!»

LIBRO DUODÉCIMO.

MARIA EN EL CALVARIO.

I

Aún no estaba marchito el verde manto
Que de *Betania* revistió el camino,
Cuando ardiendo Sion en gozo santo
El Cristo á saludar rápida vino;
Aún repiten gozosos aquel canto
Los ecos del país circunvecino,
Y las auras turbadas se extremecen
Y aun tibias de sus hálitos parecen;

Cuando una voz inmensa, conturbando
Los ámbitos del monte y la llanura,
A amigos y contrarios vá llenando
De pasmo y de alegría y de pavura:
Aquel acento horrísono y nefando,
Envuelto en la traicion y la impostura,
Caro á muchos y á pocos detestable,
Anuncia que se ha preso á un gran culpable.

Y en torno á los magnates opresores,
Y á los que favorece la fortuna,
Viles escribas, pérfidos doctores,
Que ahora en torpe alianza el vicio aduna;
Del gran templo en los arcos esteriores
Se arremolina el pueblo, é importuna
Una vez y otra vez al fariseo
Por el nombre y los crímenes del reo.

— ¿Es ladron, ó falsario ú homicida
Aquel gran criminal? ¿su orgullo insano
Intentó quebrantar en lid reñida
La suma prepotencia del romano?
¿Escándalo del mundo, el parricida
En sangre paternal bañó su mano;
O en las sagradas bóvedas del templo
Dió de la santa ley torcido ejemplo?

No: sumiso á la ley pagó el tributo
Que se debe á los reyes de la tierra;
Jamás dió su palabra amargo fruto
De infausta division, ni cruda guerra:
La cólera, el rencor, el llanto, el luto,
Cuanto mal y dolor el mundo encierra,
Huyen al resonar su blando acento,
Cual leve arista que arrebata el viento.

Lejos de hacer brotar de agenos ojos
Lágrimas de amargura, amante llora
Sobre las penas, lágrimas y enojos
Que la vida mortal en sí atesora:
Lejos de complacerse en los despojos,
En la humildad y en la pobreza mora;
Dá vista al que jamás el sol mirara,
Cura al enfermo, al desvalido ampara.

En vez de trastornar de la Escritura
La blanda, salutífera doctrina,
Su voz süave de la letra oscura
Los profundos arcanos ilumina:
A los de fé mas débil, asegura,
A los que van á ciegas, encamina,
Y á dó su vista ó su palabra alcanza
¡Vuelven vida y amor, fé y esperanza!

Mas ante los escribas y doctores
Tiene el profeta crímenes bastantes:
Él, de la ley los llama torcedores,
Él del templo arrojó á los traficantes:
Y á saciar su venganza y sus rencores,
Con ronca voz y labios espumantes,
Costumbres violan y traspasan leyes,
Y pisan los derechos de sus reyes.

De una traicion doméstica, comprada
Con oro vil, se valen los villanos,
Y á poner en la víctima sagrada
Van iracundos las inicuas manos:
Velando su impostura refinada
A varones y vírgenes y ancianos
De Israël, con ayunos y con preces,
Del justo se preparan á ser jueces.

Jamás el mundo vió víctima alguna
Del odio y del rencor de los mortales,
Sufrir tantas afrentas una á una,
Tantos dolores, ni tormentos tales:
Jamás tan negro fin de su fortuna
Vieron los mas odiosos criminales,
Ni para ajar tan límpida pureza
Adunada se vió mayor vileza.

Como á un esclavo vil, por mas afrenta
Arráncanle sus sacras vestiduras,
Y el acerado azote se ensangrienta
En las perfectas formas, cuanto puras;
La ira se dobla y el rencor aumenta
Como doblando van las amarguras
Del justo, en los verdugos carniceros,
¡Espanto de los siglos venideros!

Así tal vez la fiera tigre hircana
Que fuerte acosa el cazador ardido,
Cobarde lucha, y por huir se afana
Al antro oscuro dó hasta allí ha vivido;
Mas si mira teñida en roja grana
De su contrario el pecho, hondo rugido

Exhala de placer, y su ardimiento
Redobla al par de su furor sangriento.

Hundieron en su frente una corona
De duras y agudísimas espinas,
Y la sangre brotando se amontona
Sobre las sienes del Señor divinas :
Un pedazo de caña le pregona
Por rey, y rotas fajas purpurinas,
Harapos en el suelo abandonados,
Cual manto régio danle los soldados.

Y haciendo mil burlescas contorsiones
Entre mofas y risas le saludan,
Mientras que los satánicos sayones
Cansados de azotarle se remudan :
Mas las bellas, purísimas facciones
Ni al sarcasmo ni al golpe se demudan,
Y al mirarlos, sonrie tristemente,
Compadeciendo su furor demente.

La saña á desarmar y el odio fiero
De aquella encarnizada muchedumbre
En vano el pacientísimo cordero
Opone su piedad y mansedumbre :
Él, que bajó á librar al mundo entero
De la mas ominosa servidumbre,
Ora se ve azotado, escarnecido,
Del pueblo que en su amor ha preferido.

II

El odio ya saciado
Del escriba y del torpe fariseo,
Cuando bastante juzgan degradado
Al inmortal profeta galileo;
Ante la masa estúpida
Del pueblo, á consumar el sacrificio
Vuelan, que llega el sábado,
Y retardar no quieren su suplicio.

Con la terrible carga
De una pesada cruz los flacos hombros
Agobian de Jesus : — penosa y larga
Y llena de ruinas y de escombros,
Es del calvario lúgubre
La triste, funestísima carrera;
Mas viendo que la víctima
Vacila, su rencor mas se exaspera :

Y con el asta dura
De las cobardes lanzas le atropellan,
Y si cae el lastimado por ventura,
Sin piedad le maltratan y le huellan :
Turba feroz, sacrílega
De execrables verdugos que se ensañan
Contra del Justo, y réprobos
En sangre de su Dios torpes se bañan.

Como en noche callada
Llega acaso confusa á nuestro oido,
La voz de la tormenta desatada
Que sopla sobre el mar embravecido;
Y con el susto trémulos,
Aunque remotos del horrendo amago,
Dudamos si es mas próximo,
Y en tierra ó viento ó mar el fiero estrago :

Así en la muchedumbre
Que en calles, plazas, techos, miradores,
De la ciudad á la maldita cumbre,
Se ve de mil y mil espectadores :
En rudos sones mézclanse
Anatemas y gritos de alegría,
Cantos de triunfo lúgubres
Y ayes de compasion y de agonía.

Allí van confundidos
Con los que de sus males ha sanado,
Los que en su contra están enfurecidos;
El aborrecedor junto al amado :
Empero, son estériles
De amor y de piedad las emociones;
Calladas son las lágrimas,
Ruidosas las impías maldiciones.

Cobarde le ha negado
Aquel ingrato apóstol mas querido;
Uno solo de entre ellos ha quedado,
Los demas todos juntos han huido;
No hay una voz intrépida
Que acuse la impostura y la malicia,
¡Ni un corazon magnánimo
Que clame contra el odio y la injusticia!

Y por la prolongada
Calle, que á la ominosa puerta guia
Judiciaria, en mal hora así llamada,
Sigue la plebe indómita y bravía :
Y en medio el justo, cárdeno
El rostro, y el mirar desfallecido,
Sigue con planta trémula
A la cumbre del monte maldecido.

Y hé aquí, que una matrona
A la mitad de la fatal carrera,
Por dó mas el gentío se amontona
Penetró : — su mirada lastimera
No las amargas lágrimas
Empañan del dolor; de tal quebranto
En los tormentos hórridos,
¡Poca es la voz, insuficiente el llanto!

Y mientras dolorida,
Como un sepulcro helada y silenciosa,
Se va acercando á aquel á quien dió vida,
Tus mugeres, Salem, en voz piadosa
Bajo sus velos cándidos :
« ¡ Pobre Madre ! » entre lloros esclamaban,
Mientras las haces túrbidas
Del pueblo, libre el paso le dejaban.

Mas los crudos guerreros
Que al hijo de su amor torvos circundan,
Aquellos despiadados estrangeros,
Que en la crueldad su orgullo innoble fundan ;
Ya de las lanzas férreas
Con las terribles puntas la rechazan,
Y con insultos bárbaros
Y palabras de muerte la amenazan.

Entonces de sus ojos
Con el pesar intenso amortecidos,
Y del llanto anterior, hinchados, rojos ;
Rayos de luz brotaron, despedidos
Como vivos relámpagos,
Ante los cuales cejan los soldados,
A los fulgores vívidos,
Si no compadecidos, subyugados.

Libre el paso, Maria,
A Jesus dirigió la incierta planta,
Y al contemplar su angustia y su agonía,
De no morir la mísera se espanta.
Sudor á mares, gélido
Brota copioso de la augusta frente,
Al horrendo espectáculo
Del suplicio de un Dios omnipotente.

Mas ni un solo gemido,
Ni una lágrima sola, los dolores
Del corazon revelan, dolorido,
De la que es manantial de los amores.
Jesus, en tanto, mírala
A dos pasos de sí, y en blando acento :
« ¡ Madre ! » su voz exánime
Clamó y « ¡ Madre ! » repiten tierra y viento.

Y al cariñoso nombre
Que tanto amor y gozo tanto encierra
Al combatido corazon del hombre
En su paso fugaz sobre la tierra ;
Dando un gemido fúnebre
Del fondo de su alma desgarrada,
¡ Cayó la madre mísera
Sobre las duras losas desmayada !

Y un jóven galileo
De bello rostro y de mirar sombrío,
Y una jóven muger, del suelo hebreo
Fragante flor ; por medio del gentío
Cruzan con paso rápido
Hasta dó está la Virgen dolorida,
Y con amor solícito
La vuelven á la vez dolor y vida.

Son Juan y Magdalena,
De Jesus los discípulos amados,
Que á arrancar á Miriam de aquella escena,
En su indecible amor van adunados.
Mas su amorosa súplica
No oye la madre, y bajo un sol ardiente,
Del ominoso Gólgota
Prosigue por la rápida pendiente.

Ya tocan aquel suelo
Que está por altos juicios destinado
La muerte á presenciar del Dios del cielo,
Para aplacar al mismo Dios airado.
Al ara ya la víctima
Se acerca del mas grande sacrificio,
¡ Y tierra y cielo atónitos
Se preparan al hórrido suplicio !

—

MARIA AL PIÉ DE LA CRUZ.

III

Allí la homicida turba
Como una sierpe gigante
Sobre sí misma furiosa
Se arremolina, y combate
Por contemplar del profeta
El suplicio miserable.
¿ Y dó está Miriam entonces ?
— ¡ Pobre Madre !

Arrastrar vió al inocente
En medio á dos criminales ;
Mira tres cruces tendidas
Sobre la tierra culpable,
Y hombres de rostros crüeles
Que abren los hoyos fatales ;
— ¿ Mas dónde está el hijo suyo ?
— ¡ Pobre Madre !

Al fin pareció ; ¡ mas cielo !
¡ Qué vista tan lamentable !
— ¡ Sin un harapo siquiera
Sobre sus desnudas carnes,
De cuyas hondas heridas
Brota á torrentes la sangre !
¡ Él tan honesto y tan puro !
— ¡ Pobre Madre !

Mas los feroces verdugos
Con ciega furia arrastrándole
De la cumbre maldecida
Al sitio mas culminante,
Espusiéronle á la mofa
De aquella turba salvage.
¡Qué horrendo cuadro á la vista
De una Madre!

Tienden al Justo en seguida
Sobre la cruz infamante,
Lecho de honor que los hombres
De su amor en premio danle:
¡O ingratitud! ¡ó demencia!
¡O ceguedad lamentable!
¿Dónde está entonces Maria?
—¡Pobre Madre!

A una cercana caverna
Magdalena y Juan amantes
La arrastran: — sordo murmullo
Tal cual la voz de los mares,
O de borrascas remotas
Al rebramar semejante,
¡Llega tremendo al oido
De la Madre!

De vez en cuando confusos
Elevábanse en los aires
Rechiflas y maldiciones,
Risotadas espantables
Y denuestos furibundos
De aquel pueblo de chacales...
¡Y la infelice los oye!
—¡Pobre Madre!

Mas un silencio profundo
Reina por breves instantes:
¿Acaso le compadecen?
¿O alguna nueva barbarie
De la feroz muchedumbre
Calma el furor anhelante?
—¡Piedad del tigre no esperes,
Pobre Madre!

Pronto el silencio rompiendo,
Como de golpe que cae
A un tiempo sobre maderas
Y despedazadas carnes,
Oyese un sordo ruido
Allá en la cumbre distante,
Y otro despues, y otro luego:
—¡Pobre Madre!

Y al rumor siniestro, pálida
Cual la azucena del valle,
Tiembla Miriam convulsiva,
Como si agudos clavasen
En su pecho los sayones
Sus damasquinos puñales.
¡Y vive empero y escucha!
—¡Pobre Madre!

¡Jamás confesor alguno,
Jamás valeroso mártir,
En fiero potro estendidos
Sufrieron tormentos tales!
¡Y empero de sus dolores
Aun vá el suplicio á aumentarse!
¡Flaca muger, infelice!
—¡Pobre Madre!

Bien pronto el agudo roce
De maderas y cordages
Se percibe, y lentamente
Se alza la cruz en los aires;
¡Y en ella al Hijo del hombre
Cual vencedor estandarte
Contempla atónito el mundo!
—¡Pobre Madre!

Vuelto al remoto occidente
El desgarrado semblante,
Promete á aquellas regiones
Que por tan largas edades
Aguardan la luz, fecundos
Sus generosos raudales.
¿Y dó está entonces Maria?
—¡Pobre Madre!

Entonce el réprobo pueblo
Alzó con voz formidable
Un prolongado rugido
De feroce triunfo.— «¡Salve,
Le gritan, rey poderoso!
¡Si eres hijo de Dios, baje
Tu poder desde esa altura
Dó ora yace!»

Y á su izquierda un foragido
De otra negra cruz colgante,
De su penosa agonía
En los postrimeros vales,
Aún le maldice sañudo;
Y él con palabras amantes
Así esclama: «¡Padre mio,
Perdonadles!»

Mas el momentáneo asilo
Deja Miriam, y sin ayes
Ni lágrimas, ni sollozos,
Pocos á dolor tan grave;
Hácia el lugar del suplicio
Vá con planta vacilante,
Como el mármol blanca y fria...
—¡Pobre Madre!

Del ara del sacrificio
A pocos pasos distantes,
Los furibundos sayones,
Tigres sedientos de sangre,
La vestidura inconsútil
Por suerte entre sí reparten.
Y ella contempla el despojo...
— ¡Pobre Madre!

Los turbios ojos desvia
Del horror insoportable,
Hácia el cielo, y la mirada
Del Dios moribundo, cae
Desgarrando una por una
Sus entrañas maternales.
¡Por fin llegada es la hora!
— ¡Pobre Madre!

En los anales del mundo
El hora mas memorable.
Vencida en ella es la muerte,
Vencidos los infernales
Espíritus, y aún la suma
Justicia, ¡aquel satisface
Sumo holocausto, inaudito,
De tal sangre!

En tanto, en medio del dia
Sanguinolentos celages
Velan el sol : sobre el mundo
Caen las tinieblas palpables :
Las águilas roncos gritos
Lanzan de horror en los aires,
Y ahullan sobre la tierra
Los chacales.

Y del calvario maldito
El lóbrego paisage,
De negro mármol parece
Un catafa'co gigante.
Reina el silencio del miedo
En las turbas criminales,
Y de horror tiemblan unidos
Tierra y mares.

En tanto no olvida el Justo
Los que á su amor son lëales :
Y vuelto á Juan y María
Con voz de amor inefable :
« *Ve en él al hijo que pierdes* »
Dice á Miriam, y al amante
Discípulo : « *¡Mira en ella
A tu Madre!* »

Y luego á mirar cumplidos
Los proféticos anales
De las Santas Escrituras,
« *Sed tengo* » esclamó : — ¡en vinagre
Bañada una grande esponja,
Dieron el crudo brebage
Al que es manantial de vida,
Los infames!

Y gustado ya el veneno,
Con amoroso semblante
Clamó : « *¡Todo está cumplido!* »
Y lanzando un grito grande,
Inclinó la sacra frente
Y espiró. — Trémulos ayes
Pueblan el aire confusos...
— ¡Pobre Madre!

IV

En el supremo, vencedor momento,
Cuando en sus negros templos escucharon
Del sumo Dios el postrimer acento,
Los ídolos inmundos vacilaron :
Del astro de Moises ya macilento
Los fugaces fulgores se apagaron,
Y el sol del Evangelio, generoso,
Amaneció radiante y poderoso.

Mas Dios era deudor á los mortales,
Ejemplo á endurecidos pecadores,
De enviar al bajo mundo altas señales
De sus justos, terríficos furores :
Y apenas las tinieblas sepulcrales
Que envolvian al mundo en sus horrores
Comienzan á aclarar, su voz severa
Estremeció la crëacion entera.

Y del sol al fulgor sanguinolento,
Digna luz á tan hórridas maldades,
Sucedió un terremoto turbulento
Que en Asia derribó veinte ciudades (1) :
Con insólita furia silba el viento,
Braman con ronca voz las tempestades,
Y el velo del santuario enaltecido
Miró atónito el pueblo en dos partido.

Y rotas en pedazos las cubiertas
Que las marmóreas tumbas revestian,
Se lanzan de sus cárceles abiertas
Los que en el sueño del Señor dormian :
Y en tus calles, Sion, cuasi desiertas,
Espanto á los vivientes infundian
Los cadáveres vivos, aún fajados,
Del reino del horror resucitados.

(1) Plinio y Estrabon hablan de este terremoto cuyos sacudimientos se sintieron hasta en Italia.

Y entre los gritos de cobarde espanto
Que resuenan allá en la negra cumbre,
Se oye la voz de arrepentido llanto
Por sobre la revuelta muchedumbre;
Mientra oculta en los pliegues de su manto,
Imágen del dolor y mansedumbre,
Insensible al tumulto y gritería
Inmóvil y de pié se alza María.

Y la mudable plebe contemplando
En redor los insólitos portentos
« ¡*Este era hijo de Dios!* » iba clamando
Como á su hogar volvia á pasos lentos;
Y las mugeres de Sion, llorando,
Entre tristes sollozos y lamentos :
« ¡*Mísera Madre!* » en su afliccion decian,
Y los ecos sus voces repetian.

CONCLUSION.

I

La calma renacia
Poco á poco en el orbe conturbado,
Y del pueblo malvado
En el precito corazon, volvia
El fuego á renacer casi apagado
De su torpe valor : tal carnicero
Tigre que en los hircanos arenales
Fué terror de mastines y zagales,
Tiembla ante el domador como un cordero,
Mas si trémulo acaso ve primero
A aquel que empuña la candente barra,
El instinto feroz recobra luego
Y ceba en el cuitado de ira ciego,
El diente agudo y la cortante garra.

Crüel cuanto cobarde
El pueblo deicida, al ver la guerra
Calmada ya en los cielos y la tierra,
Iba de nuevo brio haciendo alarde,
Y al Redentor divino denostaba
Y con torpe maldad le calumniaba.

Mas, como el gran profeta galileo
Nunciado habia al rudo pueblo hebreo,
Que en el tercero dia, victorioso,
A la vida y al mundo tornaria
Del reino de la muerte tenebroso,
Una falange armada
Del sumo sacerdote allí mandada
En su soberbia impía,
Velaba en rededor de aquella tumba
Salud y redencion del Universo;
Que temia aquel príncipe perverso,
Maestro en la traicion y en la impostura,
Que en las tinieblas de la noche oscura
El cuerpo de Jesus arrebataran
Los suyos, y á otra tierra lo llevaran.

Ya del tercero dia
La aurora el rubio Oriente coloraba :
Jerusalem dormia
Bajo un manto de nieblas que ocultaba
Su deicida faz al matutino
Sol, que el vasto confin circunvecino
De fulgor y de júbilo inundaba.
Entreabrian las flores
El cáliz matizado de colores
Al húmedo rocío;
Entre el ramage umbrío
De la higuera silvestre, sus amores
Cantaban los harpados ruiseñores;
Y nunca en aquella árida comarca
Que de Betania hasta Sion abarca,
Ejemplo de tristísima aspereza,
Mostró naturaleza
Tan delicioso encanto,
Tanta hermosura, ni contento tanto.

Mas de pronto en la cumbre aparecieron
De las cercanas lomas,
Cual banda fugitiva de palomas,
Unas cuantas mugeres, que torcieron
El paso hácia el jardin donde se hallaba
El sepulcro de Cristo : descollaba
Entre el grupo indefenso una matrona,
Cuyo pálido rostro, que pregona
Mas que humano dolor, resplandecia
Con mas fúlgida luz que la del dia :
Y mientras al sepulcro caminaba
A una hermosa ruina semejaba
Que al impulso violento
Del huracan ajada, turbulento,
En la altanera faz del rayo herida
Aún muestra su belleza enaltecida.

Las otras, que á su lado presurosas
Caminan, de sustancias aromosas
Y gomas delicadas
A embalsamar el cuerpo preparadas,
Cargadas van, y á su dolor se mira
Que dá alguna templanza
La animadora voz de la esperanza.

Mas súbito en la calma que respira
La dormida region, un trueno ronco
Como de gran temblor los aires hiende:
La losa del sepulcro se desprende
Como impelida de robusto brazo;
Y al rudo estruendo, bronco,
Los guardias semimuertos de pavura
Unos sobre otros ruedan al ribazo
Los rostros contra el suelo,
En redor de la eterna sepultura.
Y las santas mugeres, cuyo celo
Y acrisolado amor no abandonara
A Jesus, ni aun al mismo pié del ara,
Retroceden ahora temblorosas,
Temiendo repetidas
Ver aquellas escenas espantosas
Nunca en el bajo mundo sucedidas,
Que acompañaron el postrer momento
Del Sumo Emperador del firmamento.

Pero un ángel divino
Cuya inmortal, flotante vestidura,
Escedia en blancura
A la nieve que el ábrego amontona
En la cumbre, del Líbano corona,
Al sol iluminada matutino:
Sentado del sepulcro en la ancha losa,
Con voz cuanto benigna, cariñosa,
A las santas mugeres animaba
Y á penetrar en él las convidaba.
« No temais, les decia:
Sé que buscais al hijo de MARIA
Que fué crucificado;
Mas aquí ya no está: como lo habia
Dicho, ha resucitado
Al alba pura del tercero dia:
Llegad, y ver podeis donde pusieron
Al Señor, los que aquí le condujeron. »
Y las santas mugeres se acercaron,
Y en el sepulcro entraron,
Y las fajas de mirra perfumadas
Y el sudario vacío, penetradas
De pasmo y alegría contemplaron.

Mientras Miriam sentada en el nudoso
Tronco de un viejo olivo que se alzaba
No muy lejos de allí, su rostro hermoso
De admiracion radiante y alegría,
Con un jóven del pueblo conversaba
En voz que apena el aire percibia.
Aquel que el tosco trage revestia
De un pobre labrador, era el eterno
Triunfador del pecado y del infierno:
¡El Redentor, que al mundo
Un instante volvia
Desde el fondo del báratro profundo!
— Miriam en sus entrañas maternales
Probó entonces tal suma
De júbilo y placeres celestiales,
Que describirlo no es de humana pluma,
Ni contarlo de lenguas terrenales;
Ni pudieran los míseros mortales
Sentirlo ni aún en parte reducida
Sin perder con el júbilo la vida.

Cuando cuarenta soles transcurrieron,
Salió Jesus de la ciudad, seguido
De aquellos que en su amor ha preferido;
Y juntos dirigieron
Sus pasos de Betania á las alturas.
Allí de dó descubren las llanuras
De Jericó, y las aguas estancadas
Del Muerto mar, y las corrientes puras
Del Jordan apacible, sus pisadas
Detuvo la piadosa comitiva.
Y allí por vez postrera
La fuente de agua viva
A raudales brotó libre y fecunda,
La crëacion entera
A rescatar de servidumbre fiera,
De aquel que en el error su imperio funda.

—

LA ASCENSION.

II

Las últimas miradas
Fijas aún en los que atrás se deja,
Las manos levantadas,
Bendice y aconseja
La amada multitud de que se aleja.

Y en blando movimiento
Como se vá en los aires elevando,
Suavísimo concento
Del cielo fué bajando,
Montañas y llanuras alegrando.

Sobre intranquilas nubes
Se ciernen por millares de millares
Los fúlgidos querubes;
Y las tierras y mares
Atónitas escuchan sus cantares.

Cesa el sordo mugido
Del mar: callan los vientos bramadores,
Y el céfiro dormido
Se oculta entre las flores
Fijas sobre sus tallos cimbradores;

Y hombre, ni bruto, ni ave,
Hubo alguno que osado interrumpiera

Aquel silencio grave;
Y hasta en la azul esfera
Detuvieron los astros su carrera.

Que en calma religiosa
La créacion asiste conmovida
A la ascension gloriosa;
Y un instante la vida
Quedó en el universo interrumpida.

En tanto que en la cumbre
Sigue del Redentor el blando vuelo
La santa muchedumbre
Con amoroso anhelo;
Que van con él su paz y su consuelo.

Y aún á sus ojos brilla
El süave fulgor de su semblante,
Cuando una nubecilla
Se puso por delante
Entre ellos y el Divino caminante.

¡O venturosa nube,
Trono en el cual á su feliz morada
El Rey del cielo sube!
¡O tierra malhadada
De tan sumo tesoro despojada!

¿Qué habrá en el triste suelo
De hoy mas, sino tinieblas y amargura,
É interminable duelo;
Si pierde ¡ó desventura!
Al que es de todo bien la fuente pura?

¿A dó volver los ojos
De amarguísimo llanto escandecidos,
Que no encuentren enojos;
Si están oscurecidos,
De la luz celestial desposeidos?

¿Cómo gozar amores
De aquel inmenso amor abandonados?
¿Ni cómo los furores
Burlar de crudos hados,
De tinieblas y sustos circundados?

Mas no; que el Sér divino
En prenda nos dejó de eterna alianza,
¡Un faro diamantino
Que alumbra en lontananza
La limpida region de la esperanza!

La fé imperecedera,
Claro destello de la eterna lumbre,
Que en la mortal carrera,
De nuestra servidumbre
Aminora la horrible pesadumbre.

Puerto de grata calma
En medio á las borrascas de la vida;
Suma virtud del alma
Jamás enflaquecida
Aún del báratro mismo combatida.

Hija en fin, predilecta,
Del supremo Señor de lo creado;
Tan pura y tan perfecta,
Que el árcangel malvado
Aún la guarda en el reino del pecado!

—

MARIA EN EFESO.

III

En el negro horizonte
Del Gólgota de sangre enrojecido,
Miro el *Sol de justicia*, oscurecido;
Mas sobre el hondo valle y alto monte
Con mas benigna llama,
Luz y grato calor al par derrama
La *Estrella de los mares*,
Del gran rescatador en los altares.

Mas no vibra amorosa
Sus rayos puros en la patria amada;
En tierra de Sion muy apartada
Con la de *Magdalum* jóven hermosa,
Y Juan, el preferido,
Que al destierro á las dos ha conducido,
Vive, esperando el dia
De á la mansion volar de la alegría.

En Efeso, altanera
Se refugió Miriam, del odio insano
Por escapar del opresor romano,
Que con soberbia impia y saña fiera
Persigue á los que oyeron
La voz del Salvador y la siguieron,
De los dioses mentidos
Los altares dejando maldecidos.

Y en el destierro llora
La tierra del Señor santificada,
Por Juan y Magdalena acompañada,
MARIA, de los ángeles señora;
Empero el sumo instante
Se acerca, en que ya libre el alma amante
De sustos y dolores,
Vuele hácia la region de los amores.

IV

En la ribera undosa
Del bello mar Icario,
Del astro vespertino
Al moribundo rayo,
Ocultas en la sombra
Al pié de algun peñasco,
Se miran dos mugeres
Cubiertas con sus mantos.
Miriam y Magdalena
Son, que los lares patrios
Recuerdan afligidas
En el confin estraño.
Y Efeso en vano ostenta
Sus torres y palacios,
Sus plácidos jardines,
Sus muros almenados,
Sus límpidos arroyos
Y sus feraces campos;
Y en vano, en régia pompa,
Los montes y los llanos
Se cubren de aureas mieses,
Pastores y rebaños:
Lamentan ¡ay! las tristes,
Del caro suelo patrio
Las abrasadas lomas,
Los ásperos collados;
¡Que el alma nunca olvida
Del pobre desterrado,
Aquel hogar paterno
Dó efímeros pasaron
Sin penas ni zozobras
Sus infantiles años!

¿Qué son las linfas puras
Del arroyuelo claro,
Ni el céfiro apacible
Que alienta sobre el prado,
Ni el poderoso muro,
Ni el opulento fausto,
Ni en fin los bienes todos
Del suelo hospitalario?
— Allí, nada recuerda
Del Redentor los pasos;
Ni mármoles piadosos
Conservan encerrados
Allí de sus mayores
Los restos venerandos.
Por esto en las orillas
Del piélago salado
Tal vez siguen sus ojos
Algun velero barco,
Que en rumbo el mar divide
Hácia los lares patrios.
Y acaso entre sollozos
Bañadas en su llanto,
Recuerdan la alta cumbre
Del Líbano argentado,
Las encrespadas olas
Del turbulento lago
De Tiberiades, donde
Jesus con firme paso,
En medio á la tormenta,
Al barquichuelo náufrago
Llegó, dó sus amigos
Lloraban angustiados,
En la borrasca impía
Viendo su fin cercano;
O del feliz Carmelo
Los picos azulados,
Que acaso se confunden
Con el etéreo espacio.
Y brota de sus ojos
Amargo y crudo llanto,
Mientras el rumbo siguen
De algun velero barco
Que en medio al remolino
Del piélago salado,
Navega majestuoso
Hácia los lares patrios.

V

Mas luego de la vida
Volvia la celeste desterrada
A la afanosa realidad; y unida
A la de *Magdalum*, jóven amada
Llevaba ardiendo en amoroso anhelo
El bálsamo divino del consuelo
Del mendigo á la choza derruida;
A la infeliz guarida
Del leproso á la vista repugnante,
Como madre solícita, anhelante,
Que en el seno materno al hijo caro
Guarda siempre amoroso y firme amparo.

Y al desvalido huérfano acorria,
Y á la llorosa viuda consolaba;
Y pobre de tesoros terrenales
Con los menesterosos compartia
Los bienes celestiales
Que en su gran corazon atesoraba.

Y con las santas leyes nunca escritas
De la alma compasion, cuando su pecho
Cumplido habia, al templo dó el cristiano
De contricion en lágrimas deshecho,
A aquel de soberanos soberano
Sus preces elevaba,
Con Magdalena y Juan se encaminaba.

Y su divino labio allí á torrentes
De la fé las verdades elocuentes

Copioso derramaba
Sobre los fieles á su voz unidos,
Que escuchaban de gozo enardecidos
De su divino acento
El fecundo y piadoso enseñamiento.

Jamás aquella ley hija del cielo
Cuya base mas firme y mas segura
Es el divino amor, tuvo en el suelo
Tan elocuente esplicacion : la impura
Doctrina del pagano, combatida
Por la palabra de virtud y vida;
De su anterior prestigio despojada
Lidiaba aún, feroz, desesperada,
En sus ciegos furores,
Moribunda en verdad mas no vencida.

Aún surgen los altares
De los nefandos númenes traidores
Coronados de ofrendas y de flores :
Millares de millares
De hombres ilusos al error uncidos
Y en el mar del pecado sumergidos,
Lidian por el error : la sangre humea
De torpes sacrificios, en las aras
De Moloc y Belial, cuando aún el viento
De la mañana orea
Allá del negro Gólgota en la cumbre
La sangre del Señor, y monte y llano
Aún repiten su acento soberano,
¡Tibios aún de su divino aliento!

El robusto cimiento
De esclavitud y torpe tiranía,
Donde estaba sentada
La majestad de Roma, ya cedia
No al empuje violento
De la bárbara plebe amotinada;
Ni á la indomable y brusca acometida
Del esclavo que rompe su cadena :
En la sangrienta arena
En vano, fuertes, Catilina y Graco
Por la alma libertad honor y vida
Espusieron, y en rapto generoso
Su noble sangre derramó Espartaco :
— La religion caduca ya vencida
Del negro paganismo,
Arrastraba el imperio al hondo abismo
Desde la altiva cumbre.

La ciega muchedumbre,
Esclava del horrendo soberano
Del reino del dolor y la amargura,
Ardiendo en saña impura
A combatir se apresta frente á frente
La palabra de un Dios omnipotente :
Sus fuertes escuadrones,
Sus verdugos prepara y sus léones :

Mas, ¿qué son los tormentos,
Qué el número infinito de soldados,
De los fieles de Cristo denodados
Contra los indomables corazones?
No á la lid turbulentos
Ardiendo en torpe cólera se lanzan :
Oponen al furor la mansedumbre
Del divino cordero;
La blanda persuasion al crudo acero;
Y acaso el triunfo alcanzan
Aún só el yugo de férrea servidumbre,
Oponiendo al rencor de su tirano
El amor y paciencia del cristiano.

Miriam fué la columna luminosa
Que en la borrasca impía
De la noche del mal caliginosa,
Fué á la naciente Iglesia claro guia :
Cual madre cariñosa
A los sencillos neófitos mostraba
La eternidad y la escelencia suma
De la ley que su labio predicaba.
Y nunca humana pluma,
Ni humana voz, ni entendimiento humano,
Ni aún de los mismos hombres que vivieron
Al lado de Jesus, y de él oyeron
Su celeste doctrina;
Ni el indecible encanto soberano,
Ni la dulzura y persuasion tuvieron
De aquella voz divina.
Las profundas tinieblas que ofuscaban
Aquellas mentes rústicas, cual nieve
Acumulada en el invierno frio
Que derriten los fuegos del estío,
A la voz de Miriam se disipaban.

Así al ruido de su planta leve
Los congregados fieles prorrumpian
En himnos de placer : el crudo lloro
Cesaba entonces, y en alegre coro
Con unánime voz la bendecian.

VI

Pero ya la fructífera simiente
De aquel divino sembrador crecia,
A pesar de las recias tempestades
Que del báratro horrendo la malicia
Contra ella suscitó por mar y tierra,
Con suma esplendidez y lozanía.
La refulgente luz del Evangelio
En estensas regiones difundida,
No habia menester cuidado alguno
Para acrecer su llama siempre viva,
Y la reina del cielo, fatigada
De esta mansion de llanto y agonía,

Volvió los ojos hácia aquellos campos
De perdurable amor y eterna vida.

De todos cuantos lazos amorosos
A este destierro de dolor la unian
Solo quedaba Juan : ya Magdalena,
Compañera leal y tierna amiga,
Volado habia á la mansion celeste,
En el llanto dejándola sumida;
Como una flor que al postrimero rayo
Del sol en cuya luz su sér bebia,
Cierra el rosado caliz lentamente
Y sobre el leve tallo cáe marchita :
Desde la muerte de Jesus, la jóven
Privada de la fuente de agua viva
En cuyas puras ondas mitigaba
Su abrasadora sed; las purpurinas
Rosas de su semblante, que á las flores
Del plácido vergel dieran envidia,
Perdió. — Jamás sus amorosos labios
Volvieron á dar paso á una sonrisa;
Y poco á poco, sin dolor ni susto
Ni esfuerzo, fué apagándose su vida,
Como en las ramas de la selva umbrosa
La brisa de la tarde blanda espira.

Mas antes de partirse á los eternos
Lares, aún visitar quiso María
Los santos sitios dó la inmensa obra
De nuestra redencion se vió cumplida;
Y el deseo de su alma conociendo
El amado y amante evangelista,
Con ella se embarcó en velera nao
Que enderezaba el rumbo á Palestina.

Serena está la mar : sobre sus olas
Que las nocturnas auras leves rizan,
Rápida voga la feliz galera
De su carga inmortal envanecida.
Ya divide orgullosa aquellos mares
De plata y de záfir que las divinas
Regiones bañan, fortunada cuna
Del arte y de la egregia poesía.
Surge *Chio* del pielago espumoso,
Cual de un arroyo en la argentada linfa
Levanta acaso el cisne su alba frente
Que á los rayos del sol fúlgida brilla;
Y cuando aún, al fin del horizonte
Se ve como una vaporosa cinta,
Lesbos, la pátria del sublime Alfeo
Y de *Safo* la amante poetisa,
En medio de las ondas se levanta,
Cual Venus bella, como Juno altiva.
Despues, la patria de *Esculapio* surge,
La noble *Delos*; *Rodas*, la divina,
Y *Chipre*, paraiso del deleite
Dó fué la religion torpe lascivia.
Y en breve, vacilando en el espacio,
Como tal vez el águila atrevida
Cuando cerca del sol se cierne, vióse
Un punto negro en la region vacía :
Era el pico final de la montaña
Dó levantó un profeta en otros dias
Altares á Miriam y le dió culto;
Al través de las lóbregas neblinas
De lo futuro, alegre contemplando
A la Estrella del mar enaltecida.
Y el viaje prosiguiendo, á la alborada
Serena y pura del siguiente dia,
A vela y remo entró la leve nao
En uno de los puertos de la Siria.

—

MUERTE DE MARIA.

VII

Era la noche : — en una vasta pieza
De la augusta mansion que viera un dia
Raudo bajar desde la suma alteza
El fuego de inmortal sabiduría :
Esplendente de luz y de belleza
Como en su verde edad, se ve á María,
La escelsa esposa del Señor amada,
Sobre un modesto lecho reclinada.

En derredor se agrupan silenciosos,
En grande multitud, de la divina
Ley, los mantenedores valerosos
Que ora el dolor mas ímprobo domina :
Allí oscuros aún los que animosos,
Su sangre verterán por la doctrina
Del Cristo, aguardan el fatal momento
En que rinda Miriam su último aliento.

Allí Santiago el *justo*, su quebranto
Entre calladas lágrimas devora;
Dá Pedro suelta rienda al crudo llanto
Que su dolor empero no aminora;
Mientra en los pliegues de su griego manto
Oculto Juan, inconsolable llora,
Y su dolor exhala en reprimidos
Ayes, y dolientísimos gemidos.

Y á la cárdena lumbre, vacilante,
Que en rojizos manojos despedian
Lámparas que del techo culminante
Cadenillas de bronce suspendian,
Y que como la péndola oscilante
A compás en lo oscuro se mecian;
Mas vasta parecia aquella escena,
Mas lúgubre el pesar, mayor la pena.

Mas súbito el silencio doloroso
Que interrumpiera solo algun gemido,
Rompió un acento vago, melodioso,
No semejante á terrenal sonido:
A aquel acento dulce, afectüoso,
Como del seno del Señor nacido,
Del cisne celestial postrero canto,
Cesó el dolor, interrumpióse el llanto.

Y ni el plácido arroyo que murmura
Bajo el ramaje de la selva umbría,
Ni el ruiseñor que canta en la espesura
Al espirar del moribundo dia;
Ni el céfiro süave en la verdura,
Del prado, ni la multiple armonía
Que en mañana feliz de primavera
Alza á su rey la crëacion entera:

Ni el vago són de los tranquilos mares
Cuando las playas besan adormidos;
Ni el rumor de domésticos hogares,
Bienes del corazon los mas queridos,
Que en fatigas y túrbidos azares
Para siempre juzgábamos perdidos,
Y en velada aromosa de verano
Percibimos confuso en lo lejano:

Ni la voz del amor que al anhelante
Pecho, asegura la feliz victoria;
Ni el clarin de la fama resonante
Que canta al universo nuestra gloria;
Ni en medio del desierto al caminante
Que juzga el fin llegado de su historia,
El creciente rumor, ya de él cercana
Que mueve numerosa caravana:

Y ni el mismo cantar que en el altura
Celestial, la suprema jerarquía
Entona al Crëador; puede en dulzura,
Ni en amor, ni en süave melodía
Competir, ni en blandísima ternura,
Con las postreras voces de María;
Ni voz alguna en tierra ó mar ó cielo
Jamás á tal dolor dió tal consuelo.

Háblales de su amor, divina fuente
Que ha de correr perenne, inagotable,
Sabroso amparo de la humana gente
En la vida del cuerpo deleznable:
Luego, de la bondad omnipotente,
De la futura vida perdurable,
Dó cabe á Jehováh, los escogidos
Serán por su virtud enaltecidos.

Y como de una luz la débil llama,
Mas vivos y fulgentes resplandores
Al estinguirse en derredor derrama;
Así la emperatriz de los amores
Al espirar parece que se inflama
Aún mas en los espléndidos fulgores
De aquella eterna, engendradora lumbre,
Que arde del Empiréo en la alta cumbre.

Y esplica á aquellos puros corazones
Del porvenir remoto los arcanos:
Caerán aquellas íncitas legiones
En que su orgullo fundan los romanos;
Y á pesar de verdugos y leones,
Alzarán vencedores los cristianos,
Signo de redencion al orbe entero,
De Dios el estandarte verdadero.

Y al través de revueltas tempestades
Y encarnizadas y sangrientas lides,
Triunfarán en desiertos y ciudades
Los del Señor preclaros adalides:
Azotes del error y las maldades,
De la santa verdad nuevos Alcides,
Opondrán el amor y mansedumbre
Al furor de la torpe muchedumbre.

Y al cumplirse los tiempos, la semilla
De los soldados del Señor plantada,
Tal como el sol sobre los astros brilla
Lucirá al universo tremolada:
Y la palabra de verdad, sencilla,
Cual ley universal será acatada,
Y en uno refundidos tantos nombres,
A un solo Dios se humillarán los hombres.

Mas el hora sonó. — Los dulces ojos
Fijó Miriam en la sublime esfera
Sonriendo al dejar tantos enojos
Que cercan esta vida pasagera:
Y á medio abrir los bellos labios, rojos,
Cual si en el seno del amor durmiera,
Sin fuerza ni dolor voló su alma
A las regiones de perenne calma.

Entonces los sollozos reprimidos
De aquel salon los ámbitos poblaron,
Y de fúnebre canto los sonidos
Trémulos en los aires se elevaron:
Los ecos de Sion adormecidos
Al rumor plañidero despertaron,
Y sus cándidas alas desparciendo
Fueron las graves notas repitiendo.

Cuando el próximo sol brilló en el cielo,
En grande profusion preciadas gomas,
Los fieles compitiendo en santo celo
Llevaron y riquísimos aromas.
Y cubierto el cadáver con un velo
De finísimo lino, por las lomas
Que de *Getsemani* cercan el llano
Lento siguió el cortejo soberano.

Y llegando al lugar dó abierta estaba
La mas afortunada sepultura,
El lecho depusieron que encerraba
Aquella flor de mística hermosura :
El astro vespertino iluminaba
Con trémulo fulgor desde el altura
La triste escena de dolor y luto,
Del mas piadoso amor postrer tributo.

Y durante los tres primeros dias
Velaron los apóstoles constantes
Del sepulcro en las márgenes sombrías,
Con otros fieles de Jesus amantes :
Y de noche las blandas armonías
Repetian los ecos circunstantes,
Que acompañado de sus sistros de oro
Cantaba en el espacio el sumo coro.

Mas en el dia cuarto, un elegido
Que de un país tornaba muy lejano,
Y era aquel que tocar osó atrevido
De Jesus las heridas con su mano,
Y por ver á Miriam era venido;
Obedeciendo á impulso sobrehumano
Rogó á los otros que la losa alzaran
Y los amados restos le mostraran.

De su dolor movidos levantaron
La losa, y con asombro descubrieron
Que no estaba Miriam dó la dejaron,
Y el sudario vacío solo vieron :
Entonces en el polvo se postraron,
Y las glorias de Dios enaltecieron,
Que quiso sublimar á tanta altura
Una mortal, terrestre criatura.

—

LA ASUNCION.

VIII

Es una noche plácida
Del abrasado estío (1);
El viento calla indómito,
Se aduerme el mar bravío,
Y espira el blando céfiro
Entre una y otra flor.

En las azules bóvedas
De estrellas mil cercada,
Su faz ostenta nítida
La luna nacarada,
El llano y la alta cúspide
Bañando en su fulgor.

Mas del Empíreo súbitos
Raudales se desprenden
De viva luz : mil ráfagas
De fuego el aire hienden,
Y alto cantar de júbilo
Se oyó en aquel confin.

Moviendo al par las cándidas
Alas de nieve y oro,
Cruza velos la atmósfera
Entero el sumo coro,
Hácia el estrecho límite
Del plácido jardin.

Ya llegan : la marmórea
Losa que tanto encierra
Alzan, los rostros fúlgidos
Humillan á la tierra,
Ciegos al astro vívido
Que osaron contemplar.

Mas el alado príncipe
Que la falange impera,
Y que á la diestra ciérnese
De Dios en la alta esfera,
Bajo el mirar fulmíneo
Pudo en la tumba entrar.

Como entre nubes diáfanas
Y fajas purpurinas,
Tras la borrasca lóbrega
Y en tierras ya vecinas,
Surge al cansado náufrago
Del sol la rubia faz :

Así entre lienzos cándidos
Y delicadas flores,
Bañado el rostro límpido
De espléndidos fulgores
La reina de las vírgenes
Yace dormida en paz.

Entonce los arcángeles,
Espíritus guerreros,
Que cabe al trono altísimo
De Dios, son los primeros,
Y en cien batallas hórridas
Vencieron á Luzbel;

Sobre sus alas rápidas
Pusieron á MARIA,
Y con cantar melódico
Por la region vacía
Mas breves que el relámpago
Vuelan á dó está ÉL.

(1) La Virgen murió en la noche del 14 de agosto.

IX

¡El hijo de su amor, el cariñoso
Amigo, el padre y el amante fiel;
El que lloró perdido, tierno esposo
A cuya planta el sol es escabel!

¡A cuya voluntad generadora
Del cáos tenebroso y á la par,
Lució en el cielo la primer aurora
Y la tierra surgió del ancho mar!

¡A cuya voz las roncas tempestades
Conturban los dormidos elementos;
Y se abisman los montes y ciudades,
Convertidos en polvo sus cimientos!

¡Ante cuyo saber la ciencia humana
Es miseria y vacía oscuridad,
Y á cuya omnipotencia soberana
Solo igualan su amor y su bondad!

Allí la aguarda en medio á la cohorte
De espíritus de luz innumerables,
En medio de los grandes de su corte
Y en el seno de goces perdurables.

Y allí su asiento cabe el alto asiento
Estará del Supremo Emperador;
Respirará el aliento de su aliento
Y anegaráse en su inefable amor.

Y casi igual al sumo poderío
Por la misericordia y la piedad,
Astro Miriam de amor, sereno y pio,
Lucirá en la infinita eternidad.

EPÍLOGO.

CORONA POÉTICA DE MARIA.

I

O tú, cuyo poder creó la luz del dia,
Inmenso manantial de amor y poesía
Y santa inspiracion;
Un rayo de tu luz á mi anublada mente
Envia, y tu vigor le presta omnipotente
Al debil corazon:

¿Cómo, si no, cantar en lenguas terrenales
Profana inspiracion y símiles mortales,
La lumbre perenal;
De aquella blanda luz que cabe á tí destella,
Fuerte como el amor, cual la esperanza bella,
Como la fé inmortal?

No es signo del poder que impera y que [castiga
Y cuya fuerte voz á la obediencia obliga
La torpe humana grey:
Símbolo del poder que ampara y que perdona
Su cetro es la piedad, de amor es su corona,
La súplica su ley.

Fanal encantador, alumbra en lontananza
Al mísero mortal cual sueño de esperanza
Un plácido jardin;
Dó cabe al Crëador, las almas escogidas
En goces vivirán inmensos sumergidas
Y júbilo sin fin.

Dá pues, Sumo Señor, un rayo de tu lumbre,
A mi razon mortal, porque á la escelsa cumbre
Pueda feliz volar;
Y á mi confusa voz la plácida armonía
Que entonan al morir del astro rey del dia
El cielo y tierra y mar.

Su esplendorosa luz mi noche tenebrosa
Inunde, y tu piedad quebrante poderosa
Mi triste esclavitud;
Que solo así alcanzar pudiera el ronco acento
Que exhala el corazon en afanoso aliento
A tanta escelsitud.

MARIA AMANTE.

II

Nació Miriam á este mundo
Tan perfecta y acabada,

Así en las dotes del cuerpo
Como en las prendas del alma,

Que no ya á los flacos seres
De nuestras razas humanas,
Allá en el celeste coro
Pudiera servir de pauta.

Mas si en virtud y hermosura
Y saber fué la mas alta,
A ser en todo perfecta,
Fué en el amor estremada.

Amor, la ley poderosa
Que entre sí encadena y ata
Las partes del universo
Mas distintas y apartadas.

Por la cual, sobre la tierra
Brotan fecundas las plantas,
Mientras la plata y el oro
Se funden en sus entrañas.

Por ella los mansos rios
A la mar llevan sus aguas,
Y vuela el ave en el viento
Y el pez en las ondas nada.

Y los mundos infinitos
Que en medio al espacio vagan,
Entorno al sol que es su centro
Amantes siguen su marcha.

Y desde el astro fecundo
Que es de los cielos monarca,
Hasta el granillo de arena
Que se confunde en la playa :

No hay viviente criatura
Ni átomo en la inanimada
Materia, que no se humille
A aquella ley soberana.

Amor es del poderío
Supremo, inmensa palanca;
Vida allá en la eterna altura,
Y en la tierra vida y alma.

Por tanto la suma ciencia
Dió á Miriam parte tan larga
De la llama generosa
Que de sí fecunda mana;

Que no ya la estirpe impura
Enfermiza y limitada
Del hombre; ni las eternas
Nobilísimas sustancias,

Que ante su inmutable trono
En su mismo ardor se inflaman,
De amor en el puro fuego
Pudieron nunca igualarla.

Que entre los ángeles mismos
Prendió la simiente amarga
Que dá por amargo fruto
La ingratitud é inconstancia.

Así el arcángel maldito
Ardiendo en soberbia ingrata,
Arrostró las iras sumas
En sacrílega batalla.

Mas al nacer la doncella
De antemano señalada
A ser feliz mediadora
Entre Dios y nuestra raza :

Sobre su cándida frente
De su amor y de su gracia
Derramó las aguas puras
La potencia soberana.

Y como á tan altas dichas
Despues de penas tan arduas
Allá en su mente suprema
Jehováh la destinaba :

Como incontrastable escudo
En las terribles batallas,
Fé y amor inmensos dióla
Y dióla inmensa esperanza.

Y el corazon defendido
Con esta triple coraza,
Díjola Dios : « ¡ Nace al mundo
Y serás mi esposa amada ! »

—

MARIA CREYENTE.

III

Hija del amor querida,
Generadora lumbrera
Que guias al débil hombre
De la vida en las tinieblas :

Consuelo en el infortunio,
Amparo en nuestra flaqueza,
Fuego sacro desprendido
De la omnipotente hoguera :

Virtud de las fuertes almas
Que á la par de Dios sustentas
La frágil, humana arcilla,
En las mas terribles pruebas :

Sublime fé, que en el trono
De Dios, cabe á Dios te asientas,
Entre las altas virtudes
La mayor y la primera.

Tú, que siempre en esta cárcel
Humana, viviste estrecha,
Hallaste en Miriam un trono
Mas grande que tu grandeza.

Que por profundos arcanos
De la suma Omnipotencia,
Ella sin *ti* no seria,
Ni existieras tú sin ella.

En anteriores edades
Eras tú la luz incierta
Que así ilumina el escollo
Como la amiga ribera;

La luz que al náufrago alumbra
Al rugir de la tormenta,
No de salvarse el camino,
Sino el riesgo en que se encuentra.

Mas al nacer de MARIA,
Y existiendo al par con ella,
Subsiste á ser fé CRISTIANA
De mentida que antes eras.

Y desde entonces al mundo
Que sin tí camina á ciegas,
En el cielo, eterno faro,
Alumbras la recta senda;

Mostrándole en lontananza
Allá en la region suprema,
El plácido puerto, amigo,
Dó hallarán fin sus miserias.

Por eso la casta virgen
Que en sus entrañas maternas
Llevo al que es la fuente pura
De la virtud verdadera;

Se abrasó en tu ardiente lumbre
Con tan insigne creëncia,
Que ni un punto de su vida
Vaciló su fortaleza.

Y fijos entrambos ojos
Allá donde el Sumo impera,
Al través de los dolores,
Males y sustos que cercan

Al hombre, y que muy mas crudos
Desgarraron su alma tierna,
En proporcion que escedia
La comun naturaleza :

Siguió impávida el camino,
Si atormentada, serena;
Que en tus raudales bebia
Mas que seráfica fuerza.

Y ora del hijo cercana
Allá en la sublime esfera,
Por dosel tiene su trono,
Por alfombra las estrellas.

Y á los viajeros mortales
Que arrastran sobre la tierra
Llenos de pena y zozobras
Su miserable existencia;

Desde el lugar sublimado
Que de Dios mismo á la diestra
Ocupa, amante sonrie,
De futura paz emblema.

Y nuestras tiernas plegarias
Y nuestras amargas quejas,
Por ella son recibidas
Y presentadas por ella.

—

MARIA ESPERANTE.

IV

De ardiente amor y fé pura
Emanacion altecida,
Como los ángeles bella,
Como los cielos divina :

Virtud que el Omnipotente
Créó con una sonrisa
Cuando sobre tantos mundos
Sopló el fuego de la vida :

¡Alma Esperanza! del hombre
Lëal y constante amiga,
Que de la cuna al sepulcro
Su oscura noche iluminas;

Poder que cuando las otras
Fuerzas del alma se humillan,
Ante el crudísimo embate
Del dolor y la desdicha;

Alza la cándida frente
Que entonces fúlgida brilla,
Y al cansado caminante
Sostiene á un tiempo y le guia.

Tal de las roncas tormentas
En medio á las crudas iras,
El flaco arbusto se salva
Cuando rota cae la encina.

Empero, hasta que del mundo
Pisó la cárcel maldita,
Aquella vírgen escelsa
Dó el Sumo Sér se reclina:

No fué tu amorosa lumbre
Sino vacilante chispa,
Que al acaso entre tinieblas
Brillaba y desparecia.

Mas al posarte en el alma
De la muger elegida
A ser de la fé del cielo
Primera sacerdotisa;

Al complemento llegaste
De tu esencia enaltecida,
Que ella de tí fué en la tierra
Encarnacion peregrina.

Como tú, vírgen y pura,
Casta como tú y sumisa,
Como tú hermosa y modesta,
Fuerte como tú y benigna.

Y como aquella columna
Que allá en la arena intranquila
Del desierto, iluminaba
A la nacion escogida;

Que opaca en las claras horas
Del sol, en la noche umbría
Inmensa faja de fuego
La marcha trazaba escrita:

Así tú al mísero humano,
Fanal perenne, encaminas,
Al través de este desierto
Borrascoso de la vida;

Mas nunca desde la aurora
Primera que purpurina
Anunció al vasto universo
Del primer sol la venida,

¡Animara humano pecho
Tu llama plácida y viva
Con fulgor tan generoso,
Como el pecho de Maria!

Que nunca hubo criatura
A quien fueran prometidas,
A través de tantos males,
Venturas tan inauditas.

Flaca muger, engendrada
De carne mortal, que un dia
Debe ser madre dichosa
De un Dios; pudibunda inclina

La frente, y á los dolores
Inmensos, como á las dichas
Que el mismo Dios le promete,
Valerosa se resigna.

Y esperando el cumplimiento
De las promesas divinas,
En su puro amor se aniega
Y en su firme fé confia.

—

MARIA DOLIENTE.

V

¡Dolor, dolor! — Férreo yugo
Que la mano poderosa
De Dios, impuso en la tierra
Contra amor, placer y gloria.

Poder de cuya existencia
Lució la primer aurora
Con el delito primero
Que registran las historias.

Aquella primera falta
Que en la mansion deleitosa
Del perdido Eden, la madre
De la gente humana toda,

A instigacion cometiera
De la serpiente engañosa,
Cuya implacable malicia
Aún nos atormenta ahora.

Crisol donde se aquilatan,
Se depuran y valoran
Las mas ínclitas virtudes
Que el humano pecho adornan:

De la fé sublime escuela,
Contienda de amor heróica,
Dó en proporcion del peligro
Mas ilustre es la victoria:

Palenque dó la esperanza
Se ejercita y desarrolla,
Pues sin tu embate es inútil
Su fuerza reparadora :

Contrapeso inevitable
Que á domar nuestra orgullosa
Naturaleza, dispuso
La voluntad crëadora ;

Poder en fin, cuya fuerza
A tanto en la vida monta,
Que sin estar adunadas
Las tres virtudes gloriosas

Que son en el universo
Imágen deslumbradora
De la trinidad suprema
Que el mar y los vientos doma ;

A sus tremendos embates
Debilitadas y rotas,
Sucumbieran una á una
Cediéndole la corona.

Tú de Miriam en el alma
Hiciste heridas tan hondas;
Tales torrentes vertiste
De envenenada ponzoña

En el purísimo seno
De aquella casta paloma,
Que entre Dios y los humanos
Fué divina intercesora ;

Que sin la fuerza invencible
De la llama generosa
De eterno amor y fé pura
Y esperanza animadora,

Que en su pecho inmenso ardia,
Trina, incontrastable antorcha;
Vencida acaso, doblara
Su frente á tales congojas.

Desde el instante supremo
En que de la etérea bóveda
Partió el paraninfo, nuncio
De la nueva portentosa

De la redencion del mundo :
¡Cuántos sustos y zozobras,
Cuántos agudos pesares
Desgarraron su alma heróica !

Madre pierde al hijo caro,
Huérfana á su padre llora,
Y viuda desolada
Es ya la que fuera esposa.

Y estas penas que al humano
Tan crudamente acongojan,
Cuando en el mar de la vida
Vienen distantes y solas :

Juntas, terribles, sañudas,
En el corazon se agolpan
De Miriam, y lo desgarran
Con ansia devoradora;

— Mas en la ruda palestra
Triunfa la escelsa matrona,
Y el negro báratro gime
Confesando su derrota.

VI

Así Miriam fué en la tierra,
Que desde la enorme culpa
De nuestra primera madre
Yacia en noche profunda,

La llama de amor sublime,
De la fé lumbrera augusta,
Y de la blanda esperanza
Antorcha serena y pura.

En ella el Omnipotente
De las humanas angustias
Apiadado al fin, enviónos
Consuelo y paz y ventura.

Y en vano allá del Averno
Aquella ominosa turba
De arcángeles maldecidos
Que bajo el pendon se aduna

Del feroz Luzbel, en saña
Ardiendo implacable, ahulla,
Exhalando en gritos roncos
Su torpe, impotente furia.

Y en vano, sobre la tierra
Generaciones ilusas,
Del negro error defensoras
Contra la alma verdad pugnan ;

Que como el sol en el cielo
Con fulgor mas vivo alumbra
De una deshecha borrasca
Tras la espantosa pavura

Tal del torvo paganismo
Tras la impenetrable bruma,
Lució el sol del Evangelio
Con luz perenne y fecunda.

Mas al ver su disco claro
Brillar en la eterna altura,
Los númenes del Erebo
De nuevo á nefanda lucha

Se preparan, ostentando
La temeraria bravura
Del que en el mortal combate
Su sola esperanza funda.

Mas con la primer derrota
Que en la lid primera, injusta,
Sufrió su rebelde brio
Contra la potencia suma :

En conciliábulo torpe
La inmensa falange, impura,
A despecho de su audacia
Con mil temores fluctúa.

Mas no puede en tantos odios
Vencer la pérfida astucia,
Y ya, al hirviente coraje,
La sed de venganza triunfa.

Que en la cruz que allá del Gólgota
Domina en la negra altura,
Ven los ángeles perversos
De sus altares la tumba.

Como acorralada fiera
Que ve imposible la fuga,
Y á perros y cazadores
Se revuelve furibunda :

Así Luzbel maldecido,
A quien su rencor abruma,
Prepara el último alarde
De su pujanza consunta.

Y el labio cárdeno, tinto
De sanguinolenta espuma,
A la ardua lid se abalanza
Con desesperada furia.

Al grito feroz de guerra
El báratro se conturba,
Y las maldecidas haces
Se desparraman confusas

Sobre la tierra : de Cristo
Los soldados fuertes luchan :
Corre á torrentes la sangre
En montañas y llanuras;

— Pero Miriam los acorre
Desde el cielo en la ardua pugna,
¡Y esplendorosa y triunfante
Sale la fé con su ayuda!

VII

María fué la milagrosa fuente
Entre espesos zarzales escondida,
De cuya linfa pura y transparente
Brotó copioso el manantial de vida :
Creóla para sí el Omnipotente,
Entre todas las otras elegida,
Y á completar su esencia soberana
Hízola madre de la fé cristiana.

—

LA FÉ CRISTIANA.

VIII

«¡Haya luz!» dijo Dios. — Aún turba el viento
Con terrible rumor su voz divina,
Y ya luce en el vasto firmamento
La primera alborada matutina :
Mil mundos con pausado movimiento
Marchan á dó su amor los encamina,
Y en un instante el universo adulto
Rinde al Sumo Hacedor devoto culto.

De árido pedregal manan las fuentes
Y á confundirse van al manso rio,
Y el rio con sus diáfanas corrientes
Se arroja en medio al piélago bravío :
Surgen los montes, brotan los torrentes,
Y á la voz del Supremo poderío,
De seres mil, millares de millares
Van á poblar el viento y tierra y mares.

¡Hay un Dios! — Le tributan homenage
La encina secular en el altura,
El zumbador insecto entre el follage,
El cristalino arroyo que murmura;
En su tierno, dulcísimo lenguage,
Le canta el ruiseñor en la espesura,
En su gruta el léon con su rugido,
Con su arrullo la tórtola en su nido.

¡Hay un Dios! tierra y mar, y fuego y viento
Cantando van á un tiempo en su alabanza;
Revela su hermosura el firmamento,
La tempestad su túrbida pujanza;
Su infinito saber el pensamiento,
Su bondad infinita la esperanza,
El almo sol su brillo soberano,
¡Su vasta inmensidad el Océano!

Solo el hombre infeliz erró el camino,
¡Ceguera incomprensible y lastimosa!
El mas perfecto sér que al mundo vino,
De Dios la criatura mas preciosa;
El Soberano del Eden divino,
Aquel á quien su mano generosa
Dió un fulgente destello de su ciencia,
¡Ese solo dudó de su existencia!

Dudó; — fué mas allá : — ¡negó el men- [guado
Que hubiera un Dios, en su febril locura!
¡Negó al Señor, el Rey de lo crëado!
¡Renegó del Criador la criatura!
Él, miserable siervo del pecado,
Ardiendo en saña y en soberbia impura,
¡No hay mas Dios, esclamó en su desatino,
Ni mas ley ni mas freno que el destino!

¡El destino! — Dios ciego que un demente
A su antojo formó, como él pequeño;
Monstruosa creacion de insana mente,
Mentida sombra que abortó un ensueño :
Al bien como á los males impotente,
Mirando sin favor ni torvo ceño
Al vicio y la virtud, y así al verdugo
Como al que espira só el infame yugo.

O bien, astro fatal cuya carrera
Es dó tiene la muerte su dominio;
Divinidad terrífica que impera
Sobre campos de sangre y exterminio :
Monstruo devorador, cuya hambre fiera
No saciada en el lúgubre triclinio,
Le impele á devastar con ciego encono,
Y asienta entre cadáveres su trono.

Si á todo pone fin la cruda muerte,
¿A qué el renombre que el mortal ansía?
Si todo ha de parar en polvo inerte,
¿A qué tanto anhelar, tanta agonía?
¿Para qué la virtud del varon fuerte?
¿Para qué la inspirada poësía?
El númen de los cantos inmortales,
¿Qué busca en tan desiertos arenales?

¿Dejó su asiento en el sublime coro,
Abandonó las salas diamantinas,
Para cernerse acá con triste lloro
Sobre desolacion, luto y ruinas?
Y el eterno laud de cuerdas de oro,
Las armonías del Eden divinas,
¿Qué entonces fueran, sino duelo y llanto
Digno cantar en infortunio tanto?

El himno funeral que el cisne entona
Al cerrar á la luz sus tristes ojos;
De fúnebre ciprés mustia corona
Que anuncia de la muerte los despojos;
Viento que gime en solitaria zona
Entre zarzas estériles y abrojos,
¡Sin hallar una planta, un eco amigo
Que repita su voz y le dé abrigo!

¿Qué es el hombre lanzado en esta tierra,
Sin la luz de la antorcha soberana,
Sin el raudal de júbilo que encierra
La fuente pura de la FÉ CRISTIANA?
Muévenle sus pasiones cruda guerra,
Y si la débil fortaleza humana
Opone solo á su tremendo embate,
¿Cómo vencer en el mortal combate?

Cual la flor que en fructífero terreno
Con la llama del sol vivificante,
Gala y orgullo del pensil ameno,
Crece olorosa y bella y rozagante;
Transplantada despues á suelo ageno
Pierde su esplendidez, su olor fragante,
Y á darle nueva vida, estraño fuego
Nunca es bastante, ni amoroso riego :

Así el débil mortal á la flaqueza
Del propio corazon abandonado,
Camina de este mundo en la aspereza
De negras sombras y de horror cercado :
Víctima del temor y la tristeza,
Con la ominosa carga del pecado
Pesando siempre en los cansados hombros,
Se arrastra entre zarzales y entre escombros.

Que es su fé vacilante, su amor frio,
Su caridad mezquina y limitada,
Su pensamiento el caos ó el vacío,
Tinieblas el fulgor de su mirada :
Su ardimiento temor, flaqueza el brio,
Miseria su ambicion, ¡su ciencia nada!
Júzgase un dios en su delirio insano,
¡Y ante el trono de Dios es un gusano!

Todo lo que su escasa inteligencia
Crea, pasa veloz. — De cien naciones,
¿Dónde ahora la fama y prepotencia?
¿Qué fué de los temidos Faraones?
¿Qué del griego poder, la clara ciencia?
Imperios y ciudades, religiones
Y leyes y costumbres — ¿dónde fueron?
¡Ay! ¡en polvo fugaz se convirtieron!

Del Eufrates undoso en la ribera,
Acaso busca el docto peregrino
Dónde fué la metrópoli altanera
Del vasto imperio del famoso Nino :
Restos, cenizas fúnebres dó quiera
Embarazan el lúgubre camino,
Y el eco de su voz solo retumba
Só el techo de la inmensa catacumba.

Todo era miedo y llanto y desventura
En las tinieblas de la noche humana;
El mundo era una vasta sepultura
Dó reinaba la muerte soberana :
Cuando tú, Sumo Dios, tú, fuente pura
Dó la santa verdad copiosa mana,
Del Sinai celestial bajaste al suelo
A darnos en tu ley vida y consuelo.

Lucha en vano el error. — Hombres oscuros
Se lanzan á la lid con faz serena :
« ¡Morir para vencer! » gritan seguros,
Y en sangre bañan la ominosa arena :
Ya tiemblan los satélites impuros
Al ver el entusiasmo que enajena
A las sagradas víctimas, y el fiero
Dejan caer, ensangrentado acero.

Y no solo los fuertes campeones
Arrostran el poder de los tiranos;
Las vírgenes de tiernos corazones,
Las esposas, los débiles ancianos,
Inermes al furor de los sayones
Se entregan, y á los tigres africanos;
¡Y la madre talvez, en santa ofrenda,
Presenta de su amor la única prenda!

Brotó la luz : — Llegó á su complemento
La humanidad maldita y degradada;
La tierra, el mar, los ámbitos del viento
Repitieron la *nueva deseäda* ;
Y del báratro al fondo turbulento
La falange de espíritus malvada,
Huyendo se lanzó del númen fuerte,
Unico triunfador contra la muerte.

¡Bella, inmortal, benéfica, divina,
Omnipotente fé, siempre triunfante!
Del alma fortaleza diamantina,
Que miedo infunde al infernal gigante;
Fuente de amor serena y cristalina
Que ofrece grata sombra al caminante,
Y con sus puras ondas le convida
En medio del desierto de la vida :

Faro amigo que surge en lo lejano
Al náufrago infeliz en noche oscura,
Cuando rugiendo airado el Occeáno
Y llena el alma de mortal pavura,
En vano esfuerza la cansada mano
A luchar con su indómita bravura,
Y al ver la luz en la ribera ansiada
Cobra vigor y con aliento nada :

Sublime fé, del hombre compañera,
A sus trémulos pasos docto guia;
Unica luz de claridad sincera,
Unica inspiracion que no estravía :
Unico amigo cuya voz severa
Nos consuela y ampara en la agonía,
Mostrándonos risueño en lontananza
El puerto que soñó nuestra esperanza.

¡Salve, pura centella desprendida
Del foco immenso de la eterna lumbre!
¡Salve, perenne manantial de vida
Que brotaste del Gólgota en la cumbre!
Tú eres el ígneo rayo que intimida,
El íris de la paz y mansedumbre,
De todo bien generador fecundo,
¡Ciencia, virtud, poder, alma del mundo!

UN CUENTO DE AMORES.



UN CUENTO DE AMORES.

INTRODUCCION.

Mas allá de Villodrigo
Y mas acá de Celada,
Yendo de Madrid á Burgos,
Desde el camino se alcanza,
Una legua tierra adentro,
Cierta iglesiá solitaria
Sobre un cerro, y que parece
Pobre ermita abandonada.
Mas no es así : pues del cerro
En la contrapuesta falda,
Y entre otros muchos cerrillos
Que el terreno desigualan,
Hay tendido un pueblecito
Que se esconde á las miradas,
Mas cuyo fecundo seno
Tesoros avaro guarda.
Su nombre es harto poético,
Aunque no está en ningun mapa
Ni se lee en ninguna historia :
Villaldemiro le llaman.
Anchos arroyos le cruzan,
Con cuyas parleras aguas
Reverdecen las laderas
Sus montañuelas enanas;
Y á la salida del pueblo
Entre la espesa enramada,
De un bosquecillo de sauces
Que en los arroyos se bañan,
Y de algunos cientos de olmos
Que sobre ellos se levantan,
Yacen de un viejo palacio
Las enmohecidas tapias.
Palacio fué : en los dinteles
De sus roidas portadas
Conserva, aunque ya borrados,
Sus nobles escudos de armas :
Y en los severos contornos
De su destruida fábrica
Se ve la forma que Herrera
A sus edificios daba.
Las cuatro cuadradas torres
Ya de sus ángulos faltan,
Y tejas cubren los techos
Que cubrieron las pizarras.
Rotas maderas ocupan
Los huecos de las ventanas
Que ocuparon algun dia
Bellas vidrieras pintadas.
Tras ella cuelgan sus telas
Las cazadoras arañas,
Donde sin duda otro tiempo
Ricos tapices colgaban.
Hoy sirven los aposentos
De graneros : sus labradas
Techumbres son el asilo
De las golondrinas : lavan
Sus ropas en el estanque
De su parque las zagalas;
Y en las yerbas, que á las flores
Que dió algun dia reemplazan,
Se apacentan las ovejas
Y los pastores descansan.
En vez de amantes endechas
Cantadas al són de un arpa,
Se oyen al de un caramillo
Las campesinas tonadas.
Mas todavía el viajero
Y el vago artista, que pasan
Por junto al viejo edificio,
A contemplarle se paran.
Y aunque de feudal grandeza
No escita memorias altas,
Ni bien del decimo-sétimo
Siglo, la noble arrogancia
Casi recuerda, los ojos
Aún con placer lo repasan.
Aún del pintor y el poeta

En las pensadoras almas
Gratas ideas escita
Que deleitan si no encantan.
Aún queda un vago misterio
Entre sus viejas murallas
Que anima dulces memorias
De edades mejor pasadas;
Y aún puede dar este valle
Y este abandonado alcázar
Risueño paisage á un lienzo
Y á un libro leyenda grata.
Yo, pues, que aunque escaso en númen
Y pobre asaz en palabras,
Gusto de añejas historias
Y hallo placer en contarlas,
Por los puntos de mi pluma
A estender sobre estas páginas
Voy una historia de amores:
Que si á escribirla alcanzara
Como yo me la imagino
Bien valiera el escucharla.
Es una historia sencilla,
De la centuria pasada,
Del tiempo de Don Felipe
De Borbon, quinto en España.
Cuadro tranquilo y risueño
Que á pedazos se engalana
Con flores que en el paisage
La poesía derrama.
Historia que no anhelando
Volar por regiones altas,
De la rastrera paloma
Se contenta con las alas:
Y no aspirando á elevarse
Con el soplo de la fama
Se dará por muy servida
Si, en un libro encuadernada,
Sirve tal vez del invierno
En noche aterida y larga
Para entretener un punto
A alguna doncella cándida,
O algun hastiado viejo,
O tal vez, si es que á ser tanta
Alcanzase mi fortuna,
A alguna elegante dama
Que con su lectura olvide
De algun galan la tardanza.

CAPITULO I.

—

Próximo el sol á su ocaso,
Y entre cárdenos celajes
Y nubes de oro y de púrpura
Amagando ya ocultarse,
Vertia en rayos oblicuos
La tibia luz de la tarde
Por los cerros que aprisionan
De Villaldemiro el valle.
La sombra del montecillo
A cuyo pié el pueblo yace,
Se iba haciendo, aunque no apriesa,
Cada momento mas grande.
Y ya del astro del dia
Los postrimeros raudales
De luz, doraban apenas
Las puntas de algunos árboles,
Desde cuyo alto y espeso
Y ameno y fresco follage,
Le despedian con trinos
Y con gorgëos las aves.
El aura que mansamente
Orëaba sus ramages,
Mecia las verdes hojas
Con armonía agradable.
Del pastor que recogia
Su ganado, encaminándose
A su aprisco, se escuchaban
A lo lejos los cantares;
Y el cencerro de los mansos
Con su són ronco y salvage;
El ladrido de los perros
De los rebaños guardianes;
La voz de los labradores
Que tornan de sus afanes
Platicando, ó con sus voces
Alarmando sus hogares,
Y avisando á sus hijuelos,
Que al confin del pueblo salen;
El són de los esquilones
Que á las oraciones tañen,
Con el agudo repique
Que lento propaga el aire;
El humo que en él se pierde
Escapando en espirales
Por los huecos que en las chozas
Vez de chimeneas hacen,
Cuyos vapores azules,
Con el sol transparentándose,
Formas fantásticas toman
Cuando en su luz se deshacen;
Y el color cárdeno y rosa
Que de ocaso derramándose
Al empezar el crepúsculo
Refleja por todas partes
De la tierra que abandona,
A este campestre paisage
Dan armonía tranquila
Y tono halagüeño y suave.
Sumióse completamente
El sol, y el fanal errante

De la luna en su creciente
Fué poco á poco animándose,
Y el aún incompleto círculo
De su misteriosa imágen
Se reflejó poco á poco
En las aguas del estanque.
Se alzó la nocturna brisa,
Y el aura purificándose,
Con su soplo hizo á las flores
Abrir un punto los cálices.
Brotó su escondido aroma,
Y en el aura derramándose,
Con campesino perfume
Llenó el pintoresco valle.
De esta manera, una noche
Del mes de mayo empezándose,
En la cual es el principio
De la accion de mi romance,
Por el estrecho sendero
Que del palacio delante
Pasa, y cruzando el sotillo
De melancólicos sauces
Que le cerca, baja á espacio
Forastero caminante,
Ginete en un potro negro
Y hácia el lugar acercándose.
A la puerta del palacio
Que sobre la senda cae,
Una muger en silencio
Le contempla aproximarse.
Bajó el viajero la cuesta
Y el bruto, en lo llano hallándose,
Alzó relinchando el trote
Mostrando su noble sangre,
Y entró por bajo los olmos
Con tan poderoso arranque,
Que el prudente caballero
Tuvo al fin que refrenarle.
Llegó en esto del palacio
Ante la puerta, y mirándose
Frente á la muger, que en ella
Seguia inmoble mirándole,
La dijo en tono cortés
Ligeramente inclinándose :
«¿Podeis hacerme merced,
Buena muger, de indicarme
Alguna casa en que quieran
Por esta noche hospedarme? »
La muger que continuaba
A sombra de los umbrales
Casi oculta, y sus facciones
Sin que percibir dejase,
Le respondió, con atenta
Voz : «No será eso muy fácil,
Señor caballero : el pueblo
No tiene para hospedage
Posada alguna, no siendo
Jornada á ninguna parte.
— ¡Flor! » dijo adentro una voz;
Y ella dijo : « Aquí estoy, padre.
—¿Quién es? pregunto el de adentro
—Un forastero.
— ¿Qué trae?
— Mucha fatiga y un poco
De plata que acaso alcance
Para pagar de esta noche,
Si le encuentra, el hospedage. »
Esto dijo el caballero
Sobre las crines echándose
De su caballo al de adentro
Dirigiéndose y no en balde ;
Pues á los pocos momentos,
Con un candil alumbrándose,
Salió al umbral de la puerta
Un anciano venerable
Que le dijo, de hito en hito
Sin dejar de examinarle :
« Caballero, pues por tal
Os dá vuestro porte y trage;
Aquí no hay posada alguna
Dó os admitan; mas si os place
Recuperar vuestras fuerzas
Para seguir vuestro viaje
En esta mansion humilde,
De cuanto en ella se hallare
Sirviéndoos, echad pié á tierra
Y entrad : mas dejando aparte
El dinero, que con oro
No se pagan voluntades.
— Quien quier que seais, anciano,
El cielo la vuestra os pague;
Que es generosa y la aprecio
En todo cuanto ella vale. »
Y así diciendo el viajero
De su caballo apeándose,
Entró en la casa, el anciano
Hácia las cuadras guiándole.
Mostróle un pesebre y heno
Con que poder establarle.
Colgó el candil en un clavo,
Y al forastero acercándose,
A desensillar el potro
Comenzó atento á ayudarle;
Mas no era el recien llegado
Estraño á quehaceres tales,
Pues lo hizo tan fácilmente
Y en tan rápidos instantes
Que hizo que cortés el viejo
Su destreza celebrase.
Agradecióselo el mozo,
Mas sin dejar de ocuparse
Del potro que le era objeto
De minuciosos afanes.
Le echó una traba á las manos
Porque no se maltratase;
Su doble capa en los lomos

El sudor para guardarle,
Y una palmada en el cuello
Cariñosamente dándole,
Volvióse al anciano huésped
Diciendo : « Cuando gustareis. »
Echó adelante el anciano
Con el candil alumbrándole,
Y el viajero de la cuadra
Dió media vuelta á la llave.
Relinchó el caballo : el dueño
Dijo alto : « ¡ Quieto, Brillante ! »
Y tomó la ancha escalera,
En el palacio internándose.

CAPITULO II.

Despues que hubieron cruzado
Por tres solitarias piezas
Que en los dueños de la casa
Acusaban indigencia,
Pues adornos no se vian
Ni aun casi muebles en ellas;
Alumbrando al forastero
Llegó el viejo ante una puerta
A través de cuyos quicios
Se veia luz; y abriéndola
Ante el mozo : « Entrad, » le dijo
Haciéndole reverencia. —
Entró el viajero en la estancia
Y halló en su centro una mesa
Como de labriego franca,
Como de pobre modesta.
Limpio mantel la cubria,
Que aunque de trama grosera,
En su estremada blancura
A la nieve se asemeja.
Platos de vidriado barro,
Y cubiertos de madera,
Con vasos de asta la cubren
Y blanco pan, que aun huméa.
Dos taburetes de roble
Y un gran sillon de baqueta
Ocupan entrambos lados
Y el sitio de cabecera :
Y una muchacha que cumple
Diez y siete años apenas,
De pié al lado del sillon,
Que el viejo se siente espera.
Mas este hácia el caminante
La canecida cabeza
Tornando, de aquella silla
Le brindó la preferencia.
Ocupóla á su pesar
El forastero; á su diestra
Sentóse el viejo, y la niña
Tomó lugar á su izquierda.
Bendijo la mesa el viejo
Con breve oracion secreta,
Y á una voz de la muchacha
Entró un jayan con la cena.
Y como en toda la historia
Es esta la vez primera
Que juntos sus personages
Y con buena luz se encuentran,
Contemplémoslos despacio,
Mientra ellos tambien se enteran
Unos de otros en silencio
Antes de tomar franqueza.
El viejo es hombre robusto
Que aunque raya en los sesenta,
En su esterior todavía
Agil y sano se muestra :
Los años por él pasados,
Trabajos y acaso penas,
Han dejado en sus facciones
Largas é indelebles huellas.
Su ancha calva, y de su barba
Las lacias y blancas hebras;
Las arrugas de su frente
Despejada, alta y serena;
Las miradas de sus ojos
Donde clara reverbera
La calma de la honradez,
La luz de la inteligencia;
Sus palabras comedidas
Y sus muy graves maneras,
Reclaman en favor suyo
El respeto y deferencia.
Y aunque entre toscos ropages
Su noble persona envuelta,
Al través del burdo paño
Algo de grande revela.

El forastero es un mozo
Que años veinticinco cuenta;
Con un semblante espresivo
Y una gallarda presencia.
Sus negros ojos que brillan
Bajo sus arqueadas cejas;
Su frente tranquila y ancha,
Su nariz algo aguileña,
Su boca algo desdeñosa,
Y su tez algo morena,
En él fácilmente acusan
La osadía y la nobleza.
Sus blancas manos, su riza
Y cuidada cabellera,
Su bien cincelado estoque
Y una riquísima piedra
Que en un primoroso anillo

Engastada, al dedo lleva,
Prolijamente declaran
Su noble sangre y riqueza.

La muchacha que á su lado
Y frente al viejo se sienta
Es una rosa de abril,
Llena de aroma y belleza;
Es un lucero humanado,
Un ángel sobre la tierra,
Como en sus versos amantes
Suelen decir los poetas.
Sus negros ojos que adornan
Largas pestañas espesas
Cuya sombra se dibuja
En su tez rosada y fresca;
El delicado contorno
De su virginal cabeza,
En que de negros cabellos
Cuida dos ricas madejas
Que en su vértice recoge
En dos abultadas trenzas:
La sonrisa imperceptible
Que en sus labios juguetea:
Su cuello, en cuya piel suave
Y blanca, se transparenta
El puro azul enramado
De sus delicadas venas;
Y la espresion peregrina
De candidez y modestia
Derramada en sus facciones
Y en sus modales, demuestra
Que no es su fina hermosura
Hija de tan pobre aldea,
Ni flor tan pura han podido
Crear aquellas laderas.
Tales son los personages
Que toman parte en la escena
De esta historia, y que trabaron
Plática de esta manera.

El Viejo. ¿Con que solo? ¿Y dónde bueno?
Si no es pregunta indiscreta.
El Forastero. Sin cierto rumbo camino;
Donde me arrastra mi estrella
Voy, pues me es indiferente
Cualquier lugar de la tierra.
De uno he salido en el cual
A disgusto mi existencia
Se arrastraba, y fuera de este
Viviré en paz en cualquiera.
Y aunque en el lugar que dejo,
Personas y cosas quedan
Que amo mucho, han de pasarse
Años antes de mi vuelta.
El Viejo. Pesares ó fantasías
Veo ¡oh jóven! que os aquejan,
Que quereis en vuestro pecho
Guardar. Mas enhorabuena
Y en paz sea dicho, y oidme
Sin que con esto os ofenda.
El mundo engaña á los jóvenes
Con muy sutiles quimeras,
Y tal vez con algun sueño
Vuestra mente se enajena.
Continuamente en la vida
Viento revoltoso reina
Que á lo que á una vuelta ensalza
Lo derriba en otra vuelta:
Y hay ideas que los mozos
En su corazon engendran
Con pretension de montañas
Y son granillos de arena.
Mirad pues atentamente
Lo que vais á hacer, no sea
Que de la arenilla huyendo
Tropeceis en rudas peñas.
El For. Comprendo y estimo en mucho,
Señor, las palabras vuestras,
Pues fácilmente se dan
Por hijas de la esperiencia.
Mi alma, aunque en cuerpo de mozo,
Escucha siempre y respeta
De la sabia ancianidad
Las palabras y prudencia.
Mas no habeis dado en el blanco:
Mi alma, de pasion agena,
Tras quiméricos fantasmas
Desatinada no vuela.
Y porque en fin no creais
Que son necias mis respuestas,
Y vuestro consejo escuso,
Os relataré completa
Mi historia en breves palabras
Y me juzgareis por ella.
El Viejo. Antes de que la empeceis,
Tomad, caballero, en cuenta
Que yo no os la he demandado,
Y que tal como ella sea,
Vais á confiarla á personas
A quien conoceis apenas.
El For. No olvideis tampoco vos
Que pues sin saber la vuestra
Voy á fiaros mi historia,
No es cosa que me avergüenza. —
Hácia vos, señor, me atrae
Simpática deferencia,
Y sé que no abusareis
De lo que os fie mi lengua.
El Viejo. No á fé: mas tal vez...
El For. Señor;
Si los rastros que reflejan
Vuestra alma en vuestro semblante
Y que hoy á tal confidencia
Me impelen, son engañosos,
No hay verdad sobre la tierra. —

Hablaré, por mil razones:
Por ver lo que me aconseja
La vuestra; por si tal vez
Vuestra voz alivio presta
A mis cuitas, y á lo menos
Por mis recuerdos siquiera.
El Viejo. Yo os agradezco, buen jóven,
Vuestra urbanidad atenta,
Y haré á vuestra simpatía
La justa correspondencia.

Diciendo así, á la muchacha
Con imperceptible seña
Mandó el viejo retirarse:
Y abandonando la mesa,
Con un gracioso saludo
Salió cerrando la puerta.
Quedó un momento el viajero
Sus claveteadas maderas
Contemplando, cual si aún
A través pudiese verla.
Sonrióse el viejo, entendiendo
Por su espresion sus ideas;
Y echando en los vasos de asta
El licor de una botella,
Dijo: « Os escucho » y el otro
Empezó de esta manera:

El For. Familia de ilustre sangre
Entre los nombres asienta
De sus varones el mio:
Y harto sobrada de hacienda,
Y harto colmada de honores,
De España es de las primeras.
Mis padres viven: si tienen
Mas virtudes que flaquezas,
Pues su hijo soy, no me toca
Tacharlas ni encarecerlas.
A Francia, que en ciencias y artes
Es hoy de Europa academia,
Y adonde gloriosamente
El Rey Luis catorce impera,
Me enviaron á que cursase
Sus mas celebres escuelas,
En que adquirí yo opiniones
Que hoy mantengo con firmeza.
Fatigaron mi celebro
Escolásticas tareas,
Y desengaños y azares
Avanzaron mi esperiencia.
Portéme como español
En seis años que en aquella
Corte estuve: estudié mucho,
Reñí poco, que fué prueba
De juicio, porque en verdad
Sangre ardiente y estrangera
Do quiera en aquel país
Halla sazon de contienda.
Por fin, con nombre sin tacha,
Y harto atestado de letras,
Dí vuelta á España, y al techo
De mi mansion solariega.
Recibiéronme mis padres
Con las caricias mas tiernas,
Y el Rey me admitió al servicio
De su persona. Mis rentas
Me daban lujo; lo noble
De mi alcurnia, y mi opulencia
Me dió muchos envidiosos,
Mas tambien fortuna inmensa:
Mis estudios y mis viajes
Y mi educacion francesa,
Y mis trages á la moda,
Y mi suerte al fin, con llenas
Manos sobre mí vertian
Dichas y venturas: y era
Del Rey casi el favorito
Y el mimo de la grandeza.
Mi padre al ver mi fortuna
Se decidió á no perderla,
Y se ingenió de tal modo,
Que logró que una princesa
De sangre real, me otorgara
Su mano con real licencia.
Infanta es, y hermosa acaso;
Mas aunque con sangre régia
Emparentar siempre es honra,
Tal vanidad no me tienta.
Mi pensamiento es distinto
Y mi opinion bien diversa,
Y en las horas solitarias
En que á los hombres desvelan
Afanes del porvenir,
Y con lo futuro sueñan,
Soñaba auroras de dicha
En menos sublime esfera,
Y á costa de mi ventura
No anhelé tamaña alteza.
Yo ansié con una muger
Mas virtuosa que bella,
Mas amorosa que rica,
Y mas casta que princesa,
Partir mi amor respetuoso
Mi favor y mi opulencia,
Si quier sus solas virtudes
Al matrimonio trajera.
Ví, pues, que iba á hacerme esclavo
En vez de esposo: con fuerzas
No me hallé para hacer á otro
De mi libertad ofrenda,
Y me negué á tal enlace
Y enojé á mi parentela.
Montó en cólera mi padre,
Vino mi familia entera
Sobre mí, cual si ello fuese
Causa de alguna vergüenza.

Todos sus futuros planes
Viendo fallidos, con terca
Tenacidad se empeñaron
En probarme la escelencia
De tan ventajoso enlace,
Y en rendir mi resistencia.
Mas en vano, pues cansado
De sus disputas eternas,
De la furia de mi padre
Que en no escucharme se cierra,
Y decidido á no ser
De este afan víctima necia,
Dispuse secretamente
De una parte de mi herencia;
Tomé un caballo una noche,
Y de la corte, y paterna
Casa, me ausenté discreto
Para dar trecho á que venza
El tiempo, tal vanidad,
Y la razon tal demencia.
Esta es mi historia, señor,
Esta es tambien la postrera
Resolucion que he tomado
De mi porvenir acerca.
Mi posicion, mi fortuna,
La avanzada edad que pesa
Sobre mis padres, en fin,
Exigen que me establezca.
Mas rico soy, y no busco
Muger que doble mis rentas;
Soy noble y poco me importa
Que mi muger sea plebeya:
Muger virtuosa quiero,
Pura, religiosa y tierna,
Consuelo en la adversidad,
Y en la dicha compañera.
Muger quiero que aunque se haya
Educado en la pobreza,
El alcázar de su honor
Con fé y conviccion defienda;
Muger quiero que cumplir
Sus obligaciones sepa,
Para mí y para mis hijos
Casta esposa y madre buena.
Tal la quiero: y pues en esto
Todo el porvenir se arriesga,
Y de esta eleccion depende
La fortuna venidera,
Si tal no la hallo, la vida
Así en soledad perpetua
Pasaré, si quier me hereden
Quienes mi nombre no tengan.
El Viejo. Por Dios que os honran, mancebo,
Opiniones tan opuestas,
A las que ahoran en el mundo
Por los hombres se profesan.
Bien haya los buenos años
Dedicados á las ciencias
Que os han puesto el corazon
En opiniones tan rectas.
El For. Dejad, buen viejo, por Dios,
Alabanzas que no aciertan
A dorar la oscura mancha
Que mi conducta sombrea,
De abandonar mis hogares
Aunque preciso lo sienta.
El Viejo. No os lo abonaré yo nunca,
Mas siempre con indulgencia
Veré á quien su honor estima
Mas que el oro y las grandezas,
Y al fin mirándolo bien,
Tal vez disculpa merezca,
Pues pende del matrimonio
Aún la salvacion eterna.
El For. Quédese aquí.
El Viejo. Aquí se quede;
Mas para que no os parezca
Que correspondo mezquino
A la confianza vuestra,
Os diré en cuatro palabras
Mi historia.
El For. Jamás hubiera
Osado sobre ella haceros
Pregunta alguna indiscreta;
Mas os confieso en verdad
Que os oiré con complacencia.
El Viejo. Os comprendo; habeis notado
Que hay en mí cierta estrañeza,
Que con mi sér de labriego
Casa mal y se despega:
Y acaso me hayais tenido
Por algun noble que encierra
En esta vetusta fábrica
Vida de misterios llena,
Mas no: mi historia es sencilla
Y de asombros tan agena,
Que os parecerá monótona;
Mas donde os canse se deja.

Y aquí cruzando los brazos
Y apoyándose en la mesa
El jóven, y en el anciano
Fijando mirada atenta;
Brillando la calma en este
Y en el otro la impaciencia,
Comenzaron á escuchar
Y á decir de esta manera.

CAPITULO III.

—

INSOMNIO.

I

« Nací de hidalga familia,
Mas no de tan noble orígen
Que deba hoy llorar el verme
En condicion tan humilde.
Marino en mi juventud,
Perdí sus buenos abriles
Errando sobre los mares
Que á la culta Europa ciñen.
Serví con honra á mis reyes
En los lejanos paises
Donde me arrojó mi estrella
O la fuerza irresistible
De los vientos, que me echaron
A muy remotos confines.
Una horrorosa borrasca
Estrelló contra las Sirtes
Una noche nuestra nave.
¡Qué noche! á un mastil asíme,
Y con las ondas luchando,
Defendí la vida triste
Que creí que me restaba
Con esfuerzos increibles.
Recogióme una fragata
De ingleses, y que avenirme
Tuve á navegar con ellos
Hasta las playas de Chile.
Un rico español prendóse
De mí, y me empleó en servirle
En negocios de comercio;
Y tan bien sin duda lo hice
Que quiso en haciendas suyas
Colono constituirme.
Conocí allí una muger
De las que en aquellos límites
Del mundo crian los cielos
Para que el sol las admire.
Me enamoró su hermosura,
Me correspondió, y uníme
Con ella en sagrado nudo:
Y hénos aquí ya felices.
Vivimos así dos años,
Y al fin de ellos fué indecible
Mi placer al verme padre
De esa muchacha que vísteis
A vuestro lado esta noche.
Nació cuando imperceptibles
Los rayos del sol naciente
Con purpurinos matices
Teñian las verdes puntas
De las palmeras flexibles.
Nació en un dia de abril,
Cuando empezaba á cubrirse
El prado fértil de flores
Y las lagunas de cisnes:
Y en memoria de aquella alba,
Que haga Dios que nunca olvide,
Flor-del-Alba la llamaron;
Y el Dios que el fruto bendice
De un amor casto, ha querido
Que su nombre justifique
Su hermosura y su virtud,
Que con su beldad compite;
Mas como al fin en la tierra
Dicha completa no existe,
Su madre murió cuando ella
Cumplia los cinco abriles.
Sin ella aquel paraíso
Me fué destierro insufrible,
Mi hacienda carga enojosa,
Arido desierto Chile.
Devolví, pues, sus terrenos
A aquel español insigne
A quien los debí; con oro
Quiso en vano seducirme:
En abandonar á América
Vió mi voluntad tan firme,
Que al fin me abrazó diciéndome:
« Vé en paz, y que Dios te guie. »
En oro me dió el valor
De mis bienes: conducirme
Quiso hasta uno de sus buques
Que me esperaba, y me hice
A la vela en él, trayendo
Mi hija y mis memorias tristes
A España, donde con mi oro
En la corte establecíme.
Mas viendo que las delicias
De sus ruidosos festines
Y tumulto me aburrian
En lugar de divertirme,
Y que mi hija Flor crecia
En belleza, y que sutiles
Los ejemplos de la corte
Es fuerza al cabo que minen
La virtud de las mugeres,
Que no pueden eximirse
De las torpes seducciones
De juventud algo libre:
Compré á un marqués arruinado
Estos terrones, y vine
A gozar entre sus muros
La renta escasa que rinden
Cuatro tierras que he comprado
De estos valles en los lindes.

Aquí olvidado del mundo,
Y en soledad apacible,
Habito con Flor-del-Alba
Las estancias que permite
Habitar este palacio,
Que amaga bien pronto hundirse;
Aunque no será tan presto
Que nuestros ojos lo miren.
Esta es mi historia completa,
Que á mi vez contaros quise
La vuestra para pagaros :
Y ahora, buen jóven, que oísteis
Lo que soy y lo que tengo,
Que os ofrezca permitidme
Lo que puedo y lo que valgo,
Si de algo todo ello os sirve.
Cama os mandé prevenir
Y aposento : si á él seguirme
Gustais, venid, que ya es tarde
Y acaso el cansancio os rinde.»

Y así diciendo el anciano
Con halagüeño semblante,
Echó del jóven delante
Con una luz en la mano.
Y como el mozo veia
Que la franca esplicacion
De tan clara insinuacion
Oposicion no admitia;
Dejó su cómodo asiento
Y se dispuso á seguir
Al viejo, hasta el aposento
Que le mandó prevenir.
Salieron, pues, de la estancia
El uno del otro en pos,
Perdiéndose así los dos
En la sombra y la distancia.

II

Estaba el aposento destinado
Para el jóven viajero,
En un ángulo aislado
De aquel viejo edificio colocado.
Para llevar á él al caballero,
Cruzar el viejo le hizo
Uno tras otro cuarto abandonado,
Y uno tras otro oscuro pasadizo :
Por los cuales al ir notó el mancebo
El estado ruinoso en que se hallaba
La mansion que su huésped habitaba.
Las rotas ó gastadas escaleras,
Las empolvadas bóvedas sombrías,
Entre cuyas maderas
Se filtraban aún en gotas frias
De las pasadas lluvias las goteras;
Las doradas molduras,
Por la humedad y el polvo carcomidas;
Las puertas de mohosas cerraduras
No usadas largo tiempo, y derruidas
De su marco y dintel las esculturas :
Todo lo reparó; mientras callado
Su hospedador por ella le condujo,
Y aquella soledad y aislamiento
Mala impresion en su ánimo produjo,
Y aún en su corazon por un momento
Misteriosos recelos introdujo.
Dejóle en fin en su aposento sólo
El venerable anciano,
Y toda idea de traicion ó dolo
Desechó al contemplar de su semblante
La candidez, y al estrechar la mano
Que le alargó al salir, dulce reposo
Deseándole atento y cariñoso.
El jóven, sin embargo,
Con precavido exámen, cauteloso,
Su cuarto registró por donde quiera
Que el pié pudo fijar, tender la mano
Y dar campo á los ojos : — todo era
Limpio allí, si no rico : blando lecho
Con mullido vellon y lienzos hecho,
Que grato olor á limpios exhalaban,
A dormir convidaban;
Y descendiendo en pliegues desde el techo,
Las ventanas y puertas adornaban
Blanquísimas cortinas,
Con gusto puestas, aunque no muy finas;
Toscos sitiales, perchas necesarias
A uso de quien se viste y se desnuda;
Encendida y templada lamparilla,
Todas, en fin las fruslerías varias
Con que á un huésped ayuda
Una fina atencion, del buen anciano
Allí previno la oficiosa mano.
Abrió, pues, su maleta el caballero,
Y echando á un lado su empolvado trage
Y las botas de viaje,
Cómoda bata se ciñó; su espada
Dejó á su lado diestro colocada,
Y en la cama metiéndose,
Largo sueño á gozar tranquilo y blando
Se dispuso en las ropas envolviéndose.
Pronto vagos delirios é ilusiones
Fantásticas se alzaron en su mente :
Vaporosas visiones
Que cerniéndose en alas invisibles
Bajan conitnuamente,
Del pacífico sueño precursoras,
A derramar benéfico beleño
Sobre el mortal que siente en altas horas
Con silencioso pié venir al sueño.
Todos entonces en tropel callado
Los objetos que vimos en el dia
Toman cuerpo en la loca fantasía
Y en confuso monton desordenado,

Llenas de ligereza y poesía,
Revestidas de formas celestiales
Nos escitan ideas que adoramos
El sueño al conciliar, mas de las cuales
Jamás al despertar nos acordamos.
Mas entre estos delirios del insomnio
Que aduermen al cansado caballero,
Entre esta multitud de sombras leves
Precursoras del sueño verdadero;
Hay un bello fantasma mas visible,
Mucho mas vaporoso, mas ligero,
Que le acuerda amorosa y vagamente
La encantadora imágen apacible
De otro viviente sér visto primero.
Y esta imágen purísima, alba y bella,
Que entre las pardas sombras del insomnio
Como lirio entre céspedes descuella,
Como entre zarzas purpurina rosa,
Como entre nubes rutilante estrella,
Como entre toscas y comunes aves
De real pavon la pintoresca pluma,
Cual régio buque entre pequeñas naves,
Como rayo de sol entre la bruma
De nebuloso lago, es la amorosa
Sombra de una muger cándida, hermosa,
A quien logró mirar tan solo un punto,
Cuya presencia saboreó un momento;
Mas cuyo bello y celestial trasunto
Indeleble conserva el pensamiento.
Y esa muger con quien despierto sueña,
Ese delirio que al dormirse adora,
Y cuya aparicion encantadora
El sueño dél en alejar empeña;
Esa muger cuya ilusion divina
Por rechazar de su memoria lucha,
Pero cuyo recuerdo le fascina,
Y á quien á su pesar mira y escucha:
Es *Flor-del-Alba* á quien á amar empieza,
Angel en su beldad, flor en pureza.

Así el amor callando se desliza
En nuestro corazon libre y tranquilo
Y con el filtro del amor se hechiza
A una ilusion así prestando asilo.
Como ilusion la admite: ella traidora
La hoguera oculta del amor atiza,
Su belleza ideal la patentiza,
Y al verla el corazon tan seductora
Con la ilusion falaz le fanatiza,
Y al fin ciego de amor la diviniza,
Y en el altar de la pasion la adora.

Y así como un recuerdo vagaroso,
Por la puerta no mas de un pensamiento
Disfrazado, traidor, mudo, alevoso,
Del viajero en el alma en tal momento
Entra amor á robarle su reposo.

CAPITULO IV.

—

MUSICA.

Apenas de estas quimeras
Que en la mente se acumulan
Del que tranquilo se duerme
Y á dormirse en paz le ayudan,
En la del jóven viajero
Se iban lentas una á una
Disipando, á cada instante
Apareciendo mas turbias;
Apenas del blando insomnio
Las vaporosas figuras
Dejaban á sus sentidos
Del sueño en la paz profunda
Y su tranquilo reposo
Gustaba, cuando la muda
Soledad turbó á deshora
Grata y acordada música;
Y del mancebo llegando
Al oido en lid oculta
Con su sueño fué ganándole
El sitio que en él ocupa.
Tornaron á producirse
Otra vez las inseguras
Fantasías del insomnio,
Y muy pronto entre su turba
Incolora tornó á alzarse
La imágen radiante y pura
De Flor-del-Alba, mas bella
Y luminosa que nunca.
Pronto el corazon amante
(Que por acercarse pugna
Al hechicero fantasma
Que parece que le busca)
Soñando cree que realiza
Mil esperanzas absurdas.
Ya la transparente imágen
De la adorada hermosura
Cree que á su lado desciende,
Y de sí mismo tan junta,
Que con que estienda los brazos
La puede tener segura:
Ya al amoroso fantasma
Ve que una y otra vez cruza
Por la alcoba en que reposa,
Y cree que el rumor escucha
De sus pisadas, y el roce
De sus leves vestiduras.
Ya que á la trémula llama
De la lámpara que alumbra
Su aposento, le contempla
Con amorosa ternura,

Y con su aliento purísimo
Le orea, porque le infunda
Su amor el divino aroma
Que el blando aliento perfuma.
Ya en una transicion rápida
De que los sueños abundan,
La muger se trueca en ángel;
El sér terrenal se ofusca
Tras de su célica esencia:
De tornasoladas plumas
Brotan alas de sus hombros
Que á sus espaldas se agrupan,
Formando un fondo nevado,
Sobre el cual de su cintura,
De sus brazos y su cuello
Los contornos se dibujan.
De un arpa de oro que al lado
Tiene, y cuyas cuerdas pulsa,
Hace brotar ricas cláusulas
De embriagadora dulzura.
El alma amante con ellas
En armonía se inunda,
Y á las etéreas regiones
Arrebatada se juzga;
Mas vibran de tal manera
Las notas con que preludia
En el alma del dormido,
Y le hieren tan agudas
Y tan íntimas, que pronto
Será fuerza que interrumpan
La influencia soporífica
Del sueño que le subyuga.
Y así es: los lentos párpados
Abre al fin; con mano ruda
Ase del cómodo lecho
Las plegadas colgaduras;
Y aún mal despierto — ¿Quién va? —
Con ahogada voz pregunta.
Nadie responde: al reflejo
De la lamparilla mustia,
Reconoce el aposento
Que como huésped ocupa.
Mas todavía del sueño
Piensa que el sopor le abruma;
Pues dél recordando á espacio
Las imágenes confusas,
De Flor-del-Alba y del ángel
Al recordar la hermosura
El són del arpa recuerda;
Y cree que se perpetúa
El ensueño, pues de un arpa
Oye el acorde, no hay duda.
Por mas que tenaz dar crédito
A sus sentidos rehusa,
Interrumpe el són de un arpa
La tranquilidad nocturna,
Y una voz suave cantando
Con sus cláusulas se ayuda.

Del dulce canto atraido,
Y á indagar quién le produzca
Impelido el caballero,
Sentó la planta desnuda
En el pavimento frio,
Y con precauciones sumas
Entreabriendo la ventana
Por la que se oye la música
Asomóse poco á poco
Por si á quien canta columbra.
Mas en vano: desde el cénit
Con pálida luz la luna
Platea un huerto en que reinan
El abandono y la incuria.
Su tierra fértil un dia
Cubre enredada espesura
De silvestre yerba, y claro
Se ve, que el dueño renuncia
Como á reponer su casa
A labrar la huerta inculta.
Esta en su origen fué patio,
Pero recibió cultura
Cuando sus antiguos dueños
Al dar en peor fortuna
Sembraron en cuanta hubieron
No posesores de mucha.
Este huerto ó este patio
Que altas paredes circundan,
Forma el centro de la fábrica
De este edificio, que anuncia
Próxima ruina do quiera
Por infinitas roturas.
Solo de las cuatro torres
Que le ciñen, en la una
Se habita, pues el revoque
De sus paredes lo acusa.
Y en esta torre frontera
A la en que el jóven procura
Desde su ventana ver
De la misteriosa música
El orígen, hay abierta
Otra ventana; mas cuya
Interior habitacion
A su avara vista hurtan
De un enramado jazmin
La espesa rama, fecunda,
Y una estrecha celosía
En que las ramas se anudan.
Allí está pues la cantora:
De entre la fresca espesura
De aquel toldo de jazmines
Y florecillas menudas
Brota aquella voz suavísima:
Y de allí en sus alas húmedas
La esparce el aura de mayo
Por la transparente anchura
De los cóncavos espacios
Que el aire diáfano azula.

De allí parte aquella voz,
Y si es de una criatura
Humana, Naturaleza
Al dársela la hizo única,
Pues la formó de los tonos
Con que armónicos la arrullan
Los ruiseñores del bosque,
Las fuentes que le fecundan,
Los ecos que los remedan
En las escondidas grutas,
Y el aura que entre las hojas
Suelta y lasciva susurra.
Tal es la voz que la calma
De la muda noche turba.

Voz que encierra
En el concento
De su acento
Celestial
Cuantos ecos
De alegría,
De victoria,
De agonía,
Y de gloria
Juntaria
Si se oyera
Toda entera
La armonía universal.

Voz que gime
Congojosa;
Voz sublime,
Vagarosa,
Que levanta
Misteriosa
Melancólica cancion.
Voz sonora
Que á par canta,
Y á par llora
Los delirios
Apacibles,
Los martirios
Insufribles
De un amante corazon.

Blando són
Que el viajero
Con aliento
Retenido,
Oye atento
Y embebido
En su balcon:

Y antes que suene en su oido,
De aquella nocturna endecha,
Vá la música derecha
A arrullar su corazon.

Vago encanto
Con secreta
Simpatía
Le sujeta
De aquel canto
A la armonía:
Y aunque ciego
No comprende
La razon;
Siente luego
Que la calma
De su alma
Pierde ciego
Y le enciende
Dulce fuego
Al oir la voz lejana,
Que á través la celosía
De la florida ventana,
El mágico són le envia
Del arpa y de la cancion.

Escuchábala embebido
Con intensísimo gozo
El aventurero mozo
De su entreabierto balcon,
Sin reparar de la noche
En el insano rocío,
Y en el aire húmedo y frio
Propio aún de la estacion.

Escuchaba él y seguia
De sus armónicas frases
Los melodiosos compases
Y maestra ejecucion;
Y cuanto mas escuchaba
Aquel acento encantado,
Mas se creia engañado
Por una vana ilusion.

Escuchaba, y comprendia
Mas claro á cada momento,
Que aquel primoroso acento,
Y aquel sentido cantar,
Rebosando de armonías
Y poesía galana,
De una garganta villana
No se podia lanzar.

No es ese el canto monótono
Cuya armonía sencilla
De los campos de Castilla
Ronco entona el labrador:
No es esa la endecha tosca
Que alza en la fiesta campestre
El labriego, al són silvestre
De la gaita y el tambor.

Es el cántico suavísimo
De una voz rica, argentina
Que vibra, gorgea y trina
Con limpieza sin igual;
Canto profundo, inspirado,
Tierno, sonoro, vibrante,
Que oye absorto el caminante
Por su bien ó por su mal.

Y elevado en una escena
Que embellecen la oportuna
Tranquila luz de la luna,
Del misterio la ilusion;
Parece un himno celeste
Por un ángel entonado,
Y en el aura acompañado
Por las arpas de Sion.

Tal lo juzga el forastero
Que embebecido lo escucha,
Mientras con la fuerza lucha
De su mágica impresion:
Y tanto al cabo se hechiza
Con el cantar peregrino,
Que al impulso repentino
De curiosa imprevision

Abrió el balcon entornado:
Mas con este movimiento
Cuanto logró, en un momento
Perdió su necia ambicion:
Porque notando sin duda
Su presencia impertinente,
Cesó repentinamente
La misteriosa cancion.

Volvióse desconsolado
El forastero á su lecho,
El pensamiento ocupado
Con la música que oyó:
Y tras de inquieto desvelo
Que agitaron halagüeñas
Mil imágenes risueñas,
Cansado al fin se durmió.

Y alto estaba ya el sol del nuevo dia
Cuando el mancebo despertó, al sonido
Del acento del viejo conocido,
Que á llamarle venia.
El mozo de la cama saltó al punto,
Y entrándose en la cámara el anciano,
Las ventanas abriendo,
Al mancebo gentil tendió la mano:
Plática tal los dos entreteniendo.

El Viejo. Acaso no habrá sido
Tan cómodo mi lecho
Como en el que á dormir estareis hecho;
Mas en fin, ¿cómo en él habeis dormido?
El For. La dulce paz y hospitalario techo,
Señor, de vuestra casa
Solo comodidades me ha ofrecido. [jante,
El Viejo. Perdonad que en estancia seme-
De la parte que habito tan distante
Os haya así alojado;
Que el edificio está tan mal tratado
Que no pude en los cuartos de adelante
Sitio hallar para vos acomodado.
El For. Mucho tiempo hace ya, y os lo ase-
Que noche no gocé tan deliciosa: [guro
Y el aposento hallé de tal manera
Que si preciso caso me obligara
Esta casa á habitar, yo os suplicara
Que vuestra autoridad me permitiera
Que en él siempre habitara.
El Viejo. Sin que ese caso y precision vi-
Yo os le ofrezco de grado: [niere
Permaneced el tiempo que os pluguiere,
Que en ello seré yo siempre el honrado.
El For. No plazca á Dios, que por antojo
Molestia os ocasione: [mio
Yo os lo agradezco, pero parto.
El Viejo. Fio
Que si á emprender volveis en tiempo alguno
Por estos pobres valles otro viaje,
Y os hace otra vez falta un hospedage,
No olvideis que aquí siempre teneis uno.
El For. Y yo á mi turno fio
Que el habitado espacio
De este antiguo palacio
Recuerde alguna vez el viaje mio.
El Viejo. ¡Sí, á fé! Mas el almuerzo pre-
Nos aguarda. [parado
El For. Y Brillante impacientado
Tambien el suyo aguardará.
El Viejo. Servida
Le fué ya su racion.
El For. ¡Tanto cuidado! [¡Ea!
El Viejo. Obligacion no mas de huésped.
Venid, que todo al fin se hará á medida
De vuestra voluntad, á lo que creo:
Y aunque mas pronta acaso
De lo que apeteciera mi deseo,
Yo os haré la mas franca despedida
Rogando á Dios que os ilumine el paso.

Y hablando asi la cámara dejaron,
Y el oscuro camino que trajeron
Cuando de noche al camarin vinieron,
Volviendo á hacer, al comedor bajaron.

CAPITULO V.

—

DESPEDIDA.

Una hora despues y hallándose
En el cuarto en que la cena
Les sirvieron por la noche,
Del almuerzo en sobremesa,
Despidiéndose el mancebo
Del viejo y de su hija bella,
De este modo habian trabado
La conversacion postrera.

El Viejo. ¡Ea, pues! yo no he sabido
Perder la costumbre añeja
De marino, y aun celebro
Un viaje ó amistad nueva
Con un generoso brindis :
En la amistad cuando empieza,
Y en los viajes como es justo
A la ida y á la vuelta.
Con que asi llegad el vaso
Y vaciemos la botella
Ultima de tostadillo
Que dió de sí la bodega.
El For. Por mí, buen anciano, os juro
De buena fé, que quisiera
Que la amistad que hoy trabamos
Fuera entre los dos eterna.
El Viejo. Nada puede ser eterno
Sobre la faz de la tierra :
Pero contad con la mia
Mientras dure mi existencia.
El For. Dios os la guarde, señor,
Hasta que cumplidos sean
Cuantos votos hayais hecho
Sobre la edad venidera.
El Viejo. Solo uno, si no le logro,
Amargará mi hora estrema,
Que es dejar la hija que tengo
Niña, sin estado y huérfana.
El For. Señor, no le cumple á un mozo
Que tan pocos años cuenta,
Por mucho que le disculpe
Su poder ó su nobleza
En ocasion semejante
Hacer semejante oferta;
Mas dispensad si me atrevo
A prometeros, que mientras
Respire Don Pedro Tellez
Y tener con honra sepa
Un techo que le cobije
Y un doblon que le mantenga,
No faltará á vuestra hija
Si otras mejores no encuentra,
Ni casa en que viva honrada,
Ni espada que la defienda.
El Viejo. ¡Que os tome Dios vuestra noble
Generosidad en cuenta,
Don Pedro Tellez! Y ahora
Que la ocasion se me rueda
A unas palabras de anoche
Pláceme daros respuesta.
D. Pedro. Decid.
El Viejo. Creo que dijisteis
Que simpatía secreta
Vuestra alma hácia mi atraia;
Y yo de la mia en prueba
Quiero que sepais que tengo
Tal fé en la hidalguia vuestra,
Que á pesar de ser tan jóven
Puede ser que no eligiera
Otro que á vos, á mi muerte
Para encomendarle de ella.
D. Pedro. Predileccion tan honrosa
No sé cómo os agradezca;
Mas es la eleccion muy pronta
Y acaso no esté bien hecha.
El Viejo. ¡Oh! quien vivió tanto tiempo
Como yo, tiene esperiencia
De que rostros y apellidos
Abonan á quien los lleva.
Pero noto que hemos hecho
La conversacion muy séria,
Y hemos pasado los límites
Acaso de la prudencia.
De todos modos, mancebo,
Servido habrá mi franqueza
Para que hayais comprendido
Lo que mi alma os aprecia.
D. Pedro. Y al menos habrá la mia
Servido de daros muestra
De lo mucho que desde hoy
Vuestra sangre me interesa.
Y ya, que como habeis dicho
Satisfecho en esta aldea
Vivís con vuestra hija hermosa
Y con vuestra escasa hacienda,
Permitid que os deje al menos
Para que os traiga en mi ausencia
A la vuestra mi memoria
De mi amistad una prenda.
El Viejo. Para acordarme de vos,
Basta con vuestra presencia
Haber visto tan honradas
Nuestra casa y nuestra mesa;
Y por lo que á prendas toca
Me haceis dar en la sospecha
De que vais nuestro hospedage
A pagar de esa manera
D. Pedro. ¡No por Dios! Dijeos el nombre
De mi casa solariega,

Dijeos quién soy y qué gozo
De favor y de opulencia,
Y ofrecido os he el desquite
De este hospedage, en adversa
Ocasion, si así os pluguiere :
Mi paga pues ha sido esa.
El Viejo. ¡Oh de ese modo esplicándolo!
D. Pedro. No dudo de que os convenza.
El Viejo. Efugios son cortesanos.....
D. Pedro. Lo serán, muy norabuena :
Mas como tienden á hacer
Nuestra amistad mas estrecha,
Dejadlos pasar en gracia
Del buen intento que llevan.
Tanto mas, cuanto que en vos
No empleándose la prenda
Que os quiero dejar aquí,
Si no en vuestra hija, es fuerza
Que no voluntaria dádiva
Si no tributo parezca;
Que en arras de la hermosura
Nada os doy, todo es ofrenda.
Y por fin como algun dia
Decís que acaso suceda
Que sin vos (y á Dios no plazca)
A ampararse de mí venga :
No es demás que para entonces
Pueda tener manifiesta
Una prenda que reclame
Mi obligacion y mi deuda.
El Viejo. Tanta es vuestra cortesía,
Caballero, al ofrecerla,
Que vendrá á dar la repulsa
En desatencion grosera.
D. Pedro. Con este permiso pues,
Tendedme, niña modesta,
La hermosa mano en que os deje
Este anillo, cuya piedra
No encontrará quien la tase
De hoy en vuestra mano puesta;
No por lo que vale en sí,
Si no por estar en ella.

Y así diciendo Don Pedro
Tomóla una á la doncella,
Entre sus dedos torneados
El rico anillo poniéndola.
Tiñó en carmin encendido
Las mejillas de azucenas
Flor-del-Alba : quiso el viejo
Impedir que puesta fuera
La sortija; mas fué tarde,
Pues lo hizo con tal presteza
Don Pedro, que fué antes casi
El darla que el ofrecerla.

El Viejo. Mal tales prendas en manos
De una labradora sientan;
Ni es justo que las acepte
Quien no puede en recompensa
Dar otra á aquel de quien viene.
D. Pedro. Mas será á mi ver ofensa
Que ella rehuse aceptarla
Por prestaros obediencia.
El Viejo. Si á ofensa habeis de tomarlo,
A eleccion de Flor se queda.
Flor-del-Alba. Yo siempre la llevaré
En vuestra memoria puesta :
Mas tiene razon mi padre,
Pues ha de ver con vergüenza
Que no pude yo pagárosla
Con otra que digna fuera
De la que me dais.
D. Pedro. Escusa
Buscado habeis bien pequeña.
El mas mínimo favor
De una hermosura, no hay prenda
Que pague en su valor justo;
Y si del favor en muestra
Me dais una florecilla
Cultivada en vuestra huerta
Por vos, un clavel temprano,
Una estraviada violeta,
Un jazmin, ó una hoja sola,
De un tiesto ó enredadera,
Que tengais, como otras suelen,
De vuestro cuarto en la reja,
Yo me daré por pagado,
Y aun me atrevo á hacer apuesta
De que antes perdereis vos
La sortija, que yo pierda
De la flor que me dais verde
Las caidas hojas secas.

Y aquí el mancebo galan,
Reparando la severa
Faz del viejo, y el rubor
De la muchacha, á la escena
Puso fin, diciendo á tiempo
De dirigirse á la puerta :
« Mas ya basta : avanza el dia,
Y de este sitio me alejan
Necesidad y deber,
Que en mi viaje al par me empeñan. »
Y un cuarto de hora despues,
Partiéndose de la aldea
De Villaldemiro, el mozo
Daba al palacio la vuelta,
Para tomar el sendero
Que por el soto atraviesa,
Cuando al ir del edificio
Rodeando por la cerca,
Cayó un ramo de jazmines
Ante él, sobre su senda.
Recogió al potro la brida
Y levantó la cabeza;

Mas cuando vió la ventana
Sintió cerrar sus vidrieras.
Bajóse á tomar las flores,
Tornó á cabalgar, y mientras
Se alejaba á lentos pasos,
Fija la vista en la reja
Misteriosa, oyó una voz
Que entonaba detrás de ella
La cancion que oyó de noche
Diez horas hacia apenas.
Al generoso bridon
Volvió á refrenar las riendas,
Y permaneció escuchando
La lejana cantinela,
En meditacion profunda,
Su imaginacion inquieta
Con los lances de la noche
Y del dia, andando á vueltas.
Cruzó sin duda su mente
Luminosa alguna idea
Que á decision repentina
Le impelió; pues las espuelas
Aplicando al potro, á escape
Le hizo cruzar la pradera
Y despareció perdiéndose
Del soto entre la arboleda.

CAPITULO VI.

I

Partió el forastero
Por siempre quizás,
Y un dia tras otro
Pasándose vá.
Tornó en el palacio
Cual siempre á reinar
Sombrío silencio,
Monótona paz.
Tornó Flor-del-Alba
El curso á empezar
Que los mil quehaceres
Domésticos dan,
Los dias enteros
Volviendo á pasar
Cual flor conservada
En fuerza de afan,
Cerrada en el viejo
Doméstico hogar.
Tornóse al misterio
Que dos años há
Rodea el palacio.
Dó ocultos están
El viejo y su hija
Sin que hagan jamás
Mas viaje que á misa
El dia al rayar.
La niña en las fiestas
Al Prado no vá
Del baile campestre
Ni un punto á gozar.
Y el viejo atraviesa
Tan solo el lugar
Los dias de fiesta
Cuando al templo vá.
Do quiera y con todos
Eterna é igual
Conserva severa,
Reserva tenaz.
Con él en el pueblo
Tener amistad
Ninguno ha logrado :
Mas nunca en azar
Arduo, ni en peligro,
Ni en enfermedad,
Llegó uno á su puerta
Consejo á tomar,
O á pedir remedio,
Que en urgencia tal
Sin ser socorrido
Volviera pié atrás.
El viejo con todos
Atento y cordial,
Los males agenos
Diestro en aliviar,
Siempre era él el árbitro
Juicioso y capaz
De hacer las discordias
A todos cesar.
Y pobres y tristes
De su caridad
Van en sus desdichas
Consuelo á buscar.
Acaso no hay uno
Que á solas y allá
En su alma no piense
De aquel hombre mal;
O envidie su suerte,
Su tranquilidad,
O le odie porque hace
Su suerte ignorar;
Pues siempre la humana
Condicion fué tal.
Mas todos le acatan,
Y todos á par
Su ciencia aprovechan,
Y todas están
En que hay de aquel hombre
En la gravedad
De su faz tranquila
Y noble ademan

Un sello de oculta
Superioridad.
El mozo mas rico,
O altivo, ó audaz,
No supo á su hija
Amante llegar.
Aquella belleza
Que cubre el sayal
De moza villana
Como á las demás
Zagalas que habitan
El mismo lugar :
Aquella muchacha
Que puede á lo mas
A pobre heredera
De un pueblo igualar,
De quien á las otras
Diferencia no hay
Si no en que posee
Un campo erial
Y un viejo palacio
A medio arruinar;
Tiene en la espresion
De su bella faz,
En su aire de cándido
Pudor virginal,
Y en todo su porte,
Cierta majestad
Que asaz la distingue
Del tono vulgar,
De la gracia tosca
Que en lo general
De las mas apuestas
Mozas de lugar,
Salvages contornos
Presta á la beldad.
Y acaso no hay una
Que á solas, y allá
En su alma, de aquella
Belleza ideal,
No halle alguna falta
De que murmurar.
Mas no habrá ninguna
Que á rivalizar
Se atreva con ella;
Ni alguna osará
De la Flor-del-Alba
Suponerse igual.
No hay una que honrada
No se crea asaz
Si de deferencia
Alguna señal,
De la hermosa niña
Consigue alcanzar,
Por mucho que de ella
Murmure detrás.
Por mas que la quieran
Defectos buscar;
Y altiva la juzguen,
Y de vanidad
La culpen, no hay una
Que si ante el umbral
Del viejo palacio
Acierta á pasar
Y allí Flor-del-Alba
Por acaso está,
No cambie con ella
Saludo cordial,
Y amable sonrisa
Que quiera indicar :
Que tiene la niña
Con ella amistad.
Y así en el aldea
Pasándose van
Los dias de mayo :
Y así en soledad
El padre y la hija
El débil torzal
De la vida humana
Hilan sin cesar;
Dichosos gozando
La felicidad
De aldeanos que viven
Sin oro ni afan.
¿Mas qué humana vista
Puede penetrar
Por un muro espeso
Cual por un cristal?
¿Quién ver lo que dentro
Se puede encerrar
De aquel edificio
De cuyo portal
Ninguno del pueblo
Podido ha pasar,
Ni mas que de fuera
Lo ha visto jamás?

II

Desque el forastero
De allí se partió,
Apenas semanas
Pasáronse dos.
Ni á oirse en aquellos
Contornos volvió
Noticia del jóven;
Ni tardo pastor
Que el hato de noche
Al pueblo tornó :
Ni el guarda del campo
Mas madrugador
Volvió á oir el paso
Del potro veloz,
Que al irse de todos

Fué la admiracion.
Del soto le vieron
Salir : con vigor
Increible vieron
Que á escape subió
La cuesta postrera
De las que en redor
Circundan el valle
Dó yace hasta hoy
La aldea escondida :
Y desde el peñon
Donde el arquitecto
La iglesia fundó
Le vió el campanero
Como exhalacion
Tomar el camino
De Burgos, en pos
De sí nube densa
Dejando el bridon
De polvo, entre cuyas
Sombras se perdió;
Como una evocada
Lejana vision
Que se hunde en las ondas
De espeso vapor.
La luna entre nubes
Velada alumbró,
La tierra á intervalos
Con tibio fulgor,
En noche cargada
Que á un dia siguió
De esos que nublados
Amasa el calor.
Pesado está el aire :
Todo á su impresion
Perezosa en lento
Letargo cayó.
La brisa no mece
Ni rama ni flor :
No suena en los sauces
Ni arrullo ni voz
Tórtola acuitada,
Pardo ruiseñor.
Todo en torno calla,
Y solo su són
Monótono lleva
Un murmurador
Arroyo, que cruza
Por la poblacion,
Y baja desde ella
Por cauce que abrió,
A dar del palacio
En frente al porton
En un ancho estanque
Que allí se cavó.
Este vuelve á darle
Su curso y su són
Por el lado opuesto
A aquel por dó entró :
Y el arroyo hinchendo
De verde frescor
El soto, se pierde
Libre y jugueton,
De los altos olmos
En el espesor.
Al sueño, cansado,
En paz se entregó
El pueblo : no brilla
De luz resplandor
Por entre los vidrios
De reja ó balcon.
Mas que la del mustio
Perenne farol
Que alumbra devoto
La iglesia de Dios.
De su torre gótica
Con ronco clamor
Dió once campanadas
Moderno reló;
Cuando al pié del pardo
Fuerte murallon,
Que el viejo palacio
Cerca en derredor,
Y bajo la reja
Por donde cayó
El ramo de flores
Delante el troton
Del jóven viajero
Cuando se partió;
Alzó repentino
Deleitable són
Vihuela punteada
Con diestro primor;
Y á poco á sus tonos
Concertada voz
Así entre la sombra
Nocturna cantó :

« Flor-del-Alba, que con ella
Compites en resplandor,
Y á la lumbre que destella,
Como tú tan pura y bella
No halla en la tierra otra flor;
Tu lecho de flores deja,
Mira que el alba refleja :
Desvélate ¡oh Flor!
Que llama á tu reja
La voz del amor.

Tus hojas abre y dá al viento
Su perfume embriagador
Para que en él tome aliento
Quien no tiene otro alimento
Ni otro ambiente que tu amor.
Mira que el alba refleja,
Tu lecho de flores deja :

Desvélate ¡oh Flor!
Que llama á tu reja
La voz del amor. »

Con estas palabras
Callando la voz
El aire á lo lejos
Sus ecos ahogó,
Quedando en silencio
Y en sombra en redor
El campo como antes
De aquella cancion.
A poco en el muro
Confuso rumor
De hierro y vidrieras
Movidas se hoyó :
Y hallando la luna
Un roto giron
Que en medio una nube
El viento rasgó,
Vertió repentino
Fugaz resplandor.
Su tibio reflejo
El muro alumbró
A par alumbrando
La escena de amor;
Que arriba en la reja
Patente se vió
El rostro de un ángel,
Y abajo al cantor
Contemplando inmóvil
La blanca vision.
Allí Flor-del-Alba
Que su reja abrió :
Aquí Tellez, ciego
Por ella de amor.
Aquí él á quien trajo
Su ardiente pasion :
Allí ella que amante
Su vuelta esperó.
Tal vez uno á otro
Tendian los dos
Los brazos amantes;
Y acaso la voz
De entrambos buscaba
La frase mejor
Que á ser alcanzara
Del alma espresion,
Cuando vaga sombra
La esquina dobló,
Viniendo hácia Tellez
Con paso veloz.
La reja al sentirle
La niña cerró :
La luna á embozarse
Con nubes volvió
Sombreando del campo
La muda estension :

Y el mozo mostrando
Un noble valor,
El paso al que viene
Sereno atajó,
Los dos entablando
Tal conversacion :
« ¿Quién va? dijo el mozo.
Y el otro : — Yo voy.
— ¿Quién sois?
— Os pregunto
Lo mismo yo á vos.
— Soy..... un caballero.
— Yo Don Pedro Tellez.
— Y yo Don Leon
De Alba.
— ¡Vos!
— Sin duda.
— ¡Un Alba! ¡Gran Dios!
¿Qué es esto?
— Un misterio
Cuya esplicacion
Pronto en este punto
A daros estoy.
— Hablad.
— De mis pasos
Venios en pos,
Que siempre estaremos
A solas mejor. »
Y echando hácia un lado
El muro dejó.
Siguióle Don Pedro
En su corazon
Sintiendo á aquel hombre
Secreto pavor.
Debajo de un ancho
Frondoso lloron
Del soto en lo oscuro
Aquel se sentó.
Don Pedro imitóle,
Y el otro con voz
Severa le dijo :
« Prestadme atencion. »

— « Murió nuestro buen rey Carlos se-[gundo
Dejando de sus reinos la opulencia
A Felipe de Anjou, á quien esta herencia
Le costó guerrear con medio mundo.
Los nobles españoles
En bandos se partieron,
Segun que los derechos concibieron
De pretendientes varios
Que, de la Francia amigos ó contrarios,
El trono hispano á disputar salieron.
Pues entre estas familias divididas
Dieron al fin por su opinion sus vidas.
Dos hubo nobles que partiendo tierra,
El feudo y amistad que los unia

Cambiaron con furor en saña impía.
Mas bien que por defensa de sus reyes,
Mas que por sus derechos,
Y por salir por las antiguas leyes
Del suelo patrio, su bandera alzaron
Por ir á hincar en los contrarios pechos
Las aguzadas lanzas que empuñaron.
La que por Don Felipe alzó banderas,
Siempre amparada por mejor fortuna,
De la contraria raza por do quiera
Las vidas fué segando una por una.
De la otra, en recompensa
De sus servicios, derramó la inmensa
Riqueza reunida
Del último heredero que restaba
En la por ellos siempre perseguida
Persona errante y misteriosa vida.
El deudo y parentesco que ligaba
A ambas á dos familias comprobaron,
Y de aquesta manera
De enemiga fortuna venidera
La hacienda en una de las dos juntaron.
Reinó por fin en paz Felipe quinto,
Y la familia aquella, vencedora
Que fuera en esta malhadada lucha,
Siempre fué noble por su honor é instinto:
Con el rey alcanzó privanza mucha,
Y todavía la conserva ahora.
Pero de la otra raza que vencida
Fué por la suya, un individuo solo,
Un mancebo no mas quedó con vida.
Mas proscrito, sin resto de esperanza
De cuanto hubo en la tierra despojado,
Fuese á América huyendo despechado
Cual de la proscripcion, de la venganza
Del enemigo bando, encarnizado.
Allí arrastró su mísera existencia
Con inconstante y desigual fortuna,
Ya en triste medianía ó indigencia:
Hasta que en fin tranquilizada España,
De los bandos distintos
Licenciada por fin la inútil tropa,
Y aplacada por fin la antigua saña,
A España dió la vuelta, y viento en popa
Ancló en el mar que á Barcelona baña.
Ahora bien, entended, Don Pedro Tellez:
Las familias rivales
Son las nuestras: entonces y hasta el dia
Los destinos fatales
Fueron, y sin piedad para la mia.
Conozco bien que vos, mancebo apenas
De cinco lustros, de la guerra impía
Parte no fuisteis; pero todavía
Vuestro padre, que es causa de mis penas,
De la contienda instigador primero,
Vive, y no puede la de su heredero
Mezclarse con la sangre de mis venas.
Mi casa os dí: su hospitalario techo
Buena ofreció ocasion á mi venganza:
Os condujo el infierno: mas no avanza
A tan baja traicion mi noble pecho;
Mas que nunca, Don Pedro, se os olvide
Que un mar de hirviente sangre nos divide.
Hé aquí todo el misterio de mi casa;
Hé aquí mi historia entera.
Y ahora que conoceis mi verdadera
Posicion, á estas rondas poned tasa,
Y á la honra de ambos con mejor manera
Arreglad la conducta venidera.»

Y así concluyendo
Con tal relacion
El viejo, el camino
Que trajo tomó.
Cual sombra movible
De una aparicion
Que en humo al tornarse
Con hondo terror
Nos hiela el medroso
Mortal corazon:
Así la del viejo
Desapareció
En la que trazaba
Su vieja mansion.
Con ojos absortos,
Con mudo dolor,
Partir y perderse
Don Pedro le vió.
Y en vano quisiera
Con resolucion
El paso atajarle,
Correr de él en pos
Y exigir completa
Nueva esplicacion:
Negaban sus fauces
El paso á la voz:
Inerte, embargada,
Sentia la accion.
Y así, bajo el peso
Del secreto atroz
Que el viejo en su historia
Le patentizó,
Quedó anonadado,
Sin ira y valor,
Y á solas el triste
Con su corazon.

III

En círculo eterno
Con giro infernal,
Su pecho colmando
De angustia y afan,
Formando en su mente

Eterna espiral,
Que acaba dó empieza,
Y vuelve á empezar;
Y turba y marea
Y rueda tenaz
En mágico círculo
Que vértigos dá,
Del mozo en la mente
Comienzan á dar
Las negras ideas
Que crea en su mal,
Mil vueltas que al cabo
Confúndenle mas.
La historia es del viejo
Terrible verdad:
De sangre fermenta
Entre ambos un mar.
Lejos tantos años
Del suelo natal,
Lo supo él tan solo
De oirlo contar.
Él, rico de ciencia,
Campeon de la paz,
Que ve de la vida
En el campo erial
Tan solo una flor
Fecunda no mas,
La flor que produce
La fé conyugal,
La paz del tranquilo
Doméstico hogar:
Él que por do quiera
Buscándola vá,
Que deja por solo
Su aroma gozar
Riquezas, honores,
Privanza real,
Y cuanto en el mundo
Se puede envidiar:
Él que huye dejando
Princesa imperial,
Por no ver en ella
La felicidad:
Que ve de su dicha
La flor ideal
Fragante á sus plantas
Su tallo elevar
Y á asirla se mira
Tan próximo ya,
¡Ay! ve que es solo esta
La flor celestial
Que al campo en que arraiga
No puede arrancar.
Del viejo ofendido
Calcula ademas
La altiva y heróica
Generosidad.
Sí; el triste á una aldea
Se vino á llorar,
Su sangre vertida,
Su hurtado caudal;
Su dicha con que otros
Gozándose están.
Y cuando podia
Venganza tomar,
Pues á él á sus manos
Le trajo Satan
(Como él se lo dijo
Con harta verdad,
Contar esperando
Con un crimen mas);
Le ofrece en su lecho
La seguridad;
Le sienta á su mesa,
Le sirve leal,
Y en paz recibiéndole
Le deja ir en paz,
Y él ¿cómo le paga
Tan gran lealtad?
De amor insensato
Se deja arrastrar
Por Flor con quien nunca
Unirse podrá.
¡Oh! ¡hallar en tal caso
Gentileza tal
En tal enemigo,
Y ciego atentar
A la honra de su hija
En su alma beldad
Es ser de una infame
Vileza capaz!

IV

Y con tales pensamientos
Batallando sin cesar,
Midiendo las consecuencias
Que aquella casualidad
Para el venidero tiempo
A su porvenir traerá,
No ve que vuelan las horas
El apenado galan.
Pegado se está en un tronco
Del soto en el valladar:
Y sus ojos distraidos
Como por oculto iman
Atraidos á los muros
Del palacio sin variar
De direccion, enclavados
En el edificio están.
La lobreguez de la noche
Que en cerrada oscuridad
Envuelve toda la tierra,
Ver no le permite ya

Mas que una masa de sombra.
Porque rauda tempestad
Por el espacio avanzando
Ahogó el nocturno fanal
De la luna, que camina
De los nublados detrás.
Con ráfagas desiguales
Empieza el aire á agitar
Las ramas, que pronto el raudo
Torbellino arrancará.

Ya está encima, la veleta
De la torre casi vá
Desde el monte en que se eleva
Con las nubes á tocar.
Brilla un relámpago enorme
Y á su roja claridad
Se ilumina todo el valle
Por un instante fugaz,
Y en este mismo momento
El reló que empieza á dar
Las tres de la madrugada,
Con sus ecos de metal,
Atrayendo de las nubes
La inmensa electricidad,
Hizo la tormenta horrible
Sobre el valle reventar.
Rasgóse el preñado vientre
Del nublado: el vendabal
Lanzóse fuera amagando
Las campiñas arrasar:
Brotó la lluvia á torrentes,
Fué la tierra un cenagal,
Los arroyos en un punto
Hizo en torrentes cambiar:
Y cada valle fué un lago,
Cada cuesta un manantial,
Cuyos raudales inmensos
No osa la tierra tragar,
Porque no pueden sus poros
Con tan gigante caudal.
Y sus pesares Don Pedro
Dándose prisa á apartar,
Olvidando el mal del alma
Con la afliccion corporal
Lanzóse sobre los lomos
De su potro, y con afan
Ambos á dos acicates
Aplicándole á la par
Arrancó á escape tendido
Con tanta velocidad
Que en su ímpetu parecia
Arrastrarle el vendabal.

El dia siguiente
Purísimo el sol
Cual siempre con lumbre
Serena radió.
Tormenta de estío;
Temprano calor
Formóla, y en furia
Ligera pasó.
El cierzo deshizo
Su pronto turbion
Con soplo pujante
Llevándola en pos:
Y seca la tierra
Sus lluvias sorbió
Despues de pasado
Su inmenso aluvion.
Del sol á los rayos
Tornóse en vapor
Gran parte, que al punto
El aire llevó.
Tornaron los campos
Con nuevo vigor
A alzar las espigas
Que el viento abatió;
Tornó á embellecerse
Con nuevo verdor
La yerba y el césped
Que el agua embarró.
Tornaron los olmos
El grato rumor
A alzar de sus hojas
Que el aura enjugó:
Y oyendo en sus nidos
Su lánguido són
Las aves, que el fiero
Nublado espantó,
La luz saludaron
Con dulce clamor
Lanzándose al viento
Con vuelo veloz.
La atmósfera entonces
Mas pura quedó,
Sin mancha de nubes
Su azul estension.
El pueblo á sentirse
Con vida tornó. —
Cediendo al instinto
Su buen corazon,
A ver los sembrados
Salió el labrador:
De fieles podencos
Seguido, el zurron
Repleto, á los sotos
Volvió el cazador.
Y abriendo el aprisco
Dó se guareció
Tornó sus rebaños
Al monte el pastor.
Y así de la vida
Al ruido y accion
Por campos y pueblos
La tierra tornó.

Tan solo el palacio
Del viejo mansion
Gozar de aquel nuevo
Placer no mostró.
En todo aquel dia
Ninguna se abrió
De las anchas rejas
Del muro esterior,
Ni nadie pasando
Vió abierto el ponton,
Ni nadie á sus dueños
Asomarse vio.
Y así pasó un dia,
Y corrieron dos,
Y así la semana
Completa pasó.
Tan solo el domingo
Cuando el esquilon
Del templo á la misa
Del alba tocó
Acudió á la iglesia
Con su padre Flor,
Y luego á cerrarse
La casa tornó.

Tildóse en el pueblo
De estraña aprension
Del viejo un retiro
Tan nuevo: y echó
Por muchos caminos
La murmuracion,
Mas de ellos la causa
Ninguno esplicó.

Y así pasó en tal misterio
Del verano la estacion,
Y un templo alzado al Silencio
El palacio semejó:
De toda amistad antigua
Y de toda relacion
Con las gentes del lugar
El viejo se retiró.
Solo salian al templo
Con la aurora el viejo y Flor,
Y segun al encontrarlos
Algun curioso notó
Iba el viejo como nunca
Con torva faz, é iba Flor
Tan pálida y melancólica
Como si en su corazon
Llevara un grande pesar,
O la mano del Señor
De una enfermedad la hubiera
Cargado con la afliccion.

CAPITULO VII.

—

FLOR-DEL-ALBA.

Pasaron los ardientes
Calores del verano:
Del álamo las hojas
Amarillean ya.
Las eras están limpias
Y recogido el grano:
La fruta sazonada
Para cogerse está.

De la fecunda viña
Entre las anchas hojas
Crecidos los racimos
Empiezan á pintar:
Las uvas de los negros
Empiezan á ser rojas:
Los blancos transparencia
Comienzan á tomar.

Se acerca la vendimia:
De todos los lugares
Anuncian los peritos
Que llegan á sazon.
Los cuébanos se aprestan,
Se limpian los lagares,
Se ajustan los obreros
Que llegan en monton.

Que al suelo castellano
Para vendimia y siega
En bandas numerosas
Buscándose jornal,
De Asturias y Galicia
La muchedumbre llega,
Dejando de sus riscos
El áspero erial.

El ruido y movimiento
Su turba forastera
Con danzas y cantares
Aumenta por dó quier;
Y en tanto que los dias
De su trabajo espera
Se apresta á las de afanes
Con horas de placer.

¡Oh cuán alegre tiempo
No hay época mas grata
Al corazon sencillo
Del franco labrador:

Ni oyeron cortesanos
Tan dulce serenata
Como el lejano acento
Del buen vendimiador.

¡Qué hermoso el campo entonces!
Cuál brilla en armonía
El verde de los campos
Con el celeste azul!
Las noches son serenas
Y el resplandor del dia
Parece que se templa
Con transparente tul.

El aire atravesando
Por la feraz campiña
Cubierta de verdura,
A los sentidos trae
El fresco y deleitoso
Perfume de la viña,
Y la hoja que temprana
Del álamo se cae.

No tiene aura mas pura,
Vivífica y salubre,
De las primeras flores
La mágica estacion,
Que la que trae setiembre
Y espira con octubre
De sus airados vientos
Entre el rugiente són.

Este es el tiempo bello
Fecundo en poesía
Y pródigo en deleites,
Del genio inspirador.
Sus auras son, cargadas
De aromas y armonía,
El soplo con que al mundo
Anima el Criador.

Sí, sí: la brisa fresca,
Fugaz, murmuradora,
Que arranca en el setiembre
La postrimera flor:
La ráfaga es que anima
La llama creadora,
Que en nuestras almas puso
La mano del Señor.

Sí, siempre fué el otoño
Mi dulce primavera,
De poesía y flores
Mi pródiga estacion:
Y aspiro yo con ansia
Su ráfaga postrera,
Y en ella es donde bebo
Mi nueva inspiracion.

Sí, ven, brisa de otoño,
Y aunque tus roncas alas
El arboleda yermen
Que cobijó un eden;
Aunque en zarzales tornes
De mi vergel las galas,
¡Oh brisa de setiembre
Consoladora, ven!

Ven á templar el fuego
Del abrasado estío,
Ven á mi lira muda
Cantares á inspirar.
Ven á rasgar las nieblas
Dó al pensamiento mio,
El perezoso agosto
Sepulta á mi pesar.

Ven, ven: pues si tu soplo
Los árboles despoja
De su opulento y verde
Y ameno pabellon;
Tambien es cierto, ¡oh brisa!
Que en pos de cada hoja,
Arrancas un instante
De pena al corazon.

Yo siempre te he querido;
Constante y confiado
Hete aguardado siempre
Con invariable fé:
Mil veces por tu vuelta
Con ansia he suspirado,
¡Oh brisa de setiembre!
Jamás te olvidaré.

Ven; ya para gozarte
Se esplayan mis sentidos;
Mis labios entreabiertos
Para aspirarte están:
Atentos se preparan
A oirte mis oidos,
Y aguarda que le orées
Mi rostro con afan.

¡Oh cuánto me embelesa
Tu desigual murmullo,
Y cuánto me enamora
Tu vagabunda voz!
¡Cuán dulces pensamientos
Halagan con tu arrullo,
Mi mente cual tú vaga
Y como tú veloz!

Mis ojos te imaginan
En medio el remolino
Que de agostadas hojas
Y polvo desigual,

Elevas revoltosa
En medio del camino
En tosca y momentánea
Y rápida espiral.

Ya juzgo que te veo
Entre la blanca tropa
De fadas y de silfos
Que van en tu redor;
Las orlas arrastrando
De tu flotante ropa,
Y aún percibir sospecho¡
Tu cuerpo sin color.

Ya pienso que graciosa,
Versátil, hechicera,
Vestida de una nube
Como tu sér sutil;
Cabalgas en el viento
Emanacion ligera,
De la frescura antigua
Del bosque y del pensil.

¡Oh cuánto me embelesa
De los torcidos troncos
Mirar de una alameda
Que á desnudarse vá;
Huir una tras otra
Entre suspiros roncos
Las resonantes hojas
Descoloridas ya!

El rio que susurra
Bajo las verdes cañas;
El aura que se aduerme
Entre una y otra flor;
El sonoroso arroyo
Que corre entre espadañas,
No igualan tus rumores
Con su gentil rumor.

En ese incomparable
Monótono lamento
Con que despide el árbol
Sus hojas, que se van;
Con que llorando implora
La compasion del viento
Que al paso le deshoja
Sin comprender su afan:

Acaso no halla el vulgo
Mas que el rumor penoso
Del aire y de las hojas
Que arrastra en pos de sí:
Mas sus compases vanos,
Lenguage misterioso,
Palabras escondidas
Contienen para mí.

Sí, brisa, en tus murmullos
Y en tus errantes giros
Entre las secas ramas,
Alcanzo á comprender;
De espíritus ocultos
La voz y los suspiros
Con que á mi sér responde
Su misterioso sér.

No son las mentirosas
Efímeras visiones
Que en ti la fantasía
Poética fingió:
No son las ilusorias
Sublimes crêaciones
En que inspirada aborta
La poesía, no.

Espíritus son esos
Con pensamiento y vida,
¡Oh brisa! porque siento
Sobre tus alas ir
Los plácidos recuerdos
De la niñez perdida,
Las bellas esperanzas
Del tardo porvenir.

Tú tiendes á mis ojos
Cual vasto panorama
Cuanto mi sér espera,
Cuanto en mi sér pasó:
Delante de mis ojos
Tu aliento desparrama
Los íntimos deleites
En que me embriago yo.

Las auras olorosas
Del lujurioso mayo,
Mi espíritu adormecen,
Enervan mi valor.
Mi pensamiento embarga
Letárgico desmayo,
Y ¡ay necio del que entonces
Recuerde al trovador!

Del sol de julio el fuego
Inspira solamente
Al moro que dormita
Tendido en el haren:
Y acaso allá de América
La perezosa gente,
Tranquila en sus hamacas
Le gozara tambien.

Mas yo no cuento nunca
Por horas de mi vida
Las horas del estéril
Estío asolador:

A mi comienza el año
Con mi estacion querida :
Yo vivo cuando mueren
El árbol y la flor.

Yo cuendo solamente
Por horas de mi vida
Las en que siento ¡oh brisa!
Sobre tus alas ir
Los plácidos recuerdos
De la niñez perdida,
Las bellas esperanzas
Del tardo porvenir.

Tú solo eres, otoño,
Mi tiempo verdadero,
Mi edad, mi primavera,
Mi inspiracion, mi Eden :
Envidia tengo entonces
De Píndaro y de Homero...
¡Ven, brisa de setiembre,
Para mi gloria, ven!

¿Mas dónde me arrebata
Mi loca fantasía?
¿Adónde vá buscando
Belleza y poesía
Perdida de los vientos
Sobre la azul region,
Cuando la misma brisa
Me llevará delante
Del dulce y melancólico
Poético semblante
De Flor que la respira
Con vaga distraccion?

Del muro solitario
Abierta la ventana
De amor y de hermosura
Como ilusion ufana,
Su suave y espresivo
Contorno deja ver :
Y allí desde la altura
La distraida niña,
Aspira el aromado
Vapor de la campiña,
Que con las brisas viene
Sus rizos á mecer.

La sien sobre su diestra
Reclina, que doblada
Mantiene su cabeza
Bellísima inclinada,
Con espresion tranquila
De dulce languidez :
Y embebecida en vagos
O tristes pensamientos,
Está en uno de aquellos
Pacíficos momentos
En que reposa el cuerpo
Y el ánimo á la vez;

En una de esas horas
De indefinible calma
En que tristeza dulce
Nos adormece el alma,
Y plácidos recuerdos
Fermenta el corazon :
En una de esas horas
De insomnio y poesía,
Cuyo beleño blando
En su aura nos envia
Tan solo del otoño
La mágica estacion.

Sonrisa melancólica
Sus labios hermosea ;
Con sus flotantes rizos
El aura juguetea,
Lascivo acariciando
Su rostro juvenil.
Mas nubla la tristeza
Sus ojos de paloma,
Y á sus mejillas puras
La palidez asoma,
Sus rosas marchitando
Con tintas de marfil.

Tal vez pesar secreto
Su corazon abrume :
Tal vez alimentada
Sin tiempo la consume
Efímera esperanza,
Recuerdo engañador.
Mas niña que en sus bellos
Abriles, apetece
La soledad, y llora,
Medita y palidece,
El mal que la atormenta
No es mas que mal de amor.

La tez de Flor-del-Alba
Amor es quien marchita,
Amor es el impulso
Que á contemplar la incita
El campo ilimitado
Del hondo porvenir :
Medita y ambos ojos
Por la erial campiña,
Llorando sus enojos,
Tiende la pobre niña;
Vese acuitada y huérfana
Y ansía por morir.

CAPITULO VIII [1].

—

I

UN AÑO DESPUES.

En una estrecha y oscura
Y torcida callejuela,
De la coronada villa
Por dó Manzanares lleva
Su corriente tortüosa
Tan pudibunda y modesta,
Que mas que el agua del rio
Se ve del fondo la arena :
En una calle dijimos
Por lo estrecho, callejuela,
Y mas oscura y torcida
Que el laberinto de Creta;
Hay una casa de pobre,
Aunque muy limpia apariencia,
Que parece de artesanos
Acomodada vivienda;
Mas la gente que la habita,
Tal vez por causas secretas,
Al trato con sus vecinos
Con tanto teson se niega,
Que las comadres del barrio
Aún las mas duchas y arteras,
Que á descifrar un enigma
Al diablo se las apuestan,
Averiguar no han podido
Qué gentes serán aquellas,
Y eso que há ya mas de un año
Que á fijarse allí vinieran.
Un viejo son y una jóven
Segun los curiosos piensan
Del andar y la apostura
De los dos, cuando á la iglesia
Parroquial, por las mañanas
A misa van; mas no aciertan
A descubrir ni su clase,
Ni sus medios de existencia,
Ni sus rostros, que embozado
Él en una capa negra,
Y ella en manto muy cumplido
El talle y la cara envuelta,
Jamás vislumbrar dejaron
Mas que un ojo y media ceja :
—Y esto es lo que á las comadres
Mas enfada y desespera.—
Y ensartando á troche y moche
Mil conjeturas diversas,
Hay quien supone al anciano
Personage de gran cuenta,
Que disfrazado se encubre
La ley temiendo severa,
De algun horrendo delito
Por evitar la sentencia.
Quién dice que es un avaro
Recien venido de América
Que oculta inmensos tesoros
Bajo hipócrita pobreza;
Y no falta quien de espía
Acusándole, asevera,
Que fué un tiempo muy su amigo
Allá en la corte de Viena.
Y aquí es de escuchar el coro
De las maldicientes viejas,
Que en los dos desconocidos
Su impotente saña ceban;
Y ensalzando al Rey Felipe
Hasta la azulada esfera,
Juran con ardiente rabia
Contra la gente tudesca.
Mas las opiniones todas
En una cosa concuerdan;
Y es que al dejar al anciano
Por su jóven compañera,
Todos suponen á una
Que debe de ser muy fea,
Y pues que vá tan tapada,
Al menos bisoja ó tuerta.
Juicio comun de los hombres,
Que creen que les hace ofensa
Quien oculta propias cuitas
De indiferencias agenas,
Y vengan culpas soñadas
Con calumnias verdaderas.

II

EL ENCUENTRO.

Desempedrando la calle
En una andadora yegua
Que del Betis cristalino
Nació en la verde ribera;
Cuando el moribundo rayo
Del sol se vislumbra apenas
En los estremos remates
De las mas altas veletas;
El dios Marte en la apostura,
Si de bondad no tuviera
Clara espresion amorosa
Su pálida faz, morena

(1) Aquí entra lo que ha escrito en este cuento el señor García de Quevedo.

A trote largo vá un mozo
De veinte y ocho años á treinta:
Y al desusado ruido
Que al chocar sobre las piedras,
Producen las herraduras
De la trotadora yegua,
Acuden á sus balcones
En ruidosa competencia,
Hombres, mugeres y ancianos,
Y chiquillos y mozuelas.
Mas no mira el pasagero
Que causa gran estrañeza
En el apartado barrio
Su noble y marcial presencia;
Y en pensamientos profundos
Sumida el alma, las riendas
Sobre las trenzadas crines
Al aire flotando sueltas,
Va cruzando, cual si el sino
Dirigiese su carrera,
Estatua ecuestre animada,
Por la circunstante escena.
Mas al pasar por delante
De la misteriosa puerta
De aquella casa que escita
Curiosidad tan intensa,
A una esclamacion gozosa
Que pronunció una voz tierna,
Lleno de asombro el viandante
Alzó la noble cabeza;
Y mientras con diestra mano
El brioso animal refrena,
Las espesas celosías
Por atravesar se esfuerza,
Con miradas que un abismo
De indómido amor revelan.
Entreabrióse la ventana,
Y mas hermosa que estrella
Que al triste náufrago anuncia
El fin de horrible tormenta;
Mas plácida que la luna
Cuya blanda luz riela
Sobre las olas de un lago
En noche clara y serena;
Mas bella que la esperanza
Y como la dicha bella,
Asomóse un breve instante
Una muger; la sorpresa
Embargó la voz del mozo
Un punto, mas luego: « ¡Es ella! »
Esclamó: — la celosía
Cayó; mas una ligera
Señal de la hermosa jóven,
En su sencillez compleja
Dijo al mancebo: « No tardes
En volver, que aquí te esperan. »
Y en el lenguage espresivo
De su mirada resuelta
Contestóla él: « No haré falta. »
Y clavando ambas espuelas
En los lucientes hijares
De la trotadora yegua,
Vá por la calle torcida
Corriendo á toda carrera.

III

LA CITA.

Cubre la tierra y los aires
De temerosa pavura,
La tétrica soberana
De las tinieblas profundas.

Entre apiñados celajes
Que con su sombra la enlutan
Y sin una sola estrella
Que clara á su lado luzca;

Fanal pálido y sin brillo,
Cual la llama moribunda
De distantísimo faro,
Sigue su curso la luna.

Duerme tranquilo el magnate
Sobre su lecho de plumas;
Y en su mal jergon el pobre
Acaso en sueños se burla

Del cansancio y la fatiga,
Del frio y del hambre ruda,
Y al despertar ¡infelice!
Le aguardan nuevas angustias.

Todo duerme ó todo calla,
Y ni una mosca nocturna
Viene á turbar con su vuelo
Aquella calma profunda:

Cuando á deshora, embozado,
Por la callejuela oscura,
Sube un hombre, con pisadas
Que á duras penas se escuchan.

Mas de aquella misteriosa
Casa, al llegar á la altura,
Paróse la sombra viva
En actitud de quien busca:

Y luego, cual si en las hondas
Tinieblas que lo circundan
Mirar pudiesen sus ojos,
Y librarle de sus dudas;

Desembozóse, apoyando
Contra la pared vetusta
Los hombros, mientras las manos
Con suma destreza pulsan

Una española vihuela;
Y con voz de gran dulzura,
Tal de la noche callada
El hondo silencio turba:

« Flor-del-Alba, encantadora,
Que escedes en hermosura
La del dia;
Oye, del alma señora,
El canto de mi amargura
Y agonía.

Despierta, señora mia,
Oye el acento angustiado
De mi queja;
O muerto me hallará el dia,
Contra los hierros clavado
De tu reja;

Despierta, mi bien... » Y el canto
Del enamorado espira;
Que en lo oscuro,
Con crudo, zeloso espanto,
Moverse otra sombra mira
Junto al muro.

Y arrojando el instrumento,
Y requiriendo la espada
Decidido;
Vá mas ligero que el viento
Contra la sombra callada,
Sin ruido.

«¿Quién vá? — ¿quién es él? — ¿qué
Pregunta la voz sonora [busca?
Del amante;
— Pregunta es esa muy chusca,
Señor Don Pedro; en mal hora
Vuestra errante

Estrella os trajo á mi nido;
Que yo dia y noche velo
Mi tesoro.
¡Y cuidad que no descuido,
Sino guardo con desvelo
Su decoro!

— Su padre sereis, sin duda,
Y á tal nombre, mi coraje
Me abandona:
Por eso mi lengua muda
No responde á vuestro ultraje...
— Quien blasona

Como vos, de bien nacido,
De valiente y generoso,
No así artero
Del enemigo dormido...
—¡Sellad el labio injurioso,
Caballero!

Si entre las sombras oísteis
Cantar sentidas endechas
A mi amor;
Nunca acusarme debísteis,
Ni herirme así con sospechas
De traidor.

Solo vos teneis la culpa
Deste arrojo temerario
Que os aíra:
Sirva á mi alma de disculpa
Este volcan incendiario
En que espira.

Fiel amaré hasta la muerte
A Flor-del-Alba, os lo juro
Por mi nombre;
¡Que nada puede la suerte
Contra el amor firme y puro
De tal hombre!

—¿Os jactais de caballero,
Y así labrais el desdoro
De una dama,
Sin averiguar primero,
Cual cumple á vuestro decoro,
Si ella os ama?

¡Oh Don Pedro! sois muy mozo,
Mas yo á vuestra edad tenia
Mas prudencia:
Y os declaro sin rebozo....
—¡Perdonad al alma mia
Su impaciencia!

¡Oidme solo un instante,
Y os dolereis, es seguro,
De mi amor!
— Bien: ¿y de aquí en adelante
Me obedecereis?—¡Lo juro
Por mi honor!

— Venid pues, » dijo el anciano,
Y de una linterna oculta
Haciendo lucir los rayos
Que las tinieblas alumbran:

Abrió la ferrada puerta
De la mezquina casucha,

Y al portal angosto entraron
Dejando las hojas juntas,

Detrás Tellez y él delante,
Como dos sombras confusas,
Quedando la callejuela
Muda como antes y á oscuras.

CAPITULO IX.

—

I

ESPERANZAS.

Como el cansado náufrago
Que en tempestad bravía,
Lucha en las olas túrbidas
Cercano á la agonía;
Y la impotente mano
Esfuerza el triste en vano,
Mas que rendido, trémulo
De susto y de pavor;
Mas si de pronto fúlgida,
De próxima ribera
Brilla una luz, el ánimo
Recobra que perdiera,
Y el brazo ya rendido
Al mar tiende atrevido,
Nadando en curso rápido
Al faro salvador:

Tal en el hondo piélago
Del mar de nuestra vida,
Cuando del mal la indómita
Tormenta embravecida,
Ruge con furia insana
Contra la raza humana,
Fluctúa el hombre, férvido
Ansiando por morir.
Mas si á deshora límpida
Cual la naciente aurora,
Surge de pronto al mísero,
Del bien anunciadora,
Iris de eterna alianza,
La plácida esperanza;
¡Con nuevo brio esfuérzase
El triste por vivir!

Sin tí, dulce esperanza, compañera
Del hombre, en este mundo engañador,
¡Cuán poca la virtud, cuán poco fuera
El genio, á sostener nuestro valor!

Tú eres el don mas alto que del cielo
La mano del Criador hizo al mortal;
Todo parece en nuestro triste suelo,
Todo, menos tu influjo celestial.

Hija de Dios, de su bondad esencia
Eres blanda como él, como él divina;
Del sumo manantial de su clemencia
Brotaste pura fuente, cristalina.

Bálsamo del dolor inconsolable,
Brisa refrigerante en la agonía,
Eres al poderoso y miserable
Lo que á los campos es la luz del dia.

La luz que alumbra, el fuego fecundante
En el cual la creacion enardecida,
Se ostenta fuerte, hermosa y rozagante
Llena de gracia y juventud y vida.

Contigo, alma esperanza, el mar del mundo
Animosos surcamos los mortales;
Que crudo no hay dolor, ni mal profundo
Dó viven tus consuelos celestiales.

Y en el abismo del dolor eterno
Mansion del torvo arcángel maldecido,
Si penetraras tú, no hubiera infierno;
¡Que solo es infeliz quien te ha perdido!

II

ESPLICACIONES.

De la pequeña linterna
A la luz incierta y pálida,
Van entrambos caballeros,
Tellez detrás, delante Alba.
Y atravesando el oscuro
Corredor y la empinada
Escalera suben ambos
Sin hablar una palabra;
Que cuando los pensamientos
Se enseñorean del alma,
Como mas se siente entonces
Menos entonces se habla.
Al fin el viejo una puerta
Abrió, y en estrecha sala,
De muebles y colgaduras
Bastante pobres ornada,
Entraron; y en una silla
Dejando el viejo la capa,

Y ofreciendo á Tellez otra,
Con dura y triste mirada :
« Ahora bien, Don Pedro, dijo,
Ya escucho vuestras palabras. »
El jóven, con gran mesura,
Aunque en voz robusta y clara,
Empezó de esta manera :
« Cuando estuve en vuestra casa
De Villaldemiro, os dije,
Segun creo, por qué causa
Iba huyendo decidido,
De amigos, familia y patria;
Seis meses hará que aquella
Dama de régia prosapia,
Que mi padre, mas amante
Que cuerdo, me destinaba,
Casó con un archiduque
De la corte de Alemania,
Y el mismo tiempo ha que os busco
Por los ámbitos de España.
Anteayer volví á la corte
Llena de dolor el alma,
Y al borde, por Dios os juro,
De una accion desesperada;
Cuando esta tarde, por dicha,
Descubrí en una ventana
De esta casa al bien que adoro,
A mi amor, ¡á Flor-del-Alba!
No querais, pues, ser mas duro
Que la suerte : ¡á nuestras ansias
Os rendid!
— ¿Quién?... ¿Yo, Don Pedro,
Cometer la accion bastarda,
De unir á sangre enemiga
La sangre de mis entrañas?
Mal me conocísteis, jóven;
¡Nunca perdonan los Albas!
Y antes prefiero ver muerta
A mi Flor idolatrada,
Que consentir ¡ duro oprobio !
En que se unan nuestras razas. »
— ¡Pero, señor!
— ¡Nada escucho!
— Pensad...
— Pienso que fué harta
Mi bondad. ¿Quereis que olvide
Tanta sangre derramada?...
— Se derramó en buena guerra.
— La fortuna hereditaria
De mi Flor, que vuestros deudos...
— Os la devuelven intacta.
— ¿Cómo?
— Mirad estas letras;
Para vos fueron selladas,
Y detrás de vos corrieron
Conmigo, por toda España.
En ellas, el Rey Felipe
Quinto, os devuelve su gracia,
Vuestros títulos y honores,
Vuestras haciendas y casas :
Mi padre y yo esto pedimos
Para vos, al buen monarca;
Ved si consentís ahora
En mi union con...
— ¡Flor-del-Alba!
Gritó gozoso el anciano,
¡Flor, Flor!.... ¡Ven aquí, muchacha,
Despierta y vístete presto,
Que gran sorpresa te aguarda!
¡Sois todo un hombre, Don Pedro!
¡Flor-del-Alba! ¡Flor-del-Alba! »

III

FELICIDAD.

Bello es el astro, rey del claro dia,
Bellísima su luz fecundizante;
Bella es la reina de la noche umbría
Con su pálida luz, su brillo amante;
¡Pero mas bella aún, mas seductora,
Es la muger que el corazon adora!

Bello es el césped del ameno prado,
Bellas son del pensil las gayas flores,
Y el campo de la nieve, nacarado,
Y del iris los fúlgidos colores;
¡Mas mil veces mas bella, mas querida,
Es la muger amor de nuestra vida!

Dulce es oir sonando en la espesura
Del céfiro la voz, como un gemido,
Y el arrullo en que pinta su ternura
La cariñosa tórtola en su nido,
Y el murmurio apacible de las fuentes,
Y el lejano mugir de los torrentes :

Y el rumor de las olas que golpean
La embarcacion que en calma vá indecisa
Cuando las lonas cándidas flamean
Al blando soplo de espirante brisa;
Mientras allá en la popa el marinero
Alza al cielo su canto lastimero :

Y el canto de los tiernos ruiseñores,
Y el confuso balar de los ganados,
Y la voz de espertísimos cantores
Al compás de instrumentos acordados,
Y las primeras voces de cariño
Que trémulo pronuncia el tierno niño :

Y el cantar que compone mil cantares
Confuso, inesplicable en su armonía,

Que la tierra y los vientos y los mares,
Alzan al Criador al fin del dia...
Pero mas dulce aún, mas acordada,
Nos es la voz de la muger amada.

Grato al altivo corazon del hombre
Es ganar por sí mismo fama y gloria;
Muy grato es escribir su propio nombre
En el eterno libro de la historia;
Grato es nacer en elevada cuna,
Gratos son el poder y la fortuna :

Gratísimo es salvar á un fiel amigo
Que á nosotros clamó en su mal andanza,
Y aún mas grato humillar á un enemigo;
Que inmenso es el placer de la venganza —
¡Pero es mas grata aún y apetecida
La posesion de la muger querida!

¡Amor, amor del alma inmaculado,
Raudal copioso, en la virtud fecundo,
Don del Omnipotente, el mas preciado,
Sumo poder, generador del mundo!
¡Cuán feliz quien de tí no desespera
A la mitad de la vital carrera!

Tú solo siembras de olorosas flores
El áspero sendero de la vida :
Al que sostienes tú, ¿qué los rigores
Son de varia fortuna, maldecida,
Si basta á guarecerle el seno amante
De la muger, en su favor constante?

IV

A las voces del anciano
Acudió Flor, presurosa,
Y al ver á Tellez, el alma
Del placer llena y zozobra,
Quedóse estática, muda,
Entre risueña y llorosa.
Turbado tambien Don Pedro
Al ver la muger que adora,
Presentarse ante su vista
Mucho mas que antes hermosa,
Allá entre dientes balbucia
De política una fórmula;
Hasta que el viejo, impulsando
Suavemente á su hija absorta,
Dijo al dichoso mancebo :
«¡Y bien! ¡abraza á tu esposa!»
Y las dos almas amantes,
Que el placer casi acongoja,
Creyendo un sueño su dicha,
A un tiempo rien y lloran :
Sus alientos se confunden,
Sus labios casi se tocan,
Mientras que el prudente viejo
Conociendo que incomoda,
Vuelto á las pobres paredes,
En sordo y ciego se torna.
«¡Ay Tellez!...
—¿Por qué suspiras?
— Aquella mansion dichosa
En que por la vez primera
Te ví...
—¿Qué?
—No es nuestra ahora.
—¿Porqué?...
—Vendióla mi padre.
—Mas la compró otra persona.
¿Quieres volver?
—Si es agena...
—¿Y si esa razon no importa?
—¿Cómo así?
—¡Porque es de un dueño
Que con el alma te adora!
—¿Qué? ¿el castillo...?
—Y sus terrenos
Son tu regalo de boda.
—¿Iremos allá?
—Muy presto.
—¿Cuándo?
—¡A la próxima aurora!

CONCLUSION.

Serena, embalsamada, fresca y pura,
Es del florido abril una mañana;
El padre Sol de la celeste altura
Con majestad esplende soberana :
Y el aura que se queja en la espesura,
Y de avecillas mil turba galana
Que pía blandamente entre las flores,
Celebran la estacion de los amores.

¡Salve, tres veces salve, primavera,
Estacion del amor, yo te saludo!
¡Cuánto ¡ ay! por tí esperando desespera
El mendigo infelice que desnudo
Juzga eterna del tiempo la carrera,
En los rigores del invierno crudo;
Y á tu dulce calor vuelve á la vida,
Y el duro padecer acaso olvida!

Tú vistes con tu manto de verdura
El monte y la llanura, el bosque y prado,

Devuelves al arroyo su tersura,
Al céfiro su aliento embalsamado;
Tú en nuestro corazon de la ternura
Vivificas el fuego ya apagado;
¡Que al presentarse mi estacion querida
Vuelve el mundo al amor, vuelve á la vida!

Yo te saludo, sí; mi humilde acento
Se pierde en la vastísima armonía,
Que alzan la tierra, el mar y el vago viento
Cuando destierra el sol la noche umbría :
¡Cuán grato es escuchar aquel concento
Que al espirar del moribundo dia,
Alza á su Dios la crëacion entera,
Grata por tí, mi gaya primavera!

Todo tiene una voz : el bruto, el ave,
Las ramas y las flores y el capullo;
Mugen del mar las olas en voz grave,
La fuente en placidísimo murmullo :
Allá en las lonas de la inquieta nave
Espira de la brisa el blando arrullo,
Y al cielo azul en múltiple sonido
Del canto universal sube el rüido.

Era de abril florido una mañana
Serena, embalsamada, fresca y pura,
Y entre fajas de azul y de oro y grana
Brillaba el padre Sol en el altura :
La clara fuente que entre guijas mana
De una verde enramada en la espesura,
De guija en guija alegre va saltando,
Grato frescor á la campiña dando.

Y luego serpëando se estravía
Por tortüosa y áspera vereda,
Volviendo á aparecer só la sombría,
Copuda y amenísima alameda
Que hácia un palacio fastüoso guia
Semi-oculto en la fértil arboleda,
Y cuya planta el bosque así domina
Como el roble á la frágil clavellina.

Y encerrado en un marco de esmeralda
No lejos del espléndido castillo,
De un empinado cerro, en la ancha falda,
Se mira un pintoresco pueblecillo :
Y en la cima del cerro, y á la espalda
Del pueblo, contrastando en lo sencillo
Con el solar altivo castellano,
Pobre se mira alzar, templo cristiano.

Modesto, pero limpio : — en la blancura
De sus tapias, imágen muy sencilla
De aquella religion sublime y pura
Que predicó el cordero sin mancilla :
En cambiantes vivísimos fulgura
El sol vivificante de Castilla,
Proyectando en los árboles añosos
Que le cercan, mil discos luminosos.

El cerro y llanura, cuanto abarca
La vista en derredor, surge lozano
En la antes aridísima comarca
De aquel rincon del suelo castellano :
Llano y monte y castillo la honda marca
Llevan de alguna poderosa mano
Que mostrárseles quiso protectora,
De su antiguo esplendor restauradora.

En torno del castillo, en mil cañadas
Murmuran las corrientes cristalinas,
Que corrian en túrbidas quebradas
Há poco : — rubicundas clavellinas,
Pálidas azucenas nacaradas,
Renúnculos y rosas purpurinas,
Cercan en derredor las mansas fuentes
Mirándose en sus linfas transparentes.

Por bajo los espesos emparrados,
Y á la sombra de amenos bosquecillos
De mirtos olorosos y granados,
Gorgean mil pintados pajarillos :
Triscan sobre la yerba de los prados
Balando los inquietos cabritillos,
Mientras tendido en la esmaltada alfombra
Los vigila el pastor allá en la sombra.....

Y allá del cuadro en el fondo
El castillo se dibuja,
Cerrando la perspectiva
Con su imponente estructura.

De su puerta, cuyas hojas
Hasta entonce estaban juntas,
Enlazadas de las manos
Salen hasta dos figuras.

Un galan son y una dama,
Esta de rara hermosura;
De aquel la morena faz
Benigna á un tiempo y adusta.

Revela un pecho animoso
Y un alma todo ternura;
Y en su talle compitiendo
Van fuerza y gracia confusas.

¡Cuán hermosa es Flor-del-Alba!
¡Cuán estrema es la apostura
Del enamorado esposo!
¡Cuánta de ambos la ventura!

Andando van y ni miran
Las flores, ni el canto escuchan
De las trinadoras aves,
Que suena entre la espesura.

Uno al otro se contemplan
Con atencion tan profunda,
Que al mirarlos se diria
Que son dos almas en una.

Apoya Flor en el cuello
De Tellez la diminuta
Mano, mientras él rodea
Con el brazo su cintura.

Humedecidos los ojos,
No con lágrimas de angustia,
Sino con el dulce llanto
Del amor y la ternura.

Y sus labios se sonrien
Y por besarse se buscan,
Y ella se embriaga en su amor,
Y él se embriaga en su hermosura.

Mientras que allá entre la sombra,
La faz del anciano, oculta,
Al contemplar tanta dicha
De gozo se desarruga.

Y en tanto el sol prosiguiendo
Vá en su carrera fecunda,
Al través de una mañana
De abril, aromosa y pura.

LA CAVERNA DEL DIABLO

LEYENDA FANTASTICA DEL SIGLO XVII



LA CAVERNA DEL DIABLO

LEYENDA FANTÁSTICA DEL SIGLO XVII.

AL SEÑOR DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

TRIBUTO DE CARIÑO DEL AUTOR.

I

EL VIAJERO.

Cubre el cielo, el mar y el mundo
De oscuridad temerosa,
La tétrica soberana
De las tinieblas señora.

—

De vez en cuando las nubes
Rasga con luz breve y torva
El relámpago, y el trueno
Allá á lo lejos rimbomba.

—

Y á intérvalos desiguales
Escasas y gruesas gotas
De lluvia, que desparecen
Apenas la tierra tocan,

—

Anuncian á la comarca
Que las Ardénas coronan,
Que va á estallar muy en breve
Una borrasca espantosa.

—

Entre tanto allá un viajero
Por las alturas galopa,
Destacándose en lo oscuro
Como una gigante sombra.

—

Jóven y hermoso el semblante,
Noble apostura y graciosa,
Y monta un regio caballo
De pura raza española.

—

Solo vá; mas le persiguen
Sin duda, porque se azora
Al ruido menor que siente
Detrás de sí, entre las rocas.

—

Y hácia atrás vuelve la vista,
Y viendo que ruge sola
La borrasca en torno suyo,
Serena su faz se torna.

—

Y al noble bruto espoléa,
Y aunque no teme á la ronca
Tempestad, llueve, y hay frio,
Y el hambre dura le acosa.

—

Y á la luz que un punto brilla
De algun rayo precursora,
Ve el viajero en lo lejano
Alzarse al cielo orgullosas,

Cuatro torres de un castillo,
A cuya vista se doblan
El temor y la fatiga,
Y el hambre devoradora.

—

Así el audaz marinero
Que desde playas remotas
Regresa al hogar querido
Dó le aguarda el bien que adora;

—

Al ver la blanquizca bruma
Que anuncia las patrias costas,
Años los instantes juzga,
Y eternidades las horas;

—

Y por mas que el viento gima
Sobre la tirante lona,
Y por mas que el buque vuele
Cortando las crespas olas;

—

Para él no corren los mares
Ni los crudos vientos soplan,
Y sufre mas en un dia
Que sufrió en la ausencia toda.

—

Sigue entretanto el viajero
Galopando entre las sombras
Y de la rauda corrida
Al fin anhelado toca.

—

Que ya del feudal castillo
Sobre el foso el puente arrojan
Y entran ginete y caballo
A la mansion protectora.

II

EL CASTELLANO.

En un salon espacioso
De gótica arquitectura
Y á la luz de una bugía
Que apenas su centro alumbra,

—

Ve el viajero en un antiguo
Sillon, que pobreza anuncia,
Arrellanado á un anciano
De pálida faz y adusta.

—

Refléjanse en su semblante
Que afean hondas arrugas
Una ambicion desmedida
Y una grandísima astucia.

—

Apenas baja la frente
Cuando el jóven le saluda;
Con la mano le señala
Una banqueta vetusta;

—

Y empuñando unas tenazas
Descomunales y sucias,
Del hogar en las cenizas
Con maña y destreza sumas,

—

Vá pescando una tras otra
Las ascuas pocas y mustias
Que un instante resplandecen
De gozo al mirarse juntas.

—

Y haciendo otra seña al jóven,
Porque aquella escena es muda,
Así decirle parece:
« Acérquese usted, si gusta. »

—

No aguarda aquel que su huésped
Le invite por vez segunda,
Y acercándose al hogar
Su empapado trage enjuga;

—

Mientras que el viejo le mira
Con atencion tan menuda,
Que apesar de su descaro
El fuerte jóven se turba.

—

En esto un criado á su dueño
Que aguarda la cena anuncia:
Este al punto se levanta
Luciendo su alta estatura,

—

Y con ademan altivo
Estas palabras pronuncia:
« Venid, señor, que la noche
Es fria y el hambre punza. »

—

Y cojiendo la bugía
Que las tinieblas alumbra,
Sale con tan presto paso
Que el jóven le sigue á oscuras.

III

FLORINDA.

En un ángulo lejano
De la mansion altanera,
Y en un lindo saloncillo
Está dispuesta la cena.

—

No luce como en el otro
Pobre y mezquina candela;
Bugías mil de colores
Arden allí y reverberan.

—

Y de flores naturales
Y arrayan y madreselva,
Ramilletes y guirnaldas
Y caprichosas cenefas;

—

En transparentes jarrones
Y en torno á la rica mesa,
A un tiempo vista y olfato
Embalsaman y recréan.

—

Entra el viajero y mirando
Transformacion tan completa,
Cree que es un sueño, y los ojos
Incrédulo se restriega.

—

Señálale el castellano
El sillon de cabecera,
Y por no contradecirle
En él callando se sienta.

—

«Florinda! grita el anciano,
Ven, que ya la cena espera!»
Y de adentro una voz dulce:
«Voy al instante,» contesta.

—

Abrese entonces del jóven
Frente por frente una puerta,
Y cual entre opacas nubes
Brilla la luna serena;

—

Cual la rosa entre zarzales;
O cual gallarda palmera
Que con su sombra convida
En las líbicas arenas;

O cual fuente pura y clara
En cuyas aguas encuentra
A un tiempo vida y frescura
La caravana sedienta;

—

O como aquellas palabras
Que aún en el alma resuenan,
De la muger que adoramos
Allá en nuestra adolescencia;

—

O en fin como al moribundo
Es su esperanza postrera:
Así á la vista del jóven
Aparece, y aún mas bella,

—

Una muger, un prodigio,
Un asombro de belleza,
Ante la cual se humillara
La hermosura mas perfecta.

—

Blanca como el alabastro,
Como las palmas esbelta,
Como el plátano flexible,
Y altiva como una reina.

—

En rizos mil ondulantes
Cae la blonda cabellera,
Cubriendo el pecho y la espalda
De alabastrina firmeza.

—

Puso amor su dura aljaba
Entre los dos negras cejas,
Y en los dos azules ojos
Sus mas mortales saetas.

—

Entretanto el peregrino
Fascinado la contempla,
Y mientras mas lo trastorna
Mas en su vista se ceba;

—

Y olvida el hambre y el frio,
Y su fatiga y flaqueza,
Y sus venturas pasadas,
Y las cuitas que le cercan.

—

Y las mudanzas del mundo,
Y sus pompas y miserias,
Y en fin se olvida á sí propio
Y solo en Florinda piensa.

En tanto el astuto anciano
Con suma atencion lo observa,
Y una irónica sonrisa
Sus secos labios despega.

—

Mientras la jóven con gracia
Y encantadora modestia,
Hace al viajero un saludo
Y empieza á servir la cena.

IV

LA PETICION.

Toca á su fin el banquete,
Y ni una sola palabra
Ha interrumpido el silencio
Que las tres personas guardan.

—

Que el castellano y la niña
Por larga costumbre callan,
Y el viajero piensa solo
En mirar á su adorada.

—

« Ya es tarde y dormir es justo, »
Dice el viejo, y se levanta;
Florinda al punto le imita
Y lanzando una mirada

—

Al viajero, que conturba
Las fibras todas de su alma:
« Descansad, señor, le dice
« En paz y por si mañana

—

« Os vais sin verme, el contento
« Con vos y la dicha vayan. »
Y haciéndole otro saludo
Se entra de nuevo en su estancia.

—

Vuelve en sí el jóven y en torno
Dirigiendo las miradas,
Ve que el viejo le examina
Con espresion muy estraña.

—

« Sentaos por un momento
« Y oidme cuatro palabras, »
Le dice; el viejo se inclina
Y el viajero así le habla:

—

« Soy de Venecia; mi sangre
« Es de la mas noble y clara
« Que en sus anales registra
« Mi fuerte y altiva patria.

—

« Me llamo el Conde Rinaldi,
« Y me trajo á estas comarcas
« Una juvenil locura
« Que cometí por desgracia.

—

« Ora si os place decidme
« Quien sois, pues tengo en el alma
« Un plan que acaso convenga
« A nuestras dos nobles casas. »

—

Calla el Conde y la respuesta
Del huésped ansioso aguarda,
El cual despues de un momento
Dijo con voz reposada:

—

« Yo tambien soy noble y Conde
« Y antigua es tambien mi raza;
« Tibaldo de las Ardenas
« En estos montes me llaman:

—

« Fuí tesorero y amigo
« De Luis XIII el gran monarca;
« Mas la envidia y la calumnia
« Me privaron de su gracia.

—

« Ora aquí en mis tierras vivo
« Pobre vida, solitaria,
« Con Florinda y con mis penas,
« Con mis odios y esperanzas.

—

« Esta en compendio es mi historia.
« Cumplí con vuestra demanda:
« Ahora á vos toca decirme
« Ese plan que meditábais. »

—

— « Conde Tibaldo, una hija
« Teneis, que mucho me agrada.
« ¿Quereis casarla conmigo?
— « ¿Casarla, Conde, casarla?

—

« ¡Cuan presto ardió en vuestro pecho
« De amor la traidora llama!
« ¡Pardiez!.... mas es cosa seria,
« Y es preciso meditarla.

—

— « Ira de Dios!.... respondedme
« ¡Sí ó no, como Dios manda!
— « Soy pobre, Conde, muy pobre:
« Si os conviene la muchacha,

« Sin dote, Dios os bendiga,
« Y el cielo vaya en su guarda!
— « ¿Sin dote?.... acepto!
— « Un instante :
« Ya conoceis mis desgracias.....

—

« Mi único bien es Florinda,
« Y si el hado me separa
« De este bien postrero y solo
« Que á mi vejez le quedaba;

—

« Darme podeis, pues sois rico.....
— « ¿Qué pretendeis?....
— « Casi nada....
« Veinte mil escudos de oro.
— « ¿Qué decís?... no tengo en Francia

—

« Tanto dinero....
— « Pues, Conde,
« Dejad la niña, dejadla!
— « Algo menos.....
— « No, por Cristo;
« Que de rey es mi palabra!

—

« Pues bien, apenas del dia
« Brille la pura alborada
« Iré en busca del tesoro
« Que me pedís....
— ¡ Vaya en gracia!
— « ¡ A Dios! mi señor, y suegro!
— « ¡ A Dios, Conde, hasta mañana! »

V

LA CAVERNA DEL DIABLO.

. . . .
. . . .
Y deja el Conde aquel fatal castillo
Apenas luce la rosada aurora,
Y al brioso corcel en los hijares
Clava entrambas espuelas sanguinosas;
Del generoso bruto só la planta
Que velos como el rayo el aire corta,
Desparecen las cumbres y los llanos,
Los rios y las fuentes y las rocas,
Y entanto el Conde ante sus ojos mira
La dulce imágen de Florinda hermosa :
— Así miraba..... así me sonreia,
Pensaba el triste en su pasion ya loca.....
Alta como la palma en el desierto
Es mi Florinda; al lirio y la amapola
Aventaja su talle en lo flexible:
Si al viento da su cabellera blonda
Cubriránla sus rizos ondulantes,
Como el esbelto plátano en las hoyas
De la aromosa America, se oculta
Bajo sus verdes y brillantes hojas.
Si llega á hablar, cual música celeste,
Resuenan los acentos de su boca,
Mas dulces que la miel que en el Himeto
Solícitas abejas elaboran.....
¡Oh Florinda!.... ¡ Ay de mí desventurado!
¿Y he de perder su posesion dichosa
Por mi anterior locura?..... Tal castigo
Es superior á mis maldades todas!
— De todo lo que fuí, de cuanto tuve
Mi nombre, y el corcel que aguljo ahora,
Me quedan solo ¡ ay triste! y en el alma
De los pasados bienes la memoria!
¡ Un nombre y un caballo!....
— « Todavía
Te quedará algo mas, » una voz ronca
Que conturbando el viento resonaba,
Al Conde respondió...
— Si hay quien responda
En estas soledades á mi cuita,
¿Por qué de mí se oculta?
—Aunque blasonas,
Oh buen Conde Rinaldi, de esforzado,
Temo que ha de espantarte hasta mi sombra.
— Quien quiera que tú fueres, no atrevido
Ultrajes esta sangre generosa
Que anima el corazon... ¡ Sal á mi vista
Aunque seas Satan!
— Aquí en persona
Tienes al que nombraste!— un hondo trueno
El aire conturbó — la azul atmósfera
Cubrióse de tinieblas, y el viajero
De entre un denso vapor, gigante forma
Medio hombre, medio sátiro, surgiendo
Vió delante de sí — con la espantosa
Sobrehumana vision, el noble bruto
Espantado detiénese, y resopla,
Y se encabrita, y al audaz ginete
Amenaza estrellar contra las rocas.
Pero el espectro llega, y de su mano
Al contacto infernal, cae y se desploma
El valiente corcel bajo su dueño,
El cual siente su sangre gota á gota
En durísimo hielo convertida
Refluir al corazon; pero la heróica
Condicion triunfa empero; se levanta,
Y así dice á Satan con voz sañosa:
— « ¿A qué vienes, espíritu invencible?
— ¡ A ayudarte!
— ¡Mentiste! que hast ahora
Lo contrario miré... Mi último amigo
Has muerto!...
— Si te doy lo que ambicionas,
¿Qué me darás en cambio?

— No poséo
Sino mi nombre ya.......
— ¿Por dicha ignoras
Que te queda aún el alma?
— ¡Y bien! ¿qué quieres
Decir?
— Que si del alma, aquí me otorgas
Entera posesion, de tu Florinda
Serás mañana dueño!
— Es ardua cosa
Lo que ofreces, Satan.....
— Si el trato aceptas
Verás cuan fácil es, verás cuan pronta!
— ¡Acepto! grita el Conde, enardecido
Por la ciega pasion que lo devora;
Y súbito Satan la tierra hiriendo
Con el pié bipartido, inmensa boca
Al hombre y al espíritu los traga,
Llegando presto á las cavernas hondas
Que fundamento son del universo.
Allí Rinaldi atónito, una tropa
De infernales espíritus, contempla,
Atenta al parecer á humanas obras.
Aquella es una fragua. — En torno al fuego
Crisoles gigantescos que rebosan
De pálido metal, enrojecidos,
Como vívidas ascuas se coloran;
Y balanzas, martillos y troqueles
Y punzones y yunques, ponderosas
Barras de oro finísimo y de plata,
Cansan la vista allí y el paso estorban.
Y al ver llegar al Conde, los precitos
Artífices, en torno de él se agolpan,
Y con humilde gesto le saludan
Y su señor le aclaman. — La oficiosa
Turba á la voz del Conde, á la fatiga
Con mas priesa y afan entonces torna.
En la hoguera el carbon chisporrotéa;
Los crisoles retiemblan; las preciosas
Barras se funden; los pesados mazos
En alto se levantan: — De la tropa
Todos á cual mas diestro en las tareas
Varias compiten: mientras estos forjan,
Liman aquellos; mas allá acuñando
Otros se ven; compulsan y retocan
Otros las piezas, y otros finalmente
Colocándolas van en grandes bolsas.
Y en brevísimo espacio, aquella suma
De veinte mil escudos, que la sorda
Avaricia del viejo le exigiera,
Vá Rinaldi á tener — con faz gozosa
Contempla cual se hacinan; ya no falta
Sino el postrer escudo, y en su loca
Delirante alegría se apodera
El Conde de él, y á Satanas lo arroja.
— ¡Para tí, Lucifer! grita el malvado,
Y el tesoro consigo, al mundo torna.

VI

EL ASESINATO.

Cabalga el Conde en lo oscuro
Sobre un veloce caballo,
Que al salir de aquel abismo,
Le dió su patrono el diablo.
Consigo lleva el tesoro
A tanta costa comprado,
Aunque él no piensa en el precio,
Solo en Florinda pensando.
Ya vá á sonar media noche,
Cuando de la luna al rayo
Que de entre las negras nubes
Se desprende, vé á lo largo
Parecer los altos muros
Que encierran su bien amado.
Entonce al bruto espolea,
Y atrás el viento dejando,
Salvá el foso, y de un postigo,
Abierto, al través, al patio
Principal llega; del bruto
Ligero saltó, y salvando
Diez á diez los escalones,
Llega á vista del anciano:
— ¡Heme aquí con el tesoro!
— Presto habeis enriquecido...
— ¿Y bien?
— ¡Seais bien venido!
— ¡Veamos!
— La ley del oro!
— Ved todo lo que gusteis;
Mas ya que os traigo el dinero,
¡A Florinda hermosa espero
Que luego al punto me deis!
— Cachaza; que es necesario
Pesar y contar primero
Los escudos...
— Usurero
Pareceis...
— ¡Vos temerario!
— Pesad y contad; mas presto;
Que no hay tiempo que perder...
— Para ser una muger
Lo que comprais, os protesto
Que gastais tamaña priesa.
— Luego tengo que marchar...
— ¿Tan presto me ha de dejar
Mi hija adorada?
— ¡Con esa
Salís ahora?... Pedísteis
Esa suma por su mano;
¡Ved que os está bien, anciano,
Cumplir lo que prometísteis!...
. . . .
. . . .

Al acento decidido
Con que el mancebo irritado
Le habla, cede complaciente
El astuto castellano;
Y cogiendo un balancin
Que está al alcance del brazo,
Vá los flamantes escudos
Pesando á un tiempo y contando.
« De buena ley es el oro,
Señor Conde, bravo hallazgo
Habeis hecho; por mi vida,
¡Son muy de fresco acuñados!
Este doblon es magnífico;
A estotro le sobra un grano;
¿Y aqueste?... Como reliquias
Voy todos, Conde, á guardarlos.»
— Y hablando así, mientras sigue
El enojoso trabajo
Sin cesar, demuestra el viejo
Su mísero genio, avaro.
En tanto el Conde, impaciente,
Dá su charla á dos mil diablos;
Mas como todo en el mundo
Tiene fin, ya de su cálculo
Toca al término felice
Aquel avariento anciano.
Ya solo resta el postrero
Escudo, y al colocarlo
En la balanza, ve el viejo
Que sube ligero el plato.
— ¡Cambiádmele! esclama al punto.
— ¿Por qué?
— ¡Pardiez!... porque es falso.
— No poseo ya en la tierra
Ni un miserable cornado;
Con que si no os acomoda...
— ¡Esperad!... y examinando
Mas de cerca la moneda,
Ve con indecible espanto
Del príncipe del averno
Un feísimo retrato;
Y por leyenda : «Fundida
Para el gran Conde Rinaldo
En mil seiscientos cuarenta,
Y en la caverna del diablo.»
Lanza el viejo un alarido,
Y al punto, cual si un encanto
Poderoso en aquel grito
Se encerrase, van entrando
Por la puerta, uno tras otro,
Hasta veinte hombres armados.
Tira de la espada el Conde,
Y ciego, desatentado,
Acomete; los arqueros
Forman en torno del amo
Un círculo impenetrable;
Y cuando ya, despechado
Vá á retirarse, acometen
A su voz los veinte brazos.
Mírase el Conde perdido
Porque le han cerrado el paso :
« ¡A mí, Lucifer! » ahulla,
¡A mí, espíritus del báratro! »
Y una legion infinita
En los aires agitando
Cien mil inflamadas teas,
Acude de negros diablos.
Huyen tímidos la vista
Espantosa, los soldados;
Y el Conde por los cabellos
Cogiendo entonce al anciano,
La amoratada cabeza
Cercena de un solo tajo.
En tanto que en el castillo
Ejerce voraz su estrago
El incendio; arden confusos
Muebles, riquísimos cuadros,
Y manuscritos preciosos,
A grande costa, y en años
No muy pocos, reunidos
Por el muerto castellano.
Y pronto el vorace fuego
Se propaga y crece tanto,
Que el Conde solo procura
Poner su persona en salvo.
Una inmensa galería
Ardiendo ya, á grandes pasos
Sigue el Conde; va á torcer
Por donde no hay fuego, cuando
Unos ayes lastimeros
Lo detienen, y á lo largo,
Casi desnuda, á Florinda
Descubre, que entrambos brazos
Pidiendo favor le tiende.
No vacila, que esforzado
Nació; salvando las vigas
Abrasadas, y arrostrando
Mil muertes, vuela en socorro
De la jóven; ya á su lado
Vá á llegar; ya presuroso
Una salvadora mano
Vá á ofrecerla, cuando siente
Crugir y hundirse á su paso
El sólido pavimento
Por el incendio minado.
Lleno de pavor el Conde,
A un balconcillo inmediato
Se lanza y de allí se arroja
Al patio de un solo salto.
En aquel instante mismo,
Con fragor estraordinario
Toda el ala que el incendio
Destruye, se viene abajo;
Y el Conde, que por fortuna
Halla aún allí su caballo,
Salta sobre él, lo espolea,

Y mas veloz que el relámpago,
Vá corriendo á toda brida
Al través de aquellos campos.

VII

LA FUGA.

Los montes y los rios, las selvas, los collados,
Las villas, las aldeas, ve el Conde en derredor
Pasar ante su vista cual pasan los nublados
Al soplo irresistible del túrbido aquilon.

—

Y pasan otros rios, y surgen otros montes,
Y aldeas y ciudades de vario parecer; [tes,
Y campos nunca vistos y estraños horizon-
Y lúgubres comarcas ve el Conde en su correr.

—

Y mientras mas se aleja de aquel fatal castillo,
Mas claro del incendio escúchase el crugir;
Y el golpe acompasado del lúgubre martillo,
Y aquel indefinible, satánico reir.

—

Y el pálido rostro con ansia volviendo,
Ve el misero Conde; terrible vision!
Que entero el castillo detrás dél corriendo
Ya casi en su marcha detiene al bridon.

—

Entonces desgarra los recios hijares
Con ambas espuelas del noble corcel;
Y el sudor y sangre desprendense á mares
A rudos embates del dueño crüel.

—

Mientras mas le aguija, mas lento adelanta;
Ni freno ni espuelas conmuévenle ya:
Y al fin yerta, inmóvil, la rápida planta,
De aspecto varía la fuga infernal.

—

En torno de Rinaldi gira ardiendo
El castillo con hórrido fragor,
Y el Conde sobre sí gira, siguiendo
Con pasmo la terrífica vision.

—

Rotos los muros, la anublada vista
Penetra sin obstáculo hasta el fin,
Y como en panorama, amplia revista
Pasa allí de su vida el infeliz.

—

Mírase honrado, y rico, y acatado
Como lo fuera allá en su juventud;
Antes que en la sentina del pecado
Mancillase por siempre su virtud.

—

Luego, ya corrompido, á los placeres
Se lanza, y á los vicios con furor;
Y pérfidos tahures, y mugeres
Perdidas, van siguiendo en derredor.

—

Y la orgía, las lúbricas danzas,
Y los duelos, la sucia embriaguez;
Del averno las mil asechanzas,
Juntas van en impuro tropel.

—

Y traiciones, y muertes, y engaños
Pasan luego en confuso monton,
Y ya el Conde, sus últimos años
Ve llegar ante sí con horror.

—

De Venecia las torres, los puentes,
De las aguas se miran surgir,
Y se escucha el rumor de las gentes
Cual del mar el lejano mugir;

—

Las luces remedan al dia,
Las góndolas vienen y van:
¿Cual es, esa inmensa alegria
Que ruge en el ancho canal?

—

Del lago las plácidas olas
Cubiertas de barcas se ven,
Que agitan sus mil banderolas
Del remo al süave vaiven:

—

Y música y tiernos cantares,
Y gritos y vivas sin fin,
Conturban la tierra y los mares
Del uno hasta el otro confin.

—

Y allá del cuadro en el fondo,
Entre mil otros fulgura,
Cual sol brillante, un palacio
Que las miradas deslumbra.

—

Es la marmórea fachada
Prodigio de arquitectura,
Y á la luz de los hachones
De mil colores y hechuras,

—

Que de frente y por la espalda
Se refleja en sus columnas,
Cual si de diamante fuera
Así fulgente relumbra.

Es de Alfonso de Ferrara
Duque, la mansion augusta,
Y en aquella fausta noche
Emporio de la hermosura;

—

Que en su hogar hospitalario,
El noble príncipe aduna,
Cuantas damas y donceles
Hay allí de egregia alcurnia.

—

Ved cómo allá en los salones
Se codean y se empujan,
De caballeros y damas
Las innumerables turbas.

—

Cómo en galas y preseas
Compiten las hermosuras;
Mientras á un lado las madres,
Con frentes un tanto adustas,

—

Lloran acaso los tiempos
De sus pasadas venturas;
¡Pobres flores, deshojadas,
Soles que el invierno anubla!

—

Y al dar la señal la orquesta,
Ved cual se agitan confusas
Las parejas juveniles
Obedeciendo á la música....

—

Como si el crudo vértigo
De súbita locura,
Se apoderase rápido
De las alegres turbas:
Los jóvenes y vírgenes,
Con aparente furía,
Ya con cuidado evitanse,
Ya tornan y se buscan
Y unos con otros mézclanse
En danza tan confusa,
Que con trabajos ímprobos
La maternal ternura,
Acaso en medio al vórtice,
La cabellera rubia
Pasar ve, de la sílfide
Que causa sus angustias,
Como veloz relámpago
Que un punto el cielo alumbra;
Y al ver cual pasa efímero
De nuevo se conturba;
Torna á buscarla, y ríese
Del miedo que la asusta,
Al ver la frente pálida
De cuyo bien se cura,
Angel de amores, cándido,
Brillar entre la turba,
Cual luce el sol vivífico
De enero entre las brumas.

—

Mas el noble príncipe,
Rey de la funcion,
No se ve en las salas;
Acaso salió
Al regio vestíbulo,
Oyendo el rumor
De alguien que al sarao
Muy tarde llegó.
Mas no; que aunque sea
Galante el señor,
Recibe, á las gentes
De pié en el salon,
Y cuando el ugier
Con sonora voz
Anunció á Cornaro,
El Dux, solo dió
Dos pasos el dueño,
En demostracion
De gran cortesía;
Que es duque y señor
Tambien soberano,
Y hombre de tal pró,
Que parias no rinde
Ni al Emperador.

—

Allá en lo oscuro
Cerca del muro,
Que al lago dá;
En una pieza
Que dá tristeza
Se ven entrar:

—

Juntos dos hombres,
De altivos nombres,
Ricos los dos:
Duque el primero,
Y el que postrero
Al cuarto entró;

—

Su íntimo amigo,
Que en enemigo
Se vá á tornar:
Que allá en lo oscuro,
Cerca del muro
Van á jugar.

—

Rinaldo, el Conde
Que dentro esconde
Del corazon;
Fea codicia,

Negra avaricia,
Poco valor :

—

Al de Ferrara,
Que antes entrara,
Le dice así :
— « ¿Dó están los dados? »
— « Ya preparados
« Veislos aquí. »

—

Con gran sorna
La ancha corna
Coge aquel :
Tira el dado....
— « ¡Fortunado,
« Diez saqué! »

—

« Duque, tira!
— « Conde, mira,
« Quince yo!
— « Mil sequines
« Florentines.
« ¡O furor! »

—

« Venga el cuerno
« Del averno,
« Van diez mil!
« Tres... diez... trece...
« Me parece
« Que vencí! »

—

« Bien... yo tiro.
« Mas, ¿qué miro?
« ¡Quince son!
« ¡Negra suerte!
« ¡Ven, ¡ó muerte!
« ¡Vá un millon!

—

« Tres... seis... nueve..
« ¡Suerte aleve,
« Ya perdí!
— « Doce cuento...
— « Bien... aumento.
« ¡Pesia á mí! »

—

« ¡Dos millones
« De doblones
« Ahora van!
« ¡Tú el primero,
« Duque!
— « ¡Quiero!
« ¡Seis no mas!

« ¡Oh alegría!
« ¡Esta es mia!
« ¡Tiro yo!
« Dos... tres... nada!...
« ¡Malhadada
« Mi ambicion! »

—

Prosiguen
Jugando;
El Duque
Ganando;
Y el Conde
Perdido,
De rabia
Transido,
El único
Apuesta
Postrero
Doblon;
Y pierde,
Y al punto
En negro
Conjunto,
Ve el triste
Su vida;
Su fama
Perdida;
Ya nada
Le resta...
¡Horrible
Traicion!

—

Duda,
Tiembla
Mira,
Busca
Torvo
Ya....
Y cual feroce tigre, salta luego
Sobre el Duque blandiendo su puñal.

—

Y hasta el pomo le esconde en la tetilla
Izquierda, traspasando el corazon;
Y al oro se abalanza que allí brilla
El cobarde asesino, ora ladron.

—

Cae el Duque sin lanzar ni un solo grito,
Que es segura la mano que le hirió;
Y los bolsillos llenos, el maldito
Vuela por el oscuro corredor.

—

La escalera salvó de un solo salto;
Con otro llega al márgen del canal,
Y por el puente toma de Rialto,
Y prosigue y lo deja en breve atrás.

Y sigue en la carrera... mas la historia
De su pasada vida ya no vió
El Conde, y sin aliento ni memoria
Al irse á incorporar se desmayó....

. . . .

. . . .

VIII

EL DESPERTAR.

A la siguiente mañana
Despues de aquellos sucesos
Que contamos há muy poco,
Al têatro del incendio,

—

Entre inmensa muchedumbre
De aldeanos y labriegos,
En buen órden van llegando,
Hasta doscientos arqueros.

—

Del Rey son, que á la noticia
De aquel desastroso evento,
Manda que entre los escombros
Se registre luego, luego.

—

Empiezan á echar á un lado
Los ennegrecidos restos
De pavimentos y muros,
Puertas, ventanas y techos.

—

Y á las primeras de cambio,
Hallan intacto y completo
El cuarto laboratorio
Del infeliz usurero.

—

Yace á un lado la cabeza,
A otro el mutilado cuerpo,
Que aún conserva entre las manos
Aquel escudo postrero.

—

Y allí cerca, en un vetusto
Arcon de sólido hierro,
Que el mísero castellano
Al morir dejó entreabierto;

—

En montones desiguales
Se ve lucir el dinero,
Cuyo amor costó la vida
A su infortunado dueño.

Siguen en tanto escabando
Solícitos los pecheros;
Y en el patio principal,
Donde casi todo un lienzo

—

De pared, se vino abajo
Con el furor del incendio;
Desentierran á Rinaldi
Magullado y casi muerto.

—

Y es que al saltar, de las iras
Del fuego infernal huyendo,
Tras él desplomóse el muro
Minado ya por el fuego.

—

Y la carrera y la fuga,
Y los terribles recuerdos,
Dó en lugubre panorama
Vió sus delitos horrendos;

—

Fueron fantasmas y sombras
Del lastimado cerebro;
Delirios de un moribundo
Que sueña estando despierto...

—

Al ver al Conde se lanzan
Sobre él los bravos arqueros,
Y atado, en una camilla
Que llevan cuatro labriegos;

—

Con silencio y gran premura,
Al mas inmediato pueblo
Le conducen; que formado
Ya está el tribunal severo,

—

Nombrado por el monarca
Para formar el proceso,
Y segun lo que resulte
Condenarlo ú absolverlo.

IX

EL SUPLICIO.

En medio de una gran plaza
Y sobre altivo tablado
Cuyas negras colgaduras
Al alma infunden espanto;

—

Al rededor de una mesa
Están los jueces sentados;

Y allí junto en su camilla,
Descompuesto el rostro y pálido,

—

Enredados los cabellos,
Los ojos ensangrentados,
Yacer se mira doliente
Al infelice Rinaldo.

—

Cuatro guardias le rodean,
La partesana en el brazo;
Y estudiantes y mendigos,
Y clérigos y soldados,

—

Se empujan y se denostan
Y se dan sendos codazos,
Por ver mejor á los jueces
Y al miserable acusado.

—

Y tan de recio se insultan
Y se estrujan con tal garbo,
Que vá á parar en tumulto
Si dura mas, aquel acto.

—

Mas por fortuna, el delito
Es tan patente y tan claro,
Que no hay sino aquel forzoso,
Indispensable retardo;

—

Y la causa apenas dura
El tiempo que es necesario
Para que pueda erigirse
Allí próximo un cadalso.

—

Convicto el Conde y confeso
De homicidio, incendio, y rapto;
De pacto con el demonio,
Y á mas, monedero falso;

—

A una voz la última pena
Le imponen los magistrados :
Y entre roncos alaridos
É insultos del populacho,

—

Al patíbulo afrentoso
Le conducen los soldados. —
Allí en la rueda le rompen
Primero piernas y brazos;

—

Luego le arrancan los ojos;
Y vivo aún, palpitando,
En una inmensa caldera,
Dó los escudos del diablo

—

En plena fusion, hirviendo,
Son un infierno abreviado;
Le arrojan, porque el castigo
Infunda mayor espanto.

X

CONCLUSION.

Cuentan que mientra el suplicio
Duró, en los aires bailando
Cual torbellino espantoso,
Se vieron mil negros diablos,
Al són infernal, horrible,
Del mas lúgubre fandango.
Y al rechinar de los dientes,
Y al reir de aquellos trasgos,
Se mezclaban los suspiros
De Florinda, y los desmayos,
Y el ronco estertor del Duque,
Y el del mísero Tibaldo.
Yo, lector, no lo aseguro;
Cuento lo que me contaron.
Lo que sí afirmo por cierto
(Y no me importa un cornado
Que cual patraña lo mires);
Es que el viajero á su paso
Por la comarca en que estuvo
El castillo celebrado,
Cree oir el chisporrotéo
Del incendio, y ver su estrago,
Y escuchar las sucias coplas,
Y juramentos nefandos,
Y el rechinar de las limas
De los monederos falsos,
Al són del recio martillo
De la *Caverna del Diablo*.

TISAFERNA

MONÓLOGO.



TISAFERNA.

SENTIMIENTOS, PENSAMIENTOS, PADECIMIENTOS, ESTUDIOS DEL CORAZON.

MONÓLOGO.

A LA SEÑORA DOÑA ENRIQUETA MARCHENA DE LLONÁ.

Usted adivinó el nombre del autor, leyendo estas páginas anónimas. Hoy, que se publican firmadas, recíbalas U. como una prueba de reconocida amistad.

París, julio de 1862.

PARTE PRIMERA.

I

Esta es, ó lector, la verdadera historia de una alma desterrada, durante cierto periodo de su penosa peregrinacion á través del borrascoso mar de la vida.

No estrañes que solo te sea abierto un capítulo de esta tristísima odysséa, porque este capítulo es el epítome intenso cuanto comprensivo de su vida entera.

Ni encuentres malo ó vituperable, el que no te sean igualmente comprensibles todas las páginas de este opúsculo. Son ayes del corazon, y muchos de ellos serán ahogados por el dolor y llegarán á las veces á tu

oido como ruīdos inarticulados — informes sonidos de una lengua solo comprendida en pleno por los desventurados.

Entre los ayes del corazon, todos dolorosos, ningunos, — ni los de la grandeza caida; ni los de la honra mancillada; ni aún los mismos del amor materno que llora el fruto de su amor perdido; — ningunos hay tan hondos, tan desgarradores é inconsolables, como los del primero, del único — del último amor del alma, no comprendido — no correspondido: porque estos, solo estos son los gritos del dolor sin esperanza! — Del dolor indecible — inenarrable — inmenso — infinito, que hace presa en una alma débil y limitada como el alma humana!

De estos te voy á hablar : estos te voy á contar. No sé si será larga ó corta mi narracion : acaso su última página sea un himno de triunfo : acaso, el postrer gemido de un moribundo. — Acaso... si lo que no me atrevo á escribir, sucediere, lector indiferente, compadéceme.— ¡Tú, vida y muerte mia, amor y dolor mio, perdóname !

II

Yo no puedo dejar de escribir, porque necesito quejarme; tú, lector, eres dueño de arrojar aquí el libro, y harás muy bien, si no eres desgraciado. — Es una historia de lágrimas — el cementerio de mis muertas esperanzas. Y por mas que á trechos luzca el sol ó la argentina luna de una tibia noche de verano — ¿ qué han de alumbrar en el desolado campo de mi historia, sino tumbas y dolores?

III

Era en 1847. — No tenia aún treinta años y ya mi frente estaba encanecida. Habia pasado ya por casi todos los dolores y desengaños de la vida humana : conservaba, empero, vivas, algunas de sus inefables alegrías, — el amor de los padres. — Jóven aún de cuerpo; — casi decrépito el corazon : esto no era cierto, pero lo parecia; — arrastraba la existencia en un verdadero estado de atonía moral.— Entonces la vi por vez primera. — ¿Cuándo? — ¿Dónde?

A principios del año : al fin de esas vacaciones que se prolongan en los climas en donde se trabaja poco, hasta los primeros dias de enero. No tenia aún catorce años, y jamás he visto una flor primaveral tan espléndida. — Estaba casi en la niñez : era de facciones delicadas, de rubios

cabellos y ojos azules, y nunca ví muger alguna, cuya fisonomía fuese mas grave; cuya mirada fuese tan intensa de pensamiento y de ternura... Mi corazon, galvanizado, saltó dentro del pecho; latió mas viva mi sangre : mas clara lució mi inteligencia. Entonces no lo supe — ahora véo que aquella fué la aurora de la verdadera vida de mi alma, porque aquel dia empezó á amar por primera, por única y última vez!

IV

Antes de proseguir en esta narracion, quiero dejar consignado aquí un fenómeno psyco-fisiológico que observé en mí, durante mas de seis años, mientras no perdí la esperanza de su amor; mientras no temí la horrible desventura de verla amar á otro — en brazos de otro! Mi cabello dejó de encanecer : sentia en mí una exuberancia de vida. — Aquel fué para mí el período de la produccion — de la creacion! — Si mi situacion y fortuna hubieran sido menos humildes, habria llenado el mundo de mi nombre.

He dicho ya que cuando la conocí, era una niña. Si hay algo en la naturaleza verdaderamente hermoso, es, sin duda alguna la muger hermosa, en esa edad de la vida. — Flor entreabierta, que sin abandonar todavía del todo la púdica cubierta del capullo, deja entrevér la espléndida brillantez de sus colores, y desparce ya, en torno suyo, el mágico tesoro de sus perfumes. — Edad en que la muger reina ya, sin estar todavía espuesta á los embates del desengaño y del dolor : en que, circundada de una virginal y fragante atmósfera de inocencia y de candor, jamás una palabra atrevida ni un pensamiento profano, vienen á empañar la cándida pureza de su casi-angélico sér... La muger es entonces el ángel de la esperanza — la viviente promesa de la futura dicha!

Cuatro años despues, ella, el bien de mi vida, habia realizado todas las promesas de su encantadora puericia. Hermosa, inteligente y buena, como la primera muger, antes de que la mancha del pecado la condenase á las enfermedades é impurezas de nuestra flaca humanidad — ¿cómo podria yo darte, lector, una idéa, siquiera levísima, de mi ternura? — ¡Oh! — La amé entonces como la amo hoy, como la amaré hasta mi último suspiro — ¡ con todas las fuerzas de mi alma; con toda la fé y la esperanza de mi corazon!

V

Pero ella entraba apenas á este revuelto palenque de la vida : — yo, tocaba á los límites de la decrepitud moral.

Ella, halagada por todos los bienes del mundo — juventud, hermosura, talento, clase, fortuna; veia en lo porvenir risueñas lontananzas á lo largo de una senda de flores. — Yo... vivia en el dolor y para el dolor.

— Para ella, la vida era la patria; para mí, el destierro. Ella podia decir : *Ego sum vita.* — Yo, *mors sum ego. Mors jam requies est : vivere pœna mihi...*

Y, sin embargo, y contra mi voluntad, habléla de mi amor. Parecióle tan estraño la primera vez, que prorumpió en carcajadas. — ¿Te figuras, lector, lo que padeceria una criatura humana, á quien cortasen poco á poco el corazon en menudísimos pedazos, sin que se aminorara en ella la conciencia y facultad del dolor, la intensidad de la vida? — Ese tormento padecí yo entonces. — Pero el fuego que se apaga con un soplo de aire ó con un poco de agua, apenas merece el nombre de tal, y en mi corazon ardia un devorador incendio. Torné á hablar con ese acento del verdadero dolor — el único que no puede fingirse — lentamente fué variando la espresion de su angélica fisonomía : de risueña pasó á seria — á atenta — á triste. Ví el peligro de que se estendiera á ella el contagio.

Habia entre ella y yo, obstáculos inmensos : abismos insalvables : me espantó su riesgo. ¿Comprendes, lector, mi desesperada situacion? — ¡Me espantaba la naciente esperanza de mi suprema dicha!

Hablé todavía de mi amor; pero pintándoselo imposible. Lealmente, y una y otra vez, la hice medir, línea por línea, la inmensa distancia que nos separaba.

VI

Era una tibia y perfumada noche de verano : la luna acariciaba con su melancólica luz las copas de los árboles de su jardin — estábamos solos. — Era la víspera de una separacion dolorosísima para mi alma. La hablaba yo de mi amor sin esperanza. Estábamos de pié en el alfeizar de una ventana que daba al jardin, y al dudoso rayo de la luna contemplaba yo su encantadora fisonomía. De repente ví temblar una lágrima en sus ojos, y con un acento, que solo á ella, y solo aquella vez he oido, me dijo : — *Et si je vous aimais?*

Lector, ¿has amado alguna vez? — Pero no me contestes antes de examinar á fondo tu corazon. Si tu amor ha sido solo la atraccion de la naturaleza, mas ó menos material; si han entrado en él por algo, el amor propio, la vanidad, si ha sido la fascinacion plástica, por decirlo así, que en un alma templada de cierto modo, ejerce la belleza física, no me respondas que sí. — Si, por el contrario, has amado con ese amor que es la vida; con ese amor que es el alma; con ese amor ante el cual se funde y desaparece el propio sér, para identificarse y confundirse con el del objeto amado; si has amado, en fin, con ese amor que es la dicha suprema ó la inmensa desventura de toda la vida; — entonces comprenderás la inmensidad de mi dicha y la inmensidad de mi dolor!... Porque aquel celestial Paraiso, único y supremo blanco de todos mis deséos, de todas mis aspiraciones, estaba delante de mí : sus puertas, de par en par abiertas, me convidaban á lanzarme en aquel piélago de inenarrable bienaventuranza. — A mis labios sedientos se ofrecian, puras, límpidas, *voluntarias*, aquellas ansiadas

y cristalinas aguas... ¡Y no podia entrar! —¡Y no podia beber!... ¡Y no podia estrechar entre mis amantes brazos á el ángel que tan amorosamente los suyos me tendia! — No podia; porque estaba destinado á tocar y sentir con mas rapidez que la herida sigue al estampido del disparo, que el rayo sigue al relámpago, los dos puntos, los dos centros comprensivos de la vida humana : ¡ AMAR y PADECER !

Así, para mi corazon, la suprema dicha y el dolor supremo fueron un punto; solo que huyó la dicha y quedó el dolor, esterno ó latente; pero infinito... perdurable!

Tipo perfecto del hombre, ángel caido, que pinta Lamartine en aquellos tan conocidos versos :

> **Borné dans sa nature, infini dans ses vœux,**
> **L'homme est un dieu tombé qui se souvient des cieux!**

Mi corazon y mi pensamiento se cernian en los espacios ilimitados : vivian de las mas altas idéas : alentaban con las mas sublimes aspiraciones! — Y mis medios eran los de la pobreza que toca en el límite de la miseria; y el centro en que me movia, tan estrecho, que no podia hacer un movimiento por tenue que fuese, que no me ocasionase una ruda contusion ó una dolorosa herida. — Era, pues, inmensamente desventurado.

¿Qué pasó por mí en aquel rapidísimo instante en que apenas presentí la infinita beatitud que me era prometida? — No podria decírtelo, lector. — Las lenguas humanas son insuficientes para espresar los altos sentimientos del alma. — Signos de convencion, sirven perfectamente para la contratacion de los negocios — para la transmision de los conocimientos humanos; pero para los sentimientos son infinitamente insuficientes. Puede un hábil artista trazar con su pincel la flor del jardin, tan parecida, que á cierta distancia la ilusion sea completa; pero salva el espacio intermedio y toca la realidad — es una flor pintada, sin movimiento — sin vida. No hablemos de la fragancia que es el alma de los flores. — Pues bien : asi y todo, el pincel es infinitamente superior á la palabra. Los sentimientos profundos, sublimes, generosos, son para sentidos, no para espresados. En la iniciacion ó infiltracion, si es permitida la palabra, del amor del hombre á la muger, hay sin duda alguna mucho de magnético é intuitivo. Si la palabra fuese el único vehículo del omnipotente fluido, apenas habria muger que amase, vistas la insuficiencia, oscuridad y pequeñez de los idiomas, y la delicada, noble y poderosa organizacion que el Creador dió para el amor, en prueba del suyo, á esta hermosa mitad del género humano.

Tengo, pues, que renunciar á pintarte lo que sentí; pero puedo decirte que las amarguras y estrecheces de mi vida; las injusticias de los hombres; los dolores, la enfermedad, la muerte misma, desaparecian de mi vista, ante aquella tan lejana cuanto encantadora perspectiva. — ¡Qué ingrata ha sido esa muger!

VII

Non sum qui fueram; periit pars maxima nostri. — No soy ya lo que fui: pereció la mas grande y la mejor parte de mi sér, desde el dia en que perdí la esperanza de su amor. — Tú, Dios mio, que ves mi corazon, ¿cómo no te has apiadado de mí y llevádome contigo? — ¿Es vida esta existencia que arrastro?

VIII

Partió para aquel viaje. ¡Cuánto dolor y cuánta esperanza! — Bien sabia que ella no debia amarme : yo mismo se lo habia dicho; pero si el cielo habia puesto aquel amor en su corazon; si ella venia á mí y me decia: «¡Te amo como tú me amas — como el rio va á la mar; porque es una ley imperiosa de mi naturaleza — una condicion necesaria de mi vida!» — ¿habia yo de rechazar la inmensa felicidad que el cielo me deparaba? ¿Porqué habia de exigirme el mundo que fuese fuerte como un Dios? — ¿Porqué habia yo propio de cerrarme las puertas del Eden perdido, que el celeste guardian me abria de nuevo?...

Escribióme una carta. Me hablaba en ella de mis dolores, dándome sabios avisos y suavísimos consuelos. Hablábame de fortaleza cristiana, de mi madre, de la patria — de lo porvenir; y luego, descendiendo á los abismos del propio sér, me decia:

« No sé lo que pasa por mí : me siento desasosegada — inquieta — triste.
« — Todo me parece aquí monótono — inanimado — muerto! — A veces,
« sin causa alguna, se llenan de lágrimas mis ojos : siento vagas y desco-
« nocidas aspiraciones á un bien ignorado... Ninguna de las personas que
« me rodéan me infunde confianza. ¡Ah! — si estuviese U. aquí, acaso
« me esplicaria lo que siento. ¡Con cuánto gusto iria colgada del brazo de
« U. en mis frecuentes y largos paséos por estas pintorescas montañas!...»

Me amaba, lector, ó mejor dicho empezaba á amarme con ese amor puro, inocente, virginal! — Dulce corriente que anima sin conturbarlo el campo inmaculado del corazon — suavísimo manantial, cuyas cristalinas ondas pueden acaso enturbiarse al confundirse con los de este borrascoso mar de la vida; pero cuyo orígen, en cualquiera punto del viaje en que nos remontemos hácia él, conserva límpido, terso, inmaculado, el purísimo tesoro de sus fecundas y generosas aguas!

Empezaba á amarme, sí; el corazon me lo dice, aún hoy, cuando tantos y tan eternos dias de amargura me separan de aquella fugitiva aurora de mi soñada dicha. Empezaba á amarme, y tan verdadero, tan noble, tan intenso era aquel incipiente cariño, que estoy seguro de que al caér estas

páginas en sus manos; aunque nos separen los mundos y los mares; aunque ya haya largo tiempo que descanse yo en mi último sueño; aunque la implacable accion de los años haya desflorado su hermoso rostro y encanecido sus cabellos: — al léer estas tristísimas páginas, cuya alma es ella, su corazon estremecido latirá algunos instantes con el dolor de un remordimiento, y su memoria le traerá, una por una, las líneas de mi semblante y las palabras de mi labio — acaso una lágrima ruede entonces por sus mejillas — ¡ lágrima tardía, estéril, destinada á no caér siquiera sobre la tierra inhospitalaria que cubra mis cenizas!

IX

Estoy cansado de escribir, lector. — Soy pobre; tengo frio, estoy doliente; y no hay fuego en este chiribitil en donde escribo. — Cuando me dán la mano aquel poderoso ó esa aristocrática dama, ¡ cuán lejos estarán de pensar en el abismo de dolores y miserias en que náufrago fluctúo! — La dignidad me hace llevar el cuerpo recto, la frente altiva, la mirada orgullosa. — ¡ Qué peso arrastro sobre mí! — Dias atrás, me dijo un publicista famoso, que mis amigos — ¿tengo yo alguno? — que mis amigos me creian nadando en la opulencia, porque veian ciertas distinciones, emanadas de altísimos lugares, de que era yo objeto. — Midiéndome por sus mezquinas almas, habrán creido que yo vendo los sentimientos de mi corazon: que trafico con las virtudes heredadas de mis honrados ascendientes. — ¡ Estúpidos! — Los vicios se venden á menudo: las virtudes, los altos sentimientos, nunca. Se compra á los villanos y traidores; se esplota á los débiles. — ¡ El hombre honrado y de fuerte corazon no se vende nunca! — No tiene precio.

Pero estoy cansado y enfermo: tengo frio y no hay fuego en este chiribitil en donde escribo.

X

¡ Dios mio! ¡ Dios mio! — ¡ Cuánta alegría!

Hoy la he visto despues de largo tiempo. Al verla, me sentí desfallecer. — ¡ La amo tanto! — Pero fijé de nuevo la vista en ella; habia en sus ojos una dulce alegría, y aquella espresion de cariñosa terneza fué infundiendo de nuevo en mi alma el fuego de la vida. ¡ Pueda el cielo preservar la tuya hasta de la sombra de una mancha! — Por mi parte, lo juro, jamás te ofenderé ni con un pensamiento injusto. — ¡ Cuán límpidos y serenos me miraban sus azules ojos!

Vino hácia mí y me tendió la mano. Hablamos algun tiempo de cosas indiferentes; poco á poco fuese haciendo íntima la conversacion, y, á propósito de un niño de mi familia, me habló con tal cariño, con tan tierno abandono, que ví, claro como la luz del sol, ¡ cuánta alegria y cuánto dolor!

— que sin los obstáculos insuperables que nos separan — solo Dios pudiera romperlos — ¡acaso yo seria el elegido de su corazon! — Insensiblemente, y á pesar de mi firme propósito y esfuerzos, fué dirigiéndose la conversacion hácia el tiempo pasado, y se me escaparon algunas palabras acerca de la verdad de mi amor y la inmensidad de mi amargura. Ví temblar una lágrima en sus ojos. — Y luego, con voz sumisa; pero con esos tonos graves, profundos, que distinguen las palabras del corazon de las del pensamiento, me dirigió algunas frases tan tiernas, tan sensatas, tan exactas, que yo la oïa y contemplaba como á un espíritu divino que el cielo compasivo me enviaba, para que derramase en mi corazon socorros y consuelos.....

Dicen que ama á otro. ¿Sabrá ese hombre apreciar el tesoro inmenso de felicidad que con su posesion le será concedido? — Yo amaré á ese hombre tambien, y me prometo á mí mismo que si alguna vez puedo servirle y ayudarle, lo haré como si fuese hijo de mi madre!

Me despedí presto de ella: debo evitar su encuentro. — *Et si je vous aimais?*... Aquella frase de ahora tres años, resuena constantemente en mi alma. — Sus palabras de hoy, ¿no me revelan que hay en su corazon gérmenes de peligro? — No puede ser mia. — Huyamos de ella. — El verdadero amor no existe sin la abnegacion entera.

XI

Prosigo en mi historia. — Vino otra carta mas tierna y espresiva que la primera. El amor se transparentaba en todas sus líneas; en cada palabra suya. Olvidé nuestras respectivas situaciones: olvidé mis deberes y mis anteriores, honrados propósitos, y escribí con todo el devorante fuego que abrasaba mi corazon. — ¡Con qué ansia esperé su respuesta! — Llegó; pero reservada, fria, impenetrable. ¿La habia espantado la grandeza é inminencia del peligro? — ¿No habia adivinado su corazon virginal la chispa que en él ardia, hasta ver y tocar el voraz incendio que á su contacto se habia despertado en el mio?

No, lector. Aquella frialdad glacial, aquella estudiada reserva, eran resultados de un agente intermedio. — No lo supe hasta mucho despues. — Tal vez algun involuntario desahogo, alguna semi-confidencia, alguna revelacion de esas que no pueden calcularse ni prevenirse, pusieron al corriente de lo que pasaba, ó hicieron concebir sospechas á una persona ligada con ella por estrechos vínculos de sangre; y alarmada, ó irritada por alguna otra razon que no alcanzo, opuso á aquel naciente afecto la confidencia de otro que creia saber mio. — No era cierto; pero no créo que quisiese deliberadamente calumniarme. — Ello es, que aquel incidente, matando ó casi sofocando la inclinacion apenas nacida, la salvó; porque entonces como hoy, no puedo ocultarme que mi amor la habria hecho desgraciada.

Hasta qué punto sean justas las leyes, costumbres y opiniones de la época actual, ni es este lugar oportuno de examinarlo, ni en la situacion de espíritu en que me encuentro, y en causa propia, me atreveria á decidirlo; pero es lo cierto que, segun esas leyes y costumbres, ella no podia ser feliz con mi amor. — Y aquella persona, al arrebatarme la esperanza de la dicha, hizo al bien de mi vida un señaladísimo servicio — ¡Dios la colme de felicidades!

XII

De todas las situaciones mas difíciles, amargas y embarazosas de la vida humana, no hallo una que compararse pueda á la de un hombre bien nacido é hidalgamente educado, con quien se haya mostrado avara la fortuna. En proporcion de la elevacion de su alma y de la altivez de su carácter, crecen la dificultad y amargura. Nada hay comparable á ese eterno suplicio de alfilerazos á que su estrella le condena. — A las necesidades reales é imperiosas de la vida, se agregan las ficticias á que cierto rango y situacion dan nacimiento, y que llegan á ser tanto ó mas inevitables que las otras. Si un hombre en semejante situacion, se ha hecho conspicuo entre sus contemporáneos por su talento ó por sus virtudes, las dificultades diarias de su vida pueden tomar las proporciones de un verdadero y espantoso martirio. No hablo aquí de las miserias que halagan la vanidad — pasion estúpida de los tontos afortunados; solo entran en mi consideracion los naturales y legítimos deseos; las nobles aspiraciones de un corazon levantado. — El infinito anhelo luchando con la estrema impotencia, — esta ha sido mi vida durante los mas floridos años de mi juventud..... Pues bien, un acento, una mirada suya, me levantaban desde los abismos de la miseria y de la tribulacion, al paraíso de la bienaventuranza! — Otra vez te lo digo, lector; si no has amado un tiempo; si no amas; si no te sientes capaz de amar con ese amor que es el alma de la vida, la vida del alma, arroja mi libro. — Está en blanco para tí.

Si he escrito algunas nobles páginas, confundido entre la turba de esos albañiles de las artes, ateos especuladores del pensamiento; si he intentado levantarme á las altas empresas; si he partido el pan de mis sudores con los desgraciados; si he dado mas de una vez el último óbolo de la miseria ignorada á la miseria desnuda y palpitante — ¿á quién se lo debo? — Con la esperanza de su amor, habria legado mi nombre á los anales de la patria historia. Con la seguridad de su posesion.... no sé; pero habria sido tan feliz como los ángeles del cielo!

¿Porqué y para qué escribo este libro?— Bien se me alcanza que pareceré insensato á las nueve décimas partes de los lectores; cansado á los mas: estúpido á muchos. Pero ¿porqué se queja el que padece un dolor? —¿Son un alivio los gemidos?— Yo creo que sí. Si yo no escribiese estas páginas,

me ahogaria el dolor. — Vamos, pues, viviendo y escribiendo, mientras duren el amor y la vida.

XIII

Dias atrás me decia un amigo muy querido, hombre de corazon y de razon — mezcla rara — ¿ Porqué no hace U. algo para salir de ese estado de inercia miserable ? — U. es estimado y respetado generalmente; querido de muchos : tiene U. fuerzas propias y puntos de apoyo — ¡ Láncese U. y escale el alcázar de la celebridad ó el de la fortuna! — Pobre amigo mio : no veias mas que lo esterno. Mi corazon, como el célebre caballo que determinó la ruina de Troya, oculta un arcano — *latet dolor*. — ¿ Para qué necesito yo fortuna ni celebridad, si no he de compartirla con ella? Algunos años mas, algunos dolores mas, y luego vendrá la muerte....

XIV

La vida humana es evidentemente un estado transitorio para el alma : el crisol en que esta se depura, es el dolor. ¿ Será bastante, será definitiva la prueba ? — ¡ Qué caos de confusiones! — Todos los mas decantados filósofos, desde Pythágoras y Platon, hasta Kant, Fichte, Schelling y Hegel, no han hecho mas que embrollar el asunto. ¿ Qué puede alcanzar el hombre de las cualidades divinas de su alma, cuando apenas puede darse cuenta de la humana?....

¿ Y qué podré yo decir, qué podré comprender, si mi alma está en Ella, si mi alma es Ella? — Sin el amor suyo, soy un cuerpo sin alma. — No me va quedando clara mas que una cosa : — la percepcion del dolor.

Pero ¿ porqué no busco una distraccion á esta idea fija, á este constante y desgarrador martirio de mi vida? — Quiero distraerme : quiero olvidarla. ¿ Acaso se ocupa ella de mí ni un solo minuto de las larguísimas horas que en ella pienso — que por ella y para ella escribo? — Vamos : ¡sé hombre!...

¿ Si pudiese yo amar á otra? Una herida grave, una peligrosa enfermedad, acaso me curarian ó me aliviarian. Una sacudida violenta, un cataclismo, por decirlo así, en la vida física, pudiera operar una visible mudanza en la vida del alma. — El salto de Leucade, en la antigua Grecia, que curaba del amor, ¿ qué era en definitiva mas que esto? Pero Sapho, dejó en él la vida buscando el olvido de su amante ingrato. ¿ Habria curado si hubiera sobrevivido á la peligrosa prueba? — Mucho lo dudo.

Entretanto, yo tengo una salud desesperante : parece que la calentura es incompatible con mi naturaleza. Y luego, me tiran á diez pasos; pón-

gome de frente, y mi contrario tiene la torpeza de errarme. — ¡ Vive Dios, que á la distancia que sufrí el último tiro el 12 de febrero de este año del Señor de 1855, habria matado yo á una golondrina — y soy medianamente torpe.

XV

Hace mas de diez años que me lancé á la vertiginosa arena de la vida pública. Lancéme solo, porque no creia hidalgo entrar en el combate con auxiliares de ningun género. Tenia amigos que me habrian protegido : mi clase y educacion me daban medios superiores á los de simple soldado — no quise usarlos. Lancéme solo, es verdad; pero con mas fuerzas que muchos : con mas fé que ninguno. ¡Cuántos desengaños! ¡Cuántas amarguras! — Yo no podia doblegarme á ciertas villanías; no podia entrar en bastardas alianzas de camaradería ó pandillage. — Los hombres de corazon pueden unirse; pero con sus iguales. Las alianzas entre fuerzas desiguales, son viles ó tiránicas. Recuerdo aquí la leccion moral de la tan conocida fábula de Phedro: *Nunquam est fidelis cum potente societas*, que yo traduciria : La sociedad del poderoso con el débil, tiene que ser vil ó tiránica ó ambas cosas á la par, caso el mas frecuente.

Yo no estaba en el caso del leon de la fábula, y no tenia bastante humildad en el corazon para dejarme arrollar : no habia nacido para ser *ovis patiens injuriæ*. — Y aquí me ocurre una observacion que muy á menudo he hecho en el mundo, y es que el orgullo, que suele llamarse grandeza en el poderoso, ofende en el desvalido. Bastardía de la época actual ó acaso de todas las épocas, no ver que aquella cualidad que afea y hace aborrecible el poder, es la dignidad de los oprimidos y menesterosos. — Pero volvamos al triste cuento de mi vida.

Entre los diversos caminos que podia elegir en el mundo, preferí el de los trabajos literarios, si bien uno de los mas estériles, en nuestra patria, en bienes materiales, de los de mayor dignidad é independencia. — Así lo creia entonces y así debiera ser; pero por desgracia del arte y de aquellos que de buena fé lo cultivan, no es así. Yo habia nacido poeta de alma y corazon, y la época es mercantil; el temple natural de mi espíritu y mis prematuros dolores, me inclinaban al aislamiento; y la asociacion es el espíritu del siglo. Debia naufragar y naufragué en efecto. Nótese que jamás fuí desairado, del público; al contrario : siempre le merecí simpática aprobacion y generosos aplausos. — El elemento contrario estaba en lo interior ; partia de mis compañeros. — Veinte veces, como otro Antéo, volví á levantarme, y tras cada lucha estéril, tras cada nueva caida, me lanzaba con mayor fé y nuevo vigor á la contienda. — ¡ Vanos esfuerzos ! — Yo luchaba solo y eran inumerables los enemigos....

¡ Líbrete Dios, lector desconocido ó amigo, de un tormento que muy á menudo sufrí ! — El de dudar de tí mismo : no solo de tu talento sino hasta de tu razon. — ¡ Mil veces me sorprendí sospechándome de locura !

Los enemigos de nuestro tiempo, los hombres de frac negro y de guantes pajizos, hacen la guerra con la sonrisa en los labios, y con todo linage de corteses demostraciones. Los leones no son ya de moda: prevalecen las culebras. ¡O edad media, edad de los mandobles, de los tajos y de los reveses, de la verdadera cortesía y del valor verdadero! Cuánto te echo de menos!

Veia nacer á mi lado — crecer — desarrollarse y llegar á desmedida altura, reputaciones fundadas en miserables rapsodias ó descarados hurtos literarios. ¿Y quienes eran aquellos hombres? — Aventureros desconocidos: sin patria ni padres: ignorantes hasta lo infinito: raquíticos hasta la miseria: cobardes hasta la inverosimilitud! — Pero se doblegaban hasta arrastrarse; lamian la mano que los azotaba; pedian de rodillas una gacetilla laudatoria á los simoniacos monopolizadores de la prensa, como mas tarde habian de implorar de un ministro cualquiera una cruz ó un empléo; ó de la Academia de la lengua, el derecho de sentarse entre los legisladores ó conservadores de la hermosa habla de Garcilaso y de Cervantes, Lope de Vega, Quevedo y Calderon! — ¡Cuántas bastardías, cuántas vilezas, he visto cubiertas con lujosos uniformes y altivas condecoraciones! — *¡Sunt lacrymæ rerum!*

¡Con cuánto gusto te citaria, ó lector postumo, si á nacer llegas para mi, centenares de esos nombres propios, para que este opúsculo mio fuera la argolla de infamia en que pasasen á la posteridad esos asquerosos reptiles de nuestra gangrenada sociedad! — No puedo escribir la historia de mi tiempo porque el asunto es demasiado repugnante y tengo el estómago débil.

XVI

Hoy ví otra vez á el alma de mi vida. — ¡Cuán bella estaba! ¡Cuán bondadosa és! — ¡Dios mio! ¡Concédeme la posibilidad de llamarla legítimamente mia, ó mándame la muerte! Qué suma inmensa de felicidad derramaria en mi vida la seguridad de pasarla á su lado! — No viviria sino por ella y para ella. Consagrado á hacerla feliz; á adivinar sus menores pensamientos; á satisfacer sus mas fantásticos deséos, por fuerza habia de acabar amándome como yo la amo. — Una sonrisa suya seria para mí la mas dulce recompensa — y eso que, si cuando sonríe, es cierto que está hermosísima; cuando está seria, cuando algun sentimiento tierno ó grande agita su corazon, hay en sus ojos un reflejo del fulgor divino, y sus delicadas facciones como que se iluminan con algo superior á todo lo humano.

XVII

Esta es la Noche-Buena de 185... ¡Qué tumulto reina por esas calles!

— ¿ Estarán realmente alegres esas gentes que tamborilean y gritan y rien y cantan? ¿ O será que el hombre gusta de aturdirse y aturdir á los demás, para escapar de sí mismo? — ¡ Quién sabe! — Por lo que respecta á mí, estoy mas triste esta noche que otras — ¡ Vivo tan solo! — En estos dias de piadosa alegría para todas las familias cristianas, siento mas crudamente mi aislamiento y soledad. — Mas allá de los mares hay una anciana madre, unos hermanos, que sin duda alguna conmemoran al desterrado ausente. ¿Lloran? — ¡ Oh! — De seguro no están tan afligidos como yo. ¡ O dulces y santas alegrías del doméstico hogar; tiernísimos afectos de la propia familia; santo, digno y cristiano orgullo de la paternidad!... ¿ Porqué me sois negados?

Esta es mi Noche-Buena de 185... Veamos si hay en tanto como has escrito para tí, alguna recordacion de la del año pasado. — Busquemos... Aquí está. — 24 de diciembre de 185...

Me agitaba el insomnio; la discordante algazara de los instrumentos populares, habia ido apagándose poco á poco; pero mi dolor velaba. — El aguijon sigue clavado en la herida — ¿ Cómo descansar? — Eran las tres de la mañana. Apesar del frio y de la humedad, tomé el sombrero y salí á pasearme por las calles inmediatas á mi casa, muchas de entre las cuales no habia pisado jamás. ¡ Cuánto silencio! — La populosa ciudad yace dormida: mas de uno, empero, velará en alguno de sus ángulos. No fâltan criminales y hay muchos desgraciados.

Pasé por frente de unas ventanas abiertas en donde habia luz — el propio silencio. — Acerquéme mas. Entre cuatro ó seis blandones de amarilla cera, habia un atahud : en él, el cadáver de un hombre como de treinta años. Apesar de su espantosa palidez, aún habia en aquel rostro huellas de una fisonomía inteligente y espresiva, sensible y ardiente — la hermosura del hombre. — ¡ Qué horrible silencio! — Y el silencio es, empero, la armonía de las almas meditabundas, que solo bajo su influencia estienden libre y apaciblemente sus tímidas cuanto poderosas alas.

Cerca del féretro, medio recostados en unas sillas de tosca y grosera paja, dormian dos hombres de aspecto vulgar y repugnante: en una mesilla inmediata, ví una botella, vasos á medio vaciar y cigarros. Ni una voz ni un gemido resonaban en lo interior de aquella vivienda.... ¡ Pobre jóven! — ¿ Te sorprendió acaso la muerte, lejos del solar nativo, separado de aquellos que te amaban, ó ha empezado ya para tí el abandono total, el reino del olvido, antes de que la tierra te reciba de nuevo en su regazo materno? — ¡ Ay! — En ese pecho ahora insensible y frio, como la fúnebre lápida de un sepulcro, latia acaso un corazon generoso! ¡ En esos ojos, aún llenos y entreabiertos, pero sin luz ni espresion, irradiaba tal vez la creadora y semi-divina llama de la inteligencia y del sentimiento! — ¡ Y ese sér, que antes era capaz de pensar y de sentir; ese hombre, cuya palabra ó cuya pluma, cuya accion ó cuya doctrina, podian conmover, arre-

batar ó convencer á las multitudes, es ahora un monton cuasi informe de inerte materia, cuya corrupcion le hará, dentro de breves horas, odioso hasta á sus mas próximos parientes! — ¡*Sunt lacrymæ rerum!*

Y dentro de breves instantes, esta ciudad entera, sumida ahora en el olvido, así de las propias como de las agenas cuitas, despertará al placer ó al dolor; se levantará llena de ambicion é inquietud — de esperanza y temor. — Desde el soberano hasta el mendigo — ¡ cuántos planes, cuántas ideas, cuánto anhelo, cuántos dolores! — ¿ Y para qué? ¿ Porqué? — Por y para una cosa que dura un instante solo; para un momento doloroso: porque tal és, para los corazones bien formados, la vida humana.

¡ Cuán horrible debe ser la muerte para los que no tengan incontrastable fé en las promesas de la eternidad! Todo lo que nuestra flaca razon, abandonada á sí misma, columbra mas allá de la vida, es tinieblas y dudas y desesperacion.... ¡ La nada! — La nada absoluta y espantosa.... ¡Yo pongo en tí, mi esperanza, Dios mio, porque cuanto alcanzo á ver en derredor mio es vanidad y afliccion! — *Vanitas vanitatum et omnia vanitas.*

En cuanto á tí, ó jóven, desconocido hermano mio, ¿ porqué compadecerte? — Cansado peregrino, ya llegaste al fin de tu penoso viaje; desterrado inconsolable, vuelto eres ya al suelo de la patria; hijo pródigo, huérfano desventurado, ya te ha recibido en sus abiertos brazos el amoroso padre. — Une tu voz al alegre coro que festeja tu llegada. — *Mortuus eras et revixisti, et perditus eras et inventus fuisti.*

Empero — ¡ mísera madre, si la tenias aún! — ¡ Mísera madre!

¡ Cuándo será, para mí, la Noche-Buena del eterno descanso! — Si no he de vivir para ella — ¿ á qué las fatigas y amarguras de este penoso viaje?

Qué pascuas, Dios mio! Lejos de mi anciana y amorosa madre; lejos de mis hermanos; sin verla — sin oirla — ¡ Cuán lentas y amargas ruedan para mí las perezosas horas! — *Mihi tarda fluunt ingrataque tempora.*

No hay mas cura á este mal que la muerte. El desden, la ingratitud, la ausencia, todo ha sido vano. ¡ Hasta á la misma desesperacion resiste este amor! — Recuerdo que ahora tiempos ensayé enamorarme de otras, y triunfante ó derrotado, abandonaba luego aquel bastardo medio, lleno de ira y de vergüenza.

Voy á consignar aquí no sé porqué unos versos que para ella escribí, hace años, cuando pasaba de una á otra edad — durante el brevísimo tránsito, bellísimo en la muger, del fin de la puericia al principio de la pubertad.

¿Cómo habré de decirte que te adoro,
Ya en la mitad de mi azarosa vida,
Purísima azucena, desprendida
Del eterno pensil del sumo coro?
¿Cómo, mezclar mi lloro
A tu risa infantil, dulce amor mio,
Ni entrelazar el ardoroso estío
Con la verde, florida primavera?
— No se une en la pradera
La tímida viola
Al espinoso cardo; nunca amiga
De la punzante ortiga
Fué la roja y espléndida amapola.
Y, empero, el corazon salta á tu vista
Y se lanza hácia tí, como el acero
Vuela en pós del iman, cual leve arista
Que arranca, en su camino,
El hálito voraz del torbellino......
Truena en la mente, en vano, el grito austero
De la razon : la sangre no lo escucha —
Y en la tremenda lucha,
Tan solo un ¡ ay ! desgarrador, postrero,
Exhala el alma, al espirar su brio :
¡ Tuyo es mi corazon, dulce amor mio !

Años han pasado, largos, eternos! Y este amor de entonces, vive entero en mi corazon, como si él fuese el fuego que alimenta mi vida — ¡ Y este amor, no creido — no correspondido — despreciado quizás — es tan fino, que desesperado vive ! — ¡ Qué vida !

XVIII

Recuerdo que cuando yo era niño, decia mi padre, viendo en mí, cierta energía, un grande amor á la verdad, y una independencia de opiniones, muy rara en aquella edad de la vida, que yo seria un hombre notable — mi buena madre, que aún vive, contestaba, mirándome con triste espresion de previsora ternura : — « No sé si será notable; pero mucho temo que séa desgraciado. Siente mucho, y este es un tristísimo privilegio. » — Muchos años han transcurrido : la profecía de mi escelente padre, hombre él mismo notabilísimo, por su corazon y su talento, no créo que se haya realizado, y aunque nadie sabe lo que está por venir, temo que no se realice jamás. La de mi madre, sí; y en todas sus partes. Los ojos de una madre son muy perspicaces : las mugeres sienten mas que piensan : los hombres piensan mas que sienten; y el amor, cualidad divina, es superior á la razon, facultad humana.

¡Cuán hermosa es, mi ingrata adorada! Cuando se mueve, todo se anima y hermoséa : mas puro y fragante es el olor de las flores; mas dulce, acordada y deliciosa suena la música; mas grata es la voz del amigo, á quien, momentos antes apenas escuchaba, absorto en la contemplacion del alma de mi vida. — Cuando fija en mí sus azules ojos, en los cuales resplandecen el talento y la ternura, comprendo la beatitud de los bienaventurados.

Los ojos de la amada mia, son azules como el mar que baña las risueñas costas de la Grecia, si reflejan uno de esos sentimientos puros, tranquilos, suaves, del alma. Cuando está agitada por alguna sensacion tumultuosa, se pueblan de millares de chispas fosforescentes, y entonces parecen verdes. — Son garzos — los ojos de este color mudable, suelen señalar una constitucion privilegiada — Jesus, el prototipo de toda perfeccion, los tenia de este color — estoy seguro de que cuando los fijaba en su divina y amorosa madre, su mirada era de purísimo azul, como la de mi bien amada.

Hoy la he visto en un baile en casa del marqués de... embajador de... ¡Con cuánta alegría latió mi corazon al verla aproximarse al sitio donde hacia mas de hora y media que la esperaba! — Yo estaba hablando con uno de los mas altos personages de este país, el jóven Duque de... tan ilustre por sus virtudes como por su elevado nacimiento. Interrumpí bruscamente la empezada frase, y me lancé hácia ella, como el acero vuela en pós del iman.—Apenas notó quien la daba la mano en aquel momento. — ¿Es posible tanta ingratitud cuando uno es tan amado? ¿Puede una alma tan generosa como la suya, ser desagradecida hasta este punto? — ¡No! — Ella crée que yo no la amo. — Acaso atribuye á un juego de vanidad mi conducta. ¡Cuán hondas raices echó en su corazon aquella involuntaria ó piadosa calumnia de ahora años! — ¿Qué debo hacer para que créa en mi amor? — Morir; pero diciéndoselo antes. Así la obligaré á dar á mi memoria el respeto que un grande infortunio infunde siempre, y que no han podido inspirarle mis horribles dolores. ¡Muramos pues!...

¿Y mi anciana madre? — ¿Porqué acuso á nadie de ingratitud, cuando por mí propio veo cuan ingrato es el corazon humano? — Esperemos algun tiempo mas, y vamos arrastrando con el valor posible esta pesada carga de la vida.

XIX

Dias atrás me llamó uno de mis mejores amigos á su casa, para leerme una composicion poética. El dia anterior me habia hablado de uno de mis libros con altísimos elogios y aquella mañana me los repitió con notable calor. Leyóme despues su composicion, bellísima en la forma, salvo alguno

que otró leve defecto; pero en el fondo pantheista, qué es lo propio que decir, estrecha é infecunda para el bien. Así se lo observé honradamente, haciéndole sinceros elogios de su parte plástica, por decirlo así.

Entróse á cambiar de trage á una habitacion inmediata, y yo, buscando en que pasar el tiempo, tropecé sobre su mesa con el libro mio en cuestion. —¡Estaba sin abrir!—ahora bien: ¿no es desesperante que habiendo sido yo toda mi vida un ejemplo palpable de animoso martirio por mi amor á la verdad, me creyese aquel jóven, por otra parte de clarísimo entendimiento, capaz de faltar á ella, cebándome á precaucion con pomposos elogios de mis propias obras para obligarme á que alabase la suya? — Tentado estuve de arrojarle mi libro y su mentira á la cara. ¡Tál indignacion me causó aquella gratuita bastardía! — Pero ¡necio de mi! ¿No es esto fruto de la pequeñez y miseria del tiempo en que vivo?— Pensándolo mejor, me contentaré con tenerle en menos estima que antes. — ¡Siglo venal y miserable! Reniego de tu estraviada civilizacion y de tu falsa grandeza!

Ella, el bien de mi vida, aunque incapaz de esas viles estratagemas, me ha lastimado mas de una vez con sus dudas sobre la verdad de mis sentimientos. — ¿Debo quejarme? — Si me conociese á fondo me estimaria y respetaria: si comprendiese hasta qué punto es adorada, me amaria, y entonces seria desgraciada. La Providencia es justa; pero en verdad es muy duro no ser uno ni aún conocido ya que no amado. — *¡Fiat voluntas tua!*

XX

Hoy se lo he dicho: si supieras hasta qué punto eres amada; si llegases á penetrarte de la verdad é intensidad de mi amor, me amarias! — Y es seguro: no hay alma, noble como la suya, que resista al poder omnipotente del verdadero amor. — Mas vale que nunca lo sepa...

Séneca dijo hace muchos siglos: *Si vis amari, ama.* — « Ama, si quieres ser amado. » Y digan lo que quieran los filosóficos intérpretes de las bases eternas de nuestra religion divina, sobre esta máxima profundamente sabia y humana del filósofo pagano, fundó, sublimándola, es cierto, nuestro divino REDENTOR, su imperecedera doctrina.

Pero, Señor, si ha de serme siempre negado el celeste bien de su amor: ¿porqué has puesto en mi corazon este afecto inestinguible? ¿Porqué en el suyo, la piadosa simpatía que revelan, á despecho de su desconfianza, sus acciones y palabras? Si yo me viese despreciado, insultado, tal vez hallaria fuerzas en mi despecho, ya que no para arrancar de mi alma este amor, al menos para ocultarlo. Pero la veo piadosa, tierna, compasiva, y la amo cada dia mas. — ¿Cuál será tu designio, supremo regulador de lo infinito? Cómo acabará esta vida mia? — No sé; pero estoy seguro de que la amaré entonces como ahora, con todas las fuerzas de mi corazon!

Todos los dias, todas las horas — todos los instantes de mi vida, traen consigo una amargura. Mi corazon se multiplica en el dolor : mis entrañas, como las del fabuloso Promethéo, renacen incesantemente bajo la garra implacable que las despedaza. — ¿Porqué tan crudo encarnizamiento? — Yo he compadecido desde mi mas tierna edad todas las agenas desventuras. Tú, Señor, fuente de toda piedad, ¿habrás de ser siempre sordo al ay de mis dolores? — Mi amargura es comparable en su inmensidad, en su infinidad á la del arcángel precito; pero no tengo yo como él debe tener, una cosa que me ayude á sobrellevarla : la conciencia de haberla merecido. — Él perdió por su soberbia su venturosa eternidad — ¡Yo, entreví el paraíso de la dicha, y sin culpa mia le perdí! — ¡Señor, Señor! — ¿Y no ha de haber á este dolor remedio?

XXI

« *Conócete á ti mismo*, » decia Kylon de Lacedemonia, uno de aquellos siete famosos sabios de la Grecia. Máxima es esta que encierra una leccion profunda. — Yo en todo lo que de mí conozco, no hallo nada que justifique á mis ojos, el constante y terrible infortunio de mi vida.

Uno de mis mayores padecimientos es ocultar mis dolores á las miradas indiferentes. ¡Cuánto mal me hace el espectáculo de esos estúpidos festines en que se solaza tanto el vulgo de los humanos! — Y, sin embargo... ¡Cuántos de los que parecen felices no lo serán! — Recuerdo estos versos que leí en mi infancia y que acaso desfigure hoy porque cito de memoria, de uno de los poetas italianos menos conocidos y peor apreciados de nuestra época superficial y presuntuosa :

Se ciascun portasse scritto
In fronte l'interno affanno,
¡Quanti che invidia ci fanno
Ci farebbero pietà!

Mucha verdad y sabiduría encierran estas sencillas sentencias.

XXII

Este libro mio es un amargo depósito de lágrimas — lágrimas las mas amargas que pueden llorar humanos ojos, porque corren en la mas solitaria soledad!

He vuelto á verla. Ahora no me queda duda de mi infinita desventura. — ¡Ama á otro!...

No ha tenido bastante consideracion, ya que no otra cosa, por mis dolores, y en mi presencia ha prodigado muestras de apasionado cariño á ese jóven afortunado. — Mas daño me ha hecho la mala accion que ella cometia

que mi propia desventura — ámele en buen hora; pero ¿era necesario que faltase al recato de su sexo y de su edad, manifestando su amor en presencia de los estraños? — Porque no era yo solo el testigo de aquella inmodestia. — No tiene ni la disculpa que, aún á mayores faltas daria una pasion violenta, porque es imposible que la sienta por ese jóven á quien ella es tan superior.—Pero, vámonos con tiento.— Ni yo le conozco lo suficiente para juzgar de su mérito, ni en la situacion de espíritu en que me encuentro, pudiera ser imparcial.— La flaqueza humana permite raras veces esa casi divina fortaleza...

Pensemos en otras cosas.

Cada dia, cada minuto que se acumula sobre mi frente, aumenta el amargo tesoro de mis dolores y desengaños. — ¡Qué humanidad!

Para dominar á los hombres, es necesario ser, ó un malvado frio, incapaz de todo sentimiento generoso, ó un despreciable fanático. El hombre que rinda culto á la justicia : el que séa capaz de generosidad, de entusiasmo, de amor, está perdido. Sus propias virtudes le suscitarán á cada paso, embarazos y peligros. Sócrates, en cuya alma lució primeramente el sol de la verdad, bebió en Athenas la cicuta.

Jesucristo, sol de aquel reflejo, murió en un afrentoso patíbulo.

Galiléo y Colon, grandes lumbreras de la humanidad, fueron insultados, perseguidos y aherrojados en inmundos calabozos.

Cromwell, murió en su lecho, rodeado de todo el respeto y honores de la tierra. — Ambicioso, hipócrita, crüel, avaro, supersticioso, solo tuvo una prenda — el valor : — una virtud — el amor de la patria.

Mahoma, fanático ó malvado, se elevó desde una condicion casi servil, hasta las de pontífice y rey; y con el crímen y la violencia echó los cimientos de un imperio poderoso que aún dura, y cuya piedra angular es el predominio de la materia sobre el espíritu — lepra hoy universal.

La ley de Cristo, no ha muerto, porque no podia morir — es eterna; pero por los estravíos ó la incuria de los cultivadores, el fruto se ha viciado : — la simiente, empero, vive y vivirá eternamente sana. — ¡Es la esperanza de la humanidad!

El dia en que crezca, se desarrolle y fructifique, segun la eterna palabra, los hombres no serán dioses; pero la humanidad volverá á ser digna de su orígen divino. Aquel dia será el verdadero dia de la humanidad : y el hombre, borradas hasta las huellas de su primer pecado, re-entrará en el pleno goce de su naturaleza semi-divina. — ¿Lucirán estos tiempos? — Sin duda alguna; puesto que está en los eternos libros prometido. — ¿Cuándo? — Este es el secreto de Dios.

Pero ¿adónde me lleva mi pensamiento? — ¿Porqué me encuentro tan superior á mí mismo en la soledad? — ¿Porqué, hasta delante de ella, que

es el misterioso verbo de mi vida, me encuentro á veces embarazado, atado, con la presencia y la conversacion, llena de agudezas estúpidas, de unos cuantos presumidos? — ¿Porqué, á las veces, me deja parado una observacion cualquiera de un escolar adocenado ó de una adolescente coquetuela? — ¿Seré yo un hombre superior ó un imbécil? — No lo sé.

La luz, empero, que en campo abierto y al aire libre se esparce y debilita, dando apenas una claridad trémula y dudosa; recojida bajo un fanal, se fija, se concentra y arroja vivos é intensos resplandores. — Así la inteligencia humana.

Es evidente que á los seres privilegiados por el corazon ó por la inteligencia, les viene estrecho el trato comun con los demás hombres. La sociedad, en su acepcion vulgar, es el campo de las medianías: el hombre de verdadero talento necesita de la intimidad para formular sus idéas: el púlpito y la tribuna, hablo de las improvisaciones, no contradicen esta opinion; porque así el orador sagrado como el público, en el ejercicio de sus funciones, están solos, porque están por sobre la multitud que los escucha. — El que ama de corazon, no se halla bien sino envuelto en impenetrable misterio: el genio creador no concibe ni ejecuta si no en la soledad. — No cuadran bien, el bullicio inarmónico ni la estéril actividad ni los sentimientos de aparato, á los seres esplendidamente dotados por la mano de Dios. — En silencio prosigue la naturaleza desde el principio de los tiempos la inmensa y maravillosa generacion en todos sus reinos; y no hay minuto de tantos siglos que no presencie el nacimiento ó transformacion de millares de millares de seres orgánicos é inorgánicos.— Los cataclismos son ruidosos; pero no crean — destruyen. — Los hombres de verdadero genio ó de elevado corazon, tendrán que aparecer en sus relaciones habituales con la *humanidad práctica*, ya que no imbéciles, estravagantes: el privilegio de sus almas, es la desgracia de sus vidas — inevitable ley de las compensaciones; porque de estos contrastes y de estas aparentes injusticias resulta, en el mundo moral como en el físico, el equilibrio universal.

Si la suerte me hubiera colocado en esfera menos humilde; si con mis palabras, mis escritos ó mis acciones, hubiera podido dar nacimiento, desarrollo ó impulso á alguna grande idéa en beneficio del género humano, siquiera ingrato; claro és que la conciencia de mi alta individualidad, me habria consolado del infortunio de mi vida.— ¿Porqué has puesto en mí, Señor, tan inmensas aspiraciones y tan lastimosa impotencia?

Ella, el alma de mi vida, me habria hecho olvidarlo todo; su amor, habria cicatrizado todas las heridas de mi corazon: en ella habria concentrado todos mis pensamientos, todos mis deséos, todas mis aspiraciones — todas mis esperanzas. — ¿Porqué ha pasado al lado mio, como el vulgo de los humanos, sin ver el hombre que habia en mí? — ¿Puede haber mayor dicha para una muger, que ser amada como yo la amo? — Pero — si

no es capaz de sentirlo, ¿cómo podria comprenderlo? — ¿Es esta última sentencia un fallo de la fria razon, ó un grito de despecho del corazon herido? — Acaso lo último.

XXIII

Quiero escribir en este libro estravagante, todos mis sentimientos, todas mis ideas, todas mis opiniones. Si ve la luz pública y vive mas que yo: — ¿á cuántas interpretaciones sobre mi inteligencia y carácter no darán lugar sus desaliñadas páginas, si caen dentro de algunos años, en mano de algun erudito?

Odio á los eruditos — entiéndase bien á quienes doy este nombre — en tanto que se separan de sus compilaciones de épocas y datos para la historia filosófica, literaria, política ó biográfica. — Incapaces de crëar, miran con odio instintivo á los dotados de esta altísima facultad. A fuerza de buscar y de rebuscar faltas en las agenas obras, acaban por creer, *ab initio*, que toda produccion es mala. — La envidia oscurece sus ojos, y ven siempre sombras, allí donde acaso brilla el esplendoroso sol del genio. Cuantas reflexiones les ocurren son, ó inútiles ó falsas — ratones de las bibliotecas, su oficio es roër papeles viejos. Generalmente son exiguos de alma como de cuerpo: víctimas predestinadas de una raquitis constitucional, su espíritu y su cerebro padecen de humor escrofuloso. — La maledicencia y la mezquindad son su elemento...

Cuidado otra vez, que no hablo de los sabios. ¡Loór á Galiléo, á Pascal, á Newton y á Colon! — ¡La picota para Hermosilla y sus antepasados y sucesores!

XXIV

¡Cuándo latirás reposadamente, pobre corazon mio! ¿Cuándo dejarán de agitarte con esa febril violencia tus mal comprendidos sentimientos? ¿Porqué no envejeces tú, como el cuerpo que animas, como el alma que conmueves? — ¡Ay! — ¡Solo descansarás cuándo la sangre que aún hoy con impulso juvenil empujas, refluya hácia tí, helada con el soplo de la muerte!

Ayer la ví despues de muchos dias de ausencia: está mas delgada y hay menos color en sus mejillas. ¿Padece? — ¿Por qué? — ¿Por quien? — No me atreví á preguntárselo y habria sido ademas inútil. Para confiar uno sus secretas penas, necesita ó amar mucho ó ser muy indiscreto. — Ella no me ama, y es la misma discrecion. ¡Cuando pienso que si la hubiera conocido algunos años antes; que con un poco menos de adversa fortuna habria podido fácilmente alcanzar su posesion, casi me vuelvo loco de ira y de dolor! — ¿Porqué ha de haber criaturas tan desgraciadas? — ¿Porqué yo, que he hecho toda mi vida cuanto bien he podido, he de ser tan infortunado? — ¡Mucha resignacion se necesita para no blasfemar!

XXV

Una de las cosas mas dignas de admiracion en el sér finito y miserable que se llama hombre, es la facultad inmensa de amar y de sentir de que es capaz su flaca naturaleza. — Esto solo bastaria para convencerle de su origen divino. — ¿Cómo no estalla y se rompe mil veces el corazon humano, con el inmenso cúmulo de dolor y desesperacion que á las veces puede contener? — ¿No es esta una prueba incontestable, victoriosa, patente, decisiva, de la inmortalidad, de la ETERNIDAD del alma? — ¡Ateos! ¡Materialistas! — ¿No habeis amado? — ¿No habeis padecido? — ¿No habeis vivido? — ¿Cómo, pues, podeis dudar por un instante solo, de que hay dentro de vosotros un sér que no es finito, un sér, desde su creacion coexistente con la eternidad? — El divino don del pensamiento, por mas admirable que en sí séa, no viene á ser mas que una semi-prueba, comparado con la divina intuicion y las maravillosas revelaciones del sentimiento.

XXVI

Todo en derredor mio se agita y se conmueve, como galvanizado por una próxima y fatal revolucion. ¿Qué es ello? — ¿Porqué esa inquietud, esa agitacion insólita de las masas? ¿Amaga á la sociedad algun cataclismo fundamental? — ¿Es, sencillamente, una crisis del Ministerio? — ¿En qué consiste que mi corazon permanece frio é impasible ante tan turbulenta y general agitacion? — ¡Qué necedad! — ¿Qué me importa á mí el que se desgaje un Ministro ó se desplome el Gabinete entero? — ¿Qué cambio puedo yo esperar en la desgracia de mi vida?

Cuando, aguijado por la miseria, doy algun paso por mejorar de situacion, — hasta ahora, por cierto, sin resultado alguno — siento despues como el remordimiento de una mala accion cometida. ¿Vale en efecto la vida el trabajo de vivir?

De todas las humanas ambiciones, ninguna mas noble, ninguna mas digna de compasion, que la de renombre literario. Nada hay en ella palpable. — Esto no es una opinion hipotética; es una de las poquísimas verdades que he podido adquirir en mi vida, al precio mas subido y amargo — la dolorosa esperiencia.

Todas mis obras, siquiera tan humildes, han merecido una favorable acogida; una que otra, me ha dado lo que vulgarmente se llama *reputacion literaria;* pero todas juntas no han compensado ni con mucho, los floridos años de la juventud empleados en su produccion — no tomo en cuenta los

numerosos sacrificios de otra especie, hechos para la adquisicion de un fantasma, hermoso, si se quiere; pero, al cabo y al fin, un fantasma.

El hombre de letras, hablo de los que merecen este honroso dictado, vive forzosamente en una completa abstraccion. — Mientras dá forma y vida á las creaciones de su imaginacion, él se olvida de vivir. Tan exacto es esto, que hasta suele olvidar, todo aquel tiempo que su flaca naturaleza puede soportarlo, las necesidades mas imperiosas de la vida. — Es cierto que la fama póstuma, la perpetuidad del nombre, pueden compensarlo todo; pero ¿quién está seguro de que tan alto privilegio le séa concedido? — ¡Cuántas grandes obras habrán sido arrastradas por las vicisitudes de los tiempos al insaciable piélago del olvido! — ¡Cuántas medianías científicas y literarias han sobrenadado en el naufragio de los siglos, por el capricho de los hombres ó por el de la fortuna!

¡Cuántos pensamientos en cuya concepcion ó *invencion* se deleitaba mi alma, han pasado desapercibidos para el público mas escogido de nuestras cultas ciudades! — Las nobles y desinteresadas miras que me habian inspirado, no eran comprendidas; tomábase la verdad por insulto; el entusiasmo se estrellaba en el helado indiferentismo de aquellas almas; — mientras que los lugares comunes, las mezquinas alusiones, las indignas personalidades y los groseros chistes de prostituidos escribidores, escitaban estruendosos aplausos.....

Para los hombres de aquel *genio*, á que no me es dado aspirar, debe, sin duda, ser un insoportable martirio verse desdeñados de la sociedad en que viven; ó, aunque aplaudidos, mirar sus obras ó su fama, á tanta costa adquirida, acoplada, por decirlo así, á los miserables artefactos ó usurpadas reputaciones de esos albañiles literarios, deshonrosa cuanto prolífica plaga de nuestro anómalo siglo.

El hombre de verdadero talento que consagra su vida á los trabajos literarios, debe creerse superior á la gran masa popular. — Sin esta conciencia no escribiria. — La desaprobacion de aquella puede ajar su gloria; acaso destruirla; pero no rebajarle á sus propios ojos ni en su propia estimacion. En pié, rodeado de los escombros del templo que pensó levantar á la posteridad, con firme ademan y serena frente, devuelve á sus contemporáneos ofensa por ofensa; — desprecio por injusticia. — Pero ¿es esta, por ventura, una existencia envidiable? — Y cuando acaso despues de mil naufragios, luce para él el dia de la fama; ¿puede compensar un momento, por mas brillante que séa, una vida entera de sacrificios y dolores? — ¡No; nada hay tangible en la fama literaria.

La creacion afortunada, la obra inmortal, es una piedrezuela arrojada en el vasto occeano del tiempo. — Sepáranse un punto las aguas: una leve agitacion riza un instante su superficie; pero ciérrase de nuevo el insaciable golfo, y al rededor del hombre queda solo un debilísimo recuerdo. Acaso se estienda su impresion á otros pueblos — á otras edades; pero durante la vida del poeta, la huella de su creacion vase gradualmente debilitando, hasta quedar borrada del todo.

Las bagatelas del dia que corre: la política mezquina: las bastardas intri-

gas; las inmundas camaraderías, ocupan la lengua y llenan el pensamiento de sus contemporáneos.... ¡Infeliz del poeta que sobrevive á la edad de la produccion, porque se sobrevive á sí mismo! — Si Voltaire en Francia, y Goethe en Alemania, se libertaron de este comun anatema, no lo debieron precisamente, sino á aquello que deshonró su genio: el primero, (á su escepticismo revolucionario: el segundo, á su impío é infecundo materialismo.

Pero — ¿adónde voy? — ¡Buscando un olvido imposible!....

XXVII

Si las gentes que explotan el favor que me dispensan algunos poderosos de la tierra, penetrasen á fondo en el abismo de mis infortunios y dolores; si supiesen que muchas veces casi carezco de lo necesario, y que no pronuncio una palabra ni hago el menor esfuerzo para obtenerlo — ¡cuanto mas agradecerian mi actividad é interés en sus negocios!

Y, sin embargo, debo estarles agradecido, porque cuando me ocupo de los agenos males olvido los propios; y cuando mi corazon sangra por los dolores de otro, el bálsamo de la simpatía alivia de tal modo los mios, que casi llego á olvidarlos. ¡O divina religion del Crucificado! — ¿Qué mayor prueba de tu divina eternidad que tu profunda verdad humana?

Realmente no soi tan malo, que no mereciese un poco menos de adversa fortuna.

Este libro mio debe ser de cansadísima lectura para los que no sean ó al menos no hayan sido muy desventurados. ¡Cuantas repeticiones enfadosas no habrá en él! — Pero, yo pregunto: ¿Hay acaso variedad en las lamentaciones de los que padecen? — Cuando el dolor es uno, invariable, inmenso, — ¿No han de parecerse forzosamente unas á otras las quejas?

Ella, es el único pensamiento, el único amor de mi vida. El único verdadero, el único inconsolable dolor de mi alma, es la desesperacion de su amor. Los demas, son alfilerazos que no pasan de la epidermis. — El puñal que, de parte á parte atraviesa mi corazon, ella lo ha empujado.

— ¡Dios la bendiga en sí y en cuanto ame!

XXVIII

— ¡Cuantos cabellos blancos me ví esta mañana! — Mi frente esta sur-

cada ya de hondas arrugas. —Me complazco en estas señales de decadencia prematura: menos queda ya que vivir: la fatiga toca á su término y está cercano el descanso.... *Mors jam requies est; vivere pœna mihi*

XXIX

¡Libro, querido mio! Pantheon de mis muertas esperanzas; morada de mis constantes dolores; depósito de mis lágrimas amargas. —¡Cuanto tiempo há que no te habia abierto! — Há mas de tres años... y en este espacio tan minimo en la vida de la humanidad, aunque considerable en la vida del hombre — ¡cuantas cosas han pasado por mí!

Arrastrado por la indignacion que siente un corazon levantado, ante el espectáculo de los desmanes de la plebe, al centro del espumoso vórtice de la política; peleando despues como un soldado, para consagrar con la propia sangre los principios que con la pluma habia defendido; visitando despues y sin propia voluntad, las playas donde el Atlántico retrocede asombrado ante el poderoso empuge del caudaloso raudal del Orinoco, y las mas remotas comarcas que baña con sus tranquilas aguas el inmenso occeano Pacifico; allí donde la mano del hombre ha señalado con unas pocas piedras unidas con tosca y deleznable argamasa, la línea divisoria de ambos hemisferios; cuando el Creador eterno ha hecho surgir de las entrañas de nuestro Planeta, los límites titánicos del Chimborazo y del Cotopaxí; haciendo alli, como mas adelante en el Pacifico, y mas atrás en el Atlántico, esfuerzos increibles — estériles, almenos para mí, por restablecer la concordia entre aquellos hijos emancipados y la madre patria, sembrando la buena semilla que fructificará en lo porvenir, para levantar el pendon de Castilla de la injusta é irracional postracion en que, en aquellas vastísimas regiones yace por nuestra propia incuria y los dañados manejos de una raza enemiga..... ¡Cuantas cosas han pasado por mí, y cuan poca variacion encuentro en la desventura latente de mi vida!

Empero, seria ingrato, si no consagrase aquí, — ó tú, esperanza postrera mia! — un recuerdo á tu casi infantil y tiernísimo cariño. — ¡Bendita seas tú, que te acercaste al alma desterrada..... que la comprendiste y la amaste!

XXX

¿Para qué quiero yo vivir en este mundo? El hombre vive, ó con los bienes de lo presente ó con la esperanza de lo futuro. Yo soy desgraciado há mucho tiempo y no espero ser feliz nunca nunca! — Ella ama á otro: pertenece á otro. Sin una multitud de coincidencias tan dificiles como improbables, yo no puedo razonablemente esperar sino una vejez pobre y solitaria.

— ¿No seria, pues, para mí la muerte un beneficio del cielo? — ¡Dáme, Dios mio, una ocasion de morir con honra por una noble causa! Muchas veces he jugado la vida y tú me la has conservado. — ¿Para qué? — No niego la posibilidad de que yo séa aún feliz sobre la tierra; ¡pero tengo ya tan poco tiempo para esperar! — Mi cabello encanece rápidamente; no tengo familia propia, y los amigos son tan variables..... ¡y los hombres son tan egoistas!

XXXI

Cuatro años ha, dia por dia, que recibí la funesta noticia de la muerte de mi adorada madre. — ¡O madre, madre mia! Mientras me quedabas tú; mientras sobre la tierra me quedaba tu amor, mis triunfos eran dobles, porque gozaba yo por mí y por lo que tú gozabas en mis alegrías; mis penas y dolores y mis desengaños y miserias, eran menores, porque tú las compartias, y porque estaba seguro de encontrar siempre en tu regazo maternal un occeáno de misericordia y amor! — Todo se acabó. — ¡Con cuánto dolor vuelven ahora, una por una, mi corazon y mi memoria las páginas de lo pasado! — Me parece, ó madre, oir tu voz entonando aquellos cantares que arrullaron el albor de mi vida. Recuerdo todas las notas y todas las palabras. — Línea á línea se va formando en mi fantasía, hasta aparecer patente, vivo, tu angélico semblante..... ¡Quien pudiera olvidar! — Por una facultad crüel, por un poder fatal de la memoria, recuerdo todas las horas, todos los instantes de nuestra historia; desde aquellos dias en que yo, pequeñuelo, me dormias en tu regazo, meciéndome al compás de aquellas sencillas y dulcísimas canciones; hasta que, ya hombre, te ví llorar tantas veces con mis ligerezas y mis errores, aunque siempre lucia en tus benignos ojos y entreabria tus labios la suave sonrisa del perdon! — ¡Oh! ¡quién pudiera desdoblar el libro de la vida y redimir las faltas de lo pasado! — No llorarias entonces, madre mia, sino el llanto del orgullo maternal. — ¡Ay! — ¿Porqué jamás olvidamos el bien que pasó para no volver?

¡Intangible en detalle y en conjunto,
De amor ó de ambicion, poder ó gloria,
Es el mayor placer un breve punto
En el desierto de la humana historia:
Y, empero, grava eterno un fiel trasunto
De su efímero sér en la memoria,
Funesta, ilimitada catacumba,
En la cual cada línea es una tumba!

XXXII

La he visto despues de cuatro años de ausencia. ¡Cuánto dolor y cuánta alegría! — ¡Cuán rápida vino hácia mí, estendiéndome ambas las manos!

— ¡Cuánto afecto habia en sus ojos! — ¿Me amará? — Corazon... ¿todavía esperas? Y si así fuese — ¿lo podria sin faltar á sus deberes? Las leyes y costumbres, las creencias religiosas, los hábitos sociales; todo, todo se opone á este sentimiento que por su espontaneidad, intensidad y duracion en mi alma, créo yo natural, legítimo — santo! — Mi corazon y mi razon dicen que sí: los códigos religiosos y sociales dicen que no..... ¿Quien acierta? — Huyamos.

PARTE SEGUNDA.

CONCLUSION.

¿Quién acierta? — Responde tú mismo, hombre honrado: responde tú mismo, poeta cristiano. — Pon la mano sobre tu corazon, y no le dejes hablar hasta que no sientas por sus pulsaciones, pausadas y regulares, que se encuentra libre, siquiera por un momento solo, de la tumultuosa agitacion y de las peligrosas halucinaciones de la fiebre.

No hay felicidad posible fuera del amor legítimo. Los Códigos religiosos, las leyes humanas, te dicen la verdad. — Supon, por un instante, tu amor correspondido, satisfecho; y piensa en las consecuencias de aquella falta, que seria tu suprema dicha, para aquel sér á quien amas sobre todas las cosas. — La tranquilidad del alma que es el contentamiento de sí mismo, perdida para siempre.—Los tranquilos goces del doméstico hogar, trocados en continuo é insoportable martirio.—La estimacion general, perdida:— el miedo de el escándalo:— el temor del castigo: los mismos, inefables y casi divinos goces de la maternidad, trocados acaso en roedor remordimiento! — ¡Qué cuadro!....

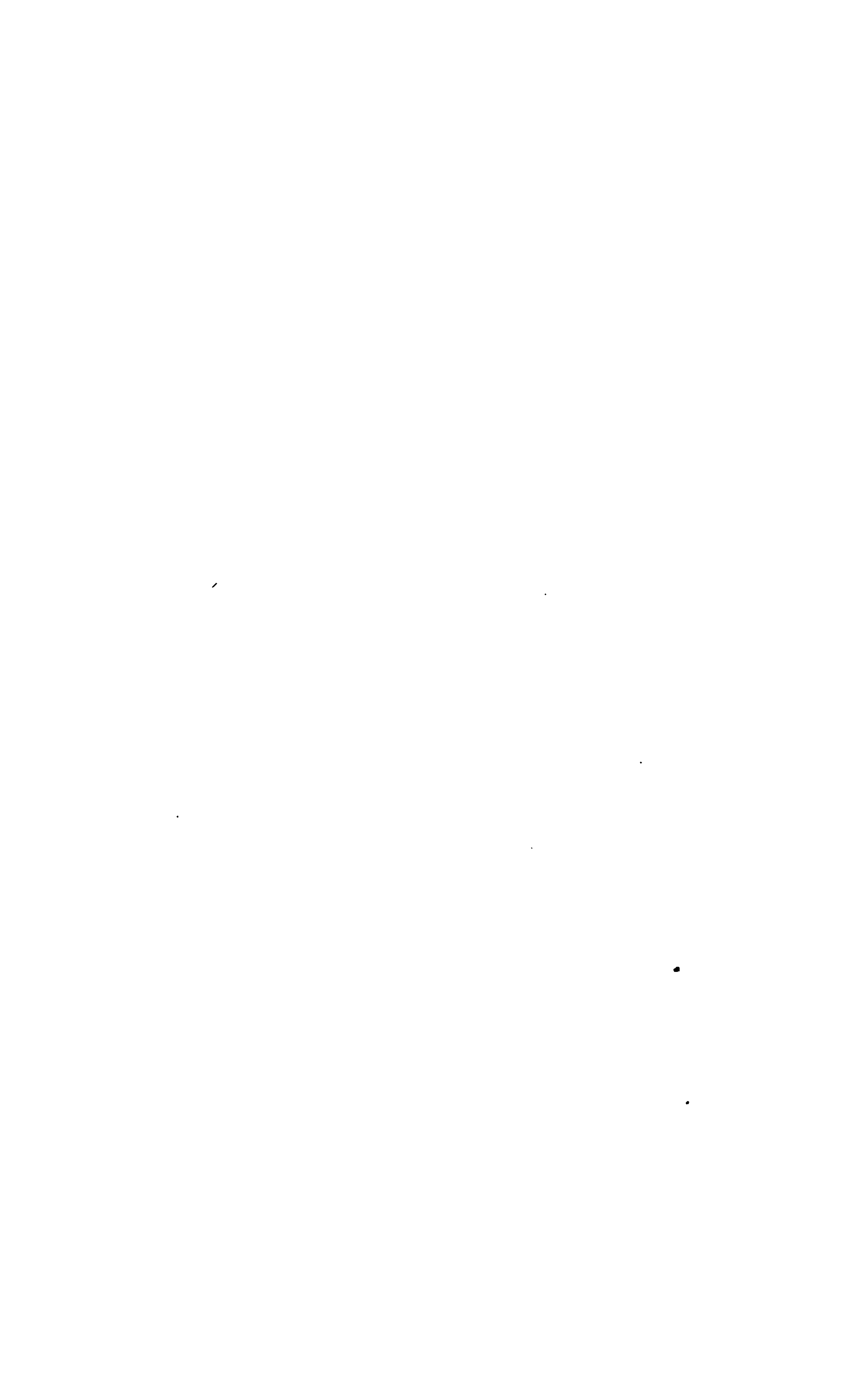
Y tú, dado el caso, raro, por cierto, de la perpetuidad de tu amor: supuesto el rarísimo evento de que aquella desventurada que antes te lo sacrificó todo, todo lo abandone por tí, y se refugie en tus brazos —¿qué puedes darla en cambio de tamaños y tan irremediables sacrificios? — ¡Tu amor entero, sublime, perdurable! — Pero, desgraciado de tí, esto no basta: frecuentemente la verás á tu lado, distraida — pensativa — grave — triste. — ¿Acaso no te ama ya, ó te ama menos?— No; su desgraciado amor es el mismo que antes: acaso mayor, porque es la única tabla que la queda en el universal naufragio de todos sus pasados bienes y esperanzas. — Pero su dolor es continuo, inmenso, inenarrable, siquiera latente. No prorumpe en amargas quejas y en ayes desgarradores, porque fiel á su naturaleza semidivina, no sabe afligir: su mision sobre la tierra, es consolar al hombre, sacrificarse por él. — Víctima resignada, calla; pero, no lo dudes: ¡es inmensamente desventurada!

Hasta en los efímeros momentos del deliquio amoroso, la sorprenderá entre tus brazos amantes la idea de su estravío, y el torcedor remordimiento la herirá con su emponzoñada saeta. — ¿Cómo puedes llamar sonrisa esa convulsion que contrae dolorosamente sus labios?...

Hombre frio, egoista: verdugo inhumano, vuelve en tí, si aún es tiempo. — Huye de su vista, huye; y si es necesario, salva en tu fuga los mundos y los mares. Amándola de lejos; evitando que ni la mas leve sombra empañe su pureza, la amarás mejor—¿Qué digo?—Así la amarás únicamente, porque solo en la abnegacion entera, absoluta, existe el amor verdadero!

Y de esta misma pintura, pálida é incompleta; pero conforme, en lo que abarca, á la eterna verdad, aprende á compadecer las faltas y los infortunios agenos. — Jamás unas tus acciones ni tus palabras, al estúpido vituperio ni á la cruel intolerancia mundana. Semejante proceder es indigno de un caballero: impío en un cristiano. Recuerda aquella hermosa sentencia de nuestro Redentor, tan humana en su divina misericordia, cuando se refugió á sus piés la muger adúltera, perseguida por las encarnizadas turbas que pedian á gritos que se le impusiera el horrible suplicio de la ley hebráica: *¡Aquel de entre vosotros que sin pecado esté, que la arroje la primera piedra!*

PENSAMIENTOS.



PENSAMIENTOS.

ADVERTENCIA.

Poniendo en órden varios manuscritos inéditos, para la presente edicion, me encontré con un atado de papel amarillento, titulado : « El libro. » Este título presuntuoso, no estaba justificado ni por la importancia de la obra, ni por la belleza del estilo, ni por nada, en fin, puesto que ni libro habia. Eran unos cuantos capítulos truncos los mas, y de géneros y asuntos tan distintos, que tratar de hacer de ellos un cuerpo de obra era empresa punto menos que imposible. Empero, sea con alguna justicia, sea cegado del natural amor que un padre profesa á sus hijos, he creido no deberlos arrojar al fuego, tanto mas, cuanto que muchos de ellos tienen suma analogía con el trunco *Monólogo* que atrás quedó, y que, andando el tiempo podrán servirme para la confeccion de un libro que hace mucho tiempo deséo escribir, y que, Dios mediante, escribiré, si el tiempo y la aficion no me faltan y al cual llamaré con un nombre algo parecido á *Filosofía sentimental.*

Irélos copiando segun me vengan á la mano, con epígrafe ó sin él, segun estén, y solo los dividiré con números romanos, para hacer tangible su separacion á los lectores distraidos.

I

Un hombre recto y justo en el sentido absoluto de estas palabras, jamás llegará á ser jefe de ningun partido político, porque todos los partidos son esclusivistas, y tienen aberraciones é injusticias que no pueden ser adoptadas, ni defendidas, ni por la verdadera ilustracion ni por la verdadera probidad.

La justicia es ecléctica : dá á cada uno lo que es suyo : al vencido mártir, su corona — al verdugo vencedor, su sambenito. El hombre que lleve por divisa la rectitud, en su vida pública, será, cuando menos, acusado de in-

decision. Entre la honradez absoluta y la política militante, existe un perpetuo é inallanable antagonismo. Por esto, el hombre verdaderamente justo, no puede formular á la vista de sus correligionarios políticos, sino utopias irrealizables.—No hay mas círculo para él que el de la familia; y aún en el reducido espacio de este santuario inviolable, no siempre vivirá tranquilo, porque no siempre será obedecido y respetado.

La razon no es la causa motriz en la vida de la humanidad, sino el moderador del movimiento, y la humanidad es casi siempre insensata. Por esto mismo, la razon, que debia ser el faro salvador, frecuentemente es fuego fatuo, y en vez de guiar al seguro puerto arrastra muchas veces al vertiginoso abismo. El único guia seguro es el sentimiento moral, orígen y manantial del sentimiento religioso.

Estas reflexiones sin ilacion, me han ocurrido muchas veces ante la ignorancia, la perversidad y la ingratitud humanas. ¿Cómo hay quien haga bien, ó quien persista en el bien, despues de ver confirmadas por su propia esperiencia, siquiera vasta, siquiera microscópica, las dolorosas lecciones de la historia? — Esta es una misteriosa idiosincrasia de los nobles corazones.

Mientras mas sirve uno, mas quiere servir, cuando el alma es buena. La abnegacion se multiplica por sí misma, si es permitida la espresion, porque hay en el corazon humano una facultad sublime que le impele instintivamente á amar mejor á medida que se sacrifica mas. Hemos observado atentamente este fenómeno moral en nosotros mismos y en muchos otros, en multitud de circunstancias en que variaban hasta lo infinito las edades, situaciones y educaciones respectivas; por lo cual, no ya deberíamos llamarlo fenómeno, sino ley de la naturaleza.

Hay un cuadro enteramente contrapuesto al anterior; y, por cierto, de mucho mas frecuente observacion; pero que, por su mismo aparente contraste, viene á probar victoriosamente lo antes espuesto. — Los malvados odian mas á sus víctimas, en proporcion del mayor mal que les han hecho. Así se esplica el encarnizamiento, estúpido cuanto inútil, de multitud de asesinos en el cadáver ya insensible al dolor y á los ultrages, de las infelices víctimas de su crueldad. — Estas contrapuestas observaciones, de cuya rigurosa exactitud no puede dudarse, son otra prueba mas de la íntima union y estrecha correspondencia de los séres, de las ideas y de los sentimientos humanos.

¿Será leido este libro mio? — No lo sé, ni me importa. Yo deposito en él, como el avaro en la hucha que contiene su tesoro, todas las adquisiciones de mi entendimiento y de mi corazon.

II

La probidad, obligacion imperiosa, deber perfecto del hombre en la vida privada, como en la pública, suele ser lastimosamente desatendida en esta última por casi todos aquellos que aspiran al renombre de

hombres políticos. Lejos de ser menos necesaria en esfera mas vasta, es mucho mas obligatoria; porque claro está que siendo mayor la órbita de accion, mas grande será el peligro y mayores los estragos que cause la falsedad.

Muchos soberanos y guias de los pueblos, han hecho particular estudio del famoso libro « del Príncipe, » de Machiavelo — Federico II y Napoleon I°, entre otros.

Pero me ocurre preguntar: ¿ Quiso el eminente filósofo florentino, dar á los hombres un código de fria perversidad? Yo, créo que no : el tal escrito es una elocuente esposicion de la maldad de la tiranía, y mas que para adoctrinar y halagar á los tiranos, parece destinado á precaver á los pueblos de la servidumbre, siendo á par un espejo en que pueden verse aquellos azotes del género humano, en toda la horrible pompa de su monstruosa fealdad.

Por lo demás, los hombres son muy ingeniosos para disfrazar ó defender sus estravíos, y no hay crímen, por abominable que séa, que no pueda disculparse con algun pretesto ó apoyarse en alguna sentencia autorizada. —Esto viene muy de atrás. — Rómulo pretendió lavarse del asesinato de su hermano Remo, apoyándose en el inminente peligro y en la absoluta necesidad de la salvacion de su naciente patria. « *Sic deinde quicumque transiliet mœnia mea.* » ¡ Así pretendió atenuar, y lo logró en efecto, el espantoso crímen del parricidio, y ocultar su desenfrenada ambicion del mando soberano, bajo el hermoso manto del amor de la patria! — De entonces acá — ¡ cuántos parricidios y cuántos Rómulos!

III

No todos los humanos son capáces de virtud, y mucho menos de esas virtudes que subliman y depuran el corazon humano hasta acercarlo de nuevo á la pristina grandeza de su divino orígen. — No es cuerdo pues esperar; ni prudente suponer; ni justo exigir al mayor número de los mortales, sacrificios que escedan á sus fuerzas, por decirlo así. La beneficencia, la generosidad, el valor, el heroismo y la abnegacion que es su quinta esencia, son para aconsejados, no para preceptuados. Un código que ordenara á todos los hombres que fueran héroes, seria justamente calificado de absurdo. El legislador que preceptuara como *deber perfecto* á su pueblo, la práctica constante de las altas virtudes, acabaria con el heroismo en su patria.

Los nobles sacrificios, las abnegaciones sublimes, són actos espontáneos: —ordenados, dejarian de ser heróicos. El hombre mas desinteresado en sus sacrificios, aspira, cuando menos, al respeto y amor de sus contemporáneos ya que no á la admiracion de la posteridad. — El que ama, tiene, aunque sea remotísima, la esperanza de ser amado algun dia. — El confesor cristiano, en el fiero potro estendido, si arrostra el tormento y opone un valor incontrastable á la cobarde saña de sus verdugos, es que tiene en

la tierra, para su memoria, la corona inmarcesible del martirio : en el cielo, la eterna promesa de la bienaventuranza perdurable.

Repúblicos y soldados conozco yo, capaces, como Curcio, de arrojarse con armas y caballo á la sima por salvar á su patria; que esquivarian hasta el mas pequeño peligro, cuando los compeliese á arrostrarlo, armado de las tablas de la ley, el alcalde de su barrio. Al soldado no se le dice : « ¡ Marcha á la muerte! » — sino — « ¡ Marcha á la victoria! »

La abstencion del mal, no es comun en el hombre : la práctica activa del bien, es cosa harto rara.

IV

DEL SENTIDO COMUN.

La frase que sirve de epígrafe á este capítulo, es un anglicismo, que pasando por el vehículo intelectual casi esclusivo que hoy acata España, es decir, por el taller parisiense, ha llegado hasta nosotros y obtenido en nuestro pais carta de naturaleza. El sentido comun, *common sense*, serálo y debe serlo en Inglaterra, region habitada por un pueblo flemático, meditabundo, muy ilustrado, y sobre todo *altamente práctico*, frase cortés para quitar al féo egoismo á lo menos la fealdad del nombre; pero es sin duda muy raro entre los habitantes de las tierras meridionales, naturalmente dados á no pensar, amantes de la inaccion del cuerpo y de la paralisis del espíritu y que no obran sino á saltos irregulares en su estension y duracion, saltos producidos por los sacudimientos de su sangre ó las inspiraciones de su genio.

El sentido comun, aplicado á la vida de los individuos ó á la de la sociedad, es la ciencia de las ciencias, y aunque sea duro confesarlo, el patrimonio de las medianías. Mientras mas grande sea el talento, mientras mas levantado séa el corazon, menos susceptible será quien los posea de servirse del poderoso talisman. Hé aquí el mayor martirio de los seres privilegiados, porque ademas de lo difícil que les és ser comprendidos por las miriadas de inferiores seres que giran en derredor suyo, es casi imposible que dejen de ser arrollados, hollados y vilipendiados por aquellos cuya única ciencia es el calculador egoismo.

Aplicado el sentido comun á las ciencias, á las letras y á las artes, es una cosa utilísima, si bien ocupa el tercer lugar entre las potencias que para su cultivo y adelanto se requieren; debiendo estar en el primero el genio ó ingenio, ó sea fuerza creadora, y en el segundo el talento ó fuerza completadora é iluminadora. En la encadenacion, ó como quieren otros, el paralelismo universal, véo que el talento suele parecerse al genio y el sentido comun al talento; y estas semejanzas se ensanchan y se hacen mas tangibles á medida que las dos fuerzas inferiores por su estension é intensidad se acercan mas á la primera. En suma, el *genio* créa; el talento metodiza, pulimenta y aún á veces completa lo que aquel créó; y el sen-

tido comun, fija reglas, deduce doctrinas y teje de mil maneras lo que aquellos inventaron y perfeccionaron. Galiléo, Newton y todos sus iguales en las ciencias, las letras y las artes representan la primera potencia: — Buffon y los suyos, la segunda; y la tercera, esto es, el sentido comun, todos los autores de métodos, compendios y toda clase de libros de texto para la pública enseñanza. Utiles, diré mas, necesarias; pero medianísimas entidades.

Trasladando la cuestion al terreno, bastante conocido para nosotros los españoles, de la patria literatura, yo diria que Lope, Calderon y Cervantes fueron genios; Moreto y Alarcon talentos, y Moratin, sentido comun. En las escuelas de pintura romana y española, hay genios y talentos: en la flamenca, talento algunas veces — sentido comun siempre.

V

DE LA PENA CAPITAL.

(ARTICULO DE PERIODICO.)

Mientras dure en los códigos de los pueblos la facultad de imponer la pena capital; mientras las leyes de un país tengan poder para quitar lo que no pueden devolver, los códigos y los pueblos serán bárbaros: unos y otros, verdaderos *foragidos*, estarán moralmente fuera del círculo de la humanidad.

Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. ¿Con qué derecho lo querrá el hombre? —¡ÉL, fuente de eterna vida, la prohibe, y el hombre, siervo de la muerte, se atreve á imponerla á su semejante! Quiso Dios morir para hacer el suplicio aborrecible: vino á dar la vida eterna, y recibió de los ingratos hombres el suplicio mas afrentoso por recompensa; y sin embargo, muere pronunciando palabras de amor y mansedumbre: no pide castigo para sus verdugos; no venganza contra sus asesinos — Muere implorando la piedad del irritado Padre en favor de sus hermanos estraviados: « *Perdonadlos, Padre mio, porque no saben lo que hacen!* »

Profundos jurisconsultos y clarísimos filósofos, han hablado antes que nosotros de lo injusto de la pena capital, por la desigualdad de los crímenes á que se aplica; de su ineficacia, por la esperiencia de la historia; de su inmoralidad y crueldad, porque cierra al culpable el camino de la rehabilitacion por medio del arrepentimiento. Es inútil, pues, que nos detengamos sobre estas consideraciones, y vamos á esponer ciertas ideas nuestras, puesto que no son aprendidas. El cadalso casi rehabilita al criminal, casi le justifica, al menos á los ojos del vulgo. Cuando la vara de la justicia se convierte en instrumento de destruccion, bala ó guillotina, hacha ó cordel, toma á nuestros ojos el odioso carácter de instrumento de venganza.

El reo que acierta á subir al patíbulo con valor; el desgraciado que

afronta sin pestañear el momento supremo, toma, si muere por un delito político ó religioso, el carácter de mártir; si, por un crímen de otra especie, las proporciones de héroe. — Y aquí vemos nosotros, el dedo de la Providencia, que venga á las víctimas haciéndolas aparecer superiores á sus verdugos.

Los juicios de los hombres son falibles. — ¡Cuántos condenados ha habido, hay y habrá, que ante la justicia divina, única infalible, eran, ó son, ó serán inocentes! Y aún al mas desalmado criminal ¿quién tiene derecho de arrebatarle un bien emanado de un poder superior al humano? — La sociedad tiene, sin duda alguna, derecho de defenderse; mas aún: deber de imposibilitar para el mal al perturbador del reposo público, cualquiera que sea el género de su delito; pero no tiene derecho de matarle. El que mata no hace justicia — se venga.

Que si de estas consideraciones generales, descendemos mas inmediatamente á la aplicacion de la ley penal, hallaríamos solo un caso en que, ya que no justa seria disculpable la pena de muerte — el homicidio voluntario — con premeditacion y alevosía. Y esto mismo, en contradiccion evidente y palpable con la divina ley del crucificado, piedra angular de toda sociedad cristiana. No la ley de Jesus, sino la mosáica es la que pide *oculum pro oculo, dentem pro dente*. La pena capital es, pues, hasta en el homicidio voluntario, un resto de barbarie, indigno de permanecer en los códigos de las naciones que aspiran al nombre de civilizadas, al glorioso timbre de cristianas. *Non misereberis ejus; sed oculum pro oculo, dentem pro dente*, decia el Dios de los ejércitos y de las venganzas, el Jehováh de los hebreos, en fin. Jesus, nuestro divino Maestro, dice suspendido en el mas afrentoso y crüel de los patíbulos : « *Perdonadlos, Padre mio, porque no saben lo que hacen...* »

Y si la idea religiosa es la base fundamental de toda sociedad humana, que el hombre va de tránsito á otra vida mejor; si la doctrina evangélica es la única perfecta y eterna, y su letra espresa prohibe el suplicio del hombre por el hombre; — ¿porqué ha de durar en pié esta escandalosa contravencion á la ley, este contrasentido mortal en los códigos de pueblos que ha tantos siglos se alimentan *del pan de la vida*?

¿Qué diremos de la pena de muerte, impuesta por delitos políticos: delitos que lo son únicamente por la oportunidad ó inoportunidad, por una mera cuestion de tiempo? — Semejante institucion basta por sí sola á deshonrar al pueblo que la sufre.

Los que defienden la pena capital por el natural horror que á morir tiene el hombre, no conocen el corazon humano. La muerte es un momento : por mas amargo y doloroso que sea, al cabo es un momento. ¡Cuánto mas temible, cuánto mas insoportable es el encierro perpetuo! — ¡Un hombre que puede vivir un año, dos, diez, veinte, sin ver la luz del dia, sin oir una voz humana, sin poder quejarse con un semejante suyo! Solo, cara á cara con su corazon, atormentado del remordimiento, y en el borde de la eternidad, porque aquel estado ha de durar hasta que él muera; sin poder jamás escapar de sí mismo, ni distraerse un punto de la idea de su

fin! — ¡Contando una por una las pulsaciones de su sangre; enumerando segundo por segundo las horas de su terrible agonía; — ciegos los ojos del cuerpo y los del alma, mas libres y penetrantes, en proporcion de la paralisis de los sentidos, campeando poderosos en las tinieblas y penetrando los abismos del propio sér y acaso los asombros de la futura vida! — ¡Cuán horrible suplicio!...

¡Cuántos hombres hay para quienes la muerte es de poca monta! Hombres hay, pacíficos, buenos, benévolos, que la han arrostrado veinte veces por tonterías sociales, por mera curiosidad ó por la emocion penetrante semi-dolorosa semi-agradable de afrontarla. Nosotros lo hemos hecho, y no nos créemos héroes — lejos de eso.

El encierro perpetuo nos espanta de tal modo, que preferiríamos, no una sino mil muertes, desde la fulminante que sufre un soldado fusilado á diez pasos, hasta la lenta y espantosa agonía á que condenan ciertas tribus salvages de la América á sus enemigos...

Despues de escritas las anteriores líneas, hemos visto morir en el patíbulo á un criminal tristemente famoso — el cura Merino.—Nos hemos confirmado en nuestras doctrinas; pero no queremos escribir mas sobre este asunto. — La primera ley que impuso la pena de muerte, fué dada por un tirano cobarde ó por una República idiota.

VI

DE LA SINTESIS Y DEL ANALISIS.

Todo el mundo sabe que la síntesis es el polo opuesto al análisis; que esta consiste en llegar á la verdad comprensiva ó conocimiento perfecto de un hecho, objeto ó sér cualquiera, estudiando línea á línea, cualidad por cualidad ó molécula por molécula; y la otra en deducir esta verdad, ó llegar al conocimiento del hecho, objeto ó sér en cuestion, por la contemplacion simultánea de todas sus partes ó de todas sus cualidades.

La síntesis es inherente á todas las inteligencias de primer órden. El análisis es cualidad de los entendimientos sólidos y claros; pero no capaces de las maravillosas intuiciones del genio. No todos los ojos pueden contemplar de frente la radiante luz del sol: todos los que no fueran absolutamente ciegos, podrian contemplarla si fuese posible dividirla en fracciones acomodadas á la intensidad y robustez de su vision. Este ejemplo solar, demasiado elevado por cierto, puede aplicarse á todas las cosas de la vida, y de su recta aplicacion resultaria el convencimiento de la verdad de nuestra teoría.

Las deducciones sintéticas están, como todo lo que de cerca ó de lejos nos toca, sujetas á errores y estravíos; pero no lo están menos las analíticas. Si el espíritu sintético puede equivocarse atendido lo difícil que es abarcarlo todo en una contemplacion general; el analítico está espuesto á lo mismo, por lo difícil sino imposible, que es comparar los infinitos

detalles de un todo, estudiados separadamente, y apreciar sus mutuas relaciones y afinidades, para deducir la verdad general. Los filósofos llaman métodos á la síntesis y al análisis : nosotros los llamamos facultades ó tendencias naturales del espíritu. Consideradas como métodos, no damos á ninguno la preferencia; si, créemos, que aquella deduccion será cierta que inventada primero en conjunto por la síntesis, se descomponga y reconstruya de nuevo, átomo por átomo, por la facultad contraria — ó vice-versa.

VII

DE LA FÉ.

La Fé, segun el dogma cristiano, es una, la primera de las virtudes theologales, ó sea fuerzas del alma que hablan de Dios, causa primera y necesaria de cuanto és y vive en el mundo físico como en el moral. Cualidad esencialmente divina no puede ser sino del alma : aplicada al barro del cuerpo, no puede ser sino instintiva, es decir : no puede ser demostrable porque escapa por su naturaleza al predominio de la razon. Créo en Dios, porque lo siento; pero no puedo pintarlo como causa, y solo concibo ó adivino su existencia por aquellos efectos tangibles á mi escasa comprension.

La fé, como todas las cualidades divinas que separan al hombre del resto de la creacion animal, ha sido, es y será objeto ó causa de mil aberraciones del entendimiento á cual mas risibles. Aquí dice uno : créo en las matemáticas, porque todas las verdades de esta ciencia están demostradas ó son demostrables. — La razon no tiene fé en una cosa demostrada, ni en un sistema cuyo conjunto la convence. — La vé y la toca : está convencida de su verdad. Esta no es la fé : es una operacion sencilla del entendimiento, una facultad puramente humana. Cuando digo que dos y dos son cuatro, no tengo fé en la adicion que acabo de hacer : sé lisa y llanamente la primera operacion de la aritmética.

El representar á la fé con los ojos vendados, es una idéa ingeniosa pero no exacta : símbolo incompleto como todos los símbolos. La fé, como todas las grandes verdades morales no es perceptible á los sentidos del cuerpo, ni á las facultades humanas, por decirlo así, del espíritu; pero sí á las fuerzas divinas del alma; mas todavía; es su único guia, su fuerza, su vida; porque sin ella, todo es tinieblas, incertidumbre y desesperacion. — El hombre sin fé, queda reducido al estrecho círculo de las sensaciones corporales — á la existencia del bruto.

La fé religiosa es la base de la privada, la cual viene á serlo, por una sucesion muy natural, de la política. Sin la primera no puede existir la segunda; y sin esta, base necesaria de la conducta del hombre, como individuo, mal puede existir la tercera, que no viene á ser otra cosa sino la aplicacion de aquella al cuerpo social, por cuya razon se la llama política. — La fé religiosa es, pues, á las otras, lo que la poesía lírica á las

demás poesías, es decir : la facultad divina, la primitiva, base y fundamento de las otras que no son mas que reflejos ó modificaciones suyas.

VIII

DE LA ESPERANZA.

La segunda virtud del alma que habla de Dios, es la Esperanza, tan hija de la Fé, que sin ella no puede existir. En el mundo moral como en el físico, la diversidad es aparente; porque todo está encadenado, todo es homogéneo; todo se refiere forzosa é inevitablemente á una causa primera. Y cualquiera que sea el espacio de esa inmensa cadena — de esa adicion gigantesca que nuestro espíritu abarque y comprenda, demuestra palpablemente la unidad de sér que imprimió á su vasta creacion aquella incalculable unidad de amor que llamamos Dios.

La Esperanza, es, pues, el segundo eslabon del mundo moral, ó séa de los sentimientos y de las ideas. La Esperanza se diferencia de la Fé, en que esta impera y aquella persuade. La Fé, es activa: la Esperanza, pasiva. Aquella es el *cuneus* de los antiguos, la cuña que rompe y taladra; esta, la falange macedonia ó nuestro cuadro, la fuerza que resiste. Aquella, la fuerza impulsiva: esta, la de resistencia. La una sin la otra no pueden existir — mejor dicho — la existencia de la primera implica necesariamente la de la segunda.

Y de esta mutua y maravillosa incubacion, resulta una tercera potencia que es la mas pura espresion de las otras dos, ó, si se quiere, su necesario complemento. Hablamos de la Caridad, que es el Amor.

IX

DEL AMOR.

Esta es la tercera línea del triángulo divino; la interpretacion del enigma de la vida; el *verbo* misterioso, comprensivo y omnipotente de la creacion entera.

Quitad el amor al hombre y al bruto y quedará desierto el mundo: — quitad la atraccion á la materia no pensante, y desapareciendo el poder que une sus partes componentes y hacina y aglomera sus átomos, disolveráse el todo y volverá el universo al caos. . . . .

. . . .

. . . .

Para los lectores que puedan suplir lo que falta á este capítulo, lo que falta es inútil. — Para los no capaces de llenar este vacío, debe ser indiferente.

X

DE LA DUDA.

De la existencia de Dios, de la inmortalidad del alma, del amor, del dolor moral, de todas las verdades de sentimiento, en fin, no se duda. Se crée ó no se crée: — se siente ó no se siente.

De las verdades de otro género se duda y la duda es el principio del saber: sin ella permaneceria estacionaria la humanidad. Dudar es vivir en el mundo de la ciencia. La duda es la misteriosa palanca que tiene en perpetuo movimiento esa curiosidad insaciable, condicion primera y necesaria de la humana perfectibilidad. Ella condujo á Tycho-Brahe, á Galileo, á Kepler y á Newton á sus inmortales descubrimientos. Ella abrió á Colon las immensas soledades del Occéano, desarrollando ante sus ojos asombrados las vastas y fértiles regiones del Nuevo-Mundo!

La duda, por consiguiente, lejos de ser un estravío ó enfermedad de la razon, es una condicion necesaria de su perfectibilidad, de su vida.—El que no crée en nada es un malvado: el que todo lo crée, es un necio.

Dudar de las supremas verdades de nuestra santa religion es tan impío como absurdo; puesto que todos los esfuerzos de la razon humana son impotentes ante lo que no es demostrable. Dudar de la virtud, del Amor; de todo lo que hay mas noble y santo en el corazon humano, lejos de ser fuerza, es flaqueza; lejos de ser elevacion, es miseria; pero dudar de todo lo que está sujeto al dominio de la razon, no solo es lícito sino útil, y, como antes dijimos, necesario.

XI

DEL DOLOR.

Nada existe en el mundo físico ni en el moral mas espresivo de la existencia y omnipotencia de Dios, y al mismo tiempo de nuestra pequeñez y miseria, que el dolor.

Él Dolor, divinidad terrífica, cuyo poder, á semejanza de una red misteriosa é inevitable, envuelve á la creacion universal, desde el mas vasto de los soles que se ciernen en los espacios ilimitados, hasta el átomo impalpable á nuestra débil percepcion; que tortura á la humanidad entera, desde el monarca mas poderoso hasta el último mendigo! — Poder mayor que todos los poderes; mayor que la Fé, que es la mas admirable facultad que concedió al hombre el poder divino; mayor que la esperanza, que es la mas pura; mas grande que el Amor, la mas inagotable! — El athéo mas endurecido, el estóico mas indiferente, se ven obligados á reconocerlo. — Crisol donde se depuran las flaquezas del cuerpo y las deformidades del

alma; piedra de toque suprema de la humana fortaleza, su existencia es tan necesaria, que sin él, las tres fuerzas del alma que hablan de Dios, la Fé, la Esperanza y el Amor, serian del todo inútiles sobre la tierra. Su poder es tan grande, que él solo equivale á todos los demás.

En este vasto equilibrio del universal conjunto y del mas mínimo detalle, el dolor es el contrapeso constante y continuo de la creacion. Nada escapa á su dominio: no hay sino una diferencia que observar, como dice un elocuente escritor de nuestros dias, y es que: « *Hay dolores fecundos y dolores estériles; padecimientos infames y martirios gloriosos.* »

XII

DEL VALOR.

El valor es una de las mas nobles cualidades que separan al hombre del resto de la creacion animal. Innata, puede elevarse por la educacion hasta una altura semi-divina. Dijimos que era una de las mas nobles cualidades del hombre: añadiremos que es tambien una de las mas raras. Aunque humana, nace tan inmediatamente de la trinidad divina y creadora cuyos tres poderes son Fé, Esperanza y Amor, que en muchos de sus atributos se iguala á ellas. Es absoluto como la Fé; invencible, como la Esperanza; inagotable, como el Amor.

Pero no hay virtud alguna que ande tan desconocida, ni que sufra tantos ultrages de la ignorancia é impiedad humanas. Innumerables son las falsas representaciones de esta virtud. Sin que pretendamos sentar reglas generales, ni mucho menos escluir la posibilidad de que se encuentre el verdadero valor en todas las clases de la sociedad y en todas las circunstancias de la vida, diremos nuestra opinion sobre varias especies de falsos valores.

El del campo de batalla, que es el mas comun, se puede traducir en el mayor número por disciplina, ó por pundonor; en los restantes por ferocidad.

El del duelo, por ira ó vanidad.

La mayor parte de los ejemplos del llamado valor cívico, en todos los tiempos de la historia, por vanidad, por fanatismo, por preocupaciones, por impudencia ó cinismo. — Estas últimas causas convienen mas á los tiempos de la historia moderna.

No son los héroes de Homero, los únicos cuyo valor consistia en la confianza que les inspiraban, ya el temple de sus armas divinas, ya la invisible proteccion de algun Dios. Desde el famoso Cónsul Cneo Octavio, que esperó con intrépida constancia, sentado en la silla curul y rodeado de sus lictores, á los sicarios *marianos*, porque un astrólogo le habia asegurado que no moriria en aquellos disturbios — ¡ cuántos rasgos aparentes de intrepidez y valor causarian risa y asco, analizados á la luz de una sana crítica!

¿ Qué tiene que ver con el verdadero valor el que el soldado medio embriagado con el humo de la pólvora, violentamente escitado su sistema

nervioso con las detonaciones del cañon y el ruido de las trompetas y atambores, se bata bien? — Y al contrario — ¿cómo se esplica el pánico de una division entera, al oir el simple grito de: *¡Sálvese quien pueda!*

He conocido muchos héroes, en la pública opinion, que eran en realidad unos cobardes. Valientes militares, duelistas terribles, que en una tempestad en la mar ó en un terremoto, pedian á Dios misericordia y se confesaban á voces. Hombres jóvenes y fuertes que en el momento de una descarga en las calles se apoderaban violentamente del guarda-canton ó marco de puerta donde un anciano valetudinario ó una flaca muger habian refugiado su debilidad.

La mayor parte de esos pretendidos héroes, necesita que haya teatro y espectadores para mostrar su arrojo. A media noche y en lugar solitario, huirian hasta de su propia sombra. ¡Cuántos hombres, valientes para un peligro dado, se amilanan ante un dolor moral, ó, lo que es mas miserable aún, ante un dolor físico! — Heme encontrado en ciudades apestadas, en terremotos, en tempestades marítimas. — El teatro era vasto: los actores numerosísimos. — He visto muy pocos hombres valientes; pocos, poquísimos, que sin sostenes accidentales, merecieran el título de esforzados.

¡Cuánto mas valiente, cuánto mas digno, me parece el gran Themistocles, al decir al impaciente ciudadano que alza contra él su baston, aquella sencilla sentencia: «*Pega; pero escucha*,» que nuestros modernos espadachines! — ¡Cuánto mas noble es el proceder del que habiendo ofendido injustamente á otro, reconoce su falta, que el del duelista que crée que si no sostiene la injusticia con las armas, queda deshonrado!

No vacilamos en repetirlo: el verdadero valor es tan raro como el honor verdadero, y este último apenas existe sobre la tierra.

La muger, la mitad mas noble del género humano, es mucho mas capaz que el hombre del valor moral, que es el verdadero. Es muy sencillo: siente mas y siente mejor que el hombre. Su vida es una serie no interrumpida de sacrificios y abnegacion. — Vive perdonando agravios: pagando con su casi divino amor nuestras humanas ingratitudes. — Desde que empieza á amar, y esta es la aurora verdadera de su existencia sobre la tierra, empieza á padecer, y sus padecimientos duran tanto como su vida. ¡Cuánto no tiene que sufrir y perdonar al hombre, como amante, como esposa y como madre! — ¡Y sin embargo, para ella, en estos tres grandes caracteres, el último de los cuales es sagrado, no hay ni condecoraciones ni estatuas, ni fama, ni siquiera agradecimiento! ¡O sér modesto, héroe ignorado de la humanidad, divinidad del hogar, encarnacion viviente y hermosa del amor divino, yo te bendigo!

XIII

DEL HONOR.

¡Cuántas falsas interpretaciones sufres, pobre honor, sobre la tierra! — Eres la virtud mas cacareada y al propio tiempo la mas escarnecida.

Quien, porque paga sus deudas, se crée el tipo mas perfecto y acabado del honor humano; quien lo hace consistir en batirse á diestro y siniestro, por un encontron involuntario; por un pisoton en el teatro ó en el paséo; porque no le cedieron con prontitud la acera, y hasta porque no le preste dinero el infeliz amigo, tal vez seriamente comprometido por su imprudente cuanto generosa confianza.

Quien crée su honor lastimado porque su muger salude en afabilidad á otros hombres; quien lo funda en hacer alarde de despreciar todas las cosas honradas; quien se juzgaria desacreditado si faltase en lo mas mínimo á un pacto de infamia; quien funda, en fin, su propia honra en desgarrar vilipendiosamente las agenas!

¿Y modificaciones? — Hombre y aún hombres conozco yo, que moririan mil veces antes que faltar á su palabra en un pacto de interés mezquino ó de vanidad estúpida, que se burlan de los mas sagrados juramentos del amor. — A un hombre seria inicuo faltarle, porque nos podria echar en cara nuestra falta de fé ó acaso castigarnos por ello: á una muger, ¿qué importa? — No puede abofetearnos en público ni perseguirnos ante los tribunales.

Perfectos caballeros hay, que se dejarian atenacear antes que descubrir un secreto de política ó de cualquiera otra especie, por baja ó nimia que ella sea, que se jactan de favores que alcanzaron de mugeres, dignas, cuando menos, de gratitud. Muchos que son recibidos en casas respetables y á quienes dan la mano los padres de familia, gracias al indiferentismo moral de nuestro tiempo, que se han jactado de favores que nunca obtuvieron! — ¡Y á estos seres no se les llama infames ni traidores, cuando deberian llevar escrito en la frente un estigmata de indeleble infamia!

Hombres que lo deben todo á un partido ó á un soberano, y con tal de que los vendan á tiempo, son recibidos con víctores y aplausos por sus sucesores ó contrarios. — Estiércoles revolucionarios que lo deben todo á la libertad, y se venden á un poder opresor para conservar lo adquirido. — Periodistas que reniegan de la libertad de la imprenta, su madre, por un destino mas ó menos honroso, una condecoracion, ó por treinta dineros, como Judas á su divino maestro! — Literatos que envilecen las letras; artistas que prostituyen las artes, por efímeros aplausos ó viles recompensas!

Y todos estos señores son hombres honrados, si pagan á su zapatero; si sostienen tolerablemente un duelo, y en fin, si no son escaladores nocturnos para despojar al rico de sus tesoros. Nótese que aquí el riesgo aumenta la mancha del delito. El que estafa de modo que no se le pueda probar, permanece *ipso facto* en el círculo de los hombres honrados.

El honor como la ignominia son ó deben ser personales. A los ojos del filósofo, ni la sangre esclarecida, ni la fortuna, ni la alta situacion, son generadoras legítimas del primero. — (Bueno es advertir que este no es un ataque á la aristocracia de la sangre. El autor es noble y se gloría de serlo, porque la buena cuna impone obligaciones. — La aristocracia de la sangre es ciertamente muy atendible, porque es el respeto ó la admiracion de la posteridad por las acciones heróicas ó gloriosas. Jamás dejará de existir, sino en pasageros trastornos; porque los modernos niveladores no ven en sus

estúpidos odios que atacando el reflejo de una luz que brilló en lo pasado, tienen que atacar tambien el valor, el genio y la virtud contemporáneos, que son la luz que brillará en lo porvenir, lo que equivaldria á prohibir á los hombres que se distinguiesen, lastimoso cuanto imposible absurdo. Nosotros combatimos aquí los honores y los vilipendios no merecidos. — Dicho esto, continuamos.) — La miseria, la mas humilde estraccion ni la infamia de los ascendientes, pueden serlo de la segunda. La virtud del individuo, sus vicios, hé aquí los verdaderos títulos á la consideracion ó al desprecio de sus semejantes. — La probidad cubierta de harapos es cien veces mas digna de respeto, que el vicio revestido del manto imperatorio.

Esos honores y esos vilipendios persistentes son restos de los siglos bárbaros, que desaparecerán, debemos esperarlo, muy en breve. Lo mismo decimos y esperamos, de las distinciones debidas al favoritismo y á la intriga. ¡Cuántos títulos y condecoraciones, concedidos á la adulacion, y, lo que es aún mas repugnante, á los mas viles oficios, á la abdicacion completa de la dignidad personal!

¡Siglo miserable! ó mejor dicho: ¡Miserable humanidad! — ¡Vive Dios, que me voy hartando ya de escribir este libro!

XIV

DEL BIEN Y EL MAL.

> Whatever is, is right.
>
> POPE.
>
> Tout est bien, tout est bon, tout est grand à sa place.
>
> LAMARTINE.
>
> «No hay mal que por bien no venga.»
>
> (*Refrán castellano.*)

¿Existen el bien y el mal sobre la tierra? — Para contestar debidamente á esta pregunta, serian necesarias una ciencia y una inteligencia, superiores á las que son patrimonio de la vacilante humanidad. Sobre todo, superiores á las que posée el que estos desaliñados renglones escribe.

¿Qué sabe el hombre de cuanto pasa en torno suyo? — Lo que llama discordia, es una armonía que no comprende: lo que denomina acaso, designio de un poder que no puede penetrar. Del mal del individuo resulta casi siempre el bien general. — ¿Qué límites, pues, pueden señalarse al bien y al mal?

El género humano es muy ingrato. ¿Porqué se queja del Criador, ese hombre que á los treinta años tiene un honrado modo de vivir en una profesion análoga á su clase, educacion y talento; que posée el amor de una compañera amable que comparte sus dolores y sus alegrías; que goza de una robusta salud, y que con un trabajo moderado puede subvenir al sosten de su creciente familia y aún economizar algo para su vejez y con que dejar pan á sus hijos?

Los refranes son la síntesis de la esperiencia de muchas generaciones.

« *Bien vengas mal, si vienes solo,* » es una prueba de lo que acabo de esponer. Los males suelen venir encadenados, es cierto; pero con los bienes sucede lo propio. Hay épocas afortunadas como épocas aciagas, en la vida de los hombres, como en la de los pueblos.

El bien y el mal son relativos sobre la tierra, porque nada de lo que atañe á los seres finitos puede ser absoluto. Empero ¡cuánta mayor importancia dá el hombre á los males que padece que á los bienes de que goza! — ¡Cuánto se encomia el mal y cuán poco se agradece el bien! — Y sin embargo, todo está en perfecto y eterno equilibrio en la naturaleza.

Los que pretenden que la preponderancia del mal es una verdad, son, además de impíos, ignorantes; porque de la exacta proporcion de las diferentes fuerzas, resultan el órden, la armonía y la vida en el universo, así como de su desquilibrio, resultarian la muerte y el caos.

La mayor parte de los males de toda especie que afligen á la humanidad, ¿qué son, examinados á fondo, sino el resultado de su soberbia y locura? ¿Porqué, pues, habrá de quejarse de lo que ella misma se atrae?

El hombre tiene siempre goces de dos especies distintas: unos de que efectivamente disfruta, y otros con cuya perspectiva se complace. Estos últimos nacen de la esperanza. La vida humana es un palenque en el cual se combate por retener ó conservar los bienes que se poséen, y por adquirir ó prepararse otros para lo futuro. La mayor parte de los males del cuerpo y del espíritu, son producidos por la intemperancia en los deseos; por el abuso de las fuerzas empleadas en la retencion ó adquisicion de los bienes poseidos ó deseados.

Créo haber dicho lo bastante; y si el lector no lo juzgare así, le daré, en secreto, por supuesto, la poderosa razon que me impulsa á callar. — No me ocurre nada mas de lo dicho, acerca del asunto de este capítulo.

XV

DE LA POESIA LIRICA.

La poesía lírica propiamente dicha, es, segun nosotros, madre de todas las otras, que no son sino emanaciones suyas, modificaciones del arte. Ella en sí, no es arte: es un grito del corazon: un arranque espontáneo, involuntario; una chispa del divino fuego. Nace con el individuo como todo el mundo sabe y repite. Uno nace poeta, como puede nacer jorobado, cojo ó ciego.

Los demás géneros de poesía, inclusa la épica, son esfuerzos del arte, mas ó menos hábiles; mas ó menos elevados; pero al cabo, esfuerzos del arte y del estudio. Nadie medianamente instruido, puede negar á la poesía lírica su cualidad de primitiva; de ella, pues, emanan las otras. El poeta lírico siente *in sé* la necesidad de cantar y canta; de llorar y llora; de bendecir ó maldecir y bendice ó maldice, arrastrado por una voluntad superior á la suya. *Est Deus in nobis*, pueden decir los poetas. Ellos admiran al

mundo con sus sublimes melodías, con sus intuiciones maravillosas, y no les cuesta mas trabajo que al ruiseñor de los bosques, cuando al ver el sol y sentir su benéfica influencia entona al Creador del Universo sus inimitables himnos.

La poesía lírica es forzosamente desordenada, aunque del caos resulte el órden: no admite plan ni método, ni reglas ni escuela. David y Pindaro, Jeremías y Salomon, Sapho y Ossian, siguen siendo sublimes y han atravesado por mil revoluciones del gusto literario. Por esto, nosotros tenemos por usurpada ó equivocada mas de una reputacion, así de los antiguos dias como de nuestro tiempo. Horacio, por ejemplo, nos parece admirable como escritor descriptivo, así del mundo físico como del moral; así de la naturaleza como de las costumbres de su época. Versificador correctísimo, sabroso; elevándose á las veces á grande altura, ya como satírico ya como filósofo; ya como azote ya como preceptor del género humano. — Pero siempre es artista — jamás poeta lírico.

El que en una composicion lírica hacina una multitud de fechas históricas, hechos memorables, ó máximas de conducta; como no sean destellos ó símiles que broten naturalmente del asunto, desfigura la poesía sin llegar á merecer el nombre de historiador ni el de filósofo. La poesía es la ciencia de las ciencias; pero no un tratado de ninguna de ellas. Contiénelas todas como sostiene y alimenta la tierra los minerales y vegetales, sin dar preferencia á los unos sobre los otros; sin percibir, si se nos permite la frase, su presencia.

La poesía en el mundo de los sentimientos y de las ideas, es lo que la melodía en el de los sonidos. Cada nota de un canto cualquiera, despierta en una organizacion medianamente dispuesta para la mas dulce de las artes, una serie de notas, cierto número de combinaciones que armonizan con ella, formando lo que los músicos llaman acordes. Cada acento de la poesía, vibrando en el diapason de la inteligencia, evoca una multitud de ideas que completan, vigorizan y amplifican la idea primitiva. El genio del compositor créa las melodías: el arte del maestro escribe el acompañamiento.

No queremos deprimir el saber: dámosle su lugar. Cualquiera claro entendimiento puede llegar á ser un sabio astrónomo; pero es necesario ser Herschell para añadir otro mundo al sistema planetario. Hábiles é intrépidos navegantes ha habido muchos; pero fué necesario que naciera Colon, para que la América ofreciese al antiguo mundo sus tesoros.

Los poetas de primer órden son ángeles del Señor que pasan sobre la tierra. Los filósofos, los legisladores, todos los grandes bienhechores de la humanidad, son sus hermanos. Todos fueron, son y serán, grandes poetas. Moisés y Cecrops, salen de Egipto, el uno hacia el Sinaí, el otro hácia el Yliso; el primero á predicar al mundo la unidad de Dios; el segundo, la libertad de los pueblos. — El primer mártir de la primera de estas creencias fué el divino Sócrates; Sócrates que hubiera sido el legislador supremo del género humano, si todo un Dios no se hubiera encargado de tan ardua taréa. Platon, Aristóteles, Galiléo, Newton, Colon; todos los verdaderos

grandes hombres, entran en la fraternidad divina de los grandes poetas.

De la segunda entre las creencias antes apuntadas— ¡cuántos mártires desde que nació hasta hoy! — ¿Cuándo acabará la tiranía de arriba ó de abajo, la de uno solo ó la de las turbas armadas, de controvertir con los argumentos de los cañones y de los cadalsos la razon divina? Esperemos.

Pero ¿á qué viene todo esto, á propósito de la poesía lírica? Muy afortunado seria si pudiera contestar satisfactoriamente. — En la imposibilidad de hacerlo, dejo al lector este trabajo.

XVI

DEL LIBRE ALBEDRIO, SEA LIBRE VOLUNTAD.

De todas las cualidades ó si se quiere facultades del alma que llamamos humanas, para distinguirlas de las que denominamos divinas, por serlo su esencia, ninguna nos parece menos demostrada hasta ahora que la que los filósofos cristianos llaman *libre albedrío.* Sabido es que nada de lo que corresponde á los seres *finitos* puede ser *absoluto*, porque entre ambas ideas hay un antagonismo demasiado perceptible para que séa necesario aún indicarlo; pero entre todas las cualidades *relativas* del hombre, ninguna es mas estrecha y limitada que su decantada libertad.

Lo que los antiguos filósofos llamaron *fatalismo*, y los cristianos llamamos *Providencia*, ¿qué és sino una limitacion inmensa de esa facultad diminuta, puesto que es atributiva de un sér tan limitado como el hombre? — Y esta limitacion es aún mas tangible en los electos espíritus, que llamamos grandes hombres. Estos, á semejanza de los rios soberanos, van derechos ó casi, hácia el punto á donde la Providencia los encaminó al nacer.

El arroyuelo mas humilde cuenta mas sinuosidades relativas en su mezquino curso, que el Misisipi, el Orinoco ó el Amazonas, en su marcha gigantesca. — El sér mas oscuro puede moverse en su reducida órbita con una libertad relativa mayor, que se movieron en las suyas Moysés, Alejandro ó Napoleon. Podríamos citar en apoyo de nuestras idéas gran copia de ejemplos irrecusables; pero ya lo hemos dicho mas de una vez: este libro nuestro, no es un libro sabio, sino sentido: no es la obra del saber sino un grito del corazon.

El hombre nace sin que le sirva para nacer su voluntad. Crece, goza, padece; mas aún, ama ó aborrece, sin la voluntad. Cuando se sacrifica por la persona amada, obedece á un impulso superior á su voluntad, porque obedece á su corazon; y el libre albedrío no puede ser cualidad del corazon, porque este no raciocina, sino de la razon. —Cuando el hombre dice: «Quiero», debe entenderse: « He decidido hacer tal cosa ú obrar en tal sentido, porque conviene así á mi bien estar, á mi ambicion ó á mi vanidad.» El corazon es

mucho mas noble: obra por instinto, no por cálculo. Que existe la voluntad, es indudable; pero que exista libre, es lo que no podemos comprender. El asesino al sacrificar á su víctima, el hombre generoso al salvar á su mortal enemigo, obedecen á los instintos de su sangre. Y no se créa que queremos absolver al uno ni deprimir al otro. Entre los hombres sucede como entre las plantas, que muy á menudo el mismo prado sostiene fragantes flores y zarzas desgarradoras: plantas benéficas y yerbas venenosas. Demos, pues, al hombre generoso, amor y recompensas y gloria: al malvado, castigos y execracion.

XVII

DE LA ENCADENACION O SEA PARALELISMO UNIVERSAL.

CAPITULO EMPEZADO.

From nature's chain whatever link you strike
Tenth or ten thousandth, breaks the chain alike.
POPE.

Cualquiera eslabon que rompas en la cadena de la naturaleza, el décimo ó el diez milésimo, la romperá igualmente. — Cada paso que hemos dado en el mundo de las sensaciones ó en el de las ideas, ha venido á confirmarnos en esta verdad. ¡Qué magnífico poema para la inteligencia de un Galiléo ó de un Newton!

¿Dónde empieza la vida? — ¿Dónde acaba? — El principio como el fin, son arcanos impenetrables á nuestra débil é incierta percepcion. El Universo es una inmensa cadena cuyos dos estremos están en la mano del Criador. El amor es el lazo que reune tantos seres diversos; el amor, atraccion misteriosa, que sufre tantas modificaciones como distintas son las condiciones de existencia de los infinitos seres que pueblan los mundos y de los innumerables átomos que los forman.

Contemplémos la naturaleza, artífice infatigable que, en perpetua incubacion produce y dá forma á la materia animada ó inanimada. Los átomos se buscan y se atraen: los animales se acarician: no hay soplo por leve que sea, no hay molécula por mas imperceptible, que no sea un agente activo é inteligente para contribuir á la grande obra; nada alienta, nada gira, nada existe en la naturaleza que no encierre ó que no lleve consigo el gérmen de la vida. La muerte de unos seres es el principio de la vida de otros. — La descomposicion, la destruccion misma, no son la muerte, sino la transformacion!

Cada sér moviéndose al rededor de un centro, y todos de consuno al rededor del centro comun, para producir la armonía y el bien universal. Nada es independiente. Como las mil ruedas de una máquina complicada, no hay entidad por pequeña que séa, cuya supresion ó desquiciamiento

no perjudique al conjunto maravilloso, inesplicado é inesplicable de la creacion!

¿No habeis oido alguna melodía que retratase ya la figura, ya el carácter de la muger que amábais, ó habíais amado en dias mas felices? — ¿No vísteis en los campos alguna flor á ella semejante? — Y en los vastos reinos de la naturaleza, no ya sabios inquisidores de sus misterios, viajeros profanos, pero sensibles — ¿no tropezásteis á menudo con muchas de esas misteriosas afinidades que unen en una inmensa cadena, desde el mas vasto de los mundos que giran en los espacios ilimitados, hasta el mas humilde insectillo, hasta la mas microscópica molécula de polvo humano ó vegetal que agita el céfiro de la tarde entre las flores?.....

XVIII

La confianza en la divina Providencia, no es ya solo una fuente de clarísimas virtudes, de pura felicidad y de heróica resignacion en los mas crueles contratiempos y dolores de la vida: es además, el mas fecundo é inmaculado manantial de suave poesía y delicadísima ternura. El libro por escelencia divino, el Evangelio, la buena nueva de la humanidad, está fundado sobre ella. De cada línea de aquel escrito celeste, brota entero, inagotable, inmenso, el occéano de fé, esperanza y amor, cuyo principio y cuyo fin están en el seno de Dios.

¡Cuántas veces, en medio del revuelto palenque de mi vida, rendido á la fatiga y al dolor; airado el corazon con los pomposas indignidades del siglo; corroido con los amargos desengaños; despedazado con las bastardas ingratitudes de los hombres; secos ya en mi alma los divinos manantiales de la piedad y de la ternura; fluctuando en el mar de la duda y al borde de la desesperacion, una sola de sus sencillas sentencias ha devuelto á mi sér todas sus cualidades divinas, y con el bálsamo de las lágrimas me he sentido consolado, vigorizado, rejuvenecido, regenerado! — ¡Lástima, profunda lástima, solo me inspiraban entonces con su orgullosa y declamatoria filosofía, los llamados grandes pensadores de nuestro siglo, tan rico de pobrezas materiales!

XIX

La juventud es la edad de la poesía, es decir, la edad en que amontona aquella sus tesoros; pero no, como algunos créen, la edad en que puede hacerse uso de ella.

De aquel oro vírgen amontonado en derredor suyo nada sale, ni alegría ni dolor; pero viene el tiempo en que la amarga esperiencia de la vida se lo arranca pedazo á pedazo, y entonces, al disputar al insaciable monstruo su presa, comienza el alma á conocer lo que tenia. — Por sus pérdidas llega á saber sus riquezas; por sus pesares, las alegrías agotadas.

Entonces se hincha el corazon, la imaginacion se enciende y el pensamiento se destaca, elevándose hácia el cielo. Entonces cantan Homero y Vir-

gilio, las glorias y los infortunios de los pasadas generaciones: entonces, desgarrando el papel, describe el inspirado Dante, las espantosas miserias, los odios encarnizados y los inmensos dolores de la humanidad!

XX

Las modificaciones ó cambios ó ya completas transformaciones que vemos á menudo efectuarse en los hombres que se consagran desde sus primeros años á la difícil cuanto espinosa carrera de la política, tienen una razon de ser tan natural y legítima como todas las que á nuestra vista se realizan en el mundo físico y en el moral; así en la esfera de los sentimientos como en la de las idéas.

Los partidos intransigentes y los hombres de mala fé; los fanáticos y los malvados de todos los tiempos y países, han fulminado todo género de acusaciones y anathemas contra esclarecidos ciudadanos, cuyo único delito era haber modificado sus opiniones, ya por la propia esperiencia ya por las lecciones de la historia.

Ni para aquellos ni para estotros son de la menor utilidad los reflexiones que puedan encerrar estas líneas. Los primeros, fieles á su ceguera y los segundos, encastillados en su perversidad, son incorregibles. Pero hay muchos hombres de buena fé y sana intencion, que ven y juzgan siempre con ojos y criterio agenos. Por desgracia su número es crecidísimo, y para estos escribo.

¿Porqué se han de agregar á los intolerantes por cálculo bastardo ó lastimosa ceguera? ¿Porqué no han de hacer uso de su propia razon para juzgar, de su propio corazon para sentir? — Semejantes al insensato que teniendo la vista sana, por entregarse al placer de una grata somnolencia ó por un capricho inconcebible, se dejase guiar en una senda peligrosa por un compañero cuya vision estuviese consuetudinariamente sugeta á alucinaciones; la mayoría de los humanos, por evitar la útil fatiga del ejercicio de sus propias facultades, sigue por lo comun á los ciegos ó malvados guias antes indicados, siendo mayor y mas inminente su peligro que el del viajero susodicho, puesto que en su conductor no habia mala intencion, y en los de ellos hay siempre el preconcebido y deliberado propósito de conducirlos al abismo.

El hombre que, estraviado, conoce su error, debe abjurarlo; cuidando, si ama su reputacion, de que la conversion no le produzca utilidad material alguna. El que, á sabiendas, abandona una causa justa, ó abjura una creencia santa ó legítima, es un infame; y no hay en lengua alguna conocida palabras bastante duras y oprobiosas para calificar su bastarda apostasía. Si la justicia no anduviera tan olvidada y vergonzante en la vida pública, deberia ser arrojado de la sociedad, como el divino Redentor arrojó á las vendedores del Templo. — ¡A latigazos!

El que reconoce y confiesa su error y de él se aparta, hace una accion meritoria de aplauso porque se impone á sí propio un castigo público, lastimando su amor propio. El que persiste en él, conociéndole, ya por el qué dirán, ya por sugestiones de su vanidad, es un miserable ó un cobarde.

XXI

No fué con el afilado puñal del asesino, ni con la devastadora tea del incendiario ni aún con la espada de la guerra, que fué sembrada y fructificó la semilla fecunda de la redencion del género humano. Muriendo triunfó el Conductor divino. « *¡ Morir para vencer !* » dijeron los apóstoles, sus inmediatos enviados, y murieron — y vencieron, amaestrados con el divino ejemplo. El Mesías salvador, libre de toda culpa, limpio de toda mancha. quiso morir para hacer el suplicio aborrecible. Él debió ser, y este fué sin duda su pensamiento, la última víctima sacrificada en expiacion de los pecados de la humanidad : el postrero, sangriento y supremo holocausto, ofrecido en las aras del Dios de los ejércitos y de las venganzas, que desde aquel dia — límite supremo, eterna línea divisoria trazada por la omnipotencia entre la antigua y la nueva ley — iba á ser para los hombres regenerados, el Dios del amor sumo y de la infinita misericordia. ¡ Qué pensamiento! — ¡ Qué víctima! — ¡ Qué rescate!...

Y, sinembargo, fiel la humanidad á su lastimosa ceguera, se empeña en perpetuar el terror y los estragos. — Para defender al oprimido estermina al opresor; para reprimir la fuerza, llega hasta á la tiranía; para castigar el delito, va hasta el asesinato! — Para sostener la justicia y el derecho, tala campiñas, arrasa pueblos y ciudades y estermina acaso razas enteras! — ¿ Qué digo? — Los propios ministros de aquella religion de paz, de caridad y de perdon, indignos sucesores de tan ilustres padres, la han predicado siglos enteros con los terribles argumentos del potro y la cuchilla y las horcas y las hogueras! — Dominadores de los poderes temporales; guias y confesores de los pueblos y de los Reyes, como no podian derramar la sangre, entregaban al brazo secular, armado ya por ellos, á los que eran bastante fuertes para no renegar de la fé de sus mayores por miedo de los tormentos y de la muerte; sin que fueran bastante escudo á defenderlos ni los encantos de la hermosura, ni el pudor de la virginidad, ni el respeto de la ancianidad, ni la inocencia de la infancia! — Y con tan miserable como impía ficcion, pretendian engañar á los hombres entre quienes vivian, y á Dios, para quien no hay pensamiento secreto ni intencion oculta, como que abarca en su eterna, impasible mirada el olvido de lo pasado, el torbellino de lo presente y los arcanos profundos de lo porvenir!

El tiempo ha corrido — la escena ha cambiado; pero la humanidad persiste en la estraviada senda. Las víctimas de ayer, hoy son verdugos y piden cuenta estrecha á los representantes del poder de las pasadas generaciones, de los estravíos de sus mayores. No les basta obtener justicia : nadie se la disputa. Quieren alcanzar completa y sangrienta venganza. No ven que quieren substituir á los antiguos, otros nuevos y mas fatales errores : á la tiranía de la autoridad, al cabo limitada y contrastable, el espantoso desenfreno de las turbas armadas. Y los pueblos ilusos, invocando los santos nombres de libertad, de independencia y de nacionalidad, van adelante en su obra de destruccion — ¿ dónde pararán?....

Y si acaso se levanta enmedio al embravecido piélago de la tempestad revolucionaria, alguna voz generosa en defensa de cuanto hay de noble, de hermoso y de santo en el mundo, es como un doloroso gemido que apenas se escucha á través de la multiple discordancia, ya innoble, ya repugnante, ya terrífica, de la devastacion general.

XXII

Tenemos una opinion que hará reir á mas de uno y temblar á mas de dos, con igual sinrazon.

Mas de una vez ya, en distintas épocas de la historia, ha habido infaustos nuncios del mayor desastre que puede acontecer á la humanidad—hablamos del fin del mundo. Estos Profetas de lágrimas, estos vaticinadores del tremendo : *Dies iræ, dies illa, dies magna et amara valdè*, han tenido casi siempre por móviles de su conducta sentimientos bien agenos por cierto de la severidad, del recogimiento, del dolor y aún del terror propios de la idea de aquel terrible momento que presenciar debe el postrimer suspiro del universo.

Nosotros, átomo microscópico en el mundo del saber, creemos que el mundo se acerca al gran dia, por la aplicacion comparativa de una ley física, á la vida moral de la humanidad. Todo el mundo sabe que un cuerpo pesado cualquiera, desprendido de un lugar eminente donde la naturaleza o la voluntad del hombre lo colocase, rueda por su propio peso hácia su centro de gravedad, ó séa hácia su fin natural, y que el descenso ó rotacion aumenta en rapidez en proporcion que se acerca al consabido centro. Pues bien : nosotros, leyendo los anales del mundo moral, hemos visto al principio con maravilla, despues con atento convencimiento, que el género humano andaba cada vez mas rápidamente.

En lo antiguo, un sistema filosófico, médico, político, etc., duraba ocho ó diez siglos; despues cuatro ó cinco; luego uno ó dos. Andando los tiempos, ya no fueron menester sino algunas décadas: hoy, toma tales proporciones la rapidez, que casi es fabulosa. Las revoluciones de la política y las de todas las ciencias de aplicacion inmediata á la vida de los pueblos, se suceden con tal actividad, que casi puede decirse que no hay dia que no presencie alternativamente el nacimiento y la muerte de alguna teoría.

Los siglos son años en la vida de los pueblos: instantes en la del universo, con lo cual está dicho que no pensamos que llegue en nuestros dias ni en los de nuestros nietos el supremo momento de la destruccion final; pero sí creemos que se acerca con visible rapidez.

Por lo demás, aconsejamos á los tímidos que vivan sin miedo, y á estos como á los de ánimo levantado y razon altanera, que practiquen el bien, no por miedo sino por amor. Amando serán amados : haciendo bien, serán felices; que no hay dicha mayor que el contentamiento de sí mismo, ni valor mas sereno que el de una conciencia tranquila. El que haya empleado su vida entera en hacer bien á sus semejantes, verá llegar sin espanto el terrible trance de la muerte. Por esta razon, principalmente, muere se-

rena y resignada la gente jóven. — En la primera edad de la vida se practica el bien por instinto y dominan en el corazon las pasiones generosas. Por consiguiente, el presentimiento de otra vida no causa pavor, como mas adelante.

XXIII

DE LA MÚSICA.

La música es el universo en el dominio del sentimiento. Todas las lenguas conocidas no son en él mas que provincias, estados ó regiones; mas ó menos bellas, mas ó menos vastas; pero al cabo y al fin, limitadas, circunscritas.

En efecto, las palabras son signos de convencion que espresan mas ó menos bien la idea, el sentimiento que quieren imbuir ó despertar; pero siempre de una manera insuficiente, incompleta, oscura, desesperante. Esto es muy sencillo y natural. Toda palabra tiene una significacion limitada, concreta; y mientras mas correcto y ordenado sea el discurso, mas tibio, por no decir helado, será el efecto que produzca. Por esta razon los géneros de elocuencia que admiten mas desórden, la tribuna y el púlpito, que hablan al corazon, conmueven, galvanizan, arrastran y electrizan á las masas, aunque las enseñen menos que los otros, que van dirigidos al entendimiento. Por la misma causa, la poesía lírica es la reina de las poesías, y los seres capaces de esta altísima facultad, los únicos que pueden, una que otra vez, dar alguna idea de la inmensidad de se mundo del sentimiento, revelacion maravillosa de lo infinito en nuestra limitada y enfermiza naturaleza humana.

La misma vaguedad de la música, dilata casi hasta tocar en lo infinito los límites de su dominio. La palabra mas gráfica, la espresion mas feliz, la frase mas concreta y comprensiva de cualquiera idioma, tiene forzosamente una limitacion previa, gramatical ó lógica. La nota musical que va á herir la fibra humana, no tiene mas limitacion que la de la facultad de sentir de la persona herida, y sabido es que este poder ó este dolor, este privilegio ó este martirio, va en algunos seres hasta tocar, como antes dijimos, los límites de lo infinito.

Así como hablando de la poesía lírica, dijimos que era la primitiva, la divina, la generadora de todas las demás; de la música diremos, que el canto, que la melodía, es la verdadera, la única música, puesto que la armonía no es otra cosa que la combinacion mas ó menos sabia, complicada ó feliz de varias melodías ó sonidos que concuerdan, vigorizan ó amplifican el canto dominante. Donde no haya esto, no hay música posible; solo habia discordancias desgarradoras, insoportables al oido : en una palabra, el caos en el mundo de los sonidos.

Dijimos poco há que la música es el universo en el dominio del sentimiento; y esta es una verdad demostrable. Desde el que decia que la música era el menos desagradable de los ruidos, hasta los que sienten su espíritu anegado en un piélago infinito de deliquios inefables, al oir una

de esas sublimes inspiraciones del genio, la humanidad entera goza y padece con la música. Idioma universal, de todos comprendido : solo que cada uno lo oye, lo comprende y lo siente, segun el temple de su fibra, la delicadeza y la intensidad de su organizacion.

La música está sugeta, como las demás artes sus hermanas, á las mil revoluciones del gusto; pero, como en todas ellas, hay en la música ciertas verdades fundamentales, ciertos principios, que pueden ser menospreciados, desatendidos ó completamente desterrados por menor ó mas largo espacio de tiempo; pero que no pueden desaparecer, y sobreviven siempre á través de todas las tempestades ó cataclismos del gusto de los diferentes pueblos de la tierra.

En la voz humana, las notas amplias, lentas, sentidas, vibrantes, prolongadas : en todos los instrumentos melodiosos ó armónicos, el género análogo; esta es la verdadera música, el verdadero canto, la facultad divina, el despertador de lo infinito, la revelacion de la inmortalidad en el mundo de los sonidos. — Todos los floréos y apoyaturas; todas las cascadas y cataratas ascendentes y descendentes á que han condenado los modernos maestros estraviados, las gargantas de nuestros cantores, y que son al verdadero canto, lo que las molduras, relieves y filigranas en las líneas majestuosas de un templo griego ó en la gigantesca forma de una catedral gótica, podrán divertir, admirar, asombrar, si se quiere; pero no conmover, y este es el verdadero, el supremo fin de esta arte divina.

Verdaderos *tours de force*, esfuerzos dolorosos y mal sanos, no son otra cosa sino la aplicacion á una arte, toda espíritu y sentimiento, de las maravillosas pero feas contorsiones, cabriolas y saltos mortales de los gimnastas y volatines. Lo decimos con profunda conviccion : las dificultades y asperezas del canto moderno, son una verdadera y lastimosa profanacion del arte.

Y este estravío, esta impía revolucion del gusto, ha invadido hasta el canto religioso : los himnos piadosos ó solemnes del santuario. En los templos del Señor, no debieran oirse otros sonidos instrumentales que los del órgano, ni otras palabras humanas que las de himnos como el *Magnificat*, ó lamentos como el *super flumina Babylonis*, unidas á notas análogas á la grandeza y majestad de aquellas idéas.

Por lo demás, la música ha seguido en nuestros dias, la suerte de las demás artes sus hermanas. Los Phidias y los Rafaél de nuestro tiempo, hacen retratos y bustos de buenas mozas y banqueros, y los Vitruvio y Miguel Angel, estaciones de caminos de hierro y cuarteles para las tropas. — ¡La pequeñez en la grandeza! — De la poesía no queremos hablar : es la mas profanada.

¡O siglo del vapor, de los ferro-carriles y de la electricidad! ¡Cuán pequeño á través de tus grandezas, te ven mis ojos de poeta!

POESIAS LIRICAS.



POESIAS LIRICAS.

SOBRE UNA CALAVERA.

MEDITACION.

¿Quién fuiste tú? — Tal vez sobre tu frente
La llama del ingenio pura ardia;
Tal vez de amor el fuego omnipotente
En tu alentado corazon latia.

—

Envidia fuiste acaso á tus iguales,
Respeto acaso fuiste á tus mayores;
Tal vez en los domésticos anales
Virtud legaste á indignos sucesores.

—

O en el eterno libro de la historia
Grabaste el tuyo entre los grandes nombres,
Eterno ejemplo de virtud y gloria
Legando en él á los futuros hombres.

—

Mártir acaso de tu fé — ¿viviste
De esclavitud moral só el férreo yugo,
O monstruo asolador, acaso fuiste
De la oprimida humanidad verdugo?

—

¿Viviste una existencia maldecida
De guerra y ambicion entre furores,
O en grata oscuridad pasó tu vida
Cual mansa fuente entre olorosas flores?

—

¡Quién sabe! ¿Qué mortal entendimiento
Descifrar puede enigma tan oscuro?
¿Qué dice á mi anheloso pensamiento
Ese cráneo arrojado al pié de un muro?

—

Informe resto del orgullo humano,
Imágen fiel de la mortal miseria,
Barro á la par y fuego soberano,
Espíritu inmortal y vil materia:

¿Dónde aquellos instintos generosos
Que en el viaje mortal fueron tu guia?
¿Dónde los pensamientos luminosos
Que poblaron tal vez tu fantasía?

—

¡Ay! — Todo pereció: raudo cruzaste
El revuelto palenque de la vida,
Y en el tránsito oscuro no dejaste
De tu planta una huella conocida.

—

Ciego, mudo vestigio, informe resto
De lo que un dia entre los hombres fuiste,
Te alzas, empero, amenazante, enhiesto
En la clara vision de mi alma triste.

—

Y con una elocuencia aterradora,
Espresion de la ciencia soberana,
Me pruebas cuan mezquina, engañadora
Y futil es, la vanidad humana.

—

Gritas sin voz á mi razon perdida:
¡Vé lo que resta de mi sér carnal!
No en esta, — piensa en la futura vida,
La vida del espíritu inmortal!

—

Sin lengua está tu boca y de ella sale
Un raudal de elocuente conviccion:
¡Cuánto el silencio tuyo, cuánto vale
Mas que toda la humana erudicion!

—

No hay en tus ojos luz, y refulgente
Luz, dan á mi orgullosa oscuridad,
Y en las tinieblas hondas de mi mente
Alumbran la asombrosa eternidad!

—

EL SEPULTURERO.

¿Qué pides á ese resto blanquecino,
Mudo sarcasmo del orgullo humano?
¿Inquieres de su vida el hondo arcano?
— ¡Amar y padecer fué su destino!

1861.

—

EL ENVIDIOSO.

Él és — miradle: trémulo, amarillo,
El aciago semblante encapotado,
Cavernoso el mirar, torvo, sin brillo,
Mordiéndose el vil labio, amoratado.

—

Sonriéle el placer y no lo siente:
El hado le arrulló desde la cuna —
— No importa: su mal ímprobo, latente,
Eterno, es de los otros la fortuna.

—

¿No bastan á tu sed tantas coronas
A sus dueños legítimos robadas?
¿Aún mas glorias y palmas ambicionas
Cuando te agobian ya las usurpadas?

—

Osado violador, te engalanaste
Con agenas virtudes y proëzas;
El esqueleto horrible disfrazaste
Bajo un manto de honores y grandezas.

—

¿A una altura subiste á dó ni en sueño
Pudiste imaginar, y aún raudo sigues?
—¿No vés que al fin del temerario empeño
Tu propia afrenta y destruccion persigues?

—

Tus dotes raras preconiza el mundo,
Tus víctimas ocultan su despecho;
Valiente, sabio, noble sin segundo
Te llaman — ¿y aún no vives satisfecho?

—

A cada ageno triunfo, conseguido
A fuerza de valor ó de talento,
¿No ves que el rostro austero y afligido,
De tu vil corazon dice el tormento?

—

La dicha agena es, para tí, menguado,
Continua, insoportable pesadilla;
Roba el sueño á tu cuerpo fatigado
Y el color á tu cárdena mejilla:

¿Y osas vivir — y osas pensar, villano,
Y el aire respirar que yo respiro;
Y osas tenderme la traidora mano
Que tinta en fango emponzoñado miro?

—

¡A mí, que lloro con el ¡ay! doliente
Del acuitado, y con su dicha río;
A mí, que nunca supe ser valiente
Sino cuando era el riesgo solo mio!

—

¡Atrás!—Monstruo feroz con rostro humano,
De ponzoña y de fango vil compuesto,
¿Porqué me tiendes la asquerosa mano?
— ¡Desprecio tu furor — tu amor detesto!

—

¡Afrenta viva de la raza humana,
Niega al mundo esa faz envilecida,
O brazo á la justicia soberana,
Dá fin tú mismo á tu ominosa vida!

—

Mas ¿qué digo? — Piedad, piedad profunda
Cristiana compasion solo me inspiras;
Esa lucha tenaz solo es fecunda
En desprecio y dolor y amargas iras.

—

— El entusiasmo férvido — la santa
Admiracion — la célica ternura;
Todo lo que depura ó que levanta
El sér humano á la divina altura,

—

Eco no encuentra en él — para él no existe
El mundo espiritual ni el sentimiento;
De sí mismo verdugo, arrastra el triste
Una vida de horror y de tormento.

—

Que amargo fruto de su afan constante
En la tenaz cuanto impotente lidia,
Rasga su corazon, crudo, incesante
El dardo emponzoñado de la envidia.

1861.

—

EN LA MUERTE DE M. U.

« Muere jóven aquel que al cielo es caro. » MENANDRO.

Angel de amores, cándido,
Que de la eterna altura,
Viniste aquesta oscura
Mansion á iluminar;

Dulce alma, bendecida,
Que á la terrena vida,
Bajaste del empíreo
A padecer y á amar:

—

¿Porqué llorar tu rápida
Ausencia de este suelo,
Si ya en el alto cielo
Alabas al Señor:
Y en el celeste coro,
Libre de susto y lloro,
Alzas un dulce cántico
Al sempiterno amor?

—

Como la flor, efímera,
Viviste una mañana —
Rosa de amor temprana,
Tu cáliz se agostó;
Pero al ambiente puro
Del perennal seguro,
En el Eden seráfico
La flor reverdeció.

—

Reverdeció, y espléndida
Mil veces mas que ahora,
Se anima y se colora
Al rayo de Jehováh:
Y mientras que lloramos
Aquí, los que la amamos,
Ella, de amargas lágrimas
Libre por siempre está.

—

Libre de tanto azar y tanto duelo,
Y del rudo anhelar y la agonía,
Compañeros del alma aquí en el suelo
Desde el primero al postrimero dia.

—

Libre su jóven alma, generosa,
De la caduca, terrenal flaqueza,
Voló feliz á la mansion gloriosa
A recobrar su prístina grandeza.

—

Vivió en la tierra un rápido momento
Como todo lo que es hermoso y santo;
Que en la negra mansion del sufrimiento
Brevísimo es el bien — eterno el llanto.

—

Crysálida inmortal, tendió las alas
Y huyó del triste reino del dolor,
Y habita ahora en las eternas salas
Donde arde vivo el sempiterno amor.

—

¡Ay de nosotros que en la huesa fria
Que encierra su cadáver, sepultamos
Tanto amor y esperanza y alegría
Con el sér juvenil que tanto amamos!

Octubre 1858.

—

AMÉRICA.

Verde, feraz América, region encantadora
Que del Eden perdido recuerdas la quietud;
Del Universo oäsis donde la dicha mora
En campos revestidos de eterna juventud:

—

¡O mundo, en un deliquio del Sumo amor creädo,
Encarnacion sublime de un sueño encantador, —
¿Porqué mis tristes ojos te ven ensangrentado,
Verdugo de tí mismo por un funesto error?

—

¿Quién al mirarte, América, tan jóven, tan lozana,
No siente el alma presa de inmenso amor por tí?
¿Quién sospechar pudiera que rasgues, inhumana,
Tú propia el propio seno con loco frenesí?

—

Tus rápidas corrientes que en límpidos raudales
Arrastran mares dulces hasta el salado mar;
Tus fértiles campiñas, tus montes colosales
Que ocultan en las nubes su frente secular;

—

Tus cúspides inmensas, tus lóbregos abismos
Dó brotan fuego y agua con hórrido fragor,
Titánicos abortos de horrendos cataclismos
Que enviaron á tu seno las iras del Señor;

—

Los ámbitos profundos y cóncavas entrañas
Que encierran mares igneos, dó en vasta profusion
Metales mil se funden y piedras mil estrañas
Que al hombre poderío y á par peligro son:

—

Todo es en tí gigante. — La mano omnipotente
Cuando en el hondo caos te dió figura y sér,

Parece que intentara grabar sobre tu frente
En signos mas tangibles su amor y su poder.

—

Y, empero, en cuanto alumbra el sol y el [mundo abarca,
Dó brille una vislumbre siquiera de razon
Sobre la humana estirpe, no encuentro otra [comarca
Dó reine tan tremenda ni tal desolacion!

—

¿Qué vértigo, habitantes de ese jardin del [mundo,
Que gérmen misterioso, qué espíritu fatal,
Convierte el verde suelo tan rico y tan fe- [cundo
En lúgubre dominio del Príncipe del mal?

—

¿Qué crímenes expias, region desventurada,
En el martirio horrendo ya semi-secular?
¿Porqué tus propios hijos, con furia des- [piadada
Van en la sangre propia sus iras á cebar?

—

Duro aunque justo el cielo, mísera madre, [hoy dia
El brazo de tus hijos en su venganza [armó.
—¿No fuiste un tiempo rea tambien de [apostasía
Contra la noble madre que vida y sér te [dió?

—

Hollásteis vuestro orígen — befásteis vuestra [raza,
Como el primer apóstol, negásteis vuestra [fé,
Y como á aquel su crímen, el vuestro os [despedaza,
Que si el delito grande — mayor la pena [fué.

—

— ¡Oid! — Tras tanto duelo, con dulce voz [sonora,
La tierna madre os dice : — «¡Amar es [perdonar!»
— ¡Corred, volad, hermanos, la huella acu- [sadora
Del heredado crímen, amantes á borrar!

—

No quiere, no, la España, pedir á ese he- [misferio
Los reinos que fundaron su genio y su va- [lor.
¡Cobrar tan solo ansía de aquel su antiguo [imperio,
Los fueros de la sangre — los lazos del [amor!

—

No un ciego orgullo os ate, no un falso ho- [nor os ciegue,
No os obstineis impios en vuestro error [mortal;
¡Feliz de entre vosotros el que primero [llegue
Al amoroso abrazo del seno maternal!

París, 1861.

—

A MIS AMIGAS DE CARACAS.

Desde este angustiado puerto
Que el mar furibundo azota,
Que tantos vientos combaten,
Que tantos montes ahogan,
Que tantos buques asedian,
Que tanta amenaza agobia,
Que tanto extrangero habita,
Que tanto propio abandona;
Y dó, sinembargo, viven,
Piensan, padecen y gozan
Tantas vilísimas almas
Y una que otra generosa;
Vuestro malandante amigo
Cuyo corazon destrozan
Mil presentes desengaños
Y mil futuras zozobras,
A quien su *pata* persigue,
A quien el calor sofoca,
Y á quien el alma desgarran
Ingratitudes tan hondas :
No puede dejar que pasen
Mas que las pasadas horas,
Sin daros noticias suyas
Aunque fueren dolorosas.

—

He visto á pocos amigos,
Mis amistades son pocas;
Que el que cual yo, mucho quiere,
Quiere á muy pocas personas.
Veré á muy pocos discretos
Y á infinita gente tonta,
Y esto el Espíritu santo
Lo dijo en no sé qué historia.
Pero á pesar de pesares,
Hoy mis penas aminora
El que ya ví, aunque de lejos,
Balanceándose en las ondas,
En el mástil de una nave

La noble enseña española;
Y adiviné, sin mirarlas,
Pues no fué á distancia corta,
Aquellas ínclitas armas
De la hispánica corona,
Donde alternadas compiten
De Aragon las barras rojas,
Las lises de oro de Francia,
El Aguila imperatoria
Y los leones y castillos
Timbres de mas altas glorias;
Pues con ellos, nuestros padres
En lid larga, aterradora,
Al pié de la cruz pusieron
La falsa fé de Mahoma!

—

Mañana, si es que los cielos
Mi dulce esperanza otorgan,
En un bote empavesado
Con fajas gualdas y rojas
Iré á la mansion flotante
De mis nobles compatriotas;
Y no es del todo imposible
Que aquellos bravos me acojan
Con jubilosas descargas,
De mi cargo oficial honra;
Pero aunque fueran celestes
Los victores y las loas,
No temais que un solo punto
Se borren de mi memoria
Las que pasé á vuestro lado
Gratas, dulcísimas horas.
Ni los olvidos de Petra,
Ni los robos de Eleonora,
Ni señas de Teresita,
Ni picardías de Concha,
Ni las gracias de Isabela,
Ni la seriedad de Lola,
Ni la bondad de María,
Ni la dulzura de Antonia,
Ni de Anita el rostro caro,
Ni á ninguna de vosotras!

—

Que asi en este triste puerto
Que el mar furibundo azota,
Que tantos vientos combaten
Y cerros tantos ahogan,
Como en Madrid ó en Caracas,
O donde quiera que ponga
El cielo, el fin ó el proceso
De mis amargas congojas;
Vuestro malandante amigo
Tendrá siempre en la memoria
Y el corazon, las pasadas,
Gratas, dulcísimas horas.

La Guaira, mayo de 1858.

A A.....

Niña, la de dulces ojos,
La de los rubios cabellos,
La de la blanda sonrisa,
La de semblante modesto;

—

La que ejerce, sin notarlo
En los hidalgos afectos
Que agitan los corazones
El mas absoluto imperio;

—

Cuyo rostro, aquí en el alma
Grabó con buril eterno
Aquel, de quien son vasallos
Tierras y mares y cielos:

—

¿Porqué, si propicios hados
Tan altos merecimientos
Te otorgaron, desconfías
De mi cariño sincero?

—

¿Será, por suerte, que ingrata,
Tomas un falso pretesto
Para declararte libre
Aún del agradecimiento?

—

Mas no, que en tu alma no caben
Esos fingidos recelos.
Tú dudas, porque te han dicho
Que hay poca fé en estos tiempos;

—

Dudas, porque aún de la vida
En los albores primeros,
Ya has visto acaso traiciones
A sagrados juramentos!

—

Duda, sí: que los humanos
Son engañosos y arteros;
Duda de todo en el mundo,
Mas no de mi firme afecto.

—

Antes torcerán los rios
Su curso del mar soberbio
A las elevadas cumbres
Donde su orígen tuvieron;

—

Antes brotarán las flores
En los líbicos desiertos
Y abrasará el sol los campos
Allá en los árticos hielos;

Y aborecerán las madres
Los de su amor hijos tiernos,
Y guardarán fé los hombres,
Siendo de fé tan agenos;

—

Que en mi corazon sencillo,
Que en el altar de mi pecho,
Dejes de ser, niña hermosa,
De un férvido culto objeto.

—

Porque tu rostro en el alma
Grabó con buril eterno
El Crêador soberano
De tierra y mares y cielos.

—

Niña, la de dulces ojos,
La de los áureos cabellos,
La de la blanda sonrisa,
La del semblante modesto :

—

¿Cómo has de temer que nunca
Sufra mudanza en mi pecho
El entrañable cariño
Que en estos líneas te ofrezco;

—

Si ejerces, sin sospecharlo,
En los sublimes afectos
Que abrasan los corazones
El mas absoluto imperio?

1858.

—

Memorial que hace el autor á los políticos y escritores de su tiempo (habla con los 99 centésimos), para hacerse con algunos amigos. — Publicóse en el periódico « El Parlamento », de 11 de julio de 1856.

EPISTOLA.

Al Exmo. Señor Duque de Rivas.

Ilustre prócer de la tierra hispana,
Aún mas que por tus ínclitos mayores,
Ilustre por tu vena soberana;

Tú, que entre los hispanos escritores
Gozas de fama justa y merecida,
A pesar de envidiosos detractores :

Escucha por mi voz enronquecida
Los tristes ayes que del alma brotan
Al rudo padecer de tanta herida —

Hondas heridas que el ingenio embotan
Que me dieron, tal vez, propicios hados,
Y mi cristiano sufrimiento agotan.

— ¡O dulces tiempos, por mi mal pasados,
Tan ricos de esperanzas é ilusiones,
Tan pobres de vigilias y cuidados!

Pasaron, cual efímeras visiones
Aquellas misteriosas alegrías,
Vaga revelacion de las pasiones;

Y vinieron los sustos y agonías
Y traiciones y pérfidos engaños,
¡Y, siglos fueron los eternos dias,
Si antes minutos los veloces años!

—

— No puedo ¡ay! modular tonos mejores
Cuando al pulsar las cuerdas de mi lira
Recuerdo mi infortunio y mis errores;

Tiemblan la mano y corazon de ira,
Y en vez del númen del amor süave
El genio del furor solo me inspira.

Y es vano, que dejando el tono grave
Quiera abrazar la musa juguetona,
Mi voz tan solo maldecir ya sabe.

Y no pudiera el hijo de Latona
Ni juntas las divinas nueve hermanas,
Curar el mal que mi dolor pregona.

—

— Viles furias, euménides tiranas
Que arde la envidia y la calumnia enhiesta,
Son las que fueron musas castellanas.

De elogios-mutuos sociedad funesta
Que á la turba de cándidos lectores
Con necios panegíricos infesta.

¡Oh! — ¡Qué de ditirâmbicos loôres
Se prodigan con bárbara osadía
Miriadas de estúpidos factores!

Reniego de la dulce poêsía,
Y no quiero subir hasta el Parnaso,
Si he de estar en tan mala compañía.

Cabalgue á rienda suelta en el Pegaso
Esa torpe falange, — á su renombre
Prefiero las angustias que ahora paso.

¡O tú, de quien heredo el claro nombre,
Bêato, pues dejaste aquesta tierra
Sin ver tan vil degradacion del hombre!

—

De cruda, impía, asoladora guerra,
Es hoy objeto triste en todo estado
El que en su honor y dignidad se encierra.

Siglo décimonono, celebrado
Por tanto verso en forma de factura,
Raquítico embrion de algun menguado:

Siglo de hipocresía é impostura,
En el cual son venal mercaduría
Virtud, poder, talento y hermosura.

¡O siglo de la farsa, edad impía
De la electricidad, tremenda cosa,
Y de la fuerza del vapor bravía!

¿Cómo ocultar podrás, era famosa,
La lepra de los vicios, infamante
De tu generacion archi-tramposa?

—

Miro en torno de mí: — siempre delante,
Só el férreo yugo la virtud sencilla,
Premiado el vicio y el error triunfante!

Mas causárate, ó Duque, maravilla,
Si, dejadas las letras, no tratara
De otra mayor y mas fatal polilla.

Quiero hablar de otra cosa que es mas cara
Porque cuesta al Estado mas dinero
Y en bastardías és aun menos rara.

Nacional, fecundísimo venero,
Que, del civil pudor las vallas rotas,
Esplotan en tumulto vocinglero,

Turbas de beneméritos *patriotas*
A cuya vista avergonzados cejan
Los ínclitos del Tibre y del Eurotas.

La vergüenza y dolor tanto me aquejan
Al memorar el patrio vilipendio,
Que ni llorar en libertad me dejan.

¡Héroes mil que aquilata el estipendio,
Apóstoles que asientan su doctrina
Sobre el robo, el estupro y el incendio!

Famélica cohorte, archi-canina,
Que las maternas vísceras devora
Y á sus propios hermanos asesina!

¡Y una mano cobarde, imprevisora,
Falsos Horacios, — fementidos Mucios
Os mima y os empléa y condecora!!

¡Washingtons, Cincinatos y Confucios,
Vuestro cívico mérito consiste
En la enredada barba y los piés sucios!

—

— Tú, divino Señor, lo permitiste,
Castigo á lo presente ó lo pasado —
¡Cuán ridículo cuadro y cuánto triste!

—

Con el que dejo, apenas bosquejado
Por mas turbada mano que inesperta,
Tal vez dar punto aquí fuera acertado;

Que basta y sobra, como voz de alerta
A la ignorancia ó sencillez, y el sabio
No há menester de tan angosta puerta.

Mas si callara mi atrevido labio
El punto capital del panorama,
Fuera injusticia y manifiesto agravio.

Hablo de aquella institucion que inflama
El intelecto escaso y el profundo
Y que *prensa política* hoy se llama.

De todo bien y mal árbol fecundo,
Vedado en el principio al primer hombre,
Por aquel Sér, regulador del mundo.

¡O invento, digno de inmortal renombre,
Sublime inspiracion, casi divina,
Ante la cual no habrá quien no se asombre!

¡Cuánta cobarde y vil y clandestina
Perversidad, desparces por do quiera
Disfrazada de altísima doctrina!

—No estraña es, pues, mi indignacion sincera.
— ¡Vírgen, yo te bendije, inmaculada!
¡Yo te maldigo, impúdica ramera!

—

Mas ¿qué mucho que así precipitada
A tu final descrédito camines?
Antes vestal — bacante hoy desgreñada,

Cómplice de frenéticos malsines,
El escándalo, el vicio y la impostura
Son los objetos de tu amor ruines.

Fuente antes de saber, hoy de locura,
Luz antes — hoy abrasadora téa —
¡Jamás ningun poder de tanta altura
Cayó, ni sucumbió en tan vil peléa!

—

No puedo continuar en la enojosa
Que me impuse, aridísima taréa;

Mas que difícil, imposible cosa,
Juzgo de tanta farsa y villanía
Analizar la mole ponderosa.

[dia?
—¿Qué encuentra por dó quier el probo hoy
— Leyes, costumbres, santas tradiciones
Holladas en estúpida porfía.

Culto dán, hombres, pueblos y naciones
Solo al propio interés; vil egoismo
Ley es de sus estrechos corazones.

Valor, abnegacion y patriotismo,
Toda virtud es hoy un nombre vano
Si no refluye en bien del héroe mismo!

—

—Pero ¡cuán necio soy!—Sudo y me afano
Por inculcar virtudes y deberes
A un siglo fariséo y publicano.

— ¿Predicas heroismo á mercaderes?
¿Hablas de filosóficas virtudes
Al sectario sensual de los placeres?

—El premio que tendrás, por mas que sudes,
Serán odios, venganzas y rencores
Y el escarnio de torpes multitudes.

Mas ¿qué importan miserias y dolores?
Naciste á combatir — audaz fulmina
Cobardías y crímenes y errores.

—

Latente el grano está; pero germina,
Y á pesar de estravíos y maldades,
A su alto fin la humanidad camina.

Y desiertos habrá donde hoy ciudades
Tal vez, cuando florezca, esplendoroso
El bien, á las futuras sociedades.

Y entonce, el árbol del saber, frondoso,
Al hombre ofrecerá fruto fecundo
Y el sol habrá lucido, venturoso
De amor y paz y libertad al mundo!

—

A RUEGO DE UN CADETE DEL COLEGIO GENERAL MILITAR,

Enamorado de una señorita de mas edad que él.

ROMANCE.

A vos la linda zagala,
A vos, la hermosa doncella,
Por quien llora el alma mia
El duro mal de la ausencia:

A vos que sois la esperanza
Que vivifica y consuela,
Al huérfano triste y solo
De la vida en la palestra:

—

Estos afectos del alma
Que os reconoce por reina,
En tosco papel escribo
Y con mal formadas letras.

—

No en ellos los dulces ojos
Dó amor sus rayos concentra,
Hallarán conceptos altos
Ni generosas idéas;

—

Que no son los nobles triunfos
De mi flaca inesperiencia;
Y una alma jóven, sencilla,
A sentir tan solo acierta.

—

Y tan bien siente, y tal arde
En la llama en que se quema,
Que aún á talentos mayores
Fuera muy poco una lengua.

—

¡Pueda Dios, señora mia,
Derramar á manos llenas
Sobre vos tantas virtudes
Y venturas tan completas,

—

Que el mundo diga al miraros:
« Viven sublimes, perfectas,
« En un sugeto adunadas,
« Virtud y dicha y belleza! »

—

Y vos, si á tanto alcanzaren
Estas humildes sentencias,
De enmedio á tantas venturas,
Una mirada siquiera,

—

Y un recuerdo cariñoso
Consagrad á un alma tierna,
Que decir tan mal lo sabe;
Pero que ama tan de veras.

—

A E. A. DE R.

En motivo de haber pedido al autor unos versos para su álbum.— 1860.

Cuando en ronca voz de guerra
Truena incesante el clarin

Del uno al otro confin
De esta desgraciada tierra;

Cuando en sus odios insanos,
Fé y esperanza perdidas,
Juegan á un dado sus vidas
Los bravos venezolanos;

Cuando en sus valles rientes
Y en sus bosques y plantíos,
Enturbian sus claros rios
De sangre rojos torrentes;

Cuando en vez de gayas flores
Y de embalsamados frutos,
Viste el suelo negros lutos
En señal de sus dolores:

¿Cómo hallar una cancion
A celebrar tu hermosura,
Si en piélagos de amargura
Se aniega mi corazon?

¿Cómo, la placida calma
Hallar de mi antigua lira,
Cuando tanto horror inspira
Tan tristes ayes al alma?

No exijas, pues, hoy de mí
Cantos alegres, Elina,
Ante la fatal ruina
De la tierra en que nací.

Que fuera en vez de valor,
Obra de un pecho insensible,
Viendo el remedio imposible
A tan inmenso dolor.

No aflige tal desconsuelo
Solo á mi alma dolorida;
Tambien se siente esta herida
Allá en nuestro heróico suelo.

Que nuestra adorada España,
Aunque hoy añada á su historia
Tantas páginas de gloria
Con su última y noble hazaña.

¿Cómo, con enjutos ojos
Ha de ver la infausta guerra
Que reduce hoy esta tierra
A tan míseros despojos?

Húmedos y en ella fijos,
Tanto infortunio deplora —
— ¡Es una madre que llora
Los dolores de sus hijos!

No esperes, pues, hoy de mí
Ni un acento de alegría.
¡Mirando estoy la agonía
De la tierra en que nací!

Si solo llanto y gemidos
Y tristes ayes quisieras,
Aunque no me lo pidieras
Fueran tus votos cumplidos;

Que cantos de muerte son
Lo que cumple á un desdichado
Que en el pecho lacerado
Siente roto el corazon!

EN LA MUERTE DE Y. U.

Versos á sus hijas.

Era un alma sensible y generosa
Que en un dia de amor,
A ser madre feliz y tierna esposa
Envió al mundo el Señor.

—

Y de afectos suavísimos cercada
Pasó su juventud,
De las flores espléndidas ornada
De amor y de virtud.

—

Y á otra alma unió los fuegos de su alma,
Ignara del dolor,
Y planta pasó á ser, en dulce calma
La que antes era flor.

—

Planta fecunda que de hermosas flores
El cielo coronó,
Y de puros, vivísimos amores
Su existencia cercó.

—

¿Quién no pensara al ver aquella vida
Tan serena y gentil,
Que fuera así del cielo conducida
Al límite senil?

—

Mas rugió en torno suyo el torbellino
Con túrbido furor,
Y en la mitad fijó de su camino
Un término al amor.

—

Tronchó la planta con violencia impía
Sin ver su esplendidez,

Y en vez dejó de amor y de alegría
Horfandad y viudez.

—

¡Ay! de las verdes ramas, arrancadas
Del recio vendabal!
¡Ay! de las tiernas flores, separadas
Del tallo maternal!

—

En medio á este desierto de la vida,
¿Quién verá su dolor?
Si ruge la borrasca embravecida,
¿Quién les dará favor?

—

¿Quién?—¡Aquel, cuyo cetro soberano
Dicta en la eternidad,
Carrera al microscópico gusano,
Ley á la inmensidad!

—

El sempiterno Sér, cuya mirada
En lo infinito ve,
La torre hasta las nubes ensalzada
Y la arista del viento arrebatada
Que rueda ante su pié.

—

El padre universal, cuya clemencia
Mesura á nuestro pecho la alegría
Y á nuestra alma el dolor.
Humillémonos, pues, á su sentencia
De gozo ó de agonía,
Con gratitud y amor.

1858.

—

A D. C.

Con motivo de haber enviado al autor una relojera con los colores de España.

Cuando á hacer esos tejidos,
Linda Dolores, te pones,
¿Quieres cojer corazones
Que están á tus piés rendidos?

¿A qué darte los enojos
De aquesas redes sutiles,
Si prendes almas á miles
En las redes de tus ojos?

Estar bien segura puedes,
Júrolo á fé de quien soy,
De que antes de esa red de hoy
Estaba preso en tus redes.

Porque es red de misterioso
Poder que el alma encadena,
Que viva un alma tan buena
Bajo un rostro tan hermoso.

Empero, yo agradecido
A tu recuerdo preciado,
Me declaro encadenado
Si antes estaba rendido.

De mi patria los colores
Veo en tu precioso don;
De hoy mas, en mi corazon
Serán los tuyos, Dolores.

Y aunque me parta de aquí,
Ni el tiempo ni la distancia
Enfermarán la constancia
De mi cariño por ti.

1859.

—

A E. R.

QUE ME PIDIÓ VERSOS.

A tí, donosa zagala,
La de los ojos azules,
La de las blondas guedejas,
La de palabras tan dulces;
La que si mira enamora
Y si sonríe, confunde
El alma en inmenso piélago
De amorosas inquietudes:
— ¿Porqué me pides que rompa
El silencio que me cumple,
Y haga público un secreto
Que hasta hoy tan guardado tuve?
Eres crüel, pues me mandas
Que mi flaqueza divulgue,
Esponiéndome al ludibrio
De ignorantes multitudes.

—

Solo verán que mis sienes
A duras penas encubren,
Mezcla de ébano y de plata
Pocos, cenicientos bucles,
Mientras tu frente bruñida
En grato martirio sufre
De su juvenil corona
La dorada pesadumbre;
Y no que amor es eterno,
Y que su fuego se nutre
Así en las verdes campiñas
Como en las nevadas cumbres;
Y que su llama celeste

Mas vida y calor infunde,
Que en alboradas de mayo,
En frias tardes de octubre
Tú misma, hermosa zagala,
De tus piadosas virtudes
A despecho, acaso, acaso
De mis congojas te burles.
Mas la razon y esperiencia
Vano será que acumulen
Sobre los ciertos escarnios,
Probables ingratitudes;
Yo, en mi amoroso delirio
Sigo firme como un yunque,
Y nada será bastante
A hacer que mi afecto mude.

—

Si sabes, linda zagala,
La de los ojos azules,
La de las áureas guedejas,
La de palabras tan dulces,
Que el almo amor es eterno
Y que su fuego se nutre
Así en las amenos valles
Como en las nevadas cumbres;
Resígnate á ser amada...
Mas ¡qué!—¿Adusta el ceño frunces?
— Desden y cólera fueran
Tan ingratos como inútiles.

—

Cortas son mis esperanzas,
Corta dicha siempre tuve.
No espero que mi amor pagues
Ni pido que lo disculpes;
Que si, para mí pasaron
De amor los raros perfumes,
Yo en adorarte no ofendo
Ni de tu rostro las luces,
Ni nuestras antiguas leyes,
Ni nuestras rancias costumbres,
Ni la pura y limpia fama
De tus abuelos ilustres.

—

LAS DOS HERMANAS.

En uno de los estremos
De la corte castellana,
Hay, con moderno vestido
Un solar de antigua raza.
Mil artísticas bellezas
Lo decoran y lo ensalzan,
Y las vastas dimensiones
De sus opulentas salas
Son una viva protesta
Contra la pompa de farsa
De los palacios que hoy dia
Mezquino lujo levanta.
Pero la mas rica joya
Que encierra el antiguo alcázar
Entre sus nobles grandezas,
Es la jóven castellana.

—

Nació en las verdes orillas
Que amoroso el Betis baña,
Donde luce el sol mas vivo
Y mas ardiente es el alma;
Donde el pechero es poeta
Como el que es de sangre hidalga,
Y poéticos los montes,
Y poéticas las aguas;
Y donde de amor suspiran
Hombres y brutos y plantas,
Y las arenas del rio
Y las vespertinas auras.
— Trajóla Dios á Castilla
A ser de su corte gala,
Y envidia de las pequeñas
Y amor de las nobles almas;
Y á hacer la dicha de un hombre
Noble de pecho y de raza,
A quien solo el amor suyo
A ser feliz le faltaba;
Pero en tan alto destino,
De tantos goces cercada,
A veces tiembla en sus ojos
Y se desprende una lágrima.

—

¿Cual és el dolor secreto
Que anubla así dicha tanta?
— Un dulce y triste recuerdo
De las horas de su infancia,
Y de los tibios ambientes
De las béticas comarcas....

—

De la mansion altanera
Desarróllanse á la espalda,
Regios pensiles que eclipsan
Los Cármenes de Granada.
Fuentes de rara hermosura
Y laberintos y estatuas,
Y plantas de estraños climas
Y arbustos y flores raras,
Hacen del vasto recinto
Una mansion encantada;
Pero entre arbustos y flores,
Arboles fuentes y plantas,
Sin rival se alza orgullosa
Una palmera africana.
Tambien la trajo su suerte
Desde las líbicas playas

A ser encanto y asombro
De las tierras castellanas;
Y tambien, en su grandeza,
Inclina acaso sus ramas
Cuando de la ardiente Libia
Dulce el recuerdo la asalta.
Y cuando anima la luna
Con su tibia luz de plata
El laberinto confuso
De la capital de España;
En medio al grato silencio,
Desde su jardin la palma,
Y la hechicera hermosura
Desde su altiva ventana,
Tiernamente se contemplan
Se comprenden y se aman,
Y dulces besos se envian
Que amigas llevan las auras.

1861.

—

A LA C. DEL M.

En la muerte de la D. de A.

Era una flor, espléndida aureola
De su tronco ducal;
Hechicera y gentil como española
Y noble como tal.

—

Y en hermosura tanta y tal nobleza
Y tanta perfeccion,
Era el timbre mayor de su grandeza
Su noble corazon.

—

Y la planta feliz que al patrio suelo
Dió aquesta y otra flor,
A entrambas consagró con firme anhelo
Su maternal amor.

—

Pero alentó en revuelto torbellino
Un recio vendabal,
Y desgajó una flor en su camino
Al seno maternal.

—

Mas no la ajó — llevóla á otra comarca
Que habita un pueblo rey,
Y al lado la sentó de un gran monarca,
Quien recibió su ley.

—

Y consoló á la planta en su abandono,
El ver su flor real
Ciñendo altiva en estrangero trono
La diadema imperial.

Y el ver, ya regia planta florecida
A la restante flor,
Ostentar su hermosura só la egida
De su materno amor.

—

Pero ¡ay! — Era aún inmensa tal ventura
En la vida mortal,
Y del dolor supremo y la amargura
Sonó la hora fatal.

—

¡La noble planta por el rayo herida
Inclinó la cerviz
Y solo á padecer quedóle vida
A la madre infeliz!

—

Y en vano, tierna, del escelso trono
Envía la otra flor,
A la infelice madre en su abandono
Mil pruebas de su amor;

—

Y en vano la dejó pompa y grandeza
La suma Potestad;
Malgrado á su cristiana fortaleza
Deplora su horfandad.

—

Y dia y noche su plegaria al cielo
Eleva con fervor,
Y espera y halla solo algun consuelo
En el divino amor.

1860.

—

A MIS AMIGAS DE CARACAS.

Desde este puerto lejano
Tan infeliz cuanto hermoso,
Presa de un duro bloquéo,
Víctima de un terremoto;
Donde gime vuestro amigo
Desgraciado, triste y solo,
Aquí en Guayaquil el cuerpo
Y el alma allá en el remoto
Confin, donde puros brillan
Vuestros dulcísimos rostros;
No estrañareis que se exhalen
De mi pecho en ayes roncos
Los recuerdos de otros dias
Tan breves como dichosos;
Dias que en el yermo campo
De mi vida, ven mis ojos,
Como aromosos pensiles
Entre arenales y escombros.

—

¡O queridas remembranzas
De aquel tiempo venturoso!
¡O memoria larga y cruda
De un bien que fué transitorio!
¡Cuándo volverán ¡ay triste!
Tras este tiempo afanoso,
El trato fácil y ameno,
Los íntimos desahogos
Que en ese círculo caro
Gozó mi espíritu ansioso!

—

Aquí en soledad constante,
El luto y miseria entorno,
De estos dos pueblos hermanos
Miro los túrbidos odios;
Y en vano canso el esfuerzo
De mi entendimiento absorto,
Y lucho en vano y relucho,
Y entre sus iras opongo
De la compasion de España
El ante-mural piadoso;
Que ni mi intento consigo,
Y apénas si calmar logro
El hambre y la sed que reinan
En todos estos contornos
Miéntras mi noble bandera
Acaso á ultrages espongo.

—

No estrañeis, pues, que se exhalen
De mi pecho en ayes roncos,
Los adorados recuerdos
De aquellos dias dichosos,
Si aquí mi cuerpo agoniza
Y el alma está en el remoto
Confin, donde brillan puros
Vuestros dulcísimos rostros.

Mayo 1859.

—

A. D. H. (NIÑA).

Tienes, niña, en esa cara
Tanta gracia y donosura,
Y un alma tan tierna y pura,
Que por mirarla, arriesgara
Hasta mi eterna ventura.

—

Hay en tu dulce mirada
Un encanto indefinible.
¿Es la promesa adorada
De una dicha siempre ansiada
Y siempre al hombre imposible?

¿Es su halago seductor
Revelacion del placer
Que guarda un mundo mejor,
Al que vino á padecer
A este mundo engañador?

—

¿Es acaso tu beldad
Un recuerdo vaporoso
De otra mas feliz edad,
O presagio venturoso
De nuestra inmortalidad?

—

No sé; — mas mi corazon
Que olvida duelos y errores
Al ver tu linda vision,
Dice en su tierna emocion:
¡Dios te bendiga, Dolores!

—

¡Oh! — Tres veces venturosa
La madre que al mundo dió
Prenda de amor tan hermosa,
Y la tierra generosa
Que entre sus hijas la vió!

—

¡Mil veces dichoso el dia
En que llegué á contemplar
La pureza y gallardía
De la que tornó á alentar
La muerta esperanza mia

—

Si camina, el talle leve
Mas que el plátano flexible,
Oscila sobre el pié breve,
Cual la flor cuando la mueve
El cefirillo apacible.

—

Si rie, esencias derrama
Y el ambiente se perfuma,
Y dá el sol mas viva llama,
Y ausente el mal que la abruma
El alma en amor se inflama.

—

Si... Mas ¿á qué continuar
Un cuadro tan seductor?
¡Ay Dolores! — ¡Qué dolor
Me estás haciendo pasar
Con tan injusto rigor!

1857.

—

LA MUERTE.

Ὃν οἱ θεοὶ φιλοῦσιν, ἀποθνήσκει νέος.

MENANDRO.

Impasible y adusta soberana
Del orgullo mortal niveladora,
Todo lo que alentó la mano suma
Del eterno Hacedor, en aquel dia
En que ordenó á la luz salir del caos
Está sugeto á tu poder terrible.
Desde los vastos mundos que se mueven
En el espacio inmenso del vacío,
Hasta esos microscópicos insectos
Que nunca vieron los humanos ojos,
Y á cuya rapidísima existencia
No hay en el tiempo espacio ni medida...

—

¿Porqué, ó muerte, á tu nombre tiembla el mundo?
— Unico ofreces, inviolable asilo
A la virtud, al llanto, á la indigencia.
Jamás negaste el maternal regazo
Al alma de luchar enflaquecida.
¿Porqué tu imágen al mortal asusta?
— No destruye tu mano : — regenera.

—

En cuanto sér el Universo abarca,
Escelso ó vil, espíritu ó materia,
La muerte es el principio de la vida.

—

Yo siento en mí un impulso poderoso
Que á tí me llama : el pensamiento mio
En tu idea se espacia con deleite,
Y el corazon finísimo te adora.
Y cuando solo, en la callada noche
En torno á mí se arrastran soñolientas
Las tardas horas, por do quier tu imágen
Me asalta con gratísima porfía.
¿Qué es esta vida porque tanto afana
Insensato el mortal? — Ardua palestra,
Dó inmensos son el riesgo y la fatiga
Y el galardon mezquino y deleznable.
Serie de despedidas dolorosas,
Manantial de temores y de sustos,
De pérdidas registro siempre abierto.
Arida senda de espinosas zarzas
Sembrada, dó en levísimos girones
Van la esperanza y fé y amor quedando,
Aquí en ingratitud — allí en traiciones,
Y mas allá en amadas sepulturas.
— ¡O muerte pia, compasiva muerte,
Tarde será por presto que á mi vengas;
Tú eres la aurora del eterno dia,
Y mejor que llorar es ser llorado!

1856.

—

A ROMA.

Primeros versos del autor, escritos una noche de 1845 en el anfiteatro Flavio, llamado vulgarmente el Coloséo.

The Niobe of nations! — There she stands
Childless and crownless in her voiceless woe....

BYRON.

¡Salve, Roma imperial! — ¡Alza la frente
Que en otro tiempo ornó fúlgida gloria!
No temas que mi lira irreverente
Se atreva á profanar tu escelsa historia:
Otra mas alta á la futura gente
Cantará de tus hechos la memoria;
La mia llorará solo contigo
Tu infortunio crüel — tu atroz castigo.

—

¡O matrona infeliz! — Al ver tus penas
¿Qué corazon no rompe en tierno llanto?
¿Quién al ver las durísimas cadenas
Que tus manos oprimen, tu quebranto,
Correr no siente en las hinchadas venas
Indignada su sangre, y sacrosanto
Fuego de libertad dentro del pecho
Arder de los tiranos á despecho?

—

¡Cuán débil hoy se vé, cuán abatida
Del orbe la orgullosa soberana!
La que á un acento de su voz temida
La gente vió europea y la africana
De pánico terror sobrecojida
Humillarse á sus plantas! — ¡Oh! cuán vana
Del mundo es la grandeza, y del destino,
¡Cuán mudable el favor y cuán mezquino!

—

¿Qué fué de las indómitas legiones
Que con potente esfuerzo, tremebundo,
Al mando de Camilos y Escipiones,
Leyes dictaron al vencido mundo?
¿Dó tus Brutos están, tus Cicerones,
Tus Cocles y tus Curcios de profundo
Patriotismo y saber? ¿Dónde tus leyes,
Emperadores, cónsules y reyes?

—

¿Donde están tus poetas inmortales,
Tus Ovidios, Virgilios, tus Horacios,
Que poblaban de cantos celestiales
De la region del viento los espacios?

¿Dó tus arcos de triunfo, colosales,
Tus vastísimas *thermas*, tus palacios?
¿Dónde la Roma está de Numa el justo,
Y la altiva ciudad del grande Augusto?

—

¡Ay! — Todo pereció — de allá del Norte
Las bárbaras naciones ignoradas,
Marchando en espesísima cohorte
Sobre tí se arrojaron desbandadas:
Dueño y señor de la opulenta corte,
Emporio de las artes celebradas,
Se entregó fiero el vencedor salvage
A muerte y destruccion, ruina y pillage.

—

Tal suelen, en confuso torbellino
Los turbios aquilones adunarse,
Y el sol oscureciendo matutino
Sobre el frondoso bosque abalanzarse:
Ministros ciegos del poder divino,
Arrancan por igual, al acercarse,
Los robles corpulentos, las encinas,
Las plantas y las flores purpurinas.

—

Y convierten en árida llanura
La fértil tierra que la selva umbría
Con balsámico manto de verdura
Del astro abrasador antes cubria:
Se acoje de otra selva en la espesura
El cervato que allí triscar solia
En el herboso márgen de la fuente,
Mirándose en su linfa transparente. . . . .
. . . .

—

— Detrás de tus antiguos, fuertes muros
Antes del universo venerados,
Al placer entregábanse seguros
Los hijos de tus hijos degradados;
Mas del Omnipotente, los oscuros
Decretos de los hombres ignorados
Quisieron que triunfara en aquel dia
Del bárbaro feroz la valentía.

—

Huyen la cruda muerte, presurosos
Soldados y cobardes generales,
Alaridos lanzando dolorosos;
Tal se hundieron los dioses infernales
Del Erebo en los antros pavorosos
Cuando el hora sonó en que los umbrales
Llegó á pisar del Tártaro profundo
Lleno de gloria el Salvador del mundo.

—

Mas del horrendo estrago tú saliste,
Celeste religion, inmaculada,
Y culto y homenages recibiste
De la bárbara gente despiadada:
Y de enmedio al informe resto, triste,
De la ciudad altiva, profanada,
Cual faro de salud, surgió divino
El signo vencedor de Constantino.

—

Cual suele la simiente arrebatada
Del revuelto turbion al bosque umbrío,
Por la region vacía transportada
En la márgen caér de undoso rio;
Y allí, por la humedad fecundizada,
Germinar á despecho del estío,
Primero siendo arbusto, luego planta,
Arbol despues que al cielo se levanta:

—

Tal la cristiana fé, pobre, sencilla,
En un rincon nació de la Judéa,
Mas, presto, ¡incomprensible maravilla!
Brilló en el orbe como inmensa tea:
La sangre del cordero sin mancilla
Que feroz derramó la gente hebrea,
El fértil riego fué que en un instante
De átomo que nació la hizo gigante.

—

Tú sucumbiste, al fin, ciudad profana,
De Caracalas sierva y de Nerones,
De Cómodos lasciva cortesana,
Mas tu ignominia fué que tus blasones:
Sobre las ruinas de la fé pagana,
Mayor del que fundaron tus legiones,
Otro imperio se alzó mas duradero,
Mas firme y respetado que el primero.

—

Imperio que nació dó los humanos
Imperios se anonadan. — La pobreza
Fué su primera ley, sus soberanos
En la humildad fundaron su grandeza:
Los indómitos pueblos, los tiranos,
A sus piés deponiendo la fiereza
De los altivos pechos, homenage
Prestáronle de humilde vasallage.

—

Benignísimo imperio, cuya lumbre
Estendieron sus claros adalides,
Predicando la paz y mansedumbre,
Sin negra usurpacion ni crudas lides:
Armados con la cruz que allá en la cumbre
Del Gólgotha brilló, nuevos Alcides,
Contrastaron de frente al paganismo
Hasta lanzarle en el profundo abismo.

—

Tú fuiste, y entre todas, la elegida,
¡O Roma! como antorcha rutilante

Que debia guiar á eterna vida
A la estraviada humanidad. — Brillante,
La faz, Nueva Sion, de tu caida
Te alzaste mas hermosa y arrogante,
¡Esclava, al sucumbir, eras pagana,
Y al levantarte Reina, eras cristiana!

—

Testigos de tu antigua prepotencia
Quedan en pié obeliscos sobrehumanos,
Libros de piedra, dó la humana ciencia
Se pierde en oscurísimos arcanos:
A los cielos en alta competencia,
Se elevan de Antoninos y Trajanos
Las eternas columnas, y trofeo
Aún vive de tu fama el Colosséo.

—

Descuella, soberano monumento,
De Agrippa el Panthëon esplendoroso,
Y vive el Capitolio dó el talento
Las sienes ciñe del laurel glorioso:
Y de las artes ínclito portento,
Vecino al padre Tiber majestoso,
Dó la odiada mansion fué de un tirano,
Inmortal se levanta el Vaticano.

—

¡Alza, pues, ó ciudad, la mustia frente,
Torna á ceñirte la imperial corona,
Viste el purpúreo manto, refulgente,
Vuelve el cetro á empuñar, regia matrona!
El universo entero, reverente,
Señora, cual un tiempo, te pregona,
Y solo al resonar tu augusto nombre,
Veloz palpita el corazon del hombre!

—

LA ULTIMA ILUSION.

En los primeros años de mi vida
Virgen el corazon de amarga pena,
Ardiendo en entusiasmo el alma, llena
De fé profunda, en sus dorados sueños
La mente envanecida,
Solo campos risueños,
Verdes y amenos prados
De mil fragantes flores esmaltados,
Un cielo siempre azul, radiantes soles,
Murmuradoras fuentes cristalinas
Ver en el porvenir imaginaba —
¡Y creia vivir cuando soñaba!

—

Mas, descorrido el engañoso velo,
Vió la austera razon, duras espinas
En derredor de macilentas flores.
Aridos campos — selvas sin verdura —
Torrentes despeñados
De turbias aguas — enlutado el cielo;
La existencia en dolores
Rica solo y engaños y amargura!
Entonces la inesperta fantasía
A creër se negaba
La realidad que ante sus ojos via,
Y pensaba soñar cuando vivia!

—

Empero, en infinita muchedumbre
Los crüeles pesares
Mi pecho laceraron
Y el velo de mis ojos desgarraron.
Só la alta pesadumbre
Incliné la cerviz, antes altiva;
Los dulces patrios lares
Huyendo abandoné, menos esquiva
Creyendo la fortuna
Lejos del aura que miró mi cuna.
Mas ¡cuánto me engañaba!
¡Cuánto, necio de mí ¡cuánto soñaba!

—

En las tinieblas de la noche oscura
De mi infelice vida,
Una, solo una vez, fúlgida estrella
Apareció de célica hermosura.
¡Ay! — Parecióme verla enternecida
A mi amarga querella
Mostrarme en lontananza
El cielo del amor y la esperanza!...
— Mas raudo torbellino
Anubló en su semblante aquel divino
Rayo de compasion, con que alumbraba,
Cuando me sonreia,
La lobreguez de la miseria mia!
¡Oh! — Crüel, muy crüel, fué mi destino.
¡Vivir imaginé cuando soñaba,
Y pensaba soñar cuando vivia!

1845.

—

A UN NIÑO.

Niño hermoso que el nacer
Viniste al mundo á sufrir,
Di: ¿que es el *sér* y el *no ser*?
¿A qué nacemos ayer
Para mañana morir?

¿Porqué adoramos la vida
Siendo en dolor tan fecunda?
¿Porqué la muerte intimida,
Cuando al reposo convida
En su oscuridad profunda?

¿Porqué la madre un placer
En vez de amargo dolor,
Siente, cuando llega á ver
Vivo el fruto de su amor,
Si vivir es padecer?

—

Todo en la vida es error,
Si bien llego á comprender;
Que acaso bien pueden ser
Inmenso goce el dolor,
Dolor amargo el placer.

—

Tal vez, niño, en tu inocencia
Sepas la eterna verdad;
Que es la escasa humana ciencia
Palabras, insuficiencia,
Rumor solo y necedad.

—

Acaso en una alma pura
Que el pecado aún no amancilla,
La luz eterna fulgura
Que allá en la celeste altura
Para los ángeles brilla.

—

Tal vez, como el primer hombre
Antes de dar la caída,
Alcanzas, por mas que asombre,
Toda esa ciencia sin nombre
Que está al mortal escondida.

—

Que ángel era como tú,
Aquel cuando comprendió;
Y solo cuando cayó,
A un tiempo con su virtud
Toda su ciencia perdió.

—

¡Insensato desvarío!
¡Antes las aguas del rio
Irán hácia el manantial,
Que pueda el débil mortal
Resistir al poderío
De un destino fatal!

—

Que en el dolor engendrado
Y al mundo á llorar nacido
Es el hombre en lo creado
Si el sér mas esclarecido,
Tambien el mas desgraciado.

. . . .
. . . .

—

Tierno boton de una rosa
Que el amor hizo fecunda;
Niño de faz candorosa
En quien la madre amorosa
Un mar de esperanza funda!

—

¡Pueda el cielo en tu favor
Mitigar su dura ley!
¡Blanco de tan puro amor,
Puedas ser fragante flor,
Gala de la humana grey!

—

¡Puedas, ó niño, guardar
En el borrascoso mar
De esta vida tu candor!
¡Pueda nunca desgarrar
Tu blando seno el dolor!

—

¡Pueda la madre adorada
Que en llanto de amor bañada
De hijo te dió el dulce nombre;
Ver que pagas su cariño
Con la ternura de niño,
Con la firmeza de un hombre!

1846.

—

EL HURACAN DE LA HABANA.

(Del 11 al 12 octubre de 1846.)

Movió el Señor, el dia de su ira
El estro de su diestra soberano,
Y alzada ya la omnipotente mano,
En donde debe herir en torno mira.

La mirada celeste que respira
Amenaza mortal, en el cubano
Suelo detiene; el golpe sobrehumano
Descarga, y por dó quier la muerte gira.

El túrbido aquilon ruge violento,
Hórrido brama el mar, sus crespas olas
Van á encontrar el rayo — el lampo brilla
Y en las alas del noto turbulento
Llegó hasta las riberas españolas
El ¡ay! doliente de la hermosa Antilla.

—

PARAFRASIS DEL CAPITULO PRIMERO

DE LOS TRENOS DE JEREMIAS.

Quomodo sedet sola civitas plena populo: facta est quasi vidua domina gentium:

princeps provinciarum facta est sub tributo. . . . .

O vos omnes qui transitis per viam, attendite et videte si est dolor sicut dolor meus : quoniam vendemiavit me ut locutus est Dominus, in die iræ furoris sui.

—

¡Hoy cuán desierta está, cuán desolada
La ciudad populosa!
Señora de las gentas envidiada
Era antes, y hoy, llorosa
Viuda abandonada,
Mírase ¡ay me! tambien esclavizada!

—

Surca el hermoso rostro noche y dia
Amarguísimo llanto :
En vano, en su agonía
Implora algun consuelo á su quebranto :
Los hijos que queria
La despreciaron con soberbia impía :
Sus mejores amigos
Son hoy encarnizados enemigos.
. . . .

—

Las vias de Sion están desiertas;
Por tierra derribadas
Yacen sus altas puertas :
Gimen sus sacerdotes : abatidas
Las frentes de sus vírgenes, cubiertas
Se ven de palidez y de tristura.
Sion misma, oprimida,
Lamenta su abandono y su amargura.

—

Levantan con orgullo ahora la frente
Sus fieros enemigos despiadados :
El Dios omnipotente,
Al ver la multitud de sus pecados
Maldíjola indemente :
Sus párvulos amados
A dura esclavitud son arrastrados.

—

Perdió Sion su antiguo poderio :
Sus príncipes huyeron
Cual tímidos corderos que el umbrío
Bosque no encuentran dó pastar solieron;
Sin combatir, perdido el noble brio
Ante el perseguidor desparecieron.

—

Pecó Jerusalem, y su pecado
Hoy castiga el Señor con mano dura :
Los que ayer celebraban su hermosura.
Hoy la han abandonado
Mirando su ignominia y desventura.
Ella, volviendo el rostro acongojado
Oculta su amargura.
. . . .

—

Profanó su contrario
Sus costumbres, sus leyes mas sagradas :
Vió entrar en su santuario
Las huestes enemigas tan odiadas :
¡Señor, vé mi afliccion, y tu castigo
Haz tambien que lo sufra mi enemigo!
. . . .

¡Vosotros, los que vais por el camino,
Venid y ved si habrá en el ancho mundo
Dolor igual á mi dolor profundo!
¡De su furor divino
En el dia tremendo
Me condenó el Señor, á tal destino!
. . . .

—

De mis iniquidades
Formó el Señor, un yugo con su mano
Y lo impuso á mi cuello :
Mis muchas liviandades
Han mi antiguo vigor enflaquecido :
Y el golpe recibido
De la mano del Sér omnipotente
Hundió en el polvo mi orgullosa frente.

—

De mi seno arrancados
Ví á todos mis varones esforzados :
La adversidad holló á mis escojidos :
Los rostros abatidos
Van de Judá las vírgenes amadas,
Pálidas — tristes — siervas — deshonradas!

—

Y lloro amargo llanto
Y mis ojos de lágrimas son fuentes :
No encuentro entre las gentes
Quien piadoso consuele dolor tanto :
Mis hijos he perdido
Porque el perseguidor los ha vencido.
. . . .

—

¡Justo eres, ó Dios mio!
¡Yo misma á maldecirme he provocado
Tu boca, en mi insensato desvarío!
Oid, pueblos del mundo, mi pecado,
Ved mi dolor supremo;
¡Mis vírgenes hermosas, mis valientes
Y mis adolescentes
En la cautividad han espirado!

—

Mis amigos llamé; mas no vinieron;
Fueron mis ruegos vanos

Porque insensibles á mi llanto fueron :
Sacerdotes y príncipes y ancianos
Al hambre y la ignominia sucumbieron.

—

Ve con piedad, Señor, mi triste estado;
Conmuévate mi horrible desventura :
El seno desgarrado,
El alma rebosando de amargura :
El campo devastado,
El muro de cadáveres poblado.

—

Mis ayes dolorosos
Oyeron, y en mi ayuda nadie vino :
Contrarios orgullosos
Escarnecieron mi fatal destino :
Tú lo hiciste, Señor : el fausto dia
Vuélveme del placer y la alegría;
Y como á mí, las penas
A esotros les envia y las cadenas.

—

Y colma en tu justicia, la medida
De sus iniquidades :
Piérdanse como yo me ví perdida
Por mis torpes maldades.
¡ Duélete, al fin, Señor, de mi quebranto!
¡ Muévante mis gemidos y mi llanto!

1846.

—

SAN PABLO EN FILIPPOS.

Non erat ille lux, sed ut testimonium perhiberet de lumine.

Evangelio de san Juan, cap. 1°.

I

En las tinieblas que del hondo abismo
El genio del error lanzó iracundo
Bajo el velo falaz del paganismo
Contra el entonces engañado mundo;
Reinando soberano el fanatismo
Demonio ciego, aborto del profundo,
Y presa por su mal el débil hombre
De una sombra, un fantasma, un vano [nombre :

II

Allá de oprobio y de suplicio horrendo
En un lugar de todos execrado,
Un destello lució con alto estruendo
Del sempiterno foco separado :
Y del presagio al resplandor tremendo
Se extremeció el ejército malvado
Del caido Luzbel, y temeroso
En el orco se hundió caliginoso.

III

De pronto, en un rincon de la Judéa,
De humilde condicion, palabra oscura,
Vasos electos de la estirpe hebréa,
Varios hombres subieron á la altura :
La chispa, hecha ya antorcha gigantea
Empuñaron con inclita bravura,
Y del divino ardor solo inspirados
A la lid se lanzaron denodados.

IV

No eran ellos la luz; mas de su esencia
Fueron á dar al mundo testimonio;
A oponer fueron la divina ciencia
A los negros ardides del demonio :
Fiando en la divina omnipotencia,
Al hebréo, al romano y macedonio,
Predicaron la fé con fé profunda,
Firme, como aquel sér en quien se funda.

V

Cual del Ande en la cumbre blanquecina
Salta escuro raudal de roca en roca,
Y engrosándose va cuanto declina
Hasta que al ancho valle desemboca;
É incierto allí cual antes no camina,
Sino indómito y raudo se desboca,
No ya mezquina fuente, undoso rio,
Sus aguas á llevar al mar bravío :

VI

Así de aquellos hombres el acento
Al principio tan debil é inseguro,
Tronó despues con ímpetu violento
Hasta en el fondo del abismo oscuro;
Mas esto no bastó; mayor portento
Dispuso allá del celestial seguro
El gran Regulador, cuyas lecciones
Predicaban los inclitos varones.

VII

Quiso que sus mayores enemigos
Viendo tambien la luz tambien creyeran,
Y que en vez de negar, fieles testigos,
De su fé testimonio al mundo dieran :
Quiso, no solo hacerlos sus amigos,
Sino que al mundo predicando fueran,

Y, Apóstoles insignes cuanto sabios,
Darles la uncion divina de sus labios.

VIII

Entre aquellos que al númen del Erebo
Mas fanático daban, ciego culto,
Eligió á Saulo, singular mancebo
De ingenio claro y en la ciencia adulto:
Mas quiso, antes de hacerlo un hombre nuevo
Que no quedase el desacato inulto
Con que el guerrero de la fé pagana
Perseguia feroz la fé cristiana.

IX

Siguiendo Saulo, la implacable guerra
Que á los soldados de la cruz hacia,
Partió de ellos en pós á estraña tierra
Dó mucha gente de Jesus habia;
Y traspasando el llano y la alta sierra,
El alma llena de su saña impía,
Se iba acercando al lastimoso caso
Con raudo movimiento y firme paso.

X

Y próximo al lugar do caminaba,
En serena alborada matutina,
Oyó en lo alto una voz que así clamaba:
«*¿Porqué, Saulo, persigues mi doctrina?*»
Volvióse para ver al que le hablaba
Y un torrente de luz hirió divina
Sus ojos, y cegando de repente
En el polvo humilló la altiva frente.

XI

«¡Señor! ¡Señor! clamó, yo ví tu lumbre
«Y de ella me aparté, perdon, Dios mio!
«No pude en tu suprema mansedumbre
«Adivinar tu inmenso poderío.
«¡Señor, Señor, desde la escelsa cumbre
«Dó estás, vuelve tus ojos al impío;
«Perdóname, Señor, porque ya créo,
«Y ciego, como estoy, tu gloria véo!»

XII

Entonces una voz, palabra humana,
Oyó cerca de sí — «¡Levanta, electo!
Le dijo: «la clemencia soberana
«Te quiere de eleccion vaso perfecto:
«Por su virtud te vuelvo la mundana
«Vista, para que toques el efecto
«En tí, de la divina omnipotencia
«Y de lo vano de la humana ciencia.»

XIII

Alzóse y vió — y en la ciudad vecina
Se entró con animoso continente;
Por calles y por plazas, la divina
Palabra, predicó firme y valiente;
Y frutos produciendo la doctrina
Iba de Cristo en la pagana gente;
Mas ordenóle el cielo que partiera
Y á otros climas su planta dirigiera.

XIV

Y á una ciudad partió de allí lejana
El celestial mandato obedeciendo,
Y contra la execrable fé pagana
Iba su apostolado prosiguiendo.
Sucedió que una jóven, no cristiana
De continuo al apóstol persiguiendo,
A las turbas gritaba: «¡El santo nombre
Del verdadero Dios, clama este hombre!»

XV

Era esclava la joven, é inspirada
Del diablo de Python, en el oscuro
Reino del porvenir, entrando osada
Predecia á las gentes lo futuro:
Saulo compadeciendo á la cuitada
Y al espíritu vuelto: «¡Te conjuro,
Le dijo, «por Jesus, que salgas luego
Y la libertes de tu impuro fuego!»

XVI

Como la espesa niebla se evapora
En el valle y el monte prominente,
Al primer rayo que los campos dora
Del padre sol que asoma en el oriente:
Así á la voz de Saulo, vencedora,
El infernal espíritu, fremente,
De rabia y de terror sobrecojido
Huyó, lanzando aterrador rugido.

XVII

¡Salve, apóstoles santos, inspirados
Mesias, invencibles campeones!
Vosotros arrostrásteis denodados
Hierro y fuego, y verdugos y leones:
Del bien del universo penetrados
No temísteis tiranos ni legiones,

Y ante vuestra cristiana fortaleza
Se estrelló su ignorancia y su fiereza.

XVIII

Y en vil polvo rodaron confundidos
Los ídolos y altares del Averno,
Y viéronse en sus templos, erigidos
Los cándidos altares del Eterno:
Los hombres en hermanos convertidos
Acataron el culto santo y tierno
Del sumo Dios, generador fecundo,
Hecho hombre á fin de redimir el mundo.

XIX

Y de entonces acá, deslumbradora,
De la eternal Sion en la alta cumbre,
Donde el de Reyes Rey se asienta y mora,
Perenne brilla la celeste lumbre;
Del alma y la razon libertadora
Las tinieblas venció y la servidumbre
En que el mortal yacia encadenado
A un tiempo por su orgullo y su pecado.

XX

¡Feliz aquel que su esperanza funda
En nuestra inmaculada fé cristiana
En virtudes y en bienes tan fecunda
Como el supremo sér de quien emana!
Que, cuando el universo se confunda
En la nada otra vez, su soberana
Luz, á aquel mundo le será de guia
Dó el amor es eterno y la alegría.

1846.

CERVANTES.

(Escrita en 1846. En los quince años transcurridos ha variado mucho la situacion de España, y se ha modificado no poco la manera de ver del autor. La nacion fué grande siempre; los hombres fueron, son y serán pequeños.)

Sombra inmortal, que acaso
En la callada noche, misteriosa,
Vienes con lento paso
El sitio á recorrer dó majestuosa
Tu imágen muda está;
Y acaso el monumento
Dó esculpido se ve tu grande nombre
Considerando, al viento
Tus quejas das con ímpetus de hombre,
Aunque eres ángel ya;

No presurosa al cielo
Te vuelvas, al mirarlo tan mezquino;
Que sobre el patrio suelo
Amontonó sus males el destino
Con ruda profusion;
Hoy, nuestra noble España,
Un tiempo ¡ay Dios! señora de la tierra,
Por su implacable saña
Se ve presa infeliz de infanda guerra
¡Guerra de maldicion!

Hermanos con hermanos,
Perdida la razon, la fé perdida,
Los míseros hispanos
A impulsos de su furia embravecida
Se lanzan á la lid;
No ya al furor son valla
De sangre y de virtud los santos fueros:
— ¡Aún hay á la batalla
Soldados; pero ya no hay caballeros
En la patria del Cid!

¡Indignos traficantes
Los nietos son de aquellos campeones
Que fueron arrogantes
A conquistar las índicas regiones
En nombre del Señor!
El castellano brio
Cedió del vicio al seductor halago;
Su fuerza y poderío
Hundiéronse tambien, y en tal estrago
Ni aún se salvó el honor!

¡Qué mucho, pues, o sombra
Del poeta inmortal, si á tal bajeza
Que al universo asombra,
Ha caido de España la grandeza,
El brio y la altivez;
Qué mucho, que á tu gloria
Alce pobre y mezquino monumento,
Cuando hoy manchan su historia,
Cobardía, traicion, odio violento
Y dolo y pequeñez!

¿Y qué? — En el suelo ibero
De virtudes tan altos solio un dia
¿No queda un caballero?
¿No quedan ya valor ni cortesía
Ni fé ni religion?
¡Sí quedan, sí! — En lo oscuro
Del porvenir, vislumbra la esperanza
Al desenfreno un muro;
Mas ¡ay! — que en muy remota lontananza
Lo mira el corazon!

Pero infortunio tanto,
¿Qué importa al esplendor de tu alto nombre,
Si eres del mundo encanto,
Si dó quiera, Cervantes, que haya un hombre
Se alza una voz por tí?
¿Qué importa, aunque mezquino
Séa el bronce que al mundo te proclama,
Si tu númen divino
Se sienta allá en el templo de la fama
En trono de marfil?

—

VENECIA. — HUNGRIA.

ODA.

Cuando del un confin al otro veo
De la caduca Europa,
La santa Libertad, de vil troféo
Servir á esclava tropa;

—

Cuando, del Septentrion al Mediodia,
De Oriente hasta Occidente,
Alza la multiforme tiranía
Su sanguinaria frente;

—

Cuando los pueblos libres, se envilecen
Sirviendo á los tiranos;
Cuando á crímenes tales, enmudecen
El mundo y los humanos:

—

Solos, contra las turbas infinitas
Que envió del hondo abismo
En figura de bárbaros escitas
El negro despotismo;

—

Dos puñados de libres se levantan
Valientes, formidables;
Y á su embate vacilan y se espantan
Los siervos miserables!

—

Y no esperan vencer. — Sus enemigos
Sin número y potentes
Son, por suerte fatal, — y sus amigos
Muy pocos — si valientes.

—

Y empero, á la ardua lid, ved cual se lanzan
Desnudos los aceros;
¡Mirad cómo á las turbas se abalanzan
Los bravos caballeros!

De la causa mas noble de la tierra
Postreros defensores,
¡Solo esperan morir en la impía guerra,
Los bravos lidiadores!

—

— ¡Oh! — ¡Qué á mi débil voz lícito séa
Alzarse enardecida,
Ya que no pueda en la inmortal pelea
Sacrificar mi vida!

—

¡Venecia! ¡Hungría! — Asilos de la gloria,
Cuna de tantos bravos
Que prefieren la muerte á la victoria
Por no vivir esclavos:

—

¡Salve tres veces, salve! — Los acentos
Del rudo canto mio,
Puedan llegar en alas de los vientos
Al opresor impío!

—

¡Puedan helar su corazon perverso
Del mas cobarde espanto;
Que mi voz es la voz del Universo,
Y mi canto es su canto!

—

¡Roma! ¡Venecia! ¡Hungría! — Paladiones
De libertad postreros;
Culto os darán y altares y canciones
Los siglos venideros!

—

Que eterna no ha de ser la vil coyunda
De torpe tiranía;
Y lucirá en virtud y amor fecunda
La libertad un dia.

—

¡Si libres sucumbís, mártires santos,
A vuestra causa fieles,
Dará el poeta á vuestra tumba cantos,
Las vírgenes laureles!

—

¡Y en el eterno libro de la historia
Escritos vuestros nombres,
Serán enseña de virtud y gloria
A los futuros hombres!

—

— ¡Ese rio de sangre generosa
No correrá infecundo;
Que á su riego feraz crece frondosa
La libertad del mundo!

1848.

—

A CAROLINA CORONADO.

Con motivo de una carta que dirigió al autor desde un pueblecito de Estremadura, quejándose del fastidio del lugar y pidiéndole versos.

¿Porqué te quejas, di, linda pastora,
Del manso Guadiana en la ribera?
¿Porqué del pecho exhalas, ó cantora,
Esa trova sentida y lastimera?
¿Qué pesar anubló la limpia aurora
De tu vida feliz? — Turbia quimera,
Aborto de la enferma fantasía,
¿Turbará de tu voz la melodía?

—

Dichosa tú, que entre olorosas flores
Y campiñas amenas, de tu vida
Ves los dias pasar sin los dolores
Y furias de esta mar embravecida:
Émula de los dulces ruiseñores
Y del fuego de Apolo enardecida,
Suena acaso tu voz enamorada
Al tibio resplandor de la alborada.

—

Y á escuchar los angélicos sonidos
De tu blando cantar, á la enramada
Acuden en tropel los escogidos
Regios cantores de la turba alada:
Y á la trípode en torno, embebecidos,
De júbilo infantil la faz bañada,
Mil pastores se ven, almas sencillas
A quienes con tu canto maravillas.

—

Así pasas la vida, las tormentas
Ignorando, feliz, de nuestros mares,
Y con el cielo ingrata, ¿te lamentas
Porque alejó de tí tantos pesares?
¿Qué es nuestra vida, di, sino crüentas
Envidias y terríficos azares,
Y mortales quebrantos y pasiones,
Y lágrimas amargas y traiciones?

—

Por eso yo, cuando con paso leve
Cruzaste entre nosotros aquel dia,
Astro de amor de púrpura y de nieve,
De juventud y gracia y de armonía;
Juzgué entonce el cantar torpe y aleve,
Y en el pecho encerrando la voz mia
A tu paso incliné la frente, mudo,
En señal de tristísimo saludo.

—

Qué te via pasar, la sonrosada
Faz, rebosando júbilo ferviente;
Fuiste á pulsar la lira nacarada
Y enmedio del silencio reverente
Que reinaba en redor, mi voz airada
No interrumpió tu cántico inocente,
Porque á tu voz süave, enternecido,
Brotó del corazon solo un gemido.

—

No el techo hospitalario dó nacieras
Ingrata dejes, ni el paterno rio;
No abandones tus fértiles laderas
Por este mundo engañador é impío;
Brilla mejor la rosa en las praderas,
Entona el ruiseñor su blando pio
En la selva mejor, que en las prisiones
De estos nuestros dorados artesones.

—

¡Oh! — ¡Quién, cual tú, pudiera sus cantares
Entonar en el sacro, patrio suelo!
¡Oh! — ¡Quién, vírgen de errores y pesares,
Pudiera alzar, cual tú, su voz al cielo!
Entonces de este seco Manzanares
En la desnuda márgen, tanto duelo
No lamentara yo, ni amargo llanto
Ahogara en el pecho el dulce canto.

—

Ni ya, del infortunio encanecida
Mi frente juvenil, mustio el semblante,
Cruzara por la senda de la vida
Con paso tan cansado y vacilante;
Mirara al sol con púpila atrevida,
Resonara mi voz fuerte y vibrante,
Y acaso en alas del mudable viento
Llegara hasta tu trípode mi acento.

—

Mas ¡ay! — Inútil es de lo pasado
Los bienes recordar; despojo fueron
Del tiempo asolador — ¡cuánto he llorado
Perdido bien! — ¡Cuán rápidos huyeron,
El sueño de la infancia regalado,
De adolescente edad los que vinieron
Tiempos despues, de blandas emociones,
Doradas é inocentes ilusiones!

—

El inquieto anhelar de la esperanza
Que me agitaba entonces noche y dia,
Aquel cielo de plácida bonanza,
Aquel mundo de amor y de alegría;
Regiones de indecible bienandanza,
Vida de tanta luz y poësía,
Todo, todo pasó, y en noche oscura
Ahora vogo en el mar de la amargura.

—

Y una idea tan solo, un pensamiento
Sostiene mi esperanza enflaquecida;
Espero que al gravísimo tormento
Breve será mi trabajosa vida.

Piedra á piedra se abate el monumento
Que erigió mi ilusion, y en su caida,
Con la soberbia mole derrocada
Me hundiré en el abismo de la nada.

—

Mas, cese ya el llorar — harto la rienda
Solté á mi padecer, inadvertido,
Y fuera injusto de amistad en prenda
Prolongar este canto dolorido:
De mis lágrimas, pues, la amarga ofrenda
Recibe, digno don de un afligido,
Y adios, que ya al dolor que el alma abruma
Con el cantar detiénese la pluma.

1848.

—

A UNA NIÑA.

Tierna flor que á este jardin
Ponzoñoso de la vida
Por tu mal eres nacida,
Fruto de tan puro amor,
Linda flor:
¿Qué poder será bastante,
Que fuerza habrá á protegerte,
Contra enojos de la suerte,
Contra embates del dolor?
¡Pobre flor!

—

¿No sabes ¡ay! que en la vida
Es un sueño la ventura;
Que en esta cárcel impura
Del mundo, todo es error,
Linda flor?
¿Que las mas preciadas glorias,
Que los bienes mas cabales,
Son flores primaverales
Que agosta crudo el dolor?
¡Pobre flor!

—

Solo hay un seguro asilo
En las borrascas del mundo,
Contra el mal que del profundo
De aquel arcángel traidor
El rencor,
Trama siempre á los mortales:
Y este asilo hospitalario,
Este incólume santuario
Es el maternal amor,
Linda flor.

—

Alli estarás al abrigo
De los turbios aquilones
Que en el mar de las pasiones
Mueve el vicio seductor,
Linda flor.
El solo guardar sin mancha
Puede tu nivea pureza,
Y entero de tu belleza
El célico resplandor,
Tierna flor.

—

Crece, pues, bajo la sombra
Protectora de ese asilo;
Tu vida un lago tranquilo
Será, un ensueño de amor,
Dulce flor.
Que es el regazo materno
Puerto de segura calma,
En las tormentas que el alma
Sufre en el mar del dolor.
¡Linda flor!

1850.

—

A M...

Cortando las crespas olas
Como corta el viento el ave,
Te alejas, pérfida nave,
De las playas españolas:
¿Dó vas con tus banderolas
Rojas, y tus blancas velas,
Que no vogas sino vuelas
Sobre el mar azul turquí?
¡Ay de mí!

—

¡Vuelve atrás, pirata moro,
Que en tu bajel despiadado,
Llevas ¡ay triste! encerrado
El único bien que adoro!
Muévate á piedad mi lloro,
Si es tu sierva, Selim bravo,
Tambien quiero ser esclavo
Del pirata marroquí.
¡Ay de mí!

—

Dos siervos tendrás por uno,
Doble rescate tendrás,
Vuelve, moro, vuelve atrás
O no llevarás ninguno:
¡Oye mi ruego importuno,
Vuelve, que el mar está en calma;
Ella sin mí va sin alma,
Yo sin alma quedo aquí!
¡Ay de mí!

Vuélveme, ó Selim, la vida
Que me robaste en mal hora,
La hurí que mi pecho adora
Vuelve á mi alma dolorida:
Si me es por tí restituida
Seré tu esclavo mas fiel;
Mi frente será escabel
De tu bota carmesí.
¡Ay de mí!

—

Mas, si sordo á mi lamento,
Si mas feroz que el destino,
Sigues tu raudo camino
Favorecido del viento;
Oye, moro, el triste acento
Que por los aires retumba:
¡Habrá presto allí una tumba,
Presto habrá otra tumba aquí!
¡Ay de mí!

1850.

—

A M...

ROMANCE MORISCO.

Sultana de mis amores,
La de las negras guedejas,
A cuya planta mil flores
Brotan de la dura tierra;

—

Hurí que del Paraíso
Bajaste á la cárcel nuestra
En un punto en que Allah quiso
De su poder dar idéa.

—

La de los hermosos ojos,
La de la boca risueña,
La causa de mis enojos,
La razon de mis tristezas:

—

Aunque tan lejos te mires
De quien te envia estas letras,
No por otro amor suspires
Porque muy ingrata fueras.

—

Desque la suerte traidora
Te llevó á esa estraña tierra,
Tu siervo, dulce señora,
De lágrimas se alimenta.

—

Solo pensando en tí, vive,
Porque solo en tu amor piensa;
Despierto, trovas te escribe,
Dormido, contigo sueña.

—

El único pensamiento
Que sostiene su flaqueza
En el horrible tormento
De esta dulcísima prueba,

—

Es el creér, mi señora,
Que aunque tan lejos te encuentras
Serás leal cumplidora
De tus amantes promesas.

—

Empero, dulce sultana,
Si el largo plazo no abrevias
De aquesta ausencia tirana,
Me encontrarás en la huesa.

—

Que si el alma en dos partida
Vivia á tu lado entera,
De tí, mi amor, dividida,
No puede vivir á medias.

—

¡Vuélvete, sultana hermosa,
Vé que me matan les penas;
Si no vuelves presurosa
Me hallarás bajo la tierra!

—

Así, mas muerto que vivo
Con el dolor de la ausencia,
Escribe un moro, cautivo
De las gracias de Zuleika.

1850.

—

A M...

CANCION.

Fragante rosa nacida
En el celeste vergel,
Y á este mundo descendida,
Guia y esperanza fiel
De mi vida:
¿Serás leal, bella flor,
Entre el mundano tropel
A mi amor?

—

Contra tantas asechanzas,
Contra tales tentaciones
Y vaivenes y mudanzas
De este mar de las pasiones:

¿Qué esperanzas
Puedo tener, linda flor,
De que nunca hagas traiciones
A mi amor?

—

Nunca tener fé te impida
El no ser mi amor primero;
Que si otros tuve en mi vida,
Tú eres mi amor verdadero.
Leve herida
Siempre fué el primer amor,
Y honda, incurable, el postrero,
Linda flor.

—

Tu generosa ternura
Y tu cándida inocencia
Calmaron la desventura
De mi azarosa existencia.
¿Qué amargura
Puede agobiar, linda flor,
A quien tiene la conciencia
De tu amor?

—

¿Qué á mí la pompa y el oro
Ni el renombre eterno y claro,
Comparados al tesoro
Que me es sobre todos caro?
¿Ni qué, el lloro
Del mas acerbo dolor,
Al que está bajo el amparo
De tu amor?

—

El corazon de tu amante
Fiel á la fé prometida
Como en arca de diamante
Tu imágen guarda esculpida:
Si inconstante
Lo olvidas tú, linda flor,
Cesará á un tiempo mi vida
Con tu amor.

1850.

—

EN EL ALBUM DE T. L.

Fragante flor de la española escena,
Intérprete inspirada
De las obras del númen inmortal;
Mas pura, mas serena
Que el aura matutina en la alborada
De un sol primaveral:

—

Rayo de luz en la region del arte,
De pocos comprendida,
De tí propia sublime crëacion:
Si no basta á ensalzarte
Mi voz por el pesar enflaquecida,
Sobra para quererte y admirarte
Callando el corazon.

1851.

—

A LUISA, BLANCA Y LEONOR.

Capullos hoy levísimos,
Presto fragantes flores,
Del Dios de los amores
Alto y precioso don;
Purísimos arcángeles
A embellecer nacidos
Del llanto y los gemidos
La tétrica region:

—

Rayos de luz mas plácidos
Que el sulco diamantino
Que traza en su camino
La luna virginal;
Cuando en las altas bóvedas
Del estrellado cielo,
De luz inunda el suelo
De júbilo al mortal:

—

Son vuestras voces límpidas
Mas dulces y süaves
Que el canto de las aves
Al asomar del sol;
Y á vuestros rostros cándidos
La mano crëadora
Dió de la limpia aurora
El nácar y arrebol.

—

¡Pueda en las tristes márgenes
De esta region sombría
De sustos y agonía
No heriros el dolor!
Y guardas fieles, únanse
A ornar nuestra existencia,
La paz de la inocencia,
La dicha del amor!

1851.

—

A LA CIEGA DE MANZANARES.

Solitaria viajera
Del ancho mundo por la mar oscura,
Ni la pompa de gaya primavera,
Ni del fulgente sol la lumbre pura,

Vieron jamás sus apagados ojos.
¡Ay, muger sin ventura!
¡Ay bárbaros enojos!
— Triste, infelice ciega,
Huérfana y sola, en su dolor se aniega!

—

¡Ni la dulce mirada
Dejóla ver la bárbara fortuna
Con que en llanto de amor la faz bañada
Mira la madre al párvulo en la cuna,
De amor y susto el alma palpitante!
Ni pudo vez alguna
Contemplar un semblante...
¡Ay, infelice ciega!
Solo en llorar su corazon sosiega!

—

En la tiniebla oscura
A que la condenó suerte inhumana,
Soporta su miseria y su amargura
Con ínclito valor y fé cristiana.
Vuestro óbolo llevad, nobles cantores;
¡Volad, es nuestra hermana,
Son nuestros sus dolores!
¡No vió la pobre ciega
Ni el triste rostro que su llanto riega!

—

A M...

CANCION.

Como en la noche plácida
Del caloroso estío
Al susurrar del céfiro
Se aduerme el mar bravío:
Del mundo así las lágrimas,
Las penas y dolores
Trueca en celeste júbilo
La gloria del amor.

—

En vano al hombre, tétrico
Cerca el feroz quebranto,
Y en vano ruge indómita
La tempestad del llanto;
Y el hado agolpa túrbidos
Sus odios y rencores,
Si nos sustenta angélico
El soplo del amor.

—

Desde su trono fúlgido
El Dictador eterno,
Contra el traidor espíritu
Monarca del Averno,
En este valle mísero
De crímenes y errores,
Dióle al mortal el bálsamo
Divino del amor!

—

SCHERZO.

Amor, deidad potente,
De cuanto anima el mundo
Progenitor fecundo,
Me enamora
De Nise, que á la aurora
Escede en hermosura;
Y aunque insensible, dura,
Me rechaza,
Y mi alma despedaza
Con sin igual fiereza,
Yo adoro su belleza
Tan rendido;
Que el pecho enternecido
De Nise, acaso late
Por mí, y en el combate
Turbulento,
Que un noble sentimiento
É indiferencia ruda
Se libran, tiembla y duda
Compasiva;
Mas la fortuna esquiva
Redobla en sus furores:
Se truecan los favores
En desdenes;
Y cuando parabienes,
Creyendo que triunfaba,
El alma celebraba,
Triste miro,
Que el bien por quien suspiro
Huyendo me abandona!
— De mártir la corona
Solo espero;
Y amante persevero,
Y, de lealtad ejemplo,
Erijo en mi alma un templo
Dó la ingrata
Cuyo desden me mata
Omnipotente impera.
— ¡Oh! — Si la enterneciera
Mi cariño!
¡Pero es amor tan niño!
¡Flor ella tan temprana!
Y ya de la mañana
De la vida,
Me arroja ¡maldecida!
Mi cabellera cana!

—

EL DIA DE LAS VENGANZAS.

> Peccatum peccavit Jerusalem, propterea instabilis facta est: omnes qui glorificabant eam spreverunt illam, quia viderunt ignominiam ejus.....
>
> JEREMIAS.

¿De dónde el fiero, aterrador rugido
Que la region etérea conturbó?
¿Es del cielo y la mar hondo gemido
O la tonante voz del aquilon?

—

¿La máquina del mundo se desquicia,
Vuelve lanzada al caos otra vez?
La que truena ¿es la voz de la justicia
Rauda, implacable del supremo Juez?

—

¿Los cielos y los mundos y los mares
Conmovidos, en horrido fragor,
Caén al obscuro abismo, los sillares
Eternos, rotos, en horrible són?

—

¿Es esta, en fin, la voz que en el desierto
Entre rayos y truenos y huracan,
Al pueblo del Señor, el rumbo incierto
Dictó y la ley divina de Jehováh?.....

—

— No..... no es el aquilon, ni la agonía
Del mundo, ni el acento salvador
Que al pueblo de Israël un claro dia
Del Sínai en las cumbres resonó.

—

Enmudecen los vientos, las llanuras
Líquidas de la mar, callan tambien;
La tempestad dormita en las oscuras
Cavernas del satánico Babel...

—

¿Cuál es, pues, la voz que ruge
En el valle y la montaña;
Cuál la que turba el reposo,
Albion, de tus comarcas?

—

Soberbia Albion, ¿porqué tiemblas?
¿Porqué así te sobresaltas?
¿Teme acaso algun insulto
La orgullosa soberana?

—

La que cual reina domina
Dó el Indo lleva sus aguas,
Y las saladas llanuras
De osados bajeles plaga;

La que en su trono européo
Cercado de arenas blancas,
Duerme segura al abrigo
De sus flotantes murallas;

—

La que del ártico polo
Al antártico, amenaza
La libertad de ambos mundos
Con su indómita pujanza;

—

La que sobre esclavos reina
Donde libertad proclama;
La que oprime, siendo libre,
Y dá muerte cuando halaga:

—

Ahora ¿porqué se intimida?
¿Porqué solloza y se afana?
¿Es ese rumor que truena
El que tanto la acobarda?

—

¡Tiembla, sí, tiembla! — Ya el dia
Luce de justa venganza.
Esa voz es voz de un pueblo
A quien hollaste, malvada.

—

De un pueblo á quien sus mayores,
Terrible herencia, legaran
La miseria de sus vidas,
Los ultrages de sus canas;

—

Y el rencor que muchos siglos
En el fuerte pecho ahogaran,
Cual, só la parda ceniza
Arden las vívidas ascuas.

—

Mira ya á los combatientes
Cómo á millares se lanzan
Contra tus huestes altivas
Ardiendo en sangrienta saña.

—

Y á tus bellísimas hijas
Como el almo cisne, cándidas,
Destrenzados los cabellos,
Las manos ensangrentadas;

—

Cómo en vano forcejean
Contra aquella plebe bárbara
Que vengar en ellas quiere
Los crímenes de su raza.

—

Y pareciendo á sus odios
La muerte poca venganza,

A la faz del sol, los tigres,
El honor las arrebatan.

—

Mira á los tiernos hijuelos,
Tu orgullo, amor y esperanza,
Arrastrados entre el lodo
Por las guedejas doradas;

—

Y á tus potentes varones,
Rotas ya las fuertes armas,
Inclinar la altiva frente
Ante la feroz canalla.

—

Mira subir hasta el cielo
En torbellino de llamas
Los tesoros de ambos mundos
Que enriquecian tus playas....

—

Al modo que el embate de los sañudos
[vientos
Que rugen encontrados en negra tempes-
[tad,
Arrasa las cabañas, los nobles monumen-
[tos,
Las torres altaneras, el bosque secular:

—

Así, en menudo polvo, los planes conver-
[tidos,
Verás, con que soñaba tu indómita ambi-
[cion;
Verás tus combatientes huir despavoridos,
Tus muros desplomados, ¡o nueva Jericó!

—

Roto en la mano el cetro con que antes
[imperabas
Desde el estrecho hercúleo al índico confin;
Y el fúlgido diadema con que tu frente
[ornabas
Verás rodar manchado por entre el fuego
[vil.

—

Caerá con hondo estrépito el solio de tus
[reyes,
Y al mundo sus escombros sirviendo de
[escabel,
Vendrás á dar disculpa de tus inicuas leyes,
Roto el purpúreo manto, mustia la altiva
[sien.

—

Y el mundo en su justicia, tal vez inapelable,
De estígmata oprobioso manchando tu
[blason,
A los futuros siglos, legado perdurable,
Hará tu nombre objeto de escándalo y
[horror.

—

Así verás á un tiempo, turbios los tristes
[ojos
De lágrimas, tu brio, tu imperio colosal,
Rodando confundidos, cual náufragos
[despojos
Que arrojan á la orilla las ondas de la mar.

—

¡Mezquina!—Y en tu llanto y á tu dolor
[profundo
No habrá ni aún la esperanza de incierto
[porvenir;
¡Jamás tornará á alzarse la déspota del
[mundo,
Jamás, jamás!.. ¿lo escuchas?—¡Ay,
[mísera, de tí!

—

Y para mas tormentos, en tu fatal caida,
Verás de entrambos mundos el júbilo crüel;
De amigos y contrarios veráste escarnecida,
Maldita de los tuyos cual otra Jezabel!

1845.

—

A UNA ROSA.

En el pensil ameno tus colores
Ostentas sin rival, rosa temprana,
Y el sol con mil cambiantes de oro y grana
Te esmalta como á reina de las flores:
Desparce tus balsámicos olores
El puro ambiente de gentil mañana,
Y la purpúrea faz prestas liviana
Del céfiro á los besos seductores;

—

Mas ¡ay!—¡al sol poniente de este dia,
Marchita habrán de verte y deshojada
Los ojos que ahora admiran tu hermosura!
Fugace, cual tú, vuela la alegría
Del hombre, y de su dicha ya pasada,
Dolor le resta solo y amargura.

—

SONETO.

(Improvisado ante el sepulcro del Condestable Don Alvaro de Luna, existente en la catedral de Toledo.)

Ejemplo triste del orgullo humano
Es al mundo tu nombre, y tu memoria,

Altísima leccion que dá la historia
A l que en sumo dosel se mire ufano.

Largo tiempo rigió tu fuerte mano
El patrio suelo con insigne gloria,
Y cien veces marchaste á la victoria
El pendon tremolando castellano.

Caïste, empero, del sublime asiento
Dó el brio te elevó y saber profundo,
Para ser de válidos escarmiento.

Y de cuanto tuvistes en el mundo,
Solo dejó estas letras la fortuna:
¡ Aquí yace Don Alvaro de Luna!

—

SERENATA.

(Navegando de Corfú á Patras, en la noche del 21 de mayo de 1845.)

Brilla en el cielo la luna,
Y su luz pura, argentada,
Se refleja
Como en plácida laguna,
Sobre la mar sosegada
Que nos deja

—

Surcar sobre su ancha espalda
En la nao vaporosa,
Tan ligera,
Que apenas si la esmeralda
De su llanura anchurosa
Leve altera.

—

El sulco de blanca espuma
Que un momento señalara
Su camino,
Desparece cual la bruma
Que el puro sol ocultara
Matutino.

—

Y torna el mar á su calma
Que la velada es serena,
Deliciosa;
Y por tí, suspira el alma,
Madre mia, que tan buena
Y amorosa,

—

Quizá en tal instante lloras
Por el hijo que ha causado
Tus dolores;
Y por él férvida imploras
Del destino despiadado
Los favores.

—

En tanto, la brisa leve,
De balsámica frescura
Baña el puente,
Y juguetona conmueve
De las tiendas la blancura
Transparente.

—

Y su dulcísimo aliento
Mi frente tan ardorosa
Refrigera,
Mientras á favor del viento
Sigue la nao orgullosa
Su carrera.

—

A lo lejos cual vapores
Se descubren las montañas
Azuladas,
Del país de los cantores
Y de las altas hazañas,
Celebradas.

—

Y en la líquida llanura
Reflejan su faz ardiente
Mil estrellas;
Como ostentan su hermosura
Tras de un velo transparente
Las doncellas.

—

Pero el corazon herido,
A los goces ideales
Insensible,
Piensa en el bien que ha perdido
Y ve el alivio á sus males,
Imposible!

—

Y en llanto el rostro bañado
Que arrancan de su honda pena
Los rigores,
Canta el triste desterrado
En sentida cantilena
Sus amores.

—

Y mientras con ronco acento
Se alza la trova amorosa,
Lastimera,
Favorecida del viento
Sigue la nao orgullosa
Su carrera.

¡ADIOS!

(Paráfrasis del *Fare thee well* de Byron.)

Adios, te digo, adios, quizá por siempre!
Y aunque al perdon te niegas, implacable,
Por tí ni un solo instante el alma mia
Dejará de sentir amor eterno.
¡Ay de mí!... Si del pecho penetraras
El abismo profundo, de este pecho
Donde tu frente candorosa y pura
Reposó tantas veces, cuando el sueño
Tranquilo y apacible, que ya nunca
Volverás á gustar, tan amoroso
Tus sonrosados párpados cerraba!
Si de este corazon, vieras, herido,
El punzante dolor, confesarías,
Que nunca mereció tu olvido ingrato.
Aunque te aplauda el mundo, aunque [sonria
A cada nuevo golpe que descargas
Sañuda sobre mí, sus alabanzas
Ofenderte antes deben, que se fundan
En la miseria de mi infausta vida.
Muchas mis faltas fueron; mas ¿no pudo
Encontrarse otro brazo que el que amante
Me acariciara un dia, para hacerme
Tan mortales heridas? — ¡Ah! te ruego,
¡No te engañes así contra tí misma!
— Puede el amor ceder por lentos grados;
Mas no presumas, no, que impunemente
Se puedan separar dos corazones
Con repentino golpe. — Tierno el tuyo
Por mí palpita aún, y en honda pena
Por tí suspira el mio, desgarrado
Con la terrible idéa de que nunca
A verte volveré! — Muy mas amargas
Estas palabras son que el ¡ay! doliente
Con que la madre llora al muerto niño.
Ambos vivir debemos; y la aurora
De cada nuevo dia, al despertarnos
Nos hallará á los dos en viudo lecho...
Y cuando busques á tu llanto alivio,
Cuando por vez primera, oigas, dichosa,
Los débiles acentos, balbucientes,
De nuestra niña cara : ¿Padre mio,
La harás decir, ya que enemigo el cielo
La priva de mi amor y mis cuidados?
¡Ay! — Cuando sus manitas blandamente
Las tuyas estrecharen, y su labio
Bese amoroso el tuyo, una memoria
Dá al esposo infeliz, cuya plegaria
Te bendice ferviente, y bendecido
Habia en otro tiempo el amor tuyo.
Y si del dulce rostro en las facciones
Alguna semejanza descubrieres
De las que no verás ¡ay triste! nunca,
Tu corazon entonces, palpitante
Por mí latirá fiel quizá un momento.
Acaso tú conozcas mis errores,
Mas mi locura inmensa, es imposible.
Mis nobles esperanzas, ya marchitas,
Donde quiera que vas siguen tus pasos...
Mi antigua fortaleza ya no existe :
Este orgullo que al hado no cediera
Hoy se humilla ante tí; que me abandona
A un tiempo con tu amor, cobarde el alma :
Todo, todo acabó... vanas y ociosas
Estas suplicas son del tierno pecho;
Pero mis pensamientos dolorosos
Contra mi voluntad se abren camino.
¡Adios aún otra vez! — Mas ¡qué? ¿Por [siempre
Rotos serán nuestros amantes lazos?
Helado el corazon — solo — infelice
— ¡Hay algo mas crüel — morir no puedo!!!

1847.

¡AMISTAD!

¿Viste acaso de abril en la mañana,
Reina de la hermosura,
Descollar una flor, fresca, lozana,
En campo de verdura,
Como entre pardas nubes brilla el sol?
Acaso en el albor de nuestra vida,
Edad de los amores,
Y en la mundana turba confundida,
Mas bella que las flores,
¿Una muger tu vista descubrió?

Y acaso la seguiste en su camino,
El seno palpitante
Por secretos impulsos del destino,
Cual sigue el navegante
De un faro amigo la esplendente luz :
¿Y acaso la alcanzaste, y sin enojos
Oyó tu blando ruego,
Y á los benignos rayos de sus ojos
Quedaste al punto ciego,
De amor en la dorada esclavitud?

O bien, rasgada ya de amor la venda,
Dejaste la hermosura,
Y presuroso, por distinta senda,
Con otra calentura,
Seguiste los fantasmas del poder:
Y llegastes tal vez al Capitolio
Y fuiste coronado,
Y tú mismo bajaste de tu solio

O fuiste derrocado,
Y á deséar volvistes otra vez.

—

Y todas las terrestres ambiciones
A su vez te agitaron;
Y juguete servil de las pasiones
Los hombres te miraron
Tras la felicidad siempre infeliz;
Que amor, poder, y glorias y grandeza
En nuestra raza humana,
Efímeros son ¡ay! cual la belleza
Que dura una mañana,
De aquella flor señora del pensil.

—

Lo mas sublime es poco mas que un nombre
Só el ancho firmamento,
Y Dios, en su bondad, dió al débil hombre
Un solo sentimiento
Mas noble que la vida que le dió!
Manantial de virtudes, generoso,
Raudal inagotable
De amor y de placer para el dichoso;
Y para el miserable,
Bálsamo á las heridas del dolor.

—

¡Santa amistad! — purísima corriente
Jamás contaminada;
Flor siempre viva, del mundano ambiente
La sola respetada,
La que nunca agostó la tempestad.
Tú sobrevives, del humano pecho
A las mil emociones;
Pasa el amor y cálmase el despecho;
Cesan las ambiciones,
Mas nunca mueres tú, santa amistad!

1846.

—

EL ESCLAVO.

En ademan pensativo,
Apoyándose en la hazada,
Un negro triste suspira
De Borinquen en la playa.

Fija la empañada vista
En las olas azuladas,
En sentidísimas trovas
Así sus quejas exhala:

Maldito, maldito sea
El blanco que me arrancara
Con engaños fementidos
De las costas de mi patria.

Al pié de una roca altiva,
De verdes juncos trenzada
Y de un palmar á la sombra
Tenia yo mi cabaña;

Y bajo su techo humilde,
Una esposa idolatrada,
Y dos graciosos hijuelos,
Prendas queridas del alma.

¡Cuán feliz era yo entonces!
Ya por los bosques vagaba,
Como el cefirillo libre
Y el arcabuz á la espalda,

Persiguiendo á las panteras,
O á las pintadas girafas,
O al leon, de nuestros bosques
Reconocido monarca.

O reclinado á la orilla
De una fuentecilla clara,
Me entregaba al blando sueño
A la sombra de una palma;

Y cuando el grito de guerra
Sonaba en nuestras comarcas;
Mil guerreros me seguian
A las sangrientas batallas.

Mas ¿qué valen las memorias
De aquellas horas, pasadas
Cual menudísimo polvo
Que el torbellino levanta?

¡O blanco! — ¡Malditas sean
Las engañosas palabras
Con que me arrancaste aleve
De las costas de mi patria!

¡Pueda yo verte algun dia
Verter lágrimas amargas
De tus hijos y tu esposa
En la tumba solitaria!

¡Puedas mirar convertidas
En polvo las esperanzas
Que, cual bálsamo divino,
Curan las penas del alma!

Y cuando hubieres perdido
Cuanto ames tu y cuanto te ama;
Cuando la vejez tú frente
Arrugue con mano helada:

Sugeto cual yo te mires
A servidumbre tirana,
Y de harapos revestido,
Labres la tierra que bañan

Ora mis lágrimas tristes
Y las olas azuladas
De ese mar que tambien riega
Las riberas africanas.

¡Pueda nunca herir tu oido
El són de una voz amada,
Y solo esclavo te veas
De los hombres de tu raza!

Y á risa y á escarnio muevan
Los ultrages de tus cánas,
A los blancos, que de bronce
Tienen las duras entrañas;

Y no venga á tus clamores
La muerte desapiadada;
Que la muerte es para un triste,
En vez de enemiga hermana.

¡Ven, muerte, ven presurosa!
¡Cuánto á mi ruego eres tarda!
¡Ven y libra á un infelice
De sus cadenas pesadas!

. . . .
. . . .
. . . .

— Así un esclavo las quejas
Del triste pecho exhalaba,
Con tristísimos suspiros
De Borinquen en la playa.

1846.

—

EL DESTERRADO.

Va ligerísima nao
Surcando el mar orgullosa,
El Asia á la diestra mano
Y á la siniestra la Europa,
En donde Sestos y Abydos
En otro tiempo famosas,
Elevaban en los aires
Sus torres dominadoras.
En aquellas mismas aguas,
Segun cuentan las historias,
El nadador atrevido
Una noche procelosa,
Yendo en buscar de su Hero
Halló la muerte en las olas;
Y ella, allá en la opuesta orilla,
Viendo que luce la aurora
Sin que arribe su Leandro,
Sube rápida á una roca
Que allí cerca hasta las nubes
La altiva frente remonta,
Y adios diciendo á la vida
En el hondo mar se arroja...

—

Más no quiso el ciego niño
Que aquella accion valerosa
Ignorasen los amantes
De las eras mas remotas;
Y contándola á los ecos
De las dos vecinas costas,
Ellos fieles la repiten
Desde entonce á todas horas
Sin cesar, desque en oriente
Entre púrpuras y rosas
Del monarca de los astros
Nuncio plácido es la aurora,
Hasta que en ocaso frio
El rubio Febo tramonta
Para llevar á otros playas
Su luz vivificadora.

—

En tanto, de aquellos mares
Por la llanura anchurosa,
De fausto viento impelida
Va la nao voladora.
Es de noche, y en silencio
Todos duermen ó reposan;
Todos, escepto un viajero
Que apoyado en la ancha popa,
Contempla la blanca estela
De mil centellas fosfóricas
Sembrada, que traza el buque
Sobre las serenas ondas.

—

Ya las playas se descubren
Dó fué la infelice Troya,
Y del Ida, en lontananza
Se ve la gigante forma;
Brilla la luna en el cielo,
La mar suspira amorosa,
Callan los vientos dormidos,
Blandos los céfiros soplan.....
Mas de pronto aquella calma
Interrumpen á deshora
Del solitario viajero
Las sentidísimas trovas :

—

¡O patria mia, adorada!
Cantaba el triste : ¡o traidora
Fortuna que te deleitas
En las penas que me agobian!
¡O padres, dulces hermanos
Del corazon! ¡o dichosas
Horas de la infancia mia!
¡Esperanzas ilusorias,
Dichas por mi mal gozadas

Para llorarlas ahora!
¿Dó estais? — ¡Ay de mí! — Pasásteis
Tan breves, como se borra
Esa nacarada estela
Sembrada de luces rojas
Que ahora en dos campos divide
El campo azul de las olas.
Volásteis ¡ay me! tan rápidas
Como cruza por la atmósfera
El relámpago temido,
Cuando suena atronadora
La voz del rayo en las nubes,
De la noche entre las sombras.
¡O madre, del alma mia!
¡O tristísimas memorias,
Que un tiempo fuistes mi dicha
Y sois mi tormento ahora!

—

Pero enmudece el viajero,
Y ya no turba su ronca
Voz, el sosiego apacible
De los vientos y las olas;
Y entanto la altiva nao
Hiende con la aguda prora
El cristal de aquellos mares;
Y dejando por la popa
La ribera solitaria
Dó fué la infelice Troya,
El Asia á la diestra mano
Y á la siniestra la Europa,
Sigue su rápido curso
A la gran Constantinopla.

1845.

—

A MARIA TERESA STOPFORD,

Lady Charles Beauclair.

Flor que abriste tu capullo
Y embalsamastes el aura
A la luz del sol que alumbra
Las playas venezolanas;

—

Niña de rubios cabellos,
De las célicas miradas
En que claro como el dia
Brilla el candor de tu alma:

—

Di — ¿del Guaire no recuerdas
Los sauces, las verdes cañas,
Que forman en sus orillas
Mil flexibles enramadas?

¿Olvidaste la alta cumbre
De pardas nieblas orlada
Del Avila, que orgullosa
A los cielos se levanta?

—

¿Y la blanda, fresca brisa
Que amorosa te arrullaba,
Meciendo apenas tu cuna
En los dias de la infancia?

—

¿Olvidaste el cielo azul
Y las noches solitarias,
Y las florestas umbrías
Y las inmensas sabánas;

—

Las linfas de nuestros rios,
Y las eternas guirnaldas
De inmarcesible verdura
Que adornan nuestras montañas?

—

¿Y del trupial el gorgéo,
Y los colores que esmaltan
El colibrí receloso
Y el parlero guacamaya?

—

¿Olvidaste, enfin, la antigua
Por esa tu nueva patria?
No es posible, no; que fueras,
Niña, entonces muy ingrata.

—

Bien valen, la regia pompa
De que ora te ves cercada,
Esos dorados salones,
Esos coches y esas galas:

—

Aquellos goces sencillos,
Aquellas plácidas zambras,
Con que fuiste tan dichosa
En las tierras de tu patria.

—

Faltan hoy á tu ventura
De una madre idolatrada
El amor y las caricias
Que son bálsamo del alma.

—

Y aunque tú, niña hechicera,
Bella cuanto afortunada,
Otra patria, otra familia
Y otros goces y otras zambras

—

Encontraste en las riberas
Que el regio Támesis baña:

¿No es cierto que nunca olvidas
Las playas venezolanas?

—

EN UN ALBUM.

Flor que allá en remotas playas
De las índicas regiones
Naciste, para ser reina
De las mas hermosas flores;

Tú, cuya infancia mecieron
Borrascosos aquilones
Sin ofender de tu cáliz
Los fúlgidos tornasoles;

Y que luego, transplantada
A estas comarcas del norte
Guardas la nívea pureza
Peculiar de nuestros bosques.

Estos oye de mi lira
Roncos acentos discordes,
Que en amistad son muy ricos
Si bien en dulzura pobres.

Estas escucha del alma,
Duras, severas lecciones,
Útil, aunque amargo fruto
De terribles sinsabores.

Oyelas, sí, y las observa,
Aunque el oirlas te enoje;
Lo que en agrado les falta
Tal vez en verdad les sobre.

¡Ah! ¡nunca, nunca trocaras
Los caros, paternos montes
Por el letal laberinto
De corrompidos salones!

¡Nunca contraria la suerte
Con su voluntad de bronce
Te trajera á estas comarcas
Tan fecundas en dolores!

Aquí la virtud sublime
Es tan solo un vano nombre;
Las amistades mentira,
Pasatiempos los amores,

Mentidos los juramentos
Verdaderas las traiciones;
Que todo está pervertido
En este mar de la corte.

¡Oh! — ¡Plegue al cielo que nunca
Tu hermoso cáliz deshoje
En confuso torbellino
El viento de las pasiones!

Haga el cielo perdurables
Tus balsámicos olores,
Y que nunca tu belleza
El crudo dolor agoste.

Flor en las playas nacida
De las índicas regiones
A ser de la selva gala,
A reinar entre las flores:

Oye de mi triste lira
Estos acentos discordes,
Ricos en afectos puros
Si bien en dulzura pobres.

1846.

—

A EMILIA.

(IMPROVISACION.)

Canta, canta, hermosa niña,
Trovas sentidas y blandas,
Canta y temores destierra,
Que no cumplen á una dama,
Que en su pro sabe que tiene
Un corazon y una lanza.

—

Del miedo en vez que te sobra
Pon el valor que te falta.
¡Sus! — ¡á la liza! — ¿Qué dudas?
—Allá en la meta te guardan
De mirto y laurel tejidas,
Amor y gloria guirnaldas.
Canta las auras serenas
Que arrullaron de tu infancia
Las auroras, del materno
Regazo, las dichas canta,
Cuando á tus ojos el mundo,
O niña, se limitaba
Al sacro, estrecho recinto
De la paterna morada.
Canta tus primeros goces
Y las lágrimas amargas
Que arrancó el dolor del seno
Y el dulce rostro bañaran;
Y las primeras canciones
Que brotaron de tu alma,
Y..... mas canta lo que quieras
Con tu vocecilla blanda;
Canta y destierra temores,
Que el miedo és pasion bastarda,
Y no está bien ni le cumple

A la que tiene en su guarda,
Un brazo que la defienda,
Cien pechos que la idolatran.

—

LA MAGA.

ANACREÓNTICA.

En los alegres dias
De la feliz infancia,
Allá en las verdes selvas
De nuestra hermosa patria,
Un dia aparecióme
La reina de las hadas.
— « Niño, me dijo, mira,
¿Ves bien esta guirnalda?
(Mostrando al mismo tiempo
Una que engalanaba
De sus dorados rizos
Las trenzas sortijadas). »
— « Aquestas lindas flores
Tan frescas, tan lozanas,
Son tuyas y te ofrecen
Al vivo retratada
La imágen verdadera
De la existencia humana:
Tómalas y en el seno
Prudente las recata.
¡Guarte, no las deshoje
En su primer mañana
El ponzoñoso aliento
De la fortuna infausta!
Empero, pobre niño,
Veráslas deshojadas
Caér una por una;
Que al fin son flores vanas;
Mas vé que no se agoste
Esa que de esmeralda
Tiene el color fulgente,
Que en ella su morada
Fijó, por ser mas pura,
La tímida esperanza. »

—

Diciendo aquesto, leve
Desapareció la maga,
Y ví en la verde alfombra
La mágica guirnalda —
Durante aquellos dias
Serenos de la infancia,
Las olorosas flores
Mas frescas y lozanas,
Tenaces desmentian
Las tétricas palabras
Que al dármelas dijera
La reina de las hadas;
Mas luego, sucedieron
Las horas mas amargas
De nueva edad, y á poco,
Marchitas, deshojadas
Caér, una por una
Miré, con las del alma
Doradas ilusiones,
Las flores de la Maga.
Quedábame una, aquella
De tintas de esmeralda;
Allá dentro del pecho
Una ilusion guardaba.....
Pero las dos un dia
Me arrebató una ingrata,
Y fuese ¡ ay me! con ellas
La plácida esperanza.

—

A UN AMIGO PERDIDO.

ANACREÓNTICA.

Huésped del prado ameno;
Alado gorrioncillo;
¿Porqué dejaste solo
A tu mejor amigo?
¿Dejé yo, por ventura,
Ingrato pajarillo,
A cada nueva aurora
De visitar tu nido?
Cuando los puros rayos
Del astro matutino
Tu vista me anunciaban,
¿Alguna vez remiso
En acudir me viste
A tu balcon querido?
¡Dejásteme, ay, ingrato
Por ese bosque umbrio
Dó vas á ser objeto
De lazos y de tiros!
¡Oh! — Nunca primavera
Su manto florecido
Tendiera por las valles,
Los bosques y plantios;
Nunca el invierno crudo
El velo diamantino
De nieves y de escarchas
Hubiera recojido
De los vecinos montes
Y los cercanos riscos;
Que entonces no dejaras,
Ingrato pajarillo,
Ni el sólito alimento,
Ni tu seguro asilo,
Ni á los vecinos campos
Volaras fugitivo

De ligas y de balas
Espuesto á los peligros.
— ¡ Vuelve á mis brazos, vuelve,
Alado pajarillo;
Mira mi llanto amargo,
Muévante mis suspiros!
No con ingratitudes
Pagando mi cariño
Imites de los hombres,
Los pechos fementidos.
Torna, avecilla, torna,
Y yo daré al olvido
Que, al hombre semejante,
Pagaste con desvios
Una amistad tan pura,
Tan férvido cariño;
Y que, por irte al bosque,
Dejastes ¡ ay! impío,
Tan solo y acuitado
A tu mejor amigo.

—

EL HURACAN DE LA HABANA.

(Del 11 al 12 de octubre de 1846.)

Duermen los vientos sañudos,
Callan las túmidas ondas,
La luz del sol refulgente
Cárdena y mustia se torna;
Cruzan veloces los aires
Alcatraces y paviotas,
Y el hombre asustado, mira
Del cielo por la anchurosa
Region, correr apiñadas
Nubes amenazadoras.
Vuela el marino á su nao,
Sube al puente y ya en la prora,
Presagiando la borrasca
Las fuertes áncoras dobla.
Todo es espanto y tumulto
En las envidiadas costas
Dó surge la soberana
De *Cubanacán* famosa.

—

— Mas el primer lampo rasga
Las nubes, y de las rocas
En los cóncavos vacíos
Hórrido el trueno rimbomba.
Silva aquilon tremebundo,
Entumécense las olas,
Cáe el rayo, y las cataratas
Del cielo, abiertas, arrojan
Mares de férvida lluvia
Que las campiñas ahogan.
Crugen sobre sus cimientos,
Vacilan y se desploman
Los palacios; — en las aguas,
Las sibilantes maromas
Y las ferradas cadenas
De las áncoras, ya rotas,
Los abultados bajeles
Se embisten y se destrozan,
Y si evitando el encuentro
Rápidos surcan las olas,
Van á estrellarse en las puntas
Herizadas de las rocas.

—

Húndese aquí un edificio,
Y en sus ruinas polvorosas
A un tiempo muerte y sepulcro
Halla una familia toda.
Allá en el hinchado piélago
Cien y cien náufragos flotan,
Y á poco, en el torbellino
Desparecen de las olas.
Llora aquí la triste madre,
Gime allí la viuda esposa,
Y mas allá un avariento
El oro perdido llora.....
Y entanto, la negra muerte
Sobre la escena horrorosa
Se cierne, y mientra implacable
La vida de tantos corta;
Vaga una hedionda sonrisa
Por su desdentada boca...
El huracan despiadado
Sus crudas iras redobla.
¡ Ay de tí, feraz Antilla !
¡ Ay de tí, ciudad famosa !
. . . .
. . . .
— Mas cesa el viento, su furia
Olvidan las bravas olas,
Tórnase el cielo azulado,
Brilla el sol, y ya la ronca
Voz, no retumba del trueno
En los ecos de la costa.

—

Vosotros, los afligidos,
Tregua dad á la congoja;
En vuestros pechos renazca
La esperanza; ya la aurora
De un dia mas fortunado,
Entre púrpuras y rosas,
De las montañas vecinas
Las verdes cúspides dora;
Y en breve, la fértil Cuba,
Ahora asolada, orgullosa,
Volverá á ser cual un tiempo
La envidia de aquesas zonas.

EL 2 DE FEBRERO DE 1852.

¿Qué anuncia el grito ronco de susto y de [agonía
Que aún antes que al oido penetra al corazon?
¿Qué voz trocó en tristeza la insólita alegría?
Qué evento, el santo júbilo en ayes de dolor?

—

Cuando bañada en lágrimas de amor y de [ternura,
La idolatrada Reina del pueblo mas lëal,
A las divinas aras, llevaba, ofrenda pura,
El caro fruto, angélico, del seno maternal;

—

Cuando sus fieles súbditos entorno se agru- [paban
En gritos mil, unánimes, probándola su amor,
Rompió el hidalgo muro que fé y amor for- [maban
La mano de un fanático — el hierro de un [traidor!

—

Y en su rencor frenético el torpe regicida
Dió á su cobarde hazaña el nombre de virtud,
Sin que á aplacar bastasen, su saña mal- [decida,
Un pecho tan magnánimo — tan noble ju- [ventud!

—

Baldon de nuestra patria — de nuestra his- [toria afrenta —
¿De qué le sirve al mundo tu estúpida [maldad?
Horror del orbe, escrito ya en página san- [grienta,
Será tu nombre escándalo de la una á la [otra edad.

—

Venid á mí los buenos, los ínclitos hispanos,
Un brazo solo intrépido, un noble corazon;
¡Llorad la torpe afrenta, lëales castellanos!
¡Vengad el negro crímen que vuestra fé [manchó!

—

Mas si el nefando intento tuviese imitadores,
Si hubiese otros cobardes á la oprobiosa lid...
¡No,... no! ¡La tierra hispánica no es tierra [de traidores,
No nacen monstruos tales dó vió la luz el Cid!

—

Pensar debió ese aleve que hundiéndola en [la tumba
Con Ella sepultaba la patria Libertad —
¡Juzgar que á un solo crímen la libertad [sucumba!
¡Qué crimen tan inútil! — ¡Cuán torpe ne- [cedad!

—

En tanto, á Aquel que rige los infinitos soles
Que pueblan los espacios del firmamento [azul.
Alzemos ruego unánime los pechos es- [pañoles,
Porque á Isabela tornen la fuerza y la salud.

—

El entusiasmo fervido, la plácida esperanza
Tormentos son del mísero verdugo de Isabel
Contra su vida callen rencores y venganza.
Que á su castigo sobra la espada de la ley (1).

—

EN UN ALBUM.

¿Una página mas llenar deseas
Del libro, Encarnacion, ó un sentimiento
Mas alto, armonizó tu pensamiento
Al grave diapason de mis ideas?

—

O acaso alguna oculta simpatía
Vibró en tu noble corazon, oyendo
El amargo gemir, ó ya el tremendo
Amenazar del vate en su agonía.

—

¡Quién sabe! — Si en tu púdica inocencia,
Los arcanos y móviles ignoras
Del propio sér — ¡prolongue Dios, las horas
De tu casta, feliz inesperiencia!

—

Yo no sé lo que soy, aunque te asombre;
Odio y desprecio aunque nací al cariño;
A amar, conservo el corazon de un niño,
Y al amargo dolor soy mas que un hombre.

—

Cuando en futuros dias, de mi historia
Te trajere un recuerdo la lectura
De esta página, henchida de amargura,
¡Dá una lagrima tierna á mi memoria!

(1) Esto se escribió bajo la primera impresion del atentado cometido por el infortunado cura Merino. S. M. le perdonó en el acto mismo. — El Gobierno de entonces opinó de otro modo y aquel infeliz subió al patíbulo.— El autor no se retracta de sus versos; pero siente haberlos escrito.

A RONCONI.

¿Porqué cuando tu voz al aire vibra,
El alma siente irresistible encanto,
Y no hay caduca ni embotada fibra
Que no se agite á tu potente canto?

—

¿Porqué al llorar ficticias desventuras
Sube del corazon llanto á los ojos,
Y á tu placer al público torturas
Con agenos, fantásticos enojos?

—

¿Qué prestigio es el tuyo, sobrehumano,
Qué filtro empléas, invisible hechizo,
Que hace asociarse á tí, como á un hermano,
El público mudable, antojadizo?

—

Es que fundida tu alma generosa
En un dia de amor, une al talento
Una fuerza mas alta y poderosa —
¡El divino raudal del sentimiento!

—

Por eso, o gran cantor, no es maravilla
Que á tu frente ciñeran doble lauro,
Del padre Betis en la fresca orilla
Y en las risueñas márgenes del Dauro.

—

Y aquí, cabe al modesto Manzanares,
Centro feliz de la nacion hispana,
Tambien te muestra, en múltiples cantares,
Su gratitud la musa castellana.

—

MADRIGAL.

(Escrito en la noche del 31 de diciembre de 1851, por el Exmo. Sr. D. Mariano Roca de Togores, y glosado en la misma por el autor.)

Se deshace nuestra vida
Como esa blanca nevada,
A la mañana formada
Y á la tarde derretida.

—

Hoy la que en los montes cuaja
Sirve á dos años rivales;
Al que viene, de pañales,
Al que se va de mortaja.

—

Los dos con la misma priesa
Van tras la misma fortuna,
El viejo hácia nuestra cuna,
El niño hácia nuestra huesa.

—

¡Ay alma! Y os dan á vos
Como presente importuno,
Memoria el cincuenta y uno,
Anhelo el cincuenta y dos!

—

Decidme ¿qué os satisface,
Si no hay presente, y se infiere
Que es nada el año que muere,
Y nada el año que nace?

—

GLOSA.

¡Cuánta insensata ambicion,
Cuánto soñar delirante
Son torcedor incesante
Del humano corazon!
Y en su ciega obstinacion
No ve el alma, inadvertida,
Que se deshace la vida,
Como esa blanca nevada
A la mañana formada
Y á la tarde derretida.

—

Raza algun tiempo divina
Que mortal hizo el pecado,
De tu vivir limitado
Es imágen peregrina
Esa nieve alabastrina
Que el menor soplo desgaja.
La que hoy en los montes cuaja,
Sirve á dos años rivales,
Al que viene, de pañales,
Y al que se va de mortaja.

—

Y, sin valer desengaños,
El niño de antes, ya hombre,
Corre, aunque muden el nombre,
Tras de los mismos engaños
Mírate en estos dos años,
Mortal, tu imágen es esa:
Los dos con la misma priesa
Van tras la misma fortuna,
El viejo hácia nuestra cuna,
El niño hacia nuestra huesa.

—

¿Y ardiendo en orgullo insano,
Angel misero, caido,

Osas luchar, atrevido,
Contra el sumo Soberano?
¡Y te afanas, vil gusano,
De una falsa dicha en pós!
¡Ay alma! ¡Y os dan á vos,
Como presente importuno,
Memoria el cincuenta y uno,
Anhelo el cincuenta y dos!

—

Lo pasado, ya es olvido,
Lo futuro, es esperanza,
Lo presente se abalanza
Hácia el tiempo transcurrido.
¡Vivir! — ¡Sueño colorido
Que la luz del sol deshace!
Decidme: ¿qué os satisface
Si no hay presente, y se infiere,
Que es nada el año que muere
Y nada el año que nace?

—

En el nacimiento de la Princesa de Asturias,

MARIA ISABEL.

Angel de amores, cándido,
Que de la suma alteza,
Bajaste á la aspereza
Del mundo terrenal;
Destello luminoso
Que envia un Dios piadoso,
Desde el inmenso piélago
De lumbre perenal:

—

Emanacion purísima
De su fecundo fuego,
Don concedido al ruego
De toda una nacion;
¿Anuncia tu venida
La paz apetecida?
¿Eres acaso el término
De tanta division?

—

Eres electo espíritu
Desde el olimpo enviado,
A hacer afortunado
El pueblo mas leal;
O bien del alto cielo,
Bajaste á nuestro suelo
Solo á colmar de júbilo
El seno maternal?

—

¡Quién sabe! — El noble séquito
Que circundó tu cuna,
Ignora si fortuna
Te guarda á darle ley:
O si, envidiable gloria,
Te llamará la historia,
Madre de un Cid intrépido
O de un piadoso rey.

—

Noble rival de la ínclita,
Católica Isabela,
Igual de Berenguela,
O que las dos mayor;
Acaso en tu camino
Resérvate el destino
Doblar del pueblo hispánico
La dicha y el honor.

—

Dios solo, en sus recónditos
Arcanos, ve el secreto;
A él solo está sugeto
El hondo porvenir;
Altivo soberano
O mísero villano,
Bajo la regia púrpura
O ya entre el fango vil:

—

¿Quién ve al nacer el párvulo
La suerte que le espera?
El fin de su carrera
¿Quién osará fijar?
¡Ay! Angeles caidos,
Sabemos los nacidos
Que entramos á este vórtice
A padecer y á amar.

—

Mas tú, que de el Empíreo
Bajaste ya á la tierra,
De esta mundana guerra
A ver la confusion:
¡Mil veces bienvenida
A esta azarosa vida!
¡Guarde el Señor, del ímprobo
Dolor tu corazon!

—

¡Libre tu infancia púdica
De sustos y de llanto;
Abrigue con su manto
Tu hermosa juventud:
Y hasta la muerte, o niña,
Tus nobles sienes ciña
Una aureola espléndida
De amor y de virtud!

—

EN EL ALBUM

DE LA DUQUESA DE MEDINACELI.

Rosa de amor preciada
Por quien amor suspira;
Venus por tí se mira
Despreciada,
Y pides versos á mi triste lira?

¿Puede el cansado pecho
Que al roedor quebranto
Solo rebosa el llanto
Del despecho,
Alzar en tu loor alegre canto?

¿Cómo cantar amores
Ni trovas de dulzura
Dignos de tu hermosura,
Si dolores
Siente solo y tormentos y amargura?

Y tus divinos ojos
Que el sol envidiaria,
¿Yo, celebrar podria
Cuando enojos
Dura hicieron y bronca la voz mia?

Y esa idéal cintura
Y el piececillo leve,
¿Quién á cantar se atreve
Si en la oscura
Caverna yace del dolor aleve?

¿Y el tornéado seno
Dó amor zeloso anida
Aún mas de encantos lleno
Luz y vida,
Que los jardines de la maga Armida?. ..

Busca, zagala hermosa
Que amó Genil y admira hoy Manzanares,
O lira mas dichosa,
O mas dulces cantares...
Eco es solo mi voz de mis pesares.

Mas, si cantar no puedo
Ni celebrar tus gracias y hermosura,
Y á otros el campo cedo;
A Dios, por tu ventura
Rogaré y por tu paz, vive segura.

1852.

EN EL ALBUM

DE LA DUQUESA DE FERIA.

Vision espléndida,
Rosa del rio,
Que el duro estío
No marchitó;
Gentil zagala,
Del Betis gala,
Hermoso espíritu
Del puro amor:

A tí, benéfica
Dió la fortuna,
Preclara cuna,
Alma lēal:
Y al blando seno
De gracias lleno,
Hidalgos ímpetus,
Tierna bondad.

Si miran tímidos
Tus dulces ojos,
Ya no hay enojos
En torno á tí;
Y es tu sonrisa
Cual fresca brisa
En tibia y lánguida
Tarde de abril.

Al rojo múrice
Dieran agravios
Los dulces labios
Que amor formó:
Y es azucena,
De mancha agena,
El alma cándida
Que Dios te dió.

¡Pueda el espíritu
Del amor puro,
Ser fuerte muro
De tu virtud!
Y pase hermosa
Cuanto dichosa,
En curso plácido
Tu juventud.

¡Nunca en el túrbido
Mar de la vida,
Llores perdida
Ni una ilusion:

Nunca tus ojos
Candentes, rojos,
Demanden lágrimas
Al corazon!

1852.

—

A.... EN SU ALBUM.

Este frágil papel acaso viva [sura;
Mas que el triste que hoy mancha su ter-
Acaso, aún á su nombre sobreviva.
¡Mentidos sueños de la humana gloria!
¿Vivirá mi recuerdo en tu memoria?
— No me atrevo á esperar tanta ventura.

1853.

—

EN LA CORONACION DE QUINTANA.

Cuando en el ancho mundo todo gira
En torno al centro vil del egoïsmo;
Cuando culto á los dioses del abismo
Se dá y á la impiedad y á la mentira;

Cuando el hombre virtuoso, ardiendo en ira
Ve en perpetuo y estúpido ostracismo
El saber, la virtud, el heroismo,
Cuanto de noble y santo el cielo inspira:

Plácido es ver en la region del arte
Claro surgir un punto luminoso,
De la perdida fé, puro estandarte.

Cese, ó vates, el llanto doloroso,
Que hoy celebran las musas castellanas
El sumo honor de tan ilustres canas.

—

LA PROVIDENCIA EN LA HISTORIA.

En el 2 de mayo de 1852.

Et nunc, reges, intelligite:
erudimini qui judicatis terram.
DAVID, salmo II.

Y nació en la alta cresta de una roca
Que combaten las olas encrespadas,
Gigante de los siglos, un guerrero;
Y creció, y al acento de su boca
Que oyeron las naciones asombradas,
Se humilló el mundo entero.

—

Brazo de Dios, venció crudas batallas,
Debeló cien ejércitos famosos,
Libertó pueblos mil de sus tiranos;
A su paso cedieron las murallas,
Las torres altas y los anchos fosos
Y montes soberanos.

—

Mas un dia olvidó la pura esencia
De su santa mision, y quiso, osado,
Otra senda seguir, dar otras leyes;
Y, rebelde á la suma omnipotencia,
Quiso imitar el inmortal soldado
A los vencidos reyes.

—

Hijo del pueblo, de la fé jurada
Renegó y de su raza y de su nombre,
Y hollólos á sus plantas, iracundo:
Por coronas trocó su invicta espada,
Y al ver al semi-dios trocado en hombre
Se alzó de nuevo el mundo.

—

Y otra véz se adunaron las naciones
Y los monarcas, y á mortal palestra
De nuevo y mas sañudos le retaron;
Pero él llevó sus ínclitas legiones,
Y unas y otros al golpe de su diestra
Vencidos se humillaron.

—

Y embriagado del triunfo, al universo,
Escabel de su trono quiso, esclavo,
Y espoléó el corcel á la victoria;
Y burlando el rencor del hado adverso
Vió rendir así al débil como al bravo
Tributos á su gloria.

—

Y habia un noble pueblo, enflaquecido
Só larga y ominosa servidumbre,
Que el sumo imperio poseyera un dia;
No el usado valor daba al olvido: —
De lëaltad modelo y mansedumbre,
Su esclavitud sufria.

—

Porque eran de su tierra sus tiranos,
Y de largas edades sus señores,
Y generoso el pueblo, perdonaba:
Atadas del amor las fuertes manos,
Sus afrentas sufriendo y sus dolores,
Gemia y esperaba!

—

Llamó el Titan á sí sus tercios fieles,
Y á reforzar los duros eslabones
De la cadena vil, llevó sus bravos;
Pero allí se agostaron sus laureles —
— ¡Rotas fueron las ínclitas legiones
Por débiles esclavos!

El pueblo despertó, cual antes fuerte
Y del paterno amor enardecidos,
Los esclavos en héroes se trocaron!
Justa una vez la caprichosa suerte,
Los que juzgaba el mundo envilecidos,
El mundo libertaron!

—

Y en larga lid, tremenda, encarnizada,
Y con mares de sangre generosa
Recobraron su antigua independencia.
— Hoy, su hazaña clarísima, olvidada,
Arrastran ¡o dolor! su vida ociosa
En torpe somnolencia!

1852.

—

EN UN ALBUM.

¿Pídesme aquí una firma?— ¿Una memoria
De sincera amistad? — Tal vez desées
Un registro formar de ilustres nombres,
Blason futuro de la patria historia.
— Duéleme que tan mal tu libro emplées —
¡Son tan pequeños nuestros grandes hom-
¡Vale tan poco la *moderna* gloria! [bres!

—

EPITAFIO.

SOBRE LA TUMBA DE UN JOVEN POETA.

Bajo esta llosa halló seguro amparo
Contra las tempestades de la vida,
Una alma en sacro amor enardecida...
¡Muere jóven aquel que al cielo es caro!

—

LA VUELTA DEL DESTERRADO.

BALADA.

Tras largo padecer un pobre desterrado,
Por mayor mal,
Torna á pisar en fin el siempre idolatrado
Suelo natal.

—

De lejos ve surgir el techo hospitalario.
Donde nació.
Un tiempo alegre fué—triste hoy y solitario—
— ¡La dicha huyó!

Aquella es la region dó un tiempo, ya pasado
Fué tan feliz...
Jamás ningun mortal así fué castigado
Por un desliz!

—

Padres, hermanos ¡ay! son presa de la
— ¡De tanto amor, [muerte.
De tal felicidad, no le dejó la suerte
Ni aún una flor!

—

Y llora el infeliz con llanto muy amargo
Su juventud!
É implora con fervor el gélido letargo
Del atahud!

—

EN UN ALBUM.

Un album, es un libro de memoria;
Acaso Panthèon de altos renombres,
Tal vez de caros cuanto humildes nombres,
Inútiles al libro de la historia.
Tras la gloria corred, ilustres hombres;
Que yo, desengañado,
Anhelo ser querido, no admirado.
— ¡Vale tan poco la terrena gloria!

—

EL 18 DE FEBRERO DE 1852.

(Primera salida de S. M. la Reina Isabel, despues de la herida que recibió el dia 2 del mismo mes.)

¡Cuán bello luce el sol, cuando sereno,
Tras las tinieblas de la noche umbría,
Alumbra un punto de dolor ageno
En la mansion del llanto y la agonía!

—

Cuando en inmensa voz, inimitable,
Rueda, ascendiendo por la azul esfera,
Himno de gratitud pura, inefable
Que alza al Señor una nacion entera.

—

Cuando en múltiple voz y vario acento
Se oyen preces, gemidos y canciones,
Pues solo es uno el alto sentimiento
Que anima tan distintos corazones.

—

Bella en la vida entonces, esmaltada
La antes oscura y espinosa senda,

Y halla entonces el alma fatigada
Nuevo vigor á la mortal contienda.

—

Bella á tus ojos fué, sin duda alguna
La jornada de ayer, noble señora;
Desde la aurora que alumbró tu cuna
Nunca vió España tan feliz aurora.

—

Ese llanto del pueblo que te adora
Es de su fé lëal seguro emblema;
Bien valen nuestras lágrimas, señora,
El enojo y azar de la diadema.

—

Hoy tu poder es firme y valedero,
No cabe en tanta fé torpe mudanza;
El llanto del amor de un pueblo entero
Es el triunfo mayor que un rey alcanza.

—

EN EL ALBUM DE DOS NIÑAS.

Prendas de amor, levísimos capullos
De lindas, frescas y fragantes flores,
Bajados á este suelo de dolores
A embellecer el techo paternal;
Espíritus de luz, ángeles puros
A cuya vista sola siente el alma
Plácida renacer la antigua calma
De la edad de inocencia virginal:

—

Ya efímeras serán en vuestra vida
Las de la infancia límpidas auroras,
Y en pós vendrán las afanosas horas
De otra edad, mas fecunda en el dolor —
¡ Ah! — Pueda entonces el hogar paterno
Ser á vuestro candor potente egida,
Y resbale serena vuestra vida
Vírgen de error y mal — rica de amor!

—

ARRANQUE DE MAL HUMOR.

Torpe region dó la maldad se anida,
Donde ignominia es ser hombre de honor,
Donde el malvado goza honrada vida,
Medra el ingrato, elógiase al traidor.

—

Donde no hay amistad y amor no existe,
Donde escita sarcasmos la virtud;
¡ Dó, contra Dios y religion subsiste
Como suprema ley la esclavitud!

Donde tráfico vil es la justicia
Y sin vil estipendio no hay lealtad;
Dó reina omnipotente la malicia
Y es un crímen la santa libertad.

—

¡ Maldita veces mil, maldita seas!
¡ Maldito el corazon que no te odió!
¡ En pavesas cual Nínive te veas,
Arrasada cual otra Jericó!...

1851.

—

ULTIMOS VERSOS

DEL CUADRO FINAL DE UN DRAMA TITULADO

FELIPE II,

que el autor escribirá, si Dios quiere, un dia de estos.

(Sacristía del Escorial. — El Rey, medio arrodillado en su lecho, con la vista fija en el altar mayor del templo, que se descubre desde allí. Un atahud en frente. Al pié del lecho del Rey, varios señores y sacerdotes, arrodillados. El Príncipe Don Felipe, en primer término.)

. . . .
. . . .

El Rey...... Padres mios ¡ oremos al
. . . . [Señor!

El Rey. — Señor!...señor!... Ya el trono [soberano
De tu poder, vislumbra el alma mia....
Ya lejos miro el esplendor mundano,
Refluye al corazon la sangre fria:
Y cuando muere en mí todo lo humano,
Al puro albor del sempiterno dia,
Una duda terrífica me espanta,
Un gélido temor mi fé quebranta.

. . . .

¿ Fuí defensor del sacrosanto fuero
De tu amorosa ley?... ¿Fué orgullo impío
Que estravió mi razon? — ¿Fué justiciero,
O vengativo solo el brazo mio?
¿ No fui á veces, Señor, mas que severo?
¿ No abusé alguna vez del poderío,
Que concederme á tu bondad le plugo?
¿ Fuí siempre juez ó alguna vez verdugo?

. . . .

El amor de la patria... mi fé ciega
En santas pero humanas tradiciones,
Me estraviaron quizá... Mi alma se anlega
En piélagos de duda y confusiones;
Y solo al corazon, tímida llega,
Cual céfiro que alienta entre aquilones,

Respuesta oscura en inquietud tan grave,
Esta idea terrífica : ¡ Quién sabe!

(*Cae sobre la almohada y espira. Don Cristobal de Moura se acerca y le remueve.*)

Moura. Ya dió el suspiro postrero.

(*Oyese el De Profundis en lo interior del templo.*)

Un monge. ¡ Dios le acoja en su morada!

(*El príncipe Don Felipe se acerca y contempla con estupefaccion el cadáver.*)

Príncipe. ¡ Poder... gloria... orgullo... [nada!

Los cortesanos. ¡ Viva Felipe Tercero!

(*Cae el telon.*)

A........

CARTA.

Ninfa de otros campos gala,
Flor de América, sencilla,
En quien tanta virtud brilla,
De quien tanto amor se exhala :

¿ Trajote á Europa la suerte
Cansada de serme avara,
O tal vez por que encontrara
En tu desamor la muerte?

¡ Quién sabe! — Mucho temor
Siento, niña, al preguntar ;
Que pocos saben pagar
La deuda de un grande amor.

Pusiera fin tal pregunta
Al mal que me martiriza ;
Mas mi esperanza agoniza
Al ver mi fé ya difunta.

De este empeño singular
Mas valiera desistir;
Que yo mucho he de pedir,
Y tú muy poco has de dar.

Pero entre duda y dolor
Y entre esperar y temer,
Apenas llegó á nacer
Creció gigante mi amor.

Y á su recia pesadumbre
No pudiendo resistir,
Prefiero el mal de morir
Al mal de la incertidumbre.

Si tu indiferencia fria
Al fin me habrá de matar,
¿ Qué alcanzo con prolongar
Las horas de mi agonía?

Respóndeme, pues. — ¿ Sí, ó no?
— Deja á tu alma responder ;
Nadie sabe agradecer
Mas la franqueza que yo.

Tu sí, embellece mi vida,
Tu no, daráme la muerte...
¡ Ay! — Ya me tiene la suerte
La respuesta prevenida.

Si es no, muriendo quizás
Te serviré mejor, pues
Seré, á lo menos, cortés,
No molestándote mas.

Y hay un consuelo aún mas cierto,
Al dolor con que esto escribo ;
El mundo es equitativo
Por lo comun con un muerto.

Y tú no habrás de negar,
Cuando haya muerto por tí,
Que vivo te amé ¡ay de mí!
Cuanto un hombre puede amar.

Y, aunque tarde, compasivo
Tu pecho á mi mal horrendo,
Tal vez me dará, muriendo,
Lo que no he alcanzado vivo.

Tal vez, cuando en lo futuro,
El cristal de la memoria
Te refleje fiel la historia
De este amor sincero y puro :

Tiernos den á esta pasion,
Blanco hoy de ingratos enojos,
Una lágrima tus ojos,
Un suspiro el corazon.

París, 1861.

CANCION.

Soñaba cierto dia
Una alma enamorada
Que al lado de su amada
Gozaba de su amor;
Voló fugaz el sueño,
Y el cuadro tan risueño
Trocóse en soledad, llanto y dolor.

—

Devorador deseo
Su hirviente sangre agita;
Un túrbido mareo
Le arrastra á su pesar;
Y en el conflicto insano
Implora al cielo en vano,
Y siéntese ya próximo á espirar.

—

Mas, fin la noche lóbrega
Tiene : ya asoma el sol;
Le cercan nubes diáfanas
De nácar y arrebol :
Y en medio al campo ameno,
El rostro ve, sereno,
Del sér, hermoso objeto de su amor.

—

Y un fuego blando anímale,
Y trueca el padecer,
En goces de amor púdico,
En mares de placer.
Y al cielo un himno entona
Tan puro, que eslabona
Al sér divino su terrestre sér.

—

De nuevo, pardas nieblas
La luz del sol empañan;
Se palpan las tinieblas
En cielo y tierra y mar;
Y, huyendo á los dolores,
Los tímidos amores
Se agitan en inquieto revolar.

—

Que copa es esta vida
Dó en mezcla hay, no entendida,
La hiel de amargas lágrimas
Y el néctar del placer;
Y el hombre, ángel caido,
Guardó del sér perdido,
Su amor, para aumentar su padecer.

—

A ITALIA.

(ESTRAVIADA.)

(14 años despues.)

Cuando cantaba tu pasada gloria,
Cuando lloré tu servidumbre impía,
Nunca pensé que de mi honrada historia
Debiera acaso avergonzarme un dia (1).

—

¿Quién me dijera, cuando el grito santo
Alcé, por tí, de libertad, que rojo
El rostro hoy de vergüenza, un ronco canto
Alzara contra tí, mi justo enojo?

—

¿Quién, que el noble laurel del triunfo hon-
Culto y amor de la esperanza mia, [roso,
Ceñido hoy á tu frente, el oprobioso
Estigma, eterno, de Cain, seria?

—

¿Lauro, el que en sangre fraternal se tiñe,
Y á la madre comun tanto apesara?
¡Cuánto prefiero al que hoy tu frente ciñe,
Los gloriosos cipreses de Novara!

—

¡Allí lidiaste con honor! — Vencida
Fuiste del hado en la mortal palestra; —
Mas no quedó tu espada envilecida,
Bien que arrancada de tu firme diestra.

—

Sierva te ví; mas sierva coronada
A par del infortunio y de la gloria.
— ¡Mas grande fué la víctima aherrojada
Que el tirano feliz en su victoria!

—

Reina, hoy te miro de ignominia llena. —
¡Mucho y muy gravemente has delinquido,
Cuando la voz, o Italia, te condena
De un corazon que tanto te ha querido!

—

Aún mas que tus tiranos, fuiste dura. —
— ¡Superior á un verdugo en la fiereza,
No alcanzó tu respeto la hermosura,
Ni tu piedad la femenil flaqueza!

—

¿Mas, qué? — ¡Si huellas las virtuosas canas
De aquel, que aún es de Dios, el sumo ungido,
Y haces, en la impiedad de que te ufanas,
Semidios á un estúpido bandido!

(1) Véanse mis odas de 1847 y 1848.

Borra el lema inmortal de tu bandera.
— Patria, honor, libertad — fueron tu guia —
¡Hoy, con sangre señala tu carrera
La bacante feroz de la anarquía!

—

— ¿Porqué, allá de Parthénope en la orilla,
Libre, por tí, del férreo, antiguo yugo,
La roja tea del incendio brilla
Y en alto miro el hacha del verdugo?

—

¿Porqué esterminas á ese pueblo hermano,
Fiel á su religion, usos y leyes?
— ¿Dejó acaso de ser, cual tú, italiano,
Porque es lëal á sus antiguos reyes?

—

Sigue en la empresa audaz, pueblo cristiano.
— ¿Dudas? — La Europa te verá, tranquila,
Aunque de cuadra sirva el Vaticano
Al fogoso bridon del nuevo Atila.

—

Así, estendido en perezoso lecho,
Duerme acaso imprudente el peregrino,
Cuando, mortal, sobre el desnudo pecho,
Brilla el traidor puñal de un asesino.

—

¿Qué temes? — Sigue al ámbito romano,
Que allí tendreis por mutuo y digno escote,
La diadema tu rey, del soberano,
Tú, el anillo y la cruz del sacerdote.

—

— ¡Ira de Dios! — ¿Qué tiene la victoria
Que así el humano corazon deprava?
— ¡Si el mundo entero ha de execrar tu [gloria,
El cetro arroja, o Reina, y torna á esclava!

—

¿Será que en su designio inescrutable
Te empuje airado el cielo, hácia el abismo,
De cuyo fondo se alza, formidable,
Un nuevo y mas tremendo despotismo?

—

¡Quién sabe! — Tal temor mi angustia [aumenta,
Que, si fuera en verdad, justo el castigo,
Viera impasible tan amarga afrenta
Solo el vil corazon de un enemigo.

—

¡Y yo te adoro, Italia: — en tus montañas
Alzó mi numen su cantar primero —
Y lloré tu infortunio — y tus hazañas
Canté — y maldije al déspota estrangero!

—

¡Detente — vuelve atrás! — Vé que aún es hora
De reparar tu error con alma fuerte.
¡La senda que hoy recorres triunfadora
Al deshonor te guia y á la muerte!

—

Hoy, que ya rotos tus pesados grillos,
Tan cerca miras la anhelada cumbre,
¡Repudia á esos frenéticos caudillos
Que te arrastran á nueva servidumbre!

—

Y no vaciles, porque aún guarde el cielo
Oculto su decreto soberano.
¡Libre serás, cuando en tu heróico suelo
No haya estrangero ni civil tirano!

París, 3 de diciembre de 1861.

—

A UNOS OJOS.

MADRIGAL.

Ojos, hermosos ojos,
Ojos que al mismo sol dieran enojos;
Ojos, dó quiso el cielo
Simbolizar de nuestro heróico suelo
El amor, la hermosura y gallardía —
¿Porqué os negais á la esperanza mia?

—

Cansado peregrino
A través del desierto de la vida,
O náufrago marino
Enmedio á la ancha mar embravecida,
¿Sois, dulces ojos, el ansiado puerto
Que ofrece el cielo á mi esperanza abierto?

—

Ojos, tiranos ojos,
Por quien rebosa el corazon de enojos;
Ojos, luz de mi vida,
¿Porqué me hicísteis tan ingrata herida?
Si no os curais del pecho que así os ama
¿Porqué encender en él tan cruda llama?

—

Cuando los puros rayos
De vuestra luz en lánguidos desmayos,
Vagos como un ensueño,
Ledo desparce vuestro hermoso dueño: -
Ojos, verdugos sois ó redentores,
Si con desden mirais ó con amores.

—

El corazon rasgado
En vuestros dulces rayos abrasado
Ya ni piedad implora

De la adorada ingrata, encantadora;
Y, empero, es tal la fé con que la quiere
Que mudo sufre y adorando muere.

París, enero de 1862.

IMPROVISACION.

En la muerte del Teniente Don Manricio Arascot, acaecida en la gloriosa jornada del 16 de julio de 1856.

Pisando apenas el umbral dorado
De la edad mas feliz de nuestra vida,
Una inhumana y alevosa herida
Te precipita en el sepulcro helado.

¿Qué ¡ay! tan triste, profundo y prolongado
Resuena? — Es de una madre dolorida,
Que llora su esperanza mas querida,
El dulce fruto de su amor pasado.

Llora — justo es llorar; — pero en tu alma
Germina ya el consuelo de la gloria,
Que el tiempo acata y ni el rencor derrumba.

¡No llanto al que alcanzó la noble palma
De hallar, en medio á la marcial victoria,
Por su Patria y su Reina heróica tumba (1).

(1) Si acaso tiene algun mérito la improvisacion de este soneto, que dicté á uno de los compañeros de Arascot, á peticion suya, se lo dará la circunstancia de hallarme yo mismo gravemente herido desde la jornada del 14. El respetable periódico « La España », que en su número correspondiente al 20 de julio, publicó este soneto, decia así :

« El señor García de Quevedo conserva en me-
« dio de sus dolencias su calidad de buen poeta,
« hasta el punto de prescindir de sí propio y de
« su gloria personal para cantar generosamente el
« sacrificio de otros, etc., etc. » Y esta cita que hago aquí no es por inmodestia, pues harto sé que en aquel dia como en todo el *famoso bienio*, no hice mas que cumplir con mis deberes de buen español y de súbdito fiel; sino para consignar, en esta edicion de mis obras que acaso dure mas que yo, á los caballerosos redactores de « La España, » Egaña, Bremon, y otros cuyos nombres ignoro, mi gratitud por los calorosos elogios que á mi conducta durante aquel azaroso periodo dieron mas de una vez, y que yo estimé entonces como estimo hoy, una verdadera recompensa de mis bien intencionados esfuerzos en pro de la patria y de la Monarquía.

París, 15 de enero de 1862.

ODAS A ITALIA.

A LOS ITALIANOS

Pocos dias despues del advenimiento del inmortal Pio IX al Pontificado, escribíamos en una de nuestras leyendas, desconocida aún á fuer de nuestro poco valer literario, las siguientes palabras que hoy podrian pasar por una profecía.

« Todos los que, como los humildes narradores de esta historia, hayan viajado en las dos últimas décadas por aquella hermosa tierra, que como dijo el poeta :

L' Appennin parte e 'l mar circonda e l' Alpe,

habrán visto, si con alguna detencion han estudiado el pueblo que la habita, tan calumniado por escritores poco reflexivos, así propios como estrangeros, y en realidad tan noble, tan generoso y tan apto para todas las cien-

cias y las artes; habrán visto, repetimos, con los ojos de su entendimiento, y tan claro y patente como el sol de un hermoso dia, que el instinto de la libertad é independencia; todos los instintos nobles, generosos y grandes, que constituyen la gloria y poder de los pueblos, y que el despotismo empieza sofocando para matarlos despues; tras una tan larga y enojosa servidumbre, no habian muerto, no, en los pechos italianos; estaban adormecidos solamente. Así que, al advenimiento de *Pio el Grande*, no bien ha resonado la voz del Apóstol, cuando del Etna á los Alpes ha conmovido aquel suelo una de esas sacudidas eléctricas de las naciones, que bastan por sí solas á derrocar los tronos robustecidos con siglos de tiranía, y volver á los hombres aquel bien que puede coartarse, confiscarse, vincularse, por decirlo así, en uno solo; pero que nunca se pierde.—Aquel tesoro que en su amor dió el Hacedor Supremo á sus criaturas, como el mas noble, el mas preciado, el primero de sus beneficios. ¡La santa Libertad!

« Nosotros hemos escrito estas mismas palabras cien veces, contradiciendo, á pesar de nuestra pequeñez y oscuridad, á los primeros escritores del siglo : porque habíamos viajado por Italia no con la opulencia y el fausto de los poderosos de la tierra, sino con el báculo del peregrino; no con la soberbia y el orgullo de los maestros, sino con la humildad del discípulo que viaja en busca de la verdad.

«Nadie puede aún asegurar el porvenir que aguarda á aquella noble tierra, teatro en dias mas felices de tan grandes cosas : patria feliz de tantos hombres ilustres; pero nosotros, sinceros amigos y admiradores suyos; nosotros, hermanos en religion de sus hijos, tenemos fé y esperamos! — Tenemos fé y esperamos, y tal vez no esté lejos el dia en que podamos cantar con el primero de los profetas : .... *Dextera tua, Domine, magnificata est in fortitudine : dextera tua, Domine, percussit inimicum!* »

Poco tiempo despues escribíamos nuestra *Oda á Italia*, que se publicó en el mes de julio de 1847; algunos dias mas tarde, la oda á Pio IX; y hoy que por último vemos ya casi cumplidos los votos que formábamos por vuestra felicidad, cúmplenos dirigiros el canto de victoria que en la oda primera os ofrecíamos. Bien conocemos el corto valor del presente; pero hános parecido bueno y justo contribuir con el óbolo modesto del poeta á la grande obra de vuestra regeneracion política. Pobre y mezquina es la ofrenda, italianos; pero tal cual es, es cuanto os puede dar vuestro sincero admirador y amigo.

Madrid, 20 de abril de 1848.

J. HERIBERTO GARCÍA DE QUEVEDO.

A ITALIA!

ODA.

Como en la azul atmósfera
Desde la cumbre alpina,
Rauda se lanza el águila
Hasta que al sol vecina
Un punto el vasto océano
Y el mundo ve á sus piés;
Mas si flechero impávido
Tiro mortal le asesta
Herida el ave ciérnese
Y luego en la alta cresta
Ya moribunda abátese
Rendida su altivez:

Así caiste, ¡oh mísera!
De la sublime cumbre;
Y ora só el yugo férreo
De odiosa servidumbre
Inclinas mustia y pálida
La antes soberbia faz:
Te humillas ante el bárbaro
Tirano que te asuela,
Sin que haya un sér magnánimo
Que de tu mal se duela,
¡Ni un campeon intrépido
Que ose por tí lidiar!

¡Qué! solo esclavos tímidos
Se nutren en tu seno?
La raza de los héroes
De Munda y Trasimeno,
Ni un solo ilustre vástago
Dejó detrás de sí?
Tú, patria de los Césares,
Camilos y Escipiones;
Tú, madre de los Régulos,
Los Brutos, los Catones,
¿No tienes ya ni mártires
Que osen morir por tí?

¡Cuánta en el alma inspírame
Honda piedad tu llanto!
¡Cuánto, oh matrona, el lúgubre
Gemir de tu quebranto,
Dolor infunde al férvido
Ansioso corazon!
¿Y á quién no mueve á lástima
¡Oh Italia! tu amargura?
¡Ay! tus arroyos límpidos,
Tus campos de verdura,
¿Mas qué?... tus mismas lágrimas
Libres tampoco son!

Raza de esclavos trémulos,
Nacion degenerada,
De tus abuelos ínclitos
Osa empuñar la espada —
— Qué esperas ya? — ¡Levántate!
¡No mas esclavitud!
El sacrosanto lábaro
De libertad tremola —
— ¿Hay en tus campos fértiles,
Hay una piedra sola,
Que no recuerde altísimas
Memorias de virtud?

¡Sus! ¡al combate! — el ánimo
No os faltará, guerreros! —
Brillen al aire fúlgidos
Desnudos los aceros!
Pueble el espacio el hórrido
Bramido del cañon —
Llene la trompa bélica
Los ámbitos del mundo,
Y á la ardua lid arrójense
Con brio sin segundo,
Mil y mil dignos émulos
De Bruto y de Caton.

Ya se oye el ronco estrépito
De la feroz batalla;
Ya en ambas partes mézclanse
La sangre y la metralla: —
¡Supremo Dios! ayúdales
En la revuelta lid!
¡Sus! mis valientes ítalos,
Ilustres ciudadanos!
La Italia sus Thermópilas
Tendrá y sus Espartanos!
— Ya só la regia púrpura
Tiembla el tirano vil!

Y si al romper impávidos
Vuestra servil coyunda,
Moris, nunca del héroe
La sangre fué infecunda;
Que es el morir dulcísimo
Por patria y libertad!
Sabed, nuevos Leónidas,
Morir con frente altiva!
¡Dará á los sacros túmulos
Honor la siempreviva,
Y al llanto de las vírgenes
El lauro crecerá!

Mas ¡ay! el estro olímpico,
El fuego sacrosanto
Del genio sumo fáltame
A tan sublime canto;
Pobre mi lira y rústica,
Mi acento débil es.....

¡Qué importa? — El fuego eléctrico
Que abrasa mis entrañas
En manantial clarísimo
De insólitas hazañas,
Para ese pueblo indómito
Se trocará tal vez!

Tal vez la humilde cítara,
Indigna de memoria,
Mejor entone el épico
Cantar de la victoria:
¡Tal vez el eco escúchese
En la remota edad!
Y si su gloria efímera
Con el cantar perece
¿Qué importa? — Al vate bástale
Como á la flor que crece
El sol, el aura plácida
De amor y de amistad.

¡Sus! mis valientes ítalos,
¡Sus! al feroz combate!
Responda al rudo cántico
Del estrangero vate,
Responda el grito altísono
De libertad y honor!
Y cuando la vorágine
Del tiempo, en lo futuro,
Con mi cadáver lívido
Trague mi nombre oscuro,
Solo una amiga lágrima
Os pedirá el cantor.

1° de julio de 1847.

—

A PIO IX.

Fiat lux.....

Del mas escelso trono
Que leyes dicta á la asombrada tierra,
De allí, donde sin iras, sin encono,
Lanzaste el grito de la santa guerra
Contra abusos tiránicos
Que el tiempo sancionó cual sabias leyes,
Ejemplo dando, altísimo,
A los pueblos á un tiempo y á los reyes.

Desde el sublime asiento
A dó el Cielo ensalzó tu mansedumbre,
Dó de saber y de virtud portento
Te admira la estasiada muchedumbre:
Oye, Señor, el cántico
Que por mi voz eleva hasta tu alteza
El entusiasmo férvido
De un pueblo admirador de tu grandeza.

Que en tí, Señor, reside
De Dios el almo espíritu fecundo
Que en el Cielo del sol la lumbre mide
Y agita el mar y fertiliza el mundo:
Cuya mirada fúlgida
Abarca el orbe y la estrellada esfera,
Y traza en órden rápido,
Su suerte al hombre, al astro su carrera.

Hízote el Poderoso
Como al Profeta Rey, prudente y sabio;
Como al suyo á tu acento sonoroso
Dióle la uncion divina de su labio;
Nuevo Moises, del Sinai
Celestial, remontándote á la altura,
Diste á tu pueblo un código
De amor y de esperanza y de ventura!

Hablaste. — Tus acentos
Despertaron á un pueblo adormecido,
Y en las alas llevados de los vientos
Recorrieron el orbe extremecido.
Bajo el dosel espléndido
Los déspotas tambien los escucharon,
Y envueltos en su púrpura
Con el frio del miedo tiritaron.

Hablaste...... y al sonido
De tu inspirada voz se extremecieron
Los restos entregados al olvido
De los fuertes varones que vivieron:
En sus modestos túmulos
Gimieron de placer los Escipiones,
Y en eco respondiéronles
Las cenizas de cien generaciones.

La sangre esclarecida
Hirvió de los egregios genitores
Y en las venas corrió con nueva vida
De los degenerados sucesores,
É interminables vítores
Saludaron al nuevo soberano
Del Tibre al Volga gélido
De Europa hasta el confin americano.

Cual de la escelsa cumbre
Lenta desciende la gigante roca,
Mas luego, por su misma pesadumbre,
Ya corre, ya hácia el llano se desboca;
Y en su carrera rápida
Detrás de sí dejando inmensa calle
Trueca en desnudo páramo
El bosque, hasta llegar al hondo valle:

Tal contra el soberano
Impulso, que en tu amor al pueblo diste,
El mundo entero se opusiera en vano,
Que es mision que del Cielo recibiste.

¡Sigue, Señor, impávido,
No te arredre la lid, sigue adelante!
¿Qué temes á los déspotas,
Si pugna en tu favor el sumo Atlante?

De estragos y rencores
El tiempo fué. — La lucha encarnizada
Del pueblo y sus cobardes opresores,
Finará maldecida y execrada :
En vez del casco férreo
De los Julios, tu frente encanecida
Defienda el Santo lábaro
Signo de redencion y eterna vida!

Que el Salvador divino,
De luto y sangre, y de rencor y guerra,
No infausto nuncio al universo vino,
Sino de amor y paz nuncio á la tierra :
Y cuando allá del Gólgota
Le vió espirar la maldecida cumbre,
Rindió el divino espíritu
Entre acentos de amor y mansedumbre!

Hombres de entrambos mundos,
¡Ved cuán fuerte y lozana se levanta
Y rica en bienes de virtud fecundos
De la alma libertad la egregia planta!
¡Ved cual ocultan trémulos
Los tiranos la torva faz impía
Al ver el astro présago
De la union, y la paz, y la alegría!

Y tú, Príncipe augusto,
Padre del pueblo, sacerdote santo,
Tú, que la gloria cifras en ser justo
Y enjugar de tus súbditos el llanto :
¿Al corazon magnánimo
Ya qué le falta para ser dichoso?
Ver en su amor al ítalo
Libre y feliz, y grande y poderoso!

Y lo será. — Ya leo
Del hondo porvenir en los arcanos;
En solo un pueblo ante mis ojos veo
Los numerosos pueblos italianos :
Unido al de Parthénope,
El romano y lombardo y el de Etruria,
Y el piamontes intrépido,
Y el navegante audaz de la Liguria!

De bárbaros confines
Veo acudir millares de paganos,
Acatando de Dios los altos fines,
A abjurar sus errores en tus manos.
« ¡Aqueste es el Pontífice
Del verdadero Dios — su fé es la santa! »
En inefable júbilo
Postrados clamarán ante tu planta.

¿Y á cuál mas pura gloria
Pudo aspirar en su ambicion el hombre?
En el inmenso libro de la historia,
¿Qué nombre habrá, Señor, como tu nombre?
La gloria, cual relámpago,
Cae del tiempo en el báratro profundo;
Pero tu fama altísima
Vivirá tantos siglos como el mundo!!!

15 de agosto de 1847.

A ITALIA (1).

....Dextera tua, Domine, magnificata est in fortitudine: dextera tua, Domine, percussit inimic[illegible]
Cant. de Moises. (*Exod.* XV. [illegible]

La hora sonó. — Del fúlgido
Alcázar soberano
Tronó tu voz terrífica,
Se alzó tu eterna mano;
Y al escuchar el mundo
Tu acento tremebundo,
De susto y gozo trémulo
Postróse y te adoró!

¿Qué haceis, valientes ítalos,
Que aún os sufrís esclavos?
Pueblo fecundo en héroes,
Ora ¿dó están tus bravos?
¿Dó están tus Escipiones,
Tus Brutos, tus Catones,
Del Alpe al Etna túrbido,
Del sacro Tibre al Po?

Ya se alzan, ya — ¡Qué espléndidas
Falanges vencedoras!
Ved cual se agitan pálidas
Las huestes opresoras.....
— ¡Sus! ¿qué esperáis? — Los grillos
Romped, fuertes caudillos!
¡Suene la trompa bélica
Del uno al otro mar!

¡Oid!.... piadosos cánticos
Al Cielo azul se elevan;
A la ardua lid los mártires
Mil hecatombes llevan —
¡Espléndido holocausto!
¡Dia por siempre fausto!
— ¡La libertad por ídolo,
La patria por altar!

(1) Despues de la victoria de los milaneses y venecianos, etc.

Ya marchan...... ya el relámpago
Se ve de los aceros;
Conturba ya la atmósfera
La voz de los guerreros:
Con lúgubre estampido
Brama el cañon temido
Y el humo y sangre mézclanse
Al polvo de la lid!

Y á debelar las hórridas
Falanges del tirano,
¿Dónde el caudillo intrépido?
¡Miradle! — ¡Es un anciano!
Ardiendo en santo brio
Alzase el Nono Pio.....
— ¿Quién contra Italia incrédulo
Si Dios es su adalid?

Dios, que en su santa cólera,
Contra el poder injusto,
Puso en la mano trémula
Del sacerdote justo
Los rayos de su diestra;
Y en la mortal palestra,
Nuevo David revístele
De fuerza y juventud.

Al viento dando el lábaro
De libertad, del Tibre,
Con voz clamó estentórea:
« Viva la Italia libre! »
— ¡Y á obedecer sus leyes,
Los pueblos y los reyes
Cabe su trono agólpanse
Que es faro de salud!

¡Huid vosotros, déspotas,
De ese fecundo suelo;
Huid, vencidas águilas
Del Norte, en raudo vuelo!
¡Huid! huid! — ¡Ya dora
De libertad la aurora,
El llano y la alta cúspide
Del ítalo confin!

Buscad asilo rápidas
En vuestras hondas nieblas;
Que ya del suelo itálico
Huyeron las tinieblas:
En polvo el yugo impío
De vuestro poderío
Cayó. — ¡No ya mas lágrimas,
Que el duelo tuvo fin!

Huid, funestas águilas;
Que basta á vuestra gloria
De tanto mal la fúnebre
Interminable historia.
¿Mas dónde? — En vuestro abrigo
Aguárdaos el castigo;
Que ya en el Norte gélido
Se alzó la libertad.

¡Prez á vosotros, ítalos,
Heróicos vencedores!
Ya en vuestro suelo indómito
No hay siervos ni señores: —
Trocóse la esperanza
En gloria y bienandanza....
¡Cantemos del Altísimo
La eterna majestad!!!

15 de abril de 1848.

LA POBRE MADRE.

BALADA.

Es la noche tenebrosa
Fria cual noche de enero,
Y un espantoso aguacero
Viene á aumentar su rigor;
Y en el umbral de un palacio
Sobre la enlodada acera,
Hay una familia entera
Presa infeliz del dolor.
No lloran ya los cuitados,
Sus pechos enronquecidos
Exhalan sordos gemidos,
Y con lastimera voz,

En coro repiten
Con lúgubre són:
— « ¡Dad una limosna
Por amor de Dios! »

Una muger y dos niños,
Dos hijos son con su madre,
Una familia sin padre
Y en la mas cruda horfandad.
Allá dentro, los sonidos
Se escuchan de alegre orquesta,
Que es ostentosa la fiesta,
La mansion casi rêal:
Adentro las fuentes todas
De la terrestre ventura,
Oro, talento, hermosura,
Vénse en confuso monton:

De afuera responde
La siniestra voz:
— « ¡Dad á vuestro hermano
Por amor de Dios! »

Y entran damas fascinantes,

Aún mas que por su riqueza,
Por la espléndida belleza
De su rostro y actitud;
Cándidas pieles de armiño
Cubren las tersas espaldas,
Y rubíes y esmeraldas
Rëalzan su juventud.
Vienen detrás, muy galanes,
Con varonil apostura,
Hidalgos de raza pura
Y otros que nobles no son;

Mas ninguno atiende
A la triste voz;
— « ¡ Dad limosna, hermano,
Por amor de Dios ! »

Entran al regio sarao
Y de allí al salon de juego
Dó se apiña enjambre ciego
Con el ansia de ganar.
Y rueda en la mesa el oro
A diez fortunas bastante
Mientras la turba anhelante
Ni aún se atreve á respirar.
Cada cual su carta espera,
No hay amigo para amigo,
Que es todo el mundo enemigo
Ante el metal corruptor;

Y en tanto, prosigue
En la calle el són:
— « ¡ Dad una limosna
Por amor de Dios ! »

Y la mudable fortuna
A este sume en la pobreza,
A aquel colma de riqueza,
Pero corrompe á los dos;
Que no hay virtud que resista
A la codicia del oro,
Y hay quien por corto tesoro
Vende ley y patria y Dios!
¿Qué importa á la noble turba
Lo que pasa por de fuera?
¿Qué importa que lastimera
Suene en la calle la voz:

— « ¡ Por piedad, señora,
Caballero, vos,
Dad á una infelice
Por amor de Dios ! »

A impulsos del hambre y frio,
El corazon en pedazos,
Ve la madre entre sus brazos
Su hijo menor espirar!
Pierde el juicio la cuitada
A tan suprema amargura,
Y á la yerta criatura
Se esfuerza por calentar.
Con sus harapos la cubre,
Contra su seno la oprime,
Y mas bien que canta, gime
Sentidísima cancion;

Mientra el otro niño,
Con trémula voz:
— « ¡ Dad limosna, clama
Por amor de Dios ! »

« ¡ Duerme, canta la insensata,
Duerme, del alma hijo mio,
Que así del hambre y el frio
Menos, mi bien, sufrirás:
Duerme, hijo mio, hasta el alba,
Que es la noche muy oscura;
Duerme, que el hambre es muy dura
Y es terrible el despertar;
Cuando el nuevo sol que al mundo
Trae el calor y la alegría,
Al pobre trae un nuevo dia
De angustias, hambre y dolor! »

Y en tanto, no cesa
Del niño la voz:
— « ¡ Dad una limosna
Por amor de Dios ! »

Ya despunta en el Oriente
Pura, la límpida aurora,
Y la turba atronadora
Se retira del festin;
A la puerta se atropellan
De los nobles orgullosos,
Los trenes esplendorosos
Ciento á ciento y mil á mil:
Y en tanto, la pobre loca,
Con torvo mirar, incierto,
Les presenta el niño muerto
Cantando con ronca voz:

« ¡ Vedle, entre mis brazos
De hambre se durmió:
— « ¡ Dad pan, para el niño
Por amor de Dios ! »

EL SOL PONIENTE.

MEDITACION.

¡ Con cuán lenta majestad,
Noble luminar del dia,

Camina tu claridad,
De la azul region vacía
Por la vasta inmensidad!

Puebla tu luz bendecida
Tierras y mares y vientos,
Y á tu fuerza enardecida
Tornan de nuevo á la vida
Los dormidos elementos!

Por la region celestial,
Entre celajes de tul,
Vas, gigantesco fanal,
A perderte en el cristal
De ese inmenso espejo azul.

Y palidecen los rayos
De tu luz deslumbradora,
Y mientra el mundo te llora,
Entre lánguidos desmayos
Tu disco se descolora.

Y como á perderte vas
En el remoto occidente,
El corazon y la mente
Preguntan si volverás
Por las puertas del oriente.

Volverá tu resplandor
A animar tierras y mares
Con fuego generador,
É inmensos himnos de amor
Se alzarán de tus altares;

Mas al ver esa del dia
Postrera luz moribunda,
Siento presa el alma mia
En misteriosa y profunda
Y santa melancolía;

¡Que eres imágen, oh sol,
Del cenit en la altitud,
De la fuerza y juventud,
Y tu pálido arrebol,
Presagio del ataud!

— ¡Quién sabe, o sol! si mañana
Cuando torne el mundo á verte,
Por decretos de la suerte,
Cuanto es en mi vida humana
Será presa de la muerte!

¡Si el osado corazon,
En que hoy sangre hirviente late,
Y la altanera razon,
No oirán ya la confusion
De este revuelto combate!

¡Y empero, el alma atrevida
Y el rápido pensamiento
Reluchan con ardimiento,
Sin contemplar que es la vida
Un efímero momento!

¡Sin ver ¡ay! que la ambicion,
Que en incesante agonía
Turba el pecho y la razon,
Sueño es de la fantasía,
Delirio del corazon!

— Miserable humanidad,
A tantas glorias crēada
Por la suma Potestad,
¿Nunca serás perdonada
De tu primera maldad?

Por tu soberbio pecado
Te condena un Dios airado
A recoger ¡oh dolor!
En llanto y sangre amasado
El fruto de tu sudor!

— ¡Raza de ángeles caidos,
Del cielo desheredados,
Que nacéis entre gemidos,
Y vivís desesperados,
Y morís desprevenidos!

¿Porqué la vida adorais?
¿Porqué á la muerte teméis?
— ¡Tanto el bien desconocéis,
Que el dolor idolatráis
Y la dicha aborrecéis! —

¡O padre sol! — Si mañana,
Cuando torne el mundo á verte,
Fuera presa de la muerte
Cuanto es en mi vida humana,
Por decretos de la suerte:

¡De cuánto amargo dolor,
De cuánta fiera inquietud
Me libertara en su amor,
El sumo Dispensador
De la dicha y la virtud!

Tú, en tanto, oh sol! por igual,
En tu carrera gentil,
Viertes tu puro raudal
Sobre el áspero erïal
Y el aromoso pensil;

Que eres imágen sensible
De la suma Potestad;
Y al bien y al mal impasible,

Sigues tu curso apacible
Con serena majestad.

CONTRA LA ESCLAVITUD.

¿Tú lo miras, Señor Omnipotente,
Y sufres y perdonas,
O en crudo, raudo, asolador torrente
Tus iras amontonas?

Te insultan los verdugos inhumanos
Invocando tu nombre;
¡Los hermanos devoran sus hermanos,
El hombre vende al hombre!

¡Señor! — Cuando del Gólgota en la cumbre
Vió el mundo tu agonía,
¿No fué de la oprobiosa servidumbre
El postrimero dia?

Si fué, Señor, tu sangre derramada
Salud al universo,
¿Porqué vive esa raza condenada
A un hado tan adverso?

— La obra de redencion no fué cumplida
Si aún siervo gime el mundo. —
¿Serán de todo un Dios la sangre y vida
Holocausto infecundo?......

— Flaco mortal, que en la tiniebla oscura
De tu mezquina ciencia,
Te atreves á acusar en tu locura,
La suma Providencia;

Imitador del ardimiento insano
Del arcángel precito,
¿Osa juzgar tu orgullo al soberano
Señor de lo infinito?

Porque tus flacos ojos terrenales
Acusen tu impotencia,
¿Límites das precisos y fatales
A la infinita ciencia?

¡De este cáos mortal, vertiginoso,
Entre la niebla oscura,
Vive eterno el principio luminoso
De la verdad futura!

Y ¡á pesar de sí misma y del averno,
La humanidad camina
Al fin que la ordenó, sumo y eterno,
La voluntad divina!

¿Juzgas el campo estéril y asolado?
— El grano está latente. —
El árbol del saber, fruto vedado,
Germina lentamente.

En medio á la ignorancia tenebrosa
Y el crímen y locura,
La incubacion prosigue misteriosa
Con marcha mas segura.

Al través de ese impuro torbellino
De crímenes y errores,
Irradia el sol de la verdad divino
Con vivos resplandores.

Y en torno de él, en círculo girando
Van mil generaciones,
A su luz lentamente desgarrando
Sus fajas y prisiones.

Y llegarán los tiempos, hoy distantes,
De su imperio fecundo. —
— Los siglos de la historia son instantes
En el vivir del mundo!

1852.

LOS BRUTOS.

Del borde de una tumba el fiero Bruto
Se alza blandiendo la sangrienta espada,
Derriba un trono y á la patria amada
Da de sangre filial amplio tributo:

Llenando á Roma de pavor y luto,
La mano en sangre paternal bañada,
Marco, cabe otra tumba ensangrentada
Coge de su venganza amargo fruto.

— ¡Destino singular! — Bruto el primero
Ilustre ciudadano y parricida,
Liberta á Roma de la grey tirana:

Con su virtuoso crímen el postrero
Solo alcanza morir, y con su vida
Fina tambien la libertad romana!

A LA FORTUNA.

¿Qué gloria esperas, bárbara Fortuna,
Persiguiendo sin tregua á un miserable?
¿Porqué, cuando á los otros tan instable
Eres á mí tan firme y oportuna?

Todas me arrebataste, una por una,
Cuantas flores la vida hacen amable;
Que duro, impío, acérrimo, implacable
Siguióme tu rencor desde la cuna. —

— Inútil saña, estúpidos furores,
¿Qué son á mi valor? — Solo me inspiras
Sarcasmo frio, insultador desprecio :

Si tienes mas, envía mas dolores;
Que yo, á despecho de tus crudas iras,
Mientras me acoses mas, en mas me aprecio!

—

A ROMA.

Astiterunt reges terræ et principes convenerunt in unum adversus dominum et adversus Christum ejus.
Salmo II, v. II.

Amici mei et proximi mei adversus me apropinquaverunt et steterunt....
Salmo XXXVII, v. XI.

¿Porqué del padre Tiber la corriente
Hácia el revuelto mar sangrienta corre?
¿Porqué en lamento fúnebre, estridente,
Los bronces gimen de la excelsa torre?
¿Porqué retiembla el ámbito romano
A la tonante voz del Vaticano?

¿Qué quiere esa falange asoladora,
Que en aparato bélico, iracundo,
Impía cerca á la que fué Señora
Un tiempo ¡ay Dios! del asombrado mundo?
¿Quién el caudillo de piedad ageno?
¿Quién la guia al asalto, nuevo Breno?

¡Ay! ni tanto dolor, ni la ruína
De tan alto poder; ni la memoria,
¡O ciudad de los Césares divina!
Del esplendor de tu pasada gloria,
¿Bastará á contener el fiero amago
De tal desolacion, de tanto estrago?

¡Qué! — ¿No se habrán de alzar tus bravos [hijos
En el riesgo civil como uno solo?
¿No ven los ojos en tus muros fijos
De cuantos buenos hay de polo á polo?
¿No encierra tu recinto un solo Bruto
Que de su sangre dé filial tributo?

Sí encierra, sí; — De la falange impía
Al parche atronador, ya palpitantes
Se aprestan en magnánima porfía
Mil y mil de tus nobles habitantes,
Y guay de los feroces invasores
Si lidian bien tus bravos defensores.

Ya se alzan, sí; — ya miro sus banderas
Libres flotar al aire desplegadas;
Ya atónitas escuchan tus riberas
El grito de tus huestes denodadas,
Y retruena el clarin llamando á guerra
De uno al otro confin de la ancha tierra.

Se acerca la ardua lid; — por la llanura
Que el sacro Tíber con sus ondas baña,
En formidable tren que dá pavura,
Se ve marchar la muchedumbre estraña:
¿Qué quieren de tí, Roma, esos guerreros?
¿Qué buscan, Roma, en tí, los estrangeros?

En nombre de la paz, vienen talando
Tus tierras, y arrasando tus ciudades;
En nombre de la fé, vienen sembrando
La muerte en tus heróicas soledades:
— Creed, gozad, piadosos corazones,
En la fé y en la paz de los cañones!

Estraño modo de salvar, matando,
De edificar, feroces destruyendo,
De dar la libertad, esclavizando,
De guardar la pureza, corrompiendo!
Y el mundo esclama en su estupor profundo:
¡Estraño modo de salvar el mundo!

(1)........................
....
....
....

Y tú, Roma eternal, alza la frente
Intrépida á lidiar: nada te espante!
De libertad la causa omnipotente
De cada niño tuyo hará un gigante,
É igual al Dios será de las batallas
Cada hombre que defienda tus murallas!

Lidia sin descansar: — tu antigua gloria
Al recordar, tu brazo tremebundo,
Escriba aún otra página en la historia
De útil leccion al asombrado mundo;
Y aunque veas, cercando tus bastiones,
Las banderas flotar de tres naciones:

Que tus hijos se muestren sucesores
Dignos, del alto nombre de *Romanos*;
Y si vencen los crudos invasores,
Si sucumben tus nobles ciudadanos;
El mundo por la voz de sus cantores

(1) Aquí faltan algunas estrofas.

Al mundo clamaré : —« ¡Llorad, hermanos!
« ¡En ese cementerio ennegrecido
« La libertad del mundo ha sucumbido! »

Madrid, 29 de junio de 1849.

EN LA NOCHE DEL 31 DE DICIEMBRE DE 1855.

Las doce da el reloj — solemne hora
Que el fin separa del nacer del dia;
Hora de paz y calma encantadora,
Del dia que pasó breve agonía.

¿Porqué agita un penoso sentimiento
El alma, á cada lenta campanada?
¿Qué anuncia aquese fúnebre lamento?
¡Un dia mas al seno de la nada!

¡Un dia, un año mas á la memoria,
Una esperanza nueva al corazon!
¡Recordar — anhelar — hé aquí la historia
De nuestra mundanal tribulacion!

¡Cuántas fatigas, lágrimas y errores,
Y humillacion, y crímenes, tal vez,
Por conquistar, o suerte, tus favores
En tan vertiginosa rapidez!

¡Un dia, un año mas á la memoria,
Un átomo de la honda eternidad!
¿Una página mas graba la historia,
Culto ó leccion á la futura edad?

¿Debe acaso esta edad ser recordada
En el mármol y el bronce endurecido,
O es levísima gota, ya olvidada
En el piélago inmenso del olvido?

¿Es el inquieto gérmen que estos dias
Hace hervir la pensante levadura,
El misterioso Verbo de un Mesías
Llamado á redimir la edad futura?

O bien, el virus roëdor, latente,
Que luego en espantosa progresion
Legue este siglo á la futura gente,
Símbolo de final disolucion?

Quién sabe! — Dios en su saber profundo
Discernir puede solo el bien del mal —
— ¡Del mayor crímen que recuerda el mundo,
Recibimos la herencia celestial!

No seré yo quien lance el anathema
Sobre el mísero tiempo en que nací;
Pero, en verdad, generacion blasfema,
¡Desque pude pensar te aborrecí!

Aborrecí la negra hipocresía
Con que encubres tu vil perversidad,
Y tu falsa, venal sabiduría,
Timbre y blason de la presente edad.

¿A dónde vas con tu mezquina ciencia?
¿A dó te lleva tu febril razon?
— ¿No ves, que tu soñada omnipotencia
Es vanidad, tinieblas y afliccion?

Divinizaste tu mortal miseria
De la fé y religion con torpe insulto,
Y, el espíritu muerto, á la materia
Votaste altares y rendiste culto!

Eran menos grosera idolatría
Los ídolos del ciego paganismo.
— ¡Hoy se proclama, en su demencia impía,
El mísero mortal, Dios de sí mismo!

Nuevo Luzbel, á combatir se lanza
Contra el Supremo, perennal poder,
¡Y, el insensato, á comprender no alcanza
Ni aún los abismos de su propio sér!

¿A dó corre, Señor, precipitada
La actual generacion en su locura?
— ¡Quién me diera tender una mirada
Por los asombros de la edad futura!

OB ICH DICH LIEBE (1).

A M.....

Pregunta al triste preso encadenado
De un calabozo en la tiniebla oscura,
Si ansía aspirar del florecido prado
Al alba matinal el aura pura,
Y la múltiple oir, vaga armonía
Que alza la crëacion al rey del dia:

Pregunta al estraviado caminante
De Sahara en el piélago arenoso,
Al hambre y sed rendido, palpitante,
Si desea el oäsis delicioso,
Cuando al caér del sol, con agonía
Mira ante sí la inmensidad vacía:

(1) *Si yo te amo.* Título de una melodía alemana.

Y al náufrago infeliz que á un remo asido
Sobre los montes líquidos resbala,
Y á la fatiga y al pavor rendido
Casi el suspiro postrimero exhala,
Si ve surgir la playa apetecida,
Pregúntale si torna á amar la vida!

Y á esa jóven, en fin, que abraza á un niño
Ansiado fruto de su amor primero,
Pregúntala si es santo su cariño,
Y puro y generoso y verdadero.....
¡Mas el fuego sintiendo en que me inflamo
No preguntes, ingrata, si te amo!

—

LA MUERTE.

A CARLOS DE OCHOA.

¿Porqué de aquesa lúgubre campana
Turba los aires la siniestra voz?
¿Quién es esa temida soberana
Que su sonido cóncavo anunció?
La muchedumbre pálida
Repite en ronco acento, aterrador:
«¡Al monstruo dad famélico
Su presa de hoy!»

De la humilde cabaña al regio trono
Alcanza su segur con golpe igual;
Arranca al infeliz de su abandono,
A la vírgen del ara nupcial:
¡De su miseria al huérfano,
De su bélico triunfo al vencedor,
Y á la viuda exánime
De su dolor!

¿Porqué llorais los que á su golpe rudo
Mirásteis vuestro amor desparecer?
¿No es ella, acaso, impenetrable escudo
Contra todo el humano padecer?
No cesen, no, las lágrimas,
Mas corran por vosotros que vivís,
Que de la paz vestíbulo
Es el morir.

Este inquieto anhelar que turba el alma,
Ese deseo vago y seductor
De mas profunda fé y amor y calma
Que los que en este mundo puso Dios:
—¿Revelacion altísima
No son de otra existencia mas cabal,
De fé y amor seráficos
Y eterna paz?

¿Porqué, pues, á la voz de esa campana
Que de tanto penar anuncia el fin,
Se ha de empeñar la necia grey humana
Insensata en llorar, ciega en gemir?
¿Porqué no grita unánime
En himno de alto júbilo y amor:
—«Al númen dad, benéfico
Su ofrenda de hoy?

—

¡TU ERES, MI BIEN, LA ESPERANZA!

Cuando en el mar de la vida,
Náufrago asido á un madero,
La firme fé ya perdida,
De la dicha conocida
El bien perdí postrimero;

Sumida en tales horrores
Desfalleció mi alma fuerte,
Y entre ayes blasfemadores
Pedí cobarde á la muerte
Un término á mis dolores.

Mas en la borrasca impía
Hubo un punto de bonanza,
Y allá en honda lontananza
La plácida faz surgia
Del astro de la esperanza.

Y el corazon cobró aliento,
Los brazos, antes caidos,
Entonce á la mar tendidos
Contra las iras del viento
Lucharon enardecidos.

Que al través de las espumas,
Leves cortinas de plumas
A las olas encrespadas,
De unas riberas amadas
Miré las cándidas brumas.

País de eterna bonanza,
De amor y paz y ventura,
Y un ángel en lontananza
Que á juzgar por su hermosura,
Tú eras, mi bien... ¡la esperanza!

De entonces acá en el suelo
Entre infortunios y duelo
Siempre vivió el desterrado;
¡Mas halló en tí, dueño amado,
Un piélago de consuelo!

¿Y aún de mi amor desconfías?
¿Aún temes mi ingratitud?
Iris de paz en los dias
De dudas y de agonías,
—¡En mi lealtad no hay virtud!

Que de mi afanosa vida
En la turbia malandanza
Solo por tí compartida,
Tú eres la imágen querida
Del ángel de la esperanza!

Duda del leve placer
Y del amargo dolor
De este mundo engañador;
Duda de tu propio sér,
Mas no dudes de mi amor!

¡Ni aún bajo la losa fria
Dó ningun afecto alcanza
Habrá en mi pecho mudanza,
Porque tu amor, prenda mia,
Es mi postrera esperanza!

—

ELEGIA

A LA MEMORIA DE MI HERMANO PEDRO, QUE MURIÓ AHOGADO

EL 24 DE JUNIO DE 1850.

¡Tú, el último bajado
De nuestro padre á la mansion querida,
Y el primero llamado
A la inmortal guarida
Del revuelto palenque de la vida!

Del conyugal cariño
Postrera flor, del ábrego agostada,
Dejaste, caro niño,
La paterna morada
En lágrimas amargas anegada.

¿Porqué en tan raudo vuelo
El sacro hogar paterno abandonaste?
Apenas en el suelo
El leve pié fijaste,
¿Porqué á eterno dolor nos condenaste?

¿Temiste la fatiga
Deste afanoso viaje y la amargura
De la suerte enemiga,
O ansioso de ventura
Fuiste á buscarla en la celeste altura?

Hácia la tumba fuiste
Con gayo rostro y movimiento leve —
— ¡Feliz, no conociste
En término tan breve
Fortuna instable ni dolor aleve!

Vírgen de los pesares
De la vida, y sus crímenes y errores,
A aquellos patrios lares
De eternos resplandores
Puras llevaste de virtud las flores.

Tres veces tú, el dichoso,
Que huyendo de este mundo y sus engaños
No viste el mar furioso
De los provectos años
En dolor tan fecundo y desengaños!

¡Y no ajó la belleza
De tu alma el dolor, ni las pasiones
Mancharon tu pureza;
Ni sufriste traiciones
Ni lloraste perdidas ilusiones!

¿Porqué, pues, los gemidos
Del corazon, ni el llanto de los ojos
Del llanto oscurecidos,
Si tus caros despojos
No temen de la suerte los enojos?

¡Y tu alma libertada
Del calabozo estrecho cuanto impuro
Donde vivió encerrada,
Ardiendo en gozo puro
Voló feliz al inmortal seguro!

Nosotros los mezquinos,
Nosotros ¡ay! los tristes y acuitados,
Por bárbaros destinos
De tu amor despojados,
Y al llanto y á la vida condenados!

La vida, viaje incierto
En torno al márgen de la tumba fria,
Golfo insaciable, abierto,
Que devorar ansía
Juntas nuestra esperanza y alegría!

¡Sendero peregrino
De luz y flores lleno y de verdura
Al abrirse el camino;
Y en breve mar oscura
De espanto y de dolor y de amargura!

— Aquí en estraño suelo
De los tuyos el mas infortunado,
Por tí suplica al cielo,
En lágrimas bañado,
De honda y vacía soledad cercado!

Y no hay un seno amigo
Que su dolor comprenda y aminore
De su dolor testigo;
Ni voz que con él llore,
Ni quien por tí con él al cielo implore!

Allá el anciano padre,
Mas que del tiempo, del dolor rendido,
Y la amorosa madre,
El corazon partido
Lloran al hijo de su amor querido;

Mas con sus hijos lloran,
Llanto comun en el comun desvelo;
Y mientras juntos oran
Por tu reposo al cielo
Se aminora su amargo desconsuelo.

Que no hay dolor humano,
Ni aún el mayor dolor, que dividido
No sea mas liviano;
Y el duelo compartido
Es, si llorado mas, menos sentido.

En tanto, en negro luto
Sumido el corazon, mustios los ojos,
El fraternal tributo
De lágrimas y enojos
Consagro á tus carísimos despojos.

Errante pasajero
A la orilla del triste Manzanáres,
Mi beso postrimero
Te envío, y mis cantares
Atravesando los inmensos mares!

A LA LUNA.

Unico alivio en mi mortal desvelo,
Pálida reina de la noche umbría,
Tú que recorres con pausado vuelo
La inmensidad de la region vacía;
Tú, que á la vez inundas tierra y cielo
Con mas plácida luz que la del dia,
O envuelta acaso entre parduzcas nieblas
Sigues tu blando curso entre tinieblas;

¿Eres lo que la escasa ciencia humana
Te juzga?... ¿Eres un átomo perdido
En la etérea region? — ¿La soberana
Mano de Dios, allí te ha suspendido
Porque fueras del sol única hermana?
¿O, acaso, eres destello desprendido
Del eterno raudal de pura lumbre
Que arde sobre esa fúlgida techumbre?

¿O, acaso, algun arcángel poderoso
Te eligió entre los soles por morada,
Y desde allí vigila cariñoso
Sobre esta tierra en lágrimas bañada:
Y ese tu brillo blando y misterioso
Es acaso el fulgor de su mirada,
O como nuestro globo acaso vives
Y prestada tu luz del sol recibes?

¡Oh luna! — incorruptible centinela,
Del reposo del mundo protectora,
Compañera del mísero que vela,
De los que aman constante bienhechora:
No desoigas mi triste cantinela,
Apiádate benigna del que llora,
No me ocultes tu pura luz, süave,
Bálsamo solo á mi tormento grave.

Desde el leve columpio de vapores
En que te ciernes sobre el ancho mundo,
Envía algun consuelo á los dolores
Deste mi padecer largo y profundo:
Mi dicha se agostó como las flores
Al alentar del ábrego iracundo,
Y ni en la mas remota lontananza
Puedo al alma fingir una esperanza.

¡Oh mi Azelia! — ¿Porqué el feroz destino
Contra mí en sus rencores implacable,
Te puso ¡ay sin ventura! en mi camino
É ingrato el corazon hizo y mudable?
Porque ora suspirando de contino
En la que arrastro vida miserable,
Vaya corriendo en pós del bien perdido,
¡Ay! por mi mal tan tarde conocido!

Aún me parece verte esplendorosa
De juventud y gracia y hermosura,
Tan modesta, sencilla y candorosa,
Bañado el rostro en celestial dulzura:
La muger mas maligna y envidiosa,
Que eras de Dios la mas perfecta hechura,
Justa contigo sola, proclamaba
Y odiando á las demás, te idolatraba!

Aún me parece ver tu cabellera
Caer partida en rizos ondulantes
De ébano reluciente, la hechicera
Faz encerrando en marcos vacilantes;
Y aquel seno purísimo que fuera
Envidia del amor, besar amantes,
Y recostarse en él, desfallecidos,
Con tal felicidad desvanecidos.

Y creo ver aún tus negros ojos
Lanzándome dulcísimas miradas,
Inquirir de mi pecho los enojos,
Mis males aliviar, y las pesadas
Cadenas del dolor, y los abrojos
Conmigo compartir. — ¡Oh! ¡cuán lloradas
Tengo yo aquellas horas de contento
Y cuán terrible y crudo es mi tormento!

— Mísera juventud, á la locura
De violentas pasiones entregada;
Fugace flor que ya sin hermosura
La frente inclina mustia y deshojada:
Planta que debe al cielo su frescura
Por el fuego del Tártaro agostada,
Fuente del bien, que tan inmensos males
Acarréa en el mundo á los mortales.

— Generoso alazan, que sin el freno
Del esperto ginete, desbocado,
La crin flotante y el nervudo seno
En blanca espuma y en sudor bañado;
Se lanza á escape de temor ageno,
Y volando atraviesa el bosque, el prado,
Y como si un lëon le persiguiera
Sigue tenaz la indómita carrera:

Y salva el precipicio y el torrente
Y como el rayo en la carrera sigue,
Regando el suelo de sudor hirviente
Sin que el cansancio su vigor mitigue;
É impulsado del vértigo creciente
Que le espolea, sin cesar prosigue,
Hasta que exhausto al fin y palpitante
Cae por su propio peso, ya espirante:

Tal es la juventud: — rico tesoro
Que eterno fuera en el Eden florido...
¿Qué son cabe su luz, la pompa, el oro,
Que dominan el mundo corrompido?
Pasa empero fugaz — con triste lloro
El hombre la recuerda arrepentido,
Mas tarde por su mal; que flor temprana,
Duró, como la rosa, una mañana!

Vivió, como la rosa, una mañana,
Dejando tras de sí duras espinas;
Disipóse cual leve sombra vana
Que nos fingen las auras matutinas;
Mas apenas del sol la soberana
Luz, despeja las lóbregas neblinas,
Desparece fugaz de nuestros ojos
Lleno dejando el corazon de enojos.

Y así vuela del hombre la ventura,
Huye el amor así, pasa la gloria,
Y así el poder acaba y la hermosura;
Que es breve el bien en nuestra humana [historia:
Y á doblar de la vida la amargura
Tenaz nos dió el destino la memoria,
Funesto don que, torcedor eterno,
Trasforma nuestro mundo en un infierno!...

—

MEDITACION.

¡Cuánto al cansado espíritu
Y al corazon humano,
Cruzar es grato el piélago
Del tiempo ya lejano,
Y en el hogar antigo
Con el ausente amigo
Membrar en dulce plática
La dicha que pasó!
¡Y descuidando el vórtice
De la presente vida,
Las ya dobladas páginas
De la vital corrida
Pasar una por una,
Desde la tierna cuna
Hasta el aciago término
Que el cielo al goce dió!

¡Aquel espacio efímero
De la feliz infancia,
Edad de amor angélico,
De púdica ignorancia;
Edad, en cuya historia
La rápida memoria,
Va revolando alígera
De la una á la otra flor!
¡Edad, cuyas imágenes
En la region sombría
De lo pasado, atónita
La ardiente fantasía
Contempla, libres, puras,
Sus blancas vestiduras,
Del indeleble estígmata
Del crímen ó el dolor!

Mas, ¡cuánto melancólicos
Al propio tiempo y graves
Son los recuerdos vívidos
De júbilos süaves,
Y célicos amores
Del alma bienhechores,
Cuando se toca el límite
De la provecta edad!
¡Aquellos rayos fúlgidos
De rutilantes soles,
Ora reflejos pálidos
Y leves arreboles
Del astro son, luciente
Que ya en el occidente
Tragó la impía vorágine
De la honda eternidad!

¡Y en el exámen rápido
De la pasada historia,
A cada paso, fúnebre
Despierta una memoria;

Y el alma lacerada,
Marchita, deshojada
Ve la corona espléndida
Que fué su juventud!
¡Aquí, la sombra pálida
De una muger querida;
Allí, el recuerdo lúgubre
De una ilusion perdida;
Aquí, el amigo anciano,
Allá el amado hermano,
Despojos ¡ay! inmémores
Del lóbrego atahud!

¡Y el hombre adora férvido
La triste vida humana,
Dó es el dolor tan ímprobo,
La dicha tan liviana!
¡Y conquistar ansía
Eterna nombradía,
Subiendo á la alta cúspide
De que cayó tal vez!
¡Caído Dios, el réprobo
Por recobrar su altura
Se esfuerza en la calígine
De la materia impura;
Y al lampo de la ciencia
Tocando su impotencia,
Riega de amargas lágrimas
Su mísera altivez!

Y, ¿dónde el pecho indómito
Que á tales desengaños
Quiera alargar el número
De sus terrestres años?
¿El alma, dónde, fuerte,
Ludibrio de la suerte,
Que al fin no ceda exánime
En la tremenda lid?
¡Ay de los tristes huérfanos
A padecer nacidos!
¡Ay de los nobles ánimos,
Arcángeles caidos,
Que en ominosa guerra
Se arrastran en la tierra,
Con la esperanza única
De alguna vez morir!

—

ITALIA.

¡Italia! ¡Italia! — ¡Altivo, claro nombre
De blando són y poderoso encanto!
— ¿Porqué, al oirlo, el corazon del hombre
Siente de inspiracion el fuego santo?
— Tu esfuerzo antiguo, tu inmortal renombre
Trocados hoy en servidumbre y llanto,
Viven en el gran libro de la historia,
Perenne manantial de escelsa gloria:

Viven en tí tambien: — ni un solo paso
Da el caminante en tu fecundo suelo,
Sin mirar algun mudo, alto testigo
De claro triunfo ó de inmortal fracaso.
Aquí, del tiempo antigo,
Se eleva un templo majestuoso al cielo;
De líquido zafir allí sus ondas
Lleva dormido el Trasimeno lago,
Que atónito miró el horrendo estrago
De la romana gente, allí vencida
Por el digno rival de Epaminondas,
El capitan insigne de Cartago!
Cerca de ese jaral perdió la vida
El heróico Flaminio, á quien la suerte,
Émula de su gloria,
Dió aquel dia la muerte,
Empero digna de inmortal memoria.
Mas allá surge altiva
Entre zarzales la ciudad eterna
Del valor y el saber eterno solio:
Aquí del capitolio
El gigante contorno se levanta;
Allí la mutilada informe planta
Del vasto *Colosséo*,
Digno padron de universal trofeo;
Y acullá mira el alma estremecida
El lugar ominoso
Dó César hasta entónces victorioso
Presa cayó de la filial herida.
—Aquí, Camilo, el dictador romano,
De susto vil el corazon ageno,
Los paternos despojos de la mano
Fuerte arrancó del orgulloso Breno!
— Allí..... Mas cese el labio enardecido.....
Solo de humano esfuerzo sostenido,
¿Qué voz bastante fuera
Al que cantar tus glorias pretendiera?

¡Cuánto os amo, ruinas solitarias
De la reina que fué de las naciones!
¡Vosotras sois las losas funerarias
Del pasado poder de sus legiones!
¿Porqué visten las mustias parietarias
El sendero triunfal de los Scipiones,
Y mudo está el lugar dó la divina
Voz sonó del censor de Catilina?

Cada piedra de antiguo monumento
Recuerdo es vivo de pasada gloria;
En cada escombro mira el pensamiento
Una página rota de la historia:
¡Y no hay voz de la tierra ni ¡ay! del viento
Que no evoque una sombra, una memoria,
Que alto valor al corazon inspira
Al genio luz y cantos á la lira!

Aquí descansa el cisne mantüano,
Allí del Tasso se meció la cuna,
Allá de Ariosto el genio soberano
Cantó el amor y bélica fortuna:
Aquí nació Petrarca, allí el Ticiano,
Y alumbra allá la nacarada luna
Las agujas fantásticas de Urbino,
Insigne patria del pintor divino.

Y allí, bañando el florecido suelo
Dormido rueda el rio caudaloso
A quien dió reflejar propicio el cielo
Mas altas glorias en su curso undoso:
La luz vió en sus orillas Maquiavelo,
Miguel Angel, ingenio poderoso,
Bocaccio, Galileo y el gigante
De la alta poesía, el sumo Dante!

Y otros mil preclarísimos varones
Cuyos nombres citar fuera imposible,
Que en número increible
Ornaron las itálicas regiones.
Pontífices ilustres, campëones
Valientes, de los pueblos claros guias,
Emperadores, cónsules y reyes,
Que á los presentes y futuros dias,
Beneficios y ejemplo á las naciones,
Legaron mil sublimes intenciones,
Altas hazañas y prudentes leyes.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

— El aire tuyo, Italia deliciosa,
Es en prodigios y valor fecundo;
En él es la hermosura mas hermosa,
La luz mas clara, el genio mas profundo: —
Por esto, en su carrera victoriosa,
Aquel moderno agitador del mundo,
Nunca tan grande fué ni tan temido
Como al pisar tu suelo bendecido.

Y por ello, mi humilde entendimiento,
Que en la primera juventud dormia,
Tu límite al tocar se alzó violento,
En piélagos nadando de armonía:
Y si acaso mi voz el alto acento
Habló de la sagrada poësía,
Y no muere el cantar que aliento ahora,
Lo debo á tu vision inspiradora.

¡Y, empero, gimes bajo el férreo yugo
De estraña esclavitud, ¡fiero destino!
É implacable se ensaña tu verdugo
Tu seno desgarrando alabastrino!
Si al sér inescrutable, airado plugo
De lágrimas amargas tu camino
Regar, de amor y de piedad en prenda,
Grata recibe mi sencilla ofrenda.

— Te lanzaste á lidiar... mas sucumbiste
Al esfuerzo mayor del enemigo,
Y en tu glorioso intento no tuviste
Estraño protector ni pueblo amigo:
La flor de tus guerreros mustia viste
En la lucha caer; alto testigo
El rey que tantos yerros expïara
En los funestos campos de Novara.

De nuevo te alzarás á lid tremenda
Agitando la espada vengadora;
Dudosa lid, encarnizada, horrenda;
Mas obtendrás la palma triunfadora;
Y dando fin á la feroz contienda,
Hollando la cerviz de tu opresora,
De ciencias, cortesía y gloria y arte
A los mundos serás noble estandarte!

1851.

A ADELAIDA DEL MARMOL.

(Contestando unos versos que dedicó al autor.)

Leve capullo de fragante rosa
Que á este mar amaneces de la vida,
Tan pura y tan hermosa,
Tan buena y tan querida,
Encarnacion celeste del amor;
Es tu voz de armonías mas süaves
Al resonar en mi cansado oido,
Que el trino de las aves,
Y calla adormecido
A su acento en mi espíritu el dolor.

¿Y pudo despertar en tu inocencia
Un eco de entusiasmo y simpatía,
Llena de amarga ciencia
La voz cansada mia,
El ¡ay! de mi angustiado corazon?
Y puro alzaste, sonoroso el canto
Al aire dando tu infantil acento,
De mi mortal quebranto
En límpido concento
Suspendiendo la horrible sensacion.

Al contemplar tu angélico semblante
Y tu mirada púdica, inocente,
Del seno palpitante,
Cariño puro, ardiente,
Se lanza en ancho piélago hácia tí;
Que en tí miro una plácida memoria
De aquella edad de célica dulzura

En que es la humana historia
Tan inocente y pura,
Edad que ha tanto tiempo huyó de mí!

¡Oh! Cuánto de dolor y de agonía
En los recuerdos de la edad pasada,
Enturbian la alegría
Que enciende tu mirada
En los abismos de mi flaco sér!
Que quiso Dios que la existencia humana,
Incoloro destello de otra vida,
Fuese una mezcla insana,
Celeste y maldecida
De intenso amor é intenso padecer.

Por eso, al ver tu angélico semblante
Y tu mirada púdica, inocente,
Del pecho palpitante,
Cariño puro, ardiente,
Se lanza en ancho piélago hácia tí.
— Pero tú, en el aurora de la vida,
Leve capullo de fragante rosa,
Tan buena y tan querida,
Tan pura y tan hermosa,
Hermana, di: ¿te acordarás de mí?

1854.

—

EN UN ALBUM.

Nace la plácida brisa
En el seno de una nube,
Y luego á ser viento sube
Y llega á ser vendabal;
Y en la densidad redobla,
Y tanto en la furia acrece,
Que tierra y mar extremece
Convertida en huracan.

Tal la pasion en el alma
Nace á un tímido suspiro,
Cual aura que en blando giro
Mece en el tallo la flor:
Presto el afecto apacible
Es tormenta desatada
Y el alma gime, rasgada
Del aguijon del dolor.

Pasa un dia y otro dia,
Y un mes á otro se eslabona,
Y al fin un año corona
El paso de una á otra edad.
Y obra siempre, empero, el hombre
Con tan ruda inesperiencia,
Que juzgo incapaz de ciencia
La mísera humanidad.

Tú, á quien propicios los hados
Dieron tan dichosa vida,
Huye del mal que se anida
En toda estrema pasion;
Guarda el límpido tesoro
Que tu dulce calma encierra;
— ¡La mayor dicha en la tierra
Es la paz del corazon!

1855.

—

EN UN ALBUM.

(Escritos en la Habana en 1854.)

Allí dó se oculta el sol
En los mares de occidente
Una comarca hay riente
Bajo el dominio español.

En su paterna bondad
Para el humano, Dios quiso
Darle en ella un paraíso
De paz y felicidad.

El Atlántico anchuroso
En derredor la circunda,
Y el padre sol la fecunda
Con su fuego generoso.

Y no hay suelo mas galan,
Ni cielo mas bonancible,
Que los que ostenta apacible
La fértil Cubanacan (1).

En el monte y la llanura
Y en el valle y en la playa,
Compitiendo en pompa gaya
Y en pujanza y donosura,

Vénse el cedro embalsamado
Que el renombre al de Asia roba,
Y la jaspeada caoba
Junto al roble levantado;

Aquí, el naranjo aromoso
De blanca flor siempreviva;
La ceiba allí crece altiva
A par del mango frondoso.

Y el mamei de ácido gusto
Y la guanábana verde,
Y el plátano que se pierde
Bajo su manto venusto.

(1) Nombre que daban los indígenas á la isla de Cuba.

Y, sin que haya entre ellas riña,
Sin cederse, empero, en nada,
Ves la fresa delicada
Junto á la olorosa piña.

Aquí el cafeto lustroso
Con sus hojas barnizadas,
Allí, las rojas granadas
Y el tamarindo garboso.

Cerca, el algodon se atreve
A erguir su flexible talle,
Desparciendo en sierra y valle
Sus copos de pura nieve;

Y dulces cañaverales
Coronan valles y riscos,
Con dátiles berberiscos
Y palmeras tropicales.

En fin, dan muestras opimas
De fragancias y colores,
Plantas y frutas y flores
De mil apartados climas;

Y en los senos espaciosos
De sus profundas entrañas
Se funden piedras estrañas
Y minerales preciosos;

Que con pródiga largueza,
De tanto y tan vario fruto,
Da allí espontáneo tributo
Al hombre naturaleza.

Profundos y claros rios
Bajando desde el altura,
Difunden grata frescura
En los bosques y plantíos.

Y pueblan llanos y montes
Y recuestos y cañadas,
Tórtolas enamoradas
Y dulcísimos sinsontes (1).

. . . .
. . . .

Pues este ameno pensil,
Esta tierra embalsamada,
Hoy es presa codiciada
De la perfidia mas vil.

Una fraccion borrascosa
De un pueblo rico y pujante,
En su ambicion delirante
Pretende invadirla ansiosa.

(1) *Sinsonte.* — El ruiseñor de los trópicos.

¿Pensáis que con noble fin
Viene á este suelo fecundo?
— ¡Mueven su empeño iracundo
La matanza y el botin!

Si hay alguno entre vosotros
Que acoja su torpe intento,
No asocie tal pensamiento
A la lealtad de los otros.

Que fuera un grosero engaño
Cambiar torpe y desleal
El dominio paternal
Por el yugo de un estraño.

¿Cómo habréis de hollar ilusos,
Por efímeros rencores,
De los paternos mayores,
Sacras leyes, caros usos?

¿Cómo vuestro corazon
Sufrirá la torpe mengua
De olvidar su hermosa lengua,
De vender su religion?

Vuestros nombres malhadados
En nuestra historia malditos
Unieran al de proscritos
El baldon de renegados.

Y á tan ciega ingratitud
Fueran digno galardon,
Mortandad, devastacion
Y oprobiosa esclavitud!

No! — En esta tranquila tierra
Del mismo Dios tan querida,
Donde con furia homicida
Queréis mover cruda guerra:

Contra la negra maldad,
Contra el nefando rencor,
Junto al hispano valor
Hay la cubana lealtad.

Un dia, digno estipendio
A tan inicuas maldades,
Talarán vuestras ciudades
La mortandad y el incendio;

Y el mundo desengañado,
Y al grande horror conmovido,
Clamará ante Dios postrado:
¡Perdon al mundo vencido!
¡Salud al mundo vengado (1)!

(1) Siete años despues se cumplia una gran parte de esta prediccion.

CONTRA LAS MISERIAS DE LA ÉPOCA.

EN DICIEMBRE DE 1855.

Fecit indignatio versus.

Harto tiempo callé: — límite estrecho
Es ya mi corazon á tanta ira: —
Ya el generoso númen que me inspira
Salta estallando del hinchado pecho.

Raza de agiotadores, mal nacida,
Siglo venal, generacion espuria,
No hay voz alguna en lengua conocida
Que lanzada á tu rostro fuera injuria.

¿Apóstoles del Pueblo? — Traficantes
De su sangre y gemidos y sudores
¿Qué érais ayer? Mendigos vergonzantes —
Hoy — casi no podéis con los honores.

Si hijos sóis casi todos de la plebe
¿Porqué os avergonzáis de vuestra historia?
Si es el filial amor quien solo os mueve,
El triunfo maternal es vuestra gloria.

Nunca al fuerte varon fué necesario
Claro blason ni orígen altanero;
Plebeyo fué Moises, plebeyo Mario,
Y Colon, un oscuro aventurero.

¿Porqué, pues, si os sonríe la fortuna
Olvidáis vuestra prístina bajeza?
Bueno es nacer en elevada cuna;
Pero es mejor la personal nobleza!

¿Porqué al bastardo pecho, en multitudes
Suspendéis nobiliarias distinciones?
—Pensáis que un hurto baste á dar virtudes
A vuestros gangrenados corazones?

—Calláis... huís... ¿Qué riesgo es amenaza?
¡Venid, venid! — Un hombre solo os reta;
Vástago, sí, de aquella ilustre raza,
Compuesto del soldado y del poeta.

¡La que de Europa al índico hemisferio,
Reinos venciendo, avasallando mares,
A clavar fué el pendon de nuestro imperio
Y á erigir los católicos altares!

Raza fuerte y piadosa — Sus hazañas
Dieron á un nuevo mundo culto y leyes.
Y en su tierra lëal, fué en las estrañas
Fiel á su religion como á sus reyes.

¡Si aquella raza, en polvo convertida,
Del seno de la muerte hoy levantara
La noble frente del laurel ceñida
Y nuestro oprobio y pequeñez mirara!

¡Vergüenza! ¡Horror! — De aquella galería
Ante tanta y tan épica figura,
¿Vuestro orgullo procaz, á dónde iria,
Héroes de tan raquítica estatura?

Si un insulto juzgáis el canto mio,
Con aquellos varones comparáos,
¡Parodias de virtud — farsas de brio,
Atrás, atrás! ¡Siquiera avergonzáos!

¡Ese es Hernan Cortés — aquel, Pizarro;
Colon, este, á quien hizo una española
Noble español; aquel pensó en el Darro
La epopeya marcial de Cerinola!

¡Alba-Ossuna-Guzman! — A la fortuna
Dió aquel jóven heróico eterno canto,
Humillando á la Cruz la Media-luna
En las azules ondas de Lepanto!

Ese.... ¡piedad!... ¡piedad, dulces memo-[rias
Del corazon y el pensamiento mio!
¡Qué amargo es recordar pasadas glorias
En la miseria y el dolor impío!

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

— ¿A dó corre este siglo desbocado,
Con su estéril, sarcástico ateismo?
¿El arcángel precito ha quebrantado
Las eternas prisiones del abismo?

¿A dó, Señor, tu cólera encamina
A los hombres, los pueblos y naciones,
En los labios purísima doctrina
Y el crímen en los negros corazones?

¡Justicia! ¡Libertad! — Palabras santas,
Culto y amor de pueblos afligidos —
¿Hasta cuándo ha de hollaros á sus plantas
Esa turba de apóstoles fingidos?

Vano afanar — A dó la vista alcanza
Iras veo, no mas, rencor y guerra —
¡Justicia! ¡Libertad! — Sóis la esperanza:
Vuestro reino feliz no es de la tierra.

Tiempo de prueba es nuestra humana vida,
Y el llanto es el crisol dó se depura
La flaca humanidad, raza caida
De su primer, semi-divina altura.

Y así, cual lidiador que se apercibe
De nuevo á batallar en lid sangrienta,
¡Feliz si un punto en el afan que vive,
La fatigada humanidad alienta!

¡Llanto-sangre-dolor! — ¡Triángulo impío!
¿El hombre al yugo del error sujeto
Por siempre ha de vivir? — ¡Poder sombrío,
Tremenda eternidad, di tu secreto!

—

A....

Zagala de tez morena,
La de la esbelta cintura,
La de los negros cabellos
Que en rizos al aire ondulan;
Aparta de mí esos ojos
Que miran con tal dulzura
Y en vez de goces, al alma
Causan dolores y angustias;
Que en su lánguida mirada,
Bajo mentida ternura,
Por mi mal y tu contento
Crudos desdenes se ocultan.
¡Ah! — no me brindes, te ruego,
Con engañosas venturas,
Vuelve á otra parte los ojos,
O bien me mira sañuda;
Que al mundo, niña, bajaste
De las celestas alturas,
Blanda como el cefirillo
Que en la pradera susurra;
Como el arroyo süave
Que entre jazmines murmura;
Apacible como el rayo
De la nacarada luna,
Que en las corrientes riela
De las venetas lagunas;
Cual la tórtola amorosa,
Cuando sola en la espesura
Ausente del bien amado
Los tiernos hijos arrulla;
Y á mi pecho, en fin, tan cara,
Cual la vaporosa bruma
Que al cansado navegante
La patria ribera anuncia.

— Mas, á mis ojos la suerte
Te ofreció con saña cruda
Para hacer aún mas amargas
Mis amargas desventuras!
Que eres á un tiempo, zagala.
Por mi menguada fortuna,
Como los ángeles, bella,
Como el frio bronce, dura,
Como el destino, implacable,
Y, al fin, cual muger, injusta....
Mas no, bien mio, perdona
Estas mis quejas, la culpa
De mi penar tuvo el cielo
Y no la dureza tuya.
¡Perdóname, sí, te ruego,
Donosa niña, mas nunca,
Por mas que á tu oido lleguen
Mis plegarias importunas,
Me mires con esos ojos
Cuya mentida ternura,
Al alma en vez de placeres
Causa dolores y angustias!

—

A MI SOBRINO HERIBERTO,

EL DIA QUE RECIBI LA NOTICIA DE SU FALLECIMIENTO.

Angel de amor que á este suelo
Bajaste del paraíso
Como al cáliz de una rosa
Baja el amante rocio;

Emanacion blanda y pura
De aquel raudal infinito
De amor, que tiene su fuente
En el Hacedor divino : —

— ¿Porqué, di, con menosprecio,
De tanta fé, tal cariño,
Dejástenos ¡ay! ingrato,
En llanto y dolor sumidos?

Flor al fin, como las flores,
Pasaste en tan raudo giro,
Como el relámpago leve
En las noches del estío.

Pasaste, y en nuestras almas,
Eterno, indeleble, fijo,
Vivirá el triste recuerdo
Del dulce bien que perdimos.

¿Porqué el llorar de los ojos?
¿Porqué los hondos gemidos
Del corazon? por ventura
Algo al morir has perdido?

Estas lágrimas amargas
No son por tí, caro niño;
No es por tí por quien lloramos,
Es sobre nosotros mismos.

Que ahora tú, en el alto coro

De fúlgidos paraninfos,
Miras á tus piés al mundo
Con sus pompas y martirios.

Libre te ves, tú el dichoso
Allá en el seguro asilo,
De sus terribles pesares,
De sus placeres mentidos;

Libre de astucias y engaños
Y asechanzas y peligros,
De enemigos descubiertos
Y de traidores amigos.

De fementidos amores,
De lauros no merecidos,
Del mundo y de los humanos,
Y libre en fin de tí mismo!

Lloremos los que en la tierra
Al llanto y dolor vivimos;
Lloremos nuestros quebrantos,
Mas no por tí, caro niño;

Que ahora tú, en el alto coro
De fúlgidos paraninfos,
Cantas á Dios alabanzas
Allá en el Eden divino.

A UNA CONCHA.

Bendígate Dios, la niña,
La de la boca rosada,
Cuya sonrisa tan fina
Como el rubio sol al alba,
En la noche de las penas
Blanda amanece á las almas.
¿Qué son á esos dientecillos
Que en rojo cerco de grana
Puso el destino en tu boca,
Las ricas perlas de Arabia?

— Mares mil surcó revueltos,
Recorrió diversas playas
El que hoy en versos humildes
Tan pobre ofrenda te manda;
Mas nunca, ni allá del Norte
En las frígidas comarcas,
Ni en las dichosas riberas
Que el mar Atlántico baña,
Y dó de entrambos la cuna
Mecida por suertes vanas
Te dormiste tú al arrullo
De las aromosas auras
Mientras que el vate dormia
Al rugir de las borrascas;
Ninguna *concha* el destino,
Ya de artífices labrada,
Ya de la playa escondida
Entre las arenas blancas,
Jamás puso ante mis ojos
Que como tú atesorara
Tan límpidas perfecciones
En sus abismos de nácar.
Y, empero, tú, hermosa niña,
Con esa sonrisa franca,
¡Cuántos males ocasionas
A la pobre especie humana!
Porque si tierna sonríes,
Sonríe en tí la esperanza;
Mas si por suerte, medrosa
De tus riquezas avara,
De esos tus dientes de perlas
Los puros hilos recatas,
Entonces la limpia aurora,
En honda noche trocada,
En negros mares fluctúan
Llenas de angustias las almas.

— Por eso yo, hermosa niña,
La de la boca rosada,
Evito ver, temeroso,
Tu infantil sonrisa, franca,
Que es mejor no esperar nunca
Que perder una esperanza!

A UNA NIÑA.

Niña, la de hermosos ojos,
La de las tiernas miradas,
La de hechicera sonrisa,
La de las dulces palabras;
La que si rie enamora
Y enagena cuando habla;
La que es encanto y presea
De la paterna morada;
La que quieren cuantos miran
Y tiene un ara en mi alma —
¿Qué dichas ó qué tormentos
En esta mar encrespada
De la vida, en lo futuro
Incierto el hado te guarda?
¿Naciste de nobles pechos
A ser feliz soberana,
O de duelos y amarguras
A ser la víctima infausta?
¿Serás por ventura, niña,
Purgatorio de las almas,
Tan amada cuanto esquiva,
Tan hermosa como ingrata?
¡Quién sabe! — Allá guarda el cielo,

Del mortal siempre ignorada
La corriente tortüosa
De las fortunas humanas;
Pero yo, que soy testigo
De tu bellísima infancia,
Y que con amor y susto
Miro tus nacientes gracias,
Al cielo fervientes votos
Elevo, niña adorada,
Porque seas en tu vida,
Ya fuere corta, ya larga,
Para el mal, cual bronce duro,
Para el bien, cual cera blanda,
De los perversos, temida,
De los buenos, admirada,
Como los ángeles, bella,
Dulce, como la esperanza,
Como el rayo del sol, pura,
Y como la dicha, amada!

—¡Niña, la de hermosos ojos,
La de las tiernas miradas,
La de los labios purpúreos,
La de las dulces palabras,
Bendígate Dios! — y nunca
Permita que te halle el alma
Tan amada cuanto esquiva,
Tan hermosa como ingrata!

MEDITACION.

¡Noche callada, límpida, serena,
Cuán bella pasas á mis tristes ojos!
Mécese en el zenit la luna llena
Y dorados manojos
De estrellas rutilantes, en su lento
Grandioso movimiento
Por la bóveda azul, blando rocío
De luz desparcen sobre tierra y mares,
Los límites salvando, seculares,
Del nunca hollado campo del vacío.
¡Cuántos sucesos, ay! cuántas edades,
Cuántos claros renombres,
Virtudes y maldades
Y generosos y mezquinos hombres
Vuestros rayos castísimos miraron
Que efímeros pasaron
Y á sumirse volvieron
En el golfo sin fin de que salieron!
— Edades mil y mil generaciones
Contemplareis aún: altas virtudes,
Torpes vicios, volcánicas pasiones,
Flacos y levantados corazones........
¿Mas será vuestra luz la luz eterna
O bien en la superna
Region donde os contemplo suspendidas
Se apagarán tambien vuestros fulgores,
En los propios ardores
Como los otros fuegos consumidas?

— Escrito está que un dia
Atravesando la region vacía
Con indecible pompa
De miedo y de terror y de amargura,
En la tiniebla oscura
Se oirá de un ángel la estridente trompa.
Alta de Dios la omnipotente mano
Secará el occeáno,
Y llena hasta los bordes la medida
De cuanto á la existencia fué creado,
A átomos impalpables reducida
Esta masa de fango ensangrentado
Que tierra se llamó, caerá perdida
De la nada al abismo ilimitado.
Mas del libro en las páginas eternas
Leo tambien que vuestros dulces ojos
Se apagarán: — la mano crëadora
Del tiempo al resonar la última hora
Cerrará vuestros párpados amante
Cual cierra palpitante
De piadosa emocion, el triste anciano
Con temblorosa mano,
Los ojos de la vírgen sorprendida
Por la feroz guadaña de la muerte
En medio del tumulto de la vida!

La crëacion entera extremecida
A la voz de Jehováh, mas alta y fuerte
Que el tremendo rugido
Que lanza el ancho mar, embravecido
Só el rudo azote de huracan violento;
Del alto firmamento,
Poblando los abismos insondables
De la ignorada inmensidad vacía,
Oirá tronar en notas espantables
Que al fin llegó su postrimero dia!

Como, en vano, los ojos tras la huella
Ansiosos vagan de perdida estrella,
Rápida exhalacion, hija del rayo,
En tibia noche del florido mayo:
Como, en vano, se ofuscan
Cuando afanosos buscan
La levísima gota desprendida
De una trémula mano
En el vasto raudal del occeáno:
Colmada la medida
De los tiempos del mundo, el tiempo mismo
Se hundirá en el abismo
De la honda eternidad, madre terrible
Que el límite al pisar del crudo plazo
Ahogará á su hijo en un abrazo,
Dándole en sus entrañas tumba horrible!
¡De todo lo crëado

No quedará ni sombra ni memoria!
¡De tanto padecer, de tanta gloria,
De tanto mal temido ó bien ansiado,
Ni un eco repetido
Ha de quedar, ni un lúgubre gemido!

¿Cómo puede, Señor, el débil hombre
Al pensar de esos soles en la muerte,
Necio, llamarse fuerte,
Soñar, impío, eternizar su nombre?
¿Cómo en su corazon, lodo mezquino,
Rencores amasar, sentir pesares,
Divinizar efímeros amores,
Aherrojar á sus plantas el destino?
Millares de millares
De siglos pasarán, los resplandores
Antes que apagues tú, de esas lumbreras
Que son en las esferas
De tu gloria elocuentes narradores:
Y siglos mil antes del sumo dia,
Esta generacion que alienta ahora
Y se agita y combate en lucha impía
Sobre este espacio oscuro, limitado,
De lágrimas y crímenes forjado,
Verá llegar su postrimera hora!
Y, empero, ciega, estúpida, opresora,
Pugna por alcanzar en la ardua liza
El premio del valor ó el del talento!...
— ¡Ceguera miserable!
¡Tan infando rencor, tal ardimiento,
Por lo que es vil ceniza,
Vanidad, ilusion, polvo impalpable!

¡Cuántos nombres ilustres, afamados,
Y ánimos levantados,
Generosas pasiones,
Viles, desenfrenadas ambiciones,
Rodarán confundidas,
Indistintas moléculas, perdidas,
En la vasta grandeza
De la madre comun naturaleza!

— ¡Claros soles, inmensos reverberos,
Un dia moriréis!.... Y los humanos,
Criaturas fugaces de un minuto,
Se persiguen arteros
Como hambrientos milanos
Recogiendo en sus odios carniceros
Llanto por galardon, sangre por fruto!

¡Señor, señor! — ¡Cuando afligido pienso,
Cuando en callada soledad medito
Lo que suma el mortal mas encumbrado
Ante la inmensidad de lo crëado,
Me humillo á tu poder sumo, infinito!
— Atomo imperceptible en el inmenso
Piélago de los séres — ¿qué es el hombre?
— ¡Cuando mas un sonido, un soplo, un [nombre!

A LOS PIÉS DE S...

Cuando como una sílfide
Cruzas la alfombra,
Apenas si el pié leve
Sus hilos roza;
Pero en el alma
Halla un eco profundo
Cada pisada.

Son tus piés, niña hermosa,
Piés de gacela,
Que ni en la arena fina
Marcan su huella:
No ajan las flores,
Y desgarran, empero,
Los corazones.

Cuando te balanceas
Sobre sus puntas,
Te inclinas como el junco
De las lagunas;
Y envidia al aire
Da en blando movimiento
Tu lindo talle.

Y ni el aura salubre
De la mañana,
Ni el vespertino ambiente
Que en la abrasada,
Casi infinita,
Arena del desierto,
Vuelve á la vida;

Ni el cantar matutino
Que alza la alondra,
Ni el dulcísimo arrullo
De la paloma;
Ni entre las quijas
Al cruzar murmurando
La fuentecilla;

¡Ni el poder, la opulencia,
Ni el fausto y pompa,
Ni la voz de la Fama
Deslumbradora,
Gratos al alma
Son, como el rumorcillo
De tus pisadas!

—

LA BATALLA DE LEPANTO.

CANTO ÉPICO.

Ansiosos de alcanzar nobles laureles,

Ardiendo el corazon, el brazo listo,
Dan vista una mañana á los infieles
Los que pelean só el pendon de Cristo.
Cubren el mar los rápidos bajeles
De una y otra nacion : jamás fué visto
Armamento mayor que el que en Lepanto
Dió al númen de la guerra eterno canto.

Cual suelen dos bandadas de gaviotas
Cruzarse en su camino en medio al cielo,
Tal corren á embestirse entrambas flotas
Sobre la mar dormida en raudo vuelo;
Las filas ya para el combate rotas,
Solo escuchando el rencoroso anhelo,
A la par rebramando mil cañones
Conturban los mas fuertes corazones.

Al hórrido fragor las fieras ondas
Reluchan hácia atrás, despavoridas,
Abriendo en derredor mil simas hondas
Dó las naos descienden sumergidas :
Allá en su tumba helada Epaminóndas
Despierta, en las Thermópilas Leonidas,
Y doblan del cañon los sones huecos
De Salamina y Marathon los ecos.

Mas ya el rugido cóncavo no estalla
Y á par cual carniceros gavilanes,
En mas terrible y singular batalla
Los cristianos se ven y musulmanes.
No hay peto fuerte ni robusta malla
Al filo de los corvos yataganes,
Ni marlota ó turbante que soporte
De las espadas el tremendo corte.

Allí se ostenta el ínclito Colona
Digno del claro nombre de romano,
Y lidia, émulo á Marte y á Belona,
Veniero el almirante veneciano :
Alvaro de Bazan y el buen Cardona
El blason encarecen castellano,
Y Doria el genovés y Barbarigo
Son estrago y terror del enemigo.

Mas, ¿qué nombre citar junto á aquel nom-
Del príncipe español á quien fortuna [bre
Dió en aquel dia el inmortal renombre
De humillar á la Cruz la media-luna?
¡Niño en la faz, en el valor mas que hombre,
Digno en verdad de imperatoria cuna,
Fué en las azules ondas de Lepanto
Paladion de la fé — del turco espanto!

Allí donde mas cruda es la pelea,
El fulminante acero en sangre tinto,
Radiante como el sol la faz febea
Vese el gran sucesor de Cárlos Quinto;
La cabellera blonda al aire ondea
Que envidiara el pastor del Terebinto,
Y mira en él la hueste mahometana
Al ángel puro de la fé cristiana.

En torno de él mil ínclitos iberos
En fé profundos, en valor pujantes,
Al golpe de los fúlgidos aceros
Despedazan marlotas y turbantes;
Y en la lucha mortal, de los primeros,
De sí da clara muestra el gran Cervantes,
En quien, al darle vida, funda España
Su mas ilustre, su mayor hazaña!

Al ostentar en la feroz palestra
Del corazon el brio soberano,
La mano entera le llevó siniestra
Un impío arcabuz mahometano;
— Mas basta á tal varon la mano diestra
A hacer eterno el nombre castellano,
Y sobra á España su inmortal memoria
Para nunca envidiar agena gloria!

Otros muchos, en fin, allí lidiaron
Y á inauditas hazañas cima dieron,
Y á sus heróicas patrias conquistaron
Lauros que con su sangre allí crecieron :
Muchos, muriendo, el triunfo allí alcanzá-
Otros, menos felices, no murieron; [ron;
Mas guardará la historia en sus anales
Sus nombres y sus hechos inmortales!

¿Quién tan osado, que pintar presuma
Aquel sublime horror, siempre creciente?
El vapor de la sangre espesa bruma
Forma en torno á la turba combatiente;
Brota del mar enrojecida espuma
Cual si fuese de sangre un lago hirviente
É inmenso sube á la region vacía
Aterrador lamento de agonía!

No hay tregua ni perdon — crudos pelean
En los puentes, de sangre espesos ríos,
Y rotas las espadas, se golpean
Con los pomos informes : — los impíos
Aún fluctuando en las olas, forcejean
Con rencor implacable, y ya sin brios
Ronco grito de triunfo dan al viento
Y se hunden en el vórtice sangriento!

El ángel de la muerte, amedrentado
De su propio furor, trémulo ruge,
Y huyendo del conflicto, apresurado
Tiende las alas con violento empuje :
Párase un punto el viento conturbado,
Harto de sangre el mar tremendo muge,
Y el mismo sol abrevia su carrera
Su luz negando á lid tan carnicera.

Mas, rota ya del turco la pujanza,
Surca los mares en veloz huida
Y se pierde en remota lontananza
Parte de sus bajeles reducida.
El triunfo que soñó nuestra esperanza
Logrado, en fin, con voz enardecida,
Himno al Señor de gratitud resuena
Que el mar conturba y los espacios llena!

—

A ROMA.

Fecit indignatio versus.

Al rudo embate fiero,
Caiste, ¡oh madre Roma,
Del enemigo acero!
Y ya caliente asoma
Raudal de amargas lágrimas
Mis ojos á bañar.
Cayeron los valientes
Del muro defensores;
Triunfaron insolentes
Los crudos invasores,
Y oyóse un eco fúnebre
Del uno al otro mar.

¡Italia, bella Italia,
Tierra de Dios querida,
Los hijos de la Galia
Con furia maldecida
Vinieron, nuevos bárbaros,
Tus campos á talar!
Imbéciles tiranos,
¡Cuán triste es vuestra gloria!
¡Verdugos inhumanos
Os llamará la historia,
Y á los vencidos, mártires,
Y á Roma, sacro altar!

Guerreros que la Europa
Soldados libres llama,
Que en iracunda tropa,
Bandidos de la fama,
Fuisteis modernos vándalos
De Rómulo al confin:
Por colmo á los horrores
Mas crudos que la suerte
Cebad vuestros rencores
En los que hirió la muerte,
Y haced de sus cadáveres
Impúdico festin.

¿Juzgáis que á una batalla
La libertad sucumba?
Detrás de esa muralla
Que un falso honor derrumba,
El árbol crece altísimo
De gérmen inmortal!
Que al pié, de sangre hirviente,
Raudal que no se agota,
Rueda en feraz corriente,
Y cada noble gota
De sangre libre, truécase
En ancho manantial.

¿Qué pueden los tormentos,
Qué son vuestros cañones
Contra altos sentimientos
De nobles corazones?
¿Quién contra Dios sacrílego?
¿Quién necio contra Dios?
Sí; que del mismo Cielo
La libertad emana,
Y en el terrestre suelo
La ciencia soberana
Dióla al mortal benéfica
Cual su mas alto don!

Y en vano en torpe encono
Combátenla esos siervos;
Que Dios desde su trono
Confunde á los protervos,
Y el triunfo aquí es efímero
Del odio y la maldad!
¡Cesad en vuestros llantos,
Ilustres perseguidos!
¡Paz á los manes santos
De los ayer vencidos!
¡Cuánto la muerte es plácida
Por patria y libertad!

Satélites serviles
De sátrapas impuros,
Profanadores viles
De los eternos muros
Que á tumbas y basílicas
Osásteis fulminar:
Tornando de esa guerra,
Por premio á tal hazaña,
En vuestra propia tierra
Seréis estirpe estraña,
Marcada del estígmata
De un crímen tan sin par.

Y luego en las memorias
Dó el mundo, en sus anales,
Registra las historias
De siglos y mortales,
Tendréis una ancha página
De oprobio y de baldon!
Y vuestro nombre odiado
Será y escarnecido;
Por odio conservado,

Con odio repetido,
Será en futuras épocas
Del mundo indignacion!

Madrid, julio 15 de 1849.

EN EL DIA 2 DE FEBRERO DE 1852.

CON MOTIVO DE HABER PERDONADO AL DESGRACIADO MERINO, LA REINA ISABEL (1).

Cuando la ruin pasion de la venganza
Es ley comun del hombre;
Cuando piedad y amor, fé y esperanza
Son solo un vano nombre;

Cuando el ente mas vil, por leve ofensa
Que el ciego orgullo mide,
Reparacion injusta cuanto inmensa
De honor ó sangre pide;

Cuando en nombre de paz y de justicia,
Tribunos ó tiranos,
Dan á su vil poder larga primicia
De mártires cristianos;

Cuando es la libertad gérmen funesto
De crímenes infaustos;
Cuando es la santa religion pretesto
De impuros holocaustos;

Tú, jóven, reina, ilustre, poderosa,
Feliz, idolatrada,
Viste en medio á tu corte esplendorosa
Tu vida amenazada.

La púrpura real no firme escudo
Fué al puñal asesino;
La sangre juvenil al golpe rudo
Regó el real camino.

Y el acento primero de tu labio,
Voz del rasgado seno,
Olvido fué del personal agravio,
De ruin venganza ageno.

Perdon fué de aquel mísero estraviado
Por túrbidas pasiones;
Eterno ejemplo de ánimo elevado
A reyes y naciones!

(1) El Gobierno de entonces dejó á la ley seguir su curso, poniendo así importunas trabas á la generosa inspiracion de la jóven reina, y desatendiendo la mas noble prerogativa de la corona — el perdon de la vida.

Así del negro Gólgota en la cumbre
El Salvador un dia,
De amor ejemplo y paz y mansedumbre
Fué al hombre en su agonía!

¡Oh! que á mi débil voz enronquecida
Por la emocion ardiente,
Lícito sea alzar enardecida
Un cántico ferviente!

¡Gloria á Isabel! — Tu accion en nuestra historia
Lugar ya te asegura;
Amor de la presente y alta gloria
Será en la edad futura!

Cumpliste tu deber, noble señora,
De reina y de cristiana,
Y eres por ello el ídolo que adora
La fiel Nacion hispana!

De magnánima y tierna y compasiva
Uniendo los renombres,
Culto será tu fama siempre viva
A los futuros hombres!

Febrero 8 de 1852.

EN EL ENTIERRO
DEL GENERAL CASTAÑOS,

DUQUE DE BAILEN.

¿A qué la regia pompa y el rebato
Del cañon que retumba?
— Con mas respeto y menos aparato
Abriera yo esa tumba —

Cuando pasó su larga y noble vida
Sumido en la pobreza —
¿A qué esa ostentacion, farsa mentida
De póstuma grandeza?

No cuadra, no, cuando padece el alma
Ese recio tumulto:
Apetece el dolor silencio y calma,
El ruido es un insulto.

Piérdese en la confusa vocería
De turba atronadora,
La ofrenda mas veraz, severa y pía
Del amigo que llora —

En silencio acompaña, pueblo ibero,
Al venerable anciano;
Al que ser supo indómito guerrero
Y probo ciudadano.

Deja el triunfo teatral y los cañones
A tus héroes mentidos;
Cuadran mas á los ínclitos varones
El llanto y los gemidos.

No es digna ofrenda, no, de tal guerrero
Ese insolente fausto —
El llanto y el amor de un pueblo entero
Son mas digno holocausto.

¿Queréis empañar hoy con la riqueza
El brillo de su gloria?
— Vale á mis ojos mas por su pobreza
Que por su gran victoria!

—

VERSOS

ESCRITOS EN LOS BAÑOS DE CESTONA, PROVINCIAS VASCONGADAS.

A MIS AMIGAS DE MADRID, EN 1856.

Desde estas nobles montañas
Que nunca holló el pié de un moro,
Dó á la traicion falta el oro,
Mas sobra el hierro al valor;
Salud y paz os envia
Quien en su busca aquí viene
Y en la ausencia se previene
Presto á otra ausencia mayor.

Dura ausencia, inevitable,
Del dedo de Dios escrita,
El tiempo se precipita
Y el término va á llegar!
Juzgad lo que el alma siente
A esta imprevista mudanza —
¡Deja su amor y esperanza
De aquesta parte del mar!

Presto la ingrata adorada,
Que es alma del alma mia,
Dará al olvido hasta el dia
En que la dije mi amor;
Y de otro esposa, en sus brazos
Anegada en el contento,
No dará ni un pensamiento
Al que vive en el dolor!

Desde el solitario lecho
Oigo en blando murmurio
Pasar mansamente el rio
En su camino á la mar;
Ley dulce á par que invencible
Le arrastra hácia el occeano —
¡Tampoco así del humano
Puede el destino cambiar!

¿Qué importa que forcejée
La voluntad contra el sino?
¡Señalado está el camino
Que debe el mortal seguir!
¿Véis como el rio empujando
Va hácia la mar su corriente?
Es que al blando impulso siente
Que en el mar debe morir.

En tanto, de estas montañas,
Que nunca holló el pié de un moro,
Dó á la traicion falta el oro,
Mas sobra el hierro al valor;
Salud y paz os envia
Quien ni paz ni salud tiene,
Y en la ausencia se previene
Presto á otra ausencia mayor.

—

A UNA MARIPOSA.

A M.....

Pintada mariposa
Que, nacida en la gaya primavera,
Aún volabas ha poco en la pradera,
Émula del clavel y de la rosa —
¿Qué mano te detuvo en tu carrera?

Nacida con las flores,
Era morir con ellas tu destino.
Pues vives de perfumes y colores —
¿El poder que se opuso á tu camino
Pensó acaso librarte de dolores?

¿Debo llorar tu muerte
Cuando el amor engalanó tu vida?
— Una mano querida
Te arrancó á las injurias de la suerte
De su piedad angélica movida.

Mil veces tú, dichosa,
Que moriste en tu fuerza y hermosura,
Circundada de olores y verdura;
De la vejez cansada y afanosa,
Evitando el dolor y la amargura.

¡Quién como tú, viviera
Un instante no mas tan dulce vida!
¡Quién como tú muriera
Gozando antes cumplida
La dicha del amor apetecida!

¡Oh! — ¡cuán terrible carga
La carga del vivir, cuando las flores
De amor, pierden su aroma y sus colores,
Y los instantes de la vida amarga
Son siglos de fatiga y de dolores!

¿Qué á mí el rencor de la fortuna impía
Si feliz poseyera un solo dia
El corazon de mi adorada hermosa?
¡Un dia, una hora sola venturosa
Valen eternidades de agonía!

—

A UNA MADRE.

CON MOTIVO DE LA MUERTE DE UNA DE DOS HIJAS QUE TENIA.

Tenia su existencia en dos partida,
Y un tiempo ¡ay triste! en los amantes brazos
Ceñia al corazon los dos pedazos
En que la suerte dividió su vida.

Hoy de funesto golpe el alma herida,
Roto el uno de aquellos tiernos lazos,
Estrecha al otro en trémulos abrazos,
Mísera madre en el dolor sumida!

No esperéis que haya fin la honda amargura
En que fluctúa la infeliz, ni el llanto
Que empaña de su rostro la dulzura —

¿Queréis que cese su mortal quebranto?
— ¡Haced brotar de aquella sepultura,
Viva, la tierna flor que fué su encanto!

—

EL CINCO DE MAYO.

(DE ALEJANDRO MANZONI.)

EN LA MUERTE DE NAPOLEON.

Pasó.... cual frio, exánime,
Dando el postrer suspiro,
Quedó el despojo inmémore
Ya sin vital respiro,
Así la tierra atónita,
Al triste anuncio está:
Muda, pensando en la última
Hora fatal del hombre,
Ni sabe si otra rápida
Planta, que tanto asombre,
Vendrá su polvo cárdeno
Segunda vez á hollar.

En fulgurante cúspide
Miréle enaltecido;
Cuando como un relámpago
Cayó, se alzó temido
Y sucumbió, al unánime
Grito mi voz negué:
Vírgen de abyectos víctores
Y de cobarde afrenta,
Ora que el astro apágase
Mi númen se presenta,
Y alza á la tumba un cántico
Que vivirá tal vez.

Del Alpe á las pirámides,
Del Manzanare al Rino,
Al són de su estentórea
Voz se humilló el destino;
Tronó de Scila al Tánais,
Del uno al otro mar.
¿Fué pura gloria? Déjese
Que el porvenir decida....
Callemos ante el Máximo
Sér, que en aquella vida
Quiso de su almo espíritu
Sello mayor grabar.

El proceloso anhélito
Que un gran designio inspira,
La ansia de un pecho indómito
Que al mando sumo aspira,
Lo alcanza y logra un término
Que no debió soñar.
Tal lo probó! — la gloria
Mayor que vió el humano;
La fuga y la victoria,
Proscrito y soberano,
Dos voces en el piélago
Y dos sobre el altar.

Dijo su nombre — Trémulos,
Uno contra otro armado,
Ante él dos siglos póstranse
Como á la voz del hado:
Gritó ¡silencio! y árbitro
Sentóse entre los dos.
Cayó, y su vida en la árida
Isla, pasó infecunda,
Blanco de inmensa lástima
Y de amistad profunda,
De odio implacable, acérrimo
É inestinguible amor.

Cual sobre el triste náufrago
Se estrella la onda impia,
Onda que ha poco al mísero
Hinchada sostenia
Cuando los patrios márgenes
Ansiaba columbrar!

Tal en su alma el cúmulo
Pesó de las memorias.......
¡Oh! — ¡cuántas veces, férvido
Al referir sus glorias,
Borró su mano gélida
La página inmortal!

¡Cuántas de un dia, al lúgubre
Morir, de enojos lleno,
Bajo el mirar fulmíneo,
Los brazos sobre el seno,
Pensó en sus dias plácidos
Con hondo padecer:
Y recordó las móviles
Tiendas y los bridones,
El lampo de las águilas,
Las ínclitas legiones,
El prepotente imperio
Y el raudo obedecer!

A males ¡ay! tan ímprobos
Desfalleció su aliento;
Mas una mano fúlgida
Bajó del firmamento
Y á mas serena atmósfera
Piadosa le llevó.
Y le guió á la límpida
Region de la esperanza,
A las azules bóvedas
De eterna bienandanza,
Donde es silencio fúnebre
La gloria que pasó.

¡Bella, inmortal, benéfica
Fé, triunfadora y viva,
Venciste al fin! ¡Alégrate!
Que frente mas altiva
Al deshonor del Gólgota
Jamás se doblegó!
Tú del cadáver la invida
Acusacion separa;
El Dios que aterra al pérfido
Y al inocente ampara,
Sobre el funéreo túmulo
Las manos estendió!

—

EL RAMO DE PENSAMIENTOS.

A MI MADRE.

Dichosas flores que en el tierno seno
De mi madre adorada
Un dia posaréis, de dicha ageno
Mi pobre corazon y desgarrada
El alma de agudísimos pesares
Al través de los mares
Os siguen...... Id en paz, dichosas flores,
Y á mi madre decid que duro el cielo,
Al pobre desterrado
Dejó solo el consuelo
De cantar sus dolores,
Y el recuerdo crüel de sus amores!

¡Ay de mí! que las dichas fueron breves
Y dejaron al alma
Solo el recuerdo de la antigua calma:
Los goces fueron leves
Y en pós de sí dejaron
Al par de las tristísimas memorias
De las pasadas glorias,
Tormentos mil que el alma desgarraron!

¡Ay infeliz del que cual yo se mira
En estrangera playa,
Y por su patria y por su amor suspira!
De azul inmaculado
Toda se viste la celeste esfera;
El rico manto alegre primavera
De flores tachonado
Sobre los montes tiende y sobre el prado;
Desparcen los alados cefirillos
Voluptüoso aroma,
Y cuando el sol la rubia frente asoma
Saliendo de la mar, los pajarillos
En armonioso coro,
Su gratitud demuestran y alegría
Al monarca feliz del claro dia......
Mas en su amargo lloro
El huérfano prosigue
Sin encontrar quien su dolor mitigue.

La luz del sol, de la campiña amena
La olorosa verdura,
El puro azul del cielo,
El blando murmurar del arroyuelo,
Del céfiro apacible la frescura,
El canto de las aves armonioso,
No son para el que yace en la amargura;
Son para el que es dichoso....
Para el desventurado
No alumbra el sol ni hay en el campo flores—
Solo acerbos dolores
Crudo le ofrece el hado;
Duras espinas el ingrato suelo,
Tinieblas oscurísimas al cielo!

Cuando lleguen, oh madre! á tí esas flores
Que hoy ostentan ufanas
Sus vívidos colores,
Su balsámico olor, su lozanía,
Emblema verdadero

Serán ¡ay me! de la tristeza mia.
Entonce, en vez del reluciente esmalte
De oro y púrpura y grana
Que sus verdes corolas engalana,
¡Ay! deshojadas, mustias,
El retrato serán de mis angustias!

Recíbelas, ¡oh madre! un dulce beso
Del amoroso labio deposita
Sobre su faz marchita;
Que si destas mis penas el esceso
Presto no me liberta de la carga
Insoportable de mi vida amarga,
Tal vez sobre tu seno
Posando un dia, de dolor ageno,
Mi frente juvenil, encanecida
Por el mortal quebranto,
A par de tierno llanto,
Aún corra para mí dulce la vida!

A EUGENIA DE GUZMAN,

Emperatriz de los Franceses.

Era una flor, la prez de la comarca
Que riega con sus ondas el Genil,
Y en cuanto alumbra el sol y el mundo [abarca,
Ninguna mas gentil.

Al crearla el Señor, sobre su frente
Sus mas ricos tesoros derramó;
Poder, cuna, beldad preclara mente
Y noble alma le dió.

Y en su patria feliz era admirada
Por mas de un esforzado corazon;
Mas teníala el cielo reservada
A mas alto varon!

Y llevóla el Señor á otra comarca
Aunque estrangera, de la propia fé,
Porque era joya digna de un monarca,
Y de un monarca fué.

Y en este siglo en cuya negra historia
El egoismo impera y el error,
Dióla el cielo alcanzar la mayor gloria, —
— La gloria del amor!

¡Oh! — Que mi amiga voz, enronquecida
En tan rudo y estéril batallar,
Por las paternas auras conducida
Pueda hasta tí llegar!

Muestra á esa gran nacion que si belleza
Te dió entre ella un asiento sin rival,
Igual es, no mayor, que tu nobleza
La púrpura imperial!

Reina, te admiren pueblos y naciones
Por tu espíritu sabio y varonil,
Como un tiempo reinó en los corazones
La rosa del Genil.

No pronuncien jamás tus rojos labios
Sino acentos de amor y de perdon;
Membrar no debe ni vengar agravios
Un regio corazon!

Que como el cielo dió á los soberanos
Gloria mayor, mas ínclito poder,
En virtudes y ejemplos sobrehumanos
Mayores deben ser!

Huyan adulacion, envidia, encono,
De un pecho en donde reina la verdad,
Y escudo sean de tu escelso trono,
¡Justicia! — ¡Libertad!

A UN AMIGO.

No estrañes, no, que el velo de amargura,
Perpetua nube en mi infeliz semblante,
Tambien nuble el cantar que fué un instante
Émulo al ruiseñor en la espesura.

El tiempo fué de angélica ternura
Cuando hasta de una flor era yo amante,
Y vislumbraba, el seno palpitante,
Diáfanos horizontes de ventura.

Si quieres que en mi vida atribulada,
Náufraga hoy en el mar de la agonía,
La calma torne de la edad pasada

Y el sol de la esperanza y la alegría, —
¡Vuélveme aquella juventud dorada!
¡Vuélveme aquel amor del alma mia!

EN LA MUERTE DE UNA NIÑA.

Era en verde rosal leve capullo
Cuyo virgíneo cáliz, entreabierto
Desparcia su aroma en el desierto
Donde reina el dolor;
Y al blando soplo del materno arrullo
Crecia y su belleza se formaba,
Y el viandante, al mirarlo, así esclamaba:
¡Bella será esa flor!

Mas tendió el aquilon sus negras alas
Y al rosal envidiando su diadema
Tronchó impío el capullo, blando emblema
Del ángel del amor;
Y descendió de las eternas salas
Un arcángel de luz en raudo vuelo,
Y el capullo cogió, caido al suelo
Aún antes de ser flor!

Rigió de nuevo el conductor divino
Su almo corcel de voladoras nubes,
A la region que habitan los querubes,
Dó eterno es el amor;
Lejos dejando en su veloz camino
En breve el triste reino del quebranto,
Que paran poco en la mansion del llanto
El ángel y la flor!

—

SONETO A ITALIA.

DE VICENTE FILICAJA.

¡Italia, Italia! ¡oh tú! á quien dió la suerte
Funesto don de espléndida hermosura,
Dote infeliz de tanta desventura
Que en miseria y baldon tu faz convierte!

¡Fueras! ay! menos bella ó muy mas fuerte,
Porque menos amada tu dulzura
O mas temida fuese tu bravura
Del crüel cuyo amor te da la muerte!

¡Que del Alpe en torrente desbocado
Al Pó, ya tinta en sangre su corriente,
No viera yo bajar hueste invasora:

Ni á tí, el contrario acero á tu costado,
Con el brazo lidiar de estraña gente,
Siempre á servir, vencida ó vencedora!

—

MADRIGAL ITALIANO.

ANONIMO.

Lo pasado no existe — en lontananza
Lo pinta la memoria:
Tampoco lo futuro — la esperanza
Traza falaz su historia.
Cierto es solo el presente — y en un lampo
Cae de la nada en el revuelto campo.
— ¡La vida es, en conjunto,
Una memoria — una esperanza — un punto!

—

LA MITAD DE LA VIDA.

A M....

My days are in the yellow leaf,
The flowers and fruits of love are gone;
The worm, the canker and the grief
Are mine alone.

BYRON, *Missolonghi*, 1824.

Bella, olorosa, espléndida se mece
La flor de los pensiles soberana,
Y la rosada faz amante ofrece
Al céfiro gentil de la mañana;
El sol sobre su cáliz resplandece
En cambiantes de luz y de oro y grana,
Y la fragante flor envanecida
Bebe á mares el fuego de la vida.

Y en él se embriaga y á su ardor creciente
Sus tesoros mas castos abandona,
Sin ver la triste que la fiebre ardiente,
Que con lazos de fuego la aprisiona,
Agostará muy presto su fulgente
De pétalos sin fin regia corona,
Y que en breve marchita, deshojada,
No alcanzará tal vez ni una mirada.

¡Así la juventud! — Tascando el freno
Que la austera razon dió á los humanos,
El fuerte corazon de susto ageno,
Empuña alegre con entrambas manos
La copa del vivir — letal veneno
Tal vez apura, y suponiendo vanos
Los peligros y azares de este mundo,
Se lanza sin temor al mar profundo.

¡Ay! ¡Cuánto de temor y de fatiga,
Cuánto de padecer crudo y punzante,
Cuánto engañoso bien guarda enemiga
Fortuna, al inesperto navegante!
En vano implorará por mano amiga
Cuando en medio al abismo rebramante,
Cansado y solo y náufrago se mire,
Y por el patrio hogar tarde suspire!

¡Tal mi destino fué! — ¡Cuán orgulloso
Entré á lidiar en la mundana arena!
¡Cuánto en mí confiaba presuntuoso!
¡Cuánto ¡ay! iluso, en la virtud agena!
Y ardiendo el alma en fuego generoso
Que aún ahora la inflama y enagena,
Inerme se lanzó cuanto atrevida
Al revuelto palenque de la vida!

Oh! cuánta esplendidez, cuánta hermosura
En aquellas primeras emociones!

¡Cuánto amigo leal y cuánta pura
Muger, cuántos altivos corazones!
Mas disipada la tiniebla oscura—
¿Qué miré en derredor?—Negras traiciones,
Bajas envidias, interés mezquino,
Agitarse en confuso torbellino.

¡Cuánta deidad del pedestal que un dia
Le erigió mi ilusion, rodó hasta el suelo!
¡Cuánto hediondo esqueleto se encubria
Bajo un hermoso y transparente velo!
Trocóse mi placer en agonía,
Mi confianza en tímido recelo,
Y en mi camino en vez de dicha y flores
Espinas solo hallé, luto y dolores!

Un bien, tan solo un bien, en lo profundo
Del corazon conserva el alma mia,
Fragante flor que el ábrego iracundo
Dejó en su esplendidez y lozanía:
Angel perdido en este mar del mundo,
Entre tanto pesar dulce alegría,
Tabla que coge con incierta mano
El náufrago allá en medio al occeano.

Imágen casta y pura, blando ensueño,
De mas dichosa edad tierna memoria,
Unico bien que respetara el ceño
Del destino envidioso de mi gloria:
Vergel olorosísimo y risueño
Que en el desnudo campo de mi historia
Brinda al alma en confusa lontananza
Un recuerdo de amor, una esperanza!

Y fijos ambos los cansados ojos
En su lozana y perennal verdura
Doy acaso al olvido los enojos
De tanto padecer, tanta amargura;
Y acaso al contemplarlo allá entre abrojos
Ostentando tan célica hermosura,
En el incierto porvenir confío
Y al través de mis lágrimas sonrío.

Mas ¡ay! que nuevo Tántalo en la tierra
Miro brotar la fuente cristalina,
Y al quererla tocar cruda me cierra
El paso una muralla diamantina.
Como el viandante que en helada sierra
De estrangera region, solo camina,
Y sorprendido allí de noche oscura
Errando va, el mezquino, á la ventura:

Tal yo por el sendero de la vida,
Privado de su luz pura y radiante,
La antes soberbia frente, ora abatida,
Errando voy con paso vacilante:
Y en vano intenta el ánima afligida
Hallar dentro de sí fuerza bastante
A tan tremenda lucha, y desespera,
Y cae mortal en medio á la carrera.

Así tal vez sediento peregrino
De Sahara en el piélago arenoso
A la mitad del áspero camino
Desfallece y se postra silencioso:
Y en vano en coruscante torbellino
Se alza el *Simún* rugiente y polvoroso,
El de su fiel bridon se tiende al lado
Y aguarda allí la muerte resignado.

Del tiempo que pasó la remembranza
Me abruma — me desgarra lo presente,
Y el porvenir oscuro en lontananza
Hiela mi corazon — turba mi mente.
¿Qué mucho que sin fé, sin esperanza
Hunda en el polvo la abatida frente?
¿Qué mucho, en fin, que en nada ya confie
Y la paz del sepulcro solo ansíe?

Perdon ¡oh madre! si á tan ardua lucha
Se rinde el corazon enflaquecido,
Pocas mis fuerzas son y la ira mucha
Con que me acosa el hado enfurecido:
Si favor pido al mundo no me escucha—
¿Y qué le importa al mundo un afligido?
¿No es cierto, madre, que á tamaño duelo
Solo se encuentra alivio allá en el cielo?

Mas ¿dónde está tu fé, vil criatura?
Cobarde corazon — ¿dónde tu brio?
¿Porque te cerque un poco de amargura
Desesperas del sumo poderío?
¿Por una hora no mas de desventura
Osaste blasfemar, mortal impío?
¡Orgulloso reptil, gusano inmundo
Es el que se soñó señor del mundo!

Débil, quiere subir á la alta cumbre
De la inmortalidad, pese al destino;
Ciego, ansía mirar la eterna lumbre
Que constituye el sér del Sér divino:
Esclavo, osa negar su servidumbre,
Y en su insensato y loco desatino
Quiere que todo un Dios desde su esfera
Le siga siempre en su fugaz carrera.

Vuelve en tí, vuelve en tí, númen caido,
Baja, mezquino Dios, desde tu altura —
— ¿Qué eres, en suma?—Un átomo perdido
Del mundo en la vastísima estructura.
Porque alumbre un destello oscurecido
De la lumbre eternal, tu noche oscura,
¿Te juzgas ya de ciencia un hondo abismo
Cuando te desconoces á tí mismo?

Vuelve en tí, vuelve en tí, lucha esforzado,
Y aunque amenace el porvenir oscuro,
Al creciente rencor opon del hado
De tu fé santa el diamantino muro.
En vano el aquilon conturbe airado
Cuanto ves en redor. — Firme y seguro
Sigue tu marcha sin temer su embate,
Que es mayor prez la del mayor combate.

— ¡Fé de mi corazon, luz de mi mente,
Unico amor de mi cansada vida,
Angel á cuya faz resplandeciente
Renace mi esperanza ya perdida;
Alejad de mi labio esta inclemente
Copa de hiel y de pesar henchida,
Y del mísero al ruego que os implora
De un dia mas feliz luzca la aurora!

16 de marzo de 1849.

¡TUYO ES MI CORAZON, DULCE AMOR MIO!

A M....

¿Cómo habré de decirte que te adoro,
Ya en la mitad de mi azarosa vida,
Purísima azucena, desprendida
Del eterno pensil del sumo coro?
¿Cómo, mezclar mi lloro
A tu risa infantil, dulce amor mio,
Ni entrelazar el abrasado estío
Con la verde, florida primavera?
— No se une en la pradera
La tímida viola
Al espinoso cardo—nunca amiga
De la punzante ortiga
Fué la roja y espléndida amapola....
Y, empero, el corazon salta á tu vista
Y se lanza hacia tí, como el acero
Vuela en pós del iman, cual leve arista
Que arranca en su camino
El hálito voraz del torbellino!
Truena en la mente en vano el grito austero
De la razon : la sangre no lo escucha,
Y en la tremenda lucha,
Un grito inmenso, aterrador, postrero,
Exhala el alma al espirar su brio :
« *¡ Tuyo es mi corazon, dulce amor mio !* »

A CRISTOBAL COLON.

CANTO ÉPICO.

Blanca paviota, osada aventurera,
Que en ola azul al céfiro mecida,
La dulce deja atrás, patria ribera,
Por la inconstante mar desconocida,
Y acaso en la mitad de su carrera
Por desecha borrasca sorprendida
Al primer rayo que hórrido retumba
Halla en medio del mar líquida tumba :

Tal del inmenso piélago salado
En medio al rebramante remolino,
Brevísimo bajel va denodado
Por dó ningun mortal halló camino;
Y así como divide el viento airado
Fugaz un fuerte pájaro marino,
No corta el mar, sino en sus ondas vuela
Veloz la empavesada carabela.

De pié un varon sobre el movible puente
Se mira en ademan meditabundo :
¿Qué pensamiento audaz traza en su frente
Ese surco de arrugas tan profundo?
Débil mortal, en su ambiciosa mente
Como si fuera un Dios sueña otro mundo,
Y aquel su sueño á realizar, gigante,
Osado busca el fin del mar de Atlante!

¿Quién es el noble espíritu alentado?
— Colon, el genovés esclarecido;
Aquel que el mundo aclamará asombrado
Por el mayor de cuantos han vivido :
El, de un siglo ignorante calumniado,
De contraria fortuna perseguido,
Ora al través de las bramantes olas
Conduce las enseñas españolas.

Por él la Europa entera fué testigo
De á dó pueden llegar en sér humano
El infortunio y el saber : amigo
Un suelo no encontró ni amiga mano
En su ímprobo penar : como un mendigo
Holló el confin inglés y el lusitano,
¡Y al ofrecerles su inmortal presente,
Iluso le llamaron y demente!

Doblado só la inmensa pesadumbre
De un pensamiento colosal, inclina
Aquella noble frente que la lumbre
Del genio con sus rayos ilumina :
Al través de la ignara muchedumbre
Solo con su valor, recto camina,
Y ni el peligro el pié veloz retarda,
Ni el sarcasmo del vulgo le acobarda.

Con fé tan pura en anteriores dias,
Cuando á vencer al tártaro profundo
Murió sobre una cruz el rey Mesías,
Sumo holocausto al universo mundo;
Sobre naciones cultas y bravías
Desde la cima del collado inmundo,
Los apóstoles fuertes se lanzaron
Y su inmortal doctrina predicaron.

— En tanto el inspirado peregrino,
Cuyo valor ningun peligro aterra,
Va recorriendo en áspero camino
Los mas grandes imperios de la tierra:
Ya en Portugal, al reino mas vecino,
Aunque agitado de intestina guerra,
Como un viandante se dirige, oscuro,
Con firme corazon y pié seguro.

Que ciñen de Castilla la corona
Dos héroes que la luz de Dios inflama;
El moro por invictos los pregona,
El mundo por heróicos los aclama:
Sus altos hechos de una en otra zona
Publican las cien lenguas de la fama,
Y el católico mundo ama y venera
Su triunfante, católica bandera.

Mas la cárdena envidia le combate
Allí tambien, y la ignorancia fiera;
Y á la fatiga del mortal embate
En la dura, asperísima carrera,
El fuerte corazon duda y se abate
Y acaso ya del triunfo desespera;
Cuando del alto solio castellano
Tendió Isabel su prepotente mano.

¡Isabel! Isabel! — Nombre querido,
Princesa digna de inmortal memoria,
Timbre español el mas enaltecido,
Claro blason de nuestra patria historia!
De cuantas glorias en el mundo han sido
¿Cuál mas pura y mas santa que tu gloria?
¿Qué reina de sus pueblos mas amada?
¿Qué fama de los siglos tan alzada?

Ella tendió su mano al estrangero,
Acorrió al capitan menesteroso,
Y al resonar suavísimo y severo
En el mundo su acento poderoso,
Brío infundió al cobarde caballero,
Largueza al traficante codicioso,
Calló la envidia y de su vil jactancia
Se avergonzó la estúpida ignorancia.

Muy pobre de tesoros mundanales,
Si tan rica en virtudes y laureles,
Sus vestiduras despojó, réales,
De preciados adornos y joyeles:
Abrió á Colon sus puertos y arsenales,
Y armas y oro, y marinos y bajeles,
Y aún mas le dió que su poder alcanza,
Pues que le devolvió fé y esperanza!

Y el viajero partió de gozo lleno
Dejando atrás sus adoptivos lares,
De amargas dudas y temor ageno,
Anhelando surcar ignotos mares:
Mas, ¡cuánto sinsabor, cuánto veneno,
Y fatigas y túrbidos azares
Reservaba maléfico el destino
Al intrépido nauta en su camino!

Serena está la mar. — Blandas flamean
Al dulce soplo de espirante brisa
Las lonas, y los astros centellean
Sobre las olas de la mar sumisa:
Las naos suavemente se menean,
Su marcha prosiguiendo ya indecisa,
Cuando, de estrago présagos y horrores,
Llegan hasta Colon roncos clamores.

El rumbo á proseguir que mira incierto
Se resiste la chusma amotinada,
Volver ansiando al conocido puerto,
Al seno dulce de la patria amada:
Dudoso el triunfo, y el peligro cierto,
A la razon apela de la espada,
Y ya en abierta rebelion, vocea
Con amenazas de mortal pelea.

Que en el piélago azul, inmensurable,
Donde vogando van dia tras dia,
A cada nuevo sol, una, inmutable,
Ven ante sí la inmensidad vacía!
Y en vano sopla el viento favorable
Sobre el dormido mar; que á la agonía
Poco son, de temores impacientes,
Viento feliz ni plácidas corrientes.

Impávido Colon, con faz serena,
Cercado de la turba enfurecida,
Alza la fuerte voz de imperio llena
Que á los mas furibundos intimida:
A este persuade amigo, á aquel refrena,
Y á todos por igual sabio convida
A prolongar un tanto su esperanza,
Ofreciéndoles pronta bienandanza.

Mas de nuevo se oyó sordo ruido,
No ya de los soldados turbulentos,
Sino el confuso, atronador rugido
De recios mares y encontrados vientos:
Truena del rayo el lúgubre estampido,
Braman los desbocados elementos,
Y encubre en derredor tiniebla oscura
Los cielos y la líquida llanura.

Arrojan los iberos temerosos
Las inútiles armas homicidas,
Y á la maniobra acuden presurosos,
Unica salvacion de tantas vidas.
Mas los mástiles ceden ponderosos,
Quebrántanse las jarcias sacudidas,
Y ofrece por dó quier la cruda suerte
Lenta, espantosa, inevitable muerte.

Sepáranse las ondas espumantes,
Y al báratro descienden sumergidos;
Ya del cielo se ven menos distantes
Sobre diáfanos montes suspendidos:
Roncos rugen los truenos rebramantes
Entre lampos de sangre enrojecidos,
Y ayes de horror y gritos de amargura
Redoblan el conflicto y la pavura.

Mas de pronto, en sus iras fatigada,
Calla la ronca voz de la tormenta,
Y de la gente ibera acongojada
El desmayado corazon alienta:
La opaca lobreguez ya disipada,
De nuevo el cielo azul la faz ostenta,
Y ya en Oriente el mar y el cielo dora
Entre nubes de púrpura la aurora.

Y ven allá dó el horizonte cierra
Densas fajas de niebla blanquecina
Cual suelen elevarse de alta sierra
A la ribera de la mar vecina:
Y al alegre clamor de *Tierra! Tierra!*
La aguda prora en rumbo ya encamina
El sabio timonel, de gozo henchido,
En derechura al puerto apetecido.

Y entre víctores altos de alegría
Como al punto navegan mas cercanos,
Cernerse ven en la region vacía
Pardos picos de montes soberanos;
Y á la fulgente luz del rey del dia,
Como brotó de las eternas manos
La crëacion, del mar en pompa gaya,
Con lenta majestad surge la playa!

Y árboles mil de espléndida verdura
En espesa, amenísima enramada,
Ante la cual son árida tristura
Los cármenes felices de Granada.
Y cerca una feraz, amplia llanura
Por lejano horizonte limitada,
Dó compiten las yerbas y las flores
En color y balsámicos olores.

Y entre el ramage de la selva umbría
Semivelada aún de pardas brumas,
Y en el valle feliz que alumbra el dia,
Y del mar en las cándidas espumas,
Pueblan el aire en múltiple armonía
Canoras aves de variadas plumas
Dó juntas brillan la amarilla gualda,
La púrpura, el zafiro y la esmeralda.

Y á dar vida á los mágicos vergeles
Que el Atlántico mar sumiso baña,
Entre rosas y mirtos y claveles,
Los fuertes hijos de la heróica España,
Ven brutos mil de tachonadas pieles,
De grandor desigual y forma estraña,
Leves triscando en la florida alfombra,
O de un árbol tendidos á la sombra.

Mientras del márgen en la blanca arena
El húmedo dejando, caro asilo,
Con paso semejante al de la hiena
Resbala el verdinegro cocodrilo:
Y el cielo, el mar, y la campiña amena
Dó alienta solo el céfiro tranquilo,
En silencio dormitan y bonanza,
Plácidos cual la luz de la esperanza.

Mas súbito lanzó la hispana gente
Grito de admiracion: — apresurados
Se encaminan del mar á la vertiente
Espesos grupos de indios colorados:
Varones y mugeres igualmente
De prolijos cabellos adornados,
De recios miembros y de rostros crudos,
Altos, fuertes, esbeltos y desnudos.

Prosiguen los iberos bordëando
En sus frágiles vasos por la costa:
Puerto seguro á su valor buscando,
Por no arriesgar lo hallado á tanta costa:
Y al fin entre mil riesgos, enfilando
Tortüosa vereda cuanto angosta,
Hallan ledo remanso de agua pura
Ornado en torno de inmortal verdura.

Mas con fiero ademan á la ribera
Los indios de aquel mundo habitadores,
Al són de ruda cántiga guerrera
Se acercan en tropel: los viajadores
Que no domó el terror ni el riesgo altera,
Al aire los pedreros bramadores
Disparan, y al insólido rüido
Huye el pueblo feroz despavorido.

Y apenas fija en la menuda arena
El inmortal Colon el pié seguro,
Unánime cantar los aires llena
De ardiente gratitud y gozo puro:
Y allí brillando en majestad serena,
Signo de redencion al suelo impuro,
La multitud saluda arrodillada
La cruz que fué en el Golgota ensalzada.

¡Y en aquellas vastísimas regiones,
Del hondo valle á la empinada cumbre,
Sobre una y diez y cien generaciones
De la fiera, pagana muchedumbre;
Inflamará los rudos corazones
De nuestra santa fé la pura lumbre,
Y en cuanto ciñen dos gigantes mares
Se elevarán de Cristo los altares!

¡Salve, varon ilustre y generoso,
En valor y constancia sin segundo,
A cuyo pensamiento poderoso
Surgió entero del mar un nuevo mundo!
Si el cielo por arcano misterioso
Permitió que un viandante vagabundo
Despues de tí su nombre audaz legara
Al triunfo que tu fé solo alcanzara :

¡Paz á tus sacros manes, sombra altiva!
En el eterno libro de la historia
Página alguna que mortal escriba
Eclipsará el recuerdo de tu gloria :
¡Vencedora tu fama siempre viva
Cruza al través del tiempo y la memoria,
Y ardiente late el corazon del hombre
De amor y orgullo al escuchar tu nombre!!

Octubre de 1849.

EN UN ALBUM.

Allá en estrañas márgenes
El burlador destino,
En mi árido camino
Un dia te ofreció :
Y entonce, á mi despecho,
Dentro al rasgado pecho,
El corazon simpático
De gozo palpitó.

Eras de flor espléndida
Levísimo capullo:
Tu voz era el arrullo
De un canto celestial :
Y en tu pueril semblante,
Pura, sencilla, amante,
Lucia en brillo plácido
Un alma virginal.

Pasé. — Y en medio al vórtice
De esta azarosa vida,
El alma extremecida
De nuevo se lanzó :
Y halló nuevos dolores
Y pérfidos amores;
Mas tu vision angélica
Constante recordó.

Que eras el bien que, tímida
Ansiaba la esperanza,
El íris de bonanza
Que en otra edad soñé :
Torné á encontrarte — Rápido
Te arrebató el destino —
Y solo en mi camino
De nuevo me encontré!

Hoy, aunque flor espléndida
El infantil capullo,
Tu voz es siempre arrullo
De un canto celestial :
Y en tu gentil semblante
Lucen con brillo amante
Los mil encantos púdicos
De un alma virginal.

Y aunque la suerte bárbara
De tí feroz me aleje;
Aunque en el alma deje
Tu ausencia tal dolor:
¡Guarde el Señor tu vida
Tan pura y bendecida,
Que hasta los mismos ángeles
Envidien tu candor!

Y aunque al mundano vórtice,
Por célicos arcanos,
Nacemos los humanos,
A amar y padecer :
Húyante los enojos,
Y que tus bellos ojos
No viertan otras lágrimas
Que el llanto del placer.

1854.

A....

Ausentes del alma mia
A quien tan de veras quiero —
— ¿Daréis al ausente amigo
Un cariñoso recuerdo?

De vuestra vista apartado
El mundo á mi es un desierto,
Y entre zozobras y angustias
No sé si vivo ó si muero.

¡Ay de las almas amantes
En el mundanal mareo!
¡Ay de los pechos altivos!
¡Ay de los hondos afectos!

Allí, en la florida alfombra
De aquesos valles amenos,
Entre sus verdes cañadas
Y embalsamados recuestos;

De mil trinadoras aves
Oyendo el dulce gorgeo
Mezclado al blando murmurio
De los mansos arroyuelos,

Y aspirando los perfumes
Que allí dan alma á los vientos;
De este mezquino tumulto
É indignas pasiones lejos,

Podréis al menos, tranquilos
El espíritu y el cuerpo,
En plácidas remembranzas
Esperar mejores tiempos.

Entretanto, vuestro amigo,
De mil calumnias objeto,
De infames acusaciones
Y de asquerosos enredos;

—Con vuestra ausencia, sin alma,
— Sin vuestro cariño, ciego,
Si puede afirmar que vive
Es por sus padecimientos.

Empero, en tantos pesares
Que por destinos adversos
Abruman y esterilizan
Mi corazon y mi ingenio:

Vuestras imágenes caras,
Vuestro blando y puro afecto,
En mi solitaria vida
Son un oäsis risueño.

Por eso, con fé tan pura
Cuanto es mi cariño intenso,
Por vuestra futura dicha
Alzo mis votos al cielo.

¡Jamás roncas tempestades,
Nunca amargos contratiempos,
Enturbien la fuente clara
De vuestros dias serenos!

Y, aunque lejos de vosotras
Fluctüare entre tormentos
En medio al mar de la vida
Este pobre amigo vuestro;

Será á sus penas alivio
Y al mayor dolor consuelo,
Pensar que á su afecto puro
Dáis un piadoso recuerdo.

Mayo de 1858.

—

SEGUIDILLAS.

Me dicen, cara Antonia,
Que hoy cumples años;
De virtud y hermosura
Los llevas largos;
Que empieza apenas
A verter en tí gracias
Naturaleza.

En el mar de la vida
Con paso leve,
Vas, sin temer sus furias
Ni sus vaivenes.
¡Conserve el cielo
La púdica ignorancia
De tu almo pecho!

¡Qué de amargos dolores
Que siente el alma
Se funden al reflejo
De tus miradas!
Así, á los soles
De mayo, huyen las nieblas
De nuestros montes.

Cuando en torno, á los tuyos
Blanda sonríes,
Te imitan en el cielo
Los serafines:
Que en tí contemplan
La muger, del mundo ángel,
Hermosa y buena.

Yo siento, cuando miro
Tus dulces ojos,
En célicas delicias
Mi sér absorto;
Que en ellos veo
Arder la pura llama
Del sentimiento.

En penas de otro, un dia
Ví que temblaba
Entre sus bellos orbes
Furtiva lágrima:
Desde aquel punto
Al tuyo da mi pecho
Devoto culto.

Y en vano es que la suerte
Con cruda saña
Me lleve de estas tierras
A ignotas playas :
Desde aquel dia
Nos unió indisoluble
La simpatía.

Y en medio á las venturas
O á los afanes
Que me traigan del mundo
Las tempestades :
Tu fiel amigo
Seré, hasta el postrimero
Vital suspiro.

—

A CARACAS.

En la falda de un monte que engalana
Feraz verdura de perpetuo abril,
Tendida está, cual vírgen musulmana,
Carácas la gentil.

Y la corona de flotantes brumas
Que se cierne en la cima secular,
Parece un velo de nevadas plumas
Que Dios la quiso echar.

Reina feliz de tan hermoso suelo,
Patria de mas de un célebre varon —
¿ Porqué al llegar bajo tu limpio cielo
Se oprime el corazon?

¡ Áy triste ! — Miro de la patria historia
Mustias hoy la belleza y majestad !
¿ Será que olvidas tu pasada gloria,
Tu antigua libertad?

¡ No ! — Que aquí en derredor, el alma mia
Ve, rebosando en brío y altivez,
La generosa juventud que un dia
Será tu orgullo y prez.

Noble plantel de heróicos ciudadanos
Que promete á tu gloria el porvenir —
¡ Sin mancha el corazon, puras las manos,
Guardad hasta morir !

Casi estrangero en el solar nativo,
Peregrino y oscuro trovador,
Arde en mi corazon, empero, vivo,
El puro, patrio amor !

Él inspira mi voz en tal momento,
Presta á mi alma su brío sin rival —
¿ Sordos seréis al dolorido acento
Del seno maternal?

¡ No lo seréis, por Dios ! — Los ojos fijos,
Escrito leo allá en lo porvenir : —
¡ Madre que tiene tan heróicos hijos
No puede sucumbir !

Despreciando esta vida transitoria
Por la justicia y por la ley pugnad!
¡ Feliz quien lega perennal memoria
A la futura edad!

Yo en la madre comun, la heróica España,
Daré á cada virtud una cancion,
Y al recuerdo será de cada hazaña,
Altar mi corazon !

1854.

—

TISAFERNA.

A M.....

Remonta el vuelo, alada fantasía;
Siente, padece, altivo corazon ;
Volad, sentid, hasta el dichoso dia
Del descansado olvido — del perdon.

Chispa divina, don del pensamiento,
Huye de este asqueroso lodazal ;
Retrocede, raudal del sentimiento
Al puro, sempiterno manantial.

Corred — volad — allá en el éter puro
Só el ala paternal del Crĕador,
Solo hallaréis el perennal seguro
Contra las tempestades del dolor.

¡ Mísero soñador ! — ¿ Dónde son idos
Los sueños de tu alegre juventud?
¡ Brotan hoy de tu lira hondos gemidos,
Ayes de tu precoz decrepitud!

¡ Oh María ! — ¡ Oh dolor ! — Lágrimas [mias,
Al secreto volved del corazon —
¿ No véis que ante sus goces y alegrías
Fuérais una viviente acusacion?

No mi amargo dolor turbe su calma
Ni anuble sus auroras de placer —
¿ Qué importa á su alma que batalle mi [alma
En tan desesperado padecer?

— Cuando este corazon que te adoraba,
Arbitra de muerte ó de mi vida,

Cuando el alma que en tí, por tí alentaba,
Fiera rasgaste con ingrata herida :

¿ No sentiste vibrar en lo profundo
La fibra celestial del sentimiento ?
¿ En medio al ruido atronador del mundo
Tu pecho no punzó el remordimiento ?

¡ Ah! — ¡ No! — ¿ Qué importa al que del [alta roca
Sobre el hinchado mar la viste estiende,
El débil ¡ ay ! que el estertor sofoca
Del que espirante ya sus olas hiende?

— Era la aurora de un sereno dia,
El ambiente en el cáliz de la flor,
Era un mundo de paz y de alegría,
¡Era, en fin, la esperanza de su amor!

Pero aquel panorama tan risueño,
Aquel mundo de amor y de placer,
Delirios eran que forjaba el sueño
Y que hizo la verdad desparecer !

Rotas las alas, la esperanza mia
Rodó desde la esfera celestial,
Y al despertar en el amargo dia
Encontróse en un áspero erial.

Lejos..... muy lejos de la márgen gaya
De aquel encantador, fugaz Eden,
¡En vano ¡ay triste! en la desierta playa
Las huellas busca del perdido bien!

¡Vana ilusion! — El mundo era lo mismo,
Ceguera — ingratitud — crímen — error —
Asechanzas — traiciones — egoismo —
Pero entonces creia yo en su amor!

Creia yo en su amor ! — Y era alegría
Cuanto es hoy para mi dolor y llanto;
Y eran, en el Eden en que vivia,
Brío mi corazon y mi voz canto!

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

— Serena está la mar — Apenas riza
Su espalda azul el vespertino ambiente,
Mientras rápido el buque se desliza
En busca de las playas de Occidente.

Serena está la mar — Diáfano el cielo,
Callado el viento en la ancha lona espira,
Y solo, en tanta calma, de hondo duelo
Presa es mi corazon y amarga ira!

Ira —Duelo —¿De qué?—¿Porqué?—Los ha-
En el revuelto mar de la existencia, [dos,
¿Fueron acaso á tí mas despiadados?
¿Te abandonó tal vez la Providencia?

¡No! —Miro en derredor : dó quiera veo
Llanto y temor, miserias y agonía;
Aún mayor la impotencia que el deseo,
Eterno el mal — un punto la alegría!

Si es comun el dolor — ¿Porqué la ira?
¿Contra quién esa cólera demente?
¿Pregunta acaso el mar que Dios le inspira
La dulce calma — el huracan rugiente?

Y ¿porqué lo que ignora ese gigante
Ora á mis piés sin límite extendido,
Habré yo de inquirir, átomo errante,
Hoy en su vasta inmensidad perdido?

Ignoro porque vivo — porque siento —
¿Qué es lo que piensa dentro á mí? — ¡Lo
Y, presa de tan bárbaro tormento, [ignoro!
La pena sufro y mi ignorancia lloro.

Mas ¿porqué he de llorar? — ¿Porqué no [miro
El designio de Dios que está patente?
¿Porqué ciego, obstinado, siempre giro
Entorno á las tinieblas de mi mente?

Lo hondo y terrible del dolor humano,
Lo vago del placer y circumscrito,
¿No son, por el decreto soberano,
Clara revelacion de lo infinito?

¡Atomo pensador, compuesto oscuro
De barro vil y angélica materia,
Haz tu terreno viaje menos duro,
Ménos atento á tu mortal miseria!

Fija en el cielo la anublada vista —
Allí hallarás amor y claridad —
¿Piensas que exista luz, que dicha exista,
Donde nunca ha morado la verdad?

Carácas, 1858.

EN LA MUERTE DE UN ADOLESCENTE.

Vanitas, vanitatum.....

Y ayer vivia aún, y ha un breve instante
Que al pronunciar mi nombre sonreia.....
¡ Pobre flor! — Tu corola rozagante
A aplacar no bastó la saña impía

Del túrbido aquilon! — Al rebramante
Rugir, cayó por tierra la alegría,
La esperanza tal vez.... ¡ Ay, tierna madre!
¡Ay del mas infeliz, ausente padre!

Yo te amaba tambien.... pedazos hecho
El corazon, te ví, niño inocente,
Hablar del porvenir, sobre mi pecho
Posando acaso la ardorosa frente:
¿Quién me dijera al ver aquel estrecho
Abrazo, al escuchar clara, valiente,
Sonar la voz só el cariñoso nudo
Que fuera aquel tu postrimer saludo!

¿Y aún ora me sonríes?... ¿Es un sueño
De la turbia y enferma fantasía?
O acaso al espirar, limpio, risueño,
Aquel Dios que sustenta en la agonía,
El mundo te mostró dó nunca el ceño
Penetró del pesar, dó la alegría
Es eterna como ÉL, y dó las flores
Eternas son tambien y los amores?

O acaso al espirar, vió tu inocencia
Tal cual en esta triste, humana vida,
Y el anhelar continuo, y la impotencia
Que atormentan al hombre en su caida:
Y leyendo en el libro de la ciencia
Que al mísero mortal está escondida,
Sonreiste al mirar tamaño duelo
Y á otro mundo mejor alzaste el vuelo?

¡Dichoso tú que ya de los azares
Libre te ves del mundo, caro niño!
Dichoso el que cual tú de los pesares
Vírgen, y del error, como el armiño
Cándida el alma, á los eternos lares
Lleva el fraterno y paternal cariño,
Dejando al suelo de su vida pura
Solo amor y recuerdos de ternura!

No corren estas lágrimas que vierto,
Angel puro, por tí, no; que mi llanto
Sobre los tristes es que en el desierto
Del mundo dejas, en tormento tanto.
¿Qué puede ya el dolor, sobre ese yerto
Cadáver, si en el cielo en dulce canto
Alaba á su criador con fé sincera
El destello divino que en él era?

—

LA MUGER.

Ultima creacion de aquella mano
Que freno dió á la mar de leve arena;
Débil sér cuyo imperio es soberano
Aún sujeto á la bárbara cadena:

¿Porqué siendo tan débil nos dominas?
¿Porqué sobre tu ley no hay ley alguna,
Y son tu gracia y tu beldad divinas
Mayores que el poder y la fortuna?

Porque es tu norte amor — amor tu esencia,
Y por él y para él tan solo vives,
Y, sumisa á la ley de tu existencia,
Por él la dicha das, de él la recibes.

En medio al mar revuelto de la vida,
Siempre agena á las míseras pasiones,
Faro eres tú que con la paz convida
A nuestros lacerados corazones.

Tierna flor, reina hermosa de las flores,
Madre del hombre, amiga, compañera,
Escudo en que se embotan los dolores
De aquesta humana vida, ruda y fiera:

¡Sí! — Desde el claustro maternal, sagrado,
Hasta la piedra del sepulcro fría,
Eres ángel al hombre destinado
Para ser su consuelo y su alegría.

Y, aunque acusada, ó bien, desconocida
Del vulgo ingrato, por su mal, te veas,
¡Yo te saludo, encanto de la vida!
— ¡Bendita veces mil, bendita seas!

—

ODA A LA LIBERTAD.

No armada del puñal de la venganza,
Ni teñida la veste en sangre impura,
Tal como la forjó vuestra locura
O torpe iniquidad:
Plácida cual la luz de la esperanza,
Con la paz y el perdon sobre su frente,
Blanda la faz, benigno el continente:
¡Tal es la libertad!

Hija de Dios, de su bondad esencia,
Don el mas alto de su amor divino,
Acaso en el mundano torbellino
Al hombre se ocultó:
Negra ambicion, estúpida demencia,
El temor de los buenos, la osadía
De un tirano, el furor de la anarquía
Tal vez la encadenó.....

Mas no puede morir: — lozana, fuerte,
Crece encorvada bajo el férreo yugo:
Ni el hacha enrojecida del verdugo
Enerva su virtud!

Del seno tenebroso de la muerte,
Insultada tal vez, jamás vencida,
Cual su padre inmortal, torna á la vida
Con nueva juventud!

Poco son á humillarla los tiranos,
Que el mundo ve y conoce sus derechos;
La oprimen ¡ay! con sus bastardos hechos
Mil émulos y mil;
Que só el disfraz de nobles ciudadanos,
En su nombre inmortal alzan pendones,
Y hacen servir los pueblos y naciones
A su torpeza vil!

Vosotros sois, apóstoles fingidos,
Vosotros, embusteros renegados,
Vosotros, sí, los pérfidos soldados
Del crímen y el error:
No ha menester la libertad, bandidos,
Del estruendo y rencor del fiero Marte;
— Símbolo del perdon es su estandarte,
¡Su blando imperio amor!

Y lidia, sí; — pero en lēal palestra;
Atacada, jamás provocadora;
Siempre grande en la lid, nunca opresora,
Que es númen celestial;
Y nunca armó su prepotente diestra
El odio, ni el temor, ni la venganza:
Jamás para vencer urdió asechanza
Ni usó traidor puñal!

— ¡Pueblos! — No es el rencor ni la codicia,
Ni la torpe ambicion ni la impia guerra
Los símbolos que anuncien á la tierra
Que ya lució su edad:
Si veis órden y paz, amor, justicia,
Adunados reinar en grata calma,
Alzad entonces al Criador el alma: —
¡Esa es la Libertad!

ELEGIA.

.....Periit pars maxima nostri.
C. Gallo. *Senectutis descriptio.*

Brotad, lágrimas mias,
Del pecho lacerado;
Brotad, antes que el cielo
Redoble el crudo afan:
Las dulces alegrías
Del tiempo ya pasado
Volaron — los contentos
¡Cuan rápidos se van!

Las puras alegrías
De la feliz infancia,
Cuando á la humana vida
Despierta el corazon;
Las blandas ilusiones,
La púdica ignorancia,
Que el Sumo Sér al niño
Y al ángel solo dió.

Y el proceloso anhelo
De aquella edad florida
En que aún ignora el hombre
El crímen y el dolor;
Edad dó puso el cielo
Las flores de la vida,
Y en que si acaso hay lágrimas
Son lágrimas de amor.

Todo pasó cual lampo
Que un rápido momento
Desgarra el firmamento
Las sombras á alumbrar:
Y en el desierto campo
Que fué jardin florido,
Sin norte voy perdido
Cual náufrago en la mar!

¿Dó fué el amor sūave
A par que poderoso,
Que un tiempo bebí ansioso
Del seno maternal?
¿Dónde, las esperanzas
De dichas y de glorias?
— ¡Hoy fúnebres memorias
Son todas por mi mal!

Pasó de aquellos dias
El fuego fecundante,
Secóse ya en mis venas
La savia juvenil.
Y en hondas agonías,
El seno jadeānte,
Me acerco mustio, pálido,
Al límite senil.

— Mas no — la vista estiende
A la inmortal esfera,
Que es solo un breve tránsito
El lóbrego atahud:
Allí el amor enciende
Su perennal hoguera;
Allí da asilo al náufrago
La paz de la virtud.

1858.

LA BENDICION DEL DOMINGO

DE PASCUA DE RESURRECCION.

Urbi et orbi.....

A SU SANTIDAD PIO IX.

Cuando del alto solio Vaticano,
Rey y sumo Pontífice romano,
Bañado en santo júbilo el semblante,
Ante el pueblo que escucha palpitante
Alzas al cielo la piadosa mano :
Todo el que te contempla se arrodilla,
Y como tu poder baja del cielo,
El mas altivo inclínase hasta el suelo;
Que aquel que al cielo adora no se hu-[milla.

—

En el vasto recinto,
Como arrastrados de comun instinto,
Millares de millares
De los opuestos polos de la tierra
Míranse en tumultuoso laberinto.
Unos, surcando borrascosos mares,
Salvando otros el valle y la alta sierra
Llegan á punto en el dichoso dia —
— Y no á gozar la mística alegría
De la *resurreccion* que salva el mundo,
Ni á implorar el perdon de sus errores
Vienen, arrepentidos pecadores :
Mas alto es su propósito y profundo
Y aún de muchos de entre ellos ignorado...

—

Del Arca santa firmes defensores,
Vienen á protestar contra el malvado
Espíritu del tiempo. — A la pelea
Dispuesto el corazon, el brazo listo,
Rápido acude el escuadron de Cristo;
— Mas no en marcial, mortífera batalla,
Habrá de ventilarse tal contienda;
Humo es el hierro y polvo la metralla
Ante la ira del Señor, tremenda.
En polvo las impávidas legiones
Caerán y los cerrados escuadrones
Del invasor. — Tu brazo justiciero
Sumergirá el caballo y caballero, —
¡ Y guay del que en su loco desvarío
Tu causa abandonó, Señor, Dios mio!

—

¡Ved! — Ya del alto asiento se levanta
Del padre universal la gran figura :
Firme en el suelo la inspirada planta
Eleva entrambos brazos á el altura.
— ¡Oid! — Ante su acento
Enmudece la mar, espira el viento;
Sumiso muere el rudo vocerío
Del multilingüe, atronador gentío,
Y en silencio profundo
La suma bendicion espera el mundo.

—

Ya el aire hiende la inspirada mano,
Y al signo, redencion del Universo,
Póstranse á par el probo y el perverso
En el vasto recinto Vaticano...

—

Eléctrica emocion, inmensa, estraña,
De la gran muchedumbre se apodera —
No la flaca muger, fácil al llanto,
En amar y llorar es la primera —
— Nadie resiste al poderoso encanto.
Llanto de amor el duro rostro baña
Y encanecida barba del guerrero;
Y el hipócrita artero
Y el atéo, en el mal endurecidos,
Rinden tributo, á su pesar sincero,
Contritos si no aún enternecidos.

—

¡Que aquesa bendicion, gérmen fecundo
De amor y de virtud y de alegría
Lleva consigo al Norte y Mediodía,
De Oriente hasta Occidente,
De nacion en nacion, de gente en gente,
De Roma eterna hasta el confin del mundo!

París, 15 de mayo de 1862.

—

EN LA MUERTE DEL EXMO.

SEÑOR DON FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

Alma sencilla y buena
Que cruzaste la mar embravecida,
Con frente siempre plácida y serena
En medio á las borrascas de la vida :

—

Corazon generoso
Que siempre ageno á envidias y rencores,
Latiste á par benigno y animoso
Y fiel á tus poéticos amores :

—

No alientas ya — la muerte
Dió fin piadoso á tu existencia humana,
Y en la tierra dejando el polvo inerte
Volaste á la presencia soberana;

Al perennal seguro
Dó es humo vano la mayor grandeza;
Donde, arcano espantable cuanto oscuro,
La ilimitada eternidad empieza:

—

Yo, tu menor amigo,
Por tí el favor del Sacrosanto imploro,
Y de tu honor y tu virtud testigo,
Con mi horfandad la de la patria lloro.

—

Ya no se oirá el sonido
De tu elocuente voz, conciliadora,
Calmando en el combate embravecido
Tanta y tanta pasion imprevisora.

—

Mas no; — vive esculpida
En nuestro corazon tu gran memoria;
Que á tí el ocaso de la humana vida
Es alba de la eterna de la historia.

—

Tu rostro venerable
La atribulada patria llora ausente:
Pasó efímero el barro deleznable,
La célica virtud está presente.

—

Presente — en voz severa
Encomia el patriotismo, el vicio infama:
La pura llama que en tu pecho ardiera
Hoy de la patria el corazon inflama.

—

Mortales enemigos
En el comun dolor se dan las manos;
¡Si al llanto de la patria son amigos,
De la patria al amor serán hermanos!

—

La muerte, soberana
Majestad presta á tu terrena gloria,
Y en el silencio de tu voz humana
Habla elocuente tu inmortal memoria.

—

Tu ejemplo generoso
Será en cercano porvenir fecundo,
Hoy, que de nuestro pueblo valeroso
El noble despertar contempla el mundo.

—

Así, al umbral temido
De la honda eternidad, fuiste, risueño;
Entorno á tí miraste, enternecido
Y te dormiste en el eterno sueño.

¡Que ver pudiste, el fiero
Golpe al sufrir de la mortal guadaña,
De tu vivir al rayo postrimero
Brillar el sol del porvenir de España!

París, 1862.

—

ULTIMO ERROR.

Era una alma infeliz de duelo henchida,
Un animoso corazon, rasgado,
Un hombre que en el llanto habia pasado
La mitad mas hermosa de la vida:

Adolescente apenas, bendecida
Del cielo, arcángel en muger trocado,
Una jóven pasó del triste al lado
Y le miró con faz enternecida.

Él, al verla tembló — creyóse ciego —
Tornó á mirar — ¡amóla! — y con fé santa
En don la dió su corazon herido:

Tomólo ella — lo vió despacio — luego
Riendo lo arrojó, y con leve planta
Prosiguió en el andar interrumpido.

París, marzo de 1862.

—

A NATALIA.

Alegre, como el céfiro en el prado,
Dulce, como el perfume de la flor,
Leve, como el celage nacarado
Que templa el rayo del naciente sol;

Al són de tu argentina voz, sŭave,
El corazon empieza á palpitar,
Como al nacer del sol se agita el ave
En su nido ensayándose á volar.

¿Qué mágico poder hay en tu acento,
Qué misterioso encanto de muger
Hace que á tu mas leve movimiento
Caiga el alma en deliquios de placer?

—

Corazon que duermes,
Tierno corazon,
Despierta un instante
Y escucha mi voz:
No hay en sus acentos
Perfidia ni error;
Es el dulce cántico
Del potente amor.

Del hondo letargo,
Despierta á la vida,
Amor te convida,
Te llama el placer;
Mas no: — duerme, duerme,
No escuches mi canto —
— ¡Vivir es el llanto,
Dormir es el bien!

—

Vision angélica,
Hurí divina,
Tu luz me inclina
Hácia el amor;
Mas ya, despierta,
Ve el alma, yerta,
En pompa lúgubre
Crudo el dolor.

—

No ve que el gélido
Desden me mata;
¡No ve la ingrata
Mi fino amor!
¡Y, por ventura
Dé su ternura,
Por una cántiga,
Por una flor!

—

Funesta víctima
De la fortuna,
No hay tregua alguna
A mi dolor —
¡Muramos! — ¡Pía,
Acaso un dia,
Vierta una lágrima
Por tanto amor!

Madrid, 1855.

—

LA EDAD PROVECTA

A ARISTIDES DE LA BASTIDA,

(EN EL HOMBRE SOLO).

My days are in the yellow leaf,
The flowers and fruits of love are gone;
The worm, the canker and the grief
Are mine alone.

BYRON. — *Missolonghi*, 1824.

.....Non sum qui fueram.... periit pars [maxima nostri....

CORNELIO GALLO. — *Senectutis descriptio.*

Sol sin rayos que espira en occidente,
Pálida estrella al despuntar del dia;
Rio que va á perderse en su corriente
A los abismos de la mar bravía;

—

Arbol que el frio otoño ha deshojado
Y al sol primaveral sigue infecundo,
Tal la provecta edad del que aislado
Surca el tempestüoso mar del mundo,

—

Pasó la juventud con sus encantos,
Voló el tiempo feliz de los amores;
Los huidos placeres son quebrantos,
Las memorias del bien crudos dolores.

—

Detrás la historia ve de lo pasado
En indecisa claridad, y oscuro,
Solo por lo infinito limitado,
Ve ante sí con asombro lo futuro.

—

Y en lo presente con terror se aferra;
Mas resbala veloz bajo su planta,
Y al mirar su horfandad sobre la tierra
La vista al cielo en su dolor levanta,

—

El ¡ay! de angustia con que el cielo implora
En la desierta soledad retumba,
Y el eco triste le responde: «¡Llora,
«Llora solo, infeliz hasta la tumba!»

—

Cualquiera espacio que en la vida human
Hayas de recorrer, pobre viajero,
¡Nunca unirás el hoy con el mañana,
Dó quiera y para todos estrangero!

—

— Dos senderos, de gozo y de dolores,
Van á par del no sér á lo infinito;
Llano el uno, camina entre las flores,
Duro es el otro y áspero y maldito.

—

Tocan á aquel que ama y es amado,
La ancha senda, el oäsis deleitoso,
Y al huérfano infeliz, abandonado,
El caminar continuo y fatigoso.

—

¡Solo, solo en el mundo! — ¡En su carrera
A lo largo de la honda catacumba,
No ya una voz amiga, ni siquiera
El sollozar de otro dolor retumba!

—

¿A dó llevar la planta temblorosa,
Dó los ojos, del llanto oscurecidos,
En la vacía soledad, medrosa,
Dó solo el eco oyó de sus gemidos?

— Que si, tal vez, sonriele fortuna,
Crudo sarcasmo en su desierta historia,
Un solo corazon no alienta, ni una
Voz se alza por su dicha ó por su gloria.

—

¡Ay! — ¡Al fin de tan ímprobos dolores
Abierta está la tumba solitaria,
Dó amistad nunca esparcirá sus flores
Ni alzará amor su férvida plegaria!

—

¡Solo en la vida y en la tumba solo,
El infeliz á discernir no alcanza
En su vida mortal, de polo á polo,
Ni la sombra fugaz de una esperanza!

—

É inclina al suelo la abatida frente,
Y va siguiendo el lúgubre camino,
Hácia donde le arrastra en su corriente
El humano, confuso torbellino.

—

. . . .
— Mas ¿porqué desesperas, hombre fuerte?
¿Porqué al dolor y al llanto te abandonas?
¿No tiene acaso en su poder la suerte
A mas de la de amor, otras coronas?

—

¿Acaso sin amor no existe gloria?
¿Es nuestro fin supremo el propio bien?
— ¡Dále otro curso á tu infeliz historia
Y de mas puro lauro orna tu sien!

—

Si el propio bien te niega adverso el hado,
Pugna animoso por la dicha agena. —
— No es el mas fuerte ni el mejor soldado
Quien solo rompe su servil cadena.

—

Lidia en pró de la tierra en que naciste,
Combate la comun perversidad,
Levanta al que cayó — consuela al triste —
— ¡Tu familia será la humanidad!

—

Y no desmayes, porque en la alta empresa
Te persigan error, ingratitud,
Miseria y proscripcion. — La suerte es esa
Que el mundo guarda á toda gran virtud.

—

¡Una palabra — un gesto — una mirada
El triste á contener que se derrumba;
Una, solo una lágrima enjugada,
Y en llanto, Gratitud, la faz bañada
De flores ornará tu noble tumba!

París, junio de 1862.

PARAFRASIS DE ALGUNAS ESTROFAS DEL CHILDE HAROLD

DE LORD BYRON.

—

AL MAR.

A la señorita Doña Celina Alfonso.

Hay encanto en el bosque nunca hollado,
Éstasis hay en la desierta orilla;
Hay consorcio por nadie interrumpido
Cabe á la mar, y canto en su rugido:
Y no menos por esto me es amado
El hombre; — pero mas naturaleza
En estas entrevistas en que olvido
Lo que soy y he de ser y lo que he sido,
Y me confundo en su inmortal grandeza.
— Lo que entonces el alma goza y siente
Espresar con la voz nunca he podido,
Mas no puedo callarlo enteramente.

—

Rueda adelante, rueda, mar profundo,
Oscuro, azul. — ¿Qué á tí diez mil armadas
Resbalando en tus líquidas llanadas?
Graba su paso el hombre en este mundo
Con luto y llanto. — Su poder impío
Cesa en la playa — en tus hinchadas olas
Todo naufragio es obra de tu brio.
No hay huella en tí de destruccion del hombre;
Y apenas si la propia, un punto agita
Tu tersa faz, cuando, átomo perdido,
Al fondo tu furor le precipita,
Con un débil gemido,
Sin plegarias ni féretro ni nombre,
En tu honda inmensidad desconocido!

Jamás en tus senderos
Pudo grabar la huella de sus plantas;
Tus ámbitos jamás fueron despojo
De sus instintos fieros.
Sin ira contra él, si te levantas
Lejos de tí le arrojas, y el mezquino
Poder con que él destruye la ancha tierra,
Jamás alcanza á merecer tu enojo.
Jugando, empero, á la region vacía
Envuelto en espumante remolino,
Tiritando del miedo que la aterra
Y ayes lanzando, tu vigor le envía
Hácia su Dios, dó yace su esperanza;
Y otra vez le recoges, y en bonanza
Al puerto le conduces mas cercano,
Donde vuelve á cobrar su aliento insano.

—

Las flotas que los fuertes torrëones
De las ciudades en la roca erguidas
Van á arrasar, pavor de las naciones,
Y de los reyes susto en sus guaridas;
Esos de roble inmensos leviatanes
De vastos senos y poder terrible
Que á su creador formado de vil tierra
Hacen tomar el título risible
De arbitro y rey del mar y de la guerra,
Son un juguete para tí, inocente,
Y se funden cual nieve transparente
Entre la espuma de tus crespas olas,
Que tragan igualmente
De la invencible Armada los enojos
Con los de Trafalgar sumos despojos.

—

Tus costas son imperios, dó cambiado
Todo está escepto tú — ¿Qué fué de Asyria,
Grecia y Cartago y del poder de Roma?
Bañaban sus fronteras
Tus aguas, en el tiempo ya pasado
De libertad — só el yugo que hoy las doma
Tambien : — á rudas tribus, estrangeras
Obedecen tal vez sus territorios
En servidumbre bárbara sumidos,
Y hoy vemos en desiertos convertidos
Los que antes fueran de opulencia emporios.
No así tú — el mismo sigues, inmutable,
Salvo el capricho de tu humor instable.
Ni la mano del tiempo, asoladora,
Graba una arruga en tu azulada frente,
Y cual del mundo en la primera aurora
Tal rueda aún hoy tu plácida corriente.

—

Cristal donde la faz del Increãdo
Se refleja al rugir de la tormenta;
Ya por la fresca brisa, dilatado,
Ya só la furia de aquilon, violenta,
Ya hácia el estremo septentrion, helado,
Ya sombrío y convulso dó calienta
Mas vivo el sol — ¡ inmenso, ilimitado,
Sublime eres, o mar — muestra sensible
De lo eterno — dosel del Invisible!
Hasta los monstruos mismos
Que pueblan tus abismos
En tu limo matriz toman su esencia;
Todas las zonas préstante obediencia;
Surges, — y del un polo al otro polo
Torvo te estiendes — insondable — solo!

—

¡Y yo te adoro, o mar! Fué mi alegría,
Sobre tus olas túmidas llevado
En la feliz adolescencia mia,
Sentirme hácia adelante arrebatado
Como la espuma que en tu faz se cria.
Jugué con tus escollos desde niño,
Que hallaba en ellos indecible encanto;
Y si terror su riesgo me infundia
Aún habia placer en el espanto,
Que era por tí mi amor, filial cariño;
Y ya cerca, ya lejos, me fiaba
A tus alas, y amante acariciaba
Con débil mano tu húmeda melena
Cual lo hago en este dia,
De placer y de amor el alma llena.

París, julio de 1862.

—

PARAFRASIS DE ALGUNAS ESTROFAS

DEL CANTO PRIMERO DEL CHILDE HAROLD DE BYRON,

Relativas á España.

—

La muger que inspiró principalmente estos versos, es la heroina de Zaragoza.

¿Y han de caér, el jóven y el valiente
Y el altivo, de un déspota orgulloso
A saciar la ambicion? — ¿La noble frente
Han de humillar de servidumbre al yugo,
O bajar de la muerte al tenebroso
Abismo? — ¿El robo triunfará insolente
De España en el estrago doloroso?
¿Y así ordenarlo á aquel Poder le plugo
Que humilde el hombre adora,
Y sordo ha de seguir al acuitado
Ay del caido que su ayuda implora?
¿Todo lo que un valor desesperado
Intente, será inútil? — Del anciano
El consejo — el saber del veterano —
El zelo del patriota, verdadero, —
El juvenil esfuerzo, sobrehumano,
Y del adulto el corazon de acero?

—

¿Para esto, acaso, la doncella hispana
Su guitarra suspende enmudecida,
Su sexo olvida y en su furia insana
A la espada despósase, homicida?
¿Y entona de la lid el ronco canto
Y se atreve á los hechos de la guerra,
Y con esfuerzo tanto
Asombra y electriza la ancha tierra?
Pálida al ver la mas pequeña herida
Antes, temblaba de cobarde espanto
A la queja del buho enronquecida :
Hoy, ve las bayonetas erizadas
Tranquila, y el chocar de las espadas,
Y por sobre los muertos, aún calientes,

Con paso de Minerva, el estandarte
Lleva, dó temblaria el mismo Marte.

—

Vosotros que al oir su estraña historia
Os pasmareis; — si en mas felices dias
La viérais, y guardárais la memoria
De aquellos negros y brillantes ojos
Que al azabache mismo dan enojos;
Y de las dulces, gayas melodías
Que alzaba en lo interior de su aposento;
Los luengos rizos que enredaba el viento
Y al arte del pintor desesperaban,
Y sus formas de amor, encantadoras,
Que á una hada no á muger, la semejaban;
Mal pudiérais pensar que en otras horas,
Allá de Zaragoza en las murallas,
Mirara sonriendo, frente á frente
La muerte, — y los cerrados escuadrones
Rompiera, — y los infantes y bridones
Guiara, en alto el brazo armipotente,
Agitando el pendon de las batallas!

—

Su amante cáe — de inoportuno llanto
No riega el suelo; muere el que acaudilla—
Llena el puesto fatal; cunde el espanto
Y huyen los suyos — ella los humilla
Y al rostro les arroja oprobio tanto;
El enemigo ceja — incontinente
De los que le persiguen marcha al frente —
¿Quién mejor calmará del muerto amante
Los manes, y del Jefe, aún palpitante
Vengar mejor pudiera la caida?
¿Quién mejor volverá que una doncella
Al hombre su valor, su fé perdida?
¿Quién tan fiero acosar, huella tras huella
Al, de su esfuerzo femenil, vencido
Galo, que huye ante un muro derruido?

—

Y no, empero, las vírgenes iberas
Son raza de feroces amazonas;
Formadas á las gracias hechiceras
Del amor, si hoy trocadas en Belonas
Emulan á sus hijos en guerreras
Hazañas, su furor enternecido
Es de la paloma, que rechaza
Con el pico, la mano que en su nido
Al adorado cónyuge amenaza.
Muy superior, sin duda, es la española
En firmeza y dulzura,
A otras hembras de tierras apartadas
Por su charla enfermiza celebradas;
Mas noble es su alma y pura,
Y tal vez las iguala en hermosura.

—

Cuanto dulce es la esférica barbilla
Lo dice el blando hoyuelo con que sella
El dedo del amor, su amor en ella :
Sus labios, cuyos besos sin mancilla
Pugnan por escapar del nido rojo,
Dicen al que los ansia enardecido
Que habrá de merecerlos con su arrojo.
¡Cuan bello es su mirar, cuanto atrevido!
De Febo en vano el rayo encandecido
Intentó ajar su mórbida mejilla,
Que de su amor al beso repetido
Mas fresca y roja y mas lozana brilla.
¿Quién, viéndola, buscara
Del septentrion la pálida belleza,
Cuando en sus pobres formas solo hallara
Trémula languidez, débil flaqueza?

—

Climas, por el poeta celebrados
Harems ocultos del remoto Oriente
Donde hoy alzo mis cantos destemplados
Aquella á celebrar, resplandeciente
Belleza, que aún los cínicos helados
Celebraran acaso en estro ardiente :
Las huris comparad, á quien apenas
La brisa permitís, porque en sus alas
No tienda amor sus célicas cadenas,
Con la española de brillantes ojos.
Sabed que en sus jardines y en sus salas
Existe, aunque el oirlo os cause enojos,
El dulce paraíso del Profeta;
Y allí encuentra el poeta
Las huris oji-negras, celestiales
Con sus eternas gracias, virginales.

París, julio de 1862.

—

EL SUEÑO DEL GRUMETE.

BALADA.

Es una noche lluviosa
Y á caballo en un juanete,
Un intrépido grumete
Contempla el cielo y la mar;
Y en el trabajo las manos
Y el alma en el patrio suelo,
Colgado entre el mar y el cielo
Así comenzó á soñar.

—

Ve de la patria ribera
Allá al fin del horizonte,
Surgir el mas alto monte
De un puro sol al brillar;
Y la cercana colina
Elevarse en pompa gaya

Y la arena de la playa
De entre las olas del mar.

—

Y luego, ya mas vecino,
Vió la paterna cabaña,
Y el arroyuelo que baña
El valle donde creció:
Y, las manos enlazadas,
Con trémula planta, incierta,
Salir por la angosta puerta
A sus tiernos padres vió.

—

Mas distinta, en las arenas
Que la mar besa, adormida,
De su hermana mas querida
Mira el rostro encantador;
Y en llanto la faz bañada
De gozo, oculta tras ella,
Mira á la hermosa doncella,
Blanco de su puro amor.

—

Abre imprudente los brazos,
De la jarcia se desprende,
Voltëando el aire hiende
Y va á dar en medio al mar:
¡*Hombre al agua!* — Inútil grito,
Vano, ridículo empeño; —
¡Nuestra vida es un ensueño
Y morir es despertar!

París, agosto de 1862.

POESIAS CHINAS.

ADVERTENCIA.

La traduccion que ofrezco hoy á nuestra juventud estudiosa como muestra de la poesía de los Chinos en épocas por cierto bien remotas, puesto que son de los siglos VII, VIII y IX de nuestra era cristiana, ha sido hecha sobre la version francesa publicada hace poco en París por el Marqués d'Hervey Saint-Denis.

Respondo de la fidelidad, no literal sino equivalente, de mi traduccion del texto francés; pero no ando muy seguro en la de Mr. d'Hervey al texto chino, por la sencillísima razon de mi absoluta ignorancia de aquella lengua. Sé que el Marqués d'Hervey conoce á fondo varios idiomas estrangeros, y esto me dá esperanzas de que no empléo mi trabajo en cosas absolutamente fantásticas.

No digo sin razon lo que antecede. En mis largas lecturas he tropezado frecuentemente con juicios y aún traducciones de obras nuestras, italianas ó portuguesas, lenguas tan eufónicas y de tan fácil inteligencia para todos los que sepan latin; — juicios y traducciones autorizadas con nombres tan célebres como los de Victor Hugo, Lamartine y Villemain, y plagados, sin embargo, de gravísimos errores. — Citaré, como pruebas, el juicio de Lamartine entre las lenguas española y portuguesa; la multitud de citas en prosa y verso, en español bárbaro, del gran Victor Hugo, y la traduccion del célebre Villemain, de la no menos famosa oda de Manzoni, *il Cinque Maggio*, y de alguna poesía de la Avellaneda. — Dicho esto, ahí van mis traducciones.

París, marzo de 1862.

UN DIA DE PRIMAVERA.

(Espresa el poeta sus sensaciones al salir de la embriaguez.)

Si es esta vida un prolongado ensueño,
¿A qué, pues, la existencia atormentar?
Yo, de la vid me embriago en el beleño
El dia, y cuando empiezo a vacilar,
En la primera sombra,
El duro suelo por mullida alfombra,
Me entrego á dulce y sosegado sueño.

Despierto y en la próxima enramada
Un pajarillo canta entre las flores, —
¿En qué estacion estamos? le pregunto,

Y me responde al punto:
En aquella en que al aura embalsamada
Primaveral, suspira en la alborada
La tortolilla fiel, canto de amores.

—

Conmovido me siento y un suspiro
Pronto á exhalar estoy; pero de nuevo
El vino escancio y bebo:
Torno á cantar hasta que en leve giro
La blanca luna en los espacios brilla;
Y cuando acaba el fuego en que me inspiro,
Sordo al elogio estoy y á la mancilla.

LI-TAÏ-PÉ (1).

—

EL GRITO DE LOS CUERVOS.

(AL CAÉR DE LA NOCHE.)

Cabe á la ciudad que envuelven
Nubes de amarillo polvo,
Mil y mil cuervos se juntan
Cuando se acerca el reposo.

—

Sobre los árboles vuelan
Lanzando graznidos roncos,
O se asientan en las ramas
Llamándose unos á otros.

—

La esposa de un gran guerrero,
Que en el hogar, hoy tan solo,
Teje seda, recamada
De perlas y azul y oro;

—

Oye sus gritos que deja
Llegar á su oïdo, broncos,
La cortina, purpurada
Del sol moribundo, rojo.

—

Detiene la lanzadera,
Mira su triste abandono,
Y piensa con amargura
Del ausente, amado esposo.

—

Al casto lecho se acerca
En silencio — mira en torno,
Y como lluvia de estío
Brota el llanto de sus ojos.

LI-TAÏ-PÉ.

(1) Poeta famoso. Floreció hácia la mitad del siglo octavo de nuestra era.

A LA VISTA DEL VINO.

Song-tseu se transformó sobre el Kin-hoa
Hasta el hondo Pong-lai, Ngan-Ki llegó
Merecieron por tanto eterna loa
Y sus nombres la fama eternizó.
— Murieron como todos morirán; [están
Pero Song-tseu y Ngan-Ki, ¿dónde ahora

—

La vida es como un lampo fugitivo
Que brilla apenas cuando ya pasó.
Al cierzo helado como al sol estivo
Firme la tierra está y el cielo altivo;
Mas nuestro rostro rápido cambió!

Vosotros, á quien hoy propicio el hado
Os presenta ese néctar regalado;
Si se os brinda la copa del placer, —
¿Qué tardais, insensatos, en beber?

LI-TAÏ-PÉ.

—

AL PARTIR PARA LAS FRONTERAS.

Tened el arco con vigor tendido,
Larga escoged y sólida la flecha;
No apunteis al contrario enfurecido,
Antes haced en los caballos brecha.
— Vivos coged, si es dable, á los soldados
Y aún mejor á los jefes afamados.

—

El imperio mayor límites tiene —
Tambien debe tenerlos la matanza:
No en los muertos al bote de su lanza,
En los vencidos que en su ley mantiene
Funda el bravo su gloria y su pujanza.

TSOUI-HAO.

—

ADIOSES A LA PRIMAVERA.

Cada dia que pasa, dá la vida
Un paso mas á la vejez austera,
Mientras cada nuevo año, ve, florida,
Reverdecer la gaya primavera:
Hoy que aún la copa del licor henchida
Está, en union bebamos, placentera,
No nos hagan pensar en los dolores
Esas marchitas, deshojadas flores.

OUANG-OEY.

—

LA YERBA.

Fresca y lozana la menuda yerba
Dó quiera esmalta la feraz campiña;
Cada año desparece en el Otoño
Y en el mes de las flores resucita.

El fuego la devora, mas no apaga
En ella el dulce gérmen de la vida;
Que al alentar la gaya primavera,
Ella renace, cual denantes linda.

Invade su verdura vigorosa
El monte, el llano y la vereda antigua,
Y al moribundo sol graciosa ondula
Del muro al pié de la ciudad derruida.

—

— La yerba se agostó — nació de nuevo
Desque mi esposo se partió — ¡ Ay, mezquina,
Que al mirarla tan verde y tan lozana
Rásgame el corazon la pena mia!

Pe-kiu-y.

—

LA SOLEDAD.

Ya de condicion humilde,
Ya en noble y escelso rango,
Siempre que el umbral traspasan
Del propio hogar, los humanos,
Al punto son triste presa
De dolores y cuidados.
Solo aquel que ageno vive
De pensamientos estraños,
De la soledad aprecia
Los benéficos encantos.

—

Cáe la lluvia al sol naciente
Y se detiene al ocaso
Sin conocimiento mio;
El verde y lujoso manto
De olorosa primavera
Visten los montes cercanos;
De la aurora matutina
Toman los tintes rosados,
Libres de sombras nocturnas
El cerro, el monte y el llano,
Y sin los dulces gorgéos
De los cantores alados,
No viera en el horizonte
Del sol los primeros rayos.

—

A veces, cabe algun bonzo (1)
Me siento, y con él departo,
O, mano á mano, camino
De un leñador en el campo;
Y no el afectado orgullo
De despreciar oro y rango
Me mueve: es un noble instinto
Que me arrastra, involuntario,
De los débiles y humildes
Al franco y sencillo trato.

Oey-ing-voé.

—

PENSAMIENTO.

(En una noche tranquila.)

Brilla la luna ante mi humilde lecho
Con plácido fulgor;
Que es de la helada que cayó, sospecho,
Reflejo engañador:
Alcé la vista: — en el zenit brillante
La luna contemplé;
La incliné, y de la patria, hoy tan distante,
Con lágrimas pensé.

Li-tai-pé.

—

ANUNCIANDO A YOUEN-PA,

QUE VA A SER SU VECINO.

Amigo de mi infancia
Y de mi vida entera,
A quien tan conocidas
De mi alma son las sendas;
Sabes que el sol no busco,
Ni es dable que lo creas,
Si al orto de la tuya
Levanto mi vivienda.
De hoy mas, cuando apacible
Brille la luna llena,
Pasar veremos, juntos,
Las horas placenteras;
De hoy mas, los mismos sauces
Nos prevendrán la vuelta,
A la vejez tan cara,
De tibia primavera.

—

Antes, cuando salia
A la menor ausencia,

(1) Sacerdote humilde.

Buscaba siempre, ansioso,
Tu sociedad amena.
¿Cómo hoy no aprovechara
El bien que me presenta
El cielo, y á tu lado
Pasar mi vida entera?
Mientras el alma anime
Esta mortal materia,
Siempre verán mis ojos
Tu amiga faz, risueña;
Y cuando estemos ambos
Bajo la dura tierra,
Mis nietos y los tuyos,
Si mi esperanza ès cierta,
Continuarán, piadosos,
Nuestra amistad sincera.

PE-KIU-Y.

—

EL DIA NOVENO DEL NOVENO MES.

(SUBIENDO A LAS CUMBRES.)

Sopla el viento arrebatado,
Las nubes sublimes vuelan,
Y el cuervo lanza su grito
Cual lamentable querella.

—

De la transparente linfa
En la argentada ribera,
La leve arena rozando
Mil aves revolotéan;

—

Y en torno se oye el zumbido
Que hacen, al venir á tierra,
Al soplo frio de otoño
Las hojas amarillentas.

—

Ante mí, del grande rio
Susurran las olas crespas,
Que vienen, llegan y pasan,
Y pasan, y nunca merman.

—

¡No ver cerca ó á distancia
Sino la campiña yerma,
Y toda tierra que piso
Ser para mí estraña tierra;

—

Por los años y los males
Sentir minada mi fuerza,
Y tener que subir, solo,
A las cumbres altaneras!
Las corporales fatigas
Y del alma las tristezas,
De prematuras escarchas
Cubierto han mi cabellera.

—

Hoy... el vigor me abandona —
Fuerza es que aquí me detenga.
— ¡Ah! — ¡Si del néctar dorado
Solo una taza tuviera!

THOU-FOU (1).

—

LA LLUVIA DE PRIMAVERA.

¡O llovizna benéfica, que sabes
Cuanto el campo tu riego necesita,
Y vienes en la tibia primavera
Fuerza á añadir á la naciente vida!
Escogiste la noche, y dulcemente
Llegaste en alas de la fresca brisa,
A dar vigor con tu humedad fecunda
A la tierra de cierzos arrecida.

—

Anoche, en derredor de mi vivienda,
Mil negros nubarrones se cernian,
Y en el rio á lo lejos centelleaban
Las luces de los barcos, encendidas.
Esta mañana, espléndidos colores
Do quiera esmaltan la feraz campiña,
Y de líquido aljófar salpicadas
Las tiernas flores, lánguidas se inclinan.

THOU-FOU.

—

EL ANCIANO DE CHAO-LING.

El triste anciano de Chao-ling (2) lloraba,
Ahogando en el pecho los suspiros,
Y al renacer la verde primavera,
Oculto bajo túnica grosera,
Del Kío por las márgenes vagaba
Con lento paso, en caprichosos giros.
¡Ay! esclamaba en su mortal tristura,
Cerradas hoy están las nobles puertas
Y las salas desiertas
Del que refleja aún hoy tu linfa pura,
Palacio de tan fúlgida hermosura (3)!

(1) Florecia por los años 760 de nuestra era.

(2) *Chao-ling* significa *pequeña colina* y era el nombre del lugar que habitaba Thou-fou.

(3) El palacio de Tchao-Tang, residencia imperial. El emperador Hiouan-Tsong se habia retirado á *Hon-Kouang*, abandonando su capital

¿Para quién esos sauces hoy florecen
Y las flexibles cañas se extremecen?

—

Un tiempo, en el jardin del mediodía
Tremolaba el pendon del soberano:
Cuanto primor naturaleza cría
Se via allí crecer verde y lozano.
Allí, aquella beldad, vivió, hechicera,
A quien amor del hombre mas preciado
Dió en su sexo el lugar mas señalado,
Haciéndola entre todas la primera:
La que el carro imperial siempre ocupaba
Cuando el sol estos campos alegraba (1).

—

Rigiendo sus blanquísimos corceles
Que tascaban, piafando, el freno de oro,
Y aunque armada del arco y de la aljaba,
Mas que de guerra, de hermosura coro,
Iba la escolta de doncellas fieles (2).
Caracoleando con gentil presteza,
Despedian del arco sibilante
Mil flechas de las nubes á la alteza;
Y aplaudian con gozo delirante
Si, víctima infeliz de su destreza,
Alguna ave caia palpitante.

—

¿Dónde hoy está la fúlgida mirada,
Dónde la fresca, angelical sonrisa
De la que fué de nuestro dueño amada?
Su alma en la sangre juvenil bañada
Dejó el hermoso cuerpo en abandono.
Quizá esas olas que la blanda brisa
Süave empuja hácia el remoto oriente,
Vieron al que la llora á par del trono;
Pero en el monte, el llano y el torrente,
¿Quién nos dirá el camino
Por dó le arrastra su fatal destino (1)?

—

Tan crüentos dolores
Hacen verter copioso, amargo llanto
A todo aquel que no nació insensible.
¡Ay!—¿Acabó por siempre el dulce encanto,
Marchitas estarán siempre las flores
Del vergel imperial tan apacible?
—Nubes de polvo que feroz levanta
La tártara, feroz caballería,
Cubren de noche la ciudad desierta:
Y tal dolor mi corazon quebranta,
Que pensé caminar al mediodía
Y al norte dirigí la planta incierta.

THOU-FOU.

á la rebelion victoriosa del Tártaro Ngan-lo-Chan.

(1) La favorita Tai-Tsum, á quien cobardemente dejó estrangular por los rebeldes el emperador citado.

(2) Los antiguos emperadores de China tenian en tiempo de paz y en sus escursiones de placer una guardia á caballo, compuesta de jóvenes adolescentes, escogidas entre las innumerables mugeres de sus palacios.

(1) Thou-Fou ignoraba el paradero del Emperador, su amigo, quien al dirigirse al país de *Chou* atravesó unos desfiladeros próximos al puente de *Penkiao*, sobre el rio *Oey*.

NOTA.

Todas estas poesías están llenas de notas y aclaraciones, ya del traductor francés, ya de los críticos y comentadores chinos. Yo he elegido de preferencia aquellas que menos necesidad tenian de tales notas y aclaraciones, y solo he conservado las de la intitulada *El anciano de Chao-ling*, para dar tambien una muestra de ellas á los lectores.



POESIAS RELIGIOSAS.

EL NIÑO PERDIDO.

Al aire destrenzada
La blonda cabellera,
La túnica rasgada,
Y en llanto de dolor
Bañado el rostro puro
Que al sol envidia fuera,
Por tu recinto oscuro
Va una muger, Sion.

¿Qué crudo, amargo duelo
Lamenta la acuitada?
¿Qué horrible desconsuelo
Su pecho laceró?
¿Esposa, vese viuda,
O es virgen desposada
Que con fiereza cruda
Su amante abandonó?

¿O es huérfana que llora
Con ayes de agonía
La sombra protectora
Del techo paternal,
En medio al mar del mundo
Mirándose sin guia,
Al soplo tremebundo
Del recio vendabal?

Viuda, al caro esposo,
Lamenta desdichada;
Amante, al cariñoso
Objeto de su amor:
Y en ayes reprimidos
La madre desolada,
Buscando entre gemidos
Va al hijo que perdió.

Miriam, la virgen pura
La madre enaltecida,
La que en la eterna altura
Casi es á Dios igual;
De la divina alianza
La prenda bendecida,
La paz y la esperanza
Del misero mortal:

Llorosa entonces, mustia,
El alma entristecida,
En tan terrible angustia
Olvida su virtud... (1)
¿Qué mucho, si se ausenta
El sol que le dá vida,
Qué mucho si lamenta
Perdido á su Jesus?...

Volviendo á su morada
Desde Salem divina,
De gentes circundada
Que van á Nazareth;
Al ver tras blanco velo
La estrella vespertina
Luciendo ya en el cielo,
Cercano á anochecer;

La marcha fatigosa
En rústica posada
Detuvo cuidadosa;
Que el hijo de su amor
Con otros jovenzuelos,
Sus deudos, la jornada
Siguió, y con mil recelos
La tiembla al corazon.

José vendrá sin duda
Con ellos; del camino
La marcha larga y ruda
Tal vez los fatigó;
Mas ya en el patio ondèa
Su manto blanquecino
Y aún á la luz febéa
Jesus no apareció.

(1) *Virtus* — fortaleza, fuerza.

Y luego van llegando
Los otros uno á uno,
A todos preguntando
Miriam en su inquietud;
Mas nadie le responde,
Que no le vió ninguno....
— ¿Porqué de mí se esconde
Mi gozo, mi salud?

Ya las nocturnas nieblas
Invaden la llanura;
Se palpan las tinieblas
Del bosque en derredor:
Y el campo ilimitado,
Y la caverna oscura
Y el aire conturbado
Repiten su dolor.

Y ni peñasco rudo,
Ni monte ni ladera,
Ni precipicio mudo
Quedó en aquel confin,
Que en eco lamentable
El ¡ay! no repitiera
Que lanza inconsolable
Miriam en su gemir.

Y al venidero dia,
Apenas respirando,
José con su María
De nuevo entró en Sion;
Y van de puerta en puerta
Del niño preguntando,
La débil planta, incierta,
Con miedo el corazon.

Y en vano su recinto
Recorren, y es en vano
Que en medio al laberinto
Pregunten con afan:
Y redoblando el lloro,
Al templo soberano
En pós de su tesoro
Con esperanza van.

Con sencillez vestido
Como un vulgar esenio,
El rostro algo teñido
Del sol primaveral;
Y de sus garzos ojos
De mas que humano genio
Brotando en rayos rojos
Un límpido raudal:

Castaños los cabellos
Que en ondas bipartidos
De rizos cubren bellos
La espalda mas gentil;
De ancianos y doctores
Que escuchan conmovidos
Los tonos vibradores
De aquella voz pueril:

Cercado, del gran templo
Só el pórtico sagrado
Dó van á dar ejemplo
Los sabios de Israël;
Discurre un tierno niño,
Y el pueblo arrebatado
Esclama en su cariño:
«¿Es ángel ó un Daniel?»

«¡Jesus, el hijo mio!»
Clamó una voz süave,
Rompiendo del gentío
Por el revuelto mar:
Voz límpida, argentina,
Y al propio tiempo grave,
En que el placer domina
Y aún se oye hondo pesar.

Y así como esplendente
En cercos de oro y grana,
Muestra su rubia frente
La aurora matinal;
Sobre la mar dormida
Trayendo la mañana,
De luz llenando y vida
Sus ondas de cristal.

Tal, jóven, cuanto hermosa,
En lágrimas bañada,
Se acerca presurosa
Al niño una muger;
Y en voz de gran ternura:
«¿Porqué así abandonada,
Tan hórrida amargura
Me hiciste padecer?»

Y el niño en desabrida
Respuesta misteriosa:
«¿Porqué tan afligida,
Porqué me buscais vos?
No veis que cumplo, Madre,
Mi obligacion forzosa,
No veis que de mi padre
Me ocupo y de mi Dios?»

A réplica tan dura,
José y Miriam callaron,
Que la sentencia oscura
No pueden comprender:
Mas lüego juntamente
Los tres encaminaron
El paso alegremente
De vuelta á Nazareth.

Y allí pasaron dias
De gozos celestiales,
De inmensas alegrías
Y paz del corazon :
Y mientra el niño crece
En dias terrenales,
Ante su Dios acrece
En gracia y perfeccion.

—

PREDICACION DEL EVANGELIO.

Sonó por fin la afortunada hora
En el reló del tiempo no cansado
Jamás.—Lució por fin la limpia aurora,
El momento anhelado,
Que habia en sus designios señalado
El Hacedor profundo
De eterna vida y libertad al mundo!

El hora en que el mentido paganismo
Con sus groseros símbolos y altares
Se hundiera para siempre en el abismo;
Y en que en tierras y mares
Fundara indestructibles sus sillares,
Del mismo Dios en nombre,
Aquella religion, salud del hombre.

Ya por su propio peso quebrantados
Vacilan los imperios conmovidos;
Los prepotentes cetros respetados,
Los tronos carcomidos,
Caen en menudo polvo convertidos;
Y ya el antiguo culto
Es objeto de mofas y de insulto.

Los oráculos callan. Las sibilas
Abandonan sus antros sepulcrales,
Y no manchan sus bóvedas tranquilas
Conjuros infernales.
Sacerdotes, augures y vestales
No dan torcido ejemplo
Bajo los arcos del impuro templo.

Y agitacion oculta y misteriosa
Hierve en el corazon de los humanos;
Volcan que só la mole ponderosa
De montes soberanos,
De la tierra en los cóncavos arcanos
A su pesar sumido,
Anuncia su poder con su rugido.

Desplómanse á la vez cultos y leyes,
Ruedan confusos pueblos y naciones,
Sacerdotes y símbolos y reyes :
— ¿Qué inspirados varones,
Qué fuertes é impertérritas legiones,
Vendrán del mundo muerto
A repoblar el árido desierto?

De aquel peñasco, apenas conocido,
De Nazareth, brotó en raudal escaso
Un arroyo entre zarzas escondido;
Mas que ha de abrirse paso
En breve del Oriente hasta el Ocaso,
Al Norte y Mediodía,
Llevando la salud y la alegría.

Gota pequeña, cristalina y pura,
Apenas á la sed de un pajarillo
Bastante : — luz que trémula fulgura
De débil lucerillo;
¡Y en breve, mar de luz, á cuyo brillo
Esplenden en lo oscuro,
Lo pasado y presente y lo futuro!

Y aquella cruz, patíbulo afrentoso
Que presenció del hijo de María
El lento padecer y la agonía,
Fué el signo esplendoroso,
Lábaro de un imperio poderoso,
Al aire tremolado,
Dó el mundo se agrupó regenerado.

La eterna y triunfadora fé cristiana,
De eterna vida manantial fecundo
De donde todo bien copioso mana :
Del poder sin segundo
La BUENA NUEVA prometida al mundo;
Y aquella voz divina
Dijo al muerto : —« ¡Levántate y camina! »

Y el cadáver se alzó : — galvanizada
Se irguió la conmovida muchedumbre;
Respiró la mujer emancipada :
De abyecta servidumbre,
Ya al hombre no oprimió la pesadumbre,
Y ante su Dios iguales
Se abrazaron felices los mortales!

Brilló el SOL DE JUSTICIA, inmenso faro
Suspendido en mitad del firmamento
Al ciego luz, al desvalido amparo :
Y el magnate opulento,
Y el tirano en sus iras turbulento,
En su maldad temblaron
Y ante el poder eterno se humillaron!

—

ENTRADA DE CRISTO EN JERUSALEN.

¿Qué júbilo inmenso resuena,
Sion, en tu vasto confin?

¿Qué gozo inefable enagena,
Salem, tu recinto feliz?
¿Dó van tus resueltos varones
Cantando triunfales canciones?
¿Porqué suena el laúd?

¡Qué triunfo electriza sus almas?
¿Acaso el Romano cayó?
¿Porqué se despojan las palmas
Del manto que el cielo les dió?
¿Porqué tu llanura arenosa
Reviste esa capa frondosa?
¿Cesó tu esclavitud?

En coro las tiernas doncellas,
Los niños en coro pueril,
Repiten en cántigas bellas
Pulsando del padre David
El arpa de voces tan puras:
« ¡Hosanna en las alturas! »
« ¡Bendito el enviado de Dios! »

¿Quién es el monarca temido
Que llega á tus puertas, Salem?
¿Quién es ese rey tan querido?
¿De Dios el enviado, quién es?
De inmensa legion circundado,
En carro de triunfo adornado,
Llega el conquistador?

Sïon, tu monarca divino
No viene en un carro triunfal,
Ni acero feroz, damasquino
Empuña su mano rëal:
Ni en pompa homicida de guerra
Le anuncian por rey de la tierra
El fausto y el poder.

En manso animal cabalgando
Se acerca del mundo el Señor,
A diestra y siniestra lanzando
Benignas miradas de amor.
Por armas, la palma y la oliva,
Por premio la fé siempre viva,
¡Eterno amor por ley!

Y en pós los invictos varones,
Las madres que acata Israël,
Y ancianos y tiernos garzones
Confusos en raudo tropel;
Y esposas y vírgenes puras:
« ¡Hosanna en las alturas,
Esclaman, al sumo Señor! »

Y el santo, amoroso concento
Que suena en el vasto confin,
Llevado en las alas del viento
Llegó cual la voz del clarin,
Sïon, á tus calles oscuras,
« ¡Hosanna en las alturas,
Clamando, al supremo Señor! »

Y el eco del muro callado,
Y el agua que corre á su pié;
Del templo el recinto sagrado
Y el viento que gime al través:
Y el ruiseñor que en la enramada trina,
Y el aura embalsamada matutina,
En puro acento de perenne amor,
Clamando van por montes y llanuras:
« ¡Hosanna en las alturas
Al que viene en el nombre del Señor! »

MARIA AL PIÉ DE LA CRUZ.

Allí la homicida turba
Como una sierpe gigante
Sobre sí misma furiosa
Se arremolina, y combate
Por contemplar del profeta
El suplicio miserable,
¿Y dó está Miriam entónces?
— ¡Pobre Madre!

Arrastrar vió al inocente
En medio á dos criminales:
Mira tres cruces tendidas
Sobre la tierra culpable,
Y hombres de rostros crüeles
Que abren los hoyos fatales;
— Mas dónde está el hijo suyo?
— ¡Pobre Madre!

Al fin pareció; mas ¡cielo!
¡Qué vista tan lamentable!
¡Sin un harapo siquiera
Sobre sus desnudas carnes,
De cuyas hondas heridas
Brota á torrentes la sangre!
¡Él tan honesto y tan puro!
— ¡Pobre Madre!

Mas los feroces verdugos
Con ciega furia arrastrándole
De la cumbre maldecida
Al sitio mas culminante,
Espusiéronle á la mofa
De aquella turba salvage.
¡Qué horrendo cuadro á la vista
De una Madre!

Tienden al Justo en seguida
Sobre la cruz infamante,

Lecho de honor que los hombres
De su amor en premio danle:
¡O ingratitud! ¡ó demencia!
¡O ceguedad lamentable!
¿Dónde está entonces María?
— ¡Pobre Madre!

A una cercana caverna
Magdalena y Juan amantes
La arrastran: — sordo murmullo
Tal cual la voz de los mares,
O de borrascas remotas
Al rebramar semejante,
Llega tremendo al oido
De la Madre!

De vez en cuando confusos
Elevábanse en los aires
Rechiflas y maldiciones,
Risotadas espantables
Y denuestos furibundos
De aquel pueblo de chacales....
¡Y la infelice los oye!
¡Pobre Madre!

Mas un silencio profundo
Reina por breves instantes:
¿Acaso le compadecen?
O alguna nueva barbarie
De la feroz muchedumbre
Calma el furor anhelante?
— ¡Piedad del tigre no esperes,
Pobre Madre!

Pronto el silencio rompiendo,
Como de golpe que cae
A un tiempo sobre maderas
Y despedazadas carnes,
Oyese un sordo ruido
Allá en la cumbre distante;
Y otro despues, y otro luego:
— ¡Pobre Madre!

Y al rumor siniestro, pálida
Cual la azucena del valle,
Tiembla Miriam convulsiva,
Como si agudos clavasen
En su pecho los sayones
Sus damasquinos puñales.
¡Y vive empero y escucha!
— ¡Pobre Madre!

¡Jamás confesor alguno,
Jamás valeroso mártir,
En fiero potro estendidos
Sufrieron tormentos tales!
¡Y empero de sus dolores
Aún vá el suplicio á aumentarse!
¡Flaca muger, infelice!
— ¡Pobre Madre!

Bien pronto el agudo roce
De maderas y cordages
Se percibe, y lentamente
Se alza la cruz en los aires;
¡Y en ella al Hijo del hombre
Cual vencedor estandarte
Contempla atónito el mundo!
— ¡Pobre Madre!

Vuelto al remoto Occidente
El desgarrado semblante,
Promete á aquellas regiones
Que por tan largas edades
Aguardan la luz, fecundos
Sus generosos raudales
¿Y dó está entonces María?
— ¡Pobre Madre!

Entonce el réprobo pueblo
Alzó con voz formidable
Un prolongado rugido
De feroce triunfo. — «¡Salve,
Le gritan, Rey poderoso!
Si eres hijo de Dios, ¡baje
Tu poder desde esa altura
Dó ora yace!»

Y á su izquierda un foragido
De otra negra cruz colgante,
De su penosa agonía
En los postrimeros ayes,
Aún le maldice sañudo;
Y él con palabras amantes
Así esclama: «¡Padre mio,
Perdonadles!»

Mas el momentáneo asilo
Deja Miriam, y sin ayes
Ni lágrimas, ni sollozos,
Pocos á dolor tan grave;
Hácia el lugar del suplicio
Vá con planta vacilante,
Como el mármol blanca y fria.
— ¡Pobre Madre!

Del ara del sacrificio
A pocos pasos distantes,
Los furibundos sayones
Tigres sedientos de sangre
La vestidura inconsútil
Por suerte entre sí reparten.
Y ella contempla el despojo....
— ¡Pobre Madre!

Los turbios ojos desvía
Del horror insoportable,

Hácia el cielo, y la mirada
Del Dios moribundo, cae
Desgarrando una por una
Sus entrañas maternales :
¡ Por fin llegada es la hora!
— ¡ Pobre Madre!

En los anales del mundo
El hora mas memorable.
Vencida en ella es la muerte,
Vencidos los infernales
Espíritus, y aún la suma
Justicia, ¡aquel satisface
Sumo holocausto, inaudito,
De tal sangre!

En tanto, en medio del dia
Sanguinolentos celages
Velan el sol : sobre el mundo
Caen las tinieblas palpables :
Las águilas roncos gritos
Lanzan de horror en los aires,
Y ahullan sobre la tierra
Los chacales.

Y del calvario maldito
El lóbrego paisage,
De negro mármol parece
Un catafalco gigante.
Reina el silencio del miedo
En las turbas criminales,
Y de horror tiemblan unidos
Tierra y mares.

En tanto no olvida el Justo
Los que á su amor son leales:
Y vuelto á Juan y María
Con voz de amor inefable :
« Ve en él al hijo que pierdes »
Dice á Miriam, y al amante
Discípulo : « ¡ Mira en ella
A tu Madre! »

Y luego á mirar cumplidos
Los proféticos anales
De las Santas Escrituras,
« Sed tengo » esclamó : — ¡En vinagre
Bañada una grande esponja,
Dieron el crudo brebage
Al que es manantial de vida
Los infames!

Y gustado ya el veneno,
Con amoroso semblante
Clamó : « ¡Todo está cumplido! »
Y lanzando un grito grande,
Inclinó la sacra frente
Y espiró : — Trémulos ayes
Pueblan el aire confusos....
— ¡Pobre Madre!

LA ASCENSION.

Las últimas miradas
Fijos aún en los que atrás se deja,
Las manos levantadas,
Bendice y aconseja
La amada multitud de que se aleja.

Y en blando movimiento
Como se vá en los aires elevando,
Suavísimo concento
Del cielo fué bajando,
Montañas y llanuras alegrando.

Sobre intranquilas nubes
Se ciernen por millares de millares
Los fúlgidos querubes,
Y las tierras y mares
Atónitas escuchan sus cantares.

Cesa el sordo mugido
Del mar : callan los vientos bramadores,
Y el céfiro dormido
Se oculta entre las flores
Fijas sobre sus tallos cimbradores.

Y hombre ni bruto ni ave
Hubo alguno que osado interrumpiera
Aquel silencio grave:
Y hasta en la azul esfera
Detuvieron los astros su carrera.

Que en calma religiosa
La crëacion asiste conmovida
A la ascension gloriosa;
Y un instante la vida
Quedó en el universo interrumpida.

En tanto que en la cumbre
Sigue del Redentor el blando vuelo
La santa muchedumbre,
Con amoroso anhelo,
Que van con él su paz y su consuelo.

Y aún á sus ojos brilla
El süave fulgor de su semblante,
Cuando una nubecilla
Se puso por delante
Entre ellos y el divino caminante.

¡O venturosa nube,
Trono en el cual á su feliz morada

El Rey del cielo sube!
¡O tierra malhadada,
De tan sumo tesoro despojada!

¿Qué habrá en el triste suelo
De hoy mas sino tinieblas y amargura
É interminable duelo,
Si pierde ¡ó desventura!
Al que es de todo bien la fuente pura?

¿Á dó volver los ojos
De amarguísimo llanto escandecidos,
Que no encuentren enojos,
Si están oscurecidos,
De la luz celestial desposeidos?

¿Cómo gozar amores
De aquel inmenso amor abandonados;
Ni cómo los furores
Burlar de crudos hados
De tinieblas y sustos circundados?

—Mas no; que el Sér divino
En prenda nos dejó de eterna alianza
Un faro diamantino
Que alumbra en lontananza
La límpida region de la esperanza!

La Fé, imperecedera,
Claro destello de la eterna lumbre,
Que en la mortal carrera,
De nuestra servidumbre
Aminora la horrible pesadumbre.

Puerto de grata calma
En medio á las borrascas de la vida;
Suma virtud del alma
Jamás enflaquecida
Aún del báratro mismo combatida.

Hija, en fin, predilecta,
Del supremo Señor de lo creado;
Tan pura y tan perfecta,
Que el arcángel malvado
Aún la guarda en el reino del pecado!

—

LA FÉ CRISTIANA.

CANTO ÉPICO.

«¡Haya luz!» dijo Dios.—Aún turba el [viento
Con terrible rumor su voz divina,
Y ya luce en el vasto firmamento
La primera alborada matutina:
Mil mundos con pausado movimiento
Marchan á dó su amor los encamina,
Y en un instante el universo adulto
Rinde al Sumo Hacedor devoto culto.

De árido pedregal manan las fuentes
Y á confundirse van al manso rio,
Y el rio con sus diáfanas corrientes
Se arroja en medio al piélago bravío:
Surgen los montes, brotan los torrentes,
Y á la voz del supremo poderío,
De seres mil, millares de millares
Van á poblar el viento y tierra y mares.

¡Hay un Dios!—Le tributan homenage
La encina secular en el altura,
El zumbador insecto entre el follage,
El cristalino arroyo que murmura;
En su tierno, dulcísimo lenguage,
Le canta el ruiseñor en la espesura,
En su gruta el lëon con su rugido,
Con su arrullo la tórtola en su nido.

¡Hay un Dios! tierra y mar y fuego y viento
Cantando van á un tiempo en su alabanza:
Revela su hermosura el firmamento,
La tempestad su túrbida pujanza;
Su infinito saber el pensamiento,
Su bondad infinita la esperanza,
El almo sol su brillo soberano,
Su vasta inmensidad el Occéano!

Solo el hombre infeliz erró el camino,
Ceguera incomprensible y lastimosa!
El mas perfecto sér que al mundo vino,
De Dios la criatura mas preciosa;
El Soberano del Eden divino,
Aquel á quien su mano generosa
Dió un fulgente destello de su ciencia
Ese solo dudó de su existencia!

Dudó;—fué mas allá;—negó el menguado
Que hubiera un Dios, en su febril locura!
¡Negó al Señor, el Rey de lo crëado;
Renegó del Criador la criatura!
Él, miserable siervo del pecado,
Ardiendo en saña y en soberbia impura,
¡No hay mas Dios, esclamó en su desatino,
Ni mas ley, ni mas freno que el destino!

¡El destino!—Dios ciego que un demente
A su antojo formó, como él pequeño;
Monstruosa creacion de insana mente,
Mentida sombra que abortó un ensueño:
Al bien como á los males impotente,
Mirando sin favor ni torvo ceño
Al vicio y la virtud, y así al verdugo
Como al que espira só el infame yugo.

O bien, astro fatal cuya carrera
Es dó tiene la muerte su dominio;
Divinidad terrífica que impera
Sobre campos de sangre y esterminio;
Monstruo devorador, cuya hambre fiera
No saciada en el lúgubre triclinio,
Le impele á devastar con ciego encono,
Y asienta entre cadáveres su trono.

Si á todo pone fin la cruda muerte,
¿A qué el renombre que el mortal ansía?
Si todo ha de parar en polvo inerte,
¿A qué tanto anhelar, tanta agonía?
¿Para qué la virtud del varon fuerte?
¿Para qué la inspirada poesía?
El númen de los cantos inmortales,
¿Qué busca en tan desiertos arenales?

¿Dejó su asiento en el sublime coro,
Abandonó las salas diamantinas,
Para cernerse acá con triste lloro
Sobre desolacion, luto y ruinas?
Y el eterno laúd de cuerdas de oro,
Las armonías del Eden divinas,
¿Qué entonces fueran, sino duelo y llanto
Digno cantar en infortunio tanto?

El himno funeral que el cisne entona
Al cerrar á la luz sus tristes ojos;
De fúnebre ciprés mustia corona
Que anuncia de la muerte los despojos;
Viento que gime en solitaria zona
Entre zarzas estériles y abrojos,
¡Sin hallar una planta, un eco amigo
Que repita su voz y le dé abrigo!

¿Qué es el hombre lanzado en esta tierra,
Sin la luz de la antorcha soberana,
Sin el raudal de júbilo que encierra
La fuente pura de la Fé cristiana?
Muévenle sus pasiones cruda guerra,
Y si la débil fortaleza humana
Opone solo á su tremendo embate,
¿Cómo vencer en el mortal combate?

Cual la flor que en fructífero terreno
Con la savia del sol vivificante,
Gala y orgullo del pensil ameno,
Crece olorosa y bella y rozagante;
Trasplantada despues á suelo ageno
Pierde su esplendidez, su olor fragante,
Y á darle nueva vida, estraño fuego
Nunca es bastante, ni amoroso riego:

Así el débil mortal á la flaqueza
Del propio corazon abandonado,
Camina de este mundo en la aspereza
De negras sombras y de horror cercado;
Víctima del temor y la tristeza,
Con la ominosa carga del pecado
Pesando siempre en los cansados hombros,
Se arrastra entre zarzales y entre escombros.

Que es su fe vacilante, su amor frio,
Su caridad mezquina y limitada,
Su pensamiento el caos ó el vacío,
Tinieblas el fugor de su mirada:
Su ardimiento temor, flaqueza el brio,
Miseria su ambicion, su ciencia nada!
¡Júzgase un Dios en su delirio insano,
Y ante el trono de Dios es un gusano!

Todo lo que su escasa inteligencia
Créa, pasa veloz. — De cien naciones,
¿Dónde ahora la fama y prepotencia?
¿Qué fué de los temidos faraones?
¿Qué del griego poder, la clara ciencia?
Imperios y ciudades, religiones,
Y leyes y costumbres ¿dónde fueron?
¡Ay! — ¡en polvo fugaz se convirtieron!

Del Eufrates undoso en la ribera,
Acaso busca el docto peregrino
Donde fué la Metrópoli altanera
Del vasto imperio del famoso Nino:
Restos, cenizas fúnebres dó quiera
Embarazan el lóbrego camino,
Y el eco de su voz solo retumba
Só el techo de la inmensa catacumba!

Todo era miedo y llanto y desventura
En las tinieblas de la noche humana —
El mundo era una vasta sepultura
Dó reinaba la muerte soberana;
Cuando tú, sumo Dios, tú fuente pura
Dó la eterna verdad copiosa mana,
Del Sinaí celestial bajaste al suelo
A darnos en tu ley vida y consuelo.

Lucha en vano el error. — Hombres oscuros
Se lanzan á la lid con faz serena:
« ¡Morir para vencer! » gritan seguros,
Y en sangre bañan la ominosa arena:
Ya tiemblan los satélites impuros
Al ver el entusiasmo que enagena
A las sagradas víctimas, y el fiero
Dejan caér, ensangrentado acero.

Y no solo los fuertes campeones
Arrostran el poder de los tiranos;
Las vírgenes de tiernos corazones,
Las esposas, los débiles ancianos,
Inermes al furor de los sayones
Se entregan, y á los tigres africanos,
Y la madre, tal vez, en santa ofrenda
Presenta de su amor la única prenda!

Brotó la luz : — Llegó á su complemento
La humanidad maldita y degradada ;
La tierra, el mar, los ámbitos del viento
Repitieron la NUEVA DESEADA :
Y del báratro al fondo turbulento
La falange de espíritus malvada,
Huyendo se lanzó del númen fuerte,
¡ Unico triunfador contra la muerte !

¡ Bella, inmortal, benéfica, divina,
Omnipotente fé, siempre triunfante !
Del alma fortaleza diamantina
Que miedo infunde al infernal gigante ;
Fuente de amor serena y cristalina
Que ofrece grata sombra al caminante
Y con sus puras ondas le convida
En medio del desierto de la vida :

Faro amigo que surge en lo lejano
Al náufrago infeliz en noche oscura,
Cuando rugiendo airado el occeáno
Y llena el alma de mortal pavura,
En vano esfuerza la cansada mano
A luchar con su indómita bravura,
Y al ver la luz en la ribera ansiada
Cobra vigor y con aliento nada.

Sublime fé, del hombre compañera,
A sus trémulos pasos docto guia,
Unica luz de claridad sincera,
Unica inspiracion que no estravía ;
Unico amigo cuya voz severa
Nos consuela y ampara en la agonía,
Mostrándonos risueño en lontananza
El puerto que soñó nuestra esperanza !

¡ Salve, pura centella desprendida
Del foco inmenso de la eterna lumbre !
¡ Salve, perenne manantial de vida
Que brotaste del Gólgota en la cumbre !
Tú eres el ígneo rayo que intimida,
El íris de la paz y mansedumbre ;
De todo bien generador fecundo,
Ciencia, virtud, poder, alma del mundo !

LA CARIDAD.

De la Fé y de la Esperanza
Encarnacion misteriosa,
Virtud la mas poderosa
Que dió al humano el Señor ;
Santo, indisoluble lazo
De inenarrable dulzura,
Que á la flaca criatura
Une al Supremo Hacedor :

Complemento inevitable
De la trinidad divina
Que en este mundo ilumina
Nuestra carrera mortal :
Fuerza del alma, invencible,
Luz que abrasa y no consume,
Blanda flor que en sí resume
Todo el Eden celestial :

Revelacion clara y pura
Del Sér divino en la tierra ;
Suma virtud que en sí encierra
Consuelo al mayor dolor :
Como el Criador, infinita,
Como la Fé, incontrastable,
Cual la Esperanza, inefable,
Amor del eterno amor !

Sin tu influjo soberano
¿Qué fuera al hombre este mundo ?
— Campo estéril, infecundo,
Sin frutos de bendicion.
Sin otra fé que el instinto,
Sin otro amor que el deseo,
Fuera su vida un mareo
De oprobio y de confusion.

Pero tu fuego divino
Depura nuestra flaqueza,
Y levanta á tanta alteza
La mísera humanidad ;
Que á los ángeles la igualas
Y aún sobre ellos la sublimas,
Acercándola en tus alas
A la suma Potestad !

Que eres alto complemento
De la trinidad divina,
Que en este mundo ilumina
Nuestra carrera mortal :
Encarnacion misteriosa
De la Fé y de la Esperanza
Que alumbran en lontananza
Nuestra patria celestial.

1854.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE.

—

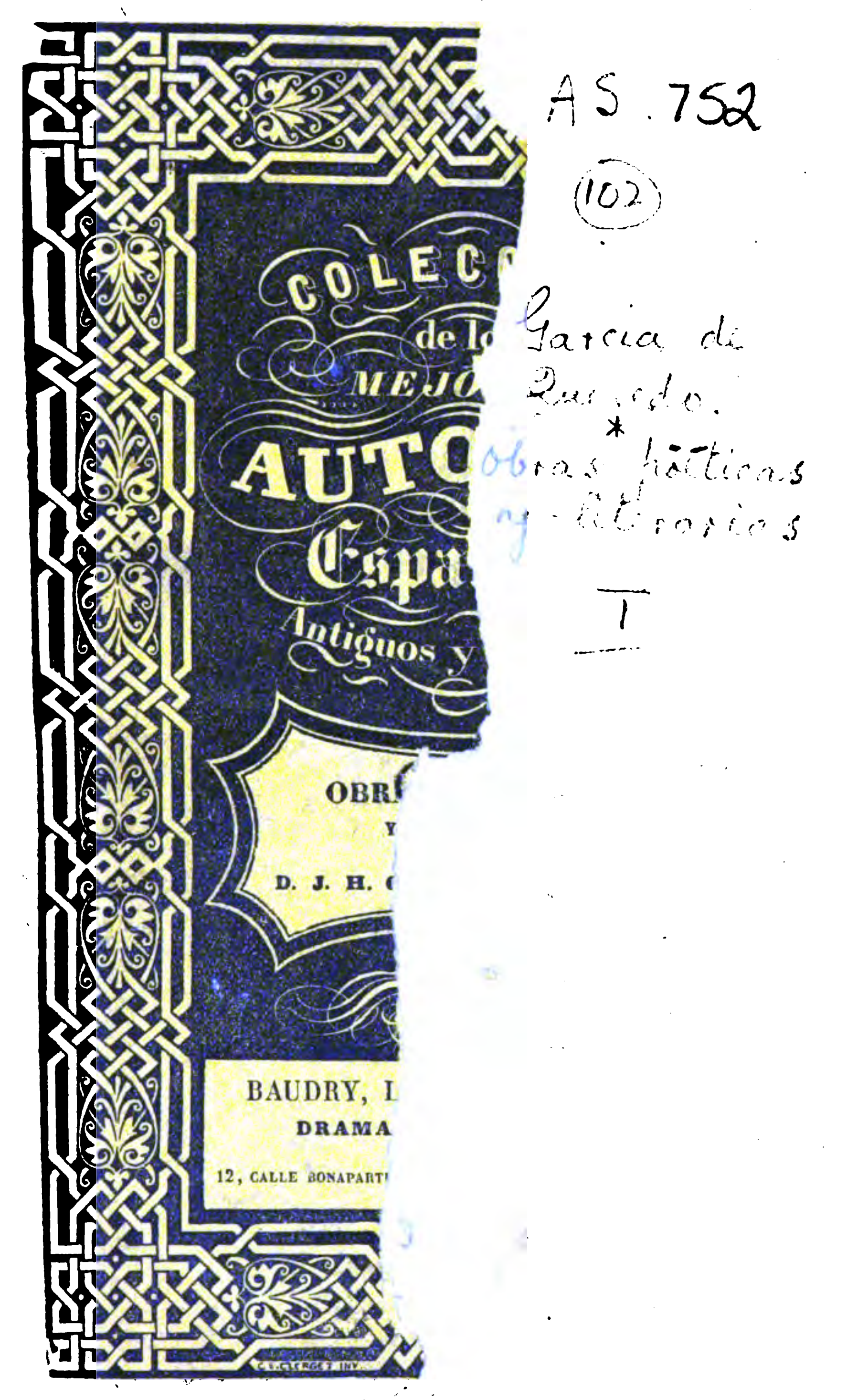
POESIAS LIRICAS.

POESIAS CHINAS.

POESIAS RELIGIOSAS.

FIN DEL INDICE DEL TOMO PRIMERO.

Paris. — En la imprenta de E. Thunot y Cª, calle Racine, 26.



García de Quevedo.
Obras poéticas y literarias
I

PARIS. — EN LA IMPRE

COLECCION DE LOS MEJORES AUTORES ESPAÑOLES,

Hermosa Edicion en 8vo, con retratos. Van publicados 58 tomos. 390 fr.

ALEMAN. Vida y hechos de Guzman de Alfarache, 1847, 2 tomes en 1 gros vol. in-8, port., br. 9 fr.

APUNTES PARA UNA BIBLIOTECA DE ESCRITORES ESPAÑOLES CONTEMPORANEOS, en prosa y en verso, con noticias biograficas por D. E. de Ochoa. 1841, 2 gros vol. in-8 de 1400 pages, portrait. 22 fr.
Contiene lo mas selecto de los Autores modernos.

ASCARGORTA. COMPENDIO DE LA HISTORIA DE ESPAÑA, desde el tiempo mas remoto. 1 vol. in-8. 7 fr. 50 c.

BRETON DE LOS HERREROS. OBRAS ESCOGIDAS, con su vida y retrato, 2 g. v. in-8. 20 f.

CERVANTES (**OBRAS**). Don Quijote, Novelas ejemplares, La Galatea, El Viaje al Parnaso, Obras dramáticas, Persiles y Sigismunda. Con la vida por Navarrete, 4 vol. in-8, portrait, etc. 30 fr.
Don Quijote, con la vida por Navarrete. 1840, 1 v. in-8, avec grav., portr., un fac-simile. 7 fr. 50 c.
Novelas ejemplares de Cervantes, in-8. 7 fr. 50 c.
La Galatea, el Viaje al Parnaso, con la tragedia La Numancia, y la comedia Los Tratos de Argel, ambas ineditas, 1844, 3 tom. en 1 v. in-8. 7 fr. 50 c.
Persiles y Sigismunda, 2 tomos en 1 vol. 7 f. 50 c.

COLECCION DE PIEZAS ESCOGIDAS de Lope de Vega, Calderon de la Barca, Tirso de Molina, Moreto, Rojas, Alarcon, La Hoz, Solis, Canizares, Quintana, sacadas del Tesoro del Teatro español, 1840, 1 vol. in-8. portrait. 10 fr.

CONDE. HISTORIA DE LA DOMINACION DE LOS ARABES EN ESPAÑA, sacada de varios manuscritos y memorias arábigas. Paris, 1840, 1 gros vol. in-8, avec grav. 10 fr.

ESPRONCEDA (DON JOSÉ DE). OBRAS POETICAS, ordenadas y anotadas por J. E. Hartzenbusch, 1851, 1 vol. in-8, portrait. 6 fr.

FIGARO (DON MARIANO DE LARRA). OBRAS COMPLETAS, con su vida por C. Cortés, 1848, 4 tomes en 2 gros v. in-8, avec port. 20 fr.

GIL Y ZARATE. OBRAS DRAMATICAS, con su vida y retrato, 1850, 1 gros vol. in-8. 10 fr.

GINES PEREZ DE HYTA. GUERRAS CIVILES DE GRANADA, 1847, 1 v. in-8. 7 f. 50 c.

HARTZENBUSCH. OBRAS ESCOGIDAS, con su vida y retrato, 1850, 1 gros v. in-8. 10 fr.

LAFUENTE ALCANTARA. HISTORIA DE GRANADA, comprendiendo las de sus cuatro provincias, *Almeria*, *Jaen*, *Granada y Malaga*. Paris, 1852, 4 tomos en 2 v. in-8, port. 15 fr.

LE SAGE. GIL BLAS DE SANTILLANA, completo en 1 tomo in-8, portrait. 6 fr.

LE SAGE. EL BACHILLER DE SALAMANCA; EL OBSERVADOR NOCTURNO, El Diablo Cojuelo de Guevara, y otras novelas por varios autores, 1847, 1 gros vol. in-8, portrait. 7 fr. 50 c.

MARIA DE ZAYAS Y SOTOMAYOR. NOVELAS EJEMPLARES Y AMOROSAS, 1847, 1 vol. in-8. (*Contient vingt nouvelles.*) 7 fr. 50 c.

MARTINEZ DE LA ROSA. OBRAS COMPLETAS, 1845, 5 vol. in-8, portrait. 45 fr.
Vol. I. Obras poeticas completas: Poetica española. Apendices históricos sobre la poesia didáctica, la tragedia y la comedia española, 1 vol. in-8. 10 fr.
Vol. II.—Obras dramáticas completas, 1 vol. 10 fr.
Vol. III. — Hernan Perez del Pulgar. — Doña Isabel de Solis, novelas históricas, 1 vol. in-8, 9 fr. *On vend séparém.*: Doña Isabel de Solis, 1 v. in-8. 6 fr.
Vol. IV y V. — Espiritu del Siglo. 2 vol. in-8 18 fr.

MORATIN. COMEDIAS, con el Prólogo y las noticias de la real Academia de la Historia. 1 vol. en-8, retrato. 6 fr.

QUEVEDO. OBRAS SELECTAS, EN PROSA Y VERSO, serias y jocosas, recogidas y ordenadas por D. E. de Ochoa, 1 gros vol. in-8, portrait. 10 fr.

QUINTANA. VIDAS DE ESPAÑOLES CELEBRES. 3 tomes en un gros vol. in-8. 10 fr.

RIMAS INEDITAS DE D. INIGO LOPEZ DE MENDOZA, DE FERNAN PEREZ DE GUZMAN y otros poetas del siglo XV. 1851, 1 vol. in-8, fig. 9 fr.

SANCHEZ. COLECCION DE POESIAS CASTELLANAS ANTERIORES AL SIGLO XV, con notas, una introduccion y un vocabulario de voces anticuadas, y con un suplemento [illegible]

1842, 5 volumes contenus en 1 gros vol. in-8 à [illegible] colonnes. [illegible]

SOLIS. HISTORIA DE LA CONQUISTA DE MEJICO. Edicion aumentada, con [illegible] notas por D. J. de la Revilla, vida de Solis [illegible] G. Mayans. 1 vol. in-8 avec 3 portraits. 7 fr. [illegible]

TESORO DE HISTORIADORES ESPAÑOLES. Guerra de Granada, por D. H. de Mendoza. Espedicion de los Catalanes por Moncada. Guerra de Cataluña, por Melo; 1840. 1 vol. in-8 avec les portraits des trois auteurs. [illegible]

TESORO DE LAS OBRAS MISTICAS Y RELIGIOSAS, con una introduccion y notas de D. E. Ochoa. 1847, 3 gros vol. in-8. [illegible]
Vol. I. Santa Teresa con su Vida por F. D. Yepes, 1847, 1 gros vol. in-8, de 800 p. port. [illegible]
Vol. II. Alejo de Venegas. — Juan de Avila. — Luis de Granada. — San Juan de la Cruz. 1847, 1 gros vol. in-8, portrait. [illegible]
Vol. III. Diego de Estella. — Luis de Leon. — Malon de Chaide. — J. E. Nieremberg. — Poesias espirituales. 1847, 1 gros vol. in-8, portrait. [illegible]

TESORO DE NOVELISTAS ESPAÑOLES, antiguos y modernos; hecho bajo la direccion y con una Introduccion y Noticias de don Eugenio de Ochoa. Paris, 1847, 3 v. in-8, avec 2 port. 22 fr. [illegible]

TESORO DE PROSADORES ESPAÑOLES (siglo XIII hasta fines del siglo XVIII), en que se contiene lo mas selecto del Teatro historico de la elocuencia española de D. A. Capmany, recogido por D. E. de Ochoa, 1 gros vol. in-8. [illegible]

TESORO DE LOS ROMANCEROS Y CANCIONEROS ESPAÑOLES, históricos, caballerescos, moriscos y otros, por D. E. de Ochoa, 1838, 1 gros volume in-8. [illegible]

TESORO DEL PARNASO ESPAÑOL. Poesias selectas castellanas desde el tiempo de J. de Mena hasta nuestros dias, recogidas y ordenadas por M. J. Quintana, 1838, 4 tomos en un volumen en [illegible] dos columnas, con el retrato de Quintana. [illegible]

TESORO DE LOS POEMAS ESPAÑOLES EPICOS, SAGRADOS Y BURLESCOS, que contiene integra la Araucana de D. Alonso de Ercilla, la coleccion titulada la Musa epica de M. J. Quintana, por D. E. de Ochoa. Paris, 1840, 1 vol. in-8 à deux colonnes, avec portrait. [illegible]

TESORO DEL TEATRO ESPAÑOL, desde su origen (año de 1356) hasta nuestros dias, arreglado y dividido en cuatro partes, por don Eugenio de Ochoa. 5 vol. en-8 en dos columnas que contienen el valor de 25 tomos regulares con 6 retratos. [illegible]
1a Parte. Origenes del Teatro español, por Moratin, con una coleccion de piezas dramaticas anteriores á Lope de Vega; obra recientemente publicada por la Academia de la Historia. 1 vol. en-8 en dos columnas, portrait. [illegible]
2a Parte. Lope de Vega. 1 vol. en-8, portr. [illegible]
3a Parte. Calderon. 1 vol. en-8, portrait. 12 [illegible]
4a Parte. Teatro escogido, desde Calderon hasta nuestros dias. 2 vol. en-8. Chacun [illegible]

TORENO (EL CONDE DE). HISTORIA DEL LEVANTAMIENTO, GUERRA Y REVOLUCION DE ESPAÑA, desde 1808 hasta 1814, en 3 vol. in-8, portrait. [illegible]

ZORRILLA (DON JOSÉ). OBRAS COMPLETAS, precedidas de su biografia por Ildefonso Ovejas, con retrato, la sola edicion reconocida y corregida por el autor, 1852, 3 vol. in-8. [illegible]
— El tercero tomo se vende por separado. [illegible]

LIVROS PORTUGUEZES.

CONSTANCIO. Grammaire portugaise, à l'usage des Français. 1849, 1 vol. in-12. [illegible]

OS LUSIADAS DE LUIS DE CAMOES, nova edição, augmentada com a vida d'este poeta, muitas notas, por José da Fonseca. Paris, 1846, 1 gros vol. in-8, pap. vel., très-belle édition, ornée du portrait de Camoens, etc. [illegible]

OBRAS COMPLETAS DE CAMOENS, nova edição correcta e emendada por Barreto Feio e Monteiro, 1843, 3 vol. in-8, portrait. [illegible]

PARNASO LUSITANO. Poesias Portuguezas d'auctores celebres, 6 gros vol. in-32, pap. vel. [illegible]

PROSAS SELECTAS, ou Escolha dos melhores logares dos auctores portuguezes, por F[illegible] 1837, 1 vol. in-12, br. 4 fr. [illegible]

DICTIONNAIRE COMPLET français-portugais [illegible]

